HISTORIA Y ARTE

H. BEUCHAT

MANUAL DE ARQUEOLOGIA AMERICANA





MANUAL

DE

ARQUEOLOGIA AMERICANA

PRECIO: PESETAS

BIBLIOTECA

DE

HISTORIA Y ARTE

TOMOS PUBLICADOS

BEUCHAT (H.)

Manual de Arqueología americana.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1918. Ilustrado con 262 figuras. (Tamaño 23 × 15.) 15 pesetas.

GUIRAUD (Paul.)

Historia griega.—Vida pública y privada de los griegos.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1915. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 5 pesetas.

Historia romana.—Vida pública y privada de los romanos.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1917. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño 19 × 12). Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

MASPERO (G.)

En tiempo de Ramsés y de Assurbanipal. —Egipto y Asiria en la antigüedad. Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1913. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 5 pesetas.

MENARD Y SAUVAGEOT

Los pueblos en la antigüedad. —El Egipto y Asia. Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1914. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas 8 pesetas.

Los pueblos en la antigüedad.—Grecia e Italia.—Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1916. Ilustrada con numerosos grabados. (Tamaño, 23 × 15.) Encuadernado en tela con planchas 8 pesetas.

SEIGNOBOS (C.)

Historia Universal.—Oriente y Grecia.—Traducción española de Domingo Vaca. Madrid, 1915 Ilustrada con 172 grabados y ocho mapas en colores. (Tamaño, 19 × 12.) Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

Historia Universal.—Historia de Roma.—Traducción española de Domingo Vaca, Madrid, 1916. Ilustrada con 82 grabados y tres mapas en colores. (Tamaño 19 × 12). Encuadernado en tela con planchas, 6 pesetas.

BIBLIOTECA DE HISTORIA Y ARTE

H. BEUCHAT

MANUAL
DE
ARQUEOLOGIA AMERICANA

PRÓLOGO DE M. VIGNAUD

Presidente de la Sociedad de Americanistas de

TRADUCCIÓN DE

DOMINGO VACA

CON 262 FIGURAS

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23

1918.



8.558.—Tipolitografía de L. Faure, Alonso Cano, 15. Madrid.

PRÓLOGO

Los sensibles progresos que el americanismo ha hecho en Francia en estos últimos años, sobre todo desde que se ha constituído la Sociedad de Americanistas, a la que el Dr. Hamy ha consagrado los últimos años de su vida, y a partir de la creación de una cátedra especial en el Colegio de Francia, debida al duque de Loubat, hacían necesaria la publicación de un Manual, tal como éste sobre el que tengo el gusto de llamar la atención. Faltaba esta obra a los que siguen nuestros estudios y M. Picard ha querido llenar este vacío.

M. Beuchat, que ha tomado a su cargo esta tarea, no es conocido sino del corto número de eruditos a quienes se dirigen esas cortas y sabias monografías que forman los sillares, poco aparentes, pero firmes, de trabajos generales más visibles. Los que recorran su Manual se darán pronto cuenta de que con la variedad y la extensión de los conocimientos necesarios para abrazar un campo de tanta amplitud, tiene también la rectitud de juicio y la clara vista de todas las partes de su objeto, sin las cuales un trabajo de este género no ofrecería sino mediana utilidad. Su obra tiene un marco más amplio que el que se concede de ordinario a los tratados de arqueología. Trata de todo lo que hoy se comprende en la expresión un tanto vaga de americanismo antiguo, en la que se hace entrar el descubrimiento, la prehistoria, la antropología, la etnografía, la religión, la lingüística, y hasta la industria y las artes primiti-

vas. Este vasto cuadro se ha llenado como debía, es decir, con el cuidado de exponer sobriamente y con imparcialidad todas las cuestiones y de proporcionar a los americanistas los medios de profundizar en ellas.

El trabajo que había que hacer era considerable y nuevo. Respecto a Francia, respecto a los demás países de Europa, se encuentran manuales o cuadros de conjunto más o menos generales, que reúnen los elementos esenciales de esta clase de estudio y que nuevas investigaciones permiten fácilmente aumentar. Respecto a América, no había nada parecido. Todo estaba por hacer, y a esta necesidad se añadía la de recorrer un campo de vasta extensión, porque se trata del Nuevo Mundo entero y de un número considerable de documentos, que jamás habían sido objeto de un inventario sistemático y que había que reunir, estudiar, clasificar y examinar críticamente por vez primera. La dificultad de escoger bien entre esa masa de materiales de desigual valor, no es uno de los menores escollos de este género de trabajo.

M. Beüchat ha comenzado el suyo con una introducción relativa al descubrimiento de América. Es una feliz innovación que prepara útilmente al lector para lo que va a seguir. Sin entrar en pormenores que no hacían al caso, esta introducción recuerda los hechos que es necesario conocer y remite a las fuentes originales para más amplios desenvolvimientos. En ella se han deslizado algunos errores y son de lamentar varias omisiones importantes, principalmente en lo que concierne a Colón y Vespucio, que han sido objeto de trabajos recientes que el autor no ha podido conocer.

Habría sido preciso decir que la autenticidad de la famosa carta atribuída a Toscanelli, y que se supone haber decidido a Colón a buscar el Levante por el camino del Poniente, está hoy muy puesta en duda; que la vieja leyenda conforme a la cual el gran genovés habría organizado su primera expedición para ir a las Indias, ha sido objeto de una crítica demoledora por el autor de estas líneas, el cual ha demostrado que es posterior al gran descubrimiento, que nadie ha creído en ella en vida de Colón y que no ha adquirido crédito sino medio siglo después de su muerte. Habría sido conveniente notar

también que la manera poco favorable como se ha considerado durante mucho tiempo la obra de Américo Vespucio, ha sido sustituída por una más justa apreciación de los descubrimientos de este florentino, al que corresponde indudablemente la gloria de haber sido el primero en ver que los nuevos países no formaban parte de Asia y constituían realmente un Mundo nuevo.

Pero estas omisiones, que por lo demás no tocan a lo que constituye el objeto mismo del libro, no quitan nada de interés y utilidad a esa introducción. Se observará en ella un capítulo nuevo y original acerca de las condiciones físicas del descubrimiento.

Al llegar a la primera parte de su asunto, la América prehistórica, M. Beuchat ha hecho reservas necesarias en lo que concierne al hombre fósil americano. A nuestro modo de ver, podrían acentuarse más todavía, porque, a pesar de las afirmaciones de algunos sabios eminentes, pensamos que la prueba de la existencia en el Nuevo Mundo del hombre paleolítico deja todavía mucho que desear. Notemos, sin embargo, que hay en este punto dos escuelas opuestas y que, aun en los Estados Unidos, donde estos estudios han sido llevados tan lejos y donde la tesis negativa prevalece, hay sabios arqueólogos que sostienen que el hombre americano data, al menos, de la época paleolítica. Es también la opinión que parece prevalecer en Europa. Conviene, por tanto, esperar, como hace M. Beuchat, a que nuevos hallazgos y nuevas observaciones permitan resolver definitivamente la cuestión. No dudamos en decir, sin embargo, que, para desechar el juicio negativo que motiva la incertidumbre que reina acerca de la verdadera naturaleza de los yacimientos en que se han encontrado restos atribuídos al hombre primitivo, así como respecto al carácter mismo de dichos restos, habrá que presentar un número considerable de hechos más explícitos de los que hasta ahora se han puesto de manifiesto.

La segunda parte de nuestro Manual, la relativa a las civilizaciones desaparecidas de América, es la parte más importante de la obra, y la más rica en datos nuevos, sobre todo para los lectores franceses, que en semejante materia se ven

las más de las veces obligados a recurrir a los trabajos alemanes y americanos o ingleses. Los capítulos consagrados a Méjico, al Yucatán y a la América central son absolutamente de primer orden. Nuestro autor ha tenido conocimiento de todo y ha dicho todo lo que había que decir, dado el plan que se había trazado y el carácter de su libro, que debe limitarse a ser un Manual.

Los atrevidos juzgarán quizá que no se muestra bastante afirmativo en las conclusiones que formula sucesivamente después de cada una de las cuestiones que expone. Es preciso, por el contrario, alabarle esta prudencia. No hay nada más perjudicial para los progresos de una ciencia que esas generalizaciones seductoras que extravían a los investigadores que no están sobre aviso y les apartan de las investigaciones verdaderamente provechosas. El abate Brasseur de Bourbourg ha hecho en este género, con el título de *Historia de las naciones civilizadas de Méjico*, una obra maestra de ingeniosa fantasía que hay que guardarse de imitar, siquiera de lejos. M. Beuchat no ha incurrido en este defecto. Toda su exposición de los orígenes y del carácter de las civilizaciones desaparecidas de los mejicanos y de los mayas, asunto que tan fácilmente se presta a dejar correr la imaginación, es sobria, prudente, sin dejar de ser abundante y exacta. Sus dos capítulos relativos al calendario, a la religión y a todo lo que se relaciona con la vida pública y privada de estos pueblos, están llenos de interés. En este punto, el tema está erizado de dificultades y suscita multitud de problemas acerca de los cuales carecemos de datos precisos. La seguridad con que M. Beuchat guía a los lectores a través de todas estas oscuridades merece los elogios de la crítica. Esta parte del Manual es la más importante y la mejor documentada.

La parte consagrada a los pueblos del istmo de Panamá y a Colombia es naturalmente bastante corta. Se explica por la escasez de datos acerca de esta región, que no ha sido explorada con tanto provecho como las otras. Los dos capítulos consagrados a los chibchas o muyscas, de la meseta de Bogotá y de las regiones vecinas, son, sin embargo, muy curiosos, gracias a las noticias originales que ofrecen y que se deben a las

investigaciones particulares del autor y del Dr. Rivet acerca de los pueblos de esta familia, cuya extensión, tanto al norte como al sur, parece haber sido mucho mayor de lo que se había supuesto.

En el Perú, nos hallamos en una región mucho mejor conocida de los exploradores y que ha dado lugar a importantes investigaciones.

El gran problema de la arqueología peruana, como en Méjico y América central, es el del origen de la civilización. Y lo singular e interesante a la vez, es que en el Perú, al igual que en Méjico y la Península yucateca, la civilización que los españoles encontraron parece haber sido inferior a la que la había precedido. De suerte que bien podría ocurrir que, contrariando el orden común de las cosas, los mejicanos de fines del siglo xv estuvieran entonces en una fase regresiva. Por lo que concierne al Perú, no es de dudar que, en toda la costa del Pacífico desde Nazca hasta Trujillo y más allá, lo mismo que en la región andina próxima al lago Titicaca, los exploradores modernos han notado la existencia de ruinas y restos de productos de géneros distintos que demuestran, en ciertos puntos al menos, conocimientos arquitectónicos, agrícolas e industriales superiores a los de la época incásica.

Las ruinas de Tiahuanaco, tantas veces visitadas y todavía tan poco conocidas, son muy sugestivas desde este punto de vista. Gracias a las excavaciones ejecutadas en estos últimos años, gracias sobre todo a la Memoria que M. G. de la Rosa presentó respecto al particular en el último Congreso de Americanistas de Viena, se tiende a creer hoy que había dos Tiahuanaco y que el más importante de los dos, el que da más elevada idea del pueblo que lo construyó, es enteramente subterráneo. Este hecho curioso y poco conocido explica la admiración de Bandelier, uno de los últimos exploradores de la localidad, que vió allí numerosas ruinas de templos, de palacios o edificios públicos, pero ni una sola huella de vivienda particular. Por desgracia, el Gobierno boliviano ha prohibido las excavaciones, de suerte que, en mucho tiempo quizá, no se podrá penetrar en las calles de esa Tiahuanaco subterránea. No obstante, el profesor Julio Nestler, de Praga, que debe estar

en la actualidad allí, ha partido con la intención de hacer todo lo posible para aclarar bien el asunto.

Es un problema no resuelto todavía el del origen de la raza a que pertenecía el pueblo singularmente industrioso y bien preparado que ha dejado tras de sí esas huellas indestructibles de prolongada estancia en la región andina, y cuya procedencia, como siquiera la época de su desaparición, conocían los peruanos del período incásico que allí los reemplazaron. Hoy se tiende a admitir que los quichúas y los aymaras que habitan aún aquella región son sus descendientes, y la gran expansión que ha logrado el idioma de los primeros, idioma que había llegado a ser el de los incas y que habla hoy todavía una parte de los indígenas, parece confirmar este modo de ver, pero ello no nos dice nada acerca del origen primero de los constructores de Tiahuanaco.

¿Procedía este pueblo del sur, como ciertas indicaciones hacen pensar? ¿Venía, por el contrario, del norte y hay que considerarle como una expansión meridional de la grande y prolífica raza nahuatl? ¿O, como cree el capitán Berthon, hay que buscar su origen en la vasta región del Amazonas, apenas explorada todavía, pero donde se han encontrado vestigios precolombianos y de donde parece venir la raza de Lagoa Santa, cuyas huellas ha encontrado el Dr. Rivet en el Ecuador mismo? Por último, ¿cabe suponer, como M. de la Rosa, que los *uros*, que en número reducido habitan todavía las islas del lago Titicaca, y que se distinguen por tener la piel menos oscura y más desarrollado el sistema piloso, son sus últimos descendientes? ¿Sería posible, por tanto, que los constructores de los edificios ciclópeos de Tiahuanaco, centro de esta civilización andina preincásica, fueran de origen europeo o asiático? Trabajo costaría creerlo.

El Manual no entra a discutir esta cuestión, que se confunde con el gran problema del origen de las antiguas civilizaciones del Nuevo Mundo. No ha llegado todavía el momento en que este problema pueda ser discutido con fruto, y la sola exposición de los distintos aspectos, bajo los cuales se presenta, exigiría más de un capítulo. Con la sabia y juiciosa reserva de que el autor ha dado tantas muestras en el curso de su traba-

jo, se limita a decir cómo la cuestión se plantea y a indicar que, en el estado actual de nuestros conocimientos respecto a la arqueología del Nuevo Mundo, no estaría justificado buscar la solución en el antiguo hemisferio, lo que equivale a decir que, hasta el presente, todos los datos recogidos por los exploradores parecen favorecer la tesis de que las civilizaciones desaparecidas del Nuevo Mundo han nacido y se han desarrollado en su suelo mismo. A pesar de las semejanzas, con frecuencia muy íntimas, de algunas de las ruinas americanas con otras pertenecientes al Antiguo Mundo, hay efectivamente razones serias para creer que lo que especialmente las caracteriza no procede de fuera.

A esta conclusión tienden la mayor parte de los autores modernos, sobre todo los de cultura americana. Pero no hay que olvidar que esta tesis, que ha obtenido el asentimiento del más eminente de los americanistas ingleses, Sir Clements Markham, es combatida por hombres como Humboldt, el padre de la arqueología americana; como Nadaillac, que fue el primero que sometió a juicioso examen crítico todo cuanto se sabía hace treinta años acerca de América prehistórica; como Edward John Payne, un gran espíritu; como Reginald Enoch, un explorador que ha visto repetidas veces, copiado y medido, las principales entre las ruinas que dan fe de aquellas civilizaciones desaparecidas.

No obstante, no hay que confundir el origen del hombre americano con el de su cultura. Se puede admitir en rigor que la civilización precolombina del Nuevo Mundo era puramente americana, pero, en el estado actual de nuestros conocimientos, no se podría decir otro tanto del hombre americano.

Lejos de creer que haya indicaciones que permitan decir que América fue la cuna del género humano, como algunos autores han creído en otro tiempo y como todavía sostiene Ameghino, hay que afirmar claramente que la tesis del origen autóctono del hombre americano provoca dos objeciones formidables que nada ha podido quebrantar todavía.

La primera es la ausencia de fósiles de ninguna especie de monos antropoides, lo cual excluye la posibilidad de que el hombre americano haya evolucionado en aquel suelo.

La segunda es la falta de pruebas auténticas de que los huesos humanos encontrados en ciertos puntos del Nuevo Mundo no sean de individuos que hayan vivido en los tiempos históricos y pertenezcan a las mismas razas existentes en la actualidad.

Estas conclusiones, a las que dan mucho peso las numerosas informaciones abiertas por el *Bureau of American Ethnology*, y que corroboran los resultados de la expedición científica enviada recientemente a América del Sur bajo la dirección de un eminente especialista, Ales Hrdlicka, no pierden valor por el hecho, de que dan fe ciertos petroglifos, de que los indios del Nuevo Mundo hayan conocido animales hoy desaparecidos, porque las capas paleontológicas del hemisferio occidental no corresponden exactamente con las del Antiguo Mundo, y el hecho de ser contemporáneo el hombre americano de esos animales no prueba que date de una época anterior a la actual.

El libro que tengo la dicha de recomendar a todos los que se interesan por los estudios de que trata daría lugar a muchas otras observaciones, pero hay que reducirse, y añadiré solamente que este Manual responde a todo lo que hay derecho a esperar hoy de un trabajo de su género. Su publicación, que se anticipa a toda obra del mismo carácter, en Alemania, en Inglaterra y en América, tan ricas, no obstante, en escritos acerca de la materia, hace honor al americanismo francés, y hay que felicitar igualmente al editor, que ha querido añadir este volumen a su hermosa colección de Manuales, y al Mecenas americano cuyos alientos han permitido al autor conducir a buen término un largo y difícil trabajo, único en su género.

M. H. VIGNAUD

Presidente de la Sociedad de Americanistas de Francia.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Y ABREVIATURAS

Como los temas tratados en este Manual son muchos y algunos muy controvertidos, la bibliografía es considerable. Así hemos tenido que limitarnos, en la indicación de los libros de consulta, a las obras más importantes y que con mayor facilidad pueden leerse. Se encontrarán estas bibliografíías en las notas debajo de cada página.

No obstante, para completar estas indicaciones sumarias, hemos creído que debe preceder al libro una bibliografía razonada, más extensa, sobre todo en lo que corresponde a la historia de las naciones civilizadas de América.

En lo que respecta a las publicaciones periódicas, hemos pensado que era preferible, en lugar de poner el título completo, servirnos, en las notas, de las abreviaturas que incluímos en la lista que sigue. Hemos creído deber clasificar estas revistas por orden alfabético de las abreviaturas, porque este sistema nos ha parecido que ha de resultar más cómodo.

AA — *American Anthropologist,* Lancaster (Pensilvania), 8.°

AAAS — *Proceedings of the American Association for advancement of Sciences,* 8.°

Aa O — *Aarboger for nordisk Oldkyndighed og Historie,* Copenhague, 8.°

AMB — *Anales del Museo nacional de Buenos-Aires,* Buenos Aires, 8.°

AMM — *Anales del Museo nacional de México,* México, 4.°

AMP — *Anales del Museo de la Plata* (Secciones antropológica y arqueológica), La Plata, gr. 4.°

AMRJ *Archivos do Museu nacional de Río-de-Janeiro*, Rio-de-Janeiro, 4.°

AN *American Naturalist*, Filadelfia, 8.°

ANB *Abhandlungen von Naturwissenschaftliche Verein zu Bremen*, Brema, 4.°

Anthr. *L'Anthropologie*, París, 8.°

ASCA *Anales de la Sociedad científica argentina*, Buenos-Aires, 8.°

AT *American Antiquarian and Oriental Journal*, Clinton (Wisconsin), después Mendon (Illinois), 8.°

AUC *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, 4.°

BAMN *Bulletin of the American Museum of Natural History*, New-York, 8.°

BE *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* (Smithsonian Institution), Washington, 8.°

BIGA *Boletín del Instituto geográfico argentino*, Buenos-Aires, 8.°

BSA *Bulletins et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 8.°

CA *Comptes rendus du Congrès international des Américanistes*, 8.°

CAAE *University of California publications in American Archæology and Ethnology*, Berkeley (Cal.), m. 8.°

CE *Contributions to North-American Ethnology* (Geological and Geographical Survey, J. W. Powell, director), Washington, 4.°

CIA *Comptes rendus du Congrès international d'Anthropologie et d'Archéologie préhistorique*, 4.°

FCM *Field Columbian Museum publications* (Anthropological series). Chicago, 8.°

Gl *Globus*, Brunswick, 4.°

GS *Annual Report of the Geographical and Geological Survey of the Territories* (Hayden, director), Washington, 8.°

JAI *Journal of the Anthropological Institute of Great-Britain and Ireland*, Londres, 8.°

JANS *Journal of the Academy of Natural Sciences*, Filadelfia, 8.°

JAP *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, París, 8.°

KASC *Kongliga Svenska Vetenskaps-Akademiens Forhandlingar* Stockolmo, 4.°

MAGW *Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*, Viena, 4.°

MAMN *Memoirs of the American Museum of Natural History*, New-York, 4.°

MCM *Memoirs of the Carnegie Museum*, Pittsburg, 4.°

MG *Meddelelser om Gronland*, Copenhague, 8.°

MPM *Memoirs of the Peabody Museum of American Archæology and Ethnology*, Cambridge (Mass.), 4.°

Nat. *La Naturaleza*, México, 8.°

PDAS *Proceedings of the Davenport Academy of Science*, Davenport (Iowa), 8.°

PM *Petermanns Mitteilungen*, Gotha, 4.°

PPM *Archæological and Ethnological Papers of th... seum*, Cambridge (Mass.), 8.°

PPS *Proceedings of the American Philosophic...* fia, 8.°

R. Anthr. *Revue d'Anthropologie*, París, 8.°

RE *Annual Report of the Bureau of A...* (Smithsonian Institution), Washingto...

R. Eth. *Revue d'Ethnographie*, París, 8.°

RHR *Revue de l'histoire des Religions*, París, 8.°

RMP *Revista del Museo de La Plata*, La Plata, 8.°

RMSP *Revista do Museu Paulista*, São-Paulo, 4.°

RPM *Report of the Peabody Museum of American Archæology*, Cambridge (Mass.), 8.°

RS *Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution*, Washington, 8.°

RUSM *Annual Report of the U. S. National Museum* (Smithsonian Institution), Washington, 8.°

SAA *Memorias de la Sociedad científica Antonio Alzate*, México, 8.°

SCK *Smithsonian Contributions to Knowledge*, Washington, 4.°

TAAS *Transactions of the American Antiquarian Society*, Worcester (Mass.), 8.°

VMV *Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde*, Berlín, 1893, 4.°

Y *Ymer*, órgano de la Sociedad sueca de Geografía y de Antropología. Stockolmo, 8.°

ZE *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlín, 8.° (Contiene, a más de artículos originales, los *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte).*

ZGE *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, Berlín, 8.°

Hemos utilizado el mismo sistema de abreviaturas para ciertas colecciones de artículos y de libros que habíamos de citar con frecuencia. Son:

CTC TERNAUX COMPANS, *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique*, París, 1837-1841, 20 vols., 8.°

HS Publicaciones de la *Hakluyt Society*, Londres, 12.°

IDM G. ICAZBALCETA, *Nueva Colección de documentos para la historia de México*, México, 1886-1892, 5 vols., 8.°

KAM KINGSBOROUGH, *Antiquities of Mexico*, Londres, 1848, 9 vols.

SGA E. SELER, *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach- und Altertumskunde*, Berlín, 1902-1906, 3 vols., 8.°

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN:

Capítulo I.—*Condiciones físicas del descubrimiento.*

Acerca del régimen general de las corrientes y de los vientos, véase FINDLAY, *Directory for the navigation of the North-Pacific Ocean*, 3.ª edic., Londres, 1886; *Directory for the navigation of South-Pacific Ocean*, 5.ª edic., Londres, 1884.

Acerca de la corriente del Golfo, A. AGASSIZ, *The Gulf-Stream (Bulletin of the Museum of comparative Zoology at Harvard College*, Cambridge, Mass., vol. XIV, págs. 241-259; reimpreso en RS *for 1891*, páginas 189-206); J. G. KOHL, *Geschichte des Golfstroms und seiner Erforschung,* Brema, 1868, en 12.°

Respecto al *Fu-sang*, consúltese DE GUIGNES, *Le Fu-sang des Chinois est-il l'Amérique? (Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, 1761); H. DE PARAVEY, *L'Amérique, sous le nom de Fu-sang, est-elle citée dès le Ve siècle, dans les Grandes Annales de la Chine, et, dès lors, les Samanéens de l'Asie centrale et du Caboul y ont-ils porté le boudhisme?;* CH. G. LELAND, *Fusang, or the discovery of America by chinese buddhist priests in the 5th century,* Londres, Trübner, 1875; D'HERVEY DE SAINT-DENIS, *Le pays connu des anciens Chinois sous le nom de Fou-sang (Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, 1876); ED. P. VINNING, *An inglorious Columbus, or evidence that Hwui-Shin and a party of buddhist monks of Afghanistan discovered America in the 5th century,* New York, Appleton, 1885, 8.° (Es el libro más completo acerca de la cuestión. Contiene el texto de *Ma-Twan-Lin*, la traducción de DE GUIGNES, una crítica de ésta y una nueva versión inglesa). Todos estos autores admiten la identidad del *Fu-sang* con América. Entre los contrarios, hay que citar KLAPROTH, *Ost-Asien und West-Amerika (Zeitschrift für allgemeine Erdkunde*, Berlín, 1833; VIVIEN DE SAINT-MARTIN, *Une vieille histoire remise à flot (Année géographique*, 1865); LUCIEN ADAM, *Le Fou-sang* (CA. vol. I., Nancy, 1875); DALL, *Prehistoric America* (traducción de la obra de NADAILLAC). New York, 1892.

Capítulo II.--*El descubrimiento de América por los escandinavos.*

Con motivo del descubrimiento del Nuevo Continente por los escandinavos, se ha formado toda una bibliografía. Las obras más antiguas son las de TH. THORFÆUS (Thorfesen), *Historia Groenlandiæ antiquæ*, Havniæ, 1704; *Historia Vinlandiæ antiquæ*, Havniæ, 1705. Estos trabajos, pesados e indigestos, fueron utilizados probablemente por THORLACIUS (Thorlaksen), que hizo alusión al descubrimiento en su *Antiquitatum borealium. Observationes miscellaneæ*, Hafniæ, 1777-1801.

RAFN fue el que principalmente atrajo la atención de las gentes sobre este hecho capital. Sus *Antiquitates Americanæ, sive Scriptores septentrionales rerum antecolumbianarum in America*, en 4.°, aparecieron en Copenhague en 1837. Fueron traducidas al alemán, al año siguiente, por GOTTLIEB MOHNIKE, con el título *Die Entdeckung Amerikas im zehnten Jahrhundert*, Stralsund, Löffler, 1838, en 8.° Sólo tres años más tarde apareció una edición danesa, *Americas Opdagelse i det tiende aarhundrede, efter de nordiske oldskrifter*, Copenhague, Qvist, 1841, en 8.° Por último, RAFN publicó su trabajo en francés, con el título de *Antiquités américaines, d'après les monuments historiques des Islandais et des anciens Scandinaves*, Copenhague, 1845, f.°

Las investigaciones de Rafn hicieron desarrollarse estos estudios, y en lo sucesivo el descubrimiento de América por los escandinavos fue asunto de disertación científica.

Aparte de estas obras, se encontrarán discusiones relativas a este particular en BEAUVOIS, *Découvertes des Scandinaves en Amérique, du Xe au XIIIe siècle*, París, Challamel, 1859; G. CRAVIER, *Découverte de l'Amérique par les Normands au Xe siècle*, París, Maisonneuve, 1874; K, BAHNSON, *Sur trois des plus anciennes cartes du Nord* (CA, *Ve sesión*, Copenhague, 1883, págs. 120-123); V. SCHMIDT, *Les voyages des Danois au Groenland* (CA, *Ve session*, Copenhague, 1883, págs. 195-236); R. B. ANDERSON, *America not discovered by Columbus. An historical sketch of the discovery of America by the Norsemen*, 4.ª edición, Chicago, 1892; E. MOGK, *Die Entdeckung Amerikas durch die Nordgermanen (Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig*, 1892); F. GELCICH, *Zur Geschichte der Entdeckung Amerikas durch die Skandinavier* (ZGE, Band XXVII, Berlín, 1892).

El mejor trabajo de conjunto, y el más reciente a la vez, es el de JOS. FISCHER, *Die Entdeckungen der Normannen in Amerika (Ergänzungshefte zur den «Stimmen aus Maria Laach»)*, Freiburg, 1902, en 8.°, Se ha traducido al inglés con el título de *The Discoveries of the Norsemen in America*, Londres, 1903. Esta excelente monografía contiene no obstante algunos errores en lo que concierne a la extensión de los descubrimientos escandinavos en Groenlandia septentrional. La mejor recopilación de textos es la de A. M. REEVES, *Wineland the good*, Londres y Oxford, 1890.

En muchas Historias generales se ha tratado del descubrimiento hecho por los escandinavos. Citaremos las siguientes: HUGH MURRAY, *Historical account of discoveries und travels in North-America*,

Londres, 1829, vol. I. (Murray no cree bien determinado el descubrimiento); FR. KUNSTMANN: *Die Entdeckung Amerikas, nach den ältesten Quellen geschichtlich dargellest*, Munich y Berlín, A. Asher y C.ª, 1859; J. G. KOHL, *History of the discovery of Maine*, Portland, 1869; STEENSTRUP, *Normannerne*, Copenhague, 1870-1882, vol. I; *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen Amerikas*, Berlín, 1891; E. GELCICH, *Ueber die Materialien zur vorcolumbischen Geschichte Amerikas* (ZGE, Band XXV, 1890); NORDENSKJÖLD, *Bidrag till Nordens äldsta Kartografi vid byrhundra Aarfesten till Minne af nya Verldens upptäckt*, utgifna af Svenska Sällskapet för Antropologi och Geografi, Stockolmo, 1890; P. GAFFAREL: *Histoire de la découverte de l'Amérique, depuis les origines jusqu'à la mort de Christophe Colomb*, París, 1892, tomo I. (Este libro, muy leído en Francia, contiene una cantidad considerable de hechos de todos clases, pero no se deben aprovechar las conclusiones del autor sin una muy grande prudencia); S. RUGE, *Die Entdeckungsgeschichte der neuen Welt (Hamburger Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas)*, Hamburgo, 1892; AVERY, *A History of the United States*, Cleveland, 1904, vol. I.

Capítulo III.—*Edad Media.*

Acerca de la leyenda de tierras occidentales en la Edad Media, pueden consultarse las obras generales de R. CRONAU, *Amerika, Die Geschichte seiner Entdeckung von der ältesten bis auf die neueste Zeit*, Leipzig, 1892, tomo I. (Hay traducción española de la casa Montaner y Simón, de Barcelona); P. GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique, depuis les origines jusqu'à la mort de Christophe Colomb*, París, 1892, vol. I; O. MOOSMÜLLER, *Europäer in Amerika vor Columbus*, Regensburg, 1879 Véase también H. HARRISSE, *The discovery of America*, París, Welter; Londres. Stevens and Sons, 1893; D'AVEZAC, *Les îles fantastiques de l'Océan occidental au Moyen Age*, París, 1846.

Capítulo IV.—*El descubrimiento de Colón.*

Son innumerables las obras relativas al descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Las más importantes de ellas: WASHINGTON IRVING, *History of the life and voyages of Columbus*, Londres, 1828, 4 vols., (traducción española, publicada en Madrid, por Gaspar, en 1851; traducción francesa de DEFAUNCOUPRET, publicada en 1828 en París); HUMBOLDT, *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, París. 1836-1839, vol. I; PESCHEL, *Das Zeitalter der Entdeckungen Amerikas*, Leipzig, 1877; HARRISSE, *Chistophe Colomb*, París, 1884-1889, 2 tomos; J. WINSOR. *Narrative and critical history of America*, Boston, 1889, vol. I y II; J. WINSOR, *Christopher Columbus*, Boston, 1891, GELCICH, *La scoperta dell'America*, Goritzia, 1890, FISKE. *Discovery of America*, New-York, 1892, 2 tomos en 8.°; GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique*, París, 1892, tomo II; KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerikas*, Berlín, 1892, f.°;

CL. MARKHAM, *Chistopher Columbus*, Londres, 1882, en 12.°; C. DE LOLLIS, *Cristoforo Colombo nella Legenda e nella Storia*, Milán, 1892; E. PAYNE, *History of the New-World called America*, Londres, 1892-1899, tomo I, en 8.°; H. VIGNAUD, *Études critiques sur la vie de Colomb*, París, Welter, 1905; *Histoire de la grande entreprise de Chistophe Colomb*, París, 1911, 2 vols., en 8.° (En estos libros, el autor reconstituye la vida entera de Colón según documentos de los archivos, y rectifica la mayor parte de los errores que anteriormente han admitido otros libros y que el tiempo ha venido consagrando).

Los textos relativos a la vida y la historia de Cristóbal Colón están reunidos en MARTÍN FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV, Madrid, 1825, 5 tomos, sobre todo en el tomo I; en HARRISSE, *Christophe Colomb*, tomo II, Apéndice, y en la *Raccolta Colombiana*, publicada por orden del Gobierno italiano.

FUENTES: La vida de Colón es conocida principalmente por los documentos que pasamos a enumerar: el trabajo de FERNANDO COLÓN, hijo del Almirante, publicado en Venecia por vez primera el año 1571. Tiene por título: *Historie del S. D. Fernando Colombo: Nelle' quali s'ha particolare, e vera relazione della vita, e de'fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo suo padre: Et dello scoprimento, ch'egli fece dell'Indie Occidentali, dette Nuovo-Mondo, hora possedute dal Sereniss. Re Catolico: Nuouamente di lingua Spagnuola tradotte nell'Italiana dal S. Alfonso Vlloa.* Con privilegio. Venecia, MDLXXI. Las *Historie* han sido reimpresas en Milán en 1614, en Venecia en 1676 y 1678 y en Londres en 1847. WASHINGTON IRVING consideraba esta obra como «un documento inestimable, de los más dignos de fe, y que es la piedra angular de la historia del Continente Americano». Por desgracia, nunca se ha podido encontrar el manuscrito original español con arreglo al cual ULLOA hizo la traducción italiana. Después de la muerte de Cristóbal Colón, el año 1523, sus papeles parecen haber pasado a manos de LAS CASAS, que desde 1552 a 1561 escribió, en el Colegio de San Gregorio, de Valladolid, su *Historia de las Indias*, que no fue publicada hasta 1875, en Madrid, por el MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE y don JOSÉ SANCHO RAYÓN. Gran parte del contenido sustancial de las *Historie* se repite en la Historia del P. Las Casas, de tal modo que HARRISSE, muy lejos de creer que Las Casas hubiera copiado las *Historie*, considera éstas una invención, obra de PÉREZ DE OLIVA, profesor de la Universidad de Salamanca. La hipótesis de Harrisse ha encontrado numerosos contradictores, entre los que hay que citar a D'AVEZAC, PERAGALLO y FABIÉ. Sea lo que quiera, en muchos puntos las *Historie* concuerdan con la *Historia de las Indias*, y se puede seguir una u otra aplicando al texto severa crítica. La mejor edición de las *Historie* es todavía la de Venecia, de 1571. Respecto a la *Historia de las Indias*, la edición única es la de Madrid, 1875, ya citada, pero parte de los documentos que contiene se encuentran en la *Colección de los viajes...* de FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Madrid, 1825.

Respecto a la historia de la vida de Colón antes de su partida para América, es indispensable consultar los textos publicados en HARRISSE, la *Raccolta Colombiana*, y H. VIGNAUD. Nos informan acerca del origen del descubridor de América y su vida antes de salir para el descubrimiento.

Capítulo V.— *Viajes y descubrimientos en el siglo XVI.*

Véanse las citas de las obras de PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, ANTONIO DE HERRERO, GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, HARRISSE, KRETSCHMER, etc., en las notas.

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

PRIMERA PARTE.—AMÉRICA DEL NORTE.

Capítulo I.—*Período Glaciar de América del Norte.*—El libro más importante es el de F. WRIGHT, *The Ice ages in North America,* New York, 1889, en 8.°, que resume y discute los trabajos de W. UPHAM, T. CHAMBERLIN, J. W. DAWSON, C. H. HITCHCOCK, CH. WHITTLESEY, G. K. GILBERT. Es un libro de indispensable consulta. El capítulo XLI de la célebre obra de GEIKIE, *The Great Ice Age,* ha sido escrito por T. CHAMBERLIN y trata del período glaciar en América. También es necesario leer el trabajo de HAYNES, *Prehistoric Archæology of North America,* en WINSOR, *Narrative and Critical History of America,* tomo I, y las grandes colecciones periódicas, *American antiquarian Society,* Worcester (Mass.), a partir de 1896.

Capítulos II, III y IV.—*Huesos humanos fósiles de América del Norte.*—NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique,* París, 1883, en 8.°; TH. WILSON, *A Study of prehistoric Anthropology* (RUSM, 1888, Washington, 1890; ID., *La haute ancienneté de l'homme dans l'Amérique du Nord* (CIA, París, 1900, págs. 149-191); F. WRIGHT, *The Ice Age in North America,* caps. XXI y XXII; A. HRDLICKA, *Skeletal remains suggesting or attributed to the early man in North America* (BE, núm. 33, Washington, 1907, 112 págs.), pasa revista a todos los huesos humanos de América del Norte atribuídos a la época cuaternaria. Es un trabajo excelente y muy útil. Respecto a California, véase sobre todo W. J. SINCLAIR, *Recent investigations bearing on the question of the occurrence of neocene man in the auriferous gravel of the Sierra Nevada* (CAAE, vol. VII, núm. 2, págs. 107-131), Berkeley, 1908.

Capítulo V.—*Los «Mounds» de América del Norte.*—Se encontrarán noticias útiles en varias obras generales, principalmente en NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique,* París, 1883; CYRUS THOMAS, *Introduction to the Study of North-American Archæology,* Cincinnati, 1898; DELLENBAUGH, *The North-Americans of yesterday,* New York, 1903.
El primer trabajo importante acerca de los «mounds» fue el de

SQUIER y DAVIS, *Ancient monuments of the Mississipi valley* (SCK, 1848), seguido del de CH. WHITTLESEY, *Descriptions of ancient works in Ohio* (SCK, 1850), luego del de J. A. LAPHAM. *The antiquities of Wisconsin* (SCK, Filadelfia, 1855).

Hay que consultar las obras de SCHOOLCRAFT, *History of the Indian tribes*, New York, 1856, tomos IV y V; DANIEL WILSON, *Prehistoric Man*, Londres, 1865; BALDWIN, *Ancient America*, New York, 1872; P. FORCE, *Some considerations on the Mound-builders*, Cincinnati, 1873; FOSTER, *Prehistoric races of the United States*, Chicago, 1873; MAC LEAN, *The Mound builders*, Cincinnati, 1879; CONANT, *Footprints of a vanished Race*, San Luis, 1879; SHORT, *North-Americans of Antiquity*, New York, 1880; L. H. MORGAN, *Houses and house-life of the American aborigines* (CE, vol. IV, Washington, 1881); L. CARR. *The Mounds of Mississipi valley historically considered (Memoirs of the Kentucky Geological survey*, vol. II, 1883, reimpreso en RS, 1891, Washington, 1893, págs. 503-599); D. G. BRINTON, *Essays of an Americanist*, Filadelfia, 1896; del mismo autor, *The american Race*, New York, 1891.

Se leen en los *Smithsonian Reports*, de 1875 a 1891, descripciones particulares. Los resultados de la gran información hecha por la Oficina de Etnología de Washington se exponen en el trabajo de CYRUS THOMAS, *Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology* (RE, XII, Washington, 1885) y numerosos artículos en XX, nueva serie, 1898 y siguientes.

Capítulos VI y VII.—*Industrias de los «Mounds» y de los kjokenmöddingos de América del Norte*.—Se encontrarán datos relativos a la cerámica y demás objetos encontrados en los *mounds* en SQUIER y DAVIS, *The antiquities of Mississipi valley* (SCK, 1848), CH. WHITTLESEY, *Description of ancient works in Ohio* (SCK, Washington, 1850); J. A. LAPHAM, *The Antiquities of Wisconsin*, Filadelfia, 1855; en la RPM; la *Mound Exploration* (RE, XII, 1894) y sobre todo el gran trabajo de W. H. HOLMES, *Aboriginal pottery of the United States* (RE, XX, Washington, 1903) y los numerosos artículos publicados en AA, nueva serie, 1897 y siguientes.

Hay que consultar también las obras generales: NADAILLAC, *l'Amérique préhistorique;* C. THOMAS, *Introduction to the Study of the North-American Archæology*. Respecto a los ejemplares de cerámica y piedra encontrados en los montículos conchíferos de la Florida, véase CL. B. MOORE, *Certain shell heaps of the Saint Johns river* (AN, 1892, págs. 916 y siguientes); *Certain sand mounds of the Saint Johns river* (JANS, Filadelfia, 1894, vol. X); Dr. J. WYMANN, *Freshwatter shell mounds of the Saint Johns river* (AS, Salem, Mass., 1875); F. H. CUSHING, *Exploration of ancient Key-dweller remains* (PPS, volumen XXXV, pág. 74).

Capítulo VIII.—*Los constructores de los Mounds*—GALLATIN, *Synopsis of the Indian Tribes of North-America* (TAAS, vol. II, 1838, páginas. 146-151); SQUIER y DAVIS, *Ancient monuments of the Mississipi valley* (SCK, vol. I, New York, 1848); SQUIER, *Aboriginal monuments of the State of New-York* (SCK, vol. II, Washington, 1851); H. SCHOOLCRAFT. *Indian Tribes of United States*, New York, 1855, tomos IV y VI; D. G. BRINTON, *Notes on Floridian Peninsula*, Filadelfia, 1859; DANIEL WILSON, *Prehistoric man*, Londres, 1865; BALDWIN, *Ancient America*, New York, 1872; C. C. JONES, *Antiquities of the Southern Indians*, New York, 1873; FOSTER, *Prehistoric races of the United*

States, Chicago, 1873; F. M. FORCE, *Some considerations on the Mound-builders,* Cincinnati, 1873; MAC LEAN, *Mound-builders,* Cincinnati, 1879; CONANT, *Footprints of a vanished race.* San Luis, 1879; J. T. SHORT, *North-Americans of antiquity,* New York, 1880; L. H. MORGAN, *Houses and house-life of american aborigines* (CE, Washington, 1881); P. R. HOY, *Who built the Mounds? (Transactions of the Wisconsin Academy of Sciences,* vol. VI, 1881-83, págs. 84 y siguientes; DALL, en NADAILLAC, *Prehistoric America,* New York, 1884 (edición americana); CYRUS THOMAS, *The story of a Mound, or the Shawnees in pre-columbian times,* New York, 1890; ID., *The Cherokee in pre-columbian times,* Washington, 1891; L. CARR, *The mounds of the Mississipi valley historically considered* (RS, 1891, Washington, 1893, págs. 503-505); CYRUS THOMAS, *Mound explorations* (RE, XII, Washington, 1894); IDEM, *Introduction to the Study of the North-American Archæology,* Cincinnati, 1898; D. G. BRINTON, *Essays of an Americanist,* Filadelfia, 1896; IDEM, *The American Race,* New York, 1891.

Capítulo IX.—*Las casas de los acantilados y los Pueblos.*—Acerca de las casas de los acantilados y los pueblos en ruinas, véanse LEWIS H. MORGAN, *Houses and house-life of american aborigines* (CE, volumen IV, Washington, 1881); W. H. HOLMES, *Report on the ancient ruins of Southwestern Colorado* (GS, X, Washington, 1878, páginas 381-407); W. H. JACKSON, *Report on ancient ruins examined in 1875 and 1877* (GS, X, Washington. 1879, págs. 409-449); NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique,* París, 1883; G. NORDENSKJÖLD, *The Cliff-dwellers of the Mesa Verde,* Stockholm. 1893; W. H. HOLMES, *Aboriginal remains in Verde valley* (RE, XIII, Washington, 1896, págs. 185-257; C. MINDELEFF, *The cliff ruins of the Canyon de Chelly* (RE, XVI, Washington, 1897); C. THOMAS, *Introduction to the study of North-American Archæology,* Cincinnati, 1898; J. W. FEWKES, *Archæological expedition to Arizona in 1895* (RE, XVII, Washington, 1898); C. LUMHOLTZ, *Unknown Mexico,* New-York, 1902, vol. I; A. HRDLICKA, *The region of the ancient Chichimecs* (AA, nueva serie, vol. V, 1903, páginas 385-440); T. MITCHELL PRUDDEN, *The prehistoric ruins of the San Juan watershed* (AA, n. s., vol. V, págs. 224-288); F. HEWETT, *The ruins of the Jemez plateau* (BE, núm. 32, Washington, 1905); A. KRAUSE, *Die Klipp-bewohnern des Sud-West Nordh Amerikas.*

Acerca de las ruinas del curso superior del Colorado, véanse: W. H. HOLMES, *Reports on the ancient ruins of the Southwestern Colorado* (GS, X, Washington, 1879, págs, 383-403); W. J. HOFFMAN, *Miscellaneous observations on Indians inhabiting Nevada, California and Arizona* (ID., págs. 474-477); A. F. BANDELIER, *Avisit to the aboriginal ruins in the valley of the Rio Pecos* (*Papers of the Archæological Institute of America,* American Series, vol. I, Boston, 1883, páginas 1-40); C. MINDELEFF, *Aboriginal remains in the Verde valley* (RE, XIII, Washington, 1896, págs. 185-257); J. W. FEWKES, *Archæological expedition to Arizona in 1895* (RE, XVII, Washington, 1899); J. W. FEWKES, *Two summers work in Pueblo ruins* (RE, XXII, Washington, 1903); HEWETT, *The ruins of Jemez plateau* (BE, núm. 32, Washington, 1905); G. NORDENSKJÖLD, *The Cliff-dwellers of the Mesa Verde,* Stockholm, 1893, págs. 128-129.

Acerca de los pueblos del valle del río Gila: W. H. EMORY, *Notes on a military reconnoissance from Fort Leavenworth, in Missouri, to San Diego, in California (Senate Executive Documents n.º 7, 30th Con-*

gress, 1st Session, Washington, 1848, pág. 64 y siguientes); J. R. BARTLETT, *Personal Narrative of explorations and incidents in Texas, New Mexico*, Londres, 1854, vol. II; BAXTER, *The old New World*, Salem, 1888; A. F. BANDELIER, *Archæological Institute of America*, vol. V, Boston, 1884; F. H. CUSHING, *Preliminary Report on the archæological results of the Hemenway expedition* (CA, Berlín, 1890, págs. 150 y siguientes); J. W. FEWKES, *On the present condition of a ruin in Arizona called Casa Grande (Journal of American Ethnology and Folk-lore*, Cambridge (Mass.), 1892, págs. 179 y siguientes); C. MINDELEFF, *Casa Grande ruin* (RE, XIII, Washington, 1896, págs. 289-319).

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

SEGUNDA PARTE.—AMÉRICA DEL SUR.

Capítulo I.—*El hombre fósil en América del Sur.*—El libro de H. LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne et l'homme fossile de la République Argentine* (AMB, 1907), expone los descubrimientos hechos en la República Argentina, incluso los más recientes. En él se encontrarán asimismo todas las teorías relativas a las formaciones de las Pampas, cuya importancia podrá apreciarse. Sin embargo, no se deberá aceptar sino con reserva las conclusiones del autor y habrá que criticarlas con ayuda de las obras de paleontólogos que citamos. La obra de FL. AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en La Plata y Buenos Aires,* 1880, 2 vols. en 8.º (resumida con el título de *L'antiquité de l'homme à La Plata,* en la *R. Anthr.*, págs. 210-248), podrá consultarse con idénticas precauciones.

La cuestión del *Tetraprothomo* u *homo neogæus* ha sido tratada por R. LEHMANN-NITSCHE, *L'atlas du tertiaire de Monte-Hermoso, République Argentine* (AMP, 1907, págs. 386-399); F. AMEGHINO, *Notas preliminares sobre el Tetraprothomo argentinus* (AMP, 1907, páginas 107-242) y noticias de estos dos artículos hechas por M. M. BOULE en la *Anthr.*, París, 1908, págs. 274-276; crítica detallada del segundo artículo hecha por el Dr. Rivet en JAP, 1907, núm. 2; R. LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne et l'homme fossile de la République Argentine* (AMB, Buenos Aires, 1907).

Respecto a la raza de Lagoa Santa, véanse: *Extrait d'une lettre de M. P. W. Lund à M. C. C. Rafn (Mémoires de la Société royale des Antiquaires du Nord*, Copenhague, 1845, pág. 49); LACERDA E R. PEIXOTO, *Contribuções para o estudo anthropologico das raças indigenas do Brazil* (AMRJ, vol. I, 1875 págs. 47-75); QUATREFAGES, *L'homme fossile de Lagoa-Santa au Brésil et ses descendants actuels* (CIA, Reunión de Moscú, 1879); R. VIRCHOW, *Ein mit Glyptodon Resten gefundenes menschliches Skelet aus der Pampa de la Plata* (ZE, vol. XV, 1883,

páginas 465-467); SANTIAGO ROTH, *Ueber den Schädel von Pontimelo* (*Mitteilungen aus dem anatomischen Institut in Vesalianum zu Basel*, 1889, págs. 1-13); R. LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne;* SÖREN-HANSEN. *Lagoa-Santa Racen* (*E Museo Lundii*, Copenhague, 1888), y Dr. P. RIVET, *La race de Lagoa-Santa chez les populations précolombiennes de l'Equateur* (RSA, 1908, páginas 209-268).

LIBRO II

Los pueblos civilizados de América.

PRIMERA PARTE.—MÉJICO.

Pueden dividirse los autores que nos han dejado relaciones antiguas acerca de Méjico en dos clases; 1.°, autores españoles de la época de la conquista o de la que inmediatamente siguió; 2.°, autores indígenas.

Autores españoles de tiempo de la conquista. El más antiguo es HERNÁN CORTÉS, que dirigió al emperador Carlos V varias Cartas en que describía el país que había ido a conquistar y los progresos de sus armas. Han sido publicadas varias veces. La edición más cómoda es la de VEDIA. *Cartas de relación* (en *Historiadores primitivos de Indias*, vol. I, Madrid, 1852). Los datos de CORTÉS, aun cuando puramente superficiales, son preciosos, sobre todo en lo que atañe a la descripción de Méjico. Uno de los testigos oculares de la conquista, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, dejó un libro en el que se encuentran también algunas indicaciones, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, 1632. Esta obra es interesante en lo que respecta a los últimos tiempos del Imperio azteca. Los autores eclesiásticos son los que principalmente nos han dado a conocer a Méjico antiguo. Más instruídos que la mayor parte de los otros españoles que pasaban por aquel país, obligados por su misión a vivir en íntimo contacto con los indígenas, a conocer sus usos y costumbres, a aprender su idioma, deseosos además de mostrar a sus superiores las dificultades que habían de vencer para evangelizar a los mejicanos, nos han dejado verdaderas enciclopedias. El primero de esos misioneros cuya obra se menciona es ANDRÉS DE OLMOS, que, por orden del auditor Ramírez de Fuenleal, escribió una obra prolija acerca de las antiguas costumbres de los mejicanos. Este libro no ha llegado a nosotros, pero M. DE JONGHE ha creído encontrar trozos de él, traducidos, en la *Histoire du Mechyque*, del cosmógrafo francés THEVET, que ha publicado en JAP, nueva serie, vol. II, París, 1905, págs. 1-41. El franciscano TORIBIO DE BENAVENTE, más conocido por el sobrenombre nahuatl MOTOLINIA, «pobre», que él mismo había adoptado, dejó una *Historia de los indios de la Nueva España*, que escribió por los años de 1536 a 1541 y que fue publicada por KINGSBOROUGH, con el título de *Ritos antiguos, sacrificios e idolatrías de los Indios de la Nueva España, y de su conversión a la fe, y quienes fueron*

los que primero la predicaron (Antiquities of Mexico, vol. IX, págs. 469 y siguientes). Este escrito ponía en claro una obra más antigua, publicada en 1903 por L. GARCÍA PIMENTEL y titulada *Memoriales de Fray Toribio de Motolinia,* París, 1903. Los *Memoriales* contienen ciertos pormenores que se han omitido en la *Historia.*

Pero otro franciscano principalmente, BERNARDINO DE SAHAGUN, que murió en Méjico en 1590, ha contribuído de modo importante al estudio de Méjico antiguo. Su *Historia de las cosas de Nueva España* es la obra más importante que existe acerca de las antigüedades del país. Se escribió en un principio en nahuatl, conservándose hoy el manuscrito original en la Biblioteca de Florencia. Se titula *Inic matlactetl amume amoxtli itechpatlatua ia quenin muchiuh ian iotl in nican ipan oltepetl Mexico.* Contiene 136 figuras en el texto y una traducción española, paralela al texto nahuatl.

Entre los autores indígenas hay que citar sobre todo a FERNANDO DE ALVA IXTLILXOCHITL, nacido en Tezcoco por el año 1568, que murió hacio 1648, a TEZOZOMOC y CHIMALPAHIN QUAUHTLEHUANITZIN, cuyas obras se citan más adelante.

Capítulos I, II y III.—La bibliografía completa de las obras que se han escrito acerca de Méjico antiguo formaría por sí sola un libro. No citaremos. por tanto, sino los trabajos más importantes y remitiremos al lector que desee más pormenores a la enumeración de H. H. BANCROFT, *Native Races of Pacific States of North America,* New-York, 1874, 5 vols. en 8.° Otra edición, con el mismo título, apareció en Londres en 1875. Los cinco volúmenes se han impreso por tercera vez en *History of the Pacific States of North-America*, San Francisco, 1882-90, 20 tomos. Se encontrarán indicaciones abundantes en la *Bibliographia americana nova* de RICH, Londres, 1832-44, y sobre todo en las bibliografías que se deben a sabios mejicanos: BERISTAIN Y SOUZA, *Biblioteca hispano-americana septentrional,* Méjico, 1816; ICAZBALCETA, *Bibliografía mexicana del siglo XVI,* Mexico, 1886; NICOLAS LÉON, *Bibliografía mexicana del siglo XVIII,* México, 1902; A. CHAVERO, *Apuntes viejos de bibliografía mexicana,* México, 1903, etc.

Abundan bastante las obras generales. A más de la gran recopilación de BANCROFT, es preciso citar: FRANCISCO SAVERIO CLAVIGERO, *Storia del Messico,* Cesena, 1780, 4 vols. en 4.° La traducción española se titula *Historia antigua de Méjico, sacada de los mejores historiadores españoles, de los manuscritos y de las pinturas antiguas de los indios.* Londres, 1826. Hay también traducción inglesa, con el título de *The History of Mexico, collected from Spanish and Mexican historians,* Londres, 1787, en 8.°; W. H. PRESCOTT, *History of the Conquest of Mexico, with a preliminary view of the ancient Mexican civilization,* New-York, 1843, 2 vols. en 8.°; traducciones españolas, publicadas en Méjico en 1844, y en Madrid en 1847; BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale,* París, 1857-1859, 4 vols. en 8.° (Obra llena de hechos y de ideas, pero con demasiada frecuencia desprovista de crítica y que debe leerse con precaución); E. B. TYLOR, *Anahuac, or Mexico and the Mexicans,* Londres, 1861, en 8.°; M. OROZCO Y BERRA, *Historia antigua y de la conquista de México,* México, 1880, 4 vols. en 4.° (Estas dos últimas obras, escritas muy cuidadosamente, figuran entre las más importantes); A. CHAVERO. *México a través de los siglos,* tomo I. Barcelona, 1895, en folio; NICOLÁS LEÓN, *Compendio de la Historia general de México,* México. 1902, en 8.°

Deben ser consultadas las relaciones de los autores antiguos, sobre todo las de Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Madrid, 1875-1876, 5 vols. en 8.°; Antonio de Herrera, *Descripción de las Indias Occidentales o historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar Océano*, Madrid, 1602-1615, 4 tomos en folio; Pedro Mártir de Anglería, *De orbe novo*; F. de Gomara, *Historia general de las Indias*, edic. Vedia, Madrid, 1852, en 8.°; Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851, 4 tomos en folio; Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, 1632, fol°.; Antonio de Solis y Rivadeneyra, *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1684; Hernán Cortés, *Cartas de relación*, edic. Vedia (*Historiadores primitivos de Indias*, vol. I). Madrid, 1852, en 8.°; José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590, en 4.° (la última edición española se hizo en Madrid en 1894, 2 tomos en 8.°); Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, Madrid, 1723, 3 vols. en folio; Fr. Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana. .....La publica por primera vez* Joaquín García Icazbalceta, México, 1870, en 4.° m.; A. de Vetancurt, *Teatro mexicano*, México, 1698, en folio (hay otra edición de 1870-1871, 4 volúmenes en 8.°; Bernardino de Sahagun, *Historia de las cosas de Nueva España*. (Esta historia se escribió primero en idioma nahuatl. El original, existente en la Biblioteca de Florencia, está publicándose en la actualidad por el sabio mejicano F. del Paso y Troncoso).

F. de Alva Ixtlilxochitl *Relaciones* (KAM, vol. IX, Londres, 1848); A. Tezozomoc, *Crónica mexicana* (KAM, vol. VIII), reimpreso por Orozco y Berra, México, 1878, en 4.°; Durán, *Historia de las Indias*, edic. Ramírez, México, 1867-1880, 2 vols. en 4.°; R. Simeón, *Annales de San Anton, Muñoz Chimalpahin Quauhtlehuanitzin*, París, 1889, en 8.° (traducido del nahuatl); F. del Paso y Troncoso, *Histoire mexicaine de Cristóbal del Castillo*. París, 1902 (análisis de una historia en lengua nahuatl cuyos fragmentos, inéditos todavía, se conservan en la Biblioteca Nacional de París).

Se consultarán las antiguas colecciones de viajes de Purchas, Hakluyt, etc. Muy importantes son las colecciones editadas por García Icazbalceta, *Nueva colección de documentos para la Historia de México*, México, 1886-1892, 5 vols. en 8.° (Relaciones de Motolinia, Pomar, Zurita, etc.), así como la gran Colección de traducciones francesas de Ternaux-Compans, *Voyages, relations et mémoires originaux, pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique*, París, 1837 a 1841, 20 vols. en 16.° (contiene obras de Zurita, Pomar, Mendieta, Tezozomoc, Alva Ixtlilxochitl, etc.) Algunos textos interesantes han sido también publicados por Fernández de Navarrete, *Colección de los viajes y descubrimientos.....*, Madrid, 1825-1837, 5 volúmenes en 8.° Muchos textos importantes han sido publicados en la gran colección de Lord Kingsborough, *Antiquities of Mexico*, ya citada, pero el precio y el volumen de esta colección la hacen poco accesible. Todos estos textos se han reimpreso más tarde.

Es indispensable consultar los *Gesammelte Abhandlungen zur amerikanischen Sprach-und Alterthumskunde*, de M. E. Seler, 3 vols. Berlín, 1902-1908, donde se encontrarán artículos relativos a la mayor parte de las cuestiones que atañen al antiguo Méjico. Lo mismo ocurre con los *Anales del Museo de México* y las *Memorias de la Sociedad Antonio Alzate*, México, en 8.°

Capítulo III. - *Organización social y política de Méjico.*—Las descripciones que han hecho los autores antiguos, tanto indígenas como españoles, de los siglos XVI y XVII, y la mayor parte de los eruditos del siglo XIX (BRASSEUR DE BOURBOURG, OROZCO Y BERRA, PRESCOTT, PIMENTEL, BANCROFT, CHAVERO, etc.), están por bajo de las exigencias actuales de la sociología. En estos últimos años, SELER ha renovado los estudios mejicanos introduciendo en ellos un severo método filológico, pero no nos ha ofrecido un cuadro general de la civilización mejicana antes de Colón. Por lo que respecta a la organización social, guerrera, de la familla, hemos seguido principalmente a BANDELIER, *On the art of war and mode of war fare of the ancient Mexicans* (*Reports of the Peabody Museum*, 10th Report, vol. II, Cambridge, Mass., 1890, págs. 95-162; *On the distribution and tenure of lands and the customs with respect to inheritance among the ancient Mexicans* (*Id.*, 11th Report, vol. II, págs. 385-449); *On the social organization and mode of government of the ancient Mexicans* (*Id.*, 12th Report, vol. II, págs. 557-700). En cuanto al resto, hemos utilizado sobre todo los *Gesammelte Abhandlungen* de SELER y los diversos autores antiguos (El relato de M. K. HAEBLER, *Amerika,* en la *Weltgeschichte* de HELMOLT, no debe ser leído sin espíritu crítico).

Capítulo IV.—*Religión.*—BERNARDINO DE SAHAGÚN es el que principalmente nos proporciona datos preciosos acerca de la religión de los antiguos mejicanos. A más de su *Historia de las cosas de la Nueva España* escrita en español, existen tres copias del texto original: una se encuentra en la Biblioteca Laurentina de Florencia, las otras dos están en Madrid, una en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, otra en la Biblioteca Real. El primero de estos manuscritos comprende el texto nahuatl acompañado de traducción española, y actualmente se está publicando, bajo la dirección de F. DEL PASO Y TRONCOSO, en Méjico. Trozos de estos manuscritos han sido publicados y traducidos por SELER. en sus *Gesammelte Abhandlungen.*

Todos los autores que han escrito acerca de Méjico en los siglos XVIII y XIX (VEYTIA, CLAVIGERO, BOTURINI, HUMBOLDT, BRASSEUR DE BOURBOURG, H. H. BANCROFT, etc.), nos han trazado cuadros más o menos exactos de su religión. Entre los trabajos especiales mencionaremos: J. G. MÜLLER, *Geschichte der amerikanischen Urreligion*, Berlín, 1867 (las hipótesis del autor están sujetas a crítica); A. REVILLE, *Les religions du Mexique, de l'Amérioue centrale et du Pérou*, París, 1885; K. HÆBLER, *Die Religion der mitteren Amerika,* Münster, 1899.

Capítulo V.—*El calendario.*—El trabajo antiguo del astrónomo mejicano LEON Y GAMA, *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras...*, México, 1792, aun cuando muy ingenioso, tiene demasiado poco en cuenta los hechos para ser recomendado. Lo mismo ocurre con los ensayos intentados por A. DE HUMBOLDT, *Vistas de las Cordilleras*, para poner de acuerdo lo que se sabía del calendario mejicano con los sistemas de computar el tiempo del Asia oriental.

Entre los trabajos recientes deben ser consultados: D. G. BRINTON, *The native Calendar of Central America and Mexico*, Filadelfia, 1893; Z. NUTTALL, *Note on the ancient Mexican Calendar System* (CA, X, Stockolm, 1894); E. SELER, *Die Tageszeichen der Aztekischen und der Maya-Handschriften und ihre Gottheiten* (SGA, vol. I, págs. 417-503) ID., *Die mexikanische Chronologie,* vol. I, págs. 507-554): IDEM,

Die Venusperiode in den Bilderschriften der Codex Borgia-Gruppe (*Idem*, págs. 618-667); Id., *Die Korrekturen des Jahreslänge und der Venusperiode in den mexikanischen Bilderschriften* (ZE, 1903, páginas 27-49); Z. Nuttall, *The periodical adjustments of the ancient Mexican Calendar* (AA, nueva serie, vol. VI, New York, 1904, págs. 486 500); E. de Jonghe, *Le calendrier mexicain. Essai de synthèse et de coordination* (JAP, nueva serie, tomo III, París, 1906, págs. 197-228).

LIBRO II

Los pueblos civilizados de América.

Segunda parte.—Pueblos mayas quichés.

América Central.

Lo mismo que hicimos en Méjico, hay que distinguir dos órdenes de documentos; los de autores españoles y los de autores indígenas.

1.° Autores españoles. *El Yucatán.* La obra más antigua es la del primer obispo del Yucatán, Diego de Landa, que desembarcó en la península el año de 1551. Se titula *Relación de las cosas del Yucatán* y fue publicada primera vez, el año 1864, por Brasseur de Bourbourg con el título de *Relation des choses de Yucatan*, texto español con traducción a dos columnas. Dos ediciones españolas se han hecho con posterioridad; la de Juan de la Rada y Delgado, como apéndice a la traducción del libro de L. de Rosny, *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique de l'Amérique centrale*, Madrid. 1884, folio y la otra en la *Colección de documentos inéditos*, tomo XIII, páginas 265-411, Madrid, 1900. El libro de Landa es muy breve y parece truncado en ciertos sitios. No obstante, es el mejor documento que poseemos acerca de la historia del Yucatán.

El segundo autor es Bernardo de Lizana, que escribió una *Historia de Yucatán, Devocionario de Nuestra Señora de Izamal y Conquista espiritual.* Valladolid de Yucatán, 1633, 8.° Parte de los textos en lengua maya que contiene este libro, llamados por Lizana «profecías» ha sido reproducida en Brasseur de Bourbourg, *Manuscrit Troano, Étude sur le système graphique des anciens Mayas*, París, 1869-70, en folio, tomo I.

La tercera Historia del Yucatán fue escrita por un franciscano, López de Cogolludo, que pasó el segundo cuarto del siglo xvi en aquel país. Su *Historia de Yucatán* se publicó en Madrid el año 1688. Es, después de Landa, la fuente de más importancia. Cogolludo tiene aún más abundancia de datos, pero, habiendo llegado más tarde que aquél, no pudo observar muchas costumbres que se habían extinguido por completo cuando desembarcó. Por eso no nos proporciona ningún dato acerca de la escritura, a la que Landa consagra un capítulo entero, y lo que nos dice acerca del calendario puede admitirse sólo con reserva.

PEDRO SÁNCHEZ DE AGUILAR escribió, el año 1513, un *Informe contra idolorum cultores del Obispado de Yucatan*, Madrid, 1639, 8.º. que contiene preciosos documentos acerca de la religión.

Datos interesantes se encuentran en las grandes obras enciclopédicas de Fr. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia apologética de las Indias occidentales*, ANTONIO DE HERRERA, *Descripción de las Indias occidentales o Historia general de los hechos de los Castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano*. Los primeros conquistadores, y especialmente BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, han hecho descripciones sumarias del país.

Por último, recientemente se han publicado en España *Relaciones* escritas en los siglos XVI y XVII por los magistrados que tenían a su cargo los diversos pueblos. Estas *Relaciones* pueden verse en los tomos XI y XIII de la *Colección de documentos inéditos*, segunda seserie, Madrid, 1900.

Petén y Guatemala.—Los documentos relativos a esta parte del territorio maya-quiché son de fecha bastante atrasada. Son los primeros los de PEDRO DE ALVARADO, a quien HERNÁN CORTÉS envió para someter el país. Han sido publicados en varias ocasiones y principalmente por Vedia.

Entre los autores eclesiásticos hay que señalar el trabajo de recopilación hecho a mediados del siglo XVI por ORDOÑEZ Y AGUIAR, que se titula *Historia del cielo y de la tierra, creación del mundo, relación de los ritos y costumbres de los Culebras*. Esta obra, que todavía permanece inédita, fue copiada por BRASSEUR DE BOURBOURG en el Museo de Méjico. Publicó numerosos trozos de ella en su *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale*. Estos fragmentos muestran cuál es la importancia de la obra, que es la única fuente de que disponemos en lo que concierne a la historia y las costumbres de los tzentalos. ORDOÑEZ había escrito también una Memoria sobre las ruinas de Palenque, que fue copiada por BRASSEUR DE BOURBOURG en Méjico y que permanece todavía inédita.

En el siglo XVII, NÚÑEZ DE LA VEGA, obispo de Chiapas, publicó en Roma las *Constituciones diocesanas del Obispado de Chiapas*, 1702, que contienen también algunas noticias acerca de los *tzentalos* y los pueblos de Guatemala occidental.

Por la misma época (1701), VILLAGUTIERRE Y SOTOMAYOR hizo publicar la *Historia de la conquista de la provincia de el Itza*, de la que pueden recogerse algunos datos relativos a los cholos y a los lacandones. Lo mismo ocurre con el *Testimonio de diferentes cartas y provincias dadas al pueblo de N. S. de los Dolores de Lacandones*, de ANTONIO MARGIL. Este manuscrito, que figura en el Archivo de Indias, de Sevilla, no se ha publicado nunca completo. Una parte muy pequeña fue impresa por MARIMON Y TUDÓ en la ZE, 188, págs. 130-132.

2.º Autores indígenas. *Yucatán*. La mayor parte de los documentos de origen indígena son anónimos. Sólo uno se exceptúa, la Crónica de *Chac xulub Chen*. El autor de esta Crónica, toda ella escrita en lengua maya, es un indígena del distrito de *Motal*, llamado NAKUK PECH, que era jefe subalterno en el momento de la conquista, se bautizó y vino a ser funcionario español. Nos da, respecto a unos cuantos años antes de la llegada de Montejo y la historia de la conquista, pormenores precisos y que parecen dignos de fe. Esta Crónica fue traducida al inglés por D. G. BRINTON, *Maya Chronicles*, Filadelfia, 1882, y al francés por RAYNAUD, *L'histoire maya, d'après*

les documents en langue yucatèque (Archives de la Société américaine de France, nueva serie, tomo VIII, París, 1892).

Los escritos anónimos en lengua maya comprenden los que BRINTON ha denominado *Libros de Chilan-Balam*. Son manuscritos cortos, que llevan el nombre de las aldeas en que fueron escritos. Conocemos varios *Libros de Chilan-Balam de Mani*, el de *Titzimin* y el de *Chumayel*. Contienen datos preciosos acerca de la historia y la topografía del Yucatán, y acerca de la civilización de los mayas. Algunos fragmentos del *Libro de Chilan-Balam de Mani*, fueron incluídos, en el año 1850, por PÍO PÉREZ en el *Registro Yucateco*. BRASSEUR DE BOURBOURG los reprodujo como Apéndice a su edición de la *Relación* de LANDA, con el título de *Chronologie antique du Yucatan* (páginas 367-427). STEPHENS los publicó a su vez, como Apéndice a su segundo tomo de *Incidents of travel in Yucatan*, Nueva York, 1843, acompañados de traducción inglesa. Los manuscritos utilizados por PÍO PÉREZ fueron adquiridos más tarde por el Dr. BEHRENDT. Después del fallecimiento de éste, pasaron a manos de BRINTON, que hizo aparecer en su *Maya Chronicles* los libros de *Mani*, de *Chumayel* y de *Titzimin*. Tradujo el texto maya de una manera frecuentemente defectuosa. Hoy figuran en la Biblioteca de la Universidad de Filadelfia.

Guatemala.—No poseemos más que un solo documento indígena en lengua quiché, pero es mucho más importante que los que han dejado los mayas. Fue encontrado en Santo Tomás Chichicastenango, a principios del siglo XVII, por el P. FRANCISCO XIMÉNEZ, que lo tradujo al español. ORDÓÑEZ lo utilizó para escribir su *Historia del cielo y de la tierra*. Como la Historia de Ximénez se hubiera hecho muy rara, fue copiada en la Biblioteca de la Universidad de Guatemala por el Dr. SCHERZER, de Viena. Esta traducción mostraba el gran interés de la obra, pero el texto quiché permanecía inédito. Fue publicado en 1860 por BRASSEUR DE BOURBOURG con el título de *Le Popol-vuh, livre sacré des Quichés*, París, en 8.° Antes el mismo autor había dado numerosos trozos en su *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale*, bajo la denominación de *Manuscrit quiché de Chichicastenango*. De las traducciones de BRASSEUR DE BOURBOURG siempre hay que desconfiar, a causa de las ideas especiales que se formaba respecto a la historia de los pueblos de América central.

Los cakchiquelos han dejado un documento importante. Su autor es FRANCISCO HERNÁNDEZ ARANA XAHILA. Es un documento procesal, redactado para justificar los derechos territoriales del clan *Xahila* ante la jurisdicción española. El autor empieza por describir la creación del mundo, luego refiere la historia de las tribus cakchiquelas hasta la conquista, de la que fue testigo ocular, y el establecimiento del poderío español. Este manuscrito procede del antiguo convento de franciscanos de Guatemala, y el original fue donado a BRASSEUR DE BOURBOURG, que incluyó numerosos trozos de él en su *Histoire*, con el nombre de *Memorial de Tecpan-Atitlan*. Fue publicado, con traducción inglesa, por BRINTON, que lo tituló *The Annals of Cakchiquels*, Filadelfia, 1892.

BRASSEUR DE BOURBOURG cita, en varios lugares de su *Histoire des nations civilisées.....*, un *Manuscrit Tzutuhile*, que estaba contenido en la *Chrónica franciscana del Santo Nombre de Jesús de Guatemala*, manuscrito en español sin nombre de autor que procedía del antiguo monasterio de San Francisco de Guatemala. Quizá era un documento judicial análogo al anterior.

En todo caso, a este grupo pertenecen relaciones muy interesan-

tes escritas en español por indígenas. Tal los *Títulos de los Señores quichés de Totonicapán*, publicados y traducidos al francés por M. DE CHARENCEY en *Actes de la Société philologique*, Alençon, 1875, páginas 150-162, y los *Títulos de nuestros ancestros de Otzoya*, todavía inéditos.

Capítulos I, II, III y IV.—Las historias generales de H. H. BANCROFT, *Native Races of Pacific States of North America*, y sobre todo de BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale*, encierran multitud de pormenores acerca de los pueblos mayas-quichés. Véase una exposición sumaria de M. K. HAEBLER, *Amerika*, en la *Weltgeschichte* de HELMOLT, volumen I, y diversos artículos de M. SELER en los tomos II y III de su *Gesammelte Abhandlungen*.

Respecto al Yucatán (mayas propiamente dichos), a más de las obras antiguas de LANDA, LIZANA, COGOLLUDO y AGUILAR, anteriormente citadas, hay que mencionar dos libros: *Historia de Yucatán*, por CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA, Méjico, 1897, e *Historia del descubrimiento y conquista de Yucatán, con una Reseña de la historia antigua*, por J. MOLINA SOLÍS, Mérida de Yucatán, 1896.

D. G. BRINTON ha publicado con el nombre de *Maya Chronicles* textos mayas interesantes, acompañados de una traducción inglesa bastante mediana y de una introducción. *Relaciones*, a veces notables, referentes a diversas poblaciones del Yucatán, han sido publicadas en la *Colección de documentos inéditos*, 2.ª serie, vols. XI y XIII, Madrid, 1892 y 1900.

Se encontrarán datos generales de origen antiguo en las Historias tantas veces citadas de LAS CASAS, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, HERRERA, TORQUEMADA, VEYTIA.

Los trabajos relativos a la arqueología, a la lingüística y a la paleografía se citarán más adelante.

Acerca del Petén (*Itzas, Lacandones*) y el Chiapas *(Tzentalos)* las obras principales son: ANTONIO DE REMESAL, *Historia de las provincias de Chiapa y Guatemala*, 1619; VILLAGUTIERRE SOTOMAYOR, *Historia de la Conquista de la provincia de el Itza*, Madrid, 1701; NÚÑEZ DE LA VEGA, *Constituciones diocesanas del obispado de Chiapas*, Roma, 1702; H. ORDOÑEZ Y AGUIAR, *Historia de la creación del cielo y de la tierra.....* (Manuscrito del Museo Nacional de Méjico, del cual BRASSEUR DE BOURBOURG ha publicado numerosos fragmentos en su *Histoire des nations civilisées.....)*; BEHRENDT, *Report on explorations in Central America* (R S, 1867, págs. 420-426); O. STOEL, *Zur Ethnographie der Republik Guatemala*, Zurich, 1880; C. SAPPER, *Ein Besuch bei den östlichen Lacandones (Ausland*, vol. LXIV, págs. 892-895). A. TOZZER, *A comparative study of the Mayas and the Lacandones (Archaelogical Institute of America, American Archaeology*, New-York, 1907). Cierto número de noticias acerca de los pueblos de esta región se contienen en las obras de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, LAS CASAS y HERRERA.

Acerca de Guatemala *(quichés, cakchiquelos)*, a más de los libros ya citados de REMESAL, VILLAGUTIERRE y SOTOMAYOR y NÚÑEZ DE LA VEGA, se consultarán los trabajos de BRASSEUR DE BOURBOURG y sobre todo el *Popol-vuh, le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine*, París, 1860, importantísima traducción de un largo texto

legendario quiché, y BRINTON, *The annals of Cakchiquels*, traducción de un texto de esta nación precedida de una Introducción muy interesante.

LIBRO II

Los pueblos civilizados de América.

TERCERA PARTE.—LAS ANTILLAS.

Capítulos I y II.—Los autores antiguos que deben consultarse son: FERNANDO COLÓN, *Historia del almirante.....*, Madrid, 1892; GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, Salamanca, 1513; Fr. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *Historia de las Indias*, Madrid, 1876; LOPEZ DE GOMARA, *Historia de las Indias*, Anvers, 1554; ANTONIO DE HERRERA, *Descripción de las Indias occidentales*, Madrid, 1601-1615. Década I.

Los libros modernos acerca de la etnografía y la arqueología de las Antillas mayores son los siguientes: J. W. FEWKES, *Preliminary Report on a archaeological trip to the West-Indies* (SCK, vol. XLV, Washington, 1904; F. A. OBER, *Aborigines of the West-Indies (Proceedings of the American antiquarian Society*, 1894, págs. 24 y siguientes).

Para las islas Bahamas: J. B. MURDOCK, *The cruise of Columbus in the Bahamas*, New-York, 1884; J. M. WRIGHT, *History of the Bahama Islands*, New-York, 1905.

Cuba: A. BACHILLER Y MORALES, *Cuba primitiva.....*, Habana, 1883; J. W. FEWKES, *Primitive culture of Cuba* (AA. nueva serie, 1904, páginas 582-598).

Haiti: CHARLEVOIX, *Histoire de l'Ile espagnole ou de Saint-Domingue*, 1.ª edic., París, 1730-31, 2 tomos (Recopilación muy bien hecha de los datos contenidos en los autores antiguos); H. LING ROTH, *Aborigines of Hispaniola* (JAI, vol. XVI, Londres, 1887, págs. 247-286).

Puerto Rico: IÑIGO ABBAD Y LASIERRA, *Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto-Rico*, Puerto Rico, 2.ª edic., de 1866; Dr. AGUSTÍN STAHL, *Los indios borinqueños, Estudio etnográfico*, Puerto-Rico, 1886; J. W. FEWKES, *The aborigines of Porto-Rico and neighboring islands* (RE, vol. XXV, Washington, 1906, páginas 1-219).

Jamaica: Histoire de la Jamaïque, traducción del inglés por M. *** (RAULIN), Londres, 1751, 2 vols. (se atribuye a SIR H. SLOANE).

Antillas menores: La obra más antigua es la de J. P. MAFFÉE, *Histoire des Indes*, Lyon, 1603 (edición latina de Amberes, 1605. Muy importante es la obra de DU TERTRE, *Histoire générale des îles de Saint-Chistophe, de la Guadeloupe, de la Martinique et autres, dans l'Amérique*, París, 1654; Dr. ROCHEFORT, *Histoire naturelle et morale des îles Antilles de l'Amérique*, Rotterdam, 1658, de la que se han hecho numerosas reimpresiones (El P. DU TERTRE ha pretendido ser

suya esta obra y que el caballero Rochefort le había robado el manuscrito). La obra de J. DAVIES, *The history of Caribby islands*, Londres, 1666, no es sino la traducción de la de Rochefort, a la que el autor añadió algunas observaciones (la mayor parte puramente fantásticas).

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

CUARTA PARTE.—PUEBLOS DEL ISTMO DE PANAMÁ, DE COLOMBIA Y DEL PERÚ.

Capítulo I.—Si se toma el nombre *chibchas* en sentido amplio, la bibliografía de este grupo es muy extensa, sobre todo desde el punto de vista lingüístico. No haremos más que citar los trabajos generales relativos a la extensión del grupo: M. UHLE, *Verwandschaften und Wanderungen der Tschibtscha*, Berlín, 1890; BRINTON, *The American Race*, New-York, 1891; R. DE LA GRASSERIE, *Les langues du Costa-Rica et les idiomes apparentés* (JAP, 2.ª serie, vol. I, París, 1904, páginas 153-187); H. BEUCHAT y P. RIVET, *Affinités des langues du sud de la Colombie (Le Muséon*, Lovaina, 1910, págs. 1-94).

Respecto a la historia antigua las obras son: PIEDRAHITA, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada*, Amberes, 1688; Fr. PEDRO SIMÓN, *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales*, Sevilla, 1585; CIEZA DE LEÓN, *Crónica del Perú*, Madrid, 1889.

Capítulo II.—Las únicas obras donde se encuentran datos acerca de los antiguos güetaros son las de GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, que residió en el país en 1529, y de ANTONIO DE HERRERA. El libro de SQUIER, *Nicaragua, its peoples and scenery*, contiene algunas noticias relativas al pueblo de Nicoya.

La bibliografía arqueológica es mucho más rica. El trabajo de BRANSFORD, *Report on explorations in Central-America, in 1881* (RS, Washington, 1884), contiene algunos pormenores relativos a excavaciones realizadas en la península de Nicoya. Casi en la misma época H. STREBEL publicó su *Bericht über die Sammlung Alterthümer aus Costa-Rica im Bremer Museum*, en los *Abhandlungen von naturwissenchaftliche Verein zu Bremen*, vol. VIII, 1883, págs. 233-253. Autores locales contribuyeron también al conocimiento de las antigüedades del país. A. ALFARO, *Antigüedades de Costa Rica*, San José, 1896; J. F. FERRAZ, *Informe del Museo Nacional de Costa Rica*, 1897-1898. Los autores más modernos son: C. SAPPER, *Huacas der Halbinsel Nicoya (Zeitschrift für Ethnologie*, 1899, págs. 622-632); V. HARTMAN, *Archaeological researches on the Pacific Coast of Costa Rica (Memoirs of the Carnegie Museum*, vol. III, núm. 1. Pittsburg, 1907. Por último, la misión enteramente reciente de W. LEHMANN nos apor-

tará noticias preciosas. Algunos de los resultados se han publicado en la *Zeitschrift für Ethnologie*, 1911.

Capítulo III.—Con respecto a la civilización del Chiriqui las noticias son muy poco abundantes. No puede citarse, respecto a la historia antigua del país, más que el libro de GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, 1851. La arqueología de esta región nos es conocida por diversos artículos: J. KING MERRITT, *Report on the huacals of ancient graveyards of Chiriqui (Bulletin of the American Ethnological Society*, 1860); ZELTNER. *Notes sur les sépultures indiennes du département du Chiriqui;* W. H. HOLMES, *The use of gold and other metals among the ancient inhabitants of Chiriqui* (BE, vol. III, Washington. 1887); W. H. HOLMES, *Ancien art of the province of Chiriqui* (RE, vol. VI, Washington, 1888).

Acerca del Dabaibe o país de los cunas, véase CIEZA DE LEÓN, *Primera parte de la Crónica del Perú*, Madrid, 1889, GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, *Ob. cit.*

Capítulo IV.—A. DE HUMBOLDT, *Vues des Cordillères*, vol. I, páginas 244 y siguientes, ha tratado de la civilización de los chibchas. Véase también W. BOLLAERT, *Antiquarian, ethnological and other researches in New-Granada, Ecuador*, etc., New York, 1858.

Pero los colombianos son los que más han contribuído al estudio de la historia antigua de su país. Entre las obras que han publicado citaremos, como especialmente útiles: Col. JOAQUÍN ACOSTA, *Compendio de la Historia de Colombia*. Bogotá, 1848: E. URICOECHEA, *Memorias sobre las antigüedades neogranadinas*, Berlín, 1854; RESTREPO TIRADO, *Los Chibchas*, Bogotá, 1895; A. B. CUERVO, *Colección de documentos inéditos sobre la Geografía y la Historia de Colombia*, Bogotá, 1892.—Hay que añadir como muy interesante la obra del infatigable compilador francés TERNAUX-COMPANS, *Essai sur l'ancien Cundinamarca*, París, 1842.

Capítulo V.—Los datos antiguos acerca de los pueblos de la provincia de Esmeraldas están contenidos en las obras de CIEZA DE LEÓN; de AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*; de MONTESINOS, *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú*, Madrid, 1882; VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, Quito, 1841, tomo I; GARCILASO DE LA VEGA y otros cronistas antiguos del Perú. Se encuentran reunidos en el libro moderno de F. GONZÁLEZ SUÁREZ, *Historia del Ecuador*, Quito, 1898-1904. Acerca de las antigüedades, véase TH. WOLF, *Memoria sobre la Geografía y Geología de la provincia de Esmeraldas*, Guayaquil, 1878, y *Geografía y Geología del Ecuador*, New York, 1892. Respecto al idioma, E. SELER, *Die Sprache der Indianer von Esmeraldas* (SGA, vol. I, págs. 49-64).

Para el Manabi, véanse, a más de las obras anteriores, M. H. SAVILLE, *The Antiquities of Manabi, Ecuador*, New York, 1907, y G. DE LA ROSA, *Les Caras de l'Equateur (Journal de la Société des Américanistes de Paris*, nueva serie, vol. V, París, 1908, págs. 85-95).

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

Cuarta parte.—El Perú

Capítulos VI, VII, VIII, IX.—No poseemos en lo que concierne al Perú, como ocurre con Méjico, escritos importantes debidos a autores indígenas. El más conocido de los autores que ha tratado del Imperio de los Incas es Garcilaso de la Vega. Era hijo de uno de los conquistadores del Perú y de *Isabel Chimpu Ocello*, nieta del Inca *Capac-Yupanqui*. Nació en Cuzco en 1539 y allí vivió hasta la edad de veinte años, época en la cual pasó a España. Por el año 1602 o 1603 empezó su obra acerca del Perú, de memoria y ayudándose con los fragmentos de una historia escrita por el jesuíta Blas Valera. La primera edición del libro de Garcilaso se publicó en 1609, en Lisboa, con el título de *Primera parte de los comentarios reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, etc.*, por el inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco. Una segunda edición apareció en Madrid, en 1723, y otra tercera, en cuatro tomos, en 1829 y en la misma ciudad.

Cl. Markham hizo una excelente traducción inglesa, publicada en Londres bajo los auspicios de la «Hakluyt Society», con el título de *The Royal commentaries of the Inca Garcilasso de la Vega*, 1869-1871, 2 vols. en 8.°, y diversas traducciones francesas, más o menos fieles, han sido editadas.

Las noticias de Garcilaso son muy abundantes, pero poco seguras. Prevaliéndose de su origen, ha hecho todo lo posible para ensalzar a los Incas y mostrárnoslos bajo la apariencia de soberanos feudales sabios y previsores. No obstante, gran cantidad de pormenores parecen auténticos y los *Comentarios Reales* resultan indispensables.

Cieza de León es, con Garcilaso, el principal autor que debe consultarse respecto a la historia peruana. Mucho tiempo soldado en América del Sur, comenzó en 1541 a escribir la historia de los países que había recorrido. El año 1550 fué a morar a Cuzco para tomar de fuentes auténticas los datos necesarios para la realización de su tarea. Trabó conocimiento con uno de los descendientes de *Huayna Capac*, llamado *Cayu-Capac*, que le dió abundantes noticias acerca de la historia antigua del Perú. La primera parte de la obra de Cieza de León ha sido citada muchas veces a propósito de la historia de las comarcas septentrionales de América del Sur, y no insistiremos en ella. En la segunda parte trata de la historia y de la política de los Incas, de la organización social de los *Quichúas*, de una manera menos parcial que Garcilaso. Durante mucho tiempo se creyó que este libro era obra de Don Juan Sarmiento, Presidente

del Consejo de Indias, y esta opinión, acreditada por MUÑOZ, NAVARRETE y PRESCOTT, fue adoptada por todos los autores hasta que MARKHAM hubo demostrado que el autor era CIEZA. El libro fue publicado por MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA en Madrid, el 1889, con el título de *Segunda parte de la Crónica del Perú, que trata del señorío de los Incas Yupanquis*..., Madrid, 1880. CL. MARKHAM hizo una traducción inglesa, con el titulo de *The second part of the Crónica of Peru*, por PEDRO CIEZA DE LEÓN, Londres, Hakluyt Society, 1883.

BALBOA, que empezó a escribir en 1570 al amparo del obispo de Quito, dejó una obra interesante, sobre todo para la historia de los pueblos del Norte y de la costa del Perú. Se titula *Miscelaneas australes*, y parte de ella ha sido publicada por primera vez en francés por TERNAUX-COMPANS, con el título de *Histoire du Pérou*, París, 1840. Ciertos autores modernos han concedido gran valor a la obra de BALBOA, por razón de que su estancia en Quito le hacía por decirlo así independiente de la tradición oficial de Cuzco.

Existe también un fragmento de historia peruana escrito por JUAN DE BETANZOS el año 1551, y publicado por D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA a continuación de la segunda parte de la Crónica de CIEZA DE LEÓN, con el título de *Suma y narración de los Incas, reyes del Perú*, Madrid, 1880. Las noticias que da BETANZOS concuerdan casi siempre con las de Cieza.

Recientemente, el Profesor PIETSCHMANN ha publicado la historia escrita por PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA, con el título de *Geschichte des Inkareiches*, Berlín, 1908. CL. MARKHAM ha publicado la traducción inglesa, *History of the Incas*, Londres, Hakluyt Society, 1907.

Las noticias de SARMIENTO concuerdan en muchos puntos con las de CIEZA y BETANZOS. Todos estos autores reducen mucho el influjo y el poderío atribuídos a los Incas por GARCILASO DE LA VEGA, y sus documentos, en la mayor parte, parecen auténticos.

No puede decirse otro tanto de las historias que cuenta MONTESINOS en sus *Memorias antiguas y políticas del Perú*, escritas en 1642 y publicadas en Madrid en 1882. Por ejemplo, pone una larga lista de soberanos, que ha dividido en varias dinastías: los *Pyrhuas*, los *Amautas*, que habrían reinado antes de los *Incas*, confundiendo diversas clases de oráculos con dinastías. Otras inverosimilitudes que se encuentran en su libro han hecho que se lea poco.

Más digno de fe es ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*, 1.ª edic. Amberes, 1655; 2.ª edic. Madrid, 1853.

Entre los trabajos secundarios de los cronistas antiguos hay que citar, en primer lugar: DIEGO FERNÁNDEZ, *Primera parte de la Historia del Perú*, Sevilla, 1571; OVANDO, *Descripción del Perú*, publicada en las *Relaciones geográficas de Indias*. Perú, vol. II, Madrid, 1885 (escrita en 1605); JUAN DE SANTA CRUZ YAMQUI PACHACUTI SALCAMAYHUA, *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú*, Madrid, 1879. (PACHACUTI, uno de los pocos cronistas de origen americano, escribió su *Relación* en 1613), y ha sido traducida al inglés por CL. MARKHAM, con el título de *Antiquities of Peru*, Londres, Hakluyt Society, 1873; B. RAMÍREZ. *Descripción del Reyno del Perú, del sitio, templos, provincias, obispados y ciudades, de los naturales, de sus lenguas y trajes*, escrita en 1597 (*Relaciones geográficas de Indias*. Perú, vol. II, Madrid, 1885); G. ROMÁN Y ZAMORA, *Repúblicas de Indias, Idolatría y gobierno de México y Perú*, Madrid, 1897; VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, vol. I.

La religión nos es conocida por los trabajos de gran número de

misioneros. El más importante es el de CRISTÓBAL DE MOLINA, publicado por MARKHAM con el título de *The fables and rites of the Incas*, Londres, Hakluyt Society, 1873 (escrito en 1580). Vienen después los del P. J. DE ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría del Pirú*, Lima, 1621; de FRANCISCO DE AVILA, publicado por MARKHAM con el título de *Huarochiri Mythology*, Londres, Hakluyt Society, 1882; de LA CALANCHA, *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*, Barcelona, 1639; de un jesuíta anónimo, que escribió una *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, editada en Madrid, en 1879, por D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA, y de otro anónimo que escribió una *Instrucción contra las ceremonias y ritos que usan los indios conforme al tiempo de su infidelidad*, Sevilla. Todas son obras de teólogos o de inquisidores.

Poseemos algunas *Relaciones* oficiales, escritas por los oficiales de la Corona de España, acerca de las regiones que estaban encargados de administrar. Fueron publicadas por D. MARCOS JIMÉNEZ DE LA ESPADA en las *Relaciones geográficas de Indias*, Perú. Las principales son: A. DE LA VEGA, *La descripción que se le hizo en la provincia de Xauxa, por la Instrucción de S. M. que a la dicha provincia se envió de molde* (*Relaciones*, vol. I, Madrid, 1881); MERCADO DE PEÑALOSA, *Relación de la provincia de los Pacajes* (vol. I); J. DE MATIENZO, *Carta a S. M. del Oidor de las Charcas, Licenciado J. de Matienzo* (*Relaciones*, volumen II, Madrid, 1885), etc.

A más de estas obras especiales, los cronistas antiguos que han escrito acerca de América nos proporcionan numerosas noticias de segunda mano. Los principales autores que han tratado del Perú son: LÓPEZ DE GOMARA, *Historia de las Indias*, Amberes, 1554; BENZONI, *La Historia del Mundo Nuevo*, Venecia, 1565; ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla, 1590, Madrid, 1792; ANTONIO DE HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano*, Madrid, 1601; BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1890-91 (escrita en 1698); J. DE LAET, *L histoire du Nouveau Monde, ou description des Indes occidentales*, Leyde, 1640.

Varias obras modernas han sido consagradas al Perú. La más antigua y célebre es la de PRESCOTT, *History of the conquest of the Peru*, Boston, 1847, 3 vols. Hoy resulta muy vieja. Se puede citar también: E. DESJARDINS, *Le Pérou avant la conquête espagnole*, París, 1858; EMILE CARREY, *Le Pérou*, París, 1875; J. VON TSCHUDI, *Reise durch Südamerika*, Leipzig, 1866-1869, 2 vols.; R. B. BREHM, *Das Inka Reich*, Iena, 1885; E. W. MIDDENDORF, *Peru, Beobachtungen und Studien über das Land und seine Bewohner*, Berlín, 1893-1895; CL. MARKHAM, *The Incas of Peru*, Londres, 1910. Se encuentran también muchas noticias históricas y etnográficas en el gran trabajo lingüístico de MIDDENDORF, titulado *Die einheimischen Sprachen Perus*, Leipzig, 1890, 5 vols., así como en las obras de los siguientes viajeros: G. SQUIER, *Peru, Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*, Londres, 1877, y C. WIENER, *Pérou et Bolivie*, París, 1880.

Todas las obras modernas que tratan de América tienen una parte dedicada al Perú. Entre ellas citaremos solamente: A. BASTIAN, *Die Kulturländer der Alten Amerika*, Berlín, 1878-79; G. BRÜHL, *Die Kulturvölker Altamerikas*, New York, 1877; NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique;* K. HAEBLER, *Amerika*, en la *Weltgeschichte* de HELMOLT, vol. I; T. A. JOYCE, *South American Archæology*, Londres, 1912.

Pocos autores han tratado especialmente de la organización social

de los antiguos peruanos. Señalemos, no obstante: CH. WIENER, *Essai sur les institutions politiques, religieuses, économiques et sociales de l'empire des Incas*, París, 1874; O. MARTENS, *Constitution historique, sociale et politique du Tahuantinsuyu*, traducida al francés por Chazaud des Granges, París, 1910, y sobre todo H. CUNOW, *Die soziale Verfassung des Inkareiches*, Brunswick, 1898, el mejor libro que se hn escrito acerca del particular.

Los trabajos arqueológicos son muchos y no citaremos más que los principales. Uno de los primeros es el de RIVERO Y TSCHÜDI, *Antigüedades peruanas*, Viena, 1851; W. BOLLAERT, *Antiquarian researches in New-Granada, Ecuador, Peru and Chile*, Londres, 1860. Se consultarán también los trabajos de SQUIER y de WIENER, citados anteriormente. Las grandes colecciones que siguen son indispensables: REISS y STÜBEL, *Das Todtenfeld von Ancon, in Peru*, Berlín, 1880-1887; STÜBEL, REISS, KOPPEL y UHLE, *Kultur und Industrie der südamerikanischer Völker*, Berlín, 1889, en folio; E. SELER, *Peruanische Alterthümer. Herausgegeben von der Verwaltung des K. Museums für Völkerkunde*, Berlín, 1893, en folio; BAESSLER, *Ancient Peruvian art. Contributions to the archæology of the Incas*, New York y Berlín, 1902-1903.

Capítulo X.—*Pueblos del Chaco y del Tucumán.*—Los autores que nos han descrito los pueblos del Sur de Bolivia y del Noroeste de la República Argentina son pocos en número. La mayor parte eran religiosos jesuítas, que nos hablaron de esa parte de América del Sur como formando parte del Paraguay.

La primera en fecha de estas Relaciones es la de DON PEDRO SOTELO NARVÁEZ, escrita en 1583 y publicada con el título de *Relación de las provincias de Tucumán que dió Pedro Sotelo Narváez, vecino de aquellas provincias*, en las *Relaciones geográficas de Indias*, Perú, volumen II, Madrid, 1885.

ALONSO DE BÁRCENA, o de BARZANA, misionero jesuíta que llegó en 1586, nos ha dejado abundantes noticias acerca de los calchaquíes, en una carta dirigida al Provincial de los Jesuítas en 1594, y publicada con el título de *Carta del P. Alonso de Barzana, de la Compañía de Jesús, al Padre Juan Sebastián, su Provincial (Relaciones geográficas de Indias*, Perú, vol. II). El mismo autor, que conocía muy bien las lenguas de las tribus del Tucumán, escribió un *Arte* de la lengua de los *calchaquis* o *diaguitos*, el *cacán*, obra que por desgracia se ha perdido.

Algunos hechos interesantes se leen en la *Historia argentina de las provincias del Río de la Plata*, recopilada en 1612 por DÍAZ DE GUZMÁN y publicada en Buenos Aires en 1838.

El autor que mejor nos ha dado a conocer las costumbres de los antiguos *diaguitos* es NICOLÁS DU TOICT, nacido en Lille en 1611, pero conocido principalmente con el nombre españolizado de DEL TECHO. Su libro se titula *Historia provinciæ Paraguariæ Societatis Jesu*, Leyden, 1673. Según lo que dice el cronista LOZANO, DEL TECHO copió la mayor parte de sus noticias de una historia manuscrita que hoy no se conoce, que escribió un jesuíta llamado JUAN PASTOR.

LOZANO, por su parte, hizo una descripción del Tucumán con el título de *Descripción chorográfica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del gran Chaco, Gualamba, y de los ritos de las innumerables naciones bárbaras e infieles que las habitan*, Córdoba, 1732. Los documentos proceden todos del libro de DEL TECHO. Los que LOZANO añade parecen ser nuevos en su mayor parte.

El Padre B. ALCÁZAR escribió una *Crono-historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo*, Madrid, 1710, que contiene algunos hechos interesantes. Lo mismo ocurre con la *Lettre du P. Ignace Chomé, missionnaire de la Compagnie de Jésus, au P. Vanthiennen de la même compagnie (Lettres édifiantes et curieuses*, XIVe recueil, París, 1739, págs. 267 y siguientes). Esta carta fué escrita desde Tarifa en 1735, y CABRERA, *Relación sobre los descubrimientos de Don Gerónimo Luis Cabrera en las provincias de los Juries (Relaciones geográficas de Indias*, Perú, vol. II, Madrid, 1885).

Se encuentran también algunos pormenores en las Historias generales del Paraguay. Citemos las siguientes: G. GUEVARA, *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, escrita en 1750 y publicada en Buenos Aires en 1836; CHARLEVOIX, *Histoire du Paraguay*, París, 1857; FUNES, *Ensayo de la Historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán*, Buenos Aires, 1816-1817.

INTRODUCCIÓN

Descubrimiento de América.

CAPÍTULO PRIMERO

Condiciones físicas del descubrimiento.

SUMARIO: I. Corrientes y vientos.—II. Corrientes y vientos del Pacífico.—III. El Fu-sang.—IV. Corrientes y vientos del Atlántico.

§ I.—CORRIENTES Y VIENTOS

La mayor parte de los autores que han tratado del descubrimiento de Colón nos lo presentan como un hecho extraordinario, que nada habría podido hacer prever. El ilustre genovés habría sido de alguna suerte «inspirado», y la resolución que le hizo partir para su primer viaje le habría sido dictada por conocimientos tomados de las fuentes geográficas de la antigüedad clásica. Nada más inmediato habría motivado lo que hizo.

En realidad, el descubrimiento de Colón parece ser el término lógico de una serie de tentativas, debidas a circunstancias diversas y que examinaremos unas después de otras. Es cierto que las especulaciones sobre la geografía antigua y los relatos de los viajeros que volvían del Asia oriental han desempeñado papel determinante en la partida de Colón, pero no son más que causas que se agregaron a otras causas, generalmente menos conocidas, pero no menos importantes.

Es indispensable, para abordar esta cuestión, conocer las circunstancias naturales que han hecho posible un desembarco en el continente americano, tanto en las costas del Pacífico como en las del Atlántico. Las corrientes, los vientos, en la época de la navegación a vela, desempeñaban papel preeminente. Permitieron la diseminación, en innumerables islas, de

los polinesios de Oceanía y el establecimiento de los malayos en Madagascar. Nadie duda tampoco que las corrientes hayan indicado a los costeños de Europa la existencia de un continente occidental, de donde procedían los troncos de árboles y aún las embarcaciones que iban a parar a sus costas.

Es necesario, por tanto, conocer la distribución de los vientos y de las corrientes que hay en los océanos que separan, por ambos lados, a América del Antiguo Continente. A ello consagraremos unas pocas páginas de las que siguen.

§ II.—Corrientes y vientos del pacífico

Lo que nos interesa principalmente, es el litoral del Atlántico que mira a Europa y en el que se hicieron los primeros descubrimientos. No podemos, sin embargo, pasar en silencio el régimen del océano Pacífico y hemos de indicar las posibilidades de descubrimientos o de emigraciones en la parte del litoral del Nuevo Continente bañada por este océano.

Desde el punto de vista del régimen de los vientos (1), puede dividirse el Pacífico en cuatro zonas: la de los vientos variables, en que dominan los que soplan hacia occidente y que se extiende, al norte a partir del 30° lat. N., al sur a partir del 30° lat. S.; la de los alisios del nordeste, entre el ecuador y el 30° lat. N., y la de los alisios del sudeste, entre el ecuador y el 30° lat. S. En el Pacífico oriental hay una zona de calmas, entre el 5° lat. N. y el 5° lat. S. Por el contrario, en la parte occidental del Grande Océano, los monzones del mar de las Indias se dejan sentir hasta el 147° long. E.

El Pacífico es un mar relativamente poco agitado. Las tempestades son raras, sobre todo en la región oriental que baña las costas americanas, a excepción, sin embargo, de la parte más meridional, cercana al cabo de Hornos. Pero en la región occidental, especialmente en las costas de China, los tifones *(tai-fong)* son muy temibles. Para nosotros tienen interés especial. Nacidos las más de las veces a la altura de las islas Filipinas, siguen un trayecto curvo, bordean las islas del Japón y van a morir en los parajes de las islas Aleutianas.

La corriente ecuatorial del Norte sigue la dirección de los alisios del nordeste. Se extiende entre los 8° y 20° de lat. N. y se dirige a occidente hasta las Filipinas, donde cambia de dirección al norte. Baña las costas japonesas, siguiendo la misma dirección general que los tifones. Desde allí, con el nom-

---

(1) Findlay, *Directory for the navigation of the North-Pacific Ocean*, 3.ª edic., Londres, 1886; Idem, *Directory for the navigation of the South - Pacific Ocean.*, 5.ª edic., Londres, 1884.

bre de *Kuro-Sivo* (Río negro), toma una dirección cada vez más marcada al nordeste, y los vientos variables, soplando del oeste, la inclinan hacia la costa de California. Allí empieza a correr hacia el sur, hasta que encuentra la contracorriente ecuatorial, que se extiende entre el 5° y 8°-10° lat. N. Luego se dirige al este, es decir, en dirección a la costa americana. Es particularmente fuerte durante el verano.

La corriente ecuatorial del Sur sigue el trayecto recorrido por los alisios del sudeste. En la parte occidental del Pacífico, corre en dirección oeste, entre los archipiélagos australasianos y la Australia. A la altura de Nueva Caledonia, se tuerce al sudeste y, recogida por los vientos variables que soplan en dirección del este, se dobla marchando a la costa de la América del Sur, que remonta corriendo hacia el norte, con el nombre de corriente del Perú o de Humboldt.

Las corrientes polares son sobre todo importantes en la parte septentrional del Grande Océano. La corriente del Kamtschatka, saliendo del estrecho de Bering, bordea las costas asiáticas, el Kamtschatka, la isla de Sajalín y las costas orientales del Japón. La corriente de Bering baña las costas del Alaska, y rechaza las aguas más calientes de una rama del Kuro-Sivo, que forman un rizo y van a calentar la Colombia británica. La primera de estas corrientes trasporta una cantidad bastante considerable de hielos flotantes, que se amontonan en los estrechos de la costa asiática y son obstáculo para la navegación. Las costas del Alaska, bañadas por la corriente de Bering, abundan menos en *icebergs*, salvo durante una parte pequeña del año. Los hielos flotantes del Pacífico meridional no tienen por que ocuparnos.

De lo que antecede, puede deducirse que el descubrimiento de la costa occidental de América era posible por tres vías diferentes: 1.°, por la del Kuro-Sivo, ya aprovechando vientos dominantes, ya siendo empujado por un tifón; 2.°, por la contracorriente ecuatorial; 3.°, por la rama meridional de la corriente ecuatorial del Sur, aprovechando vientos dominantes del oeste. Es poco probable que haya podido realizarse un descubrimiento siguiendo el último de los caminos indicados. Las islas que baña la corriente ecuatorial del Sur estaban habitadas por poblaciones melanesias, poco expertas en el arte de la navegación, y si algunas de sus embarcaciones fueron a perderse en las costas de Chile y del Perú, es muy probable que estuvieran vacías. Un descubrimiento siguiendo la contracorriente ecuatorial del Sur es mucho menos inverosímil. El punto de partida de esta masa de agua es el archipiélago de las Filipinas, habitado por malayos, navegantes atrevidos y piratas inveterados. No obstante, si alguna tripulación malaya abordó a la América central, ha dejado tan pocas huellas que no puede darse a semejante casualidad el nombre de descubrimiento, no habiendo quedado, por lo demás, ningún monumento histórico que atestigüe el caso.

El camino del Kuro-Sivo tiene muy distinta importancia. Es el que siguen hoy todavía los veleros que van desde los puertos de China y del Japón a San Francisco, y es el que, contra su voluntad, siguieron buen número de pescadores y marinos japoneses que fueron a naufragar en la costa occidental de América. Numerosos, en efecto, son los juncos que han ido a perderse en los escollos del Nuevo Mundo. Según que fueron impulsados por los tifones o por la corriente, han tomado tierra en las costas del Alaska o en las del Oregón y California. La revista de San Francisco *Overland Monthly* ha publicado, el año 1875, una lista de quince casos bien probados de navíos japoneses o chinos que fueron a perderse en las costas americanas desde principios del siglo XIX (1).

§ III.—El fu-sang (2)

El descubrimiento de América por los chinos y los japoneses es, por tanto, perfectamente posible, y la historia del *Fu-sang*, que ha ocupado a los sabios de los siglos XVIII y XIX, no carecía de base objetiva.

Fue De Guignes, académico francés, quien planteó la cuestión en 1761. Publicó, en el tomo XXVIII de las *Memorias de la Academia de Inscripciones*, un largo trabajo en que descri-

(1) Véase esta lista en O. Loew, *Petermanns Mitteilungen*, 1877, página 138. Véase R. Cronau, *Amerika*, vol. I, págs. 108-109. (De esta obra existe traducción española).

(2) La primera mención es la hecha por De Guignes, *Le Fu-sang des Chinois est-il l'Amérique? (Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, 1761). La cuestión fue recogida y resuelta afirmativamente por H. de Paravey, *L'Amérique, sous le nom de Fu-sang, est-elle citée, dés le Ve siècle, dans les Grandes Annales de la Chine, et, dès lors, les Samanéens de l'Asie centrale et du Caboul y ont-ils porté le bouddhisme?* París, Truttel y Wurtz, 1844, en 8.°; Ch. G. Leland, *Fu-sang or the discovery of America by chinese buddhist priests in the 5.th century*. Londres, Trübner, 1875, en 16.°; Ed. P. Vinning, *An Inglorious Columbus, or evidence that Hwui-shin and a party of buddhist monks of Afghanistan discovered America in the 5.th century*. New-York, Appleton, 1885, en 8.° (Este libro es el más completo. Contiene el texto de *Ma-Twan-Lin*, sobre el cual se basó toda la argumentación de De Guignes, la traducción de éste, críticas acerca de esta traducción, y una nueva versión inglesa del autor). La atribución de estos autores ha sido atacada desde hace mucho tiempo. Klaproth, a principios del siglo XIX, luego más recientemente Dall, Müller, Chamberlain, protestaron contra la identidad del Fu-sang y de América. G. Schlegel, *Fou-sang* (*T'oung Pao*, 1892) ha demostrado que se trata, en el texto de Ma-Twan-Lin, de la Corea o de la isla de Sajalín.

bía, según los autores chinos, el país de *Fu-sang* y proponía identificarlo con Méjico. La cuestión pasó casi desapercibida, y sólo en el siglo XIX fue discutido este problema con el detenimiento que merecía. He aquí, en resumen, la descrición que daba De Guignes, según el escritor chino Ma-Twan-Lin.

En el año 499, un sacerdote chino budhista, llamado *Hoei-shin* (Hwui-shin), había llegado a China, de vuelta del *Fu-sang*, y lo había descrito en estos términos. El país está situado a 20.000 *lis* al este de Ta-han, y en él crecen numerosos árboles *fu-sang* (1), de que procede el nombre dado al país. Las hojas de este árbol son comestibles, como los brotes del bambú. Además, produce frutos encarnados, bastante parecidos a peras, y su corteza proporciona un hilo de que se hacen las telas destinadas para los vestidos. En este país hay bueyes, que sobre unos largos cuernos pueden llevar un peso de 20 ho (el *ho* equivale a 10 medidas de 15 litros). Los habitantes poseen coches, arrastrados por caballos, bueyes y ciervos. Estos últimos animales se domestican como el ganado, y con la leche de las hembras se hace queso. Hay en el Fu-sang una especie de pera encarnada, que se conserva un año entero sin echarse a perder, y también mucha uva. El cobre es allí metal muy común. El oro y la plata son poco apreciados, y en cuanto al hierro, es absolutamente desconocido.

Los habitantes del Fu-sang hacen sus casas con tablas, y sus ciudades no están rodeadas de murallas como las de la China. Tienen escritura, y hacen papel con las fibras del árbol *fu-sang*. Desconocen las corazas y las lanzas, y así no combaten nunca. El rey del país se llama *I-ki*. Va acompañado de un cortejo de tambores y trompetas. El color de sus vestidos difiere según las estaciones. Hay en el *Fu-sang* tres clases de nobles: los de la primera se llaman *tai-lú*, los de la segunda, pequeños *tai-lú*, y los de la tercera *na-to-tcha*.

El relato de Hoei-shin termina de esta suerte: «En los antiguos tiempos, no se conocía en el Fu-sang la ley de Budha, pero en el segundo año del período *Ta-ming* de la dinastía de los Song (458 de Jesucristo), cinco *bhikshus* (monjes mendicantes) fueron del reino de *Ki-ping* (Afghanistán) al Fu-sang. Propagaron las leyes, los libros y las imágenes búdhicas. Mediante sus enseñanzas, convirtieron a las gentes, modificaron sus costumbres y las hicieron comprender sus doctrinas».

Fue Klaproth el primero que, en 1831, negó toda identidad entre el Fu-sang y América. Vió en el relato de Hoei-shin una descrición del Japón, con buen número de inexactitudes y de episodios más o menos míticos. Cierto número de otros autores se mostraron partidarios de la autenticidad del descubrimiento: Hipólito de Paravey, Eichthal, Hervey de

---

(1) El árbol *fu-sang* sería, según Vivien de Saint-Martin, el *hibiscus rosasinensis*.

Saint-Denis, Leland, Neumann, Vinning consideraron la pintura del Fu-sang como la descrición embellecida de una parte de las costas americanas. Por el contrario, Bretschneider, Vivien de Saint-Martin y Schlegel rechazaron toda analogía entre las dos comarcas. Es fácil, en efecto, darse cuenta de que la descrición de Hoei-shin no se aplica en modo alguno al Nuevo Mundo: la existencia de caballos, la domesticación del toro, la división de los habitantes en clases nobles y la monarquía «a la china», las industrias lecheras y de tejidos son todo lo poco americanas que ser pueden. En cuanto a la distancia de 20.000 *lis*, Vivien de Saint-Martín ha probado que no había de entenderse sino como considerable lejanía, sin valor propiamente numérico (1).

Hoy, la mayor parte de los autores consideran que el Fusang es un país del Asia oriental (Japón, Corea, Sajalín), y que los anales chinos no nos han conservado relato alguno del descubrimiento de América.

No quiere esto decir que sea imposible que indígenas del Extremo Oriente hayan podido ser arrojados, en más de una ocasión, a la costa occidental del Nuevo Mundo.

§ IV.—Corrientes y vientos del atlántico

Volvamos al estudio de los vientos y de las corrientes, y consideremos lo que son estos fenómenos en el Atlántico. Nos interesan éstos mucho más, porque pueden explicarnos las condiciones del descubrimiento de América por los europeos (fig. 1.ª).

El régimen de los vientos es parecido al del Pacífico: en las regiones cálidas soplan los alisios, separados por la región de las calmas; al norte y al sur están las zonas de los vientos dominantes, del sudoeste en el hemisferio Norte, del noroeste en el hemisferio Sur. Los alisios del hemisferio boreal soplan de la altura de las costas de Portugal en una dirección al principio casi meridional, luego se dirigen al oeste. Al chocar con los acantilados de la costa americana, recobran la dirección del sur. Los del hemisferio austral, que soplan del sudeste, van primeramente en dirección del golfo de Guinea, al cual se acercan unos 300 kilómetros, luego toman la dirección del su-

---

(1) El signo *wan*, «diez mil», que entra en la composición de la palabra «veinte mil», tiene efectivamente significados bastante diversos, pero que comprenden todos las ideas de muy gran número, como «eternamente», «siempre», cuando se aplica a la categoría de *tiempo*.



Fig. 1.ª – Corrientes y vientos en el Océano Atlántico.

doeste para ir a perderse en las costas del Brasil. Estas, entre los 10° y 30° de lat. S., son recorridas por monzones.

El Atlántico es un mar muy agitado. No obstante, las borrascas son bastante raras en la región de los alisios y desconocidas en la costa brasileña donde soplan los monzones. Por el contrario, las zonas de los vientos dominantes son de temer, y todavía más la región situada al norte del mar de las Antillas, en la que se levantan ciclones que alcanzan hasta el 35° de latitud N.

De las islas de Cabo Verde parte la corriente ecuatorial del Norte, que, siguiendo aproximadamente el mismo camino que los alisios, se dirige en un principio al oeste, sin bajar del 10° de lat. N. Por el 40° long. O., toma la dirección del noroeste y llega a las Antillas menores, cuyos grupos septentrionales rodea. Luego, con el nombre de corriente de las Antillas, sube francamente al norte, bordea el archipiélago de las Bahamas y se arroja en el Gulf-Stream (corriente del Golfo).

Las aguas calientes del golfo de Méjico y del mar de las Antillas salen por el canal de la Florida, con el nombre de corriente de la Florida, y siguen luego a lo largo de la costa oriental de los Estados Unidos, donde reciben el nombre de Gulf-Stream (1). Empujadas por los vientos del oeste, se ensanchan mucho y corren hacia el este, envolviendo el archipiélago de las Azores. Suben luego hasta la costa de Portugal donde se dividen: un brazo, corriendo hacia el sur, forma la corriente de las Canarias, que va a unirse a la corriente ecuatorial del Norte, y circunscribe un área de calmas (mar de los Sargazos). La rama ascendente va al golfo de Gascuña y se divide de nuevo: parte, dirigiéndose al oriente de las islas Británicas, va a calentar las costas de Noruega, e inclinándose luego al este, atraviesa el mar de Barentz y el de Kara, perdiéndose en la costa occidental del Spitzberg; otra, más pequeña, se dirige al sudoeste de Irlanda, luego, por el 60° lat. N., gira al este, encontrándose con la corriente de Groenlandia. El límite occidental del Gulf-Stream no es invariable, en invierno las aguas frías que salen del estrecho de Davis (corriente del Labrador) la hacen retroceder mucho al oriente (2).

La cuenca septentrional del Atlántico está separada de la meridional por una contracorriente que va de oeste a este y es conocida con el nombre de corriente de Guinea.

La corriente ecuatorial del Sur ocupa la zona comprendida entre 0° y 10° de lat. S. Corre de este a oeste, hasta que alcan-

(1) Veáse sobre todo AL. AGASSIZ, *The Gulf-Stream* (*Bulletin of the Museum of comparative Zoology at Harvard College.* Cambridge, Mass., vol. XIV, págs. 241 - 259, que se reproduce en el *Smithsonian Report for 1891*, págs. 189-206); J. G. KOHL, *Geschichte des Golfstroms und seiner Erforschung*, Brema, 1868.
(2) A. AGASSIZ, *The Gulf-Stream* (R. S., 1891, pág. 190).

za la costa brasileña. En este punto, la forma del continente, así como la acción de los alisios del sudeste, la divide en dos ramas: una (corriente de las Guyanas) sigue la costa de la América del Sur, arrastrando las aguas del Amazonas, y, a la altura de la Trinidad, aumenta sus aguas con la rama de la corriente ecuatorial del Norte y penetra en el mar de las Antillas; la otra rama (corriente brasileña) bordea la costa del Brasil, luego, a los 45° o 48° lat. S., se dirige hacia el este (corriente de unión meridional) y va a remontar las costas de Africa, donde es conocida con el nombre de corriente de Benguela. La zona limitada por la corriente ecuatorial del Sur es una región de calmas chichas.

Es de la mayor importancia, para comprender la historia del descubrimiento, conocer la marcha de las corrientes polares árticas. Hemos aludido ya a la corriente del Labrador, que, saliendo del estrecho de Davis, bordea luego las costas de la América del Norte y hace sentir su acción refrigerante hasta las cercanías de 40° de lat. N. No menos importante es la corriente de Groenlandia. Es una rama de la gran corriente polar que pasa por el estrecho de Dinamarca, entre Islandia y Groenlandia, sigue a lo largo de las costas del cabo Farewell, luego, contorneando éste, se remonta al norte. Parte de sus aguas siguen la costa occidental de Groenlandia, mientras que la otra va a unirse a la corriente del Labrador. Toda la parte del Atlántico que se encuentra en las inmediaciones de las corrientes polares es muy peligrosa para la navegación desde enero a mayo, en razón de la abundancia de los hielos flotantes.

De lo que precede, resulta que el descubrimiento de América podía hacerse por tres caminos: 1.° los navegantes que partían del oeste de las islas Británicas o de Islandia debían ser llevados a la costa occidental de Groenlandia (la costa oriental era inabordable a causa del amontonamiento de los hielos), a las costas del Labrador o a las de Terra Nova; 2.° los que, siguiendo la corriente de las Canarias, llegaban a la región de los alisios del nordeste y de la corriente ecuatorial del Norte, debían ser empujados a las Antillas; 3.° por último, los que, cortando la contracorriente de Guinea, llegaban a la corriente ecuatorial del Sur, eran empujados a la costa del Brasil, o bien, derivando con la corriente de las Guyanas, iban a parar a las Antillas menores.

Los descubridores escandinavos siguieron el primero de estos caminos, y, más tarde, Corte-Real. El segundo fue el de Colón. El tercero fue seguido por Hojeda y Alvares Cabral, que descubrieron el Brasil.



Fig. 2.ª—Mapa de los descubrimientos escandinavos en América.

CAPÍTULO II

Descubrimiento de América por los escandinavos.

SUMARIO: I. Descubrimiento de Groenlandia.—II. Descubrimiento de la costa americana, viajes de los hermanos Eriksson, de Bjárni Herjulfsson y de Thorfinn Karlsefni.—III. Huellas dejadas por los escandinavos en el suelo de América.—IV. Establecimientos de Groenlandia.—V. Causas de la partida de los escandinavos.

§ I.—DESCUBRIMIENTO DE GROENLANDIA

Las comarcas que descubrieron los escandinavos en el Nuevo Continente fueron llamadas por ellos Groenlandia, Helulandia, Marklandia y Vinlandia. Estas tierras se mencionan en dos textos del siglo XIV, reproducidos por Rafn en sus *Antiquitates americanae* (1) y acompañados de doble traducción, latina y danesa.

Los dos textos parecen haberse copiado el uno del otro. No obstante, presentan ligera diferencia en un punto. La versión danesa dice: «A partir de la Bjarmelandia (2), la tierra está deshabitada hasta la Groenlandia. Al sur de esta última se encuentra a la Helulandia, luego la Marklandia. Desde este último país no es grande la distancia hasta la Vinlandia, que algunos piensan extenderse hasta el Africa..... Todas estas tierras se encuentran en la parte del mundo que se llama Europa». El *Fragmentum geographicum* añade: «y si es así, debe existir un brazo de mar entre la Vinlandia y la Marklandia».

---

(1) *Antiquitates americanae*, págs. 289-291. Los dos manuscritos islandeses llevan los títulos: *Orbis terrarum maedio aevo cogniti, brevissima descriptio* y *Fragmentum geographicum*.

(2) País en parte mítico, situado por los antiguos geógrafos del Norte encima de la Escandinavia.

Se ve, pues, que en la Edad Media los escandinavos conocían la extensión de los descubrimientos hechos en la costa americana, pero que sus noticias acerca del particular eran vagas e inciertas. Sólo en época bastante reciente, por otra parte, se ha podido determinar con cierta exactitud la situación de los países en otro tiempo visitados por los descubridores escandinavos.

Para comprender cómo los navegantes de este país llegaron al Nuevo Mundo, hay que remontarse a la época del descubrimiento de Islandia (1), es decir, al siglo VIII.

El Atlántico era recorrido entonces por las flotas de los irlandeses y de los escandinavos. Dicuil, monje irlandés que escribía a principios del siglo IX, refiere que dos clérigos le habían dicho haber permanecido en la isla de Thile (que para él es la Islandia) desde las calendas de febrero hasta las de agosto. La Saga de Olaf Tryggvason y el Landnámabók hacen también referencia a un descubrimiento de Islandia por los irlandeses. Habría tenido lugar el año 795, y los descubridores habrían visitado y quizá tratado de colonizar Islandia, sobre todo los distritos de Papeya y de Papyli, en la costa oriental. Estos colonos llevaban el nombre de *Papae* o de *Papar*, «hombres de Occidente que profesan la religión cristiana» (2). «Lo que prueba su estancia en esta comarca, dicen los cronistas del *Landnámabók*, es que en ella hemos encontrado libros irlandeses, sistros, trompetas y otros objetos». La Saga de Olaf Tryggvason añade que «los libros ingleses pretenden aún que la navegación entre Inglaterra e Islandia fue muy continuada en otro tiempo».

Descubierta Islandia, era el camino abierto hacia el norte. Sin embargo, sólo a una casualidad debió el pirata noruego Naddod volverla a descubrir, el año 861. Hizo rumbo a las islas Faeroe, pero, presa de la tempestad, se vió empujado a 900 kilómetros de las costas de Noruega, a la vista de una tierra cubierta de nieve. A su vuelta, alabó mucho la isla en que había tomado tierra, hablando en términos de alabanza del clima y de la vegetación de *Snjolandia*, «tierra de las nieves».

Dos años más tarde, en 863, el sueco Gardar Svafarson, al volver a los Hébridas, fue cogido, a la altura de las Shetland, por un viento impetuoso que le llevó a las costas de Islandia. Dió vuelta a la isla, que tenía muchos bosques, e invernó en barracas de tablas que hizo en Husavika, «la bahía de las ca-

---

(1) Textos: DICUIL, *De Mensure Crbis Terrae*, edic. Walckenaer París, 1807, pág. 29. *Olaf, Tryggvason Saga*, part. I, cap. CX (en RAFN, *Antiquitates americanae*, pág. 183): *Landnámabók*, cap. I (en MAGNUSSEN,, *Grönlands historiske Mindesmaerker*, vol. I, pág. 220). Véase GRAVIER, *Découverte de l'Amérique*, págs. 20 y siguientes.

(2) Véase VIGFUSSON, *Icelandic-English dictionary*, Cambridge, 1875, pal. *Papi*. Vigfusson traduce *papar* por «monjes de Occidente».

sas». En la primavera volvió a Suecia, dejando en la isla dos esclavos. Cambió el nombre de *Snjolandia* por el de *Gardarsholm*, «islote de Gardar».

Con posterioridad a estos viajes, hubo una emigración del continente hacia la isla remota, desde la que los navegantes fueron más lejos. El año 920, un islandés llamado *Gunnbjárn*, navegando a occidente de la isla, creyó percibir tierras, que fueron llamadas *Gunnbjórnskere*, «arrecifes de Gunnbjárn», y pronto se estableció la tradición de una tierra existente al oeste (1). El año 986, Erik el Rojo trató de descubrir esta tierra y lo consiguió (2).

Á fines del siglo XI, vemos ya a Adán de Brema hablar de Groenlandia como de un país conocido, pero es principalmente precioso el texto de Ari Thorgilsson, escrito a principios del siglo XII. He aquí cómo relata el descubrimiento de Erik el Rojo (3). «La tierra que se denomina Groenlandia fue descubierta y colonizada por los islandeses. Erik el Rojo se llamaba un hombre del Breidifjord que viajó allí y tomó posesión de la localidad llamada desde dicha época Eriksfjord. Dió un nombre al país, el de Groenlandia (tierra verde), diciendo que si el país recibía un buen nombre, suscitaría entre las gentes el deseo de ir a él (4). Encontró allí, en las partes

---

(1) FISCHER. *Entdeckungen der Normannen in Amerika*, pág. 6. Los arrecifes de Gunnbjárn están todavía representados en el mapa de Ruysch (1508), en el que van acompañados de estas palabras: «Insula hic in anno Domini 1456 fuit totaliter combusta».

(2) La mención más antigua del descubrimiento se encuentra en ADÁN DE BREMA, *Gesta Hammaburgensis Eccl. Pont.*, libro IV. *Descriptio Insularum aquilonis*, cap. X. J. FISCHER (*Entdeckungen der Normannen*, pág. 1) y REEVES piensan que Adán de Brema obtuvo sus informaciones en la corte del rey de Dinamarca Sven Estridsson, que visitó el año 1069, o muy poco después de esta fecha. El segundo relato, mucho más largo, está contenido en un manuscrito del sacerdote islandés ARI THORGILSSON ENN FRODDHI, titulado *Islendingabók*, cap. VI. que escribía por el año 1133. La mejor edición es la de F. JONSSON, *Ari's Islendingabók*, Copenhague, 1887. Estos relatos se completan con los de un anónimo, que FISCHER y REEVES piensan ser el abad islandés NICOLÁS DE THINGEYRE (muerto en 1159) y contenidos en el *Mss. Arna-Magneaen 194* de la Biblioteca de Copenhague. Las otras versiones, que se encuentran en el *Landnámabók*, el *Eyrbyggja Saga*, etc., están tomadas de estas fuentes. Todos los textos relativos a este descubrimiento se encuentran reunidos en la colección de F. MAGNUSSEN, *Grönlands historiske Mindesmaerker*, 3 vols., Copenhague, 1845, acompañados de una traducción danesa, y una gran parte se encuentra en las *Antiquitates americanae* de RAFN.

(3) Copiamos lo que sigue de la traducción inglesa de W. THALBITZER, *A phonetical Study of the Eskimo language.* (M G., vol. XXXI, 1904), introducción, pág. 16

(4) Véase FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, pág. 5. ADÁN DE BREMA pretendía que este nombre se dió a Groenlandia a causa del color azul verdoso del mar que la baña. A Fischer le parece más aceptable la versión de Ari Thorgilsson.

oriental y occidental a la vez, huellas de habitaciones humanas, restos de barcos e instrumentos de piedra..... Empezó a colonizar el país catorce o quince inviernos antes de que el cristianismo se hubiera introducido aquí, en Islandia, según lo que fue contado a Thorkell Gellisson en Groenlandia por un hombre que había acompañado allí a Erik el Rojo».

Durante los siglos siguientes, los islandeses colonizaron la parte meridional de la costa occidental, donde numerosas ruinas existentes alrededor de los fiordos de Julianehaab y de Godthaab muestran hoy todavía la extensión de la colonización nórdica.

§ II.—Descubrimiento de la costa americana. Viajes de los hermanos Eriksson, de Bjarni Herjulfsson y de Thorfinn Karlsefni.

En el año 999 ó 1.000, Leif Eriksson, hijo de Erik el Rojo, descubrió casualmente la costa americana (1). Yendo de Groenlandia a Noruega, una tempestad le echó a tierra y encontró campos de trigo y vides silvestres. Los relatos hechos por los descubridores se extendieron entre la población de Groenlandia, y pronto se trató de reconocer de un modo más serio los países que Leif Eriksson no había hecho más que entrever. El año 1003 se preparó una gran expedición. Salió de Vestribygdh (Godthaab) en Groenlandia, conducida por Thorfinn Karlsefni, que la tradición nos muestra partiendo

---

(1) Nuestra principal fuente para el descubrimiento de las tierras del continente americano *(Helulandia, Marklandia, Vinlandia)*, es la *Eireks saga raudha* (Saga de Erik el Rojo), que se encuentra en dos manuscritos de la Biblioteca de la Universidad de Copenhague, el *Hauksbók* (AM. 554), escrito hacia el año 1320 por Haukr Erlendsson, y el manuscrito AM. 557, que data del siglo XV, pero copiado de un original que debió ser escrito por el 1300. La mejor edición es la de G. Storm, *Eireks rauda Saga*, Copenhague, 1891.

La mención del descubrimiento se encuentra en textos más antiguos Adán de Brema, *Gesta Hammaburgensis*, t. IV, capítulo XXXVIII; Ari Thorgilsson, *Islendingabók;* Nicolás de Thingeyre, 1120-59 (Manuscrito AM. 194); *Eyrbyggja Saga* (1250-1260), capítulo XLVIII; *Grettisaga* (1290). Todos estos textos han sido publicados por Rafn, *Antiquitates americanae*, con traducciones latina y danesa. Una edición excelente, con traducción inglesa y comentarios, ha sido publicada por Reeves, *The Finding of Wineland the Good. The history of Icelandic discoverg of America*, Londres, H. Froode, 1890, en 4.º

El mejor trabajo de crítica acerca de los descubrimientos escan-

el tronco de un árbol y embarcándose de esta guisa en busca de la Vinlandia, en época anterior (1). Esta expedición tenía por objeto colonizar la Vinlandia. Se componía de tres barcos, llevando en total 140 hombres, y duró tres años.

Las naves, mandadas por Thorfinn Karselfni, Snorri Thorbrandson y Thorbjarni, se dirigieron primeramente hacia la Helulandia (la tierra de las rocas) (2), donde los exploradores encontraron muchos zorros. Reanudando su marcha al sur, llegaron al cabo de dos días a la Marklandia (tierra de árboles) (3), comarca cubierta de bosques y llena de animales silvestres. Desde allí, haciendo rumbo al sudoeste, navegaron dejando la Marklandia a estribor, y llegaron a un lugar que llamaron *Kjalarnes* (Cabo de la quilla), cuyos alrededores desolados no presentaban huella alguna de morada de hombres. Por todas partes se veían dunas y largas y estrechas márgenes que fueron llamadas por los aventureros escandinavos *Furdhurstrandhir*, «las orillas maravillosas». Dos corredores escoceses, llamados *Hake* y *Hekia*, fueron enviados al interior, de donde volvieron trayendo racimos de uvas y espigas de trigo silvestre.

Los exploradores se hicieron de nuevo a la mar y siguieron la costa hacia el sur hasta encontrar una gran bahía. Había allí una isla difícil de abordar por lo rápido de las corrientes. La bahía recibió el nombre de *Straumfjördhr* (Bahía de las corrientes) y la isla el de *Straumey* (Isla de las corrientes). Los escandinavos tomaron tierra y adoptaron disposiciones para invernar en aquel sitio. Les ocurrieron diversas aventuras y encontraron a los habitantes, los Skraelings, con los que hicieron cambios. Los Skraelings eran negros y de aparencia feroz. Tenían el pelo erizado, ojos grandes y pómulos salientes

---

dinavos del continente es el de G. STORM, *Studier over Vinlandsreiserne, Vinlands Geografi og Etnografi* (Aa. O., II Raekke, 2. Band, Copenhague, 1897, págs. 239 y siguientes). Las conclusiones etnográficas de STORM son, sin embargo, inadmisibles, como lo han demostrado REEVES (*obra citada*, pág. 177). KR. BAHNSON. (*Etnografien*, Copenhague, 1900, vol. I, pág. 224) y THALBITZER. (*Skraelingerne i Markland og Grönland, deres Sprog og Nationalitet*, Copenhague, 1905). Los trabajos acerca del descubrimiento de la Vinlandia son numerosos. El más antiguo es el de TORFAEUS, *Historia Vinlandiae antiquae*. Havniae, 1705, ya citado. Puede también consultarse LÖFFLER, *The Vinland excursions of the ancient Scandinavians* (CA, 5.ª sesión, Copenhague, 1883, págs. 64-74: CH. SMITH, *The Vinland voyages*. (*Bulletin of American geographical Society*, vol. XXIV, 1892, páginas 510 y siguientes) y las historias generales de GRAVIER, MOGK y FISCHER.

(1) Texto del *Fragmentum geographicum*, en RAFN, *Ant. am.*, página 291.

(2) Según STORM, *Vinlandsreiserne*, Helulandia sería la costa del Labrador o quizá la parte más septentrional de Terranova.

(3) Sería, según STORM, la isla de Terranova.

y anchos. Formaban familias bastante numerosas y navegaban en barcas de pieles (1). En el curso del último año de su estancia, los escandinavos disputaron con los indígenas y se vieron obligados a reembarcar. Fueron a invernar por última vez en Straumsfjódhr, y en primavera partieron para Groenlandia. Hicieron escala en la Marklandia, donde encontraron cinco Skraelings, «uno de ellos era barbudo, dos eran mujeres y dos niños». Karlsefni y sus hombres se apoderaron de los dos niños, que eran varones. Los llevaron a Groenlandia y les enseñaron a hablar el idioma islandés. Llamaban a su madre *Vaetilldi* y a su padre *Vaegi*. Dijeron que, de los reyes que gobernaban el país de los Skraelings, uno se llamaba *Avalldamón* y el otro *Valldidida*. Contaron que no había casas, sino que se habitaba en cavernas» (2).

De Marklandia, la expedición hizo rumbo a Groenlandia y llegó pronto a Eriksfjord, donde invernó.

Tal es el relato auténtico del descubrimiento del continente americano por los escandinavos. Pero los cronistas de épocas posteriores quisieron ampliar el breve relato de la Saga de Erik el Rojo. En un manuscrito conocido con el nombre de libro de Flatey *(Flateybók)* y en el *Groenlendinga Tháttr* se encuentra la historia siguiente: cierto Bjarni, hijo de Herjulf, que habitaba en Islandia, quiso, por el año 985 ó 986, ir en busca de su padre que figuraba entre los primeros colonos de Groenlandia. La tempestad le arrojó a las costas de América y recorrió las tierras designadas con los nombres de Helulandia, Marklandia y Vinlandia. Encontró este último país bastante atractivo y volvió a Groenlandia, abordando a un lugar llamado Herjulfness. Poco tiempo más tarde, probablemente el año 994, pasó a Noruega y contó la historia de su descubrimiento

(1) Los primeros autores (Torfaeus, Rafn) habían convenido en que los Skraelings de la Vinlandia, lo mismo que aquellos de que con posterioridad se habla en Groenlandia, eran esquimales. Storm *(Vinlandsreiserne)* fue el primero en emitir la hipótesis de que los Skraelings debían ser más bien indios (algonkinos o beothukos.) Se basaba en el hecho de que los esquimales no habían podido bajar hasta la latitud de la Vinlandia. Sus conclusiones fueron aceptadas por varios sabios alemanes, E. Mogk, S. Ruge, Jos. Fischer. Por el contrario, los ingleses y los daneses rechazaron toda identificación de los Skraelings con los indios. El último trabajo acerca del particular es el de W. Thalbitzer, *Skraelingerne i Markland og Grönland*, ya citado. Nos parece que resuelve definitivamente la cuestion y parece digno de autoridad. Sus conclusiones, basadas en un conjunto de datos etnográficos y lingüísticos, son que los Skraelings pertenecen claramente a la raza esquimal.

(2) *Erik rauda Saga*, cap. XII. Este texto es importante, porque, basándose en gran parte en él, M. Thalbitzer ha escrito su trabajo. Nuestra versión está hecha según la traducción danesa de este autor *(Skraelingerne*, pág. 190). Veáse Rafn, *Antiquitates americanae*, páginas 5 y siguientes, y Reeves, *Wineland the Good*, pág. 157.

a Erik, jarl (conde) de este país, que le censuró por no haber llevado más lejos sus investigaciones. Partió de Noruega con Leif, hijo de Erik, que al llegar a Groenlandia le compró su barco y embarcó en él con treinta y cinco hombres, para ir en busca de las tierras entrevistas por Bjarni (1). En el año 1000, los navegantes partieron de Groenlandia, dirigiéndose a occidente. Al llegar delante de una costa, no vieron vegetación, sino solamente glaciares que cubrían el interior del país, y entre aquellos glaciares y la costa una vasta meseta rocosa, de donde el nombre de *Helulandia,* «país de las rocas» dado a la comarca. Hiciéronse de nuevo a la mar y llegaron a una región llana, cubierta de árboles, que llamaron *Marklandia,* «país de bosques». Embarcados otra vez, navegaron con viento del nordeste y, después de dos días de travesía, descubrieron una isla situada al este de un continente. Allí levantaron unas cuantas barracas de tablas, y luego, cuando tuvieron resuelto invernar, grandes casas, de donde el nombre de *Leifsbudhir,* «casas de Leif», dado a aquel lugar y con el que fue conocido en lo sucesivo. Habiendo encontrado viñas, designaron toda la comarca con el nombre de *Vinlandia,* «país de la viña». Leif volvió a Groenlandia después de su invernada. El año 1002, Thorvald Eriksson, hermano de Leif, tomó prestado el barco de éste y lo tripuló con treinta hombres. Todos llegaron sin dificultad a Leifsbudhir, donde pasaron el invierno pescando para subsistir. En la primavera del año siguiente, Thorvald envió en la chalupa a parte de la tripulación para hacer el reconocimiento de la costa en dirección del mediodía. Descubrieron un país hermoso, cubierto de árboles. Entre el límite del bosque y la costa había una estrecha faja de terreno. En cuanto a habitaciones humanas, no encontraron más que una especie de granja de madera, en una de las islas que había al oriente de la costa. Las exploraciones no pudieron seguir adelante por la necesidad de invernar y fueron reanudadas durante el verano del año 1004. Thorvald dirigió sus esfuerzos al este, luego al norte, más allá de un cabo que denominó *Kjalarnes,* «Cabo de la quilla», y luego siguió la costa hasta cierto promontorio donde desembarcó. Allí los exploradores entablaron batalla con los Skraelings y Thorvald fue muerto por una flecha. Sus compañeros le enterraron y llamaron al cabo *Krossanes,* «Cabo de la cruz». Fueron a invernar a Leifsbudhir y volvieron a Groenlandia el año 1005. Otro hermano de Leif Thornstein Eriksson, resolvió ir en busca de los

(1) Véase un texto de la *Kristni Saga* (en REEVES, *Wineland the Good*, pág. 12) donde se dice que el rey Olaf Tryggvason envió a Leif Eriksson a Groenlandia para que proclamase allí la fe cristiana, y que en el curso de su viaje descubrió la Vinlandia. NICOLÁS DE THINGEYRE (en REEVES, págs. 15 y 16) dice también que, a la vuelta de su viaje de Vinlandia, fue cuando Leif Eriksson cristianizó Groenlandia.

restos de Thorvald. Habiendo embarcado en el mismo buque con veinticinco hombres de tripulación y su mujer Gudrida, anduvieron errantes por el mar todo el verano sin poder dar con la ruta de Vinlandia. Por último, a principios del invierno, abordaron al Lysufjord, en el norte de Groenlandia, donde murió Thornstein.

Como se ve, esta versión distribuye los hechos referidos por la Saga de Erik el Rojo entre los hermanos Eriksson, e introduce un nuevo personaje, Bjarni Herjulfsson, que habría abordado al continente americano el año mismo del descubrimiento de Groenlandia, o al año siguiente. Todos los autores antiguos Torfaeus, (Rafn, Löffler, V. Schmidt, Gaffarel, Gravier) han creído en la autenticidad del texto del *Flateybók*. Storm fue el primero que se negó a admitirla (1), luego Reeves (2) y Fischer (3) volvieron sobre las dudas emitidas por el sabio noruego. Se observaron inverosimilitudes en el texto, por ejemplo, la época asignada a la partida de Leif Eriksson para Groenlandia, época en que el rey Olaf Tryggvasson había muerto. Por otra parte, la facilidad con que las tripulaciones de los dos hermanos Eriksson encuentran el lugar de invernada y vuelven a Groenlandia, es muy chocante en gentes que viajaban por lugares totalmente desconocidos, que no podían determinar la posición y que desconocían la brújula. En resumen, los especialistas consideran hoy el relato del *Flateybók* como una versión compuesta según la Saga de Erik el Rojo y mezclada con episodios dramáticos y novelescos.

§ III.—Huellas dejadas por los escandinavos en el suelo de América

Es cosa averiguada que la Helulandia, la Marklandia y la Vinlandia fueron descubiertas el año 1000 por Leif Eriksson, y que una expedición escandinava, dirigida por Thorfinn Karlsefni, trató de colonizarlas. Resta determinar el lugar exacto donde desembarcaron los escandinavos en el continente americano. Los datos «externos» no pueden bastar para ello: la existencia de vid silvestre, la presencia de esquimales, las corrientes rápidas del Straumfjórdhr no podrían permitir que fuera determinado el lugar de desembarco. Felizmente, po-

(1) *Vinlandsreiserne*, págs. 19 y siguientes.
(2) *Wineland the Good*, pág. 59.
(3) *Entdeckungen der Normannen*, págs. 16 y siguientes.

seemos un texto contenido en el *Groenlendiga Tháttr* (1), que dice: «Los días y las noches eran casi de la misma duración que los de Inglaterra o Islandia. El día más corto del invierno, el sol salía entre *eyktarstad* y *dagmalstad*». Desgraciadamente, estos dos términos no son de muy clara significación y han hecho aguzar grandemente el ingenio de los investigadores. ARNGRIM JÓNSSON fue el primero que, en el siglo XVIII, explicó este pasaje (2). Decía, en conclusión, que había de interpretarse esta frase en el sentido de que el sol, en el solsticio de invierno, se mantenía próximamente seis horas por cima del horizonte, o sea desde las nueve de la mañana a las tres de la tarde, lo que correspondía a una latitud de 59° 6'. Habría que admitir, por tanto, que los escandinavos abordaron a la costa norte del Labrador, en las cercanías de Eclipse Harbour. En estas condiciones, habría que buscar la Helulandia y la Marklandia en la tierra de Baffin. A TORFAEUS le pareció esto imposible. Basándose en una interpretación de la palabra *eykt* que había encontrado en el *Grágás*, antigua colección de leyes islandesas, dedujo que el día debía tener ocho horas de duración. Vinlandia entonces habría sido un país situado a los 49° de latitud, es decir, en la costa de la provincia actual de Québec, un poco más arriba del cabo Whittle. Esta interpretación fue aceptada, en el siglo XVIII, por J. R. Forster y, a principios del XIX, por Malte-Brun (1824). Pero esta latitud era demasiado elevada, porque la viña no se da en el Canadá más arriba del 47° lat. N. Utilizando el sentido de *eykt*, tal como aparece empleada la palabra en un pasaje del Edda de Snorri Sturlason, el jurista PALL VIDALIN (3) llegó a un resultado más conforme con las condiciones climatéricas que se nos describen. El día habría durado desde las siete y media de la mañana a las cuatro y media de la tarde, o sea unas nueve horas, lo cual, según el cálculo del profesor Bugge, de Copenhague, correspondería a los 41° 22' de latitud. El punto de desembarco de Thorfinn Karlsefni y de sus compañeros habría estado situado en las costas del estado actual de Nueva Jersey. Esta teoría ha sido aceptada por Rafn y Finn Magnussen y ha tenido considerable resonancia. El entusiasmo de los sabios escandinavos que, en la primera mitad del siglo XIX, levantaron el velo

---

(1) Este texto forma parte del *Flateybók*. El texto naútico figura en las págs. 8, I. 37-38-39. Fue publicado por REEVES, *Wineland the Good*, pág. 147. Tomamos nuestra versión de la traducción inglesa de este autor.

(2) Para todo lo que concierne a la situación de la Vinlandia, véase G. STORM, *Vinlandsreiserne*, págs. 292 y siguientes, y REEVES, *Vineland the Good*, págs. 184-185. Véase JOS. FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, pág. 100.

(3) La interpretación de Vidálin ha sido publicada en la *Finni Johannei Historia eclesiastica Islandiae* del obispo FINN JÓNSSON, tomo I, páginas 153-156 (según STORM).

que cubría la historia de los viajes de sus antepasados en América, alteró un tanto su crítica, al punto de hacerles aceptar como verdaderos relatos tales como los que refieren las hazañas de Bjarni Herjulfsson y de Thorvald Eriksson. El cálculo de Pall Vidálin y el del profesor Bugge, designando la costa de los Estados Unidos como lugar de desembarco de los aventureros islandeses, plantearon a los sabios y a las sociedades arqueológicas del otro lado del Atlántico la necesidad de hallar huellas de la ocupación del país, y trabajando con ardor las encontraron. Fue una preocupación extraña y que no llevó a ningún resultado serio, como vamos a comprender (1).

El más notable ejemplo de este desordenado afán lo tenemos en la historia de la Dighton Rock (fig. 3). Se trata de una inscripción rupestre, esculpida en una roca del río Taunton en el Massachusetts. Este monumento había excitado ya hacía



Fig. 3.ª—La «Dighton Rock».

mucho tiempo la sagacidad de los anticuarios de ambos continentes. El año 1783, el Reverendo Ezra Stiles veía en él una inscripción fenicia, opinión que fue compartida en Francia por Court de Gébelin. En 1786, el coronel Vallency aseguró que los caracteres grabados eran claramente siberianos, pero los mantenedores del origen fenicio siguieron siendo con mucho los más. El año 1830, una comisión nombrada por la Sociedad histórica de Rhode-Island fue a sacar copia de la inscripción, copia que fue enviada a la Sociedad de anticuarios del Norte a Copenhague, y que Rafn reprodujo en las *Antiquitates americanae*, con una interpretación. Se ven distintamente, en la copia publicada por Rafn, las letras ORFINS, en caracteres latinos mayúsculos. Otros trazos han sido conside-

(1) Acerca de esta cuestión, véase el libro del Dr. DANIEL WILSON, *Prehistoric man. Researches into the origin of civilization in the Old and the New World*, Londres, Macmillan, 1865, págs. 369-391; RAFN, *Antiquitates americanae;* GRAVIER, *Découverte de l'Amérique par les Normands*, y sobre todo GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique*, vol. I. Estos dos autores aceptan sin discusión los pretendidos resultados de Rafn. El Dr. Wilson, por el contrario, hace de ellos una crítica justa e ingeniosa.

rados signos rúnicos, atestiguando el conjunto el paso de Thorfinn Karlsefni, que habría inscrito su nombre en esta roca para dejar un testimonio de su remota expedición. Desgraciadamente, dos órdenes de hechos combaten esta interpretación. En primer lugar, la inscripción de Dighton Rock ha sido copiada muchas veces desde fines del siglo XVIII, y en ninguna de las copias figuran las letras que existen en el grabado de Rafn. En un dibujo tomado en 1790, se ve aparecer unas O R que ya son ORFINS en 1830, pero el Dr. Wilson, que tuvo ocasión de examinar, en el Congreso de la Asociación americana para el progreso de las Ciencias celebrado el año 1856 en Albany, un vaciado hecho de la Dighton Rock, no pudo apercibir trazo de signos alfabéticos, rúnicos o de otra clase. La segunda objeción es que se conoce, desde hace bastante tiempo, el verdadero significado de esta inscripción. Por el año 1850, SCHOOLCRAFT enseñó a un jefe algonkino, llamado *Shingwáuk* la reproducción de la roca de Dighton, y el indio reconoció inmediatamente la obra de un Wabenaki de Nueva Inglaterra, que había representado en pictografía un suceso notable. Puede considerarse, por tanto, que el supuesto descubrimiento de Rafn proviene de que la copia que le fue enviada había sido falseada por la adición de letras, tanto latinas como rúnicas.

Esta inscripción no es la única en que se cree haber reconocido la mano de los antiguos escandinavos. En 1856, el doctor A. Hamlin, de Bangor, comunicó al Congreso de la Asociación americana para el progreso de las Ciencias una inscripción, formada por líneas entrelazadas, que fue descubierta en la isla de Monhegan, en las costas del Estado del Maine, y que le parecía ser rúnica. Deducía de ella que Monhegan y el río Kennebec eran los lugares probables de la invernada de Leif Eriksson. Una copia de esta inscripción fue enviada a Copenhague y publicada en 1859 (1). Pero los sabios daneses renunciaron a interpretarla en forma alguna. Supusieron que los indios, por su contacto con los antiguos escandinavos, habían aprendido a conocer, de vista al menos, los runas, y que la inscripción de Monhegan podía ser un intento de imitación de los caracteres que habían visto trazar a los blancos. Una ojeada dirigida a esta supuesta inscripción, copiada según aparece en el libro del Dr. Daniel Wilson (2), permite ver que se trata de rozaduras de la piedra, debidas quizá a causas naturales (fig. 4).

Pero la historia quizá más notable es la de la Torre de Newport. Se trata de una torre redonda de obra de fábrica existente en el «common» de la ciudad de Newport (Rhode-Island). Fue reconocida, sin duda posible, como un monumento escandinavo antiguo, y Rafn escribió con este motivo un ar-

---

(1) *Annuaire de la Société royale des antiquaires du Nord*. Copenhague, 1859, pág. 25.
(2) *Prehistoric Man*, pág. 407.

tículo (1). En realidad, no se trataba sino de un antiguo molino de viento, de piedra, construído el año 1678 por el gobernador Arnold.

Más recientemente, la investigación de las ruinas escandinavas en el suelo americano ha recibido un impulso vigoroso a consecuencia de las publicaciones del profesor E. N. HORSFORD (2). Este, guiado por textos antiguos, buscó en las costas de Nueva Inglaterra la ciudad de Norumbega. Este nombre fue aplicado por los antiguos navegantes a una parte de la costa del Atlántico. La primera mención es la de Verazzano, que

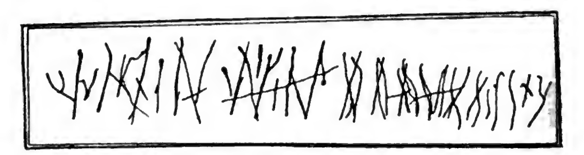


Fig. 4.ª—Inscripción de Monhegan (según D. Wilson, *Prehistoric Man*).

en 1524 llegó cerca del sitio que hoy ocupa Cambridge, en el Massachusetts, a cuyo lugar dió el nombre de *Orambega*. Un poco más tarde, Parmentier, el año 1539, encontró este nombre aplicado a la comarca situada al sudoeste cuarto oeste del cabo Bretón. Más tarde todavía (1543), Juan Alfonce, llamado Alfonso de Saintonge, describe en su *Cosmografía* (3) el cabo y el río de Norembega y habla de una ciudad del mismo nombre en la que se hacía mucho comercio de pieles. Por último, Harrisse nos refiere que en Dieppe, poco antes de 1539, se creía que la región situada entre la isla del cabo Bretón y la Florida era llamada por las gentes del país Norembega o Ano-

(1) *Den gamle Bygning i Newport* (Aa. O., 1841, págs. 37 y siguientes).

(2) E. N. HORSFORD, *The discovery of ancient city of Norumbega, A Communication to the President and Council of the Am. Geogr. Society*, Boston and New-York. Houghton, Mifflin and Co., 1890, en 4.° Id., *The Problem of the Northmen*, Boston, Houghton, Mifflin, 1890, en 4.° Prof. OLSON, *Review of the «Problem of the Northmen and the site of Norumbega», and a reply by* E. N. HORSFORD. Cambridge, Mass., 1891, en 4.° E. N. HORSFORD., *The defences to Norumbega and a review of the reconnoissances of Col T. W. Higgginson, Prof. Henry W. Haynes, Dr. J. Winsor, Dr. J. Parkmann and Rev. Dr. Ed. P. Slafter*, Boston and New-York. Houghton, Mifflin, 1891, en 4.° E. N. HORSFORD, *The Landfall of Leif Eriksson A. D. 1000 and the site of his houses in Vineland.* Boston, Damrell, 1892, en 4.° Id, *Leif's House in Vinland*, y COMELIUS HORSFORD, *Graves of the Northmen,* Boston, Damrell, 1893, en 4.°

(3) Ed. MUSSET. París, 1892, pág. 504.

rembega y que allí había una ciudad muy grande que llevaba igualmente este nombre. Es posible, añadía el sabio historiador americano, que esta leyenda fuera llevada a Dieppe por gentes de la marinería de Verazzano (1). Todas estas indicaciones están reforzadas, a juicio de Horsford, por el relato de un inglés llamado Ingram, depositado en Tampico, el año 1568, por sir John Hawkins, en compañía de otros ciento veinte hombres y por carecer de provisiones. Viajó de aquí para allá a través del país y llegó en 1569 a orillas de río de Norumbega, donde vió una gran ciudad, gobernada por monarcas que eran llevados en sillas de oro y tenían palacios con pilares de cristal. Las perlas abundaban en las casas de los jefes. De vuelta a Inglaterra, Ingram fue recibido por sir Humphrey Gilbert, al cual refirió lo que había visto (2).

Convencido por todos estos relatos de la existencia en la parte oriental del Massachusetts de una antigua ciudad escandinava, Horsford empezó a trabajar e hizo excavaciones en las cercanías de Cambridge y de Gloucester. Los resultados, bastante pobres, de las mismas, fueron entusiásticamente atribuídos a los compañeros de Leif Eriksson. Además, para asegurarse bien de que la atribución era justa, Horsford trató de analizar el nombre de Norumbega e inevitablemente descubrió en él Noruega. Luego observó también que ciertos nombres de la costa de Nueva Inglaterra, tal como *Nauset*, *Maunkeag*, *Naumbeak*, *Namskaket*, *Amoskeag* eran quizá de origen nórdico. Pero todo este hermoso edificio cayó a los impulsos de la crítica. Los objetos encontrados, o eran indios, o de fabricación europea y posteriores al descubrimiento de Colón. En cuanto a los nombres, eran todos de origen delaware.

No obstante, muchos libros conservan todavía la creencia de que existen restos escandinavos en el suelo de Nueva Inglaterra, y esto ocurre con las historias, bastante recientes, de GAFFAREL y de CRONAU. Casi todas las obras de vulgarización que han sido escritas con ayuda de estas historias, sin remontarse nunca a las fuentes ni consultar los trabajos críticos especiales, no hacen otra cosa que perpetuar estos datos poco seguros. Preferimos atenernos, con STORM, FISCHER y THALBITZER, a los resultados bastante mínimos, pero seguros, obtenidos por la crítica moderna y que se basan en textos auténticos.

Todas estas vanas teorías se han formado con arreglo a la creencia de que el lugar indicado en el *Flateybók* correspondía a los 41° 22' de lat. N. Pero, en la segunda mitad del siglo XIX, esta determinación fue atacada por los Dres. Vigfússon y Finsen. Hasta entonces se había considerado que las pala-

(1) H. HARRISSE, *Les Corte Real*, París, 1883, pág. 149.

(2) Sir Humphrey Gilbert era intimo de sir Walter Raleigh. Nadie duda que los relatos maravillosos de Ingram hayan contribuído, en cierto punto, a la formación de la leyenda del Eldorado.

bras *eyktarstad* y *dagmalstad* designaban un *intervalo de tiempo,* pero los dos sabios escandinavos observaron que designaban «puntos del tiempo» después de mediodía. Llegaron a la conclusión de que la latitud del lugar indicado por el *Groenlendinga Tháttr* debía ser 53°, es decir, la costa del Labrador al norte de la bahía de Saint-Michel. Esta solución ofrecía, en mayor grado aún, el inconveniente de la propuesta a fines del siglo XVIII por Torfaeus. Finalmente, un astrónomo danés, H. Geelmuyden, basándose a su vez en un pasaje del *Grágás*, consideró que las palabras en cuestión no se referían en modo alguno al tiempo, sino que indicaban puntos del horizonte. Con estas bases, hizo el cálculo de la latitud, que halló ser 49° 55′ o un poco al sur, indicación que se aproximaba mucho a la de Torfaeus (1). El cálculo fue recogido por un americano, el capitán Phythian, que rectificó ligeramente los datos de Geelmuyden, por haberse equivocado éste al apreciar la refracción. Descubrió que la latitud debía ser, con toda exactitud, de 49° 50′ 2″ (2). Pero semejante exactitud no podría ser sostenida. Hay, pues, que atenerse a la conclusión de STORM (3), adoptada por los mejores autores, Reeves y Fischer entre otros: la Vinlandia estaba situada en la costa oriental de América, a 49° 55′ a lo sumo hacia el norte, es decir, en las costas de Nueva Escocia y la isla del cabo Bretón.

El celo de Rafn y de los primeros investigadores les llevó también a admitir otros descubrimientos, tan poco auténticos como el de Bjárni Herjulfsson y Thorvald Eriksson, pero que es necesario mencionar por razón de la acogida que encontraron entre los autores que vinieron después de ellos (4). Las

---

(1) *Vinlandsreiserne*, págs. 297-298.

(2) REEVES, *Wineland the Good*, págs. 184-185.

(3) *Vinlandreiserne*, pág. 298.

(4) El descubrimiento de las tierras al sur de Vinlandia ha encontrado sobre todo un defensor elocuente en M. BEAUVOIS. Habría que citar todos los artículos de dicho autor, que ha especializado en estos estudios y ha deducido de falsas premisas todo un sistema que quiere explicar la población y la historia de la América precolombina. Remitiremos tan sólo al lector a las obras siguientes: *La découverte du Nouveau Monde par les irlandais et les premières traces du christianisme en Amérique avant l'an 1000*. Nancy, Crépin-Leblond, en 8.°, 95 páginas; *l'Elysée des Celtes comparé avec celui des anciens Mexicains* (R. H. R., París 1884); *La Grande-Irlande ou le pays des Blancs précolombiens du Nouveau Monde* (J. A. P., nueva serie, tomo II, 1904, páginas 189-231). Esta teoría ha sido acogida favorablemente por GAFFAREL y GRAVIER, así como por L. JELIC, *L'évangélisation de l'Amérique avant Christophe Colomb* (*Compte rendu du Congrès scientifique international des catholiques*, París, 1898) y por DE ROO, *History of America before Columbus*, New York, 1890, vol. I.

El primero que habló de las comarcas al sur de la Vinlandia fue TORFAEUS, *Historia Vinlandiae antiquae*, págs. 69-70; RAFN, *Antiquitates americanae*, aceptó su modo de ver, y de su obra se desprenden todos los trabajos posteriores.

tierras que se suponía haber sido descubiertas por los escandinavos al sur de la Vinlandia se llaman *Hvitramanalandia* (país de los hombres blancos) e *Irland it Mikla* (Gran Irlanda). El descubridor de estas comarcas sería, según un texto del *Landnámabók*, un llamado Ari, hijo de Már, que figuraba entre los primeros colonos de Islandia (1). Durante un viaje por mar, los vientos le hicieron apartarse de la ruta que seguía y llegó a la *Hvitramanalandia*, «llamada por algunos *Irland it Miklá*». Estos países estaban situados al oeste de Groenlandia, cerca de la Vinlandia y a seis días de navegación de Irlanda.

Pero, según la Eyrbyggja Saga, editada por RAFN (2), este país había sido visto igualmente por irlandeses e islandeses, porque en otro tiempo la navegación era regular entre Irlanda, Islandia y la Hvitramanalandia. Además, la *Skalholt Saga* refería la historia de un colono vinlandés, llamado *Hervador*, que habría ido a la Hvitramanalandia en 1051 y allí habría sido atacado por los Skraelings. Una mujer que la acompañaba resultó muerta por una flecha. Se la enterró en el sitio donde había encontrado la muerte y se la erigió una estela en que se refería el suceso (3). Desgraciadamente, la Skalholt Saga parece no poder encontrarse (4) y no figura entre los documentos islandeses citados por los que mejor conocen la literatura del Norte. El texto del Landnámabók no probaba mucho. En cuanto a la Saga utilizada por RAFN no es histórica en modo alguno. Hay que renunciar, pues, a creer que los escandinavos descubrieron la Hvitramanalandia que, según Rafn, se habría extendido muy al sur de la Vinlandia, desde la bahía de Chesapeake al canal de la Florida, de igual modo que no ha de verse nada serio en los supuestos recuerdos de la lengua escandinava que se habrían hallado en el idioma de los indios skawanos.

Los viajeros escandinavos, por consiguiente, no se establecieron nunca, por lo que pudiera desprenderse de documentos auténticos, en el suelo del continente americano y no dejaron de su paso ninguna huella que se halla podido encontrar hasta el presente.

---

(1) Véase el texto y la traducción en REEVES, *Wineland the Good*, pág. 11.

(2) *Antiquitates americanae*, pág. 182.

(3) GRAVIER, *Découverte de l'Amérique par les Normands*, páginas 137 y siguientes. Pasamos en silencio las peripecias que condujeron al descubrimiento de esta tumba.

(4) «No nos ha sido posible proporcionarnos un ejemplar de la Skalholt Saga», (GRAVIER, *Ob. cit.*, pág. 139, nota. 1).

§ IV.—Establecimientos de Groenlandia (1)

Los primeros colonos islandeses que se establecieron en Groenlandia prosperaron en este país, el cual pronto quedó dividido en dos partes distintas: *Eystribygdh* (el establecimiento del este) y *Vestribygdh* (el establecimiento del oeste) (2). Desde el siglo XVI, época en que los daneses se ocuparon de encontrar la colonia de Groenlandia, se pensó que *Eystribygdh* debía haber estado en la costa oriental, mientras que *Vestribygdh* se habría encontrado en la costa occidental. En el siglo XVIII, un autor llamado Peter von Egger, después de haber hecho examen cuidadoso de los textos antiguos, dedujo que el *Eystribygdh* no se encontraba al este, sino al sudoeste de Groenlandia.

No obstante, la opinión contraria prevaleció durante mucho tiempo, hasta 1873, en que R.-H. Major repitió lo dicho por Peter von Egger y manifestó que, en su opinión, *Eystribygdh* se encontraba en el distrito de Julianehaab (3). Pero en 1883, O. Nordenskjöld, habiendo explorado la costa oriental hasta los 65° 35' lat. N., pretendió que sus observaciones le habían confirmado en su antigua opinión, a saber, que *Eystribygdh* se hallaba en la costa que acababa de visitar (4). El viaje que hizo en 1885 el capitán Holm, que exploró la costa oriental de Groenlandia desde el cabo Farewell hasta los

(1) Entre las Historias generales, véanse sobre todo Jos. Fischer. *Entdeckungen der Normannen*, págs. 33 y siguientes, y Mogk, *Die Entdeckung Amerikas durch die Nordgermanen*, págs. 72 y siguientes. Los trabajos especiales son: Th. Torfaeus, *Groenlandia antiqua;* K. Maurer, *Geschichte des Entdeckung Ostgrönlands*, en *Die zweite deutsche Nordpolfahrten in den Jahren 1869-1870*, Bd. I, Leipzig, 1874; G. Holm, *Undersögelser af Ruinerne i Julianehaabs Distrikt, 1880 og 1881* (M. G. vol. VI. Copenhague. 1883-1884); K. Steenstrup, *The old scandinavian ruins in the district of Julianehaab* (C. A., 5.ª sesión, Copenhague, 1883, págs. 108-120); G. Storm, *Nye Efterretningen om det gamle Grönland* (*Historisk Tidskrift*, 3. Raekke, vol. II, Cristiania, 1892); D. Bruun, *Undersögelser i Julianehaabs Distrikt, 1893 og 1894* (M. G., vol. XIV, Copenhague, 1896); Finnur Jónsson, *Grönlands gamle Topografi efter Kilderne. Œsterbygden og Vesterbygden* (M. G., vol. XX, Copenhague, 1889). Hay que consultar también las grandes colecciones de Finn Magnussen y de C. Rafn.

(2) J. Fischer, *Entdeckungen der Normannen*, pág. 23.

(3) *Journal of the Royal geographical Society*, vol. XLIII, 1873.

(4) *Den andra Dicksonska expeditionen till Grönland*, Stockholm, 1885, pág. 401.

66° 30' lat. N., mostró que no podía ser así (1). Hoy todo el mundo admite que *Eystribygdh* es la parte más meridional de las colonias groenlandesas (correspondiente al distrito actual de Julianehaab) y que *Vestribygdh* era la parte septentrional (distrito de Godthaab).

Desde esos establecimientos, los escandinavos de Groenlandia enviaron expediciones al Norte, para reconocer la extensión de su nueva colonia y explorar las costas. Poseían en el norte de Groenlandia establecimientos en que se cazaba y se pescaba, y a veces los pescadores hacían una expedición en busca de las tierras vecinas. Estos hechos nos son conocidos principalmente mediante una carta, escrita en Groenlandia por el sacerdote *Haldor* y contenida en el *Hauksbók* (2).

«Este verano llegaron (al sur de Groenlandia) gentes del *Nordhrseta* (las estaciones pesqueras del Norte) que habían ido más lejos hacia el septentrión que nadie de que se haya oído hablar hasta aquí. No encontraron indicio de que los Skraelings hayan ocupado estas comarcas, excepto en *Króksfjardharheidhi* (la landa del fiordo de Krok)..... Los sacerdotes, habiendo oído estas noticias, enviaron un navío al norte, para hacer investigaciones acerca del punto más septentrional que se pudiera alcanzar; pero se alejaron de *Króksfjardharheidhi*, hasta que perdieron de vista la costa. Luego un viento del sur se levantó en contra suya, al mismo tiempo que se hacía la oscuridad, y su nave fué impulsada por el viento. Cuando la tempestad cesó y volvió la claridad, vieron muchas islas, con abundancia de caza: focas y ballenas y muchos osos. Llegaron a una bahía, y no pudieron apercibir más el conjunto del país, pero al sur había glaciares tan lejos como la vista podía alcanzar..... Navegaron a la vela durante tres días para volver, y llegaron a un lugar donde vieron algunas huellas dejadas por los Skraelings, en varias islas situadas al sur de *Snófjall* (la montaña nevada). Luego fueron hacia el sur hasta *Króksfjardharheidhi*, un día completo de navegación. Hiela durante la noche, pero el sol brilla día y noche. Su altura, cuando está al sur, es tal, que si un hombre se acuesta en una barca de seis remos, tendido contra la borda, la sombra de la borda que está en la dirección del sol cae sobre su rostro; pero a media noche, está tan alto como en la colonia cuando se encuentra al noroeste. Se dirigieron luego hacia Gardar» (3). El viaje tuvo lugar el año 1266 y

---

(1) K. Steenstrup. *Om Österbygden*, en *Den Östgrönlandske Expeditionen* (M. G., vol. IX. Copenhague, 1889, págs. 1-53) contiene toda la historia de la controversia sobre Eystribygdh.

(2) Véase Thalbitzer, *A phonetical Study of the Eskimo language*. Introducción, págs. 22 y siguientes. El texto que incluímos está tomado de la traducción inglesa del mismo autor.

(3) El texto se encuentra en el *Hauksbók*, edición de Copenhague, 1892, pág. 500. Véase Magnussen, *Grönlands historiske Mindesmaerker*, vol. III, págs. 239 y siguientes y Rafn, *Antiquitates americanae*, págs. 269-276.

el día en que se tomó la altura del sol fue el de la fiesta de Santiago, o sea el 25 de julio. De aquí se ha deducido la latitud del lugar. Rafn suponía que la sombra formaba con el fondo del barco un ángulo de 33°, lo cual da el 75° de lat. N. Esta cifra, así como las direcciones indicadas por la carta de Haldor, han hecho creer a Rafn que se trataba de un viaje a través de los estrechos de Lancaster y de Barrow. El estrecho de Lancaster sería el fiordo de Krok. *Krókstjardharheidi* correspondería a la parte meridional de la tierra del North-Devon. El *Snofjall* sería una montaña de la tierra de Baffin. Los *Nordhrseta* designarían establecimientos situados tanto en las orillas occidentales del estrecho de Davis como en el norte de Groenlandia (1).

Desgraciadamente, estas localizaciones, que si fueran exactas extenderían los descubrimientos de los escandinavos muy hacia al norte y el oeste, no han sido aceptadas por los críticos modernos. THALBITZER (2) y el profesor FINNUR JÓNSSON piensan que la palabra *Nordhrseta* designa los establecimientos de la Groenlandia septentrional y no estaciones establecidas en la costa occidental del estrecho de Davis (tierra de Baffin o North-Devon). El *Snófjall* sería una altura situada ya en el cabo Svartenhuk (71° 30' lat. N.) ya en *Qaqersorsuaq*, cerca de *Upernavik* (72° 30' lat. N.) El *Krókstjord* sería el fiordo de *Umanak* (71° lat. N.) En cuanto a la bahía rodeada de glaciares donde llegaron los sacerdotes, es quizá la bahía de Melville (75° 77' lat. N.) y las glaciares serían brazos del gran glaciar de Humboldt.

Muchos otros textos hablan de los viajes al norte, y de ellos puede deducirse que fueron bastante frecuentes las relaciones entre el sur de Groenlandia y las comarcas septentrionales.

No solamente se ha atribuído a los antiguos escandinavos el descubrimiento, desde el siglo XIII, de las tierras occidentales árticas, que no fueron descubiertas otra vez hasta la primera mitad del siglo XIX, sino que también se les ha atribuído la gloria de haber explorado la costa oriental de Groenlandia hasta una latitud que sólo muy recientemente ha sido alcanzada por las expediciones de VON DRYGALSKI, de ANDRÉE y de AMDRUP. En las *Antiquitates americanae* (3) se trata del descubrimiento, hecho en 1194, de una tierra, al este del *Eystribygdh* y llamada *Svalbadhr* o *Svalbardhi*. Se ha creído mucho tiempo que se trataba de una tierra situada al nordeste de Groenlandia, pero STORM (4) ha probado que este nombre de-

(1) RAFN, *Antiquitates americanae*, págs. 265 y siguientes.
(2) THALBITZR, *Phonetical Study*. Introducción, pág. 25. Respecto a la opinión de FINNUR JÓNSSON, véase el mismo, pág. 25, nota 1.
(3) Págs. 280 y siguientes.
(4) *Vinlandsreiserne*, págs. 71 y siguientes. Véase K. MAURER, *Entdeckung Ostgrönlands*, pág. 210, y FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, págs. 34-35.

signaba, ya la isla de Jan Mayen, ya el Spitzberg. Casi cien años más tarde, según los *Anales islandeses*, *Aldabrand Helgissón* y *Thorvald* descubrieron, a occidente de Islandia, islas que llamaron «islas brumosas», y en las que STORM y los autores modernos ven la costa oriental de Groenlandia (1).

Pero estos países no fueron nunca colonizados por los groenlandeses. Ocuparon la costa, entre Godthaab y el cabo Farewell, y dirigieron sus esfuerzos a hacerla producir. No era tarea fácil. En aquella época, enteramente lo mismo que hoy, Groenlandia era un vasto glaciar y el hielo de mar se formaba en las costas con suma facilidad. El *Konungsskjuggsja* (Espejo del rey), manuscrito del siglo XII, nos describe con bastante fidelidad las condiciones de existencia de los colonos groenlandeses: «Los habitantes que trataron, en varias ocasiones, de penetrar en el interior del país, no pudieron encontrar la menor huella de lugares desprovistos de hielo, y todo el país parecía estar cubierto de él, a excepción de la parte de la costa ya ocupada. Todas las laderas de las montañas y los valles estaban invadidos por el hielo. El mar estaba helado en cuatro o cinco aunas de espesor (2,50 a 3,15 metros) y el hielo se extendía a cuatro o cinco días de distancia de la orilla, y ello tanto en la dirección del este y del nordeste como en la del sur y sudoeste, de suerte que no se podía llegar a tierra sino después de haber andado largo trecho sobre el hielo» (2).

No obstante, los establecimientos de la costa aparecían bastante florecientes. TORFAEUS nos dice que *Vestribygdh* contó hasta 190 poblaciones (estaciones) y *Eystribygdh* 90 (3). La población debía, por tanto, ser bastante numerosa; JELIC (4) la calcula en 10.000 almas, mientras que GELCICH no quiere entender se trate más que de «algunas familias sueltas, que quizá encontraban dificultades para vivir en Islandia». Esta opinión es ciertamente exagerada, porque las investigaciones de BRUUN y de HOLM han probado que los establecimientos eran muy numerosos y de extensión relativamente considerable. Puede decirse, por tanto, que si la cifra de JELIC es un tanto exagerada, la afirmación de GELCICH es seguramente falsa. BRYNJULFSON (5), calculando por el número de las ruinas conocidas en 1883, emitió la opinión de que los habitantes de Groenlan-

---

(1) G. STORM, *Islandiske Annaler indtil 1578*, Copenhague, 1884, pág. 78; *Vinlandsreiserne*, págs. 71 y siguientes; *Columbus*, pág. 78.

(2) *Kongespeil*, en MAGNUSSEN, *Grönlands historiske Mindesmaerker*, vol. III, págs. 276-354. Véase FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, pág. 31 y *Konnungskuggsjá*, edición de Cristianía, pág. 41.

(3) *Groenlandia antiqua*, cap. VI, págs. 39-41. Véase GRAVIER, *Découverte de l'Amérique par les Normands*, pág. 150.

(4) *Évangélisation de l'Amérique avant Christophe Colomb*, pág. 180.

(5) BRYNJÚLFSON, *Jusqu'où les anciens Scandinaves ont-ils pénétré vers le pôle dans leurs expéditions à la Mer Glaciale?* (C. A., V[e] Session, Copenhague, 1883, págs. 140-150).

dia debían ser en número de 5.600 a 8.400. FISCHER estima que en la diócesis de Gardar debían ser próximamente 5.000 (1).

Las investigaciones hechas en los montones de restos han mostrado la existencia de huesos de buey, de cabra, de carnero, de caballo, en cuanto a animales domésticos. La fauna silvestre comestible está representada por restos de zorro polar *(canis lagopus)*, de oso blanco *(ursus maritimus)*, de morsa *(trichechus rosmarus)*, de foca, de reno *(rangifer tarandus)*, de aves y pescados en gran variedad (2). La presencia de los animales domésticos hace pensar en que se criaban corrientemente, y, en efecto, las investigaciones de BRUUN (3) le han hecho descubrir restos de establos.

Groenlandia fue cristianizada muy pronto. Leif Eriksson, nos dice el *Fragmentum geographicum*, introdujo en ella el cristianismo, el año 1000, y la nueva religión se extendió rápidamente, de suerte que se estableció un obispado en Gardar (4). El año 1124, el rey de Noruega, Sigard, envió a Groenlandia un sacerdote llamado *Arnald*, que fue nombrado obispo de Gardar por *Asker*, arzobispo de Lund. Con él comenzó la serie de los obispos de Groenlandia, cuya titular se perpetuó hasta la Reforma (5).

Un pasaje del *Gripla* nos dice que, aparte la iglesia episcopal de Gardar, había otros cuatro edificios del culto católico (6).

La literatura floreció en el suelo de Groenlandia, y los *lieds* del Edda conocidos con el nombre de *Atlimál*, que cuentan la caída del rey de los burgundos Gunther y la muerte de Atila, fueron compuestos en el suelo de las tierras heladas (7). El escalda Helgi escribió allí también varias sagas, las *Skaldhelgarimur*, que nos han conservado ciertos acontecimientos que tuvieron lugar en el suelo de la colonia, el *Hafgerdhingadrápa* y el *Nordhrsetudrápa* (8).

---

(1) *Entdeckungen der Normannen*, pág. 27-29.
(2) J. FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, pág. 29.
(3) BRUUN, *Undersögelser* (M. G., vol. XIV, pág. 486).
(4) RAFN, *Antiquitates americanae*, pág. 292.
(5) J. FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, págs. 20-21.
(6) GRAVIER, *Découverte de l'Amérique*, pág. 150.
(7) FINNUR JÓNSSON, *Den oldnorske og oldislandiske Literaturs, Historie*, Copenhague, 1898, vol. I.
(8) ID., *Ibid.* Véase MOGK, *Entdeckung Amerikas*, pág. 72.

§ V.—Causa de la partida de los escandinavos

A partir del siglo XIII, los groenlandeses estuvieron en contacto con los Skraelings (1). Hemos visto que la expedición del sacerdote *Haldor* había encontrado huellas suyas en *Nordhrseta* (fiordo de Umanak). Estos restos habían sido dejados probablemente por una avanzada de los esquimales, que venía del norte siguiendo las costas de Groenlandia. Realmente, en 1379 fue cuando las relaciones se hicieron más constantes y tomaron inmediatamente un giro hostil. Los Skraelings atacaron los establecimientos del *Vestribyggdh*, mataron dieciocho hombres y se llevaron dos niños prisioneros (2). Pronto se reanudaron los ataques y en poco tiempo los Skraelings fueron dueños de todo Vestribygdh (3).

En esta época, las relaciones de las colonias groenlandesas con Islandia se habían aminorado. Los últimos textos que tenemos relativos a Groenlandia son bulas de los papas Nicolás V (1448) y Alejandro VI (1492 ó 1493) (4). Este último documento nos hace saber que hacía ochenta años que ningún navío había abordado a Groenlandia y que la colonia había caído en la miseria. Anunciaba el nombramiento de un obispo que debía ir a levantar el espíritu cristiano, pero se ignora si este plan fue ejecutado.

A partir de esta época, la mención de la colonia desaparece de los anales del Norte. Pero encontramos huellas de ella en varios mapas: el del cardenal Filiaster (1427), conservado en la Biblioteca de Nancy, que había debido obtener esta in-

---

(1) Para todo lo que concierne al contacto de los Skraelings con los groenlandeses, véase W. THALBITZER, *Phonetical Study*, Introducción, págs. 25 y siguientes; Id., *Skraelingerne i Markland og Grönland*. Acerca de la llegada de los Skraelings por el norte y sus emigraciones, véase ISACHSEN, *Die Wanderungen der östlichen Eskimo nach und in Grönland* (P. M., vol. XLIV, Gotha, 1908, págs. 150-151) y SCHULTZE-LORENTZEN, *Eskimoiske Indvandring i Grönland* (M. G., volumen XXXIII. Copenhague, 1904, págs. 1-35).

(2) *Islendzka Annal*, en MAGNUSSEN, *Grönlands historiske Mindesmaerker*, vol. III, pág. 32.

(3) Según IVAR BAARDTSZEN, en MAGNUSSEN, *Ob. cit.*, vol. III, pág. 248.

(4) JELIC, *Évangélisation de l'Amérique*, pág. 183. Véase FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, págs. 49 y siguientes.

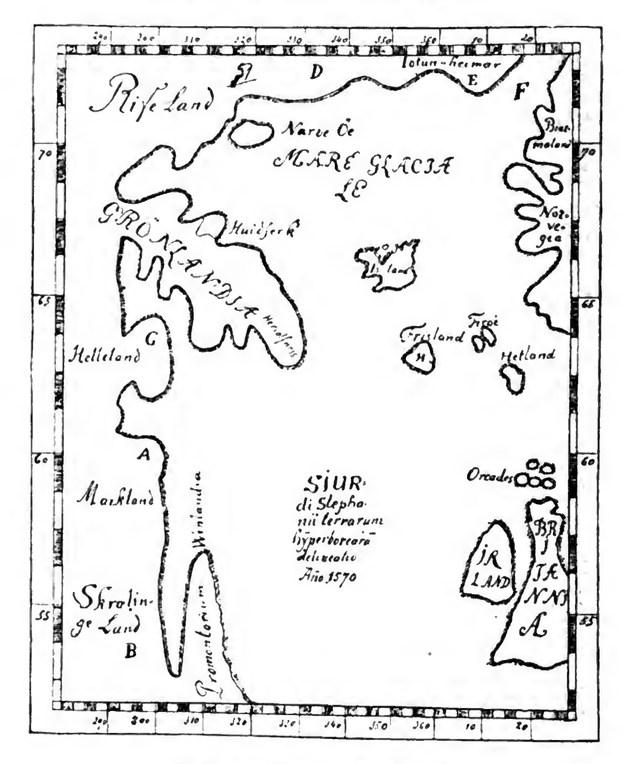


Fig. 5.ª—Mapa de Sigurd Stefanssón (1570).

formación del «mathematicus» danés *Claudius Clavus* (1); los de *Donnus Nikolaus* (Ulm, 1482 ó 1486) y de Waltzemüller (1507); el de *Sigurd Stefanssón* (1570) (fig. 5).

(1) Acerca de esta cuestión, véase sobre todo FISCHER, *Entdeckungen der Normannen*, págs. 66 y siguientes; *Nordenskjöld*, *Bidrag till Nordens äldsta Kartografi vid fyrhundra Aarfesten till Minne af nya Verldens upptäckt*, Estockolmo, 1890. Véase THALBITZER, *Phonetical Study* Introducción, págs. 30-33.

A más de las ruinas de casas y los montones de restos, las investigaciones modernas han permitido encontrar algunas huellas de la industria de los antiguos colonos escandinavos y,

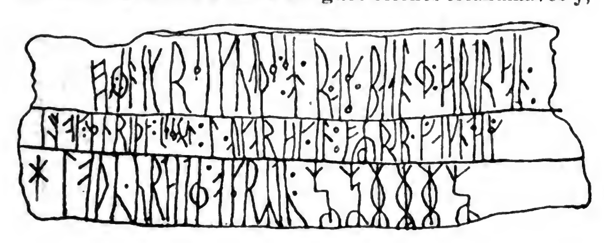


Fig. 6.ª -Inscripción rúnica de Kingittorsuaq.

entre otras, inscripciones rúnicas. Las dos más célebres son las de *Kingittorsuaq* (72° 55' lat. N.), al norte de Upernavik, que fue descubierta en 1824 por un esquimal y llevada por el capitán Kragh al Museo de Copenhague (fig. 6). El año de

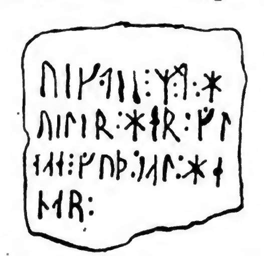


Fig. 7.ª—Inscripción rúnica de Ikigeit.

su erección es incierto. Contiene los nombres de tres individuos que grabaron la piedra. La otra fue hallada en *Ikigeit*, en el fiordo de Igaliko, al sur de Groenlandia (fig. 7). Es una piedra sepulcral (1).

(1) RAFN, *Antiquitates americanae;* GRAVIER, *Découverte de l'Amérique par les Normands;* D. WILSON, *Prehistoric Man;* R. CRONAU, *América*, tomo I. El Profesor S. BUGGE ha traducido una inscripción del cementerio de Ringerike (sur de Noruega) que sería la piedra sepulcral de uno de los compañeros de Leif Eriksson. El Profesor BUGGE hace datar esta inscripción del año 1010 al 1050. Desgraciadamente, el texto ha sido traducido de varias maneras distintas. (Véase J A P., nueva serie, tomo I, pág. 121).

Es cierto, por tanto, que los escandinavos colonizaron la Groenlandia, que en ella se mantuvieron durante tres siglos y que la abandonaron a consecuencia de la hostilidad de los esquimales y de la falta de auxilios. Parece también averiguado que, en el siglo XI, los colonos groenlandeses hicieron por lo menos dos viajes que los llevaron a la costa americana; pero no dejaron en ella traza alguna de su paso. En el siglo XIV no había relación alguna entre Europa y el continente transatlántico, y si el recuerdo de las colonias del oeste no había desaparecido por completo del espíritu de los escandinavos, sí contribuyó sin duda, en alguna medida, a la formación de las leyendas que vamos a examinar ahora, sólo en el siglo XVII, fortalecido por los descubrimientos de Hall, motivó el equipo de una expedición seria que hizo «encontrar de nuevo» la Groenlandia.

CAPÍTULO III

Busca de una tierra occidental en la Edad Media.

SUMARIO: I. La antigüedad: 1. Continentes míticos: Atlántida, Merópida, etc. 2. Navegaciones a Occidente. 3. Objetos arrojados por las corrientes a la costa de Europa.—II. Islas legendarias: San Brandán, Brasil, Antilia, etc.—III. Viajes apócrifos: los Frisones, Madoc ab Owen Gwynedd.—IV. Viajes de los hermanos Zeni.—V. Viajes de los portugueses y de los franceses en el siglo XV.

§ I.—La antigüedad

El eco de los descubrimientos de las gentes del Norte no fue lo que llamó la atención de los pensadores de la Edad Media hacia el Occidente y les hizo buscar en él tierras nuevas y casi milagrosas.

Las preocupaciones que hicieron atender a este particular no eran de orden geográfico. Se buscaban tierras maravillosas, cuya existencia afirmaba una tradición oscura formada con recuerdos de la antigüedad y creencias populares.

1.—*Continentes míticos: la Atlántida, la Merópida, etc.*

En la antigüedad clásica, se había hablado muchas veces de la existencia de un continente occidental. Esta creencia se basaba en parte en relatos fabulosos, en parte en las relaciones, más o menos exageradas, de los navegantes.

El relato fabuloso más conocido es el de PLATÓN, que contiene la historia de la *Atlántida* (1). Critias refiere a Sócrates la historia de un continente, situado del lado allá de las Co-

(1) El texto de la historia de la Atlántida se encuentra en el *Timeo.* Véase H. MARTÍN, *Études sur le Timée de Platon*, París, 1841.

lumnas de Hércules, donde 9000 años antes vivía una nación civilizada, descendiente de Poseidón. Describe un país de brillante civilización, en el que abundaban los metales preciosos, donde las leyes eran sabias y la vida grata. El nombre de este continente—Atlántida—venía de que fuera gobernado durante siglos por los descendientes de Atlas, hijo de Poseidón y de una simple mortal, Cleito. Los Atlantes extendieron sus conquistas del lado acá de las Columnas de Hércules, hasta el Egipto y la Tirrenia, pero fueron vencidos y detenidos en su avance a Oriente por los atenienses. Todos estos hechos habrían sido revelados a Solón por los sacerdotes egipcios del templo de Sais y referidos a Critias por su abuelo. Violentos temblores de tierra e inundaciones hicieron desaparecer en un día y una noche aquel país maravilloso.

Buen número de autores han considerado histórico este relato y muchos de ellos han tratado de determinar la situación de la Atlántida (1). Algunos admitieron que había desaparecido y que los archipiélagos de las Azores, Madera, etc., señalaban el sitio que ocupó y eran las cumbres de los picos del antiguo continente. Otros buscaron más lejos y reconocieron la Atlántida en América.

No obstante, desde la antigüedad, el relato de Platón encontró contradictores, sobre todo entre los neoplatónicos. Para Longino no era más que una simple expansión literaria, sin valor histórico. Amelio veía en el hundimiento de la Atlántida el combate de las estrellas y de los planetas, Numenio la lucha del bien y del mal, Origenes la de los buenos y los malos genios. Proclo, que nos ha referido estas opiniones, cita todavía buen número de otros filósofos, para los cuales la historia de la Atlántida no era más que una alegoría, sin relación con la historia verdadera (2). En el momento actual, todos los espíritus serios no ven en esta historia más que un mito. Los sondajes verificados en el Atlántico han revelado, en el sitio donde habría estado ese supuesto continente, fondos enormes, y sabido es que las islas que hay a occidente del Africa son todas de origen volcánico.

Platón no es el único autor de la antigüedad que ha hablado de una tierra situada al oeste. Plutarco (3) menciona un vasto continente, regido por Cronos, en el que críticos de los siglos XVI y XVII han querido ver la América (4). Diodoro

(1) De los más célebres de estos autores fue, en el siglo XVIII, Bailly, que ocupó el cargo de alcalde de París. Uno de los trabajos más recientes y más típicos es el de I. Donnelly, *Atlantis. The antediluvian World.* New-York y Londres, Harper Brothers, 1900, en 8.°

(2) Para todo lo que concierne a esta cuestion, véase Gaffarel, *Découverte de l'Amérique*, vol. I, págs. 120 y siguientes.

(3) *De facie in orbe lunae*, edic. Didot, págs. 1151-1153, párrafo 29.

(4) Hornius, *De originibus americanis*, pág. 155; Ortelius, *De orbe terrarum.*

de SICILIA (1) refiere que los fenicios descubrieron en el océano Atlántico, más allá de las Columnas de Hércules, una gran isla, situada a varios días de navegación de las costas de África. Abundaba en riquezas, el suelo era sumamente fértil, montañas, ríos y bosques cubrían los lugares no cultivados. El clima era delicioso y los árboles daban fruto en todas las estaciones. Sin duda hay que ver en esto un recuerdo debilitado del mito de la Atlántida, pero los escritores españoles del siglo XVI creyeron apercibir también una indicación de la América (2).

2.—*Navegaciones de los antiguos por Occidente.*

ESTRABÓN (3) y MACROBIO (4) hablan también de una tierra situada al oeste. Sin embargo, quizá no todo era legendario en estas indicaciones de una tierra occidental. No es seguro que los antiguos hayan conocido las islas Canarias (5), pero algunas relaciones pueden hacernos creer que fueron hacia el oeste, más allá del estrecho de Gibraltar. El *Tratado de las maravillas* nos refiere, con este motivo, un texto interesante. En él se dice que los fenicios de Gades, que navegaban al otro lado de las columnas de Hércules, fueron empujados por un viento del este y que llegaron, pasados cuatro días, a regiones desiertas, llenas de fucus, donde encontraron atunes en abundancia (6). El *Periplo de Escilax de Carianda* corrobora este aserto, diciendo que no se puede navegar más allá de Cerné, porque el mar está obstruído por fango y hierbas (7), y AVIENO (8) dice que en ciertos puntos los fucus impiden el avance de los barcos. Todo esto hace pensar en el mar de los Sargazos, y puede creerse que algunos navegantes antiguos, impulsados por los vientos huracanados del este, llegaron hasta su límite oriental. Pero el mar de los Sargazos es una región de calmas, y los navíos de los navegantes griegos o fenicios debieron detenerse allí. Habituados a la navegación costera, impedidos por la falta de viento y asustados sin duda por la naturaleza especial de aquella parte del Océano, no hubieron de seguir adelante, no pudiendo, por otra parte, presumir la distancia que habían de recorrer antes de encontrar costas a occidente.

---

(1) DIODORO DE SICILIA, V, 19-20.
(2) GAFFAREL, *Découverte de l'Amérique,* vol. I, pág. 61.
(3) *Geographica,* I, 4, párrafo 6.
(4) *Comentario del sueño de Escipión,* II, 9.
(5) GAFFAREL, *Ob. cit.,* pág. 56.
(6) *De mirabilibus auscultationibus,* edic. Didot, pág. 106.
(7) *Periplo.*
(8) *Ora maritima,* V, 403.

3.—*Objetos arrojados por las corrientes a las costas de Europa.*

La idea de la existencia del continente occidental ha podido ser mantenida por el arribo, a las costas occidentales de Europa, de objetos procedentes de América. El año 62 antes de nuestra era, fue a parar a las orillas de Germania un barco tripulado por gentes de una raza desconocida. Fueron capturados, y el rey de los suevos hizo regalo de ellos a *Metelo Celer*, procónsul en la Galia (1). Los antiguos vieron en ellos indios, es decir, gentes de la India, que habrían venido de su país contorneando el río Océano, de este a oeste. Algunos autores, desde el siglo XVI, han visto en estos náufragos americanos. LÓPEZ DE GOMARA (2) y WYTFLIET (3) decían que no podían haber venido más que del Labrador (4). Otro hecho del mismo género tuvo lugar el año 1508. Un barco francés encontró, no lejos de las islas Británicas, una embarcación tripulada por hombres de pequeña estatura, de piel bronceada y que hablaban una lengua incomprensible. Eran en número de siete. Seis de ellos murieron, pero el séptimo, un joven, sobrevivió y fue presentado al rey Luis XII, que entonces estaba en el Maine (5). No es nada imposible, en efecto, que barcos vacíos o todavía con sus tripulantes a bordo hayan venido a dar en las costas de Europa, y puede admitirse que los «indios» de Metelo Celer eran americanos (6).

---

(1) POMPONIO MELA, III, 5, VIII. PLINIO, *Historia Natural*, II, 67. La única diferencia que hay entre los dos textos, es que Pomponio Mela habla del rey de los boios y Plinio del rey de los suevos.

(2) *Historia general de las Indias*, edic. Vedia, Barcelona, 1880, pág. 162. López de Gomara reforzaba sus conclusiones con el hecho de que otros americanos habían venido a parar a las costas de Alemania, el año 1160, en el reinado de Federico Barbarroja.

(3) *Descriptionis Ptolemaicae argumentum.*

(4) El relato de este hecho se encuentra en el *Asiae Europaeque elegantissima descriptio* de SYLVIUS ÆNEAS PICCOLOMINI. Este autor dice tomar su relato de una crónica del siglo XII, la de Otón de Freisinga.

(5) Esta narración se contiene en la *Historia Venetiae* del cardenal BEMBO, libro VII, pág. 257, y la reproduce HORNIUS, *De originibus americanis*, pág. 14. Respecto a las historias de esquimales que fueron a parar a las Orcades, en 1682 y 1684, y cuyos *kayaks* se habrían conservado, en Edimburgo el uno, el otro en la iglesia de Burray, véase GAFFAREL, *Découverte de l'Amérique*, pág. 170.

(6) Se ha querido dar otra prueba de esto, bastante curiosa, pero poco firme. EGGER (*Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, 1859, págs. 83-89) describe una situla de bronce, conservada en el Museo del Louvre, en que se creía reconocer la imagen de uno de los indios de Metelo Celer. La atribución ha sido aceptada por GAFFAREL, *Découverte de l'Amérique*, I, págs. 171-172.

Sea lo que quiera, se habló, en más de una ocasión, en la antigüedad clásica, de una tierra situada a occidente. Esta creencia motivó la famosa profecía de Séneca:

Venient annis secula seris
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus
Tethysque novos detegat orbes
Nec sit terris ultima Thule (1).

§ II.—Islas legendarias, San Brandán, Brasil, Antilia, etc.

La creencia en una tierra de occidente no fue menos general en la Edad Media que en la antigüedad. Pero no fue tanto el recuerdo de las ideas profesadas por los filósofos y los literatos antiguos, como la existencia de una tradición que situaba al oeste países misteriosos, lo que ocasionó la aparición de relatos en que se hablaba de las islas de Occidente.

La literatura irlandesa, principalmente, habla de países situados en esta dirección (2). A occidente se encontraba el *Mag-Meld*, el país de la eternidad. *Condlé*, *Maelduin*, *Bran*, lo habían visitado. Los gaélicos trataron también de descubrir las tierras de Occidente y la tradición refiere que un llamado *Gafran*, hijo de *Aeddan*, hizo rumbo a las «Islas verdes de las corrientes» y que se perdió su huella (3).

Estas leyendas se perpetuaron tomando la forma cristiana. Se cuenta que *San Brandán* (en el cual hay que ver quizá un equivalente del héroe irlandés Bran) había abordado a una tierra situada al oeste de las islas Británicas y en ella había morado algún tiempo. Era un país maravilloso, donde se encontraba la entrada del Paraíso. El recuerdo se conservó durante toda la Edad Media. Todos los antiguos portulanos y mapas indican su situación. En el globo de Martín Behaim (1492), el dibujo de la isla va acompañado de esta noticia: «En el año 565 después del nacimiento de Cristo, San Brandán

(1) *Medea*, 376-380. «Algunos siglos más, y el Océano abrirá sus barreras. Una vasta comarca será descubierta, un mundo nuevo aparecerá al otro lado de los mares, y Tulé no será el límite del Universo».

(2) Véase sobre todo K. Meyer y A. Nutt, *The voyage of Bran, son of Febal*. Londres, Nutt, 1903, en 12.° Véase Arbois de Jubainville, *Cours de littérature celtique*, París, Fontemoing, volumen VIII, 1897.

(3) Owen Jones, *The Myvyrian Archaiology of Wales, collected out of ancient manuscripts*, Londres, 1801.

arribó a esta isla, que examinó maravillado. En ella permaneció siete años, y luego regresó a su país» (1).

Otras islas fueron vistas por los navegantes de la Edad

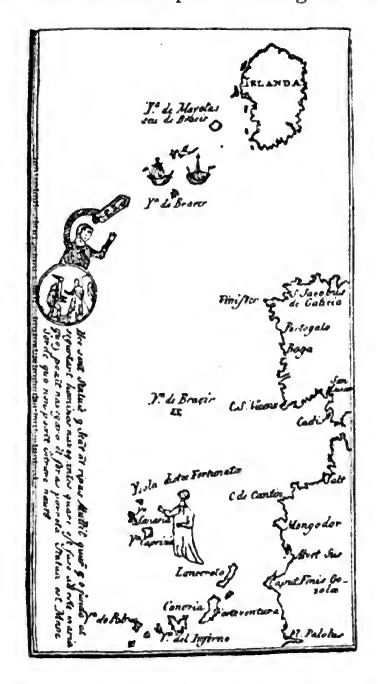


Fig. 8.ª—Fragmento del portulano de Pizigani (según R. Cronau, *América*).

Media en el océano Atlántico. Las principales son las de Brasil, Antilia y Roylo.

(1) R. Cronau, *América*, tomo I, pág. 206 de la traducción española. Aún después del descubrimiento de Colón, la isla de San Brandán figuró en los mapas. Se ve todavía en el de Ortelius (siglo XVI), más tarde desaparece enteramente del océano Atlántico para ir a refugiarse en el mar de las Indias. La creencia en que existía era tan poderosa que vemos es buscada en el mismo siglo XVIII (1721), en que D. Juan de Mur y Aguirre, capitán general de las Canarias, equipó una expe-

La primera mención de la isla de Brasil se encuentra en un mapa del Atlas Médicis, de 1351. Se halla de nuevo en el portulano de Pizigani (1367) (fig. 8), con la forma *Insula de Braçir*. Es triple, estando situada una de estas islas al norte de las Azores, las otras dos al sudoeste de Irlanda. Más tarde, el nombre aparece bajo las formas diversas de *Braxil*, *Brazylle*, *O'Brasile*. Esta última forma subsiste en el siglo XVIII, en el mapa de Jefferys (1776) (1). Como San Brandán, la isla de Brasil fue buscada. En 1480, John Jay, de Bristol, equipó una expedición que volvió sin haber obtenido resultados. Se continuó buscando, porque, en una carta fechada en 25 de julio de 1498, el embajador de España en la corte de Inglaterra, Pedro de Ayala, afirmaba que, desde hacía siete, años se habían emprendido varios viajes en busca de la isla de Brasil (2). Según KUNSTMANN (3), las islas del mapa de Pizigani representarían Madera y las Azores.

La isla de Antilia está señalada primeramente en un mapa que se encuentra en la biblioteca de Weimar y que data de 1424. La encontramos también en 1436 en el mapa de Andrea Bianco (fig. 9), luego en el globo de Martín Behaim (1492), en el que va acompañada de la noticia siguiente: «Según se cuenta, el año 734 después del nacimiento de Cristo, cuando toda España resultó conquistada por los paganos de Africa, fue poblada la isla de Antilia, llamada *Septe citade*, por un arzobispo de Porto (Portugal), acompañado de seis obispos y otros cristianos, hombres y mujeres, que escaparon de España embarcados. En el año 1414, un buque español llegó hasta esta isla» (4). La isla de Antilia fue buscada en 1486 por una expedición portuguesa.

Los mapas de Bianco, de los Pizigani, nos indican todavía otras islas situadas en el océano Atlántico: *Roycllo*, *Man Satanaxio*, *Stocafixa*, etc., que no tienen más existencia real que las anteriores. Una de estas islas, *Stocafixa*, merece sin embargo fijar nuestra atención. Figura en el mapa de Bianco y está situada en el occidente del Atlántico. Varios autores han que-

---

dición que, naturalmente, no obtuvo el menor resultado. Es que, a más de la tradición, había numerosos testimonios de los habitantes de la isla de Palma, la más occidental del grupo del norte de las Canarias, acerca de la existencia de una tierra visible en occidente, y que esta visión siguió produciéndose después de abandonadas las investigaciones. D'AVEZAC, reuniendo estos testimonios, manifestó la opinión de que la supuesta isla de San Brandán no era otra cosa que «la isla de Palma reflejada por nubes especulares amontonadas al noroeste».

(1) R. CRONAU, *América*, tomo I, pág. 206 de la edición española.

(2) R. CRONAU, *Ob. cit.*, pág. 206.

(3) *Entdeckung Amerikas*, págs. 4 y 5.

(4) R. CRONAU, *América*, tomo I, pág. 208. Este autor ve en el nombre *Antilia* una corrupción de la palabra *Atlantis*.

rido ver en ella Terranova, que ya habría sido descubierta en el siglo VII por los vascos (1).

Un antiguo cronista, Galvano, hablando de los indios que se cuenta haber recogido en Alemania en tiempo de Barbarroja, dice que debían venir de *Bacalaos*. Ahora bien, este nombre, lo mismo que *Stocafixa*, designa el bacalao, pescado que los vascos cogían en gran cantidad y que se supone haber sido tan abundante en otro tiempo como hoy en las cercanías de Terranova. Los vascos eran también famosos como balleneros, y

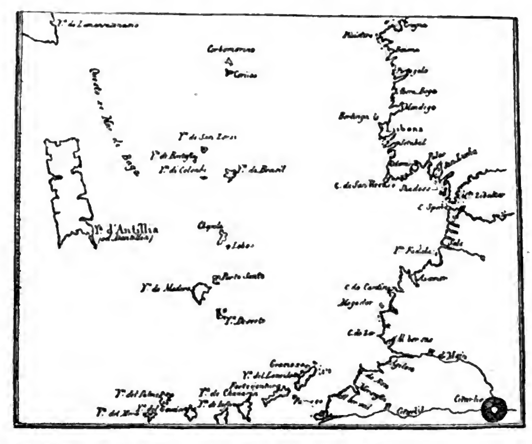


Fig. 9.ª—Fragmento del mapa de Andrea Bianco (según R. CRONAU, *América*).

la desaparición gradual de la ballena en los mares de Europa, podía haberles inducido a ir a buscarla a las costas de la América boreal. No se puede negar que el descubrimiento de una parte de las costas americanas por los vascos sea posible, pero los argumentos presentados son demasiado poco convincentes para permitir una afirmación, y puede al menos sorprendernos que, si los navarros hubieran sido tan numerosos en los mares del noroeste, los anales escandinavos no hayan hecho mención de ellos.

(1) Respecto a la cuestión del descubrimiento vasco, véase H. HARRISSE, *Histoire de la découverte de Terre-Neuve*, París, 1883; GELICCH, *Der Fischfang der Gascogner und die Entdeckung von Neu Fundland* (ZGE., vol. XVIII, 1883). Véase R. CRONAU, *América*, tomo I, págs. 181-183.

§ III.—Viajes apócrifos: los frisones, Madoc ab Owen, Gwynedd

Los relatos de viajes de la Edad Media, en que críticos modernos han querido ver descubrimientos del continente americano, son bastante numerosos. Adán de Brema nos refiere que unos nobles frisones, habiendo partido de la desembocadura del Weser, habían ido a hacer un viaje al noroeste, más lejos de las Orcades e Islandia. Cogidos por una corriente violenta, habían viajado en medio de la oscuridad y abordado a una isla, bordeada de altos acantilados. Allí vieron hombres que vivían en moradas subterráneas, delante de las cuales se veían numerosos vasos de oro y metales preciosos. Los marinos volvieron a bordo de su barco apresuradamente, perseguidos por gigantes (1). Se ve que esta descripción no ofrece carácter alguno de autenticidad.

Mucho más importante es la historia del supuesto descubrimiento del gaélico *Madoc ab Owen Gwynedd* (2). Los textos auténticos en que se trata de Madoc han sido enumerados, publicados y criticados por Th. Stephens. Son poemas de los bardos *Cynddelw* (siglo XIII), *Llywarch ab Llewellyn* (siglo XIII), *Gwalchmal* (siglo XIII) y *Meredydd ab Rhys* (siglo XV). Sólo el último de estos poemas hace alusión a las navegaciones de Madoc. Las obras en prosa comprenden triadas, probablemente del siglo XVI, recopiladas en 1601 por Th. Jones de Tregaron, y una obra de Ieuan Brechwa, anticuario de Carmarthenshire que murió por el año 1500. La triada en que se trata del viaje de Madoc, dice que se hizo al mar con 300 hombres y que se ignora el sitio a donde fueron (3). El texto de Ieuan Brechwa refiere que descubrió una tierra a occidente, muy lejos, y que luego volvió a salir de expedición con su hermano *Rhiryd*. Pero no se basa en estos textos la historia del descubrimiento por la gente gaélica, sino en una obra de Guttyn Owen, que había traducido un llamado Humphrey Llwyd, nacido en Denbigh el año 1527, traducción que reprodujeron la mayor parte de los compiladores ingleses que se han ocupado de la historia de los viajes. Purchas, Hakluyt, etc., y el Reveren-

(1) Adán de Brema, *Gesta Hammaburgensis ecclesia pontificum*, libro IV. *Descriptio Insularum aquilonis*, cap. X.

(2) Acerca del descubrimiento de Madoc, véase el excelente libro de Th. Stephens, *Madoc, an Essay on the Discovery of America by Madoc ap Owen Gwynedd in the 12.th Century*. Edic. Llywarch Reynolds. Londres, Longmans, 1893, en 8.° Véanse las historias generales de R. Cronau y Gaffarel.

(3) Stephens, *Madoc*, págs. 20-21.

do N. Owen (1) que la hizo célebre. Llwyd contaba que Madoc era hijo de Owen Gwynedd, rey del país de Gales. A la muerte de éste, repartió la tierra entre sus hermanos y viajó a occidente, donde encontró un país que presentaba muchas cosas extrañas. Este país, según Llwyd, debía ser una parte de Nueva España, o bien la Florida. Madoc volvió al país de Gales, de donde partió otra vez con buen número de colonos. Les describió la tierra que había descubierto cual si fuera mucho más grata y fértil que el reino de sus hermanos. Aquellos expedicionarios colonizaron el nuevo territorio, pero siendo muy pocos en número, se vieron obligados a adoptar las costumbres y la lengua del país (2). Desgraciadamente, jamás se ha podido descubrir el texto gaélico de Guttyn Owen con el que Llwyd habría hecho su traducción inglesa, y Stephens considera ser esta última una invención inspirada en unos pocos textos auténticos (3). Sea lo que quiera, muchos autores han querido interpretarla como la descripción de un viaje al antiguo Méjico.

Numerosos viajeros de los siglos XVII, XVIII y XIX han creído reconocer las huellas del paso de los gaélicos por América, ya en pormenores de la civilización de ciertos pueblos, ya sobre todo en las lenguas americanas. Pero sólo se trata de quimeras y este descubrimiento ya no tiene hoy defensores.

§ IV.—Viajes de los hermanos zeni

Otra cosa muy distinta ocurre con el viaje de los *Zeni* (4). Los hermanos *Nicolo* y *Antonio Zeno* vivían en Venecia, a fines del siglo XIV. Por el año de 1390, al servicio de un noble escandinavo, hicieron un viaje de los más aventurados, a Is-

(1) *British Remains, or a Collection of Antiquities, comprehending an Account ot the discovery of America by the Welsh more than 300 years before the Voyage of Columbus*, Londres, 1877, G. Bew, en 8.°

(2) Stephens, *Madoc*, págs. 27 y 28.

(3) Stephens. *Madoc*, págs. 42 y 43. Véase Cronau, *América*, I.

(4) Es considerable el número de escritos relativos al viaje de los hermanos Zeni. Véase sobre todo H. Major, *The Voyages of the Venetian brothers Antonio and Nicolo Zeno to the Northern seas in the 14.th Century*, Londres, H S., 1873, en 8.°; J. Steenstrup, *Les voyages des frères Zeni dans le Nord* (C A., 5.ª sesión, Copenhague, 1883, págs. 150-180); Irminger, *Nautical remarks about the Zeni voyages* (C A., *Ve session*, Copenhague, 1883, págs. 182-184); Nordenskjöld. *Studien och Forksningar*, Stockolm, 1884, págs. 1-62; G. Storm, *Om Zeniernes rejser (Norske geografiske Selskabs Aarbog*, Kristiania, 1891); F. W. Lucas, *The Annals of the voyages of the brothers Nic. and Ant. Zeno*, Londres, 1898.

landia y otros diversos lugares que llamaron *Frisland, Estland, Estotiland*. En el curso de este viaje, Antonio escribió el relato de sus aventuras y lo envió, en forma de carta, a su hermano *Carlo*, que por aquella época era persona importante en Venecia. Esta carta se conservó mucho tiempo en los archivos de la familia, pero sólo en 1515 atrajo la atención de Nicolo Zeno el joven. Este publicó la Memoria, el año 1558, en Venecia (1). He aquí, resumido, lo que contiene.

Nicolo Zeno partió de Venecia el año 1380, pasó el estrecho de Gibraltar, con la intención de visitar Flandes, y fue empujado por una tempestad a una isla llamada *Frislandia*. Allí reinaba un príncipe llamado *Zichmni*, que se interesó por Nicolo Zeno y le dió el mando de una flota de trece navíos, con la que el veneciano hizo rumbo a occidente, viendo varias islas pequeñas, todas dependientes de Frislandia.

Volvió a la capital de este último país y escribió a Venecia a su hermano Antonio, el cual se le unió. Fue bien acogido por Zichmni, que le confió una flota, con la cual fue a descubrir tierras nuevas. En el norte de la Frislandia encontró las islas de *Grislandia, Talas, Broas, Iscant, Traus, Mimant, Damberg* y *Bres*, que conquistó por cuenta del príncipe de Frislandia. Por el contrario, fracasó un ataque contra Islandia.

En el mes de julio, Nicolo Zeno partió a occidente, con tres barcos, y llegó a *Engrouelant*. Allí encontró un convento, colocado bajo la advocación de Santo Tomás, cerca de un volcán del cual salía una fuente de agua hirviente, canalizada y utilizada por los religiosos para la cocina, la calefacción de la iglesia, del dormitorio y del refectorio, y también para el cultivo en invernadero de flores y frutas. Alrededor del convento vivía una población bastante considerable, que habitaba casas excavadas en la ladera de la montaña. Eran de forma redonda y tenían 25 pies de diámetro. La luz venía de lo alto, por una pequeña abertura. En verano acudían barcos de las islas vecinas y de Trondhjem, en Noruega, a llevar a los monjes combustible, madera de construcción y telas. Se llevaban pieles y pescado seco. Los monjes eran originarios de Suecia y de Noruega. Los navegantes observaron que los barcos de los indígenas eran de forma de lanzadera y estaban hechos con pieles de animales tendidas sobre una armazón de huesos.

Nicolo Zeno cayó enfermo en Frislandia y murió, pero Antonio, de vuelta del Engrouelant, se quedó al servicio de Zichmni. Este deseaba conquistar un país situado a más de

---

(1) *Dei commentarii del viaggio in Persia de M. Caterino Zeno il K.... et dello scoprimento dell'Isole Frislanda, Eslanda, Engrouelanda, Estotilanda e Icaria fatta sotto il pole artico, da due fratelli Zeni, M. Nicolo il K. e M. Antonio, con un designo particolare di tutte le dette parte di Tramontana da lor scoperte.* In Venetia, per Francesco Marcoliin, MDLVIII.

1.000 millas a occidente y llamado *Estotilandia*, donde un barco de pesca había sido arrojado veintiséis años antes. Los seis hombres que lo tripulaban, hechos prisioneros por los indígenas, permanecieron allí cinco años. Uno de los prisioneros visitó la isla, que halló ser tan grande como Frislandia, pero más fértil y rica. Los habitantes eran diestros y conocían toda clase de industrias. Debían haber tenido en otro tiempo relaciones con los europeos, porque la biblioteca de su rey contenía obras escritas en latín, que ninguno de los naturales podía entender ya. Los naturales de la Estotilandia tenían, por otra parte, su lengua y su escritura propias. Conocían todos los metales y poseían mucho oro. Cultivaban los cereales, con los que se hacían una bebida. Las casas tenían fachada de piedra y las aldeas eran numerosas.

Al cabo de cinco años, los prisioneros pasaron a una tierra llamada *Drogeo*, situada al sur de la Estotilandia, que estaba habitada por salvajes de gran estatura, que iban completamente desnudos y eran batalladores y antropófagos. Fueron muertos por aquellos salvajes, excepto un pescador que se atrajo su benevolencia enseñándoles a pescar con red. Al sudoeste vivían gentes más civilizadas, que poseían ciudades y templos en que eran sacrificadas víctimas humanas, y que conocían un tanto el uso del oro y de la plata. El pescador frislandés pasó trece años en Drogeo, luego pudo escapar a Estotilandia y de allí pasó a Frislandia.

Zichmni partió, pues, en busca de la Estotilandia, acompañado de Antonio Zeno. Su flota fue cogida por una tempestad que duró ocho días, pasada la cual llegó a una isla llamada *Icaria*, cuyos habitantes no quisieron dejarle desembarcar. Supo, no obstante, por un intérprete de aquel país que hablaba un poco de islandés, que el primer rey de Icaria descendía de *Dédalo* y había venido de Escocia.

Zichmni dió la vuelta al país sin poder desembarcar. Hízose otra vez a la vela, impulsado durante seis días por un viento de occidente, luego durante cuatro por un viento del sudoeste. Llegó a una extensa rada en donde se veía una montaña a lo lejos. Cien hombres con armas fueron enviados a reconocer el país. Volvieron al cabo de ocho días, habiendo descubierto, al pie de la montaña, una gran hoguera. Habían apercibido también hombres de reducida estatura, medio salvajes y tan asustadizos que, a la vista de los europeos, habían huído a esconderse en las cavernas que les servían de habitación. Parte de la tripulación quedó en aquel lugar para invernar, con Zichmni, mientras el resto volvía a Frislandia con Antonio Zeno. El viaje de vuelta duró veintitrés días.

En otra carta, el veneciano habría hablado, créese, de la colonia que Zichmni había fundado en aquel país remoto, y habría anunciado que preparaba un libro en el que describiría con más pormenor las peripecias de sus viajes. Antonio Zeno

abandonó a Zichmni y volvió a Venecia en 1405, pero estaba agotado por las fatigas y murió poco después de su vuelta, no pudiendo poner en ejecución su proyecto.

Existen pocas cuestiones geográficas que hayan motivado investigaciones tan numerosas como la relación de los hermanos Zeno y que hayan sido objeto de controversias tan ardientes. Muchos autores se han pronunciado contra la autenticidad de los hechos referidos, pero varios sabios modernos, MAJOR (1) sobre todo y NORDENSKIÖLD (2), creen en la sinceridad del relato. Nordenskiöld, en particular, no duda que la relación del pescador frislandés, citado por Zeno, contenga el relato, relativamente fiel, de un viaje a Terranova, al Canadá y a la parte norte del territorio de los Estados Unidos.

La cuestión se discute todavía en los actuales momentos. Haremos notar que, aun cuando los hechos referidos no fueran criticables, sigue cerniéndose una justa sospecha sobre la fecha de la primera redacción de una obra que apareció en 1558, mucho tiempo después de que Cabot y Corte Real hubieron descubierto Terranova y de que Roberval hubo desembarcado en el Canadá. La cuestión que provoca la obra de Nicolo Zeno el joven no es tanto la de la autenticidad de los hechos referidos como aquella otra, más importante, de la época en que estos distintos documentos fueron reunidos. En tanto no se resuelva esta cuestión, el nombre de los hermanos Zeno no podrá, en opinión nuestra, figurar entre los de los descubridores precolombianos.

§ V.—VIAJES DE LOS PORTUGUESES Y DE LOS FRANCESES EN EL SIGLO XV

A fines del siglo XV, se habla de diversos viajes, que se nos presentan de una manera aceptable y que muchos autores (3) han creído haber tenido lugar verdaderamente.

El más importante de estos viajes es el de *João Vaz Corte Real*, que en 1467 ó 1474 habría descubierto Terranova. Este João Vaz Corte Real era padre de Gaspar, que abordó a esta isla en 1500. El texto que sirve de base es un pasaje de la *Historia Insulana* (de las islas Azores) del P. CORDEYRO, que no escribió su obra hasta principios del siglo XVIII. CORDEYRO dice haber recogido su afirmación del capítulo IX del libro IV

(1) *Voyages of the Venetian brothers Zeno.*
(2) *Studien och Forskningar.*
(3) CRONAU entre otros. Respecto a toda esta cuestión véase H. HARRISSE, *Les Corte Real.* París, 1883, págs. 25-26.

de las *Saudades da Terra* del Dr. GASPAR FRUCTUOSO, obra todavía inédita en dicha época (1). Dice que *João Vaz Corte Real* y *Alvaro Homem*, llegando del País del bacalao, que por orden del rey de Portugal habían ido a descubrir, desembarcaron en Terceira. HARRISSE se admira, con justa razón, de que un hecho de esta importancia no se encuentre referido por ninguno de los cronistas portugueses del siglo XVI (García de Resende, Antonio Galvam, Damião de Goes), que hablan con frecuencia, ya de Gaspar Corte Real, ya de su padre João Vaz. Además, Martín Behaim, el célebre geógrafo, era cuñado del yerno de João Vaz Corte Real y debía conocer, consiguientemente, los descubrimientos de éste. En su globo (1492), en que las posesiones de los portugueses y sus descubrimientos marítimos aparecen claramente señalados, donde se indican los sitios de procedencia del bacalao *(stokfisch)* (Islandia), no hay indicación alguna de que los portugueses hubieran hecho descubrimientos al oeste (2).

De los documentos presentados, HARRISE deduce no poderse lograr la prueba de que João Vaz Corte Real haya descubierto Terranova, y que ni siquiera puede verse una indicación de que realmente hubiera emprendido expedición alguna hacia el Nuevo Mundo.

Los supuestos viajes del polaco Juan de Kolno (1476), del diepense Jean Cousin (1488), de João Ramalho (1490) no merecen fijar nuestra atención (3), como tampoco el que se atribuye a Martín Behaim en 1493.

En resumen, ningún texto de la Edad Media nos da la prueba segura de que hayan abordado gentes de Europa al continente americano. Había, sí, una creencia vaga en la existencia de tierras a occidente, pero no se habló nunca, de una manera positiva, de un continente. El análisis de las razones que determinaron el viaje de Colón muestra, por otra parte, que el gran genovés no se basó en el recuerdo de descubrimientos anteriores.

Entre la ruina de los establecimientos escandinavos de Groenlandia y el descubrimiento de 1492, puede decirse que estuvieron interrumpidas las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Mundo.

---

(1) Páginas 250-311. Véase el texto en HARRISSE, *Ob. cit.*
(2) HARRISSE, *Ob. cit.*, págs. 29-30.
(3) Véase, acerca de estos supuestos descubrimientos, R. CRONAU, *América*, págs. 183-186 del tomo I de la traducción española.

4



Fig. 10.—Retrato de Cristóbal Colón (según Antonio del Rincón).

CAPÍTULO IV

Descubrimiento y viajes de Cristóbal Colón.

SUMARIO: I. Vida de Cristóbal Colón antes de su partida para América.—II. Primer viaje.—III. Segundo viaje.—IV. Tercer viaje.—IV. Cuarto viaje y muerte de Colón.

§ I.—VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN ANTES DE SU PARTIDA PARA AMÉRICA

Cristóbal Colón nació en Génova, el año 1451 (1), siendo hijo de Domenico Colombo, que ejercía la profesión de tejedor, y de Susana Fontanarossa. Recibió una instrucción muy sumaria y ejerció durante algún tiempo el oficio de su padre (2).

Se saben pocas cosas positivas acerca de su estancia en Ita-

---

(1) FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, HUMBOLDT, WASHINGTON IRVING, han admitido que la fecha de nacimiento de Colón era 1436, y a esta fecha parece adherirse también FISKE. MAJOR, D'AVEZAC y HARRISSE aceptan la fecha de 1446. Pero M. VIGNAUD, apoyándose en documentos notariales en que Colón aparece mencionado en diversas épocas de su vida, ha probado que la fecha del nacimiento debe colocarse en el mes de septiembre u octubre de 1451 (*Etudes critiques sur la vie de Colomb*, París, 1905, págs. 213-282). Del mismo autor: *Proof that Colombus was born in 1451, a new document,* en *American historical Review*, vol. XII, 1907, págs. 270-279). En cuanto al lugar de nacimiento, Fernando Colón en su testamento y el mismo Cristóbal en diversas ocasiones, designan claramente Génova (VIGNAUD, *Études critiques*, págs. 269-272). Respecto a las diversas localidades que reclaman la gloria de haber sido la cuna del descubridor de América (Cuccaro, Cogoleto, Savona, Nervi, Córcega, etcétera), véase VIGNAUD, *Ob. cit.*, págs. 217-222.

En 1476 emprende un viaje a Inglaterra, en un navío mercante genovés que formaba parte de una escuadrilla que fue atacada y en parte destruída por Guillermo de Casanova. Obligado a refugiarse en Lisboa, de donde partió el mismo año y efectuó el viaje proyectado, volvió a dicha ciudad, estableciéndose y contrayendo matrimonio en ella, el año 1479 ó 1480, con Felipa Moniz Perestrello.

(2) HARRISSE. *Cristophe Colomb*, vol. I. Dos autores genoveses antiguos nos habían afirmado ya que era de humilde condición: «*vilibus ortus parentibus*» (GIUSTINIANI, *Psalterium Hebraeum*, Géno-

lia; pero todo inclina a creer que permaneció en Génova o en Savona, en calidad de tejedor, hasta el 7 de agosto de 1473 por lo menos, porque encontramos su nombre mencionado en un documento público de esta fecha (1).

Se admite generalmente que en 1474 el rey Alfonso V de Portugal habría pedido al célebre astrónomo y cosmógrafo Paolo del Pozzo di Toscanelli (2), por mediación del canónigo Fernam Martins, agregado en la corte de Lisboa, su opinión acerca del camino más corto para llegar a las Indias por mar. El astrónomo florentino habría respondido, el 25 de junio de 1474, en una carta acompañada de un mapa. Colón, que había oído hablar de aquella correspondencia, se dirigió en 1481 a Toscanelli, quien se supone le envió copia de la carta dirigida a Martins.

En ella, Toscanelli proponía buscar el camino de las Indias por occidente. Apoyándose en los hechos referidos por Marco Polo, mostraba cuán ventajoso sería para Portugal entrar en relación con países tan ricos. La navegación para llegar a las Indias no debía ser muy larga. En efecto, desde la ciudad de Lisboa a la de Quinsay, en el Catay, no había, según indicaba el mapa que venía con la carta, más que 26 espacios de 250 millas cada uno (3) (fig. 11).

---

va, 1516, en folio, notas marginales al Psalmo XIX; *da gnobili parenti*» (SALINERIO, *Annotationes Julij Salinerij Sauonensis ad Cornelium Tacitum*, Génova, 1602), pero la mayor parte de los autores prefirieron seguir a LAS CASAS y las *Historie*, que asignaban a Colón un origen noble. Véase respecto al particular VIGNAUD, *Études critiques*, págs. 101-119).

(1) HARRISSE, vol. I., págs 241-254. Quizá, no obstante, hay que dar crédito a LAS CASAS y a BERNÁLDEZ, que nos dicen que Cristóbal Colón vendió mapas en Génova.

(2) La cuestion de las relaciones de Cristóbal Colón con Toscanelli ha sido tratada en más de un momento, primero en las historias generales ya citadas, luego en trabajos particulares. Véase D'AVEZAC, *Toscanelli*, París, 1893, en 8.°; H. HARRISSE, *Christophe Colomb et Toscanelli*, París, 1893, en 8.°; MARKHAM, *The Journal of Columbus*. Londres, 1893, en 8.°; UZIELLI, *La vita e i tempi di P. Toscanelli (Raccolta Colombiana*, vol. V. Roma, 1895); ID., *Paolo Toscanelli iniziatore della scoperta d'America*. Florencia, 1892, en 12.°; ID., *Della grandezza della Terra secondo Paolo Toscanelli (Bolettino della Società Italiana da Geographia*, 1893, Roma); H. VIGNAUD, *La lettre et la carte de Toscanelli*, París, Leroux, 1901, 317 págs., en 8.° (Obra de la mayor importancia, en que el autor deduce la no existencia de relaciones entre Colón y Toscanelli). Véase, del mismo autor, *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb*, vol. I, págs. 89-301.

(3) Se encontrarán dos excelentes traducciones francesas de este texto latino, una en HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, págs. 381-384, la otra en VIGNAUD, *La lettre et la carte de Toscanelli*, apéndice. Hay también tres buenas traducciones inglesas: FISKE, *The discovery of America*, vol. I, págs. 356 y siguientes; PAYNE, *History of the New World caled America*, Londres, 1892, vol. I, págs. 102-108, y MARKHAM, *The Journal of Ch. Columbus*, Londres, 1893, págs. 3-9.

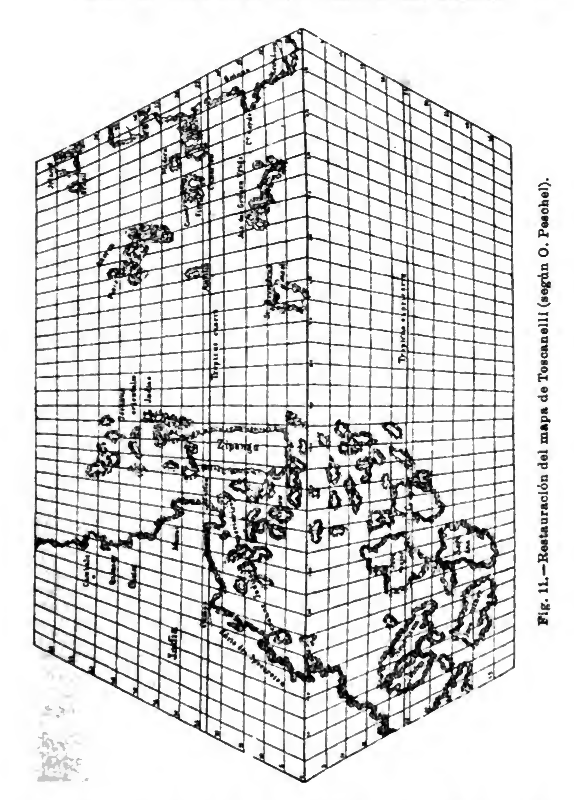


Fig. 11.—Restauración del mapa de Toscanelli (según O. Peschel).

Desgraciadamente, no se ha podido encontrar el mapa que Toscanelli había unido a su carta y ha sido preciso restaurarlo según los datos que figuran en la epístola a Martins, ayudándose de otros mapas de la época (1). El problema más difícil

(1) La restauración más conocida es la de O. Peschel, *Das Ausland*, 1867. Ha sido reproducida por Winsor, *Narrative and critical History of America*, vol. II, pág. 103; por Fiske, *The discovery of America*, vol. I, pág. 356, y por C. Markham, *Journal of Ch. Columbus*. Ha inspirado las restauraciones de Vivien de Saint-Martin,

fue determinar las distancias entre los «espacios» mencionados por Toscanelli, porque la milla no tenía entonces valor bien determinado (1).

Sea lo que quiera, tendríamos con esto la prueba de que en 1481 Colón se ocupaba ya de buscar las tierras occidentales. ¿Dónde había concebido la idea? La cosa permanece bastante oscura. No obstante, sabemos que tenía entre manos una obra en que se consideraba posible el viaje al Catay por el oeste (2). La carta de Toscanelli habría venido a confirmar esta creencia. Por otra parte, un conjunto de hechos distintos habría podido también determinar a Colón para emprender aquella navegación lejana. LAS CASAS (3) nos dice que el ilustre genovés había recopilado una serie de datos concernientes a las tierras situadas al otro lado del Atlántico. No queda de este opúsculo, hecho probablemente después de 1486, más que algunos trozos, que nos han sido conservados por LAS CASAS y las *Historie* (4).

Ciertos autores han supuesto que había tenido noticia del descubrimiento escandinavo. Se basan en lo que dice Colón, que en 1477 habría estado en una isla situada a cien leguas más allá de Thulé (5). Pero FISKE (7) y G. STORM (6) han demostrado que, aun cuando Colón hubiera entendido hacer una alusión a la Vinlandia en su viaje al norte, no habría podido probablemente referirla a su verdadero objeto, y que, además, el recuerdo de la Vinlandia se había extinguido en el siglo XV.

Otra circunstancia atrajo también la atención de los histo-

Histoire de la Géographie. París, 1875, Atlas, núm. IX, y de KRETSCHMER, *Die Entdeckung Amerikas*, núm. VII, 1. M. UZIELLI ha intentado por su parte una restauración (*Toscanelli*, IX) que como la de Peschel se basa principalmente en los datos proporcionados por el globo de Behaim. H. WAGNER, *Die Reconstruction der Toscanelli Karte von J. 1474 (Nachrichten von der Königl. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen,* 1894, núm. 3), ha hecho otra restauración, muy esmerada, conforme solamente con las indicaciones de la carta.

(1) Véanse en VIGNAUD, *La lettre de Toscanelli*, pág. 205, las diversas interpretaciones.

(2) Este libro es un ejemplar de la *Imago mundi*, publicada de 1480 a 1487 por el Cardenal Pedro de Ailly, que se encuentra en la Biblioteca colombina, anotada de mano del descubridor de América. La *Imago mundi* contenía pasajes de autores antiguos relativos a la distancia que había entre las costas de España y las de Asia (véase VIGNAUD, *Histoire critique*, vol. I, págs. 96-99).

(3) *Historia de las Indias*, tomo I, pág. 97.

(4) Las tentativas a que alude Colón son las hechas por diversos navegantes portugueses al occidente de las Azores o de la isla de Madera, ya en busca de las islas fantásticas de Antilia y de Brasil, ya para descubrir tierras nuevas.

(5) *Historie*, cap. IV; LAS CASAS, *Historia*, tomo I, pág. 48.

(6) *Discovery*, págs. 385-387.

(7) En Aa, 1887, O., tomo II, pág. 301. Véase VIGNAUD, *Essai critique*, págs. 386-389.

riadores (1). LAS CASAS (2), GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO (3), GARCILASO DE LA VEGA (4), LÓPEZ DE GOMARA (5) cuentan que un marino de Huelva, que Garcilaso llama Alfonso Sánchez, habría partido de España de viaje para Inglaterra. Empujado por un viento del este que duró de ventiocho a veintinueve días, fue llevado a una isla desconocida hasta entonces (6). El piloto notó con cuidado la posición de aquella isla y se hizo de nuevo a la vela. Al regreso murieron muchas gentes de la tripulación, y los pocos supervivientes llegaron al fin a la isla de Madera, donde sucumbieron. Sánchez vivió más tiempo y murió en la casa de Colón, al cual habría comunicado indicaciones acerca de la comarca occidental que había visitado a su pesar. La mayor parte de los autores han rechazado esta historia (7). Pero, sea lo que quiera, la idea de la existencia de tierras a occidente estaba «en el aire ambiente» desde hacía mucho tiempo, y el deseo que había de descubrir el camino más corto para llegar a las Indias mayores, unido a la inexactitud de los conocimientos acerca del globo terrestre, debía necesariamente suscitar expediciones al océano Atlántico, más allá de las Azores y de las islas de Madera. Colón, ya deba sus ideas a Toscanelli o a Alfonso Sánchez, poseía ciertamente, por el año 1483, un plan metódico para la exploración marítima de aquella región desconocida del globo, y aun admitiendo que informes verbales le hayan confirmado la posibilidad de llegar a las tierras de occidente por mar, no por eso deja de ser «el organizador» del descubrimiento.

La creencia que tenía en la excelencia de su plan se nos demuestra por la tenacidad con que persiguió los medios de su ejecución. En 1484, hizo una primera gestión cerca del rey de Portugal João II, no obteniendo resultado alguno (8).

---

(1) Acerca de todo lo relativo a la información hecha por un piloto vizcaíno o andaluz, véase VIGNAUD, *La lettre et la carte de Toscanelli*, págs. 112-141, que deduce una parte de sus argumentos de la autenticidad que atribuye a esta historia.

(2) *Historia de las Indias*, vol. I, págs. 103-104.

(3) *Historia general de las Indias*, Madrid, 1851, tomo I, páginas 13-18.

(4) *Comentarios reales del Inca*. Primera parte. Lisboa, 1609. Libro I, cap. III.

(5) *Historia de las Indias*, edic. Vedia. Madrid, 1852, pág. 165.

(6) LAS CASAS dice que abordó a La Española (Santo Domingo).

(7) Por ejemplo: W. IRVING, *Life of Columbus*, tomo IV, apéndice XI; HARRISSE, *Christophe Colomb*, tomo I, pág. 106 y págs. 297 y 298; GAFFAREL, *Histoire de la découverte de l'Amérique*, tomo I, págs. 49-52. Por el contrario, la mayor parte de los autores españoles y portugueses han admitido su autenticidad, así como M. VIGNAUD.

(8) JOÃO BARROS (*Decada primeira da Asia*, Lisboa, 1752, libro III, cap. XI) dice solamente que Colón fue considerado como hombre muy fantástico e imaginativo y que a sus proyectos se dió poco crédito.

Le encontramos al servicio de los soberanos de España, Fernando e Isabel, el 20 de enero de 1486 (1). Como la Corte estuviera en Córdoba, Colón se avistó con Alonso de Quintanilla, contador de Isabel, que refirió los proyectos del navegante a Hernando de Talavera, confesor de la reina. Hernando de Talavera sometió la cuestión a una reunión de sabios, que ridiculizaron el caso.

En 1487, de vuelta de un viaje a Portugal, Colón entró en el servicio de las armas y combatió valientemente contra los moros. En el curso de la campaña, logró captarse la estimación del duque de Medinaceli, al cual confió sus proyectos. El duque le animó y vemos a Colón instalado en su castillo hasta el otoño de 1491. Quiso aquel magnate equipar dos o tres carabelas para intentar la empresa, pero la reina Isabel negó la licencia necesaria para ello. Rechazado una vez más, Colón anduvo errante por España. Logró interesar en su suerte al prior del convento de La Rábida, Juan Pérez, que había sido en otro tiempo confesor de la reina, y que trató de sus ideas con García Fernández, médico de Palos, un tanto versado en cosmografía, y con Martín Alonso Pinzón, marino. Pinzón manifestó que el proyecto expuesto por el genovés le parecía realizable y que estaba dispuesto, por su parte, a tentar la suerte (2). Juan Pérez se dirigió entonces a la reina, que envió a Colón una suma de 20.000 maravedises y le avisó que deseaba verle en Granada. El futuro descubridor de América fue a esta ciudad, donde se le recibió bien, pero su marcha fue diferida aún.

Por último, gracias a la insistencia de Luis de Santangel, uno de los contadores del reino, se llegó a un acuerdo y se convino: 1.°, que Colón y sus herederos tendrían el título de almirante de todas las islas o tierras descubiertas; 2.°, que sería virrey y gobernador general de todos estos territorios, con privilegio de nombrar gobernadores; 3.°, que percibiría el diezmo de la venta de mercancías valiosas procedentes de los dichos países; 4.°, que aportaría la octava parte de las sumas necesarias para organizar la expedición y recibiría igual parte de los beneficios (3).

Colón reunió prontamente la octava parte que debía apor-

---

(1) Se ha supuesto que en esta época hizo proposiciones a la República de Génova y al Senado de Venecia. Estas proposiciones son de lo más dudoso y se fundan en dichos de los historiadores italianos del siglo XVIII. Lo mismo ocurre con proposiciones hechas a Inglaterra y a Francia, aun cuando las admita HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, págs. 330-332.

(2) W. IRVING, *Life of Colombus*, vol. I, pág. 128; HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, págs. 364-372, y sobre todo FISKE, *Discovery*, vol. I, nota de las págs. 411-413. VIGNAUD, *Histoire critique*, vol. I, págs. 493 y siguientes, vol. II, págs. 9 y siguientes.

(3) FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes...*, tomo II, pág. 7.

tar y Castilla dió el resto (1). El contrato reconociendo los derechos de Colón fue firmado el 17 de abril de 1492. El genovés, a fuerza de obstinación y de energía, había podido vencer los obstáculos, aparentemente insuperables, que abundaban en su camino.

§ II.—Primer viaje

La orden de preparar la expedición fue dada el 30 de abril de 1492, pero hasta el 30 de mayo no se declararon dispuestas las autoridades de Palos a obedecer el Real mandato y sólo después de una intimación de fecha 20 de junio lo ejecutaron (2). Sobrevino entonces otra dificultad: imposible reclutar la tripulación, nadie quería embarcarse en navíos que debían partir para lo desconocido. Martín Pinzón y sus hermanos fueron entonces una gran ayuda para el genovés, y, a fuerza de persuasión, diciendo que quedarían perdonadas ciertas deudas, como asímismo determinadas penas, la municipalidad de Palos pudo lograr reunir la gente que había de componer la expedición. Comprendió estas tres carabelas: la mayor, llamada la *Santa María (Historie)*, la *Marigalante (C. G. Xalmiento*, en Navarrete, III, pág. 572) o simplemente la *Capitana*, tripulada por Cristóbal Colón y perteneciente a Juan de la Cosa; la segunda, que era la más velera, la *Pinta;* la más pequeña, la *Niña*. La tripulación comprendía ciento veinte hombres, entre marinos y hombres de tierra (3), casi todos castellanos y aragoneses.

El viernes 3 de agosto de 1492, a las ocho de la mañana, Colón salió de la barra de Saltes, en la desembocadura del Odiel y del Tinto, frente a Huelva. Apenas en alta mar, el timón de la *Pinta* se desprendió, créese que a consecuencia de manejos de sus dos dueños, que se hallaban a bordo y querían volver a España. Hecha la reparación en la Gran Canaria, se puso la proa resueltamente al oeste, el 8 de septiembre.

En la noche del jueves 11 al viernes 12 de octubre, a las

(1) Una versión romántica, contenida en las *Historie*, dice que la reina Isabel empeñó sus alhajas para proveer a los gastos de la expedición. Harrisse, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 392, ha demostrado la falsedad de esta historia.

(2) Harrisse, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 405.

(3) Las Casas *(Historia*, tomo I, pág. 260) y las *Historie* hablan de 90 hombres. Es la cifra que se ha encontrado también en el epitafio de Fernando Colón en la catedral de Sevilla. Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo dan la cifra de 120. M. Vignaud ha encontrado y publicado los nombres de 103 individuos de la tripulación *(Histoire critique*, vol. II, apéndice II, páginas 526-532).

diez, Colón creyó apercibir, al sudoeste, una luz vacilante. A las dos de la mañana, un marino llamado Juan Rodríguez Bermejo, de la tripulación de la *Pinta*, vió muy claramente tierra. La expedición colombina había partido treinta y tres días antes de las Canarias (1).

Al amanecer, Colón bajó a tierra con parte de los tripulantes. Vieron gran número de indígenas, hombres, mujeres y niños, completamente desnudos, de piel color canela. Colón (2) llamó a la isla en que se encontraban *San Salvador*. Dice que los indígenas la llamaban *Guanahani* (3).

Colón hizo una exploración durante ocho días al este de las Bahamas, visitó cuatro islas, que llamó *Santa María de la Concepción*, *Fernandina*, *Isabela* y *Juana* (4), y quedó convencido de que estaba en el océano que baña las costas orientales del Catay, que Marco Polo decía estar lleno de millares de islas de especias. Continuando sus exploraciones, Colón se encontró el 28 de octubre de 1492 en la costa de Cuba. El mismo día remontó un río, que era quizá el río Máximo. Envió para hacer un reconocimiento a dos hombres que había embarcado con objeto de que le sirvieran de intérpretes (5). Aquellos hombres encontraron poblados florecientes y campos en que se cultivaban plantas desconocidas; pero no vieron huellas de árboles de especias ni objetos de oro. El almirante bordeó entonces la costa oriental de Cuba y llegó el 6 de diciembre a la *Española* o Hispaniola (Santo Domingo). Le había precedido

---

(1) La fecha 12 de octubre es «antigua». Modernamente vendría a ser 21 de octubre.

(2) Ms. de Simancas, en FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes...*, vol. I, págs. 170 y siguientes. Véase HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 420.

(3) Se ha discutido mucho y no se ha podido determinar ciertamente de qué isla se trata. Se sabe que es una de las Bahamas, pero las opiniones difieren mucho sobre cuál de ellas. PESCHEL, MAJOR, PIETSCHMANN creen ser la isla Watling; W. IRVING, HUMBOLDT, R. CRONAU, la Cat's Island o San Salvador; VARNAGEN, la isla Mayaguana; NAVARRETE, la Gran Salina, una de las islas turcas; FOX, HARRISSE y FISKE, Atwood Key o Acklin Island (véase esta discusión en HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, págs. 441-454). Harrisse dice que todas las opiniones emitidas son sostenibles, pero que se basan todas en datos inciertos. La del cap. G. FOX, *An attempt to solve the Problem of the first Landing place of Colombus in the New World (United States Coast and Geodetic Survey, Report for 1880*, Apéndice XVIII, Washington, 1882) le parece la más aceptable. Lo mismo opina FISKE, *Discovery of America*, vol. I, pág. 433.

(4) *Carta de Colón. Mss. de Simancas* (en FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Colección de los viajes....*, tomo I, pág. 171).

(5) El uno se llamaba Rodrigo de Jerez. El otro, judío converso de Murcia, se llamaba Luis de Torres. El almirante le había embarcado a causa de su conocimiento del hebreo, del caldeo y del árabe, pensando le sirviera de intérprete cerca del Gran Jau (HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 437, nota 10).

en el descubrimiento de esta isla, Martín Alonso Pinzón, que había partido subrepticiamente, el 21 de noviembre, con la esperanza de hallar él también nuevas tierras, y que había descubierto la *Española* la semana anterior. Había tomado tierra en Puerto Cabello y se había reembarcado después de haber recogido un poco de oro (fig. 12).

Colón llamó a la parte de Santo Domingo donde desembarcó el 6 de diciembre Puerto de San Nicolás. Siguió su exploración, pasó al sur de la isla Tortuga y en ella se detuvo el 17, luego volvió a navegar. Por desgracia, las corrientes arrastraron a la carabela capitana, que fue a estrellarse contra los escollos, en las proximidades del cabo Haitiano, la víspera de Navidad. Fue imposible poner a flote el barco, y Colón, desalentado, embarcó en la *Niña* con intención de volver a España. Como no podían ir todos los marinos en un barco tan pequeño, se construyó en tierra un fuerte de madera, que se llamó la *Navidad*, en el que se amontonaron cuarenta hombres mandados por tres oficiales, el principal de los cuales era Diego (o Rodrigo) de Arana. Aquellos hombres debían permanecer allí hasta la vuelta del almirante y reunir todo el oro posi-



Fig. 12. – Una galera y su embarcación (según Carolus Verardus).

ble. El 4 de enero, la *Niña* hizo rumbo a occidente, remontando la costa de la Española. El 6 de enero de 1493, Colón volvió a ver a Alonso Pinzón, que quince días más tarde le abandonó de nuevo para intentar ser el primero que llegase a España con la noticia del descubrimiento (1).

El 16 de enero emprendió la busca de una isla habitada, creía él, por amazonas, y que no pudo descubrir. Aprovechando una brisa favorable, se decidió a volver a España. Como los alisios no soplaran en aquella época del año, la nave de Colón hizo la travesía sin detenerse y el almirante llegó el 10 de febrero cerca de las Azores, donde fue presa durante cuatro días de terrible tempestad, durante lo cual creyó que su barco iba a perecer con tripulación y cuanto llevaba. El 15 de febrero, la *Niña* estaba a la vista de Santa María, una de las Azores. Colón entró en este puerto el 18, luego hizo rumbo a Portugal. Llegó, el 4 de marzo de 1493, a la desembocadura del Tajo, fondeadero de Cascaes, desde donde escribió al rey de Portugal. El 8, el rey Juan le respondió y el 9 le recibió en Valparaíso, cerca de Lisboa.

Se hizo de nuevo al mar el 13, y después de dos días de navegación pasó la barra de Saltes y desembarcó el 15 de marzo «a la hora de mediodía, en el lugar mismo donde se había embarcado siete meses y doce días antes» (2).

Colón fue a unirse con la Corte en Barcelona. Fue recibido por los soberanos, a los cuales mostró las riquezas que traía: plumas de aves, hierbas que creía ser especias de las Indias orientales, algunas perlas y un poco de oro (3). Fue un desengaño la poca cantidad de oro que traía, BERNÁLDEZ dice: «Como los gastos eran tan grandes y el producto de tan poca monta, se sospechó que no había oro en el Nuevo Mundo» (4). Sea lo que quiera, la certeza de la existencia de tierras a occidente iba a facilitar el que se emprendiera una segunda expedición.

§ III.—SEGUNDO VIAJE

Desde el mes de abril de 1493, Fernando e Isabel se ocuparon de organizar los servicios administrativos exigidos por el descubrimiento de las nuevas tierras. Se creó un Consejo de

---

(1) Acerca de la llegada de Pinzón a España y su muerte, pocos días después de la vuelta de Colón, véase HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 415, nota 1.

(2) H. HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I, pág. 416.

(3) W. IRVING se engaña cuando dice que llamó a los países descubiertos «Indias occidentales» *(Life of Columbus*, vol. I, página 133).

(4) Véase FISKE, *Discovery*, vol. I, pág. 444, nota 2.

Indias, al frente del cual se puso al arcediano de Sevilla Juan Rodríguez de Fonseca (1), se creó también en Sevilla una aduana de las Indias, y hubo de llevarse un registro de los barcos que habían de partir en dirección a las islas nuevas o regresar de ellas.

Se preparó una segunda expedición, cuyo mando se confió naturalmente al genovés. El dinero necesario para estos preparativos procedía en gran parte del oro, las alhajas y la plata confiscadas a los judíos que huían a Portugal para librarse de la Inquisición española, y de un préstamo de diez millones de maravedises concedido por el duque de Medinasidonia. La flota se componía de diecisiete carabelas. La cifra total de los tripulantes no es bien conocida: PEDRO MÁRTIR DE ANGLERIA y BERNÁLDEZ hablan de 1.200. FERNÁNDEZ DE OVIEDO dice 1.500. Se embarcaron cierto número de personajes de alto rango, entre ellos algunos oficiales de la Corte, Francisco de Peñalosa (2), familiar de la reina, etc. Más interesantes, sin embargo, son los nombres de Diego Colón, hermano menor de Cristóbal, Alonso de Ojeda, Juan Ponce de León y Juan de la Cosa, que ilustraron sus nombres con exploraciones en el Nuevo Continente.

La flota partió de Cádiz el 25 de septiembre de 1493, pero el viaje hacia Occidente no comenzó en realidad hasta el 13 de octubre, fecha en que la expedición abandonó la isla de Hierro.

Menos de veinte días más tarde se descubría una tierra desprovista de fondeaderos. Colón la llamó la *Deseada* (FERNÁNDEZ DE OVIEDO), y fue a desembarcar, el domingo 3 de noviembre, a una isla que se llamó *Dominica*. El mismo día se descubrió otra, que fue llamada *Marigalante*, nombre de la carabela en que iba Colón. Los descubrimientos se continuaron rápidamente: al día siguiente se reconoció una tierra que fue bautizada con el nombre de *Guadalupe*, así como tres islotes habitados por caníbales. El 10 de noviembre se partió de la Guadalupe y fueron descubiertas: el 11 *Monserrat*, el 12 *Santa Maria la Redonda*, el 13 *Santa Maria la Antigua*, el 14 *San Martin* y *Santa Cruz*, el 16 *Puerto Rico* o *Boriquén*, donde Colón permaneció dos días, y el 18 se llegó a la vista de la Española (3).

La expedición siguió la costa de Santo Domingo y llegó en

---

(1) Acerca de este personaje, al cual la mayor parte de los historiadores modernos han acusado de haber perseguido a Colón con malos procedimientos, véase HARRISSE, *Christophe Colomb*, vol. I. págs. 385-387.

(2) Tío de Las Casas, futuro obispo de Chiapa e historiador de Colón.

(3) Según GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*, tomo I, pág. 33, las islas habrían sido descubiertas en el siguiente orden: *Deseada*, *Marigalante*, *Guadalupe*, *Barbada* o *Barbuda*, *Aguja*, *Sombrero*, las islas *Vírgenes* y *Boriquén*.

la noche del 27 al 28 de noviembre de 1493 a la *Navidad*, el fortín construído cuando la primera expedición del almirante. Los españoles que allí dejara habían sido todos degollados.

El 7 de diciembre, Colón abandonó aquellos parajes y poco después fundaba *Isabela*, la primera de las ciudades europeas del Nuevo Mundo, cuyas ruinas existen todavía (1).

El 2 de febrero de 1494, Colón envió parte de su flota a España al mando de Antonio de Torres. Un mes más tarde enviaba una partida, con Alonso de Ojeda, a reconocer el interior de la isla y a informarse acerca de la existencia de oro. Los exploradores volvieron con un poco de polvo y de mineral de oro, lo cual decidió al almirante a emprender una gran expedición al interior de Santo Domingo. Partió con 400 hombres, vió muchas aldeas indígenas, pero poco oro, y dejó en aquel país guarnición bastante considerable, al mando de Margarite, con misión de seguir las exploraciones. Colón volvió el 29 de marzo a Isabela y preparó otro viaje de descubrimiento. Partió el 24 de abril de 1494 con tres carabelas, dejando el gobierno de la colonia a un Consejo presidido por su hermano Diego. Navegaron a occidente para dar con Cuba, que en la mente del almirante era la tierra firme. Se notó la presencia de esta isla una semana después de la partida, y se navegó siguiendo la costa meridional. A la altura del puerto Tarquino, la escuadra cambió de rumbo y fue directamente al sur. El 13 de mayo, Colón descubrió la Jamaica, donde permaneció cinco días, luego volvió a la isla de Cuba que siguió bordeando. Pero las quejas de su gente, unidas a irse terminando las provisiones, le obligaron a volver a su fondeadero, sin haber descubierto que Cuba era no más que una isla. Llegó a Isabela el 29 de septiembre de 1494.

Durante este viaje, se habían producido acontecimientos en la Española. Una flotilla de tres carabelas había llegado de Cádiz, al mando de Bartolomé Colón, hermano del almirante, para aprovisionar a éste. Había llegado el día de San Juan de 1494, en un momento en que la colonia se hallaba en plena sublevación. Los amotinados, apoderándose de las carabelas llevadas por Bartolomé Colón, huyeron a España donde empezaron a desacreditar al almirante.

En estas condiciones halló Colón la Isabela: disensiones entre los españoles, los indios sublevados.

Poco después de su vuelta, llegaron de España cuatro carabelas con vituallas, al mando de Antonio de Torres. Colón las devolvió cargadas con quinientos indios hechos prisioneros, y que, enviados a Juan de Fonseca, fueron vendidos en Sevilla en calidad de esclavos y perecieron todos en el curso de su cautiverio (2).

---

(1) Véase Washington Irving, *Life of Columbus.*
(2) Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos*, tomo II, pág. 37.

Se agravaron las cosas en la Española. Colón había caído muy enfermo y tardó cinco meses en reponerse.

Los indios, capitaneados por el cabecilla *Caonabo*, se habían sublevado y hacían a los españoles todo el daño que podían. Colón los venció, el 24 de abril de 1495, en la sabana de Matanza. Los indios permanecieron luego tranquilos. Pero continuaban las disensiones; el almirante comprendió que le iba faltando autoridad y por esto resolvió volver a España. El 10 de mayo se embarcó en la *Niña*, navegando en unión de una carabela construída en la Isabela. Le costó mucho ir avanzando al este y por fin llegó a Cádiz el 11 de junio, después de dos años y nueve meses de ausencia.

Un mes más tarde, era recibido en la Corte, que a la sazón se hallaba en Burgos. La acogida fue favorable, sin que se tratase para nada de las malas referencias oídas a los amotinados. Los soberanos llegaron a prometerle que le darían barcos para un tercer viaje de descubrimiento.

§ IV.—Tercer viaje

El 30 de mayo de 1498, Colón salió de Sanlúcar de Barrameda. La expedición se componía de seis carabelas, con seiscientos hombres a bordo, sin contar los marineros. Para no encontrarse con una escuadra francesa que hacía crucero por los alrededores del cabo de San Vicente, Colón se dirigió hacia los Azores siguiendo un derrotero no acostumbrado.

Al llegar a la isla de Hierro, dividió su escuadra. Tres de las carabelas hicieron rumbo directamente a la Española. El almirante, con las otras tres, se dirigió a las islas de Cabo Verde, luego al sudoeste. El 30 de julio, como las provisiones empezaran a faltar, se pensó en ir hacia las Antillas y se varió de rumbo. Pero, al día siguiente, Alonso Pérez, marinero de Huelva, señaló a occidente tres picos montañosos. Era la punta sudeste de la isla Trinidad. El almirante bordeó la costa sudoeste por espacio de cinco leguas sin encontrar un buen fondeadero y, por último, echó el ancla, en la bahía de Guayara probablemente. De allí, según Las Casas (1), habría apercibido, en dirección al sur, las costas bajas y pantanosas de la delta del Orinoco.

(1) *Historia de las Indias*, pág. 240. Sin embargo, Harrisse, *Christophe Colomb*, vol. II, pág. 81, cree que Colón no pudo apercibir estas costas, atendiendo a su alejamiento y a la poca altura de los mástiles de las carabelas.

El 1.° de agosto hízose de nuevo a la vela. La expedición bordeó la costa meridional de la Trinidad, luego, por el estrecho llamado «Boca de la serpiente», penetró en el golfo de París. Se vió claramente la costa meridional, pero Colón supuso que se encontraba frente a una isla.

Es bastante difícil reconstituir el derrotero que siguió luego la expedición. Parece seguro que bordeó toda la costa del golfo de Paria. El 11 de agosto, Colón volvió a salir por la «Boca del Dragón» y, haciendo otra vez rumbo al este, a lo largo de la costa norte de la Trinidad, vió las islas de la Margarita. Luego hizo rumbo a la Española, a donde llegó el 30 de agosto de 1498. Encontró la isla en plena insurrección. Desde hacía veintinueve meses que Colón la había dejado, las sublevaciones de los indios y los motines de los soldados capitaneados por Francisco Roldán habían impedido que los colonos trabajasen en el desarrollo de la colonia. Los descontentos habían creído que Colón no volvería más, por haber dejado de ser grato en la Corte. Se habían agrupado alrededor de Francisco Roldán, que retirado en Xaragua, en el interior de la isla, era dueño del campo.

Colón, secundado por su hermano Bartolomé, luchó durante dos años para mantener su supremacía en la Española. El 23 de agosto de 1500 llegaron dos carabelas, trayendo a bordo al comisario *Francisco de Bobadilla*, encargado por la corona de España de abrir una información acerca de las revueltas de la isla y sobre todo de averiguar las razones por las que el almirante no enviaba oro y otras mercaderías preciosas. Provisto de plenos poderes, Bobadilla se incautó del mando de la isla y secuestró los papeles y los bienes de Cristóbal y de Bartolomé Colón. Este último se había hecho muy impopular entre los españoles a causa de su carácter inflexible, y entre los indios por las cacerías de esclavos que había organizado. Bobadilla mandó encerrar en la ciudadela de Santo Domingo a Cristóbal, a Bartolomé y a Diego Colón. Allí los tuvo dos meses, luego los cargó de cadenas y los embarcó en la carabela la *Gorda*, que partió para España, al mando del capitán Andrés Martín, a principios de octubre del año 1500. El desembarco tuvo lugar en Cádiz, entre el 20 y el 25 de noviembre del mismo año. Colón, a quien Alonso de Vallejo, el gentilhombre encargado de su guarda, había propuesto romper sus cadenas, proposición que había sido rechazada, volvió a poner pie en tierra española, aherrojado.

En cuanto los soberanos tuvieron noticia de aquellos acontecimientos, ordenaron que se pusiera en libertad a los hermanos Colón y quisieron que fueran tratados con las mayores consideraciones. Las Casas pretende aún que se les entregaron 2.000 ducados.

Así terminó el tercer viaje de Colón.

§ V.—Cuarto viaje y muerte de colón

Aun cuando los soberanos españoles hubieran tratado de hacer olvidar a Colón los malos procedimientos que Bobadilla había tenido con él, no llevaron su complacencia hasta el punto de restituirle el virreinato de las islas nuevas. Fue nombrado un nuevo gobernador, Nicolás de Ovando, comendador de Alcántara, que partió para la Española en el mes de febrero, con una escuadra de treinta naves y 2.500 personas que en total formaban la expedición.

En cuanto a Colón, su espíritu, debilitado por las fatigas que había sufrido, se tornó singularmente místico. A la vuelta de su tercer viaje escribió el *Libro de las Profecías*, destinado a convencer a los Reyes Católicos de la necesidad de ir a Tierra Santa a la conquista del Santo Sepulcro. Había que apresurarse, pues el mundo debía acabarse antes de ciento cincuenta años. Era necesario un nuevo viaje a las Indias, no para descubrir otras tierras, sino para hallar los recursos convenientes para esta empresa piadosa (1).

Fernando e Isabel se dejaron convencer a medias y prepararon una expedición de las más modestas, si se compara con la que condujo a Nicolás de Ovando en el puesto en otro tiempo ocupado por Colón. La flotilla se componía de tres carabelas y de un barco de muy poco tonelaje, con ciento cuarenta hombres de tripulación. Colón recibió el encargo de ir a descubrir tierras o islas nuevas, y de proporcionarse en ellas oro y perlas en tan gran cantidad como pudiera. Se dudaba tan poco de la ejecución de esta última parte del programa, que el escribano Diego de Porras fue agregado a la expedición para inventariar aquellas riquezas y hacerlas llegar al Real Tesoro. Para evitar cualquier desavenencia entre el antiguo y el nuevo gobernador de las Indias, se prohibió a Colón desembarcar en la Española (2).

La expedición partió de Cádiz el 11 de mayo de 1502. Cristóbal Colón había llevado con él a su hermano Bartolomé, y a Fernando, su hijo y futuro sucesor. Como de ordinario, se hizo escala en las Canarias, de donde se partió de nuevo el 26. El miércoles 15 de junio, el vigía señalaba una tierra que Colón llamó *Matinino* (Santa Lucía o la Martinica). Se echaron

(1) El *Libro de las Profecías* existe, manuscrito, en la Biblioteca Colombina, Fernández de Navarrete, tomo II, págs. 260-273, lo describe.

(2) *Carta Real*. Navarrete, tomo II, pág. 277.

anclas unas diez millas más lejos, en la Dominica. A pesar de la prohibición de tocar en la Española, Colón fue a ella para que fueran reparadas algunas averías que habían sufrido unos barcos, pero Nicolás de Ovando se opuso a que desembarcara y hubo de cruzar durante quince días por delante de las costas de Santo Domingo.

La flotilla de Colón fue presa, el 14 de julio, de violenta tempestad. Empujada por el viento, llegó dos días más tarde a la vista de la costa sudeste de Jamaica. Colón siguió con rumbo a occidente y el 24 llegó a un archipiélago de islitas que se llamó Jardín de la Reina, al sur de Cuba. Luego, el 27, puso la proa al sudoeste y se lanzó a lo desconocido, en busca de nuevas tierras. El sábado 30 de julio descubría la pequeña isla de Guanaja (1), en la costa de Honduras. El mismo día o al día siguiente, 31 de julio de 1502, tocaba en el continente y echaba el ancla cerca de la ciudad moderna de Trujillo, en un lugar que llamó Punta de Caxinas. Luego hizo rumbo al este, y el 12 de septiembre dobló el cabo Gracias a Dios. Bordeando las orillas pantanosas del territorio de los Mosquitos, y haciendo varias escalas en las lagunas de Chiriqui, llegó al Veragua, creyendo encontrarse no lejos de la desembocadura del Ganges. La exploración fue continuada a lo largo del istmo de Panamá y duró cuatro meses. Colón volvió al Veragua, donde permaneció hasta la Pascua del año 1503.

La noche de Pascuas, Colón, abandonando una de sus carabelas, partió de la costa del Veragua, llevando prisionero a un cabecilla del país y reanudó su viaje al sur. Pero, en los parajes del Darien, las quejas de la tripulación fueron tan vivas que el almirante resolvió volver a la Española. Regresó a su punto de partida, el Jardín de la Reina, luego a la costa meridional de Cuba (2), donde se detuvo para reparar sus barcos que hacían agua por todas partes. Partió de nuevo, pero vientos contrarios, que terminaron con una tempestad terrible, hicieron ir a estrellarse su flota, ya en tal mal estado, contra los arrecifes de Jamaica, a fines de junio de 1503. No pudo llegar a la Española sino un año más tarde.

Permaneció poco tiempo en la Española y partió para España, desembarcando en Sanlúcar de Barrameda el jueves 7 de noviembre de 1504, tras dos años y medio de viaje.

Pocos días después (26 de noviembre de 1504), murió la reina Isabel y este suceso hizo que Colón permaneciera en Sevilla. La vida que hizo en esta ciudad parece haber sido bastante penosa. En una carta de 1.° de diciembre de 1504 a su hijo Diego, el almirante dice que no vive más que del préstamo. No obstante, sería inexacto decir que se hallaba en-

---

(1) Hoy *Bonaca*.

(2) En esta parte de Cuba, Colón creía reconocer el *Mangi*, es decir, el sur de la China.

tonces en la miseria. Parece haber tenido buen crédito con los banqueros genoveses de la ciudad, y enviaba con frecuencia sumas bastante importantes a su hijo primogénito (1). Pero debilitado por la edad y los padecimientos corporales, Colón se queja constantemente en sus cartas, y esto ha hecho creer a muchos historiadores que había sido más desgraciado de lo que en realidad fue.

La miseria del descubridor de América no data verdaderamente sino del día en que Fernando, rey de Aragón, ordenó la incautación de las rentas del almirante para pagar ciertas deudas que había contraído. A partir de este momento, el rey ya no consideró a aquél a quien debía América más que como un deudor insolvente.

Colón permaneció en Sevilla hasta febrero de 1505 y luego abandonó Andalucía. Fue a Segovia, a Salamanca, a Valladolid, siguiendo a la Corte para reivindicar sus derechos. No pudo obtener nada de Fernando, que habría querido verle cambiar sus prerrogativas por un señorío ínfimo situado en la comarca de León.

Cristóbal Colón murió el 21 de mayo de 1506, día de la Ascensión, en Valladolid, sin haber podido lograr que se reconociera a su hijo el derecho al gobierno de la Española. Ninguno de los cronistas españoles mencionó este hecho, cual si hubiera pasado desapercibido.

---

(1) Harrisse, *Cristophe Colomb,* tomo II, pág. 136.

CAPÍTULO V

Viajes y descubrimientos en el siglo XVI

Sumario: I. Juan y Sebastián Cabot.—II. Los Corte Real.—III. Américo Vespucio y el nombre de América.—IV. Descubrimiento del Brasil y de la Argentina (Ojeda, Pinzón, Cabral).—V. Descubrimiento del Pacífico (Vasco Núñez de Balboa).—V. Reconocimiento de la América del Norte.

§ I.—Juan y sebastián cabot

El movimiento de extensión hacia occidente que decidió a los soberanos de España a preparar una expedición para ir en busca de las tierras maravillosas del Catay y del Cipango, despertó asimismo el afán de empresas en otros soberanos europeos.

En 1496, Enrique VII, rey de Inglaterra, otorgó cartas patentes a Juan y Sebastián Cabot «para buscar y descubrir todas las islas, comarcas, regiones o provincias de paganos en cualquier parte del mundo» (1).

Juan y Sebastián Cabot, o más exactamente *Giovanni Cabot*, el padre, y *Sebastiano*, el hijo, eran de nacionalidad veneciana (2).

Es muy difícil determinar la cronología de los viajes de los Cabot y fijar exactamente la parte que corresponde al uno y al otro en los descubrimientos que realizaron. Los documentos—alusiones breves y truncadas de cronistas venecianos, relatos de Pedro Mártir de Angleria y de un anónimo cuyo manuscrito fue publicado por Ramusio, mapas de Juan de la Cosa (1500) y de Cabot (1544)—son demasiado poco precisos para que se pueda establecer la cronología exacta de estos descubrimientos.

Habiendo salido de Bristol en julio de 1497, los Cabot se

(1) *Rymer Faedera*, 1741, tomo V, parte VI.
(2) Harrisse, *Jean et Sébastien Cabot*, pág. 35.

dirigieron al norte, donde encontraron «masas de hielo que flotaban en el mar. La duración del día era continua y se apercibían grandes bancos de hielo. Se viró y se hizo rumbo al oeste. Como apareciera la tierra, los navegantes la bordearon yendo hacia el sur, próximamente hasta la latitud del estrecho de Hércules (Gibraltar). Luego el navío fue dirigido al oeste hasta que la isla de Cuba se encontró a estribor (1)». Los cronistas del tiempo creyeron ver en aquellos descubrimientos las tierras que estaban en la mente de todos: *Pasqualigo* ve en ellas el Catay, *Raymondo di Soncino* la isla de las Siete ciudades (Antilia). Por otra parte Sebastián Cabot, según el anónimo de Ramusio, confiesa que creía encontrar el Catay viajando en aquella dirección, y pasar de allí a la India (2), pero vió que la costa continuaba al norte y al sur, y llegó finalmente a la Florida.

En 1498, Juan y Sebastián Cabot emprendieron nuevo viaje. Su flota se componía de cinco naves, que se hicieron a la vela el 1.° de abril de 1498. Se esperaba su vuelta en Inglaterra para el mes de septiembre siguiente. Se ignoran los resultados de aquella expedición, a menos, como piensa Harrisse (3), que las localidades del norte indicadas como posesiones inglesas en el mapa de Juan de la Cosa (1500) no hayan sido descubiertas en dicho año (fig. 13).

La Crónica de *Fabyan*, citada por Stow (4) y Hakluyt (5), dice que en 1503 fueron presentados al rey Enrique VII tres salvajes cogidos en las islas recientemente descubiertas por Sebastián Cabot. Es el único indicio que tenemos de un viaje hecho en aquel año por el navegante veneciano.

A partir de esta época, ya no se habla más que de Sebastián Cabot y no vuelve a mencionarse a su padre. El mismo Sebastián abandona la corte del rey Enrique VII y se va a España, donde entra al servicio del rey Fernando de Aragón, el 20 de octubre de 1512. El año 1516, España preparó una expedición de la que Sebastián Cabot debía ser el jefe (6), pero esta expedición, por causas que se ignoran, parece no haberse realizado. Dos años más tarde, Carlos V nombraba a Sebastián piloto mayor del reino de España (7).

---

(1) Pedro Mártir de Angleria, *Década II*, libro VI.
(2) El anónimo de Ramusio fija la partida a principios del año 1496.
(3) *Jean et Sébastien Cabot*, págs. 103-104.
(4) Stow, *Chronicle*, 1580, pág. 875.
(5) Hakluyt, *Principal navigations*, tomo III, pág. 9.
(6) Angleria, *Década III*. Véase Harrisse, *Jean et Sébastien Cabot*, pág. 275.
(7) Richard Eden, cronista inglés del siglo xvi, pretende que en aquella época el rey Enrique VII había hecho equipar una expedición cuyo mando se había confiado al almirante Tomás Pert y a [Sebas]tián Cabot, pero que, a consecuencia del carácter pusilánime

El 5 de abril de 1526, Sebastián Cabot, inspirado sin duda por el viaje de *Magallanes*, aparejó para ir por el sur en busca de un derrotero que llevase al Catay. La expedición no fue



Fig. 13.—Mapa de Juan de la Cosa (según Kretschmer, *Die Entdeckung Amerika's*)

venturosa. Cabot no volvió hasta 1530, y por quejas expuestas por su tripulación, fue condenado a dos años de destierro en Orán (Argelia). Pero el emperador le conmutó la pena y conservó su cargo de piloto mayor. El año 1548, Sebastián Cabot

del almirante Pert, la expedición fracasó (véase HARRISSE, páginas 113-115 y 275). Ningún autor confirma este viaje y todos están de acuerdo en reconocer que no tuvo lugar, a excepción de Harrisse, que cree que en efecto fue organizado, pero que la falta de valor del almirante Pert impidió que aparejase siquiera.

dejó de estar al servicio del rey de España y volvió a Inglaterra, muriendo en Londres el año 1557.

Los descubrimientos hechos por Cabot en el curso de sus primeros viajes se extendían desde la costa del Labrador a la Florida, del 67° al 26° lat. N. Sería el primero que hubiera puesto la planta en el continente americano.

§ II.—Los corte real

El mapa de Juan de la Cosa (1) muestra que los resultados del primer viaje de los Cabot eran conocidos en España en aquella época. Es muy probable que las informaciones llegaran a Portugal por el mismo tiempo y que indujeran al rey Manuel a preparar las expediciones que partieron por esta fecha. El mando fue confiado a dos hermanos, *Gaspar* y *Miguel Corte Real*, nobles de bastante categoría. Gaspar hizo dos o tres viajes en el curso de los años 1500 y 1501. En el último, únicamente dos de sus barcos volvieron a Lisboa, y el que él mandaba se perdió. Se supone que naufragó en las proximidades del estrecho de Davis. El 10 de mayo de 1502, Miguel Corte Real partió con tres carabelas en busca de su hermano, pero pereció también con su barco. El rey Manuel envió, el año 1503, otra expedición formada por dos navíos, para ir en busca de Miguel, que no fue encontrado jamás, y se dió a las tierras que aquellos navegantes habían descubierto el nombre de «Terra de los Cortereales».

Difícil es ver claro entre los datos confusos que tenemos acerca de las exploraciones de los dos atrevidos navegantes portugueses, pero podemos indicar, no obstante, con alguna exactitud, los sitios donde tomaron tierra. Sus descubrimientos parecen haberse dirigido principalmente a las costas, ya observadas por Juan y Sebastián Cabot, del Labrador hasta la bahía de Fundy, que parece marcar el límite meridional de sus investigaciones. Si bajaron poco hacia el sur, parece, por el contrario, que llegaron al norte a los mares polares recorridos antes por los escandinavos. Siguieron las costas orientales de Terranova y llegaron hasta la Groenlandia, Gaspar Corte Real trajo de uno de sus viajes algunos salvajes, así como osos blancos.

La extensión de estos descubrimientos nos es conocida por un documento denominado «Mapa de Cantino», hecho en Portugal por Alberto Cantino, enviado en Lisboa del duque

---

(1) Juan de la Cosa había formado parte, en calidad de piloto, de la segunda expedición de Colón.

de Ferrara, Ercole d'Este (1). Las costas de Terranova se indican con estas palabras: «Tierra del rey de Portugal». La punta meridional de Groenlandia está dibujada con gran



Fig. 14.—Mapa de Cantino (según Kretschmer, *Die Entdeckung Amerika's*).

exactitud. Se ven también las Antillas representadas con este nombre *(has Antilhas)* por vez primera (fig. 14).

(2) Este mapa fue enviado a España en el otoño de 1502. Se conserva hoy en la «Biblioteca Estense» de Módena.

§ III.—Américo Vespucio y el nombre de América

En la época en que los Corte Real hacían estos descubrimientos, otros navegantes descubrían al sur nuevas tierras. El más conocido de ellos es *Amérigo Vespucci*, nacido en Florencia, el 18 de marzo de 1452, de una familia rica y distinguida. Pasó a Barcelona en calidad de agente comercial de los Médicis, entre los años de 1489 y 1491, y formó parte de varias expediciones al Nuevo Mundo en calidad de cosmógrafo o de piloto. Estos viajes nos son conocidos por cartas a Lorenzo di Pier Francesco de Medici (1503) y a Piero Soderini, gonfalonero de Florencia (1504) (1).

La carta escrita por Amerigo Vespucci a Soderini fue impresa en italiano en Florencia, el año 1505, con el título: *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuouamente trouate in quattro suoi viaggi.* Se publicó una traducción latina en Saint-Dié (Lorena) en 1507. La carta a Francesco de Medici fue impresa en latín el año 1504 y obtuvo un éxito colosal. Harrisse (2) ha podido observar la existencia de once ediciones latinas en el transcurso del año 1504 y de ocho ediciones alemanas en el año 1506. Es decir la resonancia enorme, para la época, que tuvieron los descubrimientos, reales o supuestos, de Américo Vespucio.

En 25 de abril de 1507, apareció en Saint-Dié la *Cosmographiae Introductio* de *Martin Waltzemüller* (apellidado Hylacomylus), originario de Friburgo en Brisgovia. Allí vemos por primera vez el nombre de *América* aplicado a las tierras nuevas. El pasaje en que esta palabra se encuentra dice: «Pero hoy estas partes (del mundo) han sido exploradas a fondo, y una cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vespucio (como se verá por lo que sigue). No veo, pues, qué nos impediría llamarla Amériga o América, es decir, la tierra de Américo, por Américo, su descubridor, hombre de espiritu sagaz, puesto que Europa y Asia han tomado su nombre de mujeres.

---

(1) La versión latina y la traducción italiana de estas cartas han sido publicadas por Varnhagen, *Amerigo Vespucci*, la primera, páginas 9-26; la segunda, págs. 33-64. Estas cartas son poco dignas de fe. El primer viaje de Vespuccio (10 de mayo de 1497-15 octubre de 1498) ha sido rechazado o puesto en duda por buen número de críticos, y no habríamos hecho otra cosa que mencionar a Vespuccio si a su nombre no fuera unida la tan importante cuestión del nombre del Nuevo Continente.

(2) *Bibliotheca americana vetustissima.* New York, 1866, págs. 55-88.

La situación, los usos y costumbres de estos pueblos serán claramente comprendidos por los dos viajes de Américo».

Se ha querido saber por qué Waltzemüller había afirmado que América debía su descubrimiento a Vespucio, cuando, en un mapa que publicó en 1513, figura la costa de Honduras y el golfo de Paria con estas palabras: «Esta tierra, así como las



Fig. 15.—Mapa denominado de «Leonardo de Vinci» (según Kretschmer, *Die Entdeckung Amerika's*).

islas que la avecinan, han sido descubiertas por Colón, de Génova, por orden del rey de Castilla».

Fiske (1) ha tratado de explicar esta contradicción aparente mediante los argumentos que siguen: 1.°, Waltzemüller, trabajando en Saint-Dié, se hallaba en la mejor situación posible para conocer los descubrimientos de Vespucio, puesto que una traducción latina de la carta a Soderini había sido impresa el

(1) *Discovery of America*, vol. II, págs. 138-145.

año 1507, en esta ciudad, por un llamado Juan Basin. Conocía, por tanto, los viajes del florentino y sabía la notoriedad que se les daba; 2.°, no podía suponer que las Indias y la costa de las Perlas encontradas por Colón y situadas por encima del ecuador, fuesen el mismo país que la «cuarta parte», el *Mundus novus*, situado del lado allá del ecuador, cuyo descubrimiento se atribuía Vespucio. Esta explicación es ingeniosa y se apoya bastante bien en los hechos: gran número de mapas (1) de principios del siglo XVI no señalan conexión alguna entre las tierras españolas descubiertas por Colón y la América del Sur, designada comúnmente con el nombre de *Tierra de Santa Cruz*.

El primer mapa en que aparece el nombre de América se ha encontrado en un libro de notas de Leonardo de Vinci y se ha atribuído a éste. Se cree (2) que se remonta al año 1514 (fig. 15). Del mismo año 1514 data el globo de Ludovico Boulenger, que lleva también el nombre *América* aplicado a la tierra firme situada al sur de las Antillas. En 1515, lo encontramos en el mapa de Johann Schöner, profesor de matemáticas en Nuremberg (3). El nombre tiende, a partir de este momento, a hacerse de uso general para designar la América del Sur. Solamente en un mapa de Mercator, publicado en 1541, el nombre *América* se aplica al conjunto del Continente (4).

Ciertos autores han acusado a Vespucio de haberse atribuído lo que no le pertenecía, otros han tratado de demostrar que el nombre de Vespucio no era *Amerigo*, sino *Alberico* y han deducido toda clase de conclusiones sutiles (5).

Preferimos atenernos a los hechos aceptados y ver en Waltzemüller el editor responsable del nombre de América, aplicado primeramente a la América del Sur, luego a todo el Nuevo Continente.

---

(1) Véase el atlas de KRETSCHMER, *Die Entdeckuny Amerika's*, 1892, mapas IX y X.

(2) ID., *ibid.*, mapa XI.

(3) 4. ID., *ibid.*, mapa XI.

(4) Reproducida en tamaño menor en FISKE, *Discovery*, vol. II, pág. 153.

(5) Hasta se ha llegado a negar que América deba su nombre a Vespucio. Esta tesis ha sido sostenida por JULES MARCOU, que, encontrando en los viajes del naturalista *Th. Belt* la mención de indios *américos* en Nicaragua, supuso que Colón había recogido este nombre en el curso de su cuarto viaje y que luego se había aplicado al Nuevo Continente. J. MARCOU, *Amerriques, Amerigho Vespucci, and America* (R S, 1888, Washington, 1890, págs. 647-673).

§ IV.—Descubrimiento del Brasil y de la Argentina (Ojeda, Pinzón, Álvarez Cabral)

Los españoles no habían reservado a Colón el monopolio de las expediciones trasatlánticas (1). En 1499, *Alonso de Ojeda*, acompañado del piloto vascongado *Juan de la Cosa* y de *Américo Vespucio*, descubrió las costas de Surinam, a los 6° de latitud N. Luego hizo rumbo al oeste, pasó por delante de las bocas de los ríos Eséquibo y Orinoco, bordeó toda la costa de Venezuela y llegó al cabo de la Vela, en la extremidad de la península Goajira.

Poco tiempo después, el piloto *Per Alonso Niño* visitó la costa de las Perlas, pero no supo que se trataba de la tierra firme (2).

Más importante es el viaje de *Vicente Yáñez Pinzón* (3), que en enero de 1500 descubrió el cabo San Agustín, situado a los 8° de lat. S., en la costa del Brasil. Desde este punto volvió al norte, dobló el cabo San Roque (5° 30' lat. S.) Siguió a lo largo de la delta del Amazonas, luego la costa hasta el Orinoco, descubrió la isla de Tabago, de allí pasó a las Antillas menores y volvió a Palos, el 30 de septiembre de 1500, trayendo como testimonios de la riqueza de las tierras que había explorado maderas tintóreas, topacios y esclavos.

Diego Lepe, que había salido de Palos en diciembre de 1499, llegó también al cabo San Agustín; pero siguió un poco la costa hacia el sur y observó que se inclinaba mucho al sudoeste.

El mismo año tuvo lugar un nuevo descubrimiento de la costa brasileña, esta vez debido a los portugueses (4). No hay acuerdo completo entre los historiadores acerca de la prioridad del descubrimiento. No obstante, muchos autores creen que *Pedro Alvarez Cabral* tocó la costa brasileña, en el 8° lati-

---

(1) Para la expedición de *Ojeda*, encontramos noticias en Las Casas, *Historia.....*, vol. II, págs. 389 y siguientes; Fernández de Oviedo, *Historia general....*, tomo I, pág. 76. Algunos documentos han sido publicados por Navarrete, *Colección de los viajes.....*, tomo II, págs. 543-545.

(2) Pedro Mártir de Angleria, *Década 1;* Navarrete, tomo III, págs. 540-542.

(3) Los datos relativos a la expedición de Vicente Yáñez Pinzón se encuentran en Pedro Mártir de Angleria, *Década, 1;* Navarrete, *Colección.....*, tomo III.

(4) Las fuentes relativas al descubrimiento portugués son: Barros, *Décadas de Asia*, libro V, capítulos I-X; Faria y Sousa, *Asia portugueza*, tomo I. Lisboa, 1666, cap. V; Navarrete, *Colección.....*, tomo III, págs. 94 y siguientes.

§ V.—Descubrimiento del Pacífico, Vasco Núñez de Balboa

Núñez de Balboa había oído a los indígenas de Veragua hablar de otro mar. Un día, a fines de septiembre de 1513, vió, desde lo alto de un pico del Darien una extensión de agua a la que llegó fácilmente. De la importancia de las mareas que tenían lugar en aquellas costas, dedujo que las aguas debían pertenecer a un océano bastante grande (1). Como Balboa hubiera atravesado, para llegar a aquel océano, la América central de norte a sur, le llamó «Mar del Sur», nombre que ha conservado el océano Pacífico en ciertos países europeos.

En la misma época, *Juan de Solís* había trazado el plan de una expedición al sur. La vuelta de Núñez de Balboa, que anunciaba el descubrimiento del mar del Sur y la existencia al otro lado del Darien de una costa que se dirigía al sur, modificó sus propósitos. Se trataba de ir en busca del estrecho que conducía a las Indias, no ya en el golfo de Méjico, sino al sur del Brasil, y con esta idea fueron redactadas las instrucciones que llevó (2): debía doblar el estrecho meridional de América, remontar la costa del mar del Sur hasta «la espalda de la tierra», es decir, en el punto donde el istmo de Panamá se articula con Colombia, y explorar el país. Desgraciadamente, esta expedición no fue coronada por el éxito. Juan de Solís fue muerto en el Plata, en 1516, por los indígenas, y algunos solamente de los exploradores volvieron a España (3). No obstante, la expedición no fue infructuosa, pues Solís reconoció la costa desde *Cananea* hasta el cabo de Santa María, y descubrió y exploró la desembocadura del Río de la Plata, que fue vuelta a ver en 1526 por Sebastián Cabot en el curso de su último viaje.

El reconocimiento de las costas meridionales, tan bien empezado por Juan de Solís, fue completado por el viaje de Magallanes. *Fernão de Magalhães* había nacido en 1470 en la provincia de Tras os Montes (Portugal). Después de varias navegaciones, una de ellas a las Indias, fue a Sevilla el año 1517, y gracias a los esfuerzos del obispo de Burgos, Juan Rodríguez de Fonseca, logró equipar una expedición que partió el 20 de septiem-

---

(1) Hemos perdido la relación original de Núñez de Balboa. Las fuentes son: Las Casas, *Historia.....*, tomo III, págs. 312-328; Pedro Mártir de Angleria, *Década II;* Fernández de Oviedo, *Historia general.....*, tomo III.

(2) Navarrete, *Colección.....*, tomo III, págs. 134-137.

(3) Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos.....*, *Década II*, libro I, cap. VII y *Década IV*, libro I, cap. I.

bre de 1519 de Sanlúcar de Barrameda (1). La expedición de Magallanes reconoció la desembocadura del Río de la Plata con gran cuidado, luego bordeó las costas bajas de la Patagonia, examinó todas las bahías, creyendo siempre encontrar en ellas el estrecho tan deseado. Por último, después de innumerables fatigas, llegó el 18 de octubre a la entrada del estrecho hoy llamado de Magallanes (2). Tres semanas más tarde, Magallanes anotaba la presencia del *Cabo Deseado*, que señalaba el extremo del camino, y bogaba por el Pacífico, habiendo completado los trabajos de sus predecesores y encontrado el primero el camino de las Indias por Occidente.

§ IV.—Reconocimiento de las costas de la América del Norte

En tanto los españoles y los portugueses, animados por los descubrimientos de Colón, de Yáñez Pinzón y de Ojeda, exploraban las costas de la América del Sur y buscaban en comarcas cada vez más meridionales el estrecho que conducía a las Indias, los ingleses y los franceses visitaban las costas de la América del Norte. Pero la navegación de altura estaba a la sazón poco adelantada en Francia y en Inglaterra, los marinos no osaban aventurarse en el mar libre, y por eso hubo de recurrirse frecuentemente para estas expediciones a pilotos portugueses, marinos de alta mar.

En 1501 (3), en 1502, el rey de Inglaterra, Enrique VII, concedió patente a varios comerciantes de Bristol y a diversos portugueses de las Azores para descubrir nuevas tierras. No sabemos nada acerca de los resultados de estas expediciones, como tampoco acerca de otra que habría tenido lugar en 1505.

---

(1) Las fuentes han sido publicadas por NAVARRETE, *Colección.....*, tomo IV. La principal de ellas, la relación de PIGAFETTA, fue publicada el año 1800, en Milán, por AMORETTI, luego, traducida al inglés, por LORD STANLEY OF ALDERLEY, *First voyage around the World by Magellan*, Londres, 1874 (H. S.) Véase también J. G. KOHL, *Geschichte der Entdeckungsreisen und Schifffahrten zur Magellans-Strasse*, Berlín, 1877.

(2) Magallanes parece haberle llamado simplemente *Estrecho;* Pigafetta le llama *Estrecho de la Victoria;* Francisco Albo, miembro de la expedición, *Estrecho de Todos los Santos.* LÓPEZ DE GOMARA fue el primero que le llamó *Estrecho de Magallanes.*

(3) Acerca de todos los descubrimientos hechos en la costa oriental de la América del Norte en el siglo XVI, véase J. G. KOHL, *History of the Discovery of Maine* (*Documentary History of the State of Maine,* tomo I). Portland, 1869, en 8.°

El relato de un anónimo francés, que en italiano nos ha sido conservado por RAMUSIO (1), dice que en 1504 bretones y normandos visitaron las costas septentrionales del Nuevo Mundo. El hecho aparece confirmado por mapas españoles y portugueses de aquella época, que llaman a las tierras que rodean las bocas del San Lorenzo «Terra do Bretãos» o «Tierra de los Bretones». El mismo anónimo de Ramusio dice que en 1506 *Jean Denys* y *Gamart* partieron de Honfleur y llegaron al Nuevo Mundo. Fueron seguidos, en 1508, por *Tomás Aubert*, de Dieppe (2). Ignoramos desgraciadamente los resultados obtenidos por aquellos navegantes franceses.

Hay que esperar hasta 1521 para ver una expedición importante en punto a los resultados. Nos referimos a la del caballero portugués *João Alvares Fagundes*, que fue a Terranova y fundó allí pesquerías. Si se da crédito a mapas portugueses de fecha muy posterior, Fagundes visitó las costas de Nueva Escocia (3).

Dos años más tarde, en 1523, Francisco I enviaba una expedición en busca del Catay. La componían cuatro barcos e iba mandada por el florentino *Giovanni Verazzano*. Salió éste de la isla de Madera el 17 de enero de 1524, y se supone haber cruzado el Atlántico, desembarcado el 7 de marzo cerca de la desembocadura del Chesapeake y remontado la costa hasta Terranova. De allí habría vuelto a Dieppe, a principios de julio de 1524 (4).

Los españoles seguían mientras tanto sus exploraciones en el golfo de Méjico. Ya, en 1513, el piloto *Juan Ponce de León* había descubierto la costa de la Florida. En 1517, un hidalgo rico de Cuba, *Francisco Hernández de Córdoba*, partió de Santiago y navegó al azar hacia Occidente, como había hecho Colón en su cuarto viaje. Al cabo de veintiún días, vió una tierra nueva. Cuando se disponía a abordar, vió venir en dirección a sus barcos grandes canoas, navegando a remo y a vela y cada una con unos cincuenta indios. Treinta de éstos subieron a bordo del barco almirante y parecieron invitar por señas a los españoles a bajar a tierra e ir a visitarlos. Estos aceptaron y desembarcaron, pero fueron víctimas de un lazo y volvieron precipitadamente a sus barcos dejando a diecisiete de los suyos en el suelo de la nueva tierra, que no era otra que el Yucatán.

Hiciéronse de nuevo a la mar, navegando siempre a occidente, y llegaron quince días más tarde a una gran ciudad. La

(1) *Raccolta di navigazioni*, tomo III, págs. 432 y siguientes.
(2) *Raccolta di navigazioni*, tomo III, págs. 432 y siguientes.
(3) H. HARRISSE, *Jean et Sébastien Cabot*, pág. 277.
(4) Véase, además de la obra de KOHL, MURPHY, *The voyage of Verazzano*, New York, 1875.

visitaron, pero, observando que se hacían preparativos para atacarlos, se reembarcaron al cabo de cuatro días. Aquella ciudad era Campeche. Siguiendo la costa del Yucatán, descubrieron Potonchán (hoy Champotón), donde fueron otra vez atacados cuando hacían aguada. Sesenta españoles fueron muertos en aquel combate y Córdoba se decidió a volver a Cuba (1).

Al año siguiente fue enviada otra expedición al Yucatán al mando de *Juan de Grijalba*. Se componía de cuatro naves, tripuladas por cuatrocientos hombres (2). Salió de Matanzas el 6 de abril de 1518 y llegó a la vista de Potonchán, donde desembarcó. Las tropas de Grijalba produjeron sangrienta derrota a los indios y luego se reembarcaron. Haciendo rumbo al oeste, Grijalba descubrió la costa de Tabasco, más allá de Veracruz, y en 1519 regresó a Cuba (3).

El mismo año vió desembarcar en la costa del Yucatán a *Hernán Cortés*, a la sazón alcaide de Santiago de Cuba. Salió de la Habana el 10 de febrero de 1519 y desembarcó en Cozumel, una islita situada en la costa oriental del Yucatán. De allí, siguiendo el derrotero de Grijalba, contorneó la península y llegó el 12 de marzo al Tabasco, donde entró en contacto con los totonacas. De allí partió para explorar el país, exploración que terminó apoderándose de Méjico. Describiremos esta conquista más detalladamente cuando hagamos la historia del Imperio azteca.

El avance hecho por *Juan Ponce de León* hasta la Florida animó a los españoles para explorar la costa que continuaba al norte de aquella península. En 1523, *Lucas Vázquez de Ayllón* y el licenciado *Matienzo* reconocieron las tierras situadas entre el 36° y el 37° lat. N., es decir, las costas de Virginia (4). En 1526, Vázquez de Ayllón descubría tierras algo más meridionales (35° 45′ lat. N.), a las que daba el nombre de *Chicora*.

Puede decirse que, al terminar el primer cuarto del siglo XVI, los descubrimientos reunidos de los españoles, de los portugueses, de los franceses y de los ingleses permitían trazar el mapa completo del litoral americano bañado por el océano Atlántico. Se conocían, en conjunto, las costas del Labrador, de Terranova, del Canadá, de Virginia, de Georgia, de la Florida, de Méjico y de la América central. Las costas de Venezuela, del Brasil, de la República Argentina habían sido exploradas en más de una ocasión.

Pero las relaciones entre cartógrafos eran raras, las noticias no circulaban con rapidez y sólo casi en la segunda mitad del siglo XVI vemos trazados de conjunto bastante exactos de

---

(1) Respecto al descubrimiento del Yucatán por Córdoba, poseemos el relato de un testigo ocular, BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verídica de la conquista de Nueva España*.

(2) Bernal Díaz formaba también parte de esta expedición.

(3) BERNAL DÍAZ, *Ob. cit.*, págs. 19-34.

(4) NAVARRETE, *Colección.....*, tomo III, págs. 153-158.

las costas orientales del Nuevo Continente. El mapa de Mercator, hecho en 1540, puede pasar ciertamente por exacto; pero vemos todavía figurar en él las islas de Frislandia, de Drogeo, copiadas del mapa de Nicolás Zeno, y el trazado de la costa del Pacífico es casi tan fantástico como el del mapa de Stobnicza que ya hemos citado.

El período que se inaugura con el año 1520 ve los descubrimientos multiplicarse y empezar las conquistas en la tierra firme. Pertenece a la historia colonial de América y deja de interesarnos.

Señalemos solamente una cuestión de orden geográfico que ha guiado durante mucho tiempo las investigaciones en la costa del Pacífico.

La travesía del istmo de Panamá por Vasco Núñez de Balboa había demostrado la existencia, a occidente del Nuevo Mundo, de un océano, y el viaje de Magallanes había probado que aquel océano tenía inmensa extensión. De donde la necesidad de admitir una extensión considerable de las tierras en dirección oeste. Fueron necesarios más de dos siglos para llegar a descubrir cuál era justamente esta extensión. Se supuso durante mucho tiempo que, en las regiones boreales, América se unía al Asia, luego se separaron ambos continentes por un estrecho, el estrecho de *Anian*, que poco a poco fue llevándose más al norte, a medida que los descubrimientos en la costa del Pacífico se extendían en esta dirección. Hubo que esperar al 11 de agosto de 1728 para que *Vitus Bering*, capitán danés al servicio de Rusia, descubriera que Asia y América estaban separadas por un estrecho situado a los 65° lat. N. América se hallaba perfectamente separada de las otras partes del mundo y sus costas habían sido trazadas en todo su recorrido, salvo en la región polar ártica, donde no fueron exploradas, y no por completo, sino en los siglos XIX y XX.



Fig. 17.—Mapa de los descubrimientos de huesos humanos y objetos paleolíticos en la América del Norte.

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

PRIMERA PARTE.—AMÉRICA DEL NORTE

CAPÍTULO PRIMERO

El período glaciar de la América del Norte.

SUMARIO: I. Primera época glaciar.—II. Épocas interglaciares.—III. Segunda época glaciar.—IV. Epoca llamada de «Champlain» V. Los «Terrace-beds».

§ 1.—PRIMERA ÉPOCA GLACIAR

La paleontología humana de la América del Norte no puede ser tratada, en los momentos actuales, sino con circunspección. Es tentador, pero muy difícil, establecer una cronología común para las capas geológicas del Nuevo Continente y las de Europa. Así, en lugar de discutir las excavaciones según el tiempo que se las atribuye, hemos preferido seguir el orden. geográfico, en lo que concierne a los restos de la época paleolítica. Examinaremos, por tanto, las condiciones de la vida en aquellas remotas épocas en la América del Norte.

Enteramente lo mismo que Europa, la América del Norte estuvo cubierta, probablemente a fines de la época cuaternaria, por inmensos glaciares cuya extensión se conoce con certeza y de que existen todavía vestigios en el Alaska, la Colombia británica y Groenlandia (1).

---

(1) Seguimos en este punto a W. UPHAM, en F. WRIGHT, *The Ice age of North America*, Apéndice, cuadro de las págs. 616-617.

En el momento de la primera glaciación, la América del Norte sufrió un levantamiento general. La nieve cayó con abundancia, lo cual produjo una espesa capa de hielo. En el oriente y en el sur de los Estados Unidos, puede seguirse el límite de este revestimiento. A partir del cabo Cod (Massachusetts) se dirige un poco al sur de Cincinnati, luego continúa a occidente por el Indiana, el Illinois, el Missuri y la región montañosa occidental. En el este, el glaciar parece haberse extendido más allá del límite marcado hoy por las costas, y el archipiélago de pequeñas islas rocosas (Nantucket, Tuckermuck, Martha's Vineyard), que va a lo largo del Massachusetts, se compone de fragmentos de la *morena* terminal. En occidente, el límite del glaciar, a partir de San Luis, sigue aproximadamente el curso del Missuri, hasta las cercanías de Kansas-City, donde continúa hacia el oeste hasta la altura de la ciudad de Topeka. Vuelve entonces al norte, siguiendo aproximadamente el curso del Missuri, pero un centenar de millas a occidente, atraviesa los ríos Platte y Elkhorn y se une al Missuri en su confluencia con el Niobrara. Sigue luego la orilla derecha del Missuri hasta su unión con el Big Cheyenne, tuerce un poco al oeste, corta los ríos Moreau y Grande, a unas cincuenta millas de su unión con el Missuri, y pasa un poco al oeste de la ciudad de Bismarck.

La Colombia británica, la mayor parte del Canadá, el Alaska estuvieron también cubiertos por los hielos, y pequeños glaciares existían también en las laderas de las Cascadas Rojas y de la Sierra Nevada, en California. En este último Estado, el curso de los ríos estaba cambiado.

Los depósitos de esta época están distribuídos de una manera bastante uniforme. Las *morenas* aparecen poco marcadas. Los fenómenos de erosión glaciar son generalmente débiles, las estrías poco acusadas, aún en las regiones marginales. Todo indica la marcha lenta del hielo y la pequeña inclinación de la superficie (1).

En las provincias orientales, el glaciar ha dejado depósitos estratigráficos. Más al sur, en los Estados de Virginia, Carolinas y Georgia, donde la nieve, que era abundante durante el invierno, desaparecía en el verano, hay grandes depósitos de aluviones («Appomatox formation» que dicen los geólogos americanos) debidos a los derrumbamientos y a las inundaciones. En el valle del Mississipí, donde la precipitación era de lo más abundante, se ha depositado la arena de Orange, y los lagos poco profundos producidos por la erosión han dejado más tarde un depósito de arcilla (2). Hasta el momento actual, no se han podido descubrir huellas del hombre en estos depósitos.

---

(1) T. CHAMBERLIN, en F. WRIGHT, *The Ice age,* págs. 478-479.
(2) W. UPHAM, en WRIGHT, *The Ice age,* pág. 617.

§ II.—Épocas interglaciares

Después de este primer período vino el gran período interglaciar. A él pertenecen los que los geólogos de los Estados Unidos han llamado «forest beds». Estos depósitos vegetales tienen gran extensión y en ciertas localidades están comprendidos entre dos capas de depósitos glaciares En la época interglaciar, el hielo se derritió en las provincias orientales, y retrocedió hacia el norte, en opinión de Upham, tanto como lo hace hoy. Las partes meridionales del litoral del Atlántico se rebajaron considerablemente, y se abrieron profundos canales, representando los valles de los ríos actuales Delaware, Susquehanna y Potomac. Los depósitos de la formación de Appomatox sufrieron mucho por la erosión. En el valle del Mississipí y la región situada directamente al norte, el *loess* y la arena de Orange, depositados en el momento de la primera glaciación, sufrieron también una erosión muy grande. Los inmensos valles de esta época están indicados todavía por cadenas de lagos en el sur del Minnesota. Al oeste, la región de las Montañas Rocosas sufrió también una depresión. Las montañas quedaron desnudas y se depositó la arcilla conocida con el nombre de «tierra de adobes». En esta época, los valles del Mississipí y de California fueron lugar de erupciones volcánicas (1).

Dos inmensos lagos salinos se formaron en el cuartenario en los Estados del Utah y del Nevada. Uno, cuyos restos son los lagos Mono, Pirámide y Carson, ha sido llamado por los geólogos lago Lahontan, y estaba entonces privado de toda comunicación con el mar. El otro, de que es un vestigio el Gran Lago Salado del Utah, ha sido llamado lago Bonneville y parece haber vertido el sobrante de sus aguas en el Pacífico por el curso actual del río Columbia. El examen de los sedimentos dejados por estas dos sábanas de agua muestra que, en el momento del primer período glaciar, su nivel fue muy alto. Vino luego un período de desecación que corresponde a la época interglaciar, y en el curso de la segunda glaciación volvió a subir el nivel de los lagos.

§ III.—Segunda época glaciar

Este segundo período glaciar se distinguió por una labor muy activa de los agentes naturales. La superficie de las rocas quedó muy pulimentada, hasta los confines mismos de la

(1) Upham, en Wright, *The Ice age*, pág. 616.

extensión de la capa de hielo, y las rocas arrancadas formaron inmensas *morenas* en los bordes. El frente de la masa quedó obstruído por gran cantidad de acarreos glaciares, que llenaban los valles. Chamberlin opone el extremo poder dinámico del segundo avance de los glaciares a los efectos mucho menos sensibles del primero, y dice que probablemente ha de atribuirse a la diferencia muy grande de niveles que caracterizó la segunda época (1).

Se divide comúnmente este período en segunda época glaciar y época de Champlain, ofreciendo esta última características especiales de orden físico.

En el curso de la segunda época glaciar, todo el litoral del Atlántico se levantó de 1.000 a 1.300 metros. Volvió a caer nieve en gran abundancia y el hielo adquirió enorme espesor (calculado en dos millas en la meseta de las Lauréntidas), y bajó más al sur que en el primer período glaciar. Fenómenos de erosión, semejantes a los *kames* (2) de Escocia, se produjeron en toda la Nueva Inglaterra. Las piedras y arenas se depositaron con abundancia en las *morenas* laterales y frontal. Más al sur (Delaware, Virginia) las grandes tempestades de nieve y la lluvia torrencial formaron inmensos depósitos de aluviones, en los que se cree haber encontrado huellas de la industria humana. En el valle del Mississipí, la capa de hielo fue menos extensa que cuando el primer avance de los glaciares. Las *morenas* terminales indican unos diez avances y retrocesos sucesivos. Al oeste, el continente se alzó mil metros por encima de su altura actual y el hielo se extendió de nuevo por la Colombia británica y la isla de Vancouver. Se formaron glaciares locales en diversos puntos de las Montañas Rocosas, de la cordillera de las Cascadas y de Sierra Nevada hasta los 37° de lat. N. El nivel de los lagos Bonneville y Lahontan subió considerablemente.

§ IV.—Epoca llamada «de Champlain»

La época llamada de Champlain nos muestra fenómenos que acusan el fin de la época glaciar. Por todas partes los glaciares retrocedieron dejando depósitos abundantes, en los que se cree hallar instrumentos de la industria humana. Las tierras recobraron su nivel actual. Los lagos Bonneville y Cham-

(1) En Wright, *Ice age*, pág. 479. Nadaillac, *L'Amérique préhistorique*, pág. 12, dice, por el contrario, que el primer período glaciar fue el más activo. Pero los hechos relativos a esta cuestión han sido estudiados principalmente después que Nadaillac hubo escrito su libro.

(2) *Asar* de los geólogos suecos, *raer* de los noruegos.

plain se secaron, dejando en el que fue su fondo la «tierra de adobes» (1)

§ V.—Los «terrace-beds»

Tales son las particularidades de la época glaciar en América (2) Fue seguida de una época llamada «post-glaciar» o de los «terrace-beds», durante la cual el territorio logró su altura actual. El clima era algo más cálido que el actual, como lo prueba la extensión hacia el norte de moluscos confinados en la costa meridional de los Estados Unidos. El trabajo de erosión de los ríos se hizo muy activo, de donde la formación de terrazas y un depósito de sedimentos en los estuarios de los ríos. El oeste sufrió varias vicisitudes, y se tornó árido como lo es hoy todavía.

Lo que antecede basta para poder comprender las dificultades que encuentra el paletnólogo que quiera determinar el tiempo que cuenta un objeto encontrado en capas terrestres que han sufrido tales variaciones y en que los fósiles característicos no son de la misma época que las especies correspondientes del Continente Antiguo.

(1) Upham en Wright, *Ice age*, pág. 617. Se observará que apenas hemos hecho alusión a los fenómenos glaciares en el Canadá oriental. Es que no se ha hecho de ellos ningún trabajo de conjunto. Los glaciares se nos describen con carácter local y no han sido sondados más que en sus partes bajas. Véase Chalmers, *On the glaciation of East Canada*, en Wright, *Ice age*, pág. 576. Por otra parte, toda la provincia de Québec, las de Ontario, Nueva Escocia, etcétera, abundaban mucho en glaciares.

(2) Hemos seguido lo que dice Upham, pero la hipótesis de dos períodos glaciares ha encontrado contradictores, Wright entre otros. Para él, los «forest-beds» pueden haber señalado simplemente avances y retrocesos locales del gran glaciar, tanto que las especies vegetales que constituyen estos depósitos no indican un clima cálido, sino un clima mucho más frío que el actual, una vegetación, finalmente, análoga a la que crece al borde de un glaciar (*Ice age*, pág. 482). Nadie le ha seguido en este camino, y hoy los geólogos no distinguen menos de trece épocas de glaciación y de retroceso glaciar alternativas, totales o parciales (véase T. Chamberlin y R. D. Salisbury, *Geology*, New York, 1906, vol. III, págs. 383-420. Hemos preferido atenernos a la exposición clara y concisa de Upham.

CAPÍTULO II

Huesos humanos fósiles de la América del Norte.

SUMARIO: I. Generalidades.—II. El cráneo de Calaveras y los huesos humanos de las cavernas de California.—III. Descubrimientos hechos en el Kansas y el Nebraska.—IV. Hallazgos diversos.—V. Huesos humanos descubiertos en Méjico.

§ I.—GENERALIDADES

No haremos una exposición cronológica de los descubrimientos relativos al hombre prehistórico en la América del Norte; pues los datos que poseemos no permiten un trabajo semejante. Describiremos primeramente los huesos que parecen atestiguar la existencia del hombre paleolítico norteamericano, luego examinaremos los restos arqueológicos. Esta división, enteramente arbitraria, nos ha parecido la mejor. Nos evitará muchas reservas que vendrían a complicar más un asunto ya muy delicado y muy difícil de tratar con claridad.

Los restos atribuídos al hombre prehistórico (terciario o cuaternario) de la América del Norte son bastante numerosos. Los presentaremos en el orden de su importancia relativa.

Debemos primeramente, para no tener que insistir en lo sucesivo, decir las razones que abogan contra la adopción de su antigüedad. Ignoramos la mayor parte de las veces en qué terreno y a qué nivel han sido hallados. Cuando el nivel se indica, se hace de una manera tan vaga que la indicación no tiene casi valor alguno desde el punto de vista estratigráfico. Esta escasez de bases no está, desgraciadamente, compensada por datos paleontológicos suficientes. Con demasiada frecuencia, los partidarios de la antigüedad de estos restos se han juzgado satisfechos por haber descubierto esqueletos de animales desaparecidos *en las mismas capas* que los huesos humanos, sin

pensar que era en su *proximidad inmediata* donde habría sido necesario encontrarlos.

Finalmente, la antropología no se ha declarado en favor de la antigüedad de los huesos humanos atribuídos al período paleolítico americano. M. Hrdlicka termina su estudio con conclusiones poco optimistas: «Respecto a ninguno de los huesos humanos de que hemos hablado, dice, se puede afirmar una antigüedad remota. Puede ocurrir que sean todos cuaternarios, pero no podemos afirmarlo de ninguno de ellos. No hay uno del cual no se encuentre otro equivalente en las poblaciones indias actuales o recientemente extinguidas».

§ II.—El cráneo de Calaveras y los huesos humanos de las cavernas de California

El hallazgo de más resonancia, el más discutido también, fue hecho el año 1866 en California, en el condado que llevaba el nombre profético de Calaveras (1). Trabajando en el fondo de un pozo de mina, Mattison, el dueño, encontró a una profundidad aproximada de cuarenta metros una cosa que supuso ser una raíz de árbol cubierta de piedrecillas. La sacó y llevó en un saco a la oficina de la compañía de transportes Wells, Fargo y C.ª, en Angeles. La dejó a M. Scribner, el agente de la compañía. El empleado de M. Scribner rayó un poco aquel objeto y vió que contenía un cráneo. Poco después, lo entregó al Dr. Jones, médico de Angeles y celoso coleccionista, que lo envió a su amigo el Dr. Whitney, geólogo del «Survey» de los Estados Unidos. Whitney fue a California, donde, ayudado del paleontólogo J. Wyman, examinó las capas de donde procedía

(1) Hay gran número de trabajos relativos a la autenticidad y a la antigüedad de esta reliquia. Los principales son: J.-D. Whitney, *Notice on a human skull recently taken from a shaft near Angeles, Calaveras Cy.* (*Proceedings of the California Academy of Sciences*, vol. III, págs. 277-278, y *American Journal of Science*, 2.ª serie, vol. XLIII, págs. 265-267). (Anuncio del descubrimiento); *The auriferous gravels of the Sierra Nevada of California* (*Memoirs of the Harvard Museum of Comparative Zoölogy*, vol. VI, 1880); F.-G. Wright, *The Ice age*, capítulo XXII; *Prehistoric man on the Pacific Coast* (*Atlantic Monthly*, abril de 1891, págs. 501-513; W.-P. Blake, *The pliocene skull of California and the Flint Implements of Table Mountain* (*Journal of Geology*, 1899, vol. VII, págs. 631-637); W. H. Holmes, *Reviews of the evidence relating to auriferous gravel man in California* (AA. 1899) y las obras críticas de Th. Wilson, *La haute ancienneté de l'homme*; Hrdlicka, *Skeletal remains* y Sinclair, *Neocene man*.

el cráneo. Este fue limpiado y remitido al *Peabody Museum* de Cambridge, en el que se encuentra todavía (fig. 18) (1).

Whitney juzgó que la capa de terreno en que se había encontrado el cráneo pertenecía al terciario inferior. Pero en primer lugar fue puesta en duda la autenticidad del hallazgo. Se pretendió que había sido enterrado el fragmento de cráneo intencionadamente para engañar al profesor Whitney (2). El administrador de correos de Angeles afirmó que había sido traído de un cementerio indio de Salt Spring Valley y que lo habían depositado en su administración poco antes de transmitirlo a los autores de la broma. Pero el análisis de los huesos mostró que estaban realmente fosilizados, y pronto la opinión científica se declaró en favor de la autenticidad del

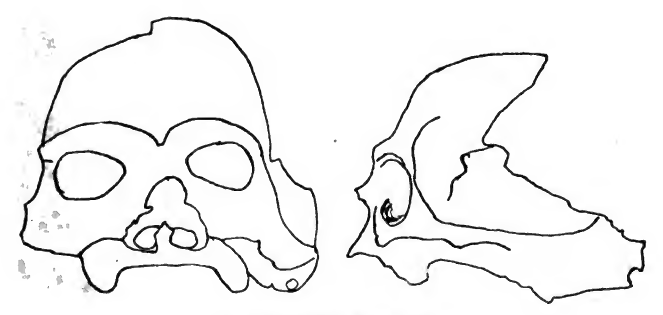


Fig. 18.—Cráneo de Calaveras.

cráneo de Calaveras. Entonces surgió otra dificultad: ¿a qué época pertenecía realmente? Los pedregales auríferos en que fue hallado eran considerados como pertenecientes al plioceno, pero, ¿no habían sufrido modificaciones estos terrenos? Fue la tesis que sostuvo un antropólogo de los más distinguidos, M. W. H. Holmes (3). En opinión suya, era muy probable que los objetos hallados en los pedregales auríferos hubieran ido

---

(1) Se encontrarán representaciones de este cráneo en los trabajos de Whitney en que anuncia su descubrimiento (ilustración casi de tamaño natural, reproducida por Th. Wilson, *La haute antiquité de l'homme*, págs. 160-161). Una excelente fotografía ha sido publicada por Hrdlicka, *Skeletal remains*, pág. 26.

(2) Toda la historia está resumida en Th. Wilson, *Ob. cit.*, páginas 161-167.

(3) *Review of the evidences relating to the auriferous gravels Man.*

a parar a las minas a consecuencia de la disgregación de los bancos por el ariete hidráulico, y que procedieran de antiguas aldeas indias situadas en las faldas de las colinas.

En 1890, se había emitido otra opinión por G. F. Becker, del *Geological Survey*. Pretendía que el período glaciar había debido producirse más tarde en California que en el oriente de los Estados Unidos, y que de esta suerte el cráneo no pertenecía al plioceno ni al neoceno (1), sino a una época mucho más reciente (2). Otra tercera solución nos proporcionan los muy detenidos estudios que hizo Lindgren acerca de esta formación geológica: los terrenos auríferos considerados por Whitney como neocenos son de edades diferentes, y en ellos pueden reconocerse, al menos, cinco capas distintas, separadas más o menos completamente por lechos de lava. Ahora bien, Whitney no ha especificado jamás en qué capa encontró, no solamente el cráneo de Calaveras, sino tampoco los huesos de animales señalados en el curso de sus excavaciones (3). Sea lo que quiera, no deja de haber incertidumbre acerca de la época a que pertenece el cráneo que nos ocupa. El último paleontólogo que se ha ocupado de la cuestión, M. Sinclair, piensa que no procede siquiera de los pedregales auríferos, sino de una de las numerosas cavernas sepulcrales del distrito de Calaveras (4). Todas estas consideraciones nos hacen rechazar como dudosa esta supuesta reliquia del hombre plioceno.

Hay que desechar igualmente los objetos que se han descubierto en las mismas formaciones californianas, háyanse encontrado en terrenos que hayan sufrido trastornos o no, en una u otra de las capas del pedregal. Las conclusiones de M. Sinclair son decisivas en este respecto: el hombre no aparece en la época terciaria en California, y todos los objetos encontrados en los terrenos auríferos han sido enterrados en ellos a consecuencia de deslizamientos (5).

Las exploraciones recientes de los Sres. Sinclair y J. C. Merriam en las cavernas de California han dado lugar al descubrimiento de huesos humanos y objetos labrados en capas habitadas por animales pertenecientes indiscutiblemente al pleistoceno, tal como el perezoso, el *megalonyx*, el elefante, el caballo, el *euceratherium* y el *preptoceras* (6). Pero ignoramos

---

(1) Formación posterior al plioceno, admitida por algunos geólogos americanos.

(2) Hemos admitido con Upham que estos pedregales son los de los antiguos ríos californianos, cuyo curso varió en la primera época glaciar, lo cual los haría aproximadamente de la época pliocena.

(3) Sinclair, *Neocene man*, págs. 108-109.

(4) Id., *ibid.*, págs. 126-129.

(5) Id., *ibid.*, pág. 130. Se encontrará, en el trabajo de M. Sinclair, la enumeración detallada de esos objetos, así como las circunstancias en que han sido descubiertos.

(6) Dos especies de ovideos fósiles.

todavía si los huesos humanos pertenecen a la misma época que los de estos animales (1).

§ III.—Descubrimientos del Kansas y del Nebraska

Estos últimos años han presenciado cierto número de descubrimientos que no parecen probar mucho más. En primer lugar, el del esqueleto de Lansing (Kansas), encontrado en 1902 cuando se abría un túnel en un terreno situado en la base de los acantilados de la orilla del Missuri (2). El esqueleto encontrado era de un adulto y al lado había un trozo de mandíbula de niño. La localidad fue visitada por todos los geólogos existentes en los Estados Unidos y hubo grandes divergencias respecto al período a que el terreno correspondía. Unos, como Upham, Winchell, Williston Haworth, se declararon en favor de la gran antigüedad del yacimiento, mientras que otros, entre ellos Chamberlin, Salisbury, W. H. Holmes, G. Fewkes, le asignaron una fecha en relación reciente. En cuanto a los huesos, no estaban fosilizados de manera apreciable, y Hrdlicka mostró que el cráneo era enteramente igual a los de los indios actuales de la región, kansas o ponkas.

En 1907, en el Nebraska, un periodista de Omaha, M. Gilder, arqueólogo aficionado, encontró varios cráneos de escasa capacidad y de frente muy deprimida. Estos cráneos fueron desenterrados en una colina perteneciente al *loess*, lo mismo que el terreno de Lansing. El lugar fue examinado por M. Barbour, geólogo oficial del Estado de Nebraska, y por un paleontólogo eminente, M. H. F. Osborn, de Nueva York. Ambos dedujeron la antigüedad del yacimiento. M. Hrdlicka, al examinar los cráneos, quedó sorprendido del carácter *brutal* que presentaban, pero halló, no obstante, en las colecciones del Museo Antropológico del Instituto Smithsoniano, cierto número de cráneos indios modernos que ofrecían los mismos caracteres, lo cual le indujo a reservar su opinión hasta que un hecho nuevo le permitiera manifestarse claramente (3).

---

(1) J. C. Merriam, *Recent cave exploration in California;* F. W. Putnam, *Evidence of the work of man on objects from quaternary caves in California* (AA., 1906, págs. 221-225).

(2) Hrdlicka, *Skeletal remains*, págs. 47-63. Véase *Handbook of the North-American Indians* (BE. núm. 30, Washington, 1907, artículo *Lansing Man*, pág. 759, y Hrdlicka, AA., vol. V, 1903, páginas 323 y siguientes.

(3) Hrdlicka, págs. 66 y siguientes.

§ IV.—Hallazgos diversos

Menos decisivo todavía es el descubrimiento, hecho en 1844, de un esqueleto en Nueva Orleans, en una tierra negra formada por la descomposición de una capa de troncos de árboles, por cima de las cuales había aluviones de un matiz azulado. El profesor Drake, que hizo el descubrimiento, creyó poder atribuir a aquellos restos humanos 70.000 años de antigüedad (1). Lo mismo sucede con el esqueleto de Québec, que, según Usher (2), fue sacado de la roca sobre la cual está edificada la ciudad. ¡Esta roca es esquistosa y siluriana!

En 1846, el Dr. Dickeson (3) descubrió en Natchez (Missisipí) un hueso ilíaco humano por bajo de tres esqueletos de *megalonyx*. Los huesos de este desdentado y el ilión ofrecían el mismo colorido. El año mismo del descubrimiento, el célebre geógrafo inglés Lyell visitó el lugar y fue de opinión que el hueso ilíaco procedía de un canal vecino a la trinchera donde habían sido hallados los *megalonyx* y que había podido caer allí. No tenía opinión en cuanto a la antigüedad que había de atribuírsele. No obstante, el paleontólogo americano J. Leidy manifestó del modo más formal que el hueso humano no era en nada distinto a los huesos de *megalonyx*, de *mylodon*, de *mastodonte* que se encuentran en los mismos terrenos. M. Hrdlicka sigue siendo escéptico en punto a la antigüedad de este fragmento. No ha encontrado diferencia entre él y los huesos ilíacos de indios modernos.

En 1848, el conde de Pourtalès descubrió cerca del lago Monroe (Florida), en formaciones coralígenas y montones de conchas de agua dulce, una mandíbula humana fosilizada. El mismo conde, no obstante ser un conchólogo eminente, se declaró incapaz de determinar la antigüedad de su hallazgo, el cual, después de haber sido considerado durante algún tiempo como testigo de las antiguas edades, se juzga hoy sin importancia alguna.

Al cráneo de Rock Bluff (Illinois), hallado en 1866 en una hendidura de roca llena de acarreos glaciares; al esqueleto de Soda-Creek (Colorado), descubierto el mismo año en depósitos

---

(1) Id., *ibid*, pág. 16.

(2) Id., *Ob. cit*.

(3) Véase Lyell, *The geologic evidences of the antiquity of Man*, Londres, 4.ª edidión, 1873, págs. 236 y signientes; J. Leidy. *Notice of some fossil human bones* (*Transactions of the Wagner Free Institute of Science*, Philadelphia, 1889, vol. II, págs. 9-10; E. Schmidt, *Die Vorgeschichte Nordamerikas* (*Archiv für Anthropologie*, 1894, vol. XXIII, páginas 5 y siguientes; Hrdlicka, *Skeletal romains*, págs. 16-19.

que no presentaban carácter especial, pero al lado de un tronco de pino fósil que el autor del descubrimiento, Berthoud, consideró muy antiguo; a los cráneos hallados en la Florida occidental en 1871 y 1872, no ha sido posible asignar época. En 1865 fueron exhumados, cerca de Charleston (Carolina del Sur) huesos humanos en unión de cacharros rotos y huesos de mastodonte, pero, al examinar el yacimiento el paleontólogo J. LEIDY (1), se vió que contenía igualmente objetos modernos, entre ellos un fragmento de porcelana.

§ V.—HUESOS HUMANOS DESCUBIERTOS EN MÉJICO

En 1866 unos obreros, que hacían saltar con dinamita rocas en Peñón de los Baños, a dos millas y media de Méjico, hallaron, en el fondo de una trinchera, un cráneo bastante bien conservado. El coronel Obregón, que dirigía las obras, hizo que examinaran el hallazgo los señores Bárcena y Castillo, antropólogo y geólogo respectivamente. Por bajo de la capa superficial, hallaron un lecho de marga que contenía restos de cerámica, tanto azteca como moderna. En una capa subyacente, compuesta de una toba caliza silicificada después de su formación, se encontró otro cráneo, acompañado de algunas conchas cuaternarias y modernas. En opinión de los señores Bárcena y Castillo, aquel terreno era de fines del cuaternario o, a lo sumo, de principios del período moderno (2). Hrdlicka examinó el cráneo en Méjico y juzgó que se parecía en todo a los de los indios de la región. Además, la existencia cerca del yacimiento de una fuente petrificadora, explica la fosilización del cráneo y el aspecto que ofrecía a primera vista (3).

Es imposible dictaminar acerca de la antigüedad de la mandíbula humana y de los instrumentos señalados en el valle de Méjico por S. HERRERA (4), de que el autor deducía la existencia de una población «relativamente civilizada» en Méjico en la época pleistocena.

Se ve cuán vago es todo lo que se refiere a la existencia del hombre fósil en la América del Norte. Hay que esperar a que nuevos descubrimientos vengan próximamente a aclarar algo esta cuestión.

---

(1) *Notice of some fossil human bones*, pág. 11. Véase E. SCHMIDT, *Vorgeschichte Nordamerikas*, y HRDLICKA, *Skeletal remains*, pág. 20.

(2) BÁRCENA, *Noticia acerca del hallazgo de restos humanos prehistóricos en el valle de México* (*Nat.*, México, vol. VII, 1866, páginas 256-264; ID., *Notice of some human remains found near the city of Mexico* (AN. vol. XIX, 1885, págs. 739-744); ID., *The fossil man of Peñon* (AN., vol. XX, 1886, págs. 633-635).

(3) HRDLICKA, *Skeletal remains*, págs. 32-35.

(4) AAAS., Madison, 1893, pág. 312.

CAPÍTULO III

La industria paleolítica en América del Norte.

Sumario: I. Los silex de Claymont y de Medora.—II. Yacimiento de Trenton.—Silex del Ohío, del Nebraska y del Wyoming.—IV. La concha grabada del Delaware y la «Lenape Stone».

§ I.—Los silex de Claymont y de Medora

Más difícil todavía se presenta la clasificación cronológica de los productos de la industria prehistórica.

En general, no obstante, los restos de industria cuaternaria han sido hallados en mejores condiciones que los huesos humanos, y las capas del terreno han sido mejor estudiadas y visitadas más pronto. M. W. H. Holmes (1), mediante un estudio detenido de las antiguas canteras indias, ha notado una gran semejanza entre los restos de hachas y flechas de pedernal y argilita que ha encontrado en ellas y los instrumentos paleolíticos. Deduce de aquí, y con él geólogos distinguidos como T. Chamberlin y Mac Gee, que los dichos instrumentos no eran sino restos relativamente recientes, que procedían de canteras indias y aparecen mezclados con los pedregales antiguos a consecuencia de resbalamientos de los terrenos. Este razonamiento se aplica a todos los hallazgos de objetos de piedra verificados en América y tiende a hacerlos sospechosos. Hay que decir que no todos lo han admitido. Th. Wilson y M. Boule creen, por el contrario, que todos los objetos paleolíticos de América son realmente de origen antiguo, y su opinión es compartida por gran número de sabios europeos y americanos.

Los instrumentos atribuídos al paleolítico de la América

---

(1) *Stone implements of the Potomac-Chesapeake tidewater province* (BE., XV, Washington, 1897).

del Norte son, por lo general, muy semejantes a los de Europa. Pero Holmes pretende que no podría ser esto prueba de su antigüedad. Hachas semejantes a las hachas cheleanas, descubiertas en diversos puntos de los Estados Unidos, se parecen hasta confundirse con los restos que se tropiezan en las canteras explotadas por los indios. Las afirmaciones de Holmes, aceptadas por varios sabios americanos eminentes (1), deben inducirnos a la mayor prudencia en cuanto se refiere a los silex paleolíticos del Nuevo Mundo.

En julio de 1887, el Dr. H. T. Cresson descubrió cerca de Claymont (Delaware), en una trinchera del ferrocarril, un instrumento de piedra muy mal tallada, que parecía haber estado metido durante mucho tiempo en el pedregal rojizo,

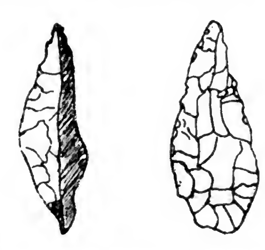


Fig. 19.—Silex de Claymont, Delaware.

resto de la *morena* de la segunda época glaciar. Comunicó este descubrimiento al profesor Putnam, de Cambridge, y volvió en mayo de 1888 al mismo sitio, descubriendo doscientos metros más lejos, y en un terreno análogo (2), otro instrumento igual (fig. 19).

El mismo año, en el mes de agosto, el Dr. Cresson encontró en Medora, condado de Jackson (Indiana), un instrumento de pedernal partido toscamente, en un terreno que Wright y Upham atribuyeron a la misma formación que el del Delaware donde había hecho sus primeros descubrimientos (3). Estos hallazgos, bien comprobada su autenticidad, han sido en general considerados verosímiles, hasta que M. W. Holmes publicó su trabajo acerca del origen indio de los paleolitos americanos.

---

(1) Hrdlicka, *Skeletal remains*, pág. 16.

(2) Dr. H. Cresson, *Proceedings of the Boston Society of Natural History,* vol. XXIV. Boston, 1889, pág. 146. Véase Wright, *Ice age*, pág. 555.

(3) Wright, *Ice age*, pág. 536 y fig. 133.

§ II.—Yacimiento de trenton

En 1874 Abbott descubrió gran número de instrumentos de argilita, que ofrecían con los objetos cheleanos de Europa la mayor semejanza, en depósitos de la época llamada de Champlain, en Trenton, Nueva Jersey (1). Estos depósitos consisten en arena y casquijo, formando una capa de dos o tres millas de ancha al este del río Delaware. Su extensión al oeste es un poco menor (2). Surgieron discusiones en punto a la antigüedad de las capas donde fueron hallados los objetos de Trenton. Lewis (3) pretendió que eran de origen post-glaciar y que figuraban entre las más recientes del valle del Delaware. Otros geólogos replicaron que la fauna que se encuentra en estas mismas capas comprende animales desaparecidos hoy de esta parte de América, como el reno groenlandés *(rangifer tarandus* subv. *groenlandicus)*, el *moose* o alce americano *(alces machlis)*, el almizcle, la morsa, el *mastodonte ohioticus* y el mammuth *(elephas primigenius)*.

En el curso de un viaje que hizo a los Estados Unidos en 1891, Boule (4), profesor de paleontología del Museo de Historia Natural de París, pudo examinar la colección del doctor Abbott en el *Peabody Museum* de Cambridge. Observó que los ejemplares de Trenton eran absolutamente semejantes a los paleolitos del valle del Somme y que diferían considerablemente de los instrumentos de los indios modernos. Además, la visita que hizo al valle del Delaware y el examen del terreno le produjeron la convicción de que los objetos habían sido hallados en capas pleistocenas y que eran de la época cuaternaria.

Dos años después de la visita de M. Boule, M. W. H. Holmes visitó Trenton. Dedujo que eran de origen indio los instrumentos hallados en el casquijo y expuso esta hipótesis en una primera Memoria (5) (fig. 20).

De un lado, por tanto, gran número de sabios, tanto en Europa—y más particularmente en Francia— como en América,

---

(1) Abbott ha expuesto el resultado de sus excavaciones en varios libros y memorias de que son los principales: *Primitive Industry*, Cambridge, Mass., 1881, y *Evidence of the Antiquity of Man in East North-America*. Cambridge, 1888.

(2) Véase el corte de Lewis en Abbott, *Primitive Industry*, página 533.

(3) *Science*, vol. I, págs. 192-193.

(4) M. Boule, *Anthr.*, vol. IV, 1893, págs. 36-39.

(5) M. W.-H. Holmes, *Glacial man in the Trenton gravels (Journal of Geology*, vol. I, 1893, pág. 32).

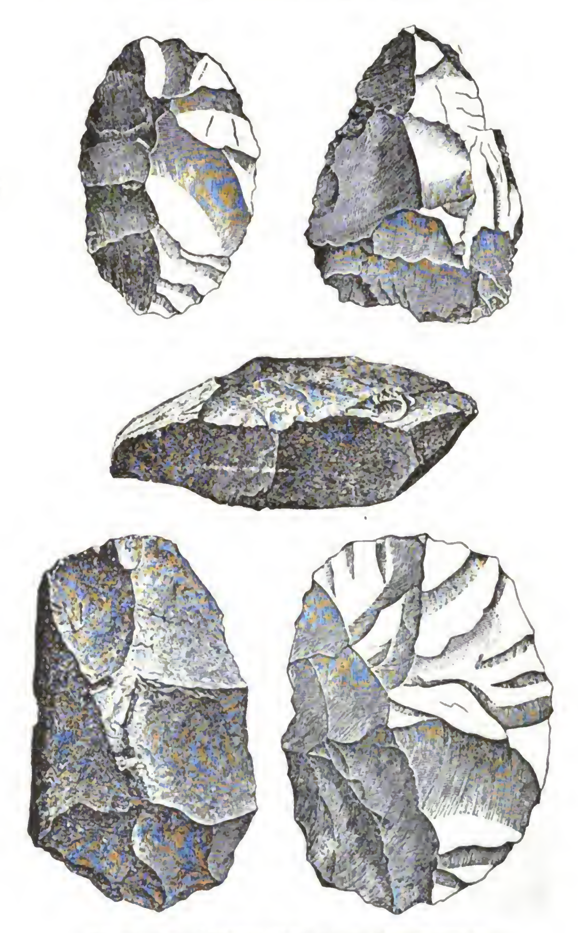


Fig. 20.—Silex de Trenton (según Abbott, *Primitive Industry*).

creen, según datos estratigráficos y paleontológicos cuidadosamente comprobados, que los silex de Trenton son obra del hombre cuaternario. Por otra parte, cierto número de geólogos y de antropólogos americanos se niegan a ver en ellos otra cosa que desechos de canteras indias, que se han deslizado adonde fueron hallados.

Esta última tesis recibe nueva confirmación por las afirmaciones que hace HRDLICKA (1) acerca de dos cráneos encontrados en estos terrenos, uno de ellos descubierto en 1887 por M. C. C. Abott, el otro por M. E. Volk en 1899. Presentan ambos la *facies* de ciertos cráneos de Europa occidental, principalmente del norte de Holanda. Ahora bien, esta parte de Nueva Jersey fue colonizada por los holandeses y Hrdlicka deduce de este hecho que datan, a lo sumo, del siglo XVII y que se han deslizado en las capas glaciares. En cuanto al fémur de hombre hallado en 1899 por M. E. Volk, como las circunstancias de su descubrimiento y el yacimiento exacto no son todavía del dominio público, es imposible formar opinión. Tal es el estado actual de la cuestión.

La antigüedad de los silex de Trenton ha servido de base a los arqueólogos americanos para determinar los restantes hallazgos de paleolitos hechos en el suelo de su país. Los de Claymont, de Medora, son considerados, según hemos visto, más antiguos. En general, se cree que los que van a examinarse en el párrafo que sigue son más recientes.

§ III.—SILEX DEL OHIO, DEL NEBRASKA Y DEL WYOMING

En 1888 y 1889, Miss Babbitt descubrió en Little-Falls (Minnesota) un «taller» en el que había objetos de todas clases, desde pedernales toscamente partidos hasta instrumentos muy bien labrados. El año 1887, el profesor Winchell había descubierto ya en el mismo lugar cierto número de ejemplares de cuarzo partido a golpe, acerca del origen de los cuales M. Putnam había manifestado dudas. El hallazgo de Miss Babbitt las disipó. W. Upham atribuyó a estos objetos menos antigüedad que a los de Trenton. Creía que los terrenos del yacimiento se formaron entre el octavo y el noveno avance local de los hielos en esta parte del Minnesota (2.)

El Dr. C. L. Metz descubrió en 1885, en Madisonville (Ohio),

---

(1) *Skeletal remains*, págs. 35-47.

(2) Véase HAYNES, *Prehistoric archaeology in America*, en WINDSOR, *Narrative and critical history*, vol. I, pág. 345. Véase WRIGHT, *Ice age*, pág. 544.

objetos de un tipo muy semejante al de Trenton. Wright les atribuyó la misma antigüedad, a causa de su situación estratigráfica y de la presencia simultánea de huesos de mammuth, pero W. Upham los consideró más recientes (1).

Numerosos hallazgos de pedernales partidos a golpe fueron hechos en todas las provincias orientales, pero es imposible decir de qué tiempo son, ya a causa de descuidos de los que los descubrieron, ya por dificultades de orden estratigráfico. Haynes los encontró en el New-Hampshire, Dodge en el Massachusetts, Berlín y Haldemann en Pensilvania, Wallace en Virginia, C. C. Jones en Georgia.

El año 1874, el Dr. Aughey descubrió en el *loess* lacustre del Nebraska una punta de flecha y otra de lanza, al lado de huesos de *mastodonte* y de elefante. La capa en que fueron encontrados estos objetos era perfectamente homogénea y de un espesor de cinco a ciento cincuenta pies. Estaba situada por cima de las formaciones *morénicas* y representaba los sedimentos depositados cuando la retirada final de los glaciares. Los objetos estaban tallados a golpes suaves y diferían absolutamente de los paleolíticos. Los depósitos en que fueron hallados contenían, a más de huesos de animales desaparecidos, conchas de especies que viven actualmente en la comarca. Se ha supuesto que el terreno había sufrido variaciones, a consecuencia del cambio de lecho de los grandes ríos (Plate, Missuri) y ha sido negado el origen paleolítico de estos instrumentos (2).

En 1882, M. Mac Gee encontró en los aluviones superiores del antiguo lago Lahontan una punta de lanza de obsidiana, al lado de huesos de *mastodonte*. El mismo M. Mac Gee cree que la presencia de este instrumento en una capa antigua procede de un hundimiento, y ésta es también la opinión de Haynes (3), mientras que Russell (4) admite que los huesos fósiles y la punta de lanza son de un mismo tiempo. No hay que fijarse en el descubrimiento de silex labrados hecho en los aluviones del Wyoming por J. Leidy y que estaban sumamente desgastados.

A todos los silex hallados en las capas profundas hay que añadir innumerables ejemplares descubiertos en la superficie del suelo y atribuídos, por razón de su desgaste, a la época paleolítica.

---

(1) Haynes, *Ob. cit.*, pág. 341.
(2) Id., *ibid.*, pág. 348.
(3) Id., *ibid.*, pág. 350.
(4) Russell, *Geological history of the lake Lahontan*, pág. 24.

§ IV.—La concha del Delaware y la «Lenape stone»

Se han invocado, en favor de la remota antigüedad del hombre en la América del Norte, dos grabados que representan animales desaparecidos. El primero se encuentra en una concha de *Fulgur*, molusco que se ve desde el Delaware hasta la Florida. Esta concha fue descubierta por el Dr. H. T. Cresson y M. Sarault en Holly Oak Station, en el Delaware, en la superficie de una tierra de labor. Para mejorar esta tierra se la había cubierto con una capa de turba que, en opinión del Dr. Cresson, procedía de una selva enterrada en un estuario próximo al río Delaware. M. Thomas Wilson (1), que nos refiere el hallazgo y reproduce la concha, ve en el grabado la representación de un mammuth. Lo mismo podría verse cualquier otro cuadrúpedo.

Si la concha del Delaware no ofrece una representación muy clara del mammuth, no ocurre lo mismo con un pequeño monumento conocido con el nombre de «Lenape Stone». Es una especie de colgante de piedra, con agujeros de suspensión, de una forma muy común en América del Norte en la época llamada de los «Mounds». Este objeto se partió en dos pedazos, los cuales fueron descubiertos con gran intervalo de tiempo, el más grande en 1873, el más pequeño en 1882, por B. Hansel, que estaba en labores de cultivo cuatro millas y media al este de Doylestown, condado de Bucks (Pensilvania). A pesar de las circunstancias un poco singulares del descubrimiento, M. H. C. Mercer, conservador de la sección de arqueología prehistórica del Museo de Pensilvania, no encuentra ningún motivo para dudar de su autenticidad (2). Los pormenores del grabado son muy visibles. En la parte superior se ven cruces, una representación muy tosca del sol y de dos signos cuyo valor no está claro. A la izquierda, en la parte baja, hay varios signos en forma de espinas de pescado, de escala, de triángulo, y dos figuras humanas muy semejantes a la que se encuentran en el grabado lenapo, designado con el nombre de Walam-Olum. A la derecha, hay la representación de un elefante muy clara. El animal está de perfil, la trompa colgando, pisando una figura humana incompletamente trazada. Las dos manos del elefante están dibujadas en perspectiva, la de la izquierda de doble tamaño que la de la derecha. En el cuerpo trasero no se ve más que una

(1) *La haute ancienneté de l'homme*, págs. 172-174 y fig. 13. La reproducción es un *dibujo* y no una *fotografía*.

(2) H. C. Mercer, *The Lenape stone*, New York, Putnam, 1885. Véase Thomas Wilson, *Ob. cit*, págs. 173-174 y fig. 14.

pata, algo extendida hacia atrás. El animal alza la cola que parece erizada. Las orejas y los colmillos están muy bien representados.

Dibujo tal supone un espíritu de observación y una habilidad para ejecutar bastante notables, y todo recuerda en él un dibujo europeo, tanto más cuanto que contrasta de modo raro con lo mal hechas que están las figuras humanas y todas las demás que en la piedra figuran. Son estas últimas semejantes a los dibujos de los indios modernos y no pueden considerarse contemporáneas del dibujo del mammuth. Por otra parte, la reproducción que se nos ofrece no es más que un dibujo, en que los contornos de la piedra no están siquiera indicados. Todos estos motivos, unidos a las circunstancias de su descubrimiento, hacen que no sea completo el crédito que merece la Piedra Lenape.

Se ha creído también encontrar en los valles del Mississipí y del Ohío montículos y pipas de forma de elefante. De ello hablaremos al tratar de la civilización de los «Mound Builders».

En Méjico, France y Pinart han hallado, en unión de huesos del *Elephas Columbi* (1), objetos de tipo cheleano, pero es imposible decidirse en lo que respecta a su antigüedad.

Lo que antecede nos muestra que, en lo que atañe a los restos de industrias, lo mismo que a los huesos, reina la mayor incertidumbre cronológica. Sin duda hay grandes presunciones en favor de la antigüedad de ciertos descubrimientos, sobre todo de los de Claymont, Medora y Trenton, pero creemos hay que esperar, para fijar nuestra opinión, a que los sabios americanos se hayan puesto de acuerdo acerca de la antigüedad que debe atribuirse a las capas en que fueron encontrados los paleolitos.

---

(1) E. T. HAMY, *Anthropologie du Mexique. Mission scientifique du Mexique*, 1.ª parte. París, 1884, pág. 11.

CAPÍTULO IV

Los kiokenmodingos de la América del Norte.

SUMARIO: I. Montones de restos de las islas Aleutianas.—II. Región del Pacífico (Colombia británica, Oregón, California).—III. Costas del Atlántico.

§ I.—MONTONES DE RESTOS DE LAS ISLAS ALEUTIANAS

Al lado de los yacimientos en que aparecen juntos los huesos humanos con los de animales desaparecidos, hay, en el Nuevo Mundo, múltiples restos de la presencia del hombre en una época sin duda remota, pero cuya fauna era totalmente análoga a la actual.

A esta clase pertenecen los muchos montones de conchas, análogos a los *kiokenmodingos* de Europa, que se encuentran en toda América y que se conocen bajo la denominación de *shell-heaps* en la América del Norte. Estos montones no son de la misma época unos que otros. Algunos parecen ser muy recientes, como los de la Florida, en tanto otros, por ejemplo, los de las islas Aleutianas, son bastante antiguos. La mayor parte de los que aparecen en los Estados Unidos, por el contrario, datan de la misma época que las construcciones conocidas con el nombre de «mounds».

Son especialmente abundantes en las islas Aleutianas (1). Los ha estudiado muy detenidamente el profesor W. DALL, el cual ha visto que comprendían tres capas, en las que había objetos pertenecientes a tipos industriales diferentes.

La capa inferior se compone casi exclusivamente de conchas partidas o de púas de una especie de erizo, con las que

(1) NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique*, págs. 53-54; DALL, *On succession in the shell-heaps of the Aleutian islands* (CE. vol. I, Washington, 1877); C. THOMAS, *Introduction to the study of North-American Ethnology*, Cincinnati, 1898, págs. 36-37.

se encuentran mezclados algunos restos de moluscos comestibles. Por cima viene una capa formada principalmente de espinas de pescados con algunos huesos de aves. La tercera capa está compuesta de huesos de mamíferos y aves de mar.

Los objetos varían igualmente según los niveles: en la capa más profunda se ha descubierto un martillito de piedra, que a cada lado tiene una ranura para colocar el dedo anular y el pulgar. Los extremos, ligeramente desgastados, indican que el instrumento ha servido muy probablemente para partir el caparazón de los erizos. La capa que contiene las espinas de pescado ha ofrecido objetos de piedra en mayor número: pesos de red, cuchillos, puntas de lanza de piedra y de hueso, con frecuencia dentadas. Se encuentran además en gran número en la capa superficial, que contiene también raspadores de hueso, de piedra y de asta, agujas de hueso, lámparas y azuelas de piedra, así como objetos esculpidos en madera, tal como máscaras, y adornos para los labios, de hueso y de piedra.

La industria de la capa superficial hace pensar que se trata de restos debidos a los aleutas, actuales moradores de la región.

La antigüedad de los montones de conchas es difícil de determinar. Dall suponía que la formación de la capa inferior (la de los equinodermos) podía haber exigido un millar de años y que habían sido precisos de 1.500 a 2.000 para la acumulación de las dos capas superiores.

Las excavaciones no han hecho encontrar huesos humanos que permitan determinar la raza a que pertenecían los hombres que dejaron estos monumentos.

§ II.—Región del Pacífico (Colombia británica, Oregón, California)

Hay amontonamientos análogos en la Colombia británica y principalmente en la isla de Vancouver, cerca de Comox (1), ciento treinta millas al norte de la ciudad de Victoria. De estos montículos, unos se componen de arena de mar, barro negro y conchas, otras únicamente de conchas. Se han sacado de ellos martillos de piedra, puntas de flecha, puntas de lanza, cuchillos, agujas, punzones de piedra y de hueso, y algunos morteros de piedra. Es probable que estos montículos de are-

(1) Cyrus Thomas, *Introduction to the Study of North-American Archaeology*, págs. 185 y siguientes; Harlan Smith y G. Fewkes, *Cairns of British Columbia and Washington* (MAMN., vol. IV. New York y Leide, 1901); Harlan Smith, *Shell-heaps of the Lower Fracer River* (MAMN., vol. IV, New-York y Leide, 1903).

na y conchas hayan servido como lugares de e[illegible] porque se han encontrado en ellos algunos esque[illegible]

Montones de restos de toda especie se encuentran en toda la costa del Pacífico, incluso en Méjico. Los objetos exhumados son muy semejantes a los de los túmulos de la Colombia británica. No obstante, hay que señalar la abundancia creciente de morteros en los montículos a medida que se camina hacia California, lo cual indica un consumo cada vez mayor, en la alimentación, de cereales y otras semillas.

En las investigaciones realizadas hace algunos años por M. A. W. Chase en los montículos del Oregón, encontró un número considerable de objetos de todas clases, de piedra tallada o pulimentada. Entre los de la primera clase, señalaremos puntas de flecha y de lanza, cuchillos y raspadores. Los objetos de piedra pulimentada son morteros, pilones, discos perforados, mazas de piedra que recuerdan las *meres* de los polinesios, pipas cilíndricas de un modelo que todavía usan los indios de la región, y buen número de otros objetos cuya aplicación se desconoce (1).

El número de montículos de conchas es muy grande en California, y estas colinas artificiales alcanzan a veces extensión considerable. No se encuentran en ellas esqueletos, y la industria es la misma que la del Oregón. Las sepulturas de aquellas gentes están hechas de una manera especial. Las de las islas de Santa Bárbara contienen gran número de huesos partidos, mezclados con huesos de ballena y trozos podridos de madera rojiza (fig. 21). Con estos huesos humanos se encuentran comúnmente numerosos objetos de una piedra porosa labrada, que son enteramente parecidos a los de los depósitos conchíferos y a los que usan los indígenas que hoy habitan en California.

§ III.—Costa del atlántico

Los *kiokenmodingos* abundan tanto en la costa del Atlántico como en la del Pacífico.

En el Maine y en Nueva Escocia, son bastante numerosos y contienen trozos de cacharros de confección sumamente tosca. Están compuestos casi exclusivamente de conchas de ostra y de almeja, y de caracoles marinos. Los objetos de silex esca-

(1) La Memoria de M. Chase no se ha publicado. Los datos que ofrecemos están tomados de Cyrus Thomas. *Introd. to the Study of North-American Archaeology,* págs. 185-186.



Fig. 21.—Sepultura de California en la brecha conchífera (dibujo de M. Ed. Touchet, según la sepultura del Museo etnográfico del Trocadero).

sean mucho, pero en cambio abundan bastante los de hueso (1).

Lo mismo ocurre con los montículos de los Estados de Nueva Inglaterra y de Virginia. La fauna comprende el alce, el caribú, el ciervo de Virginia, el castor, la foca, la tortuga, el pavo silvestre y el gran pingüino, animales todos existentes en la actualidad, aun cuando el caribú, el alce y el gran pingüino hayan abandonado hace mucho tiempo las cercanías de Nueva York y de Filadelfia para ir en busca de asilo más al norte.

Los Estados meridionales (Carolinas, Georgia) poseen cantidad considerable de estos montículos, divididos por los arqueólogos americanos en dos clases: los que sirven de sepultura *(burial shell- mounds)*, y los que sólo contienen restos *(refuse shell-heaps)* (2). Los de la primera clase abundan en todas las islas de la costa. La mayor parte contienen varios esqueletos tendidos o doblados. Á veces los huesos humanos muestran la huella de la acción del fuego. Uno de estos montículos, el de la isla Stalling, en la Savannah, presentaba forma elíptica, la longitud del eje mayor llegaba casi a cien metros, la del menor era de treinta y siete y la altura pasaba de cuatro y medio. Compuesto de conchas de almejas, de ostras y caracoles terrestres, contiene también huesos humanos. Los montículos de la segunda clase tienen con frecuencia varios cientos de pies de largo. En ellos se encuentran trozos de cacharros, hachas, cinceles, morteros, puntas de flecha y de lanza, de piedra, y muchos huesos de animales que pertenecen todos a especies todavía existentes. Muchos huesos de caña han sido partidos a lo largo para extraer la médula.

Los montículos conchíferos de la Florida, que han sido estudiados detalladamente por los Sres. Cl. B. Moore y F. H. Cushing, presentan gran semejanza con los anteriores. Todo en el examen de estos amontonamientos de conchas parece probar que fueron acumulados por los indios que los europeos hallaron en posesión del suelo cuando descubrieron el continente americano. Ni los huesos humanos ni la industria de que contienen testimonios, indican una raza venida de fuera.

---

(1) J. Wyman, RPM., vol. II, 1872.
(2) C. C. Jones, *Antiquities of the Southern Indians*, New-York, 1878, págs. 195 y siguientes.

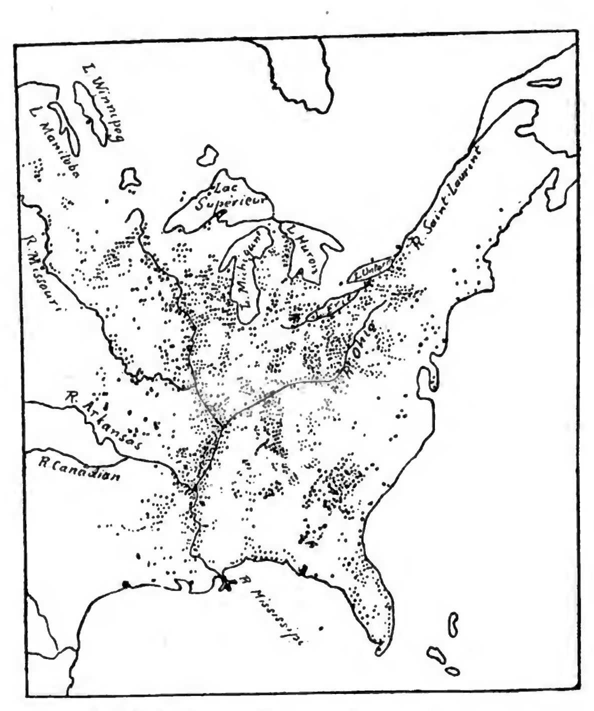


Fig. 22.—Mapa que muestra la distribución de los «mounds» en el territorio de los Estados Unidos.

CAPÍTULO V

Los «mounds» de la América del Norte.

Sumario: I. Generalidades.—II. «Mounds» funerarios.—III. Cercados y «mounds» en forma de pirámide.—Anillos de chozas». IV. «Mound-efigies».

§ I.—Generalidades

El área en que se extienden los túmulos conocidos comúnmente bajo la denominación inglesa de «mounds» es inmensa. Comprende desde el Red River al norte hasta el golfo de Méjico al sur, y está limitada al oeste por el Mississipí y al este por el océano Atlántico. Fuera de estos límites, los «mounds» son muy raros, encontrándose, no obstante, algunos en el Canadá y la parte noroeste del curso del Mississipí, y otros en regiones muy distantes, en Guatemala principalmente (1). Ciertas regiones de los Estados Unidos son especialmente ricas en esta clase de monumentos: las partes centrales y occidentales del Estado de Nueva York, el este y el sur del Michigán, las orillas del Mississipí, las partes centrales del Estado de Ohio y la parte limítrofe del Indiana, el centro y el oeste del Kentucky, el este del Tennessee, el ángulo sudeste de la Carolina septentrional y el nordeste de la Georgia. Los Estados más orientales, los de Nueva Inglaterra (Nueva Jersey, Rhode-Island, Delaware. Maryland) están casi totalmente desprovistos de estos túmulos, que faltan igualmente a lo largo de los montes Alleghanys.

No todos estos túmulos son iguales. Presentan, por el contrario, gran variedad de tipos, y algunos no se encuentran sino en un área limitada.

Los describiremos con arreglo a la división propuesta

---

(1) G. Williamson, *Antiquities of Guatemala* (RS., 1876. Washington, 1877, págs. 418-421).

por Cyrus Thomas (1) que los distribuye en cuatro grupos: 1.°, *mounds funerarios* (2); 2.°, *recintos de tierra* y *mounds en forma de pirámide*; 3.°, *anillos de chozas*; 4.°, *mound-efigies*.

§ II.—Mounds funerarios

La mayor parte de los túmulos pertenecientes a esta serie forman montones de tierra troncocónicos, a veces alargados, y más o menos altos. Al exterior, varían poco de aspecto. Por el contrario, la distribución interior difiere mucho según las localidades. En el noroeste (Illinois, Iowa) se encuentra el tipo de inhumación más sencillo: los cadáveres eran depositados en una excavación poco profunda (3) y se les cubría con una capa de tierra arcillosa suelta. Esta capa de tierra, que hoy aparece endurecida, era recubierta con un montículo de la misma sustancia.

En algunos *mounds* del Ohio y de Virginia occidental, las excavaciones han mostrado que la superficie del suelo había sido limpiada primeramente, luego recubierta de corteza, y por encima se había extendido una capa de ceniza de algunos centímetros de espesor. El cadáver era tendido sobre esta ceniza y encima se apilaba la tierra que formaba el túmulo. En los *mounds* del Tennessee oriental, se ve un sistema de sepultura muy particular: en uno situado en Lenoir, por ejemplo (4), se han encontrado gran número de esqueletos que yacían en el suelo debajo de una capa de tierra medio cocida. De aquí se ha deducido que los muertos habían sido cubiertos primeramente de cañas, luego de una capa de barro sobre la cual se había encendido fuego. Se ha encontrado con estos esqueletos gran número de objetos manufacturados.

En la Carolina del Norte, el sistema de inhumación era completamente distinto: se hacía en el suelo una excavación triangular o circular de dos o tres pies de profundidad, los muertos eran colocados en el fondo, sentados, y rodeados de piedras pequeñas o cantos rodados (5). Encima se hacía un montículo de tierra (fig. 23). Este tipo de sepultura existe tam-

---

(1) *Introduction to the Study of North-American Ethnology*, página 51. Véase *Mound explorations* (RE., XII, Washington, 1894).

(2) El carácter funerario de algunos de estos túmulos había sido observado de muy antiguo. Squier y Davis admitían ya la existencia de esta división.

(3) Las sepulturas colectivas son sumamente abundantes en los «mounds».

(4) *Mound explorations* (RE., XII, Washington, 1894, pág. 400).

(5) Véase Cyrus Thomas, *Mound explorations* (RE., XII, página 334).

bién en Pradera del Perro (Wisconsin) (1). En el Ohio y Virginia occidental, los esqueletos están cubiertos con un tejadillo de piedra o de madera. En ciertos casos, estos tejadillos son cuadrados, otras veces son oblongos o circulares y hechos con piedras sin desbastar, unidas sin mortero, y algunos parecen haber estado cubiertos con postes. Otros están hechos por completo de madera.

En muchos *mounds* del Illinois, del Kentucky, del Tennessee, del nordeste de Georgia y de algunas partes del Ohio se

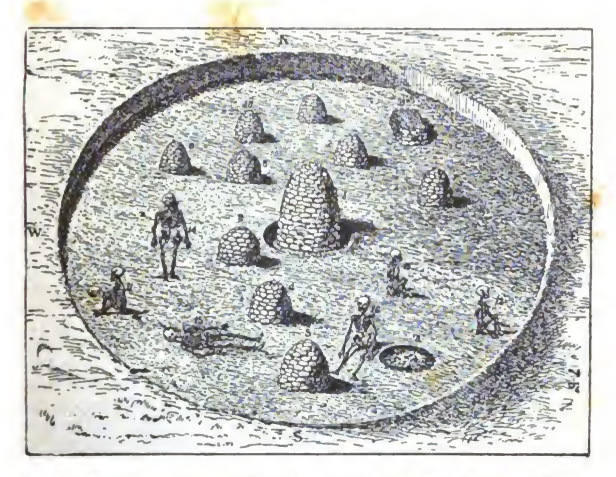


Fig. 23.—Mound de sepulturas múltiples, condado de Caldwell, Carolina del Norte (según C. Thomas, *Mound explorations*).

han encontrado cistos. Parece que se han hecho de la manera siguiente: se hacía una excavación rectangular en el suelo, y en el fondo y a los lados se colocaba cierto número de piedras para formar las paredes. El cadáver, metido en aquella caja, era tapado con losas de piedra y encima se levantaba el túmulo. Algunos *mounds* contenían varios cistos a niveles distintos. En el Tennessee, se han descubierto algunos en que los sarcófagos estaban dispuestos alrededor de un centro. En el centro

(1) Cyrus Thomas, *Mound explorations*, pág. 48.

había una gran vasija de barro (fig. 24). Generalmente los esqueletos están tendidos en toda su longitud, pero hay también en el Tennessee otro sistema en que los cistos son muy pequeños (60 centímetros de largo por 25 de ancho) y contienen los huesos desarticulados y atados formando un paquete (1). Estas pequeñas cajas de piedra se encuentran a veces en gran número, hasta treinta y seis, en un mismo túmulo.

Se observan también con bastante frecuencia, en los *mounds*, señales de fuego y trozos de huesos humanos carbonizados. De donde se ha deducido que estos túmulos habían servido

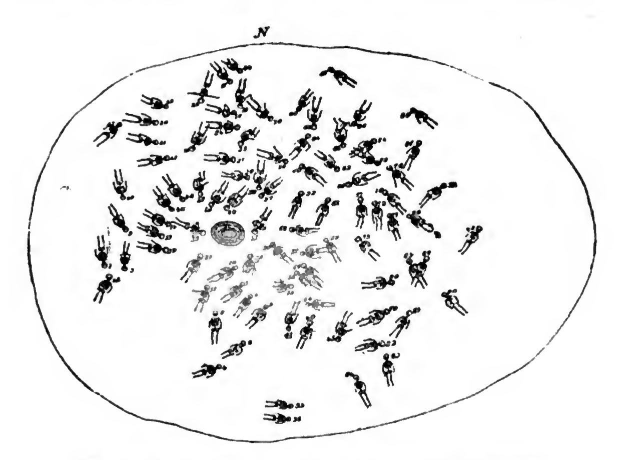


Fig. 24.—Mound de sepultura colectiva de Mac Spaddin, Tennessee (según C. Thomas, *Mound explorations*).

para las cremaciones (2). Cyrus Thomas, sin negar la costumbre de la cremación, piensa que el fuego ha debido servir con frecuencia para endurecer las capas de tierra, como se ve en los *mounds* del Tennessee (3). Thomas ha descubierto señales

(1) Cyrus Thomas, *Introduction to the Study of North-American Archaelogy*. págs. 71-72.

(2) Squier y Davis, *Ancient Monuments of the Mississipi valley*, veían en ellos altares para sacrificar y deducían que allí se habían consumido por el fuego víctimas humanas.

(3) *Mound explorations* (R E., XII, págs. 609, 673-676). Véase *Introduction to the North-American Archaeology*, págs. 75 y siguientes.

de esta costumbre en ciertos *mounds* del Wisconsin y del Illinois septentrional. Ha visto además que en ciertos túmulos del Ohio, de Virginia occidental y de la Carolina del Norte, se encendían hogueras encima de las bóvedas de piedra de que ya hemos hablado. Las señales del fuego en los huesos proceden del contacto casual de los huesos con las llamas. Se ha observado un solo caso cierto de cremación, en los túmulos de Arkansas. El cadáver debía ser quemado dentro de su casa, y en el sitio que ésta ocupara se levantaba el montículo de tierra (1).

Hay todavía otros dos tipos de *mounds* funerarios, uno de ellos frecuente al norte del Mississipí, donde los túmulos están a veces construídos por entero de tierra, a veces de tierra mezclada con piedras. En los *mounds* hechos solamente con piedra, los cadáveres están cubiertos con guijarros o depositados en cistos. En los otros, parecería que los huesos han sido quemados, luego que las cenizas han sido mezcladas con tierra.

El otro tipo comprende los que los antiguos autores, desde Squier y Davis, llamaron «túmulos-altares». Se les ha dado este nombre porque presentan una especie de cúpula, bastante grande, de barro cocido. Algunos de estos montículos han sido utilizados como lugares de sepultura, pero los esqueletos no están colocados en la cúpula o casquete de barro cocido, como lo supone la teoría de Squier y Davis, que querían ver en estos restos testimonios de antiguos sacrificios humanos.

Según hemos podido comprender, la disposición interior de los *mounds* funerarios presenta grandes diferencias. Al exterior, difieren por sus dimensiones y su elevación. Algunos de estos *mounds* se distinguen apenas del suelo circundante, en tanto otros tienen alturas de veinticinco a treinta metros. El plano de la mayor parte es circular. No obstante, el contorno de un número bastante grande es elíptico o piriforme.

Los *mounds* funerarios constituyen la clase más numerosa de túmulos de la América del Norte.

§ III.—Cercados y «mounds» en forma de pirámide

Estos monumentos están casi todos agrupados en la parte meridional de los Estados Unidos, siendo muy raros al norte del Ohio. Puede decirse que los «cercados», o más bien las fortificaciones, dominan en los valles del Ohio y de sus afluentes (Scioto River, etc.), mientras que las pirámides o *mounds* de terrazas se ven casi exclusivamente en Georgia y en el Arkansas.

---

(1) *Introduction to North-American Archaeology*, pág. 75.

Los cercados son quizá el tipo de *mounds* más conocido de todos, y casi exclusivamente a describirlos está consagrado el libro de Squier y Davis, que ha seguido gozando tan justa celebridad. Son muchos, como hemos dicho, en el Ohio, donde llegan a su más alto grado de perfección. No obstante, se les encuentra también en los Estados de New-York, Michigán, Indiana y Iowa. Constituyen circunvalaciones de formas muy variadas: en el Ohio dominan los planos circulares, cuadrados y octogonales; en el Indiana, encontramos sobre todo el recinto cuadrado, y en los otros Estados el círculo o distintos polígonos. La extensión comprendida por estos levantamientos de tierra varía desde un acre (40 áreas) a 150 acres (60 hectáreas).

El más estudiado de estos *mounds* es «Fort Ancient», situado en el condado de Warren (Ohio). Corona un espolón de acantilado, de 75 a 90 metros de altura, que domina el río Miami. La superficie circundada es solamente de 30 a 32 áreas, pero la longitud del muro, que sigue todos los variantes y zigzags de los bordes del acantilado, excede de tres millas y media (5 kilómetros y 600 metros). Es uno de los monumentos mejor conservados del valle del Ohio, y el estado del muro es excelente. Está hecho de tierra con algunas partes de piedra, su altura varía de 1 a 5 ó 6 metros, y su anchura, en la base, es de 7 metros y medio a 20. Como la tierra que sirvió para levantar el muro fue cogida encima del acantilado, el corte sigue esta línea de fortificación. En los sitios que parecen más vulnerables, el muro es más alto y grueso.

El ejemplo más perfecto de la destreza y la precisión con que están hechas estas construcciones lo da el grupo de Newark (Ohio). Fue primera y cuidadosamente descrito por Squier y Davis (1), luego por el coronel Whittlesey, que hizo un plano minucioso de él antes de que los ensanches de la ciudad de Newark no llegasen a destruir una parte (2). El grupo de Newark consiste en levantamientos de tierra, de formas diversas, unidos por avenidas. Un cercado elíptico mide en su eje mayor 380 metros y en el menor 350. Los muros tienen 3,60 metros de altura y 15 de ancho, en la base. El muro, por dentro, está reforzado por un foso de 2 metros de profundidad y 10 y medio de anchura. A la entrada, la extremidad de los muros se encorva hacia fuera. A partir de este sitio comienza amplia avenida bordeada, a su vez, por muros de tierra que conducen a un recinto cuadrado, de 8 hectáreas de superficie, en el que se han construído ocho túmulos cónicos. Al noroeste del grupo se encuentra un recinto octogonal, de 20 hectáreas de superficie, unido por muros de tierra de

---

(1) *Ancient monuments of Mississipi valley* (SCK., 1848).
(2) Ch. Whittlesey. *Descriptions of ancient Works in Ohio* SCK., Washington, 1850).

90 metros de longitud a otro recinto, perfectamente circular, de más de 800 metros de circunferencia. Del lado este hay largas avenidas, en medio de las cuales se alza un montículo enorme, de 50 metros de largo y de una altura que excede en dos metros la de las murallas. Se ha dado a este *mound*, desde el cual pueden apercibirse todas las restantes construcciones, el nombre de observatorio. Este grupo comprende, además, un número considerable de otros círculos y pequeños *mounds* (fig. 25). Otros levantamientos de tierra de este tipo han sido señalados en el Ohio y en los Estados vecinos, y ejemplos pueden verse en las obras de C. Thomas. El Dr. Lapham (1), descubrió en Aztalán (Iowa) recintos de un tipo bastante particular. Consisten en muros análogos a los ya descritos, pero presentan, a distancia regular, salientes en forma de contrafuerte que se proyectan veinte o treinta pies al exterior.

¿Para qué servían estos levantamientos de tierras? Respecto a algunos, como «Fort Ancient» o los de Aztalán, la respuesta no es dudosa, sobre todo si se considera los lugares en que están construídos. Son fortificaciones. Respecto a los demás, como los trabajos de Newark, por ejemplo, las opiniones aparecen aún divididas. Squier y Davis los atribuían una función religiosa, cuando la mayor parte de los autores modernos admiten que son fortificaciones de aldeas. L. H. Morgan apuntó la idea de que, donde el círculo y el cuadrado estaban combinados, el primero rodeaba la aldea y el otro era un recinto en que las gentes cultivaban el maíz y las demás plantas.

La hipótesis de fortificaciones es hoy adoptada por todos los arqueólogos que se ocupan de la cuestión.

Los *mounds* en forma de pirámide o de terraza están casi exclusivamente limitados a los Estados del sudeste (Georgia, Alabama, Mississipí). Muy pocos han sido señalados al norte del río Ohio. Son colinas artificiales, a veces divididas en varias terrazas formando pisos. Comúnmente son cuadrangulares. Algunos, sin embargo, ofrecen la forma de conos truncados.

Los hay que contienen sepulturas, pero la mayor parte parecen haber servido de base a edificios. En varios casos se han encontrado las extremidades de los postes que servían de apoyo a los muros hoy desaparecidos. En otros se han descubierto placas de barro cocido que probablemente cubrían estos muros. Otras veces, por fin, se han observado en la superficie de estas pirámides huellas de fuego y pedazos de cacharros, que los exploradores del negociado de Etnología consideran ser los restos de hogares construídos en medio de los montículos.

Algunas de estas construcciones tienen dimensiones enor-

(1) J. A. Lapham, *The antiquities of Wisconsin* (SCK., Philadelfia, 1855).

mes. Tal ocurre, por ejemplo, con el gran *mound* de Etowah, cerca de Cartersville, condado de Bartow (Georgia). Es una

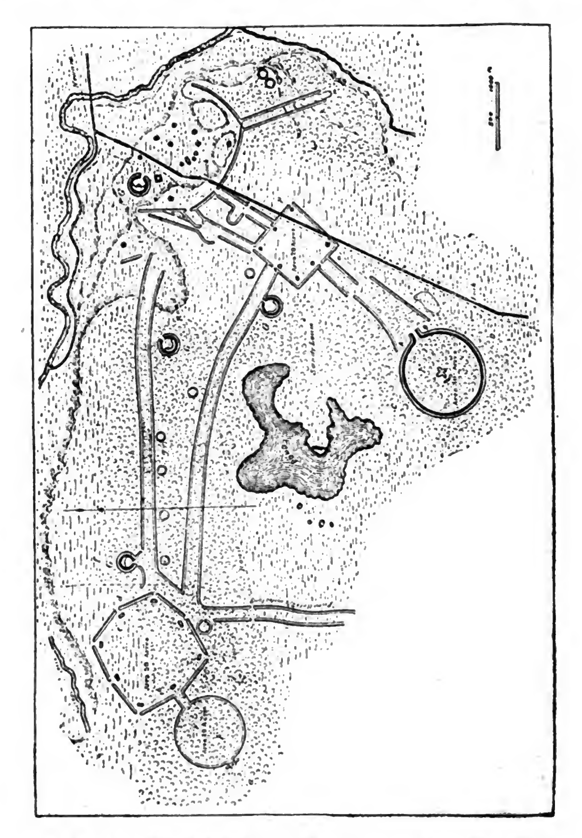


Fig. 25.—Las obras de Newark, Ohio (según C. Thomas, *Mound explorations*).

pirámide cuadrangular truncada, de dieciocho metros y medio de altura. Del lado sur una gran rampa, que parece haber

estado dispuesta en otro tiempo como escalera, sube hasta la cima (fig. 26).

El volumen total de esta masa de tierra es de 124.700 metros cúbicos. Los lados de la base miden respectivamente 100 y 116 metros. La superficie cubierta es de 22 hectáreas y 66

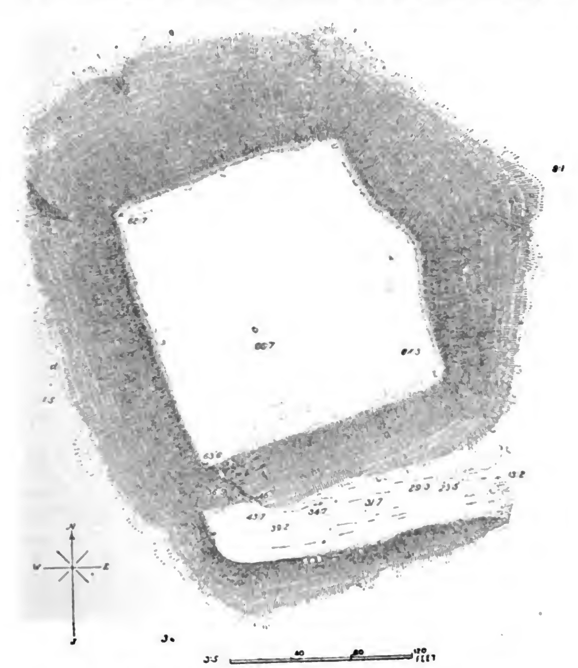


Fig. 26.—Plano del gran Mound de Etowah, Georgia (según C. Thomas, *Mound explorations*).

áreas. La rampa del *mound* Etowah le aproxima a una variante de este grupo, el *mound* de terrazas.

Los «*mounds* de terrazas» tienen una plataforma menos alta que el *mound* principal. Esta plataforma es a veces más ancha que la eminencia más alta. A veces un camino en pendiente suave o de varios escalones va desde la base a la cima del *mound*. M. R. B. Evans ha descubierto, en el Arkansas, una

colina artificial que tiene doble terraza, lo cual hacía que el conjunto tuviera tres pisos (1).

El mejor tipo de estos montículos lo proporciona el gran *mound* de Cahokia (Illinois), el más importante de todos los túmulos de América. Está situado en el condado de Madison, próximamente a seis millas de San Luis. Es una pirámide cuadrangular, con una plataforma que se extiende del lado sur. La base, por ambos lados norte y sur, mide 305 metros, por el lado este y el oeste, 220. La altura total es de 30 metros. La superficie de la base es aproximadamente de 6 hectáreas 50 áreas. Por el lado occidental, próximamente a 10 metros por cima de la primera terraza, hay una segunda, muy difícil de distinguir. El volumen total de esta enorme masa de tierra es de 634.355 metros cúbicos.

En los alrededores del *mound* de Cahokia, hay depresiones que se suponen provenir de la extracción de las tierras que sirvieron para erigir dicho túmulo. Cuando BRACKENRIDGE lo visitó, en 1811, estaba habitado por una colonia de trapenses, que habían transformado la terraza sur en un jardín (2).

En varios casos, el núcleo piramidal está coronado por un pequeño túmulo cónico. Se han encontrado así en el Indiana, el sudeste de Mississipí y el Arkansas. Un excelente ejemplo es el Selsertown *mound*, del condado de Adams (Mississipí). Es una elevación natural, artificialmente allanada y cuyos contornos han sido rellenados para darles la forma rectangular. Sobre esta eminencia se han erigido cuatro túmulos cónicos, uno de los cuales mide más de 10 metros de altura. Los antiguos exploradores de este monumento pretendían haber descubierto otros siete *mounds* en la superficie superior, pero el examen hecho por los agentes de la Oficina de Etnología no ha confirmado su existencia. M. C. THOMAS cree que se trata solamente de lugares de habitación, ligeramente levantados.

§ IV.—ANILLOS DE CHOZAS

En diversos puntos del territorio de los Estados Unidos, particularmente en el Tennessee, el Illinois y el sudeste del Missuri, se encuentran millares de pequeños anillos, o circulos de tierra, de 4 metros y medio a 15 metros de diámetro. El área que circunscriben está más o menos rebajada. Se ha dado a estos círculos el nombre de anillos de chozas. Son muy nu-

---

(1) C. THOMAS, *Mound explorations* (RE., XII, Washington, 1894, pág. 223). Véase *Introduction to the Study of North-American Archaeology*, pág. 119.

(2) *Handbook of North-American Indians*, pág. 186.

merosos en las regiones donde dominan los cercados, pero su escasa elevación hace que no siempre se observen fácilmente, y gran número de los que señalaron SQUIER Y DAVIS en el Ohio han sido destruídos por el arado.

Es posible que muchos de estos anillos de chozas sean obra de indios que hubieran ocupado, en época relativamente próxima, los lugares donde se encuentran. No obstante, es cierto que la mayor parte deben ser atribuídos a los constructores de las fortificaciones. Los anillos de chozas muestran que una parte al menos de las casas de los «Mound-Builders» debía ser análoga al *tipi*, la tienda de piel de los indios modernos de las Praderas. Alrededor de la tienda, tienen todavía éstos la costumbre de levantar un anillo de tierra que impide al agua penetrar cuando llueve.

Las exploraciones hechas en la región de los *mounds* nos han revelado la existencia de casas de un tipo más perfeccio-

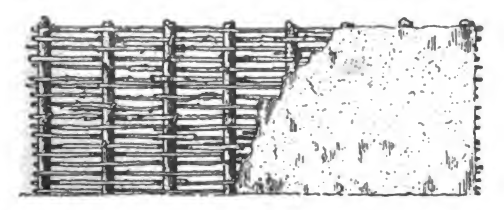


Fig. 27.—Construcción de paredes en las casas del Arkansas (según C. Thomas, *Mound explorations*).

nado. Se han señalado a centenares, en el Arkansas, «sitios de casas». Son lechos de tierra endurecidos por el fuego, y que presentan impresiones de hierbas y de cañas. Estas capas de barro cocido estaban generalmente situadas a uno o dos pies por bajo de la superficie de *mounds* llanos y bajos, que medían de 1 a 5 pies de altura y de 15 a 50 de diámetro. Los exploradores de la Oficina de Etnología describen como sigue estos «sitios de casas»: «Por regla general, cuando se excava en los *mounds* llanos y bajos, las capas se suceden en este orden: 1.°, una capa superficial de tierra vegetal, de uno a dos pies de espesor; 2.°, una capa de barro cocido, de cuatro pulgadas a un pie de espesor, que constituía en otro tiempo el revestimiento de las paredes. Siempre aparece rota en grandes trozos y jamás constituye una capa uniforme y continua, mostrando así que la materia que la forma había caído de más arriba y no fue colocada en un principio en el lugar donde se encuentra; 3.°, una capa delgada de barro endurecido o de arcilla de color oscuro. Esta capa no existe siempre. A esta profundidad se encuentran generalmente, al este del

Arkansas, uno y a veces dos esqueletos» (1). CYRUS THOMAS añade que, en dos casos, podía observarse el plano exterior de las habitaciones. Eran éstas tres piezas cuadradas. A juzgar por los trozos de paredes quemadas que se han descubierto en uno de los casos, es probable que fueran de tierra, aplicada sobre un bardal de cañas (2). El profesor Swallow ha descrito una cámara que descubrió en uno de los *mounds* del sudeste del Missuri. Estaba hecha con varales, enrejado de cañas y encalado de arcilla por dentro y por fuera (3) (fig. 27). Esta clase de restos nos permite, por tanto, darnos cuenta de la manera como los constructores de *mounds* edificaban sus viviendas. Se verá más adelante la importancia que tienen estos hechos para determinar la nacionalidad probable de los «Mound-Builders».

§ V.—MOUND-EFFIGIES

Estos túmulos son, sobre todo, abundantes en el Wisconsin. En las comarcas más occidentales (Dakota del Norte y del Sur) se encuentran otras estructuras que recuerdan los levantamientos de tierra del Wisconsin, pero compuestas simplemente de bloques de piedra («mosaïc bowlders» de los etnógrafos americanos). El límite exacto del área en que se encuentran estas estructuras ha sido trazado por CYRUS THOMAS (4). Se han construído, sobre todo, a la orilla de las corrientes de agua importantes (Wisconsin, Fox y Rock Rivers, orilla oriental del Mississipí).

Los *mound-effigies* han sido estudiados y descritos por el DR. LAPHAM (5), desde 1855, de una manera tan exacta que, respecto a la mayor parte, las exploraciones que han seguido no han encontrado nada que rectificar. Este estudio muestra el cuidado que los constructores pusieron en su trabajo. Las especies animales que se han representado son, las más de las veces, fáciles de reconocer, y el reverendo S. D. PEET dice que las proporciones de los cuerpos de los animales reproducidos están manifestadas con perfecta exactitud (6). Se reconoce el lagarto, la tortuga, el alce, el bisonte, la nutria, el zorro, el ra-

(1) *Mounds explorations* (RE., XII, págs. 205 y siguientes).

(2) *Mound explorations* (RE., XII, Washington, 1894, pág. 209). Véase CIRUS THOMAS, *Introduction to the Study of N. A. Archaeology*, pág. 135, fig. 65, y E. SARFERT, *Haus und dorf..... Nordamerikas.*

(3) C. THOMAS, *Introduction to N.-A. Arch*, pág. 135.

(4) *Mound explorations* (RE., XII, Washington, 1894, pág. 531).

(5) *The antiquities of Wisconsin* (SCK., Filadelfia, Collins, en 4.° mayor).

(6) AT., vol. III, pág. 2.

tón, la serpiente y gran número de aves con las alas extendidas. Se ha creído encontrar también las representaciones del hombre y del elefante.

Estas figuras tienen magnitudes muy diversas. Seis *mounds* del condado de Crawford (Wisconsin), figurando aves con las alas desplegadas, tienen las dimensiones siguientes: 69,35, 70,15, 77,15 y 85,40 metros, dos de estas longitudes aplicándose cada una a dos *mounds* diferentes. Otras figuras de aves tienen dimensiones que oscilan de 9,75 a 125,75 metros. La elevación es, como máximo, de metro y medio, pero es raro que exceda de 1,25.

El «alligator-mound», situado en el condado de Licking (Wisconsin), ofrece un interés especial. Ocupa la cumbre de una colina de cerca de 60 metros de altura, que cae a pico so-

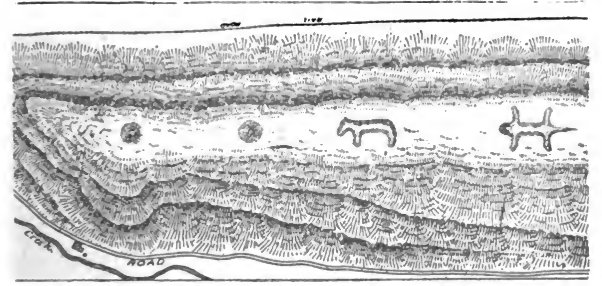


Fig. 28 —Mounds figurando un oso y un lagarto, Wyalusing, Wisconsin (según C. Thomas, *Mound explorations*).

bre el valle del Racoon Creek. La eminencia que forma es muy regular, y el procedimiento de construcción parece haber sido el siguiente: dibujados los contornos en el suelo, se habría quitado la tierra alrededor. La longitud total de la figura, desde la extremidad del hocico hasta la de la cola encorvada del animal, es de 65 metros. La altura media es de 1,25, pero la cabeza, las espaldillas y los lomos están un poco levantados, llegando a alcanzar próximamente 1,80. Las extremidades de las patas aparecen ensanchadas, y la cola se encorva del lado izquierdo, a fin de conservar las proporciones del animal que la exigüidad del sitio no permitía representar completamente alargado. Al lado de la figura del lagarto se encuentra un pequeño *mound* circular, sobre el cual se ven huellas de fuego, y que por tal razón los primeros exploradores habían denominado «altar» (fig. 28).

El «*mound* de la serpiente», situado en el condado de

Adams (Ohio), ocupa la punta extrema de una eminencia en forma de media luna, en la unión de dos riachuelos tributarios del Ohio. Todo alrededor el suelo ha sido allanado, de modo que forma una plataforma oval. La serpiente está representada con la boca abierta. En el interior de sus mandíbulas se encuentra una figura oval, de 48 metros de larga, que representa quizá un huevo. El cuerpo de la serpiente sigue la cima de la colina con ondulaciones graciosas. La cola termina en una espiral de tres vueltas. La altura media de esta figura es de metro y medio y su longitud total de más de 300 (1) (fig. 29).

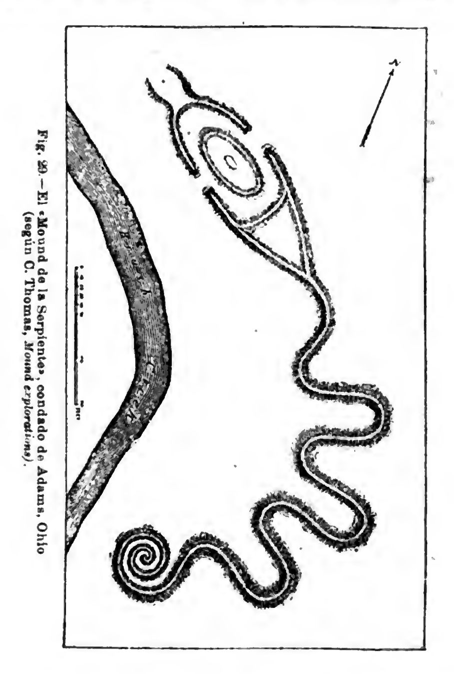


Fig. 29.—El «Mound de la Serpiente», condado de Adams, Ohio (según C. Thomas, *Mound explorations*).

---

(1) *American Anthropologist*, vol. II, 1889, págs. 205-217. Véase *Handbook of North-American Indians*, vol. I, pág. 163.

Los mosaicos hechos con bloques de piedra que se encuentran en los Dakotas están formados por grandes piedras, colocadas sobre el suelo y reunidas de modo que forman los contornos de alguna figura animal. Según Lewis (1), se encuentran también en el oeste del Iowa, el Nebraska, el Mon-

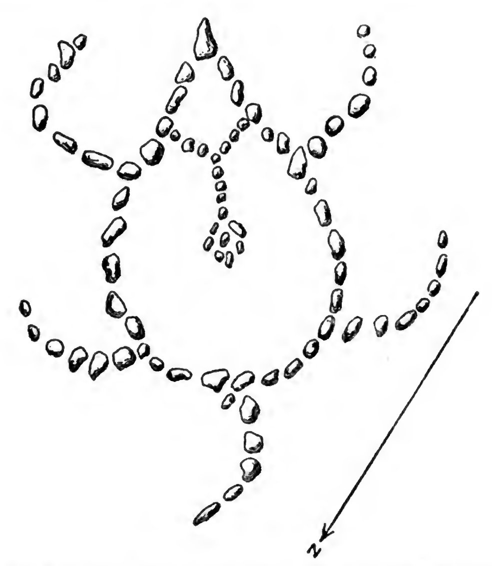


Fig. 30.—Tortuga dibujada con piedras, condado de Hughes, Dakota meridional (según C. Thomas, *Mound explorations*).

tana y en la provincia canadiense de Manitoba. Están situados, las más de las veces, en sitios altos y van generalmente acompañados de anillos de piedras metidas en el suelo y que señalan el emplazamiento de antiguos *tipis* o tiendas. Las figuras más frecuentemente representadas son las del hombre, la tortuga (fig. 30) y la serpiente.

---

(1) Véase la figura en Cyrus Thomas, *Mound explorations* (R E, XII, Washington, 1894, pág. 493).

CAPÍTULO VI

La industria de la piedra, de las conchas y de los metales en los «mounds» y los kiokenmodingos.

SUMARIO: I. Generalidades.—II. Objetos de piedra tallada.—III. Hachas de piedra pulimentada.—IV. Pipas de piedra.— V. Objetos diversos de piedra pulimentada.—VI. La industria de la concha. VII. La labor de los metales (cobre, oro, plata, hierro meteórico).

§ I.—GENERALIDADES

Los *mounds* y los amontonamientos de conchas de la América del Norte encierran multitud de pequeños objetos de piedra, de hueso y de metal.

Naturalmente, los *mounds* funerarios son los que han proporcionado el mayor número. Pero se encuentran también en gran cantidad en los amontonamientos de la Florida y de los Cayos. Las sepulturas de fosa, tales como la encontrada en el condado de Caldwell (Carolina del Norte) por M. CYRUS THOMAS, pertenecen a la misma época. Esta fosa, de forma regularmente triangular, contenía quince cadáveres, unos simplemente inhumados en el suelo, los otros cubiertos de bóvedas de piedra análogas a las de ciertos *mounds* de inhumación. Bajo una bóveda de mayor tamaño situada cerca de uno de los lados del triángulo, se encontraron diez esqueletos y diversos objetos de piedra, de concha y de cerámica. Ningún montículo recubría esta fosa. Pero hayan tenido lugar los hallazgos en los *mounds*, los montículos de conchas o las fosas, los objetos presentan una gran semejanza.

Los objetos de piedra labrada son, por lo general, de excelente factura y comparables, en muchos respectos, a los mejores productos de la industria neolítica de Europa. Salvo las puntas de flecha, los instrumentos de piedra pulimentada do-

minan. Son muchas veces tan parecidos a los que han hecho los indios modernos, que es casi imposible distinguir unos de otros.

Como todos ellos están repartidos de una manera muy irregular, haremos su enumeración por clases (1).

§ II.—Objetos de piedra tallada

Los instrumentos de piedra tallada, aun siendo muy numerosos, no ofrecen el mismo interés que los de piedra pulimentada. Son sobre todo grandes hojas, de formas varias, que pro-



Fig. 31.—Hacha de garganta con cordones salientes. Tennessee (según *Fewkes, Stone art*).



Fig. 32.—Hacha de garganta. Virginia occidental (según *Fewkes, Stone art*).

bablemente han sido usadas como azuelas, y puntas de flecha que no ofrecen ningún interés especial. Esta rama de la industria de los constructores de *mounds* o de los amontonamientos conchíferos es, en todos respectos, semejante a la de los indios modernos.

§ III.—Hachas de piedra pulimentada

Las hachas son generalmente pulimentadas. Las de piedra tallada que en pequeña cantidad se han encontrado en todas partes, están quizá a medio hacer. El tipo más notable es el de

(1) Hemos seguido el orden adoptado por G. Fewkes, *Stone Art*, (R.E., XIII, Washington, 1896, págs. 51-178).

las «hachas de garganta». Se las encuentra repartidas por toda la superficie del suelo de los Estados Unidos, pero sobre todo en las comarcas situadas al este del Mississipí. Las hachas de garganta aparecen mucho más abundantes en esta región que las otras, que las más de las veces son de reducidas dimensiones. Pueden distinguirse varios subtipos: 1.°, aquéllas en que la garganta está formada por dos crestas más altas que el cuerpo del hacha y que rodean ésta. Se han encontrado en el Tennessee, la Carolina del Norte, el Ohio y la Georgia (fig 31); 2.°, aquéllas en que la ranura está hecha en el hacha misma. Son mucho más abundantes que las primeras. A veces la ranura da vuelta completa al instrumento, otras no se ha hecho más que en el lado plano. Se encuentran sobre todo estos instrumentos en los Estados que bordean la parte central del valle del Mississipí, no obstante lo cual se han descubierto también en Virginia y Georgia (fig. 32). Las hachas lisas son de tamaños bastante distintos. Las más pequeñas se designan muchas veces por los autores con el nombre de raspadores. Son más o menos alargadas, más o menos gruesas, de filo más o menos recto y se encuentran en toda la extensión del territorio de los Estados Unidos.

§ IV.—Pipas de piedra

Las pipas de piedra están extendidas por toda el área donde se encuentran los *mounds*, a excepción del Estado de Nueva York, donde dominan las pipas de barro cocido. Schumacher (1) ha encontrado algunas en los amontonamientos conchíferos del Oregón, y los de California han proporcionado asimismo algunos ejemplares. Estas pipas del oeste son tubos cilíndricos o cónicos, de esteatita o de talco, enteramente parecidas a las que hacen los indios hupas del norte de California y que les sirven para el mismo uso (2). En general, las pipas de las regiones orientales están hechas con gran cuidado. Fewkes las clasifica como sigue: 1.°, pipas cuyo tubo tiene el corte elíptico o triangular. El depósito se encuentra cerca de uno de los extremos y el tubo sigue adelante. El agujero está abierto en la parte más larga del tubo. Este modelo se encuentra en la Carolina del Norte y Virginia (fig. 33);

(1) *Remarks on the Kjökken-möddings on the Northwest Coast of America* (RS., 1873. Washington, 1874, págs. 354-362).

(2) Otis T. Mason, *The Ray collection from Hupa reservation* (RS., 1886, Washington, 1889, láms. XV y XVI); P. E. Goddard, *Life and Culture of the Hupa* (CAAE., vol. I, Berkeley, 1903, lámina XVII.

2.°, el tubo tiene la misma forma, pero el depósito se encuentra en uno de los extremos, y se une al tubo por una curvatura

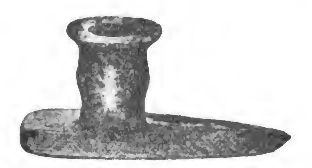


Fig. 33.—Pipa de piedra. Carolina del Norte (según *Fewkes, Stone art*).

(Carolina del Norte, Tennessee, Virginia) (fig. 34); 3.°, el tubo tiene una nervadura central a través de la cual se ha hecho el

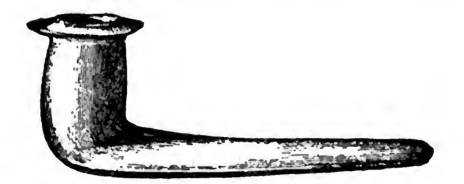


Fig. 34.—Pipa de piedra. Tennesse (según *Fewkes, Stone art*).

agujero. El eje del depósito y el del tubo están en ángulo de 100° a 170° (Carolina del Norte, Virginia, Tennessee) (fig. 35);

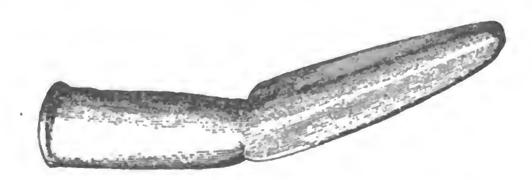


Fig. 35.—Pipa de piedra. Tennessee (según *Fewkes, Stone art*).

4.°, el depósito y el tubo son redondos o cuadrados y de dimensiones muy grandes. A veces la base está ensanchada para que la pipa pueda posarse. Como el tubo de piedra es muy corto,

había de tener un tubo de caña (Tennessee, Georgia) (fig. 36); 5.°, el depósito es cilíndrico, con una garganta muy profunda en la parte media. Por bajo de la garganta, el depósito se estrecha. El agujero que sirve para introducir un tubo de caña está abierto justamente debajo de la garganta (Ohio, Wiscon-

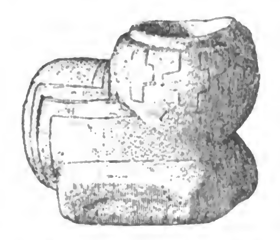


Fig. 36.—Pipa de piedra. Missuri (según *Fewkes, Stone art*).

sin) (fig. 37); 6.°, el tubo es redondo y tiene de centímetro y medio a 25 centímetros de largo. El depósito forma con el tubo un ángulo más o menos abierto (Carolina del Norte, Tennessee) (fig. 38); 7.°, el tubo es muy corto, sin duda porque la

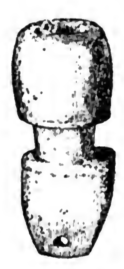


Fig. 37.—Pipa de piedra. Wisconsin (según *Fewkes, Stone art*).

pipa estaba provista de un tubo de caña. El depósito es troncocónico y sus bordes se prolongan de modo que forman una plataforma cuadrada (Tennessee) (fig. 39); 8.°, el tubo es bastante corto, más o menos cuadrado, el depósito es troncocónico y forma con el tubo un ángulo casi recto. A veces se encuentra en el tubo un saliente plano con un agujero. Por el

agujero debía pasar una cuerda que servía para suspender adornos (Tennessee, Georgia, Carolina del Norte) (fig. 40); 9.°, depósito en forma de medio huevo, con un agujero que ser-



Fig. 38.—Pipas de piedra. Carolina del Norte y Tennessee (según *Fewkes, Stone art*).

vía para introducir un tubo de caña, al lado, en la parte inferior. A veces el borde superior está ensanchado, otras el medio huevo aparece muy alargado y un poco puntiagudo en la par-



Fig. 39.—Pipa de piedra. Tennessee (según *Fewkes, Stone art*).

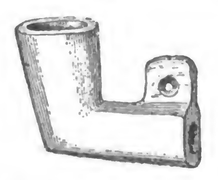


Fig. 40.—Pipa de piedra. Tennessee (según *Fewkes, Stone art*).

te baja (Georgia, Carolina del Norte, Virginia, Tennessee, Ohio, Missuri) (fig. 41); 10.°, las pipas que representan animales o cabezas humanas esculpidas. Estas últimas proceden exclusivamente del Ohio y corresponden a las pipas de barro del Estado de Nueva York. Algunas tienen la forma de cabezas humanas.



Fig. 41.—Pipas de piedra (según *Fewkes, Stone art*)



Fig. 42.—Pipas en forma de elefante. Iowa (según *H. W. Henshaw, Animal carvings from mounds*).

D. Wilson (1) y J. Short (2) creyeron poder determinar con la ayuda de estas cabecitas los caracteres de la raza constructora de los *mounds*, y afirmaron que no era semejante a los indios.

En 1882 (3) se han dado a conocer dos pipas, descubiertas en un *mound* del Iowa, que representaban cada una un elefante o un animal análogo. Se ha creído fuera el mastodonte, y se ha querido buscar analogía entre estas efigies y la de un *mound* emblemático del Wisconsin, cuya forma era bastante parecida a la del paquidermo dicho. Por desgracia, estas pipas fueron halladas con varios meses de intervalo por el mismo individuo y en el mismo lugar, y su autenticidad no está bien determinada (fig. 42).

§ V.—Objetos diversos de piedra pulimentada

Los morteros y los pilones abundan mucho en los amontonamientos conchíferos de la costa del Pacífico y principalmente en California. Los morteros son generalmente de forma globular, de paredes muy gruesas, labradas en una piedra porosa que tiene el aspecto de piedra pómez. Su diámetro es bastante grande, 30 centímetros aproximadamente, y el espesor de las paredes es de 2 ó 3. Los pilones son cilíndricos y redondeados en los extremos. Por término medio tienen de 30 a 40 centímetros de largo.

Estos instrumentos escasean mucho más en las regiones orientales de la América del Norte, y los modelos son más variados que en las costas occidentales. A veces los pilones son cilíndricos, a veces tienen forma de pera muy alargada. Los morteros son todavía más escasos y de dimensiones muy varias. Los más grandes debían servir para moler el grano o las nueces de *hickory* que servían de alimento, los más pequeños se utilizaron sin duda para moler las tierras colorantes. Se encuentran también, en las partes centrales del valle del Missisipí, pilones de ancha base plana, perfectamente dispuesta, que afectan la forma cilíndrica, cónica, o la de un cilindro con base muy amplia, como nuestros pilones para pulverizar. Es probable que sirvieran para reducir a polvo impalpable las materias colorantes, machacadas de primera intención en los morteros.

Se han descubierto, tanto en los montones de conchas como en los *mounds*, piedras de garganta, que se suponen haber sido pesos que servían para hundir los anzuelos y las redes de

(1) *Prehistoric Man*, págs. 461 y 469.
(2) *North-Americans of antiquity*, pág. 187.
(3) Bareer *On mound pipes* (AN., 1882, págs. 272 y siguientes).

pescar. Otras piedras, de forma ovoidal, no tienen empulgaduras. Han podido utilizarse para lo mismo, pero quizá también como piedras de honda (fig. 43). Otras tienen una perforación en el sitio de la empulgadura. Son especialmente numerosas en los montones de conchas californianos. A veces

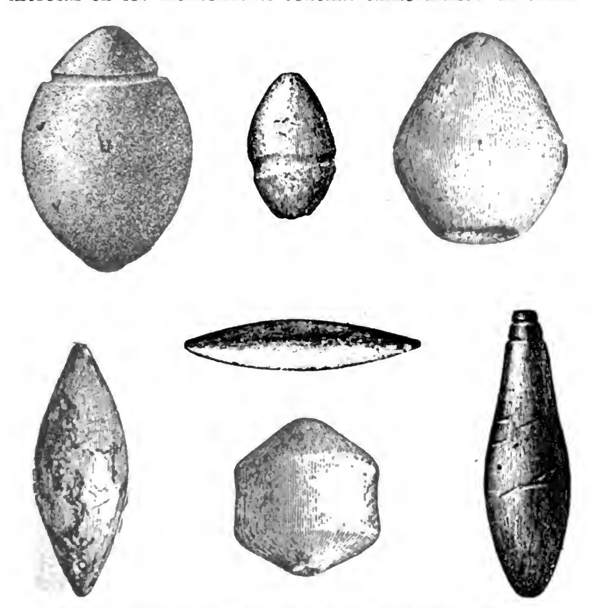


Fig. 43.—Piedras ovoidales, de diversas procedencias (según *G. Fewkes, Stone art*).

están pulimentadas con gran cuidado y pueden, en ciertos casos, haber sido llevadas como amuletos (1).

Lo mismo ocurre con la mayor parte de los objetos denominados por M. Fewkes «discoidal stones» y «ceremonial stones». Las piedras en forma de discos, muy abundantes en todo el valle del Mississipí, pueden haber servido como ador-

(1) Lorenzo Yates, *Charm stones. Notes on the so-called «plumets» or sinkers* (RS., 1886, Washington, 1889, págs. 296-305).

nos o como amuletos. Algunas están atravesadas por un agujero más o menos grande y excavadas por ambas caras de una

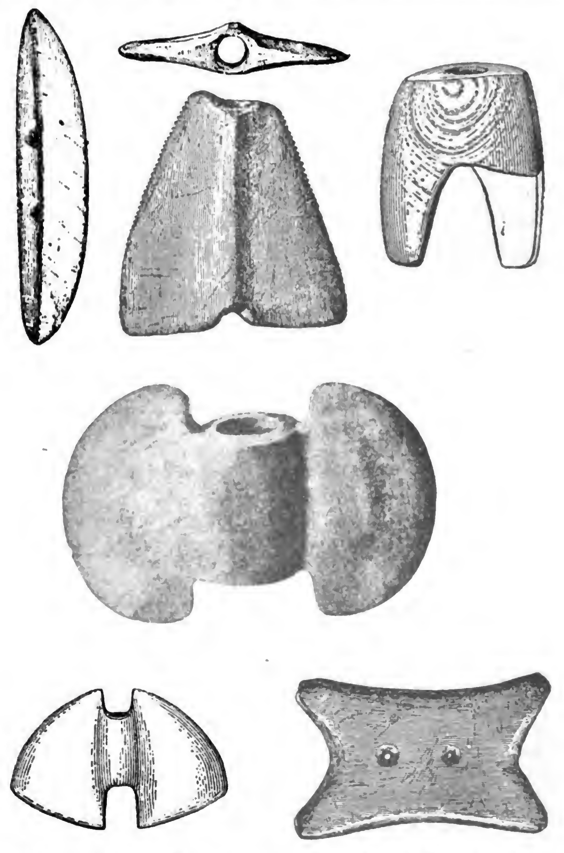


Fig. 44.—Objetos diversos de piedra pulimentada (según G. *Fowkes*, *Stone art*).

manera muy regular. Otras tienen sus caras paralelas, otras, en fin, son abombadas por uno solo o por ambos lados.

Hay en cantidad considerable piedras muy pequeñas, muy bien labradas y de gran variedad de formas, que parecen haberse llevado colgando, como lo indican las ranuras o las perforaciones que presentan. Su aplicación no se conoce, pero es evidente que se usaron, fuera como alhajas, fuera como objetos mágicos. Han recibido multitud de nombres, según la forma que afectan. Algunas son rectángulos planos, atravesadas por una o dos aberturas. Otras tienen la forma de poleas, de barco, de aceituna. Algunas semejan hachas de dos filos, harpones de doble punta, mariposas, pájaros. Están todas ad-

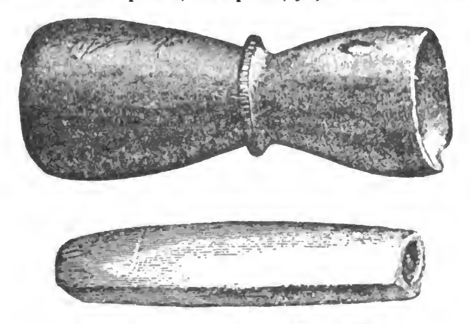


Fig. 45.—Tubos de piedra (según *Fewkes, Stone art*).

mirablemente pulimentadas y labradas con el mayor cuidado, aun cuando las especies minerales a que pertenecen figuren entre las más duras: cuarzo, serpentina, arenisca cuarzosa, hematites, jaspe, etc. (fig. 44).

Los *mounds* han propocionado cantidad considerable de tubos, hechos generalmente de esteatita y cuyo uso permanece todavía enigmático. Estos tubos son a veces cilíndricos, a veces cónicos. Se han encontrado también de forma de reloj de arena. La sección es las más de las veces circular, pero a veces es elíptica y más o menos alargada. Quizá estos tubos son formas particulares de un objeto sumamente abundante en todos los túmulos de la América del Norte: la pipa (fig. 45.)

§ VI.—La industria de la concha

La industria de la concha estuvo también muy desarrollada entre aquellas gentes. M. W. H. Holmes (1), que ha estu-

(1) *Art in shell of the Ancient Americans* (R E., II, Washington, 1883, págs. 179-305.

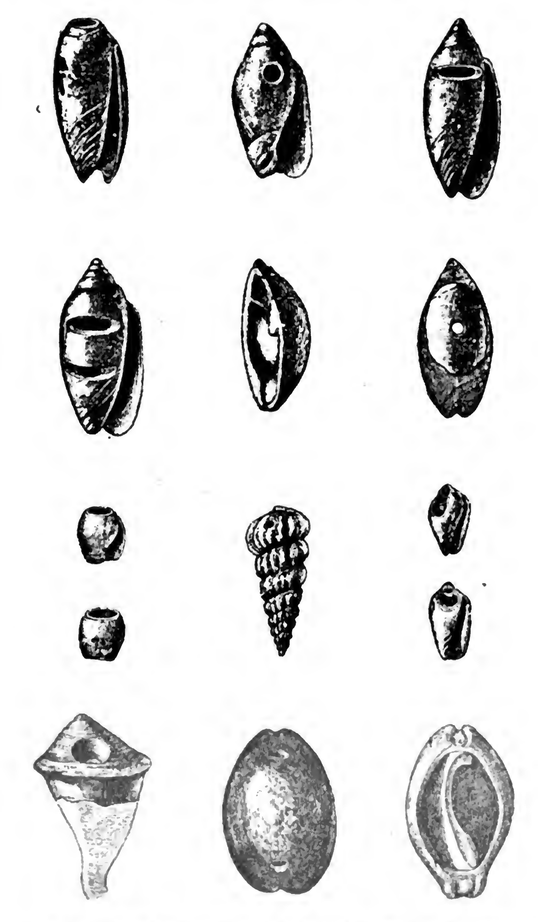


Fig. 46.—Cuentas hechas con conchas perforadas (según *W. H. Holmes, Art in shell of the Ancient Americans*).

diado los objetos de concha, los divide en dos grandes clases: los instrumentos y los adornos. Comprende la primera todos los objetos que han tenido una aplicación práctica, la segunda todos aquéllos que han servido como alhajas o como amuletos.

El uso de la concha de grandes univalvas *(Busycon perversum)* como copas para beber parece haber sido general en las

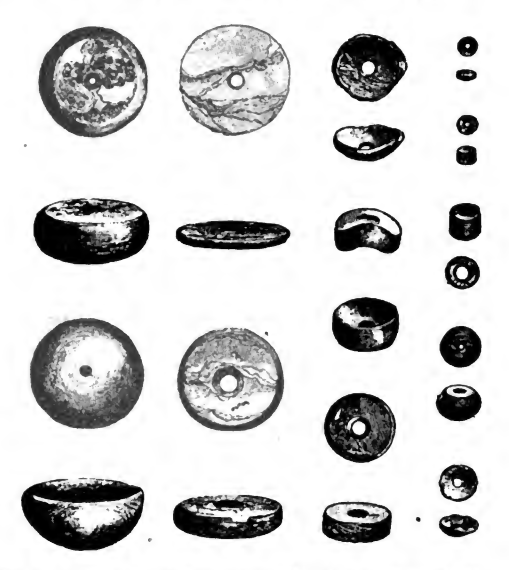


Fig. 47.—Cuentas discoidales, de concha (según *W. H. Holmes, Art in shell...)*.

regiones del Sur. Quizá las muchas conchas de esta especie encontradas en los *mounds* han servido para este uso, y es probable que los restos muy numerosos de *Unio* que en ellos se encuentran fueran cucharas.

Pero los objetos de concha labrados son casi todos adornos. Las cuentas son muy abundantes. Las más sencillas están hechas con conchas pequeñas de univalvas *(marginella, oliva, cyprea)* perforadas (fig. 46). Otra variedad muy común es la cuenta en forma de botón, placa circular cortada en una concha y atravesada por un agujero en el centro (fig. 47). Hay también en cantidades considerables perlas cilíndricas, hechas

con la columela de ciertos moluscos univalvos (fig. 48.) Estos cilindros, de color blanco, púrpura o negro, se parecen del

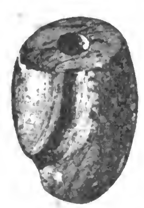


Fig. 48.—Cuenta cilíndrica (según *W. H. Holmes, Art in shell...)*.

todo a aquéllos con que los indios del Canadá y Nueva Inglaterra hacían sus *wampums*. Aun cuando estas cuentas se en-



Fig. 49.—Discos de concha grabados. Adornos diversos (según *W. H. Holmes, Art in shell...)*.



Fig. 50.—Adornos de concha. Decoración en espiral (según *W. H. Holmes, Art in shell...).*

cuentran en toda el área que comprenden los *mounds*, abundan especialmente en los Estados del Sudeste, del golfo de Méjico y del valle central del Mississipí, es decir, en localidades donde los primeros exploradores europeos vieron esta clase de objetos usados como moneda.

Otra clase importante es la de los pectorales *(gorgets)*. Estos

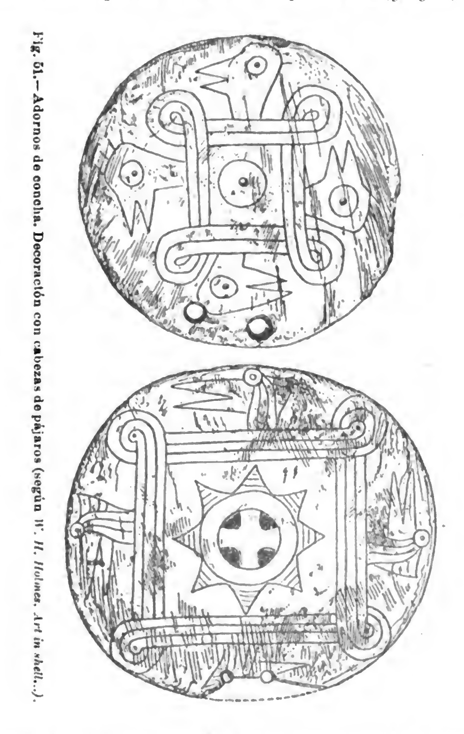


Fig. 51.—Adornos de concha. Decoración con cabezas de pájaros (según *W. H. Holmes, Art in shell...*).

pectorales son placas cortadas en el caparazón de ciertos moluscos. Su forma es circular las más de las veces y están grabadas al perfil en la superficie nacarada. El adorno es muy vario (fig. 49). Gran número de estos discos presentan un círculo central adornado con espirales y rodeado de otros círculos, en los que están inscritos otros adornos circulares (fig. 50).



Fig. 52.—Adorno de concha cortada. Decoración en forma de araña (según ***W. H. Holmes, Art in shell...*****).**



Fig. 53.—Adorno de concha grabada. Representación de una serpiente de cascabel (según ***W. H. Holmes, Art in shell...*****).**

Otros tienen un cuadrado central en medio del cual se ha trazado un círculo o una estrella. A cada uno de los lados del cuadrado hay una cabeza de pájaro, con el pico abierto (1) (fig. 51). Los *mounds* de las regiones centrales han proporcionado cierto número de pectorales en los que aparecen grabadas representaciones convencionales de la araña (2) (fig. 52) y de



Fig. 54.—Disco de concha cortada y grabada. Mac Mahan Mound, Tenessee (según *W. H. Holmes, Art in shell...*).

la serpiente de cascabel (fig. 53). Los del Tennessee y de Virginia ostentan otros adornos en forma de cabeza humana. Pero los más lindos de estos grabados son los que proceden del *mound* Mac Mahan (Tennesee) y de otro túmulo situado en el Missuri (3). El primero de estos objetos está hoy roto en parte. Completo, debía medir próximamente 12 centímetros de diá-

(1) W. H. Holmes, *Art in shell...*, lám. LIX.
(2) Id., *ibid.*, lám. LXI.
(3) Id., *ibid.*, láms. LXXIII, LXXIV, LXXV.

metro, faltando sobre poco más o menos la tercera parte. El dibujo representa dos hombres cubiertos de plumas y provistos de alas, con garras de águila en las piernas, y combatiendo. El personaje de la izquierda se ha conservado casi por entero. Sólo el perfil de la cara, un brazo y un pie aparecen deteriorados.



Fig. 55.—Disco de concha grabada, Missuri (según *W. H. Holmes, Art in shell...)*.

La mano derecha está levantada por encima de la cabeza, y blande una especie de cuchillo de doble punta (fig. 54).

El disco del mound del Missuri está mejor conservado. Tiene próximamente once centímetros y medio de diámetro y está adornado con seis círculos concéntricos. En este marco circular aparece grabado un personaje cuyo aspecto recuerda en absoluto el de ciertos guerreros pintados en los manuscritos o esculpidos en los monumentos del antiguo Méjico (fig. 55).

M. Holmes, luego Thomas Wilson (1), han llamado la atención sobre estas conchas adornadas, y sobre numerosos objetos, igualmente de concha, que ciertamente parecen mejicanos. Está en lo posible que la industria de la concha haya sido especial de la América del Norte, aun cuando ciertos dibujos se hayan copiado de los modelos mejicanos. Esta hipótesis implicaría, naturalmente, la existencia de relaciones entre los pueblos del valle del Mississipí y los de la América central, en una época anterior al descubrimiento de Colón. Otra prueba de estas relaciones se encontraría en los descubrimientos de objetos de metal de la América del Norte.

§ VII.—La labor de los metales (cobre, oro, plata, hierro meteórico)

No hay distrito de la América del Norte donde no se encuentren objetos de metal, y principalmente de cobre. La región más rica en metales labrados es el Wisconsin, luego vienen el Iowa, el Illinois y Virginia. Abundan en el Kentucky, el Tennessee, Carolina del Norte y Georgia septentrional. Todas las estaciones prehistóricas del Canadá los contienen también en gran número, pero los objetos de cobre de esta parte de la América del Norte son tan sólo cosas de uso corriente (puntas de flecha y de lanza, azuelas, hachas, hojas de cuchillo). En el Canadá faltan en absoluto los objetos de adorno, de cobre y de oro, que se encuentran en el suelo de los Estados Unidos. Además, algunas de las hojas de cuchillo canadienses ofrecen tal semejanza con las europeas que parecen haberse hecho con posterioridad al descubrimiento. En todo caso, un número bastante grande de antigüedades «intrusivas» de que tendremos que hablar, se han hecho con cobre en planchas importado de Europa.

Los *mounds*, por el contrario, han proporcionado distintos objetos: hachas, azuelas, discos planos, husos de cobre; pero los metales parecen haberse empleado principalmente para hacer adornos. Abundan mucho las sortijas, brazaletes y pendientes, así como las cuentas hechas con hojas delgadas de cobre arrollado. La mayor parte de las hachas, de las azuelas, de los husos, etc., son muy delgadas y es fácil ver que se han hecho con cobre maleable bruto, trabajado con los instrumentos imperfectos de los indígenas, y este cobre parece proceder del suelo mismo de América.

Es probable que el metal labrado por los constructores de los *mounds* viniera de los yacimientos del Lago Superior. El

(1) *The Swastika* (RUSM., 1894, Washington, 1896, pág. 885).

profesor R. L. PACKARD, que conoce muy bien las antiguas explotaciones, cree que éstas son obra de los aborígenes americanos. Las excavaciones, descubiertas en las minas de Keweenaw Point, Ontonagon y la Isla Real, son simplemente agujeros y cortes del terreno poco profundos. Los pozos de varias minas de cobre hoy explotadas en esta región (entre otras las de «Calumet and Hecla»), han sido abiertos en el si-

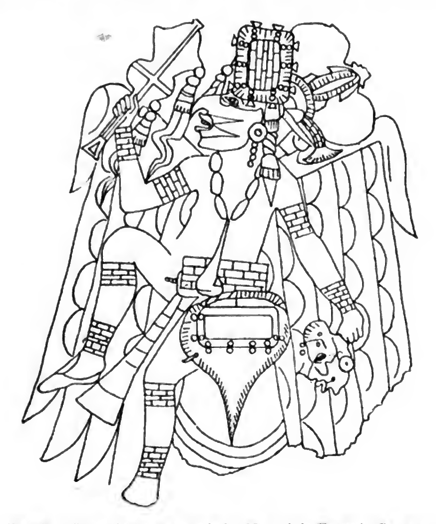


Fig. 56.—Placa de cobre repujado. Mound de Etowah, Georgia.

tio que tuvieron aquellas antiguas excavaciones. En Ontonagon (Minnesota), se han encontrado palas de madera que parecen remos, así como mazos de piedra (1) que debieron servir para la explotación. El cobre que se extraía era cobre nativo, bastante puro, y se labraba a martillo. En ninguno de los objetos hallados en la América del Norte se notan señales de fundición.

En las partes meridionales de los Estados Unidos, el mine-

(1) R. L. PACKAKD, *Pre-columbian copper-mining in North-America* (RS. 1892. Washington, 1893, págs. 173-199; WHITTLESEY, *Ancient mining in Lake Superior* (SCK., vol. III, Philadelphia, 1863).

ral de cobre se encuentra principalmente en la región de los Apalaches; pero el cobre nativo no se da allí. No se ha señalado todavía traza alguna de minas explotadas por los indios, como tampoco sitios de fundiciones, que deberían haberse instalado necesariamente para tratar el *mineral* de cobre, lo



Fig. 57.—Placa de cobre repujado. Mound de Etowah, Georgia.

cual ha hecho creer que venía de fuera, ya sobre todo de Europa, ya de Méjico o de Cuba (1) el cobre empleado por los indios de esta región para confeccionar sus instrumentos. Los objetos de cobre son muy varios. Haciendo excavaciones en el *mound* de Hopewell, en el Ohio, M. W. K. Moorehead descubrió un esqueleto cuyo cráneo tenía puesto una especie de casco de cobre coronado de cuernos de madera, recubiertos de

(1) Art. *Copper*, en *Handbook of North-American Indians*, página 344, col. I.

láminas de cobre, imitando la cornamenta del ciervo, y de 56 centímetros de longitud. Este ejemplar es único hasta el presente. En ciertos *mounds* del Illinois y del Ohio, así como en los montículos de arena y de conchas de la Florida, se han encontrado adornos de oreja de madera chapeada de cobre, y el *mound* de Holloway (E. de Georgia) ha dado unas especies de poleas hechas de los mismos materiales.

Los objetos más interesantes son los descubiertos en el gran *mound* de Etowah (Georgia) (1). Son tres placas de metal delgadas, que se encontraron en cistos de piedra en unión de esqueletos. Dos de ellas representan figuras humanas aladas (figs. 56 y 57), la otra un ave, probablemente un águila. M. Th. Wilson ha observado en estas placas de metal particularidades que las asemejarían a otras fabricadas por los antiguos habitantes de Méjico y de la América central (2).

Cl. B. Moore (3), W. K. Moorehead (4), Cushing pretenden que la composición del cobre y su labor indican que las placas metálicas de Georgia, y otras encontradas en el Ohio y el Illinois, han sido hechas en la América del Norte. M. Mac Guire (5), por el contrario, cree que el metal y el trabajo son europeos, quizá españoles. No obstante, la mayor parte de los arqueólogos americanos modernos se inclinan a ver en estos objetos productos de la labor indígena. El bronce parece haberse desconocido totalmente, y todos los objetos hechos con esta aleación son considerados posteriores al descubrimiento.

Los *mounds* y los montículos conchíferos han dado también algunos objetos de oro. En el Ohio, se han encontrado varios trozos pequeños de láminas de oro de cierto espesor u hojas de cobre chapeadas de oro. El *mound* de Etowah, en Georgia, ha proporcionado algunas cuentas del mismo metal, pero en la Florida principalmente es donde se han recogido objetos de oro. Son todos ellos adornos. En un *mound* del condado de Orange (Florida), Kunz (6) encontró, juntamente con un esqueleto, una plaquita rectangular de oro, en cuya parte superior había una ranura. Era el colgante de un collar de cuentas de vidrio, que el esqueleto tenía puesto al cuello. En otro

---

(1) Cyrus Thomas, *Burial mounds of the northern sections of the United States* (RE, V., Washington, 1887, págs. 96-106). Véase Th. Wilson, *The Swastika* (RUSM., Washington, 1896, págs. 885-897); C. Thomas, *Mounds explorations* (RE., XII, págs. 304-305).

(2) Th. Wilson, *The Swastika*, págs. 892 893.

(3) Cl. B. Moore, *Sheet copper from the mounds is not necessary of European origin* (AA., *New series*, vol. V, 1903, págs. 27-50).

(4) W. K. Moorehead, *Are the Hopewell Copper objects prehistoric?* (AA., n. s. vol. V, 1903, págs. 50-55).

(5) Discusión de la Memoria citada de Moore.

(6) Kunz, *Gold and Silver ornaments from mounds of Florida* (AT., vol. IX, 1887, págs. 1-9).

mound del mismo condado de Orange, KUNZ encontró otro adorno, circular, hecho con una lámina de oro delgada y adornado con dibujos repujados. Ejemplar particularmente interesante es el que descubrió C. Rau en un *mound* del condado de Manatee (Florida) (1). Está hecho con una placa delgada de oro cortada y representa la cabeza de un pájaro moñudo, probablemente el pico marfileño (*picus principalis* de Linneo) (figura 58).

La mayor parte de los autores creen que los objetos de oro son de origen extranjero y que proceden de Méjico o de la América central. Algunos han debido hacerse, posteriormente a la conquista, con oro de monedas. El adorno del *mound* de Manatee, entre otros, tiene exactamente la misma composición que las onzas españolas acuñadas en 1772. Muchos otros objetos de oro encontrados en la Florida están hechos con aleaciones europeas (2). Todo lo que antecede se aplica igual-

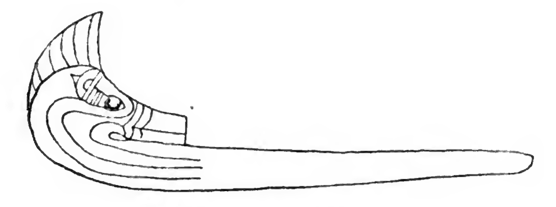


Fig. 58.—Adorno de oro. Florida.

mente a los escasos objetos de plata, encontrados sobre todo en la Florida.

La labor del hierro era totalmente desconocida entre los pueblos americanos más adelantados, como los de América central y el Perú, y con mayor razón falta en los túmulos de la América del Norte. A veces se encuentran objetos hechos con mineral de hierro en que la proporción de este metal es muy grande (hematites, hierro especular), objetos que se hacían enteramente igual que los demás instrumentos de piedra. Pero los productos más curiosos son las numerosas piezas de hierro meteórico encontradas en el Ohio. El hierro meteórico se labraba lo mismo que la piedra. Con él se hacían hachas y

(1) C. RAU, *Observations on a gold ornament of a mound of Florida* (R S., Washington, 1878, págs. 298-302); ID., *The archaeological collection of the United States National Museum* (SCK., vol. XXII); *Handbook of North-American Indians*, art. *Gold*.

(2) J. F. LE BARON, *Gold, Silver and other ornaments found in Florida* (RS., 1882, págs. 791-796).

adornos, algunos de los cuales, de forma de polea, recordaban los objetos de cobre (1).

El plomo, el zinc y el estaño no se encuentran más que en aleaciones y en muy pequeña cantidad en los objetos de cobre; pero un mineral de plomo, la galena, se ha empleado muchas veces en la fabricación de adornos, sin duda a causa de su hermoso brillo plateado.

Se encuentran con frecuencia en los mounds objetos de fabricación europea, clavos de hierro, cruces de plata, monedas de plata y oro, cerámica barnizada. Se ha descubierto, en un *mound* del condado de Unión, Mississipí, una placa de plata estampada, con las armas del reino de Castilla (fig. 59). En un



Fig. 59.—Placa de plata con las armas de España. Condado de Unión, Mississipí (según *C. Thomas, Mound explorations*).

túmulo de la Colombia británica, F. Boas ha encontrado un pequeño bronce de la India, de origen ciertamente reciente (2), y algunas monedas europeas o chinas se han encontrado en varios de los montículos conchíferos de la costa del Pacífico. La mayor parte de estos objetos han sido enterrados de intento o casualmente, cuando se hicieron los montones, y éstos son, por consiguiente, posteriores al descubrimiento de América.

No habría de creerse, sin embargo, que todos los objetos hechos con metales que no tenían los aborígenes sean de *factura* europea. Muchas veces, sólo el metal vino del otro lado del Atlántico, y el trabajo es americano. Los naufragios de

(1) Putnam, *Irom from Ohio mounds* (TAAS., vol. II, 1883, páginas 349-364. Véase *Handbook of North-American Indians*, art. *Iron*, pág. 615).

(2) F. Boas, *A bronze figurine from British Columbia* (BAMN., vol. XIV, New York, 1901).

los barcos españoles, la expedición de Soto, proporcionaron en el siglo XVI cantidad bastante considerable de metales a los indígenas de los Estados del Sudeste, lo cual explica la abundancia relativa de adornos de oro y plata en los *mounds* de la Florida. Por otra parte, las relaciones de los primeros viajeros que abordaron a Virginia, a Nueva Inglaterra, al Canadá nos dicen que los indios tenían grande ansia de cobre, metal cuya utilidad conocían y que, a lo que parece, debía escasear bastante entre ellos. Digamos, para concluir, que en la época del descubrimiento los aborígenes de la América del Norte salían del período neolítico y estaban en el alborear de la edad de los metales.

CAPÍTULO VII

La cerámica de los «mounds».

SUMARIO: I. Generalidades.—II. La región del Mississipí.—III. Cerámica del golfo de Méjico.—IV. Vasos de los Estados del Sudeste. V. Cerámica de Virginia y de Nueva Inglaterra.—VI. La cerámica de la región de los iroquenses y las pipas de barro cocido. VII. La región del Missuri.

§ I.—GENERALIDADES

Los estudios muy meticulosos emprendidos por W. HOLMES (1) le han llevado a establecer, entre los objetos de cerámica de la América del Norte, varias divisiones bien claras. Distingue en este respecto: 1.°, la cerámica del valle central del Mississipí; 2.°, la del golfo de Méjico y la Florida; 3.°, la de los Estados del Sudeste (Carolina del Sur, Georgia); 4.°, la de los Estados de Virginia y Nueva Inglaterra, que constituye lo que él llama grupo del Atlántico medio y septentrional; 5.°, la de la zona situada entre el grupo anterior y los Grandes Lagos (grupo iroquense); 6.°, la del norte del valle del Mississipí (grupo del Noroeste).

Los vasos examinados por M. HOLMES han sido descubiertos unos en los «mounds», otros en los montículos conchíferos. La cerámica de las orillas del Mississipí, del Missuri, del Arkansas, del Kentucky, procede de los «mounds». Por el contrario, casi todos los ejemplares de la costa oriental de la Florida fueron descubiertos en los montículos de conchas. Lo mismo ocurre con los ejemplares del Alabama y de la Luisiana.

Vamos a examinar rápidamente los diversos tipos, siguiendo el orden que indica M. HOLMES.

---

(1) W. H. HOLMES, *Ancient pottery of the Mississipi valley* (RE., IV, págs. 361-436). Del mismo autor: *Aboriginal pottery of the Eastern United States* (RE., XX, págs. 80-101).

§ II.—Región del mississipí

Los cacharros que pertenecen al primer grupo establecido por Holmes abundan, sobre todo, en el Arkansas, el Missuri, el Illinois, el Tennessee, pero se encuentran hasta Chicago al norte, en Angusta (Georgia) al sudeste y en las fronteras de Texas al sudoeste.

La pasta de estos vasos varía, en punto a color, desde el gris amarillento claro al gris y al castaño oscuro. Está bien cocida, por lo general, y se rompe con bastante dificultad. Se compone de arcilla a la cual se han mezclado conchas más o menos finamente pulverizadas. En algunos casos, la superficie del vaso ha sido espolvoreada con cuarzo o mica.

La cocción, relativamente buena, debía hacerse con fuego

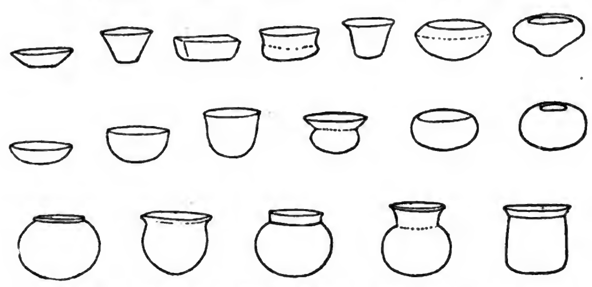


Fig. 60.—Cerámica de los Mounds, Mississipí central (según *Holmes, Aboriginal pottery*).

al aire libre, porque no se han encontrado todavía huellas de hornos de alfarero en esta región.

Las formas eran muy varias, más todavía que en ninguna otra región de los Estados Unidos, pero los vasos carecen muchas veces de simetría y de regularidad. Los que tienen forma de salsera, de copa o de tazón son muy abundantes, de tamaños bastante distintos. Tienen desde 26 milímetros de diámetro y de hondura hasta 52 centímetros de diámetro y 30 y medio de hondura. La mayor parte de estos tazones son segmentos esféricos, que van desde la forma del cristal de reloj hasta la esfera atravesada por un agujero en su parte superior. Otros son troncocónicos o elipsoidales, con el fondo unas veces redondeado, otras aplastado. Algunos, en fin, tienen la forma de pirámides truncadas, de base rectangular o cuadrada (fig. 60).

Los pucheros de panza esférica y gran abertura cilíndrica constituyen otra clase. Su tamaño varía desde el de una taza común hasta el de la damajuana de 45 a 60 litros de cabida. Cuando el cuello de estas vasijas se adelgaza tenemos la botija, que constituye otra serie muy variada. Las hay de panza esférica, compuesta, esquinada, de cuello más o menos alargado

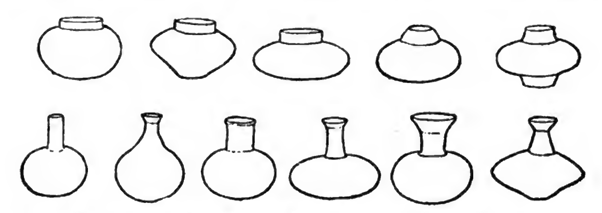


Fig. 61.—Cerámica de los Mounds (Mississipí central). Botijas, según *Holmes*.

o abierto (fig. 61). Muchas veces sostienen estos cacharros patas de barro cocido, por lo general en número de tres. En esta serie cerámica se encuentra el mayor número de vasos adornados. La última serie comprende las pipas de barro cocido que abundan bastante y son muy parecidas a la pipa de caña que usan los indios modernos.

Al lado de estas formas regulares se encuentra, en número bastante grande, otras distintas. Tal las botellas de doble o triple cuerpo con un solo cuello, las de abertura en forma de asa de cesta; tal también los tazones figurando animales (peces, pájaros) u hombres. Estas vasijas, que recuerdan mucho la cerámica peruana, proceden sobre todo del Arkansas y del Missuri (fig. 62).

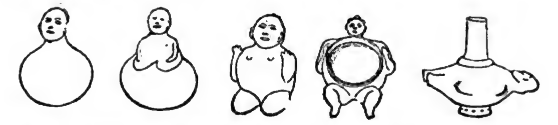


Fig. 62.—Cerámica de los Mounds (Mississipí central). Vasijas reproduciendo la forma humana.

El adorno de los vasos varía tanto como su forma. Está pintado o grabado. Los motivos geométricos, triángulos (dientes de lobo), círculos concéntricos, líneas partidas, espirales, etcétera, son los más frecuentes. A veces la panza de las botellas, en la que figuran la mayor parte de los motivos del ador-

no, está dividida en zonas fusiformes por fajas de pintura, o por líneas grabadas en el barro. Las figuras de animales son muy escasas y parece que se han reservado las formas animales, principalmente las cabezas de aves o de mamíferos, para adornar las asas de los tazones.

En conjunto, la cerámica de la región central del Mississipí produce la impresión de haber sido fabricada por gentes que poseían el arte de la alfarería desde hacía mucho tiempo, y su variedad, la gracia de algunas de sus formas nos inclinan a creer que es obra de un pueblo que disfrutaba de una civilización bastante adelantada.

En el valle inferior del Mississipí, hay una cerámica análoga a la que acabamos de describir. No obstante, las formas son menos variadas, pero los vasos parecen estar más perfectamente hechos que en la región central. El adorno, siempre grabado, consiste sobre todo en espirales. Es probable que esta cerámica constituya una variedad local del tipo anterior.

§ III.—Cerámica del golfo de Méjico

Se encuentra al este del Mississipí y al sur de la Georgia, es decir, en los Estados de la Florida, de Alabama y en algunos puntos de la Luisiana occidental, otro tipo de cerámica que sólo por su adorno difiere de la de la región central del Mississipí. Los cacharros de esta clase han sido subdivididos por Holmes (1) en dos tipos: el de la costa del golfo de Méjico y del Alabama, y el de la Florida.

En la primera de estas regiones, las formas son muy parecidas a las que dominan en el valle del Mississipí. Son copas o tazones, pucheros, caracterizados por su engruesamiento particular de los bordes, y botellas, éstas en corto número. Los vasos pintados son poco abundantes. El barro es fino y silíceo, y raras veces se encuentra mezclado con conchas pulverizadas. Los motivos de decoración tomados de la forma animal son frecuentes, sobre todo las representaciones del águila y de la serpiente. Además, las asas de los vasos están muchas veces adornadas con figuras de animales (2).

En la Florida, las magníficas exploraciones de C. B. Moore y de Cushing han proporcionado ejemplares de cerámicas muy distintas, unos que pueden rivalizar con los mejores productos del Mississipí inferior (fig. 63), otros de la más tosca factura. Es probable que en muchos sitios, sobre todo en los montículos conchíferos, la industria haya evolucionado en el mismo lu-

(1) *Aboriginal pottery*, págs. 104-145.
(2) W. H. Holmes, *Aboriginal pottery*, pág. 112.

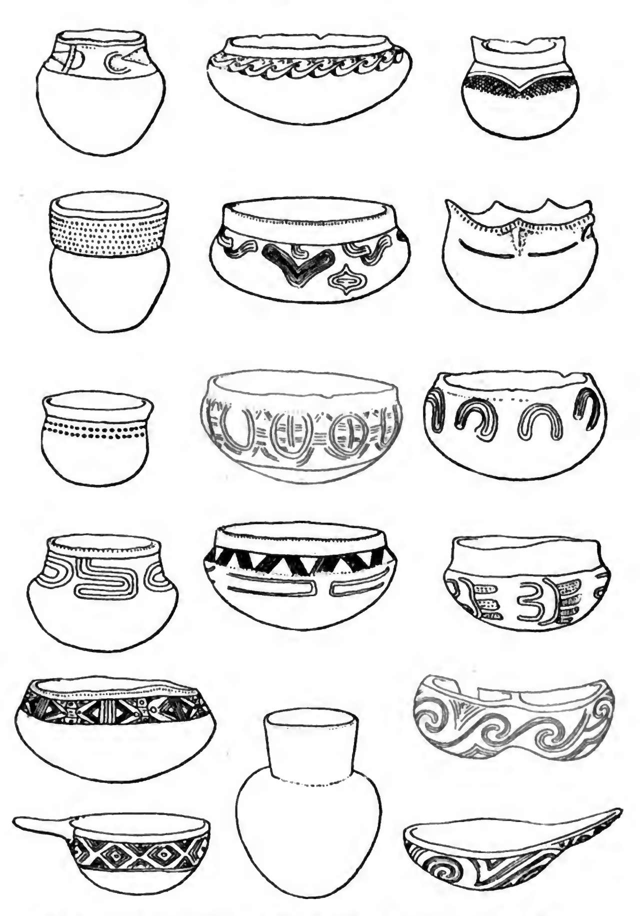


Fig. 63.—Vasos con adornos de la Florida. Colección Moore (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery of the Eastern United States).*

gar. En efecto, la parte inferior de estos montículos no contiene cacharro alguno, las partes medias contienen restos de una labor sumamente tosca y las capas superiores abundan en cacharros pertenecientes a tipos distintos. Los montones de arena y de conchas que constituyen las tumbas de la Florida, contienen una variedad especial de barros cocidos, que no se encuentran en ninguna otra parte en América. Son cacharros toscos que por su aspecto parecen juguetes infantiles y que representan, ya objetos de uso doméstico, ya animales muy mal imitados (fig. 64).

En muchos vasos de la Florida, y también en algunos del Alabama, aparece un procedimiento especial de adorno: el estampado, que se obtenía probablemente con ayuda de planchas de madera esculpidas, que se aplicaban al barro todavía blando. Los otros procedimientos para hacer el adorno, la pintura y el rayado se usaban también.

§ IV—Vasos de los estados del sudeste (1)

Esta región comprende los Estados de Georgia y Carolina del Sur. Los vasos que de ella proceden tienen un aspecto muy especial que se encuentra también en las partes adyacentes del Alabama, de la Florida, de la Carolina del Norte y del Tennessee.

El barro es, por lo común, duro y pesado, a causa de sus elementos componentes: arcilla mezclada con una gran proporción de arena cuarzosa. Es generalmente de color gris o castaño.

Los vasos están hechos con cuidado. Sus paredes son poco gruesas y tienen contornos simétricos. Las formas son menos variadas que en el Mississipí central y en la Florida. Son cazuelas llanas u hondas, generalmente de gran tamaño, con bordes curvos, unas veces al interior, otras al exterior; pucheros o calderos de barro cocido cuya forma varía desde la escudilla hasta el cilindro. Tienen generalmente el fondo llano, lo cual los permite sostenerse solos en una superficie plana. Los vasos en forma de botella faltan en absoluto, pero abundan las pipas de barro cocido. Las más de las veces figuran una cabeza de animal.

El adorno de la cerámica del sudeste se obtenía siempre por estampado. Es difícil darse cuenta de la naturaleza exacta del instrumento que servía para estampar. No obstante, podemos suponer que era de forma plana, porque la mayor parte de los cacharros no muestran, en su parte redondeada,

(1) W. H Holmes, *Aboriginal pottery*, págs. 130-145.

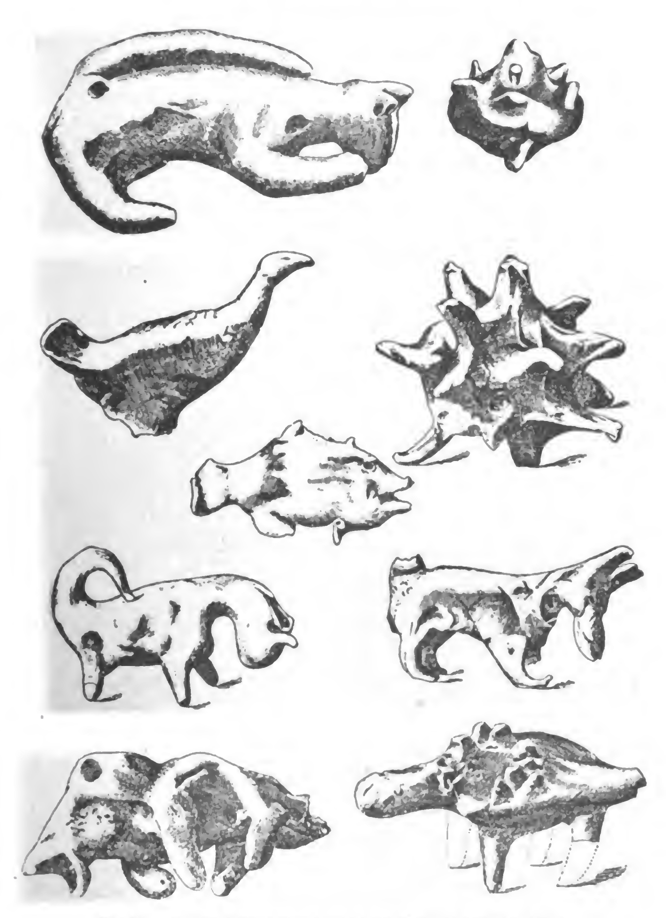


Fig. 64.—Ejemplares de cerámica basta de la Florida. Colección Moore (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

sino la impresión de la parte central. HOLMES (1) piensa que el marcador de que se trata estaba provisto de mango y era muy parecido a los que utilizan los cherokis modernos (fig. 65). No parece que la estampación se haya hecho siempre con mucho cuidado, y ocurre con frecuencia que aparezcan unas marcas



Fig. 65.—Plantillas de alfarero de los cherokis modernos (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

encima de otras, lo cual hace muy difícil el estudio del dibujo. Los motivos del adorno son sencillos y consisten en tres filas de líneas que se cruzan en ángulo recto y dejan entre ellas un espacio cuadrado que sobresale. El estudio cuidadoso de estos dibujos ha mostrado que se parecen mucho a los que adornan los objetos de madera fabricados por los antiguos habitantes

(1) *Aboriginal pottery*, pág. 133.

de las Antillas (1). Tal los que se representan en la figura 66, que recuerdan el Svastika o el martillo de Thor. Parece innegable, por otra parte, que el sudeste de los Estados Unidos y las

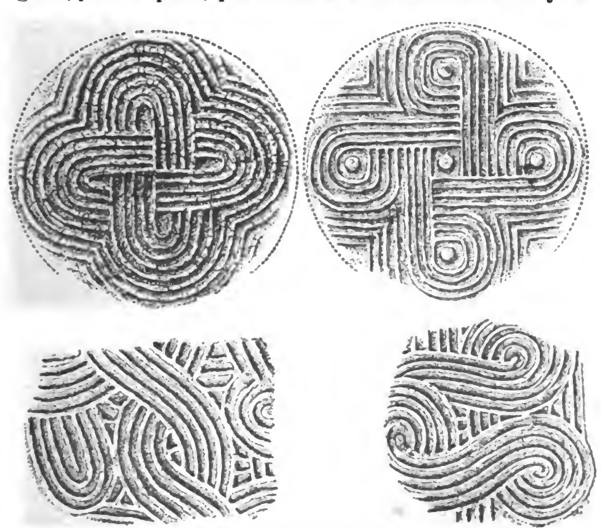


Fig. 66.—Motivos estampados en relieve de la cerámica de los Estados del Sudeste (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

Indias occidentales tuvieron relaciones frecuentes y seguidas en los siglos que precedieron al descubrimiento de América (2).

§ V.—La cerámica de Virginia y de Nueva Inglaterra (3)

Holmes designa la cerámica de esta región con el nombre de grupo del Atlántico medio o Algonkin, que divide en dos subgrupos: 1.°, meridional o de Virginia; 2.°, septentrional, cu-

---

(1) *Aboriginal pottery*, pág. 134.
(2) W. H. Holmes, *Caribbean influence on the prehistoric ceramic art of the Southern States* (A A, nueva serie, vol. VII, págs. 71 y siguientes).
(3) W. H. Holmes, *Aboriginal pottery*, págs. 145-158 y 175-186.

yos ejemplares se encuentran en los Estados del nordeste y en el sudeste del Canadá (Acadia, Nueva Escocia) y al cual pueden referirse en parte los vasos encontrados en los *mounds* del Ohio.

Los cacharros que pertenecen a la primera de estas subdivisiones se encuentran en los montículos conchíferos y en los escasos *mounds* del Delaware, del distrito federal de Columbia y del Maryland. Su labor y su forma son bastante toscas, aun cuando la cocción sea en general buena. La pasta es de arcilla, mezclada con conchas pulverizadas, cuarzo, gneiss o esteatita en polvo, o también con arena silícea.

La mayor parte de los cacharros han sido empleados probablemente para guisar, y así sus formas son poco variadas. Son pucheros y marmitas de boca ancha, de tamaño mediano o pequeño, cazuelas hondas y algunas pipas. En ciertos casos, estos cacharros están adornados con pequeñas aplicaciones representando cabezas, cuellos, patas de pájaros o de cuadrúpedos.

El adorno se ha logrado, las más de las veces, por aplicación de tejidos de mimbre o telas. En general, el cacharro entero está cubierto de impresiones de tela basta, y el adorno del cuello se debe a la aplicación de cuerdas retorcidas. A veces se encuentran adornos hechos por incisión, siempre muy sencillos, y consistentes en dentellados, líneas rectas, puntos o combinaciones de estos sencillos motivos. Los bordes están muchas veces labrados para aumentar el efecto del adorno. A veces están cortados o tienen partes sobrepuestas (fig. 67).

Los cacharros descubiertos en los montículos conchíferos del Maine, del New-Jersey y de Nueva Escocia están raras veces enteros, lo cual hace muy difícil su estudio. Los vasos funerarios parecen haber sido rotos de intento y aparecen en pedazos muy pequeños. En cuanto a los cacharros que servían para guisar, eran muy quebradizos y se han roto.

La masa está hecha, como en los cacharros pertenecientes al subgrupo anterior, con arcilla muchas veces impura y mezclada con materias silíceas, y en ocasiones con conchas pulverizadas. La rotura es rugosa e irregular, y el color castaño o gris rojizo.

Las formas son poco variadas, menos todavía que las del subgrupo meridional. Hay pucheros de boca ancha, cazuelas muy hondas y pipas en forma de tubo cónico encorvado. Los bordes de las vasijas eran a veces cortados, como en Virginia. La superficie del cacharro era siempre bastante lisa, lo cual indica que se empleaba el pulidor para darle la última mano.

El adorno se componía a veces de combinaciones de líneas y puntos, y a veces de estrías hondas que, según M. Holmes, deben haberse hecho con una ruedecita de madera que tenía los bordes estriados, procedimiento utilizado con frecuencia para el adorno de cacharros en el valle superior del Mississipí. Las impresiones de telas o de tejidos de mimbre son escasas.

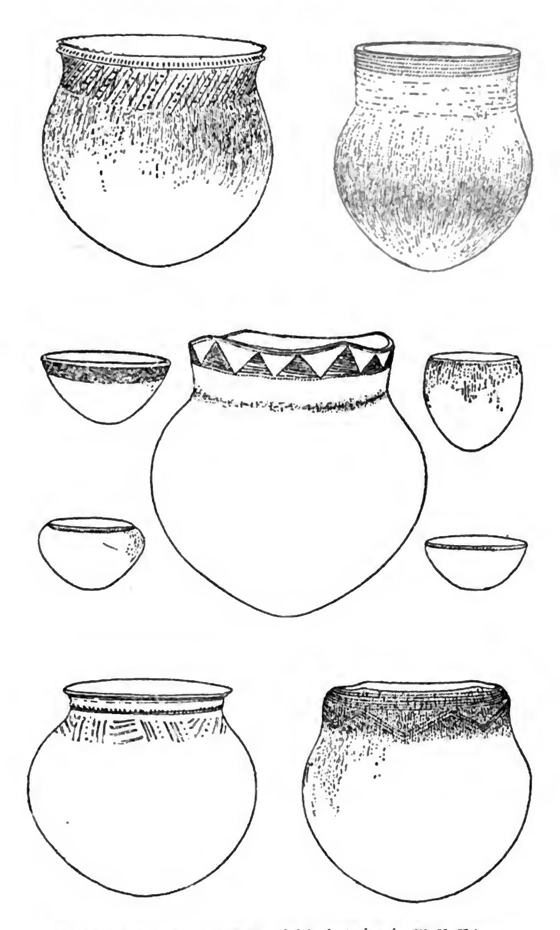


Fig. 67.—Cerámica de los estados del Sudeste (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

En cuanto a la cerámica del Ohío, pertenece al grupo de Nueva Inglaterra, aun cuando se dejen notar en ella algunos influjos del valle medio del Mississipí.

§ VI.—La cerámica de la región de los iroquenses y las pipas de barro cocido (1)

Esta cerámica fue descubierta en la región que se halla a occidente de la que antecede. Es muy escasa en la costa de Nueva Inglaterra.

El barro de que está hecha se compone de arcilla gruesa, mezclada con polvo de rocas cristalinas (los trozos de conchas son muy pocos). Es más o menos fino según el tamaño y la aplicación de los cacharros. Son éstos, por lo general, de color castaño o gris rojizo. La cocción se verificaba en agujeros abiertos en el suelo.

Las formas son muy variadas. Hay pucheros de gran tamaño, con las bocas muy altas y el borde generalmente ribeteado.

El adorno se compone de líneas rectas, que forman combinaciones múltiples. Generalmente está grabado. Hay también gran número de cacharros en los que el adorno se ha logrado aplicando un tejido de mimbre.

La particularidad principal de esta cerámica consiste en la existencia de un número considerable de pipas de barro, de excelente factura y de una variedad de formas extraordinaria. El barro utilizado es de color negro. Su dureza es tan grande que en el primer momento se creería que las pipas son de piedra, y por lo mismo admiten un pulimento muy hermoso. Representan unas veces animales, otras, cabezas humanas (figura 68).

En general, la cerámica de la región iroquense es, a excepción de las pipas, más tosca que la de las regiones vecinas y semejante en todo a la fabricada por los iroquenses en los siglos que siguieron a la conquista.

---

(1) W. H. Holmes, *Aboriginal pottery*, págs. 145-175; F. H. Cushing, *The germ of shoreland pottery* (*Memoirs of the International Congress of Anthropology*, Chicago, 1894).

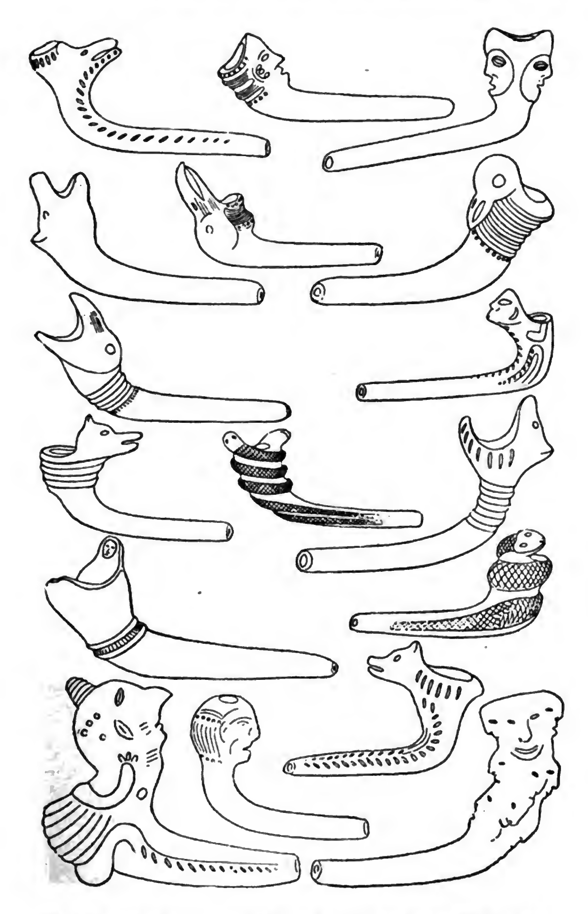


Fig. 68.—Pipas de barro cocido de la región iroquense (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

§ VII.—Región del missuri (1)

A esta región pertenecen los vasos del alto valle del Mississipi, del Missuri y del Red River, así como los de la región de los grandes lagos del Oeste (Lagos Michigán y Superior). W. H. Holmes distingue en ellos dos subtipos, según los procedimientos que han servido para hacer el adorno. El primero comprende la cerámica adornada con ruedecilla al estampado; el segundo aquélla cuyo adorno consiste principalmente en impresiones de telas o tejidos de mimbre.

Los vasos del primer subtipo se encuentran cerca del curso superior del Mississipí, al norte de la confluencia del Missuri, en los Estados de Iowa, Wisconsin, Michigán, Illinois,



Fig. 69.—Cerámica del Nebraska (según *W. H. Holmes, Aboriginal pottery...*).

Indiana y Ohio. Sin embargo, se han encontrado algunos mucho más al este, en los Estados de Nueva Jersey y del Maine.

El barro está muchas veces mezclado con materias silíceas, malamente pulverizadas. Las formas son poco numerosas y parecen haber servido todas para usos culinarios. El adorno presenta, ya series de puntos obtenidos con ruedecita, ya dibujos estampados repetidos regularmente en toda la superficie.

Los vasos del segundo tipo están extendidos de modo uniforme por los alrededores de los Grandes Lagos y en los valles del Missuri y del Red River. Las formas se parecen mucho a las que se encuentran en el valle central del Mississipí, pero están peor hechos (fig. 69).

(1) W. H. Holmes, *Ancient pottery of the Mississipi valley.* (R E, IV, Washington, 1887, págs. 437-445; Id., *Aboriginal pottery,* página 186.

CAPÍTULO VIII

Los constructores de los «mounds».

SUMARIO: I. Antigüedad de los *mounds*.—II. El origen tolteca.—III. El origen indio.—IV. Objeciones formuladas contra el origen indio.—V. Las tablillas con signos alfabéticos.—VI. La civilización de los indios de la América del Norte.—VII. Construcción de *mounds* después del descubrimiento. Testimonios de diversos autores.—VIII. Los diferentes tipos de *mounds* y sus constructores.

§ I.—ANTIGÜEDAD DE LOS «MOUNDS»

¿De cuándo datan los túmulos de la América del Norte? La cuestión es de las más difíciles de resolver. Ningún dato geológico puede servir para asignarles fecha, ni tampoco pueden proporcionarnos, en este respecto, ninguna indicación precisa los hechos antropológicos o tecnológicos. Las hipótesis que se han aventurado se basan, por tanto, en fundamentos muy poco firmes.

En un número bastante grande de *mounds* han crecido árboles, algunos de los cuales han alcanzado dimensiones relativamente enormes. Se ha tratado de darse cuenta de la época en que los *mounds* fueron abandonados contando los anillos de crecimiento. Este medio de calcular ha dado resultados bastante diferentes. En un *mound* del Ohio se derribó un árbol (cuya especie no se indica), que contaba 800 anillos, en otro un castaño de 23 pies de circunferencia que tenía 600 círculos concéntricos. A un cedro blanco de Wisconsin se atribuyeron ochocientos sesenta años (1). Pero como las diversas especies arbóreas no crecen con la misma rapidez, este modo de calcular carece de precisión.

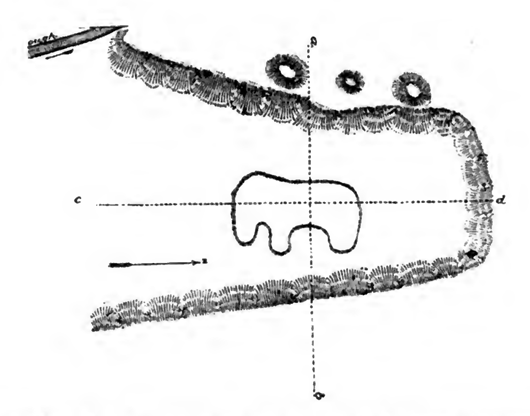
Se ha atribuído a uno de los *mounds* del Wisconsin una

(1) FOSTER, *Prehistoric races*, págs. 373-375.

antigüedad mucho mayor. Efectivamente, se quería hacerle contemporáneo de la existencia del mastodonte en el suelo americano. El «elephant mound» está situado en el condado de Grant. Fue examinado y dibujado, en 1872, por M. Warner en nombre del Instituto Smithsoniano. La figura que da se



Fig. 70.—La primera figura es la que dió en 1872 *Warner*, representando el «mound del elefante». La segunda es la dada en 1884 por *Middleton*.



Esta figura es la reproducción del plano levantado por el coronel Norris para la Oficina de Etnología de Washington (según *C. Thomas, Mound explorations*).

parece un poco, efectivamente, a un elefante (1) con la trompa caída y que va adelgazando hacia la punta (2).

El año 1884, M. Midleton hizo una descrición detallada de

---

(1) G. K. Warner, *Big Elephant mound in Grant County, Wis.* (RS, 1872, Washington, 1873, págs. 271-275).

(2) Cyrus Thomas, *Mound explorations*, págs. 627-630. Hoy, *Who built the mounds?* (*Transactions of the Wisconsin Academy of Sciences*, vol. VI, 1881-83, págs. 84-86).

este túmulo. En su bosquejo, la «trompa» del dibujo de Warner no aparece. La cabeza termina en una especie de morro, de igual forma que la encontrada en otros *mounds* de la misma región que representan osos (1). El coronel Norris, que visitó este monumento por cuenta de la Oficina de Etnología, opina que el apéndice en forma de trompa ha podido producirse por un corrimiento de tierras (2) (fig. 70).

En suma, ningún indicio natural permite asignar fecha a los *mounds*, ni el estar situados a las orillas de aluvión de los ríos, ni las hierbas que los invaden, ni los instrumentos que contienen y que, por lo general, se encuentran en excelente estado de conservación.

Podemos terminar con estas palabras de Nadaillac: «De los *mounds* mismos, no podemos aprender nada. Un trascurso de cinco o de treinta siglos representa tan exactamente el tiempo necesario para el desarrollo de esta civilización» (3).

§ II.—El origen tolteca.

Desde fines del siglo xviii, los arqueólogos americanos han tratado de determinar quiénes fueron los constructores de los túmulos sembrados en el territorio de los Estados Unidos. El viajero Bartram (4), que había recorrido los Estados del Sur y observado que los indios no conocían la aplicación de la mayor parte de estos monumentos, los asignó remota antigüedad. El Dr. Franklin, respondiendo a una pregunta del presidente Stiles acerca del origen de los *mounds* del Ohio, dijo que opinaba que estos trabajos de fortificación podían haber sido hechos por los españoles de la expedición de Soto (5). A principios del siglo xix, el reverendo T. Harris fue el primero que dijo que estos montículos eran obra de un antiguo pue-

(1) Véase, por ejemplo, M. Strong, *Observations on the prehistoric mounds of Grant county* (RS, 1876, Washington, 1877, págs. 424 a 432).

(2) C. Thomas, *Mound explorations*, págs. 91-93; H. W. Henshaw, *Animal carvings from mounds of the Mississipi valley*, págs. 152-154.

(3) *L'Amérique préhistorique*, pág. 198.

No obstante, creemos que la primera cifra de Nadaillac se acerca más a la verdad que la segunda. Ninguna ruina americana, lo mismo en el Perú o en el Yucatán que a las orillas del Ohio y del Mississipí, puede atribuirse con certidumbre a una época tan remota, y es muy probable que la construcción de los atrincheramientos de forma geométrica del Ohio se viera detenida por la extensión del poderío iroquense, en el siglo xv, cuando ésta dió lugar a tantas emigraciones en esta parte de América.

(4) *Travels through Florida*. Londres, 1791, págs. 367-390.

(5) C. Thomas, *Mound explorations*, págs. 597-598.

blo civilizado de Méjico que ha desempeñado en la explicación de las ruinas americanas considerable papel, los toltecas. En la misma época, el obispo Madison manifestaba que había que ver en ellos la obra de los antepasados de los indios que poblaban el suelo de los Estados Unidos.

Pero las discusiones no tomaron cuerpo realmente sino después de publicado el gran trabajo de SQUIER y DAVIS (1). En general, se quiso ver en estos túmulos la obra de una nación muy civilizada, con preferencia los toltecas, que habría habitado el valle del Mississipí antes de pasar a las mesetas de Méjico y las tierras calientes de la América central. Esta teoría fue sostenida por SQUIER y DAVIS, por J. T. SHORT y el reverendo MAC LEAN. Para otros, tal como DANIEL WILSON, J. D. BALDWIN, FOSTER, los toltecas habrían venido de Méjico a los valles del Mississipí y de sus afluentes, y habrían sido rechazados más tarde en dirección sur por la llegada de los indios bárbaros que bajaron del norte.

Muchos otros autores, sin reconocer a los toltecas u otros pueblos de Méjico en los constructores de los *mounds*, veían en ellos una raza totalmente desaparecida y mucho más adelantada que lo estaban los indios. Es una hipótesis admitida todavía hoy por cierto número de arqueólogos americanos (2).

§ III.—EL ORIGEN INDIO

No obstante, la opinión del obispo Madison encontró algunos defensores. El mismo SQUIER creía que los túmulos del Estado de Nueva York eran obra de los iroquenses. Pero durante mucho tiempo su voz no tuvo eco, y el número de los partidarios del origen indio de los *mounds* siguió siendo escasísimo. Basaban sobre todo su creencia en una tradición de los indios Delawares, referida por el misionero HECKEWELDER (3), y que hablaba de una tribu de indios muy civilizados, los *Talegwis*, que habían ocupado Nueva Inglaterra y las regiones vecinas. Los Talegwis fueron considerados como los constructores de los *mounds* (4), y poco a poco se llegó a identificarlos con las naciones indias modernas. Esta teoría tuvo

(1) En 1848.
(2) El célebre etnógrafo y arqueólogo americano L. H. MORGAN creía que era necesario ver en los pueblos que construyeron los túmulos a los antepasados de los indios Pueblos, que habitan hoy casas de piedra o de ladrillo en los desiertos de Nuevo Méjico y del Arizona. Esta hipótesis no tuvo éxito. (*Houses and house life of North-American Indians*, págs. 209-210).
(3) *Manners and Customs of the Indian Nations.*
(4) DAWSON, *Fossil man*, los identifica con los toltecas.

por principales autores a D. G. Brinton, F. M. Force, P. R. Hoy, L. Carr y Cyrus Thomas. Fue también sostenida por Dall en la traducción que hizo del libro de Nadaillac, *L'Amérique préhistorique*, y opinando lo contrario que el autor francés, que tenía a los constructores de los *mounds* por una raza desaparecida. Esta teoría ha ganado mucho terreno en los últimos veinte años y es aceptada por la Oficina de Etnología de Washington, que la ha hecho de algún modo oficial.

No obstante, hay argumentos que militan en favor de una hipótesis que vería en los constructores de *mounds* una población venida de otra parte que de América del Norte. Valen la pena de ser examinados.

§ IV.—Objeciones contra el origen indio

Los *mounds* y los objetos que encierran, se dice, exigen para su ejecución un conocimiento de las artes y un trabajo metódico que son extraños a la civilización de los Pieles Rojas (1). Tal es la principal objeción que se hace a los que ven en los indios los constructores de estos monumentos. Pero ciertos autores han precisado. Los *mounds*, dicen Squier y Davis, presentan caracteres de construcción de una homogeneidad notable. Pertenecen, a no dudar, a un solo gran sistema. Ahora bien, para que un sistema se encuentre aplicado con tal regularidad, es preciso que sus autores pertenezcan a un mismo pueblo, que estén sometidos a un solo gobierno, lo cual nos lleva a afirmar la existencia de una nación dirigida por una administración central (2). Es muy evidente que semejante organización social no corresponde en nada a lo que sabemos de los indios. Esta hipótesis supone que los *mounds* presentan en todas partes el mismo carácter. Ahora bien, nada más diferente a los recintos del Ohio que los *mounds* de terrazas de Georgia, o que las efigies del Wisconsin. Pero los arqueólogos, fiándose en los estudios de Squier y Davis, aceptaron el dogma de la homogeneidad y a él se atuvieron con firmeza (3).

Otra objeción de orden general era que los constructores de los *mounds* habían sido ciertamente agricultores. Ahora bien, los indios eran nómadas cazadores. Esta idea errónea ha sido refutada principalmente por M. Lucien Carr (4), luego

(1) Short, *North-Americans of antiquity*, pág. 65.
(2) *Ancient Monuments of the Mississipi valley*, pág. 301.
(3) C. Thomas, *Mound explorations*, pág. 611.
(4) *The mounds of the Mississipi valley, historically considered* (R S, 1891).



por J. W. Powell (1) y Cyrus Thomas (2), que han mostrado su inexactitud. Todos los indios de la costa del Atlántico que vieron los primeros exploradores (Soto, W. Raleigh, R. de Laudonnière, Jacobo Cartier) eran agricultores. Todas las naciones en cuyo territorio están repartidos los *mounds* cultivaban el maíz, las calabazas, las habas y el arroz silvestre *(zizania aquatica)*.

Se ha invocado también, como prueba del origen extranjero de los constructores de *mounds*, la excelencia de los productos que fabricaron.

Pero no es más que una conclusión prematura, basada en el conocimiento imperfecto de la industria de los indios. Los objetos de piedra que se encuentran en los túmulos están a veces admirablemente hechos, pero no son superiores a los que hacían los indios en el siglo XVI. Las formas y los modelos no ofrecen nada que no se encuentre en éstos. La cerámica es, en algunas regiones, inferior a la que fabricaban los pueblos de la época histórica, y los modelos antiguos se encuentran en su mayor parte entre los indios de las mismas regiones.

Ni siquiera el arte del cobre, que se daba como una prueba de la superioridad de los constructores de *mounds*, ha dejado de existir entre los indios, conforme lo atestiguan los viajeros franceses del siglo XVI.

§ V.—Las tablillas de piedra con signos alfabéticos y las pipas de piedra

En ciertos túmulos se han descubierto tablillas de piedra, en las que se habían grabado signos que se asemejan a los de nuestros alfabetos (3). Pero la autenticidad de estos objetos está lejos de ser probada y la opinión de los autores antiguos, que veían en ellos el indicio de una civilización adelantada, no puede tomarse en consideración.

Los partidarios del origen mejicano han creído poseer durante mucho tiempo una prueba cierta. Varios objetos encontrados en los túmulos representaban, decían ellos, animales pertenecientes a la fauna de la América central. Squier y Davis habían reconocido, entre otros animales no existentes en la América del Norte, el manatí *(Manatus americanus)*, el tu-

---

(1) *Linguistic families of America north of Mexico* (RE, VII).

(2) *Mound explorations*.

(3) Véase acerca del particular Daniel Wilson, *Prehistoric Man*, págs. 409-13, y Cyrus Thomas, *Mound explorations*, págs. 632 y siguientes.

cán *(Rhamphastos carinatus)*, el loro. Los pormenores aparecían muy claros, y era fácil determinar con certeza las especies exóticas que se había querido representar. M. H. W. Henshaw (1), reproduciendo la cuestión, demostró sin trabajo que los animales esculpidos en las pipas pertenecían a la fauna norteamericana: el manatí era en realidad una nutria, el tucán un pico, el loro un halcón. Por otra parte, debido a un error, ciertos animales que viven hoy todavía en el territorio de los Estados Unidos habían sido clasificados como de la América central. El Dr. D. Wilson (2) enumera entre éstos el jaguar, el cuguar, el buitre (3).

Todos los hechos alegados no prueban nada por consiguiente, y no vienen en apoyo del origen meridional de los constructores de los túmulos.

La hipótesis es tentadora, sin embargo, porque permite considerar a todas las naciones civilizadas de la América del Norte y de la América central como formando una sola raza, y por eso tiene todavía ardientes partidarios, aun en los Estados Unidos.

§ VI.—La civilización de los indios de la América del Norte

Por el contrario, la teoría que atribuye a los indios la construcción de los *mounds* se apoya en hechos firmes. Los Pieles Rojas del este de los Estados Unidos estaban lejos de ser tan «salvajes» como parecen haberlo creído los teorizadores de la escuela de Squier y Davis. Las regiones donde se encuentra el mayor número de mounds estaban habitadas, en el momento de la llegada de los europeos, por tribus o confederaciones poderosas que conocían la agricultura, la talla y el pulimento de las piedras duras y que trabajaban el cobre.

El conocimiento de sus ritos funerarios ha proporcionado argumentos poderosos a los autores que sostuvieron esta teoría. Todas las formas de inhumación descubiertas en los *mounds* se practicaban todavía, hace medio siglo, entre los Pieles Rojas. Muchas veces aun, las prácticas especiales de los *mounds* se conservaban en el mismo lugar. Por ejemplo, los del Tennessee encierran gran número de sepulturas en las cuales los esqueletos están colocados en cistos de piedra. Ahora

---

(1) *Animal carvings from Mounds of the Mississipi valley* (RE, II, págs. 123-166).

(2) *Prehistoric Man*, pág. 305.

(3) Véase F. W. True, *The Puma or American Lion* (RUSM, 1889, Washington, 1891, págs. 591-614).

bien, los *Shawnees* o *Shawanos*, que habitaban esta comarca en los siglos XVII y XVIII, habían conservado la misma costumbre (1).

§ VII.—Construcción de «mounds» después del descubrimiento. Testimonios de diversos autores

Los viajeros antiguos, los misioneros vieron a los indios construir túmulos por razones diversas, y sus testimonios han sido cuidadosamente reunidos. El primero en fecha es el que nos dan los cronistas de la expedición emprendida los años 1540 a 1546 por el adelantado Hernando de Soto, a los Estados vecinos del golfo de Méjico. Sus afirmaciones son categóricas. Uno de ellos nos dice: «Los indios tratan de colocar sus aldeas en sitios altos; pero, como la Florida no tiene muchos lugares donde puedan edificar a su conveniencia, alzan ellos el suelo. Eligen el lugar y llevan gran cantidad de tierra, con la que hacen una especie de plataforma de una altura de dos a tres picas, y cuya cima es bastante espaciosa para que quepan doce, quince o veinte casas, donde moren el cacique y su séquito. Al pie de esta altura trazan una plaza cuadrada, según la importancia de la aldea, y las gentes principales edifican sus casas alrededor de esta plaza».

»Para subir a esta eminencia, hacen una rampa de 15 a 20 pies de larga, que va desde la base a lo alto» (2). Otro cronista de la misma expedición dice: «Los caciques de este país tienen costumbre de levantar, cerca de sus moradas, colinas muy altas, encima de las cuales construyen a veces sus casas» (3), o bien: «La casa del cacique (de Ucita) está situada cerca de la playa, en un montículo artificial y muy alto».

Ahora bien, los pueblos de que hablan los tres historiadores de la malaventurada expedición de Soto ocupaban la Georgia, el Alabama y una parte de la Florida y la Luisiana hasta mediados del siglo XIX. Los pormenores que nos da Garcilaso de la Vega acerca de la «plaza pública» reservada al lado del montículo, permiten reconocer a las tribus que Soto encontró. Eran Creekos o Muskokis.

Lo que los españoles habían visto en 1540 en los Estados del Sudeste y del golfo de Méjico, los franceses lo vieron ciento treinta años más tarde, cuando, bajando de la Nueva Fran-

---

(1) Cyrus Thomas, *Mound explorations* (RE, XII, pag. 697).

(2) Garcilaso de la Vega, *Historia de la Florida*, Madrid, 1723, pág. 69).

(3) Biedma, *Narración* (en French, *Historical Collections of the Louisiana*, vol. II, pág. 105).

cia por la vía del Mississipí, tomaron posesión de la Luisiana. Los testimonios aparecen hasta el siglo XVIII. Du Pratz, Buttel-Dumont, etc., nos hablan también de montículos de tierra levantados por los indios Muskokis (Chakhtas, Creekos, Chikasas). Buttel-Dumont dice que, en una aldea Naktché, la casa del jefe estaba situada encima de una eminencia artificial (1). Le Page du Pratz, que visitó la misma nación el año 1720, habla de una colina encima de la cual había un templo, en los siguientes términos: «El templo..... estaba situado en un montículo artificial próximamente de ocho pies de altura, cerca de un riachuelo. El montículo subía suavemente del lado del frente y por los otros lados la subida era más empinada» (2). En otra localidad vió un gran templo, construído sobre otro montículo hecho por mano de los hombres. Este templo tenía «sesenta pies de lado por ocho de altura» (3).

Los viajeros ingleses refieren hechos análogos. BARTRAM, que pretende que los indios habían perdido en aquella época todo recuerdo del uso de estos monumentos, nos describe varios de ellos. Entre los indios *Alachuas* (Creekos) de la Florida, las habitaciones están colocadas en medio de un recinto cerrado, rodeado de una paredilla de tierra» (4). Cerca del lago George, igualmente en la Florida, describe un gran *mound* en forma de pirámide, cerca del cual pasaba una carretera y donde le pareció haber existido un antiguo establecimiento indio (5). Vió también *mounds* funerarios, construídos por una tribu creeka, la de los Yamassis, terrazas donde se reunía el Consejo entre los cherokis, recintos reservados para los juegos en el país de los Chakhtas.

Podrían multiplicarse estos ejemplos, que se encuentran con gran abundancia en las obras de Adair, de Hawkins, de Romans en lo que respecta a la Florida y la Georgia, en las de Beverley, de Lawson tratándose de la Carolina y Virginia.

Respecto a las regiones del Norte, los testimonios no faltan y son igualmente probatorios, principalmente en lo que concierne a las tribus iroquenses del Estado de Nueva York. Podemos deducir, por tanto, que los indios levantaban todavía *mounds* después de la llegada de los europeos al suelo de América del Norte, y las citas de los autores antiguos muestran que han visto utilizar estas construcciones.

---

(1) BUTTEL-DUMONT, *Mémoires historiques de la Louisiane.* París, 1753, vol. II, pág. 109.

(2) LE PAGE DU PRATZ, *Histoire de la Louisiane.* París, 1758, volumen III, pág. 16.

(3) ID., *ibid.*, vol. II, pág. 361.

(4) BARTRAM, *Travels through Florida.* Londres, 1791, pág. 192.

(5) ID., *ibid.*, pág. 99.

§ VIII.—Los diferentes tipos de mounds y sus constructores

El conjunto de los hechos reunidos ha permitido atribuir a tribus o a naciones determinadas la construcción de ciertas clases de *mounds*.

El grupo de monumentos más notable, el que se extiende por los Estados del Ohio, de Illinois, el sudeste del Indiana y una pequeña parte de Georgia, parece ser el más antiguo de todos, y los monumentos que lo forman serían, según M. Cyrus Thomas, obra de los Cherokis (1). Los *mounds* que encierran sepulturas en cistos habrían sido construídos por la tribu algonkina de los Shawnees o Shawanos, según ya hemos dicho. La región situada en los alrededores de los Grandes Lagos, y en la cual se encuentra la cerámica alisada negra y las pipas de barro cocido de formas tan variadas, está cubierta de testimonios de la civilización iroquense, mientras que en los innumerables *mounds* del valle central del Mississipí deberíamos ver la obra de la confederación algonkina de los Illinois. En los Estados del Sudeste, los monumentos de terrazas, según todas las apariencias, deben ser atribuídos a las tribus Muskokis (Creekos, Chakhtas, Chikasas, Alibamus) y a los pueblos alófilos que viven próximos a ellas (Naktchés, Yuchis). Los montículos conchíferos de la Florida se deberían a los Timukwas. De los *mounds* de la Luisiana, unos pueden haber sido hechos por los Chakhtas y los Chikasas, en tanto otros son obra de algunas tribus sius (Biloxis, Paskagulas), perdidas en las orillas del golfo de Méjico. Finalmente, los *mound-effigies* del Wisconsin parecen ser, como los mosaicos de rocas de los Dakotas, obra de los siux (Mandanos, Winnebagos), rechazados más tarde al oeste por el movimiento de las tribus algonkinas de los Cheyennas y de los Chippewes.

(1) *The Cherokee in Precolumbian Times*. Washington, 1891. Véase *Introduction to North-American Archaeology*, págs. 153-154.

CAPITULO IX

Las «casas de los acantilados» y los pueblos.

SUMARIO: I. Distribución de las «casas de los acantilados» y de los pueblos.—II. Clasificación de las ruinas. — III. Ruinas del curso superior del Colorado.—IV. Ruinas de la cuenca del río Grande. V. Ruinas de la cuenca del río Gila.—VI. Las «casas de los acantilados» de Sierra Madre y del Jalisco (Méjico).

§ I.—DISTRIBUCIÓN DE LAS «CASAS DE LOS ACANTILADOS» Y DE LOS PUEBLOS

La región del sudeste de los Estados Unidos, si se exceptúa la costa del Pacífico, carece totalmente de *mounds* y de montículos conchíferos. Por el contrario, posee un género especial de ruinas, a las que se ha dado, según los lugares en que están situadas y las formas que afectan, el nombre de habitaciones de los acantilados *(cliff-dwellings)* o el de pueblos (1).

Están (2) extendidas por las partes meridionales de los Estados del Utah y del Colorado, casi todo el Arizona, la mitad occidental de Nuevo Méjico y el norte de Méjico.

§ II.—CLASIFICACIÓN DE LAS RUINAS

Seguimos en parte a G. NORDENSIÖLD (3) en su clasificación en tres tipos principales: 1.°, ruinas situadas en el curso superior del Río Colorado y de sus tributarios (incluso el Río Virgin); 2.°, ruinas de las orillas del Río Grande del Norte y

(1) La palabra española ha sido conservada por la mayor parte de los etnógrafos.

(2) G. NORDENSKIÖLD, *The cliff-dwellers of the Mesa Verde.*

(3) *Cliff-dwellers*, pág. 113.

de sus tributarios; 3.°, ruinas del Río Gila y de sus afluentes. Añadiremos un 4.°, ruinas de Sierra Madre, en Méjico. En cada una de estas regiones se encuentran ruinas de tres tipos: 1.°, habitaciones troglodíticas, consistentes en la utilización de anfructuosidades naturales no modificadas para este uso; 2.°, «habitaciones de los acantilados» o construcciones hechas, parte en el exterior, parte en el interior de las cavernas, para utilizarlas como moradas; 3.°, ruinas en los valles, en las llanuras o en las «mesas» (mesetas rocosas). Estudiamos unas y otras en el orden de esta doble clasificación (1).

§ III.—Ruinas del curso superior del Colorado (2)

W. H. Holmes (3) ha señalado en las orillas del río San Juan, a 16 kilómetros próximamente de la confluencia con el Mancos, un grupo de cavernas de especial interés. Las orillas del río están constituídas por una toba volcánica amarillenta, muy poco fina, suficientemente blanda para ser excavada y labrada con los instrumentos de piedra de que disponían los antiguos habitantes del país. Capas de roca más dura forman suelos y techos de solidez suficiente. Las excavaciones se extienden en línea a lo largo del ribazo, a una altura de 10 a 12 metros por encima de su base y han sido hechas por mano del hombre. El suelo está formado por una capa de piedra dura, que en varios sitios sobresale de la pared del acantilado, formando una platafor-

---

(1) W. H. Holmes, *Report on the ancient ruins of South-Western Colorado* (en GS, X.), y después de él Cyrus Thomas, *Introduction to the study of the North-American Archaeology*, pág. 204, dan una clasificación más detallada y quizá más perfecta. Clasifican las ruinas en cuatro grupos en cada una de las regiones: 1.°, establecimientos o aldeas en los valles y en las llanuras; 2.°, en las altas mesetas o *mesas*; 3.°, habitaciones de los acantilados, consistentes en casas particulares o comunes construídas en aberturas naturales que hay en las laderas de las colinas; 4.°, habitaciones de las cavernas abiertas en las colinas, la mayor parte de las veces de modo artificial. Esta clasificación tiene la ventaja de corresponder, según ha demostrado W. Mindeleff (*Localization of Tusayan clans*, RE, XVIII, páginas 635-654), a ciertas etapas de la historia y de la civilización de los llamados Pueblos. Preferimos, no obstante, para una explicación arqueológica, servirnos de la de G. Nordenskiöld, que es más sencilla y cómoda.

(2) W. H. Holmes, *Report on the ancient ruins of South-Western Colorado* (GS, X, Washington, 1879, págs. 381-407; Id., *Cavate dwellings of the San Juan Valley* (RE, XIII, Washington, págs. 185-257).

(3) W. H. Holmes, *Ruins of the S.-W. Colorado*, pág. 388. Véase Nordenskiöld, *The cliff-dwellers of the Mesa Verde*, págs. 114 y siguientes. C. Thomas, *Introduction*, págs. 205 y siguientes.

ma por la que se puede pasar de una a otra parte de las cavernas. Las habitaciones estaban construídas de la manera siguiente: las puertas aparecen abiertas en el corte del acantilado a 30 centímetros próximamente de profundidad. Luego se excavaba la habitación, que es generalmente de forma oval, o irregularmente redondeada. El diámetro de estas habitaciones es aproximadamente de tres metros y medio y la altura solamente de 1,70 metros en ciertos puntos. A lo largo de las paredes se han abierto nichos pequeños que servían para guardar los utensilios caseros, los objetos de adorno, etc. En la pared exterior se había dispuesto una puerta y aberturas más pequeñas e irregulares. En parte alguna se han encontrado trazas de hogar, aun cuando las paredes ahumadas demuestren que allí se ha encendido fuego. El techo es a veces abovedado. El suelo está cubierto de tierra roja apisonada. Las paredes, que han estado blanqueadas con yeso, conservan huellas de mortero. En algunos casos, parecen haber estado dadas de un color en la parte baja y de otro en la alta. En algunos sitios hay en los acantilados hasta tres pisos de habitaciones trogloditas. Por cima, en la meseta superior, se encuentran los restos de una torre redonda, de 3,60 metros de diámetro, rodeada por un muro exterior redondo igualmente, pero abierto por la parte que da al acantilado, la cual se cree haber servido de observatorio a los trogloditas para vigilar los alrededores de su aldea. Al sudoeste de esta construcción, se han observado restos de otra torre de considerables dimensiones y al nordeste ruínas asimismo de una construcción rectangular.

Se han encontrado aldeas troglodíticas análogas en los acantilados situados hacia la desembocadura del río Mancos (1), pero aquí la abertura de las cavernas excavadas en la arenisca, que se desmorona con facilidad, está murada, de modo que deja solamente un cuadrado vacío que sirve de puerta (fig. 71). Todos los acantilados del río Mancos están literalmente acribillados por estas habitaciones. Casi en todas partes donde ha habido una aglomeración un poco considerable, vemos alzarse en la meseta de encima torres análogas a las del río San Juan.

Las cavernas artificiales abundan cerca de las montañas de San Francisco, al sudoeste del Colorado chiquito (2). El interior está también dado de un revestimiento de yeso. Las habitaciones son redondas y tienen aproximadamente tres metros

---

(1) HOLMES, *Ruins of the S.-W. Colorado*, pág. 390. Véase NORDENSKIÖLD, *The cliff-dwellers*, pág. 114 y C. THOMAS, *Introduction*, página 207.

(2) A. W. WHIPPLE, *Itinerary Report of Explorations for a Railway Rout, near the 35th Parallel (Senate Executive Documents*, número 78, 33d Congress, 2d Sess., vol. III, part. I., Washington, 1856, página 81). MÖLLHAUSEN, *Tagebuch einer Reise von Mississipi nach den Küsten der Südsee*, Leipzig, 1858, pág. 320.



Fig. 71.—«Habitaciones de los acantilados» del río Mancos (según *W. H. Holmes, Ancient ruins of South-Western Colorado).*

de diámetro por dos de altura. Se ha encontrado en ellas cerámica con adornos en blanco y negro. M. PALMER ha señalado otras mansiones en el Utah (1).

Las «habitaciones de los acantilados» o *cliff-dwellings* derivan directamente de los monumentos que preceden. Están representadas, en la región superior del Colorado, por ruinas muy numerosas.

La expresión se aplica, rigurosamente hablando, a las construcciones dispuestas en huecos o desplomos de rocas, pero se tiene la costumbre de extenderla a las construcciones que se han hecho en la base misma de los acantilados y que están adosadas a éstos. Estas «ciudades de los acantilados» *(cliff-towns)*, como las llama M. NORDENSKIÖLD (2), son quizá las ruinas más notables de todo el territorio de los Estados Unidos. Su existencia ha sido señalada en un área considerable: en diversos puntos del valle del Colorado, todo alrededor de la meseta conocida con el nombre de Mesa Verde, que ha sido explorada por NORDENSKIÖLD, en las orillas del río San Juan, en las colinas y los valles que se abren en su margen septentrional y hasta el sudeste del Utah, en la región casi deshabitada hoy que se extiende entre el San Juan y el Colorado. Se han encontrado también en las sombrías profundidades del Gran Cañón del Colorado (3). Al sur del río San Juan, las *cliff-towns* se hacen menos frecuentes, salvo en una sola parte del Cañón de Chelly, donde son casi tantas como en la Mesa Verde o el valle del río Mancos. Las ruinas están repartidas en el Cañón de Chelly propiamente dicho y en las dos ramas que forman el Cañón del Muerto y el Cañón Monumental (4).

Una de las ciudades del Cañón de Mancos ha sido descrita por HOLMES. Las construcciones aparecen colocadas en dos salientes del acantilado. Están situadas a 250 metros, cuando menos, por encima del nivel del río. La casa más alta está construída en un profundo nicho cuya pared superior, arqueada y

---

(1) *Cave dwellings in Utah* (RPM, vol. II, 1878, pág. 268).

(2) *Cliff-dwellers of the Mesa Verde*, pág. 115.

(3) NORDENSKIÖLD, *Cliff-dwellers*, pág. 116. Véase C. THOMAS, *Introduction*, pág. 209. Las ruinas del río San Juan han sido descritas por W. H. JACKSON, *Report on the ancient ruins examined in 1875 and 1877* (GS, X, Washington, 1879, en 8.°, págs. 403 y siguientes). La mención de las habitaciones del acantilado en el Utah y el Gran Cañón es hecha por NORDENSKIÖLD, *Ob. cit.*, conforme a noticias verbales. Las del río Mancos han sido exploradas y descritas por W. H. HOLMES, *Ruins of the S.-W. Colorado*, págs. 391-398, y las de la Mesa Verde por NORDENSKIÖLD.

(4) Las ruinas del Cañón de Chelly fueron señaladas primeramente por JACKSON, *Report on the ancient ruins*, págs. 421-426. Las del Cañón del Muerto y el Cañón Monumental se indican por J. H. SIMPSON, *Report of an expedition into the Navajo country in 1849 (Senate Executive Documents, núm. 64, 31st Congress, 1st session*. Washington, 1850, pág. 104).

que cae a pico, está a 30 metros de lo alto del acantilado. Las paredes de la casa se levantan justamente al borde del precipicio. Diez metros más abajo, en otra grieta, hay una gran construcción. La casa más baja ocupa toda la superficie de un hueco de roca, de 18 metros de largo por 4,55 de profundidad máxima. Las paredes delanteras están al nivel de la falda de la colina. Las piezas de la parte de la izquierda contienen una cámara redonda. La *estufa* (1), de forma redonda, estaba dividida en especie de compartimientos formados por paredes salientes. El interior estaba bien estucado, de suerte que la superficie de las paredes resultaba perfectamente lisa. La entrada estaba abierta en un paredón de obra de fábrica y era tan baja que había que arrastrarse para pasar a la cámara ceremonial. Las paredes que separaban las cámaras no parecen haber llegado hasta el techo de la roca. Las aberturas del muro de fachada, colocadas a metro y medio del suelo, eran de exiguas proporciones (fig. 72). Los que exploraban estas ruinas descubrieron, enterradas en el suelo de las habitaciones, vasijas, esterillas y tejidos de materia vegetal. Las diversas construcciones comunicaban por una escalera, tallada en una parte donde la roca sube suavemente del lado izquierdo (2). Todas las cámaras de estas construcciones son cuadrangulares. Uno de los grupos de habitaciones no contenía menos de 15 *estufas* o *kivas* circulares. A la extrema izquierda del grupo, hay una torre triangular adosada al acantilado. Tiene cuatro pisos. Todas estas construcciones son de piedra, igual a la vista que la bóveda rocosa que las cubre. Son estas piedras de tamaño algo mayor al del ladrillo común. Se han tallado malamente y unido con mortero. Las paredes tienen próximamente treinta centímetros de espesor. Para pasar de un piso a otro, se hacía uso de piedras salientes o de fuertes estribos de madera metidos en las paredes.

M. G. NORDENSKIÖLD ha encontrado en una ruina de la Mesa Verde, que ha denominado *Step-house*, ocho esqueletos. Estos huesos no estaban enterrados en la habitación misma, sino al lado de ella, en excavaciones ovales y poco profundas. Los esqueletos están doblados, con las rodillas tocando al pecho (3). Estas sepulturas encerraban, a más de los esqueletos, envueltos todos en mortajas de paja o de plumas, numerosas vasijas de piedra y cestas. Este descubrimiento es excepcional. Son muy pocos los lugares de sepultura hasta el presente conocidos y se trata de cavernas que contienen a veces un nú-

(1) Nombre que se debe a la palabra aplicada por los españoles a las cámaras ceremoniales de los indios Pueblos, en ciertas construcciones que se encuentran en numerosas ruinas. Se las llama también *kiva*.

(2) *Ruins of S.-W. Colorado*, pág. 394.

(3) NORDENSKIÖLD, *The Cliff-dwellers of the Mesa Verde*, págs. 39 a 41. Véase C. THOMAS, *Introduction*, pág. 218.



Fig. 72.—Casa en el acantilado del río Mancos (según *W. H. Holmes, Ancient ruins of South-Western Colorado*).

mero considerable de cadáveres (en una de estas cavernas, en Butler Wash, Utah, se han encontrado 80). Son comunes en el Butler Wash y el Chin-lee, tributarios por la derecha del río San Juan en su curso medio, y jamás están situadas en los lugares destinados a habitaciones (1). En otras partes, los muertos eran enterrados en montículos de tierra que recuerdan un poco los *mounds* del este. A veces, el cadáver era metido en un cisto y enterrado en el túmulo. Otras estaba solamente defendido de la presión de las tierras por una losa delgada de piedra colocada encima (2).

Los «pueblos» abundan mucho en la región del Colorado, y aun cuando su aspecto es menos pintoresco que el de las ruinas que acabamos de describir, han admirado a los viajeros que recorrieron primeramente esta parte árida de los Estados Unidos y han despertado, desde hace mucho tiempo, la atención de los arqueólogos. Cuando estas ruinas son importantes, se las designa por lo general con el nombre de *pueblos*, que conservaremos nosotros porque estos grupos de construcciones se parecen mucho a los pueblos de los indios actuales del sudoeste (Zuñis, Hopis, Taños) (3). A más de estas grandes ruinas existen otras, compuestas a veces de una o dos casas. Los *pueblos* en ruinas explorados y descritos, son, sobre todo, los que existen en los valles del San Juan y de sus afluentes. Los hay también en la gran meseta que se extiende entre el Colorado chiquito y el río San Juan. Según M. G. Nordenskiöld, el meridiano 113° W. de Greenwich constituye el límite occidental de los *pueblos* (4).

En general, los pueblos en ruina se conservan bastante peor que las «habitaciones de los acantilados»; pero esto no indica que su antigüedad sea mayor que la de los «cliff-dwellings». Las ruinas al aire libre han tenido que sufrir más por parte de los elementos que las que están resguardadas en las grietas casi inaccesibles de las colinas.

Muchas veces, los pueblos estaban situados en *mesas* o me-

---

(1) T. Mitchell Prudden, *The prehistoric ruins of the San Juan watershed in Utah, Arizona, Colorado, New-Mexico* (AA, *new series*, volumen V. 1903, pág. 245).

(2) Id., *ibid.*, pág. 263.

(3) No obstante, hay que advertir al lector de una distinción en el uso de la palabra. Cuando la escribimos con minúscula (pueblo), queremos designar una aldea, antigua o moderna; cuando con mayúscula (Pueblo), designa a una familia india (zuñi, hopi, taño), del sudoeste.

(4) Estas ruinas han sido descritas por W. H. Holmes, *Ruins of S.-W. Colorado*, págs. 381-407; Jackson, *Report on ancient ruins*, páginas 409-449. Más tarde fueron estudiadas por L. H. Morgan, *Houses and house-life of the American aborigines* (CE, vol. IV, Washington, 1881); G. Nordenskiöld, *The Cliff-dwellers of the Mesa Verde*, páginas 117-128; C. Thomas, *Introduction*, págs. 215-220; Mitchell Prudden, *Prehistoric ruins of the San Juan watershed* (AA, *new series* vol. V, págs. 225-248).

setas de laderas abruptas. De esta suerte estaban a salvo de las incursiones de los habitantes de las llanuras, en ocasiones de manera tan eficaz como ocurría en las habitaciones de los acantilados. En los valles donde la naturaleza del suelo habría permitido fáciles ataques, los pueblos estaban fortificados de manera particularísima: todas las construcciones estaban adosadas a un muro común, que servía de muralla y sólo tenía algunas aberturas. Los pueblos en ruinas del Chaco Cañón pertenecen a este tipo.

La mayor parte de estas ruinas no han sido examinadas todavía con minuciosidad; pero la descrición de algunos grupos típicos, mejor estudiados que los otros, permitirá formarse idea de lo que era la civilización de los pueblos del Gran Desierto americano.

El sistema de construcción parece ser en todas partes el mismo. Las areniscas cretáceas eran cortadas en bloques mal formados, que, desbastados, se apilaban muy diestramente y se unían con mortero. Los muros exteriores se allanaban y hasta se pulimentaban a veces. Allí donde no había piedra se ha empleado el *adobe* (ladrillo sin cocer) con mezcla de cantos rodados. Los pueblos construídos de esta suerte están naturalmente mucho peor conservados que los de piedra. La mayor parte de las veces no hay vestigios de tejado, pero, no obstante, se han descubierto algunos restos de él en ciertos pueblos en ruinas de la meseta de San Juan (1).

Estas ruinas existen en gran número en el valle del Río Mancos y en toda la superficie de la Mesa Verde. Al este de esta región, se encuentran en el río de la Plata y el río de las Animas. Más al sur, Fewkes ha descubierto numerosas ruinas en la meseta de Tusayán (Arizona) y Hewett nos ha dado a conocer las de la Mesa de Jemez (Nuevo Méjico). En el norte, el límite de los pueblos en ruinas está señalado por el Cañón de Montezuma (sudeste del Utah).

Los pueblos de la región norte son los más interesantes. Las ruinas descubiertas en Aztec Springs, en el valle del Montezuma Creek, pequeño afluente por la derecha del San Juan, situado al oeste del río Mancos, y descritas por M. Holmes (2), cubren una superficie total de 44.000 metros cuadrados y están construídas con caliza fosilífera. Se componen de dos grupos de construcciones: uno ha sido denominado por Holmes la «casa superior», el otro la «casa inferior». La primera es rectangular y mide 25 metros por 30. Los muros caídos tenían, cuando se hizo el descubrimiento, de tres y medio a cuatro y medio metros, y la cantidad de materiales amontonados hacía suponer una altura primitiva doblemente mayor. Estos muros eran dobles, con intervalo entre uno y otro de 2,15

---

(1) Mitchell Prudden, *Prehistoric ruins*, págs. 231-232.
(2) W. H. Holmes, *Ruins of S.-W. Colorado*, págs. 399-401.

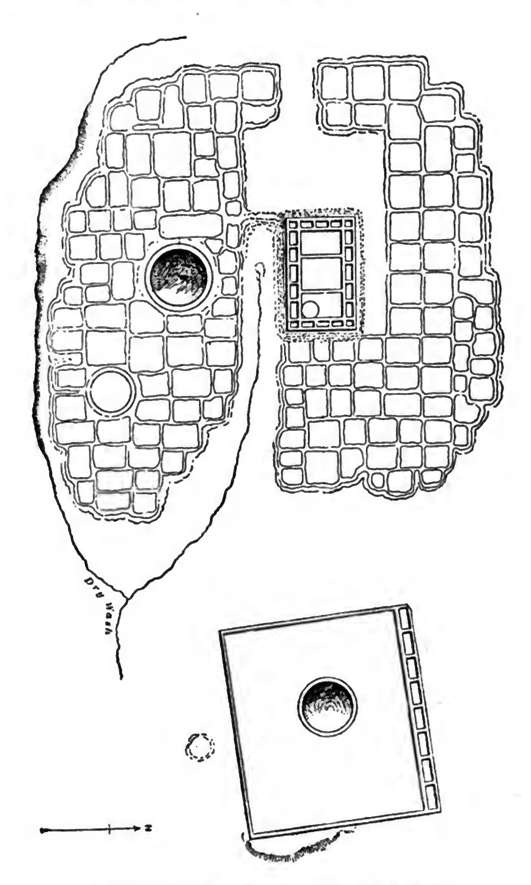


Fig. 73.—Ruinas de Aztec Springs (según *W. H. Holmes, Ancient ruins of South-Western Colorado).*

metros, y tabiques interiores indican que este espacio se había dividido en cámaras. El patio central parece haber estado también dividido en tres grandes piezas. Todo alrededor de esta casa se conservan las ruinas de multitud de habitaciones. Las dos únicas que se han conservado casi enteras son *estufas* o *kivas* circulares, y están situadas al sudoeste de este grupo.

La «casa inferior» tiene la forma de un rectángulo poco alargado. El largo es de 61 metros y el ancho de 54. El muro del norte es doble y está dividido en compartimientos por tabiques como en la «casa superior». Las cámaras tienen 7,30 metros de largo por 2,15 de ancho. Los otros muros son bajos y sencillos, y parecen haber formado un recinto, en el centro del cual se encuentra una *estufa* (fig. 73).

En un cañón vecino al creek de Montezuma, el cañón de Mac Elmo, se ha descubierto una construcción de las más singulares (1). Es una torre cilíndrica, bastante análoga, en cuanto a su exterior, a las que se encuentran en el valle del río San Juan; pero por dentro tiene tres paredes concéntricas, que tabiques dividen en celdas. Estas celdas son en número de catorce y miden próximamente metro y medio de lado a lado. Parecen haber estado en comunicación unas con otras, pero en el muro exterior no se ve ninguna puerta. La parte central, limitada por el tercer muro, forma un cilindro que servía quizá de *estufa*, pero se trata de una hipótesis y sigue sin conocerse el destino de esta torre (fig. 74).

Las ruinas más notables y más vastas están situadas en el Chaco Cañón (noroeste de Nuevo Méjico). Fueron mencionadas primeramente por Gregg (2) el año 1844, luego por Simpson (3), descritas por Jackson (4) y estudiadas por L. H. Morgan (5).

Estos pueblos se encuentran en una pequeña llanura de acarreos, limitada por las paredes abruptas del cañón. En una extensión de 30 kilómetros, al pie de los acantilados, están dispersas las ruinas de varias grandes aldeas, notables por la destreza con que fueron construídas las paredes, así como por la distribución perfectamente simétrica de las habitaciones. Estos pueblos son los ejemplares más perfectos de la arquitectura de los pueblos de la América del Norte.

El *pueblo Pintado* (6) está sobre una meseta de diez metros

---

(1) W. H. Holmes, *Ruins of S. W. Colorado*, págs. 398-399.

(2) J. Gregg, *Commerce of the Prairies*, New York, 1844.

(3) J. H. Simpson, *Report of an expedition to the Navajo country in 1849 (Senate Executive Documents, 31st Congress, 1st Session*, número 64). Washington, 1850.

(4) W. H. Jackson, *Report on the ancient ruins examined in 1875 and 1877* (GS, X, Washington, 1879, págs. 431-448).

(5) L. H. Morgan. *Houses and house-life of the American aborigines*, pág. 92.

(5) Jackson, *Report on ancient ruins*, págs. 433-436. Véase Nordenskiöld, *Cliff-dwellers of the Mesa Verde*, págs. 122-124; Lewis H. Morgan, *Houses and house-life*, pág. 97.

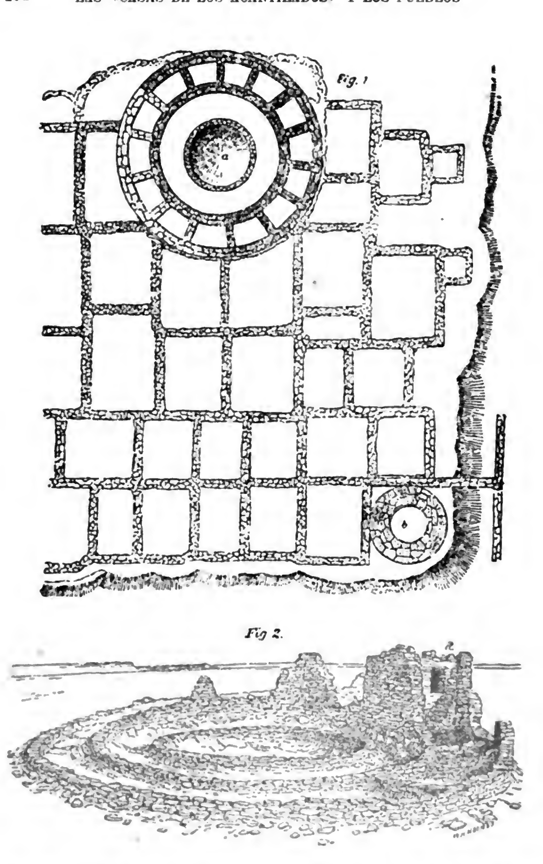


Fig. 74.—Torre de triple recinto del cañón de Mac Elmo (según *W. H. Holmes, Ancient ruins of South-Western Colorado).*

de altura. No tiene más que una casa, construída con losas de arenisca compacta gris. La obra de fábrica está muy bien hecha y se compone de grandes piedras superpuestas, cuyos huecos han sido rellenados con un amasijo de guijarros, todo unido por un mortero sin cal. Comprendía un gran cuerpo de edificio de 70 metros de largo y un ala en ángulo recto de 50 metros. Un muro de forma circular unía ambos cuerpos, formando un gran patio. En un principio, el pueblo Pintado tenía tres pisos, y su altura, en el momento que Jackson lo examinó, era todavía de ocho a nueve metros. El piso bajo comprendía 54 cámaras de dimensiones muy exiguas y en comunicación todas unas con otras por puertas pequeñas. La es-

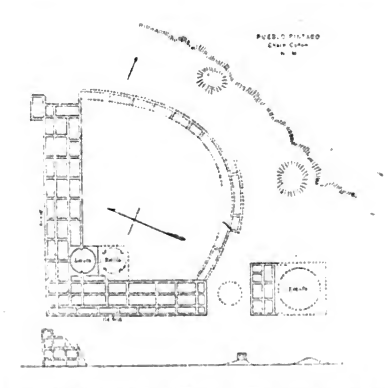


Fig. 75.—Plano del pueblo Pintado (según *Jackson, Ruins of the Chaco cañon).*

casa superficie de estas celdas (medio metro a un metro cuadrado) las ha hecho considerar depósitos. Los pisos iban en disminución, con una terraza en cada uno. Esta disposición garantizaba la defensa. Desde el suelo a la terraza primera se subía por escalas y se penetraba en las habitaciones por las ventanas. El piso bajo carecía de toda abertura, puerta o ventana. En el ángulo noroeste del patio, había dos *estufas* circulares de siete metros y medio de diámetro. Sus paredes interiores eran perfectamente cilíndricas, y no tenían aberturas, entrándose por el techo. Fuera del edificio, al sudoeste, se encuentra otra cámara circular de 15 metros de diámetro, encerrada en un muro rectangular. Jackson cree sea una *estufa*, pero G. Nordenskiöld juzga más bien que se trata de un antiguo depósito (fig. 75).

Los pueblos de *Weje-gi*, de *Una-Vida*, de *Hungo Pavie*, aun cuando bastante diferentes en cuanto al plano, recuerdan el pueblo Pintado (1).

El pueblo *Chettro Kettle* (2) ha conservado huellas de su antiguo techado. En cada cámara, el techo estaba constituído por dos grandes vigas, colocadas en sentido trasversal, sobre las cuales descansaba un entablado de palos cortos, recubiertos con un tejadillo, probablemente de corteza de cedro. Las *estufas* eran circulares y en número de siete (3).

Quinientos metros más abajo se encontraba el más grande de los edificios construídos por los indios de la América del

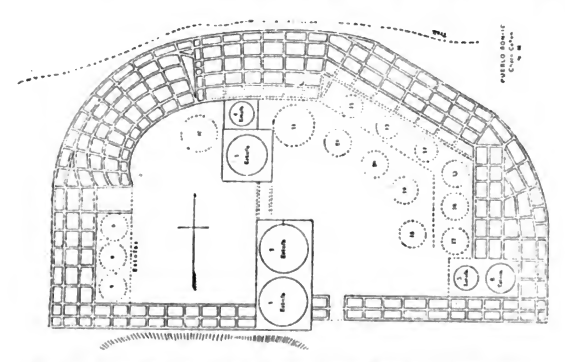


Fig. 76.—Plano del pueblo Bonito (según *Jackson, Ruins of the Chaco cañón*).

Norte, el *pueblo Bonito*. Su forma es menos regular que la de los anteriores: el muro de delante es rectilíneo, mientras que los costados y el muro de detrás forman un arco de círculo irregular. Su longitud es de 163 metros y la anchura de 94. El examen de las ruinas muestra que el edificio no ha sido construído de una vez, sino que ha sufrido, en el trascurso del tiempo, adiciones y reformas. El patio interior contiene 20 *estufas* circulares, de diferentes diámetros. Las cámaras son en número de 650 (figs. 76 y 77). A cinco kilómetros de éste se encuentra el pueblo *Peñascablanca*, notable por su plano elíptico (fig. 78).

---

(1) JACKSON, *Report on ancient ruins*, pág. 437; NORDENSKIÖLD, *Cliff-dwellers*, pág. 124; H. MORGAN, *Houses and house-life*, pág. 102.

(2) ID., *ibid.*, págs. 438-440; G. NORDENSKIÖLD, *Cliff dwellers*, páginas 124-125; L. H. MORGAN, *Houses and house-life*, pág. 98.

(3) SIMPSON, *Report of an expedition*, pág. 79.

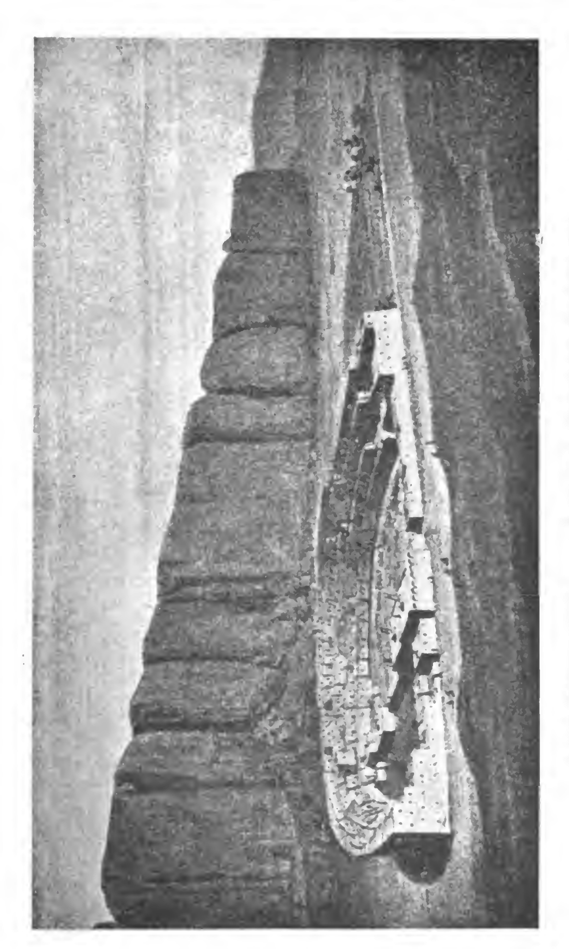


Fig. 77.—Restauración del pueblo Bonito (según *Jackson, Ruins of the Chaco cañon*).

Los inmensos pueblos del Cañón del Chaco dan fe, en su construcción, de las mismas preocupaciones de defensa que encontramos en las habitaciones de los acantilados. Como la naturaleza especial del suelo no permite construir en este sitio casas situadas a mucha altura por encima de los valles, se ha recurrido a un procedimiento especial de fortificación: las paredes exteriores, altas y lisas, privadas de puertas, no permitían al enemigo penetrar fácilmente en la plaza, que no era accesible sino por medio de escalas de mano. El patio estaba con frecuencia defendido por un muro bastante bajo, de forma semi-

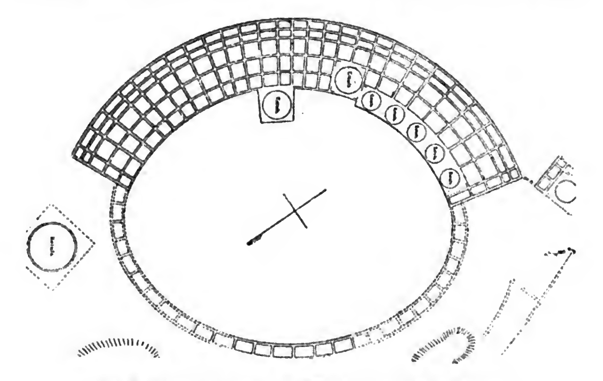


Fig. 78.—Plano del pueblo de Peñascablanca (según *Jackson, Ruins of the Chaco cañon*).

circular, que era suficiente para contener largo tiempo a los salvajes nómadas, poco habituados a la guerra de sitio. Todas las ruinas de esta zona muestran la constante preocupación de la defensa contra un enemigo terrible y el aprovechamiento habilísimo de los accidentes naturales para ponerse en seguridad.

§ IV.—Ruinas del valle del Rio grande

La región que comprende la cuenca del Río Grande del Norte es menos abundante en ruinas que la del curso superior del Colorado. No existen, casi en absoluto, las habitaciones de los acantilados. Las ruinas son probablemente menos antiguas que las que hay más al norte. Muestran cuál era el modo

de construir de los indios *Pueblos*, cuando circunstancias desconocidas les obligaron a bajar hacia el sur. Algunas de estas ruinas tienen aún su historia, que subsiste en el recuerdo de los indios *Pueblos* actuales. Son designadas como asientos de antiguas poblaciones, de donde unos y otros, zuñis, hopis, taños, tuvieron que escapar a consecuencia de combates con los indios merodeadores o con los españoles. En el sur de esta región es donde viven todavía los indios *Pueblos* (*taños* del Río Grande, *zuñis*, *hopis* del Arizona).

Abundan sobre todo en esta región las ruinas de pueblos. No obstante, se han señalado en varios puntos habitaciones abiertas en la ladera de los acantilados o instaladas en cavernas naturales. Al oeste de Santa Fe, casi en el nacimiento del Río Grande, se han señalado muchas. Otras se han descubierto en un cañón conocido con el nombre de Navajo de Gunuye. Esta garganta tiene una profundidad de 15 a 30 metros. Las paredes son de una toba blanda, en la que se han abierto, en la parte inferior, cámaras pequeñas, las más de las veces circulares. Estas cámaras tienen por lo general de tres metros y medio a cuatro y medio de diámetro. El techo es de forma de domo, de una altura máxima de dos metros y medio, y está cubierto de hollín. En calidad de puerta hay una abertura al nivel del suelo del valle, de setenta centímetros de alta y sesenta de ancha. Además, dos aberturas circulares abiertas en el muro han debido servir de ventanas. El suelo de estas cámaras estaba generalmente hecho de tierra roja apisonada y alisada. Nichos abiertos en las paredes servían de armarios. Se ha encontrado, delante de la mayor parte de estas excavaciones, gran cantidad de piedras toscamente escuadradas, lo cual hace suponer que se habían construído, delante de la pared del acantilado, habitaciones de piedra (1).

Otras cavernas importantes han sido visitadas, en 1891, por C. MINDELEFF en el valle del Río Verde (2). Se cuentan por millares, a veces dos o tres juntas, o reunidas en mayor número. Son excavaciones artificiales, abiertas en la parte baja del talud del río. Estas habitaciones están, por lo general, dis-

---

(1) G. NORDENSKIÖLD, *Cliff-dwellers*, pág. 128.

(2) El Río Verde, afluente por la derecha del Salt River, afluente a su vez del río Gila, no pertenece a la cuenca del Río Grande del Norte. No obstante, hemos descrito aquí sus ruinas, así como las del Pozo de Montezuma, el solo *cliff-dwelling* de estas regiones, porque se parecen mucho a las del Río Grande y pertenecen a la misma zona etnográfica. Las ruinas del Río Gila ofrecen una manera de construcción muy distinta.

Las ruinas del Río Verde han sido señaladas primeramente por el Dr. MEARNS, *Ancient dwellings of the Rio Verde valley* (*Popular Science Monthly*. New York, Octubre de 1890, pág. 749). Han sido descritas detalladamente por C. MINDELEFF, *Aboriginal remains in the Verde valley* (RE, XIII, Washington, 1896, págs. 185-257).

puestas de la manera siguiente: una entrada, abierta en la base del talud, da acceso a una habitación grande, en tanto otras habitaciones más pequeñas están unidas al pasillo de entrada por pasos estrechos. Otras habitaciones pequeñas comunican del mismo modo con la mayor.

Se han encontrado también habitaciones de este tipo en el monte de San Francisco, al norte de Flagstaff (Arizona). Han sido descubiertas por el coronel Stevenson, luego visitadas y descritas por J. W. POWELL (1). Consisten en cámaras irregulares, de un promedio de longitud de 3,75 metros por 3 de anchura y 1,80 a 3 metros de altura, abiertas en la falda de la montaña. Por lo común, las habitaciones comprenden una gran pieza en la que desembocan estrechos pasillos, que conducen a cámaras más pequeñas.

De esta suerte, las habitaciones excavadas en esta parte de la América del Norte ofrecen una particularidad que no se da en las del Colorado: constituyen verdaderas mansiones compuestas de *varias cámaras abiertas en la roca* (2), en tanto las del norte comprenden piezas más vastas, divididas por medio de tabiques de piedra.

Los acantilados de esta región no encierran más que dos habitaciones, y todavía están próximas a ríos que afluyen al Colorado. Una es conocida con el nombre de «Castillo de Montezuma», la otra con el de «Pozo de Montezuma». Ambas están situadas en Campo Verde (Arizona), en la orilla occidental del Beaver-Creek, afluente del Colorado chiquito. La primera de estas ruinas (3) está edificada en una excavación, a una altura bastante grande. Se compone de un gran edificio, delante del cual se levanta una torre cuadrada.

Pozo de Montezuma es el nombre de una depresión elíptica de paredes perpendiculares, de una profundidad de 18 a 20 metros y cuyas dimensiones son próximamente de 100 metros por 60. En el fondo de esta depresión se encuentra un pequeño lago. En anfructuosidades naturales de las paredes se han hecho pequeñas habitaciones, cuyo acceso es peligroso. Para llegar a ellas había que descender al fondo del pozo por un sendero muy pendiente, luego subir de nuevo en dirección

---

(1) J. W. POWELL, en RE, VII, Washington, 1891, *Administrative Report*, pág. XIX. Estas habitaciones se creen obra de los indios *Havasupais* del grupo Yuma.

(2) A excepción de las del Gunuye descritas con anterioridad. En la misma región del Río Grande, cerca del pueblo actual de Santa Clara, J. W. POWELL ha encontrado habitaciones excavadas del mismo tipo que la del Río Verde o del Monte San Francisco (RE, VII, *Administrative Report*, pág. XXII).

(3) W. J. HOFFMAN, *Miscellaneous on Indians inhabiting Nevada, California and Arizona* (GS, Washington, 1879, págs. 477-478). Véase MEARNS, *Ancient dwellings of the Rio Verde valley (Popular Science Monthly*, pág. 749). G. NORDENSKIÖLD, *Cliff-dwellers*, pág. 129.

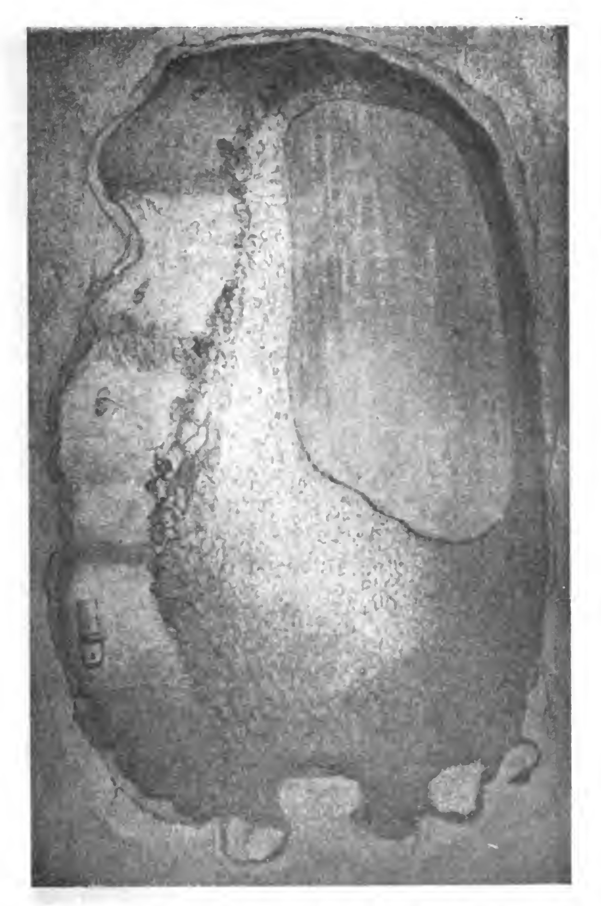


Fig. 79.—«Pozo de Montezuma». Dibujo de *Ed. Touchet*, según el modelo hecho en papel aglomerado por *M. V. Mindeleff*, existente en el Museo del Trocadero (París).

a las habitaciones, situadas próximamente a mitad de camino entre el fondo y la superficie del suelo (fig. 79).

Toda esta comarca está cubierta de pueblos en ruinas, construídos casi todos con adobes y muy poca piedra. Los grupos más importantes son los del valle del Río Verde, de las mesetas de Zuñi, de Jemez y de Tusayán. Son los lugares donde habitaron los antepasados de los hopis, de los zuñis, de los keres o de los taños (1).

Dos de estas ruinas recuerdan un poco los pueblos del Cañón de Chaco. La primera pertenece a una antigua aldea hopi, llamada *Tebugkihú*, «la casa del fuego», situada en el Keam's Cañón, en la meseta de Tusayán (2) (fig. 80). Es una de las

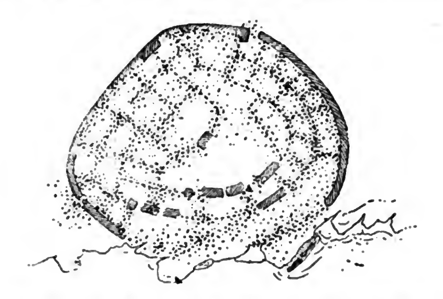


Fig. 80.—Pueblo en ruinas de Tebugkihu (según V. *Mindeleff, Study of the Pueblo architecture*).

construcciones mejor conservadas de la región. El muro exterior, que da vuelta a la ruina, tiene todavía varios pies de altura en casi toda su circunferencia. El pueblo de *Kin-tiel* se compone de dos alas, de dimensiones casi iguales, colocadas simétricamente a cada lado de un antiguo arroyo cegado por las arenas. Las cámaras, en número de 565, están dispuestas en dos líneas concéntricas apoyándose en el muro exterior. En ciertos lugares avanzan cuerpos de edificio en el inmenso patio, cerrado por los muros. Se ha creído encontrar huellas de la existencia de varias grandes cámaras circulares, análogas a las *estufas* de los pueblos del San Juan. Los zuñis pretenden que el pueblo de Kin-tiel estuvo habitado hace varios siglos por sus antepasados (fig. 81).

---

(1) A más de las obras citadas anteriormente, véase V. MINDELEFF, *A study of the Pueblo architecture, Tusayan and Cibola* (RE, VIII, Washington, 1891, págs. 13-230).

(2) V. MINDELEFF, *Ob. cit.*, págs. 57-58.

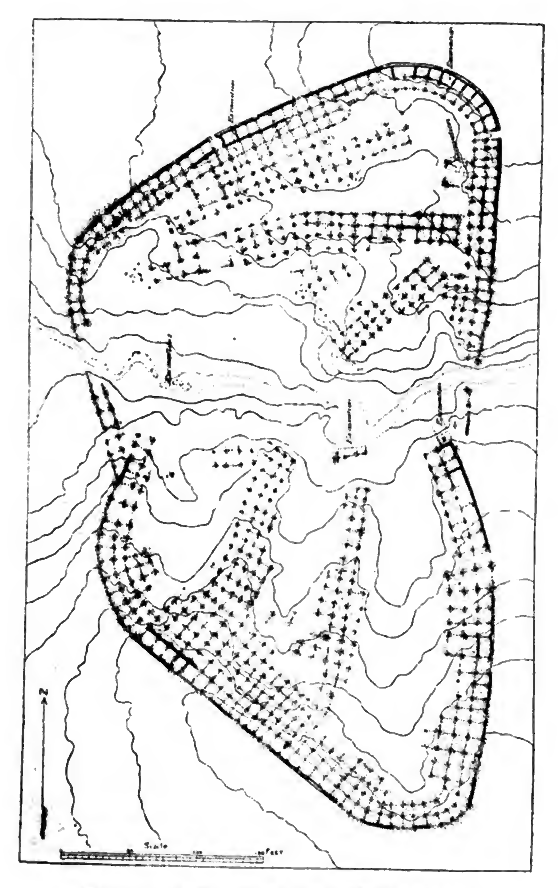


Fig. 81.—Pueblo en ruinas de Kin-tiel (según *V. Mindeleff, Study of the Pueblo architecture*).

Las otras construcciones de esta región no presentan particularidad alguna, a no ser diferencias de plano puramente accidentales. A veces, como en el valle del Río Verde, las cámaras están todas juntas y el edificio constituye un bloque que afecta la forma cuadrada o rectangular. En la meseta de Tusayán, las diferentes construcciones están distribuídas de manera irregular. Lo mismo ocurre en los pueblos zuñis.

En resumen, las ruinas de la región del Río Grande presentan particularidades distintas a las de las distintas construcciones de la región septentrional: falta casi absoluta de las habitaciones en los acantilados, construcción de adobes, dispersión de los cuerpos de edificio y ausencia de *estufas* circulares. No obstante, en algunos casos, como los de Tebugkihu y Kin-tiel, las casas están reunidas en un solo muro circular, lo cual recuerda las ruinas del Colorado. Los edificios del Río Grande son pues, probablemente, monumentos del mismo tipo que el de las habitaciones del Colorado, pero adaptado a las exigencias de un país diferente.

§ V.—Ruinas del valle del río Gila

El territorio en que estas ruinas existen está habitado en la actualidad por dos grupos de indios, los pimas y los yumas. Nadie duda que se deben atribuir a los antepasados de los primeros las construcciones que encontramos cerca del río Gila y de sus afluentes. Los yumas son, en efecto, a excepción de *havasupais* del Arizona, cazadores y bandidos nómadas, que no poseen medios para levantar edificios tales.

El valle del río Gila carece totalmente de habitaciones dispuestas en las cavernas y los huecos de los acantilados, estando todas edificadas en las llanuras. Se conocen generalmente con el nombre español de «Casas grandes» y abundan a lo largo del curso medio del río Gila y de su afluente por la derecha, el río Salado. La ruina típica es la Casa Grande, situada a unos quince kilómetros de Florencia (Arizona), a un kilómetro próximamente del río Gila. Este edificio fue descubierto a fines del siglo XVII por el jesuíta Kino (1). Tenía en aquella época cuatro pisos y no conservaba el tejado. Han llegado a nosotros varias descripciones del siglo XVIII, entre otras la que escribió en 1775 el P. Pedro Font, descripción que es excelente.

(1) Una traducción inglesa de la descripción hecha por el P. Mange, secretario de Kino, ha sido incluída en las *Obras* de H. Bancroft, vol. IV, pág. 622, nota, y otra ha sido publicada por Bartlett, *Personal Narrative*, vol. II, págs. 281-282.

La Casa Grande fue visitada en el año 1848 por el capitán Emory, que hizo de ella una descripción fantástica. Mucho mejor es la publicada el año 1852 por el viajero Bartlett. Nos muestra que había habido poca variación en el lugar desde la visita del Padre Font, setenta y siete años antes. La primera descripción completa data, no obstante, del viaje de la expedición Hemenway, cuyos resultados publicaron F. H. CUSHING (1) y W. J. FEWKES (2). En 1889, el Congreso de los Estados Unidos votó una suma de 2.000 dólares para reparar y sostener la Casa Grande. Esta ruina fue entonces visitada y descrita por M. C. MINDELEFF. Vió que las ruinas señaladas por Bartlett en 1854 habían casi desaparecido, y que sólo el edificio principal merece fijar la atención. Su longitud es de 18 metros y la anchura de 13, lo cual concuerda aproximadamente con las proporciones indicadas por el Padre Font. Existen todavía dos

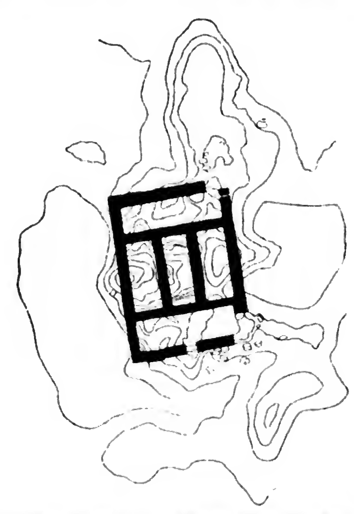


Fig. 82.—Plano de la Casa Grande, Florencia, Arizona (según *V. Mindeleff, Casa Grande ruin*).

(1) *Preliminary Report on the archaeological results of the Hemenway expedition.*
(2) *On present condition of a ruin in Arizona called Casa Grande.*

pisos y los muros se elevan a una altura de 6,15 a 7,60 metros. El interior está dividido en cierto número de habitaciones (figuras 82 y 83)

Los antiguos autores han hablado muchas veces de la Casa Grande como de un pueblo de adobes (1). Es un error. Este edificio ha sido construído por un procedimiento que totalmente difiere del que se empleó para hacer los pueblos de la región septentrional. Las paredes son enormes bloques de tierra sin moldear, como se hace con los adobes o los ladrillos, y hechos en el mismo lugar. Probable es que se hiciera una espe-



Fig. 83.—Edificio central de la Casa Grande, Florencia (según *C. Mindeleff, Casa Grande ruin*).

cie de cuna, con una red de cañas o varitas delgadas, formando dos superficies paralelas distantes próximamente un metro una de otra y de metro y medio próximamente de largo. En esta especie de caja, abierta por ambos extremos, se metía arcilla mezclada con agua, de modo que formase una mezcla bastante consistente. Cuando el bloque así hecho estaba seco, se colocaba la cuna más lejos y la operación comenzaba de nuevo. Es, en suma, el procedimiento empleado para construir

(1) Por ejemplo, NADAILLAC, *L'Amérique préhistorique*, pág. 225: «Está construída con adobes de gran tamaño».

con cemento. La pared se allanaba luego, por la parte de fuera, con la mano. Por dentro se ha cubierto con un estuco blanco y ha sido pulimentada. El P. Mange dice que por dentro las paredes brillaban «como los cacharros de Puebla» y, cuando la visita de Mindeleff, este revestimiento conservaba todavía un pulimento admirable en los sitios donde los agentes exteriores no lo habían agrietado.

Los techos están destruídos al presente, pero en las paredes subsisten todavía los huecos de las vigas que los sostenían. Las puertas ocupaban el mismo lugar en los dos pisos. Tenían 60 centímetros de anchas y 1,25 metros de altas, a juzgar por la del segundo piso que está bastante bien conservada. Como no hay vestigio de escalera en la Casa Grande, es probable que se subiera al segundo piso valiéndose de una escala, colocada por fuera. Algunas de las aberturas por las cuales comunicaban las habitaciones habían sido tapadas, en el momento de la visita de Mindeleff, con ayuda de bloques de tierra análogos a los de las paredes. En el espesor de las paredes se habían abierto nichos.

Las otras «Casas grandes» del río Gila parecen ser del mismo tipo que la descrita. Las del río Salado se le parecen también. Son enormes construcciones a cuyo alrededor se agrupaban otras más pequeñas. Probablemente sucedía lo mismo en otro tiempo en la Casa Grande de Florencia.

Este tipo de construcciones se encuentra también en la provincia mejicana de Chihuahua, donde las ruinas están mejor conservadas que en los Estados Unidos (1). La mayor y mejor conservada mide 240 por 75 metros. Por desgracia, no se ha hecho ninguna descripción detallada de estos monumentos.

En resumen, las ruinas del río Gila nos muestran un procedimiento muy especial de construcción, no indicado en las ruinas situadas más al norte, y que parece haber sido especial de los pimas.

§ VI.—Las casas de los acantilados de la Sierra Madre y de Jalisco (Méjico)

Los flancos escarpados de la Sierra Madre, al norte de Méjico, esconden en bastante número habitaciones trogloditas. Abundan sobre todo en el valle conocido con el nombre de Tarahumara, en la frontera de los Estados de Sonora y de Chihuahua.

Una sola de las que fueron exploradas por Lumholtz era de

(1) Bartlett, *Personal Narrative*, vol. II, pág. 345.



Fig. 84.—Habitación en el acantilado de Chuhuichupa, Méjico (según *C. Lumholtz, Unknown Mexico*).

dimensiones bastante grandes. Estaba situada unos cuarenta kilómetros al sur del establecimiento mormón de Chuhuichupa, en una terraza rocosa que ocupa la mitad de una excavación natural (fig. 84). Las construcciones se hallaban en muy mal estado. Comprendían dos grandes grupos de casas de dos pisos, con 53 cámaras. Al lado había cierto número de pequeñas construcciones, en todo semejantes a los graneros para cereales de Méjico central y que quizá se deben a los tarahumaras modernos. Se han señalado otras construcciones del mismo género en el cañón de Piedras Verdes (Chihuahua) (1).

Los trogloditas han dejado huellas de su estancia aun en el centro mismo de Méjico. Recientemente, en el curso de una exploración en el Jalisco, M. A. Hrdlicka descubrió una de estas construcciones al sur del Estado de Zacatecas, no lejos de los límites del Jalisco. Esta región la habita hoy una tribu pima, los tepecanos. He aquí la descripción de esta ruina:

Está situada próximamente cinco kilómetros al sur de Juchipila, en dos colinas llamadas Cerro de Chihuahua y Cerro de las Ventanas, reunidas por una cresta en forma de silla de montar. Las dos colinas, y sobre todo la cresta, contienen ruinas y trozos numerosos de habitaciones que atestiguan la existencia en aquel lugar de una población en otro tiempo bastante densa. En la vertiente nordeste del Cerro de las Ventanas, próximamente a los dos tercios de su altura, se encuentra la ruina más interesante, muy parecida a las del Utah y el Colorado. Mide próximamente 12 metros de larga y 3 de alta. Las paredes, macizas y hechas con cuidado, son de piedras sin escuadrar, unidas con un mortero que parece hecho de tierra con mezcla de hierba picada. Del edificio no queda más que el muro de fachada, construído delante de una caverna de reducidas dimensiones, la cual no parece haber estado dividida por medio de muros interiores. El muro está pintado con seis fajas blancas verticales, muy visibles desde el valle y que han valido a la ruina el nombre de «Las Ventanas». Tiene también cuatro aberturas bastante parecidas a las que se ven en las habitaciones de los acantilados del norte. La que servía de puerta mide próximamente setenta y cinco centímetros de alta por sesenta de ancha, las otras cuarenta y cinco por treinta. Las colinas contienen otras varias cavernas, menos accesibles y que no han sido visitadas (2).

---

(1) Lumholtz, *Unknown Mexico*, vol. I, pág. 125.
(2) Hrdlicka, *The region of the Tepecanos*, págs. 431-432.

CAPÍTULO XI

Industria de los cliff-dwellers.

SUMARIO: I. Industria de la piedra y de la madera.—II. Cerámica.

§ I.—INDUSTRIA DE LA PIEDRA Y DE LA MADERA

Las excavaciones hechas en las viviendas de los acantilados y en los pueblos en ruinas han proporcionado numerosos objetos de piedra, de madera y sobre todo cacharros.

Estos diversos objetos no difieren, por otra parte, de los que fabrican hoy todavía los indios (zuñis, hopis, acomas, etc.) que habitan la región.

La industria de la piedra de los antiguos «cliff-dwellers» nos es conocida principalmente por objetos de piedra pulimentada y, en particular, por hachas. Estas se parecen a la vez a las encontradas en el valle del Mississipí y a las de regiones muy lejanas de la América del Sur. Están hechas por lo general con rocas eruptivas y de peso (basalto, pórfido) o con piedras verdes que recuerdan la jadeíta. Estas hachas son todas del tipo llamado «de cuello». A veces, el cuello está en medio y el hacha tiene dos filos. Otras, está más cerca de uno de los extremos que del otro, pudiendo entonces el hacha servir de martillo. En ocasiones aparecen dos cuellos paralelos; otras veces también la ranura no se extiende más que por tres lados y la cara posterior es lisa (fig. 85).

Todas estas formas las presentan en la actualidad las hachas de los zuñis y de los otros pueblos modernos.

Se han encontrado también, en los pueblos en ruinas, azuelas de espiga, de forma especial, morteros y tablas para pulverizar, objetos todos que se ven todavía entre los Pueblos modernos (1).

(1) Véase J. STEVENSON, *Illustrated Catalogue of the collections obtained from the Indians of New-Mexico and Arizona in 1879* (BE., volumen II. Washington, 1883, págs. 336-342 y figs. 353-358).

Los objetos de madera escasean más, pues, a pesar de que el clima es muy seco, la humedad los ha atacado, y muchos, cuando se descubrieron, no podían reconocerse. No obstante, los pocos que han permanecido intactos nos recuerdan la in-

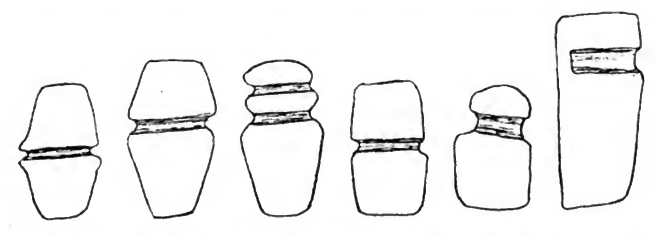


Fig. 85.—Formas principales de las hachas encontradas en las ruinas de las habitaciones de los acantilados y de los *pueblos*.

dustria de los indios que actualmente habitan la región. Los más interesantes son los *bahos* «bastones de oración» y las *kachinas*, muñecas de madera esculpidas que sirven hoy todavía a los *hopis* en sus ceremonias religiosas. Fewkes (1) ha descubierto *bahos* en las antiguas ciudades de *Sikyatki* y *Honánki*, que los *hopis* dicen haber sido sus antiguas residencias.

§ II.—Cerámica

Sobre todo nos es bien conocida la cerámica de los antiguos «cliff-dwellers». En todas partes se han encontrado restos de cerámica de los que hicieron las casas de los acantilados, unas veces vasijas enteras y otras, caso más frecuente, trozos de las mismas.

En este punto también, la técnica no parece haber diferido de una manera esencial de la de los Pueblos modernos.

El examen de la cerámica antigua del sudoeste de los Estados Unidos no permite establecer divisiones cronológicas. No parece muy antigua, quizá lo es aun menos que ciertos ejemplares de la región de los *mounds*. El sistema de fabricación es en todas partes el mismo, no parece imponerse ningún centro desde el cual este arte hubiera irradiado. Las piezas encon-

(1) *Preliminary Account of an expedition to the cliff-villages of the Red Rock Country* (SR., 1895, Washington, 1896, págs. 579-581 y láminas LII y LVIII).

tradas en las cavernas no están mejor ni peor ejecutadas que las de las ciudades en ruinas de la meseta del Arizona. Además, todas las vasijas de los «cliff-dwellers» difieren poco, tanto en la forma como en el adorno.

Toda la cerámica de esta región de los Estados Unidos ofrece un carácter particular: el barro está mejor cocido que el de las regiones orientales, en otro tiempo habitadas por los «Mound-Builders». La materia prima no escaseaba por otra parte en el sudoeste, pues todos los ríos dejaban en sus orillas ricos aluviones arcillosos, donde el barro de alfarero podía recogerse con abundancia. No obstante, este barro era demasiado compacto para que la masa resultase buena y por eso los «cliffd-wellers» le agregaban arena, procedente de rocas descompuestas.

Como en toda América, los cacharros se hacían a mano únicamente, pues no se conocía en el Nuevo Continente el torno



Fig. 86.—Asiento de vaso, hecho arrollando un cilindro de barro (según *W. H. Holmes, Ruins of S.-W. Colorado*)

de alfarero. Los procedimientos usados han sido dos al menos: 1.°, la fabricación por medio de rollos de barro superpuestos; 2.°, el modelado únicamente a mano (1). Ambos procedimientos los emplean hoy todavía los Pueblos. El enroscamiento del barro se ha observado frecuentemente entre estos indios, y he aquí su descrición técnica. El alfarero coge el barro, que ha amasado suficientemente, y con él hace como una longaniza, de un grosor que varía según el tamaño y la forma del cacharro que quiere hacer, pero que es, por lo común, de un centímetro a centímetro y medio de diámetro. Iguala y pulimenta cuidadosamente la especie de cuerda de barro obtenida de este modo, luego apoya el dedo en uno de los extremos y alrededor va enrollando el barro en forma de espiral y sujetando muy bien unas vueltas sobre otras. La figura 86, que representa el asiento de un puchero que se encontró en uno de los pueblos del río San Juan, permite comprender este procedi-

(1) W. H. Holmes, *Pottery of the ancient Pueblos* (RE., Washington, 1886, pág. 271).

miento. Las primeras vueltas sobresalen poco unas de otras, de suerte que el fondo de la vasija es un disco casi plano, pero poco a poco salen más y se va formando la panza. Cuando toda la primera longaniza de barro está enrollada, se añade otra, teniendo cuidado de unir bien las puntas. La boca de la vasija se hace con ayuda de una tira llana de barro, un poco gruesa y algo encorvada por el lado que ha de formar el borde. Cuando el barro está todavía fresco, se va allanando el interior con la mano (1). La superficie de fuera se deja como queda o se moldea con adornos muy varios, que describiremos más adelante.

El otro procedimiento de fabricación era el que empleaban la mayor parte de los pueblos americanos. Consistía en modelar toscamente, con la mano, los cacharros en la forma que se deseaba, y retocarlos luego.

De la cocción se tenía, por lo general, sumo cuidado, porque el barro raras veces aparece ahumado. Quizá los antiguos «cliff-dwellers» se servían de hornos como los que se encuentran en las poblaciones de los Pueblos actuales (2).

Una vez cocido, aquel barro aparecía por lo general de un color gris claro, pero a veces también encarnado o castaño, a causa de la presencia de arcillas ferruginosas, y, en el sur, también amarillento. Con frecuencia se pulimentaba la superficie de las vasijas, probablemente con ayuda de un instrumento de piedra. A veces también se cubría de una capa blanquecina, hecha con tierra blanca muy desleída, que formaba una especie de barniz encima del cual se pintaba con colores muy distintos.

Tales son las características de la cerámica de los antiguos «cliff-dwellers». Examinemos ahora las diversas clases en que se dividen los productos de este arte cerámico.

Cerámica sin adorno.—Está hecha por el primer procedimiento. Es sumamente abundante en toda la zona de las viviendas de los acantilados y de los pueblos. Se encuentra desde el sur del Utah (río Virgen) hasta el río Gila, y está muy extendida en las ruinas del río San Juan, del Pequeño Colorado, del río Pecos, de la meseta de Jemez (3). Esta cerámica presenta en todas partes el mismo aspecto, el barro aparece rugoso, debido a la gran cantidad de arena que contiene, el color es gris en el norte, amarillo en algunas partes del Arizona. Siempre está bien cocido y es sumamente duro. Las formas varían bastante poco: vasijas de forma globular, ollas, fuentes poco hondas y cazuelas. Las ollas, lo más interesante de estos objetos, tienen bocas más o menos abiertas en la parte superior, la panza es generalmente muy ancha y baja, a veces un poco labrada (fig. 87).

---

(1) W. H. Holmes, *Pottery of the ancient Pueblos*, págs. 274-276.
(2) V. Mindeleff, *A Study of the Pueblo architecture* (BE., volumen VIII, Washington, 1891, págs. 162-168).
(3) W. H. Holmes, *Pottery of the ancient Pueblos*, págs. 297-299.

El único adorno que ofrecen estos cacharros se obtiene por la distinta colocación de los rollos de barro con que están hechos. A veces adornan la panza bandas que caen en cascada, producidas por medio de cuerdas de arcilla aplastadas en la punta y que se recubren. A veces, las salientes alternan, anchas y estrechas sucesivamente, y otras aparecen dentadas de modo distinto para imitar el tejido de cestería, marcadas con las uñas, imitando gotas, plegaduras del barro, etc. (fig. 88) (1). Se han encontrado también en esta cerámica ciertos adornos añadidos hechos de la misma pasta que la vasija. Son pequeños pezones, espirales, sencillas o dobles, grandes cuñas, que se



Fig. 87.—Vaso panzudo (olla) del río San Juan (según *W. H. Holmes, Ruins of S.-W. Colorado*).

aplicaban encima del barro después de estar hecha la vasija y antes de cocer ésta (2).

La mayor parte de los vasos de este tipo parecen haber sido de uso doméstico: cacharros para guisar o contener agua, etcétera.

Hay en la misma región otra cerámica, igualmente sin adorno, pero cuya superficie, en lugar de mostrar las estrías producidas por el procedimiento especial de fabricación, es perfectamente lisa. Estas vasijas son muy abundantes, de fabricación por lo general bastante ordinaria y de formas poco variadas. Se encuentran botellas y vasijas de forma irregular.

(1) W. H. Holmes, *Pottery of the ancient Pueblos*, figs. 220-228, páginas 278-280.
(2) Id., *ibid.*, figs. 231-238, págs. 282-283.

La mayor parte de los Pueblos modernos hacen todavía cacharros análogos. Los *zuñis* fabrican en cerámica lisa todos sus

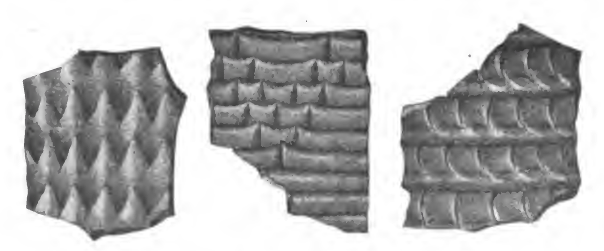


Fig. 88.—Adornos de la cerámica del río San Juan (según *W. H. Holmes, Ruins of S.-W. Colorado*).

utensilios de cocina. Lo mismo ocurre entre los *hopis*, los *taños*, los Pueblos de *Acoma*, de *Tesuke*, de *Santa Clara* (1). Estos últimos tienen una linda cerámica negra, de brillo, sin adorno,



Fig. 89.—Cerámica negra de Santa Clara (según *J. Stevenson, Illustrated Catalogue*).

enteramente especial, según lo muestran los ejemplares reproducidos en la figura 89 (2).

Cerámica pintada.—La cerámica pintada es casi tan frecuente en las ruinas del sudoeste como la que carece de adorno.

---

(1) J. Stevenson, *Illustrated catalogue of the collections obtained from the Indians of New-Mexico and Arizona in 1879.*

(2) J. Stevenson, *Illustrated catalogue of the collections from the Indians of New-Mexico and Arizona in 1880.* (BE., vol. II, figs. 660 a 672).

Pero tiene mucha más importancia que esta última en la civilización de los Pueblos modernos.

La clasificación de esta clase de cerámica no está todavía bien determinada. W. Holmes propone la siguiente: 1.°, cerámica de fondo blanco, abundante sobre todo en la meseta de Tusayán (Arizona); 2.°, cerámica de colores muy vivos, superficies pintadas de encarnado y adornadas con profusión de líneas y figuras en blanco, en negro y en castaño, encontrándose desde el valle del Pequeño Colorado hasta el río Gila; 3.°, es-



Fig. 90.—Escudilla del pueblo en ruinas llamado Sikyatki (según *J. W. Fewkes, Preliminary account of an expedition to the Red Rock Country).*

cudillas de colorido rojo y negro sobre fondo amarillento, de la misma región (1).

La cerámica de fondo blanco encontrada en las ruinas tiene formas bastante poco variadas. Escudillas, formadas por segmentos de esferas, a veces un tanto ovoidales o puntiagudas por el apoyo, con bordes profundamente encorvados y a veces muy deprimidos; pucheros con el fondo frecuentemente aplastado o aun, muy raras veces, cóncavo, de boca más o menos ancha, cubiletes semiesféricos, cilíndricos, cónicos, con asas de formas muy variadas, por último, vasos que figuran objetos y sobre todo calzado.

---

(1) H. Holmes, *Pottery of the ancient Pueblos*, págs. 300-301.

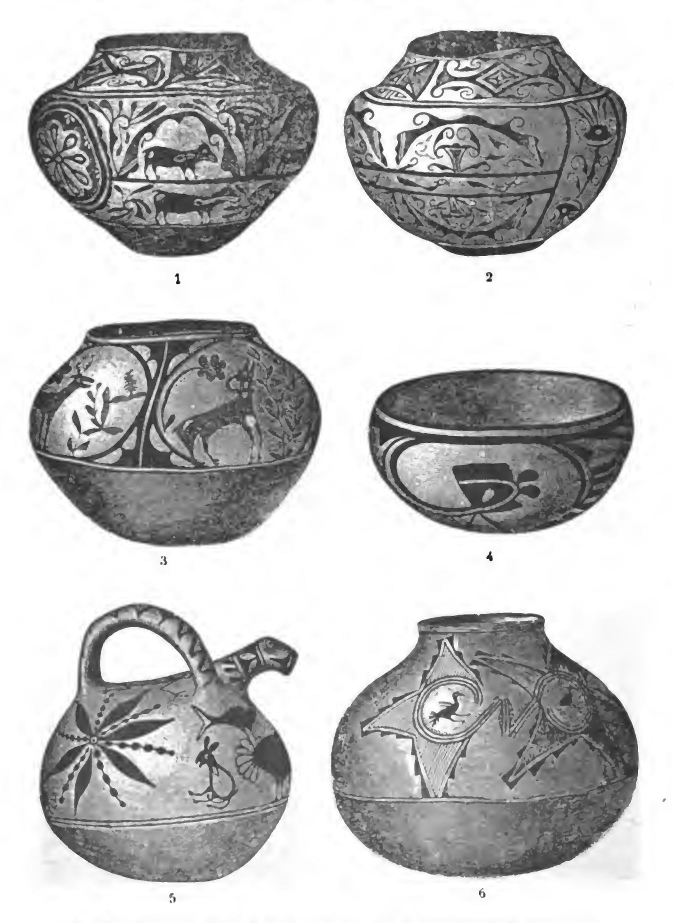


Fig. 91.– Cerámica de los Pueblos modernos: 1 y 2, Pueblo de Zuñi; 3, Acoma; 4. Laguna; 5, Cochiti; 6, Tesuke.

El adorno es siempre geométrico, generalmente en negro sobre fondo blanco amarillento. Consiste en escalones, ribetes, grecas, hojas, espirales, dispuestas de distintos modos.

Esta clase de cerámica abunda mucho entre las tribus modernas, y en particular entre los *zuñis*. Sus vasijas son casi siempre de color blanco crema y con dibujos de un azul negruzco. No podríamos tratar siquiera de hacer aquí la enumeración de las formas, muy numerosas, que afectan las vasijas zuñis, no más que de su adorno tan particular. No obstante, hemos agrupado en la figura 91 algunas características.

Una de las particularidades de la cerámica moderna de los *zuñis*, es el desarrollo que ha adquirido la representación de seres humanos y animales. A veces, estas figuras aparecen en cerámica blanca adornada de negro. Otras, están hechas con barro rojizo y cubiertas con hojitas de mica.

Fewkes ha descubierto en las ruinas de *Sikyatki*, de *Honanki* y de *Awatobi*, cerca del río Verde, ejemplares muy interesantes de una cerámica que podría referirse al tercer tipo mencionado por Holmes. Se trata de escudillas, bastante hondas, de color amarillo, y con dibujos en rojo o en negro. El adorno es en especial interesante. Los adornos geométricos son poco frecuentes, al contrario de lo que tiene lugar en la antigua cerámica de fondo blanco. Por el contrario, se ven en calidad de adorno mariposas (fig. 90), aves y reptiles representados en esquema (1).

Terminaremos este capítulo con unas cuantas palabras acerca de la cerámica de los Pueblos modernos. La técnica, la forma son, por lo general, bastante poco variadas, pero, por el contrario, el adorno es particular y varía de un pueblo a otro como puede juzgarse por el examen de la figura 91, que representa dos vasijas de los *zuñis*, una de *Acoma*, una de *Laguna*, una de *Tesuke* y una de *Cochiti*.

---

(1) J. W. Fewkes, *Preliminary account of an expedition to the cliff villages of the Red Rock Country.*

CAPITULO XII

Los constructores.

Se admite hoy generalmente que las ruinas que siembran los Estados Unidos son de construcciones hechas por los antepasados de los actuales indios Pueblos. No constituyen éstos una raza homogénea y hablan lenguas que pertenecen a varios grupos muy diferentes. Así los hopis o mokis son de la raza de los shoshones, pueblos de bandidos que comprende las tribus de los yutes y los comanches, mientras que los otros pueblos pertenecen á los grupos zuñi, taño y keres. M. Hodge piensa aún que los navajos, que tanto se parecen hoy a los apaches y a las otras tribus nómadas de esta región, construyeron en otro tiempo «casas de los acantilados», para ponerse al abrigo de aquéllos a quienes aparentan parecerse tanto.

Se supone que la causa que indujo a los antiguos Pueblos a construir las habitaciones trogloditas y las casas de los acantilados fue la guerra despiadada que les hicieron las tribus merodeadoras venidas del norte y principalmente los apaches. No obstante, esta opinión ha sido atacada bastante recientemente por varios americanistas. Hodge supone que la elección del emplazamiento de las ciudades fue, hasta 1680 (fecha de la sublevación de todos los Pueblos contra el poder de España), dictada, no por el temor a las tribus nómadas, sino por las necesidades de la vida agrícola. Sus trabajos de defensa se hacían contra los otros Pueblos y no contra los apaches, que no aparecieron en escena sino en la época de la llegada de los españoles.

M. C. Mindeleff, que ha hecho un estudio muy profundo de la arquitectura de los Pueblos, rechaza asimismo la hipótesis defensiva. Hablando de las ruinas del cañón de Chelly, dice: «Aquí, más que en cualquier otra parte, habríamos pen-

sado encontrar confirmada la vieja idea, según la cual las excavaciones de los acantilados fueron las residencias y el último refugio de una raza acosada por enemigos poderosos y obligada, finalmente, a hacer sus habitaciones en lugares inaccesibles donde pudiera resistir con eficacia; aquí habríamos podido también ver realizable la teoría más moderna, según la cual estas construcciones representarían una etapa primaria del desarrollo de la arquitectura de los Pueblos, etapa correspondiente a la época en que estas tribus eran poco poderosas y se veían rodeadas de numerosos enemigos. Ni una ni otra de estas teorías pueden dar cuenta de los hechos observados. La idea, más reciente aún, según la cual las casas de los acantilados eran utilizadas como lugares de refugio temporal por diversas tribus de indios Pueblos, los cuales, pasada la alarma, volvían a sus aldeas en las llanuras, puede explicar el origen de algunas de estas ruinas».

El mismo autor ha bosquejado un cuadro muy exacto de la evolución de la aldea entre los Pueblos, donde muestra hasta qué punto su existencia ha estado influída por el contacto con los pueblos guerreros de origen shoshone o athapaskane. Este contacto ha tenido principalmente por resultado concentrar a los Pueblos en grandes aldeas (pueblos del cañón del Chaco), mientras que en otros períodos de su vida social vivían en pequeños establecimientos diseminados a lo largo de los ríos.

La antigüedad de estas ruinas permanece aún desconocida. Se creía en otro tiempo que las habitaciones trogloditas y las construcciones hechas en los acantilados representaban la época más antigua de la arquitectura de los indios Pueblos, pero M. Mindeleff ha demostrado que algunas de estas construcciones habían sido hechas, o al menos reparadas, después de la introducción de los animales domésticos y, por consiguiente, en época posterior a la llegada de los españoles. Es muy difícil, por tanto, asignar fecha a estas construcciones. Cuando Coronado llegó a Cibola (Zuñi) el año 1540, había ya en el país ruinas bastante numerosas. Las particularidades arquitectónicas no pueden ofrecernos tampoco indicaciones verdaderamente precisas. Mindeleff cree que las *kivas* o *estufas* circulares, que vemos en las casas de los acantilados, no representan un tipo más antiguo que la *kiva* rectangular de los pueblos modernos. Nada, en una palabra, permite asignar a las ruinas de esta parte de América una fecha siquiera relativa.

Por eso su interés no es principalmente histórico, y lo que debemos considerar en ellas, es el progreso que muestran en las artes de la civilización. Los «Cliff-dwellers», los Pueblos modernos eran y son pueblos de una civilización muy superior a la de todas las restantes poblaciones de la América del Norte, que conocen el arte de construir con piedra y el de la fortificación. Practicaban el riego artificial de los campos, sobre todo en la región vecina al río Gila y parecen haber sido

hábiles horticultores. Los productos de su industria tienen una finura y una ejecución que se encuentran raras veces entre los americanos del norte. En resumen, por todos sus caracteres, son los intermediarios entre los Pieles Rojas propiamente dichos y los pueblos que tenemos la costumbre de considerar como civilizados.



Fig. 92.—Mapa de los descubrimientos de huesos humanos y objetos paleolíticos en América del Sur.

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

SEGUNDA PARTE.—AMÉRICA DEL SUR

CAPITULO PRIMERO

El hombre fósil en la América del Sur.

SUMARIO: I. Formaciones terciarias y pleistocenas de América del Sur.—II. El *tetraprothomo* u *homo neogæus* de Monte Hermoso.—III. Restos del hombre en los terrenos pampeanos.—IV. El hombre prehistórico en el Brasil y la raza de Lagoa Santa.

§ I.—FORMACIONES TERCIARIAS Y PLEISTOCENAS DE AMÉRICA DEL SUR

Parecería, a primera vista, que la prehistoria de América del Sur no debe presentar dificultades tan grandes como la de América del Norte. En efecto, en la parte meridional del Nuevo Mundo se han encontrado muchos huesos humanos antiguos. Además, todos los restos de esqueletos, todas las huellas de industria aparecen asociadas con los restos de animales desaparecidos que, a lo que parece, permiten asignarles una fecha precisa.

Nada de esto. La geografía física y la estratigrafía de la América del Sur están todavía por hacer, la superficie permanece en gran parte sin explorar, y el subsuelo es por completo desconocido. La mitad septentrional de América del Sur, cubierta de bosques, apenas habitada, está casi entera por estudiar desde el punto de vista geográfico, y su geología por hacer, salvo en lo que concierne a algunos terrenos de aluvión y recientes. Sólo en la región más meridional (República Argentina, Chile) y en las altas mesetas (Perú, Ecuador, Bolivia) se han podido hacer observaciones geológicas. El suelo de la

República Argentina, y más especialmente las Pampas, contiene ejemplares paleontológicos del mayor interés, revelándonos una fauna especial. Se encuentran también restos humanos y algunos objetos que atestiguan que el hombre trabajó la piedra en aquellas regiones en la época en que vivían los gigantescos desdentados de la familia del megaterio. Desgraciadamente no es fácil determinar la fecha de las capas en que los animales y los hombres han dejado huellas de su existencia, no han terminado todavía las discusiones acerca de este punto y la opinión general es que parecen recientes; pero no es más que una opinión.

En el Brasil, en el Ecuador, se encuentran también restos humanos antiguos. No pueden, sin embargo, aspirar a la antigüedad de los de Europa.

En resumen, no estamos más adelantados por lo que respecta a América del Sur que lo estamos en América del Norte, y quizá menos todavía, porque el problema estratigráfico, que era casi único para América del Norte, se complica con un problema paleontológico, que en América del Sur no ha sido resuelto todavía.

El periodo glaciar en América del Sur. — No se han observado de modo cierto las huellas de un período glaciar en América del Sur. Agassiz ha reconocido la existencia de depósitos diluviales desde la Tierra del Fuego hasta los 37° de latitud S., en el espacio que se extiende entre los Andes al oeste y las pequeñas sierras costeras al este, y han sido señalados también en la otra vertiente de los Andes. Se ha invocado como prueba de una época glaciar en esta parte de América la existencia en las costas chilenas y argentinas de profundos fiordos, que llegan hasta 150 kilómetros en el interior de las tierras. Se ha pretendido también que los grandes cantos encontrados muy al este de los Andes, y compuestos de minerales propios de estas montañas, habían sido trasportados por los glaciares (1), pero nunca se ha podido describir, en conjunto lo que había sido el período glaciar en aquella parte del mundo.

En el oeste, del lado de los Andes, parece seguro que ha habido formaciones glaciares en época quizá muy reciente, y las altas montañas del Ecuador están surcadas por glaciares, que no adquieren, sin embargo, las dimensiones de los de Europa o del Alaska.

No hay nada, pues, que indique esos depósitos, mal llamados diluviales, en que los prehistoriadores de Europa y de América del Norte buscan las huellas del hombre cuaternario.

Origen de los terrenos pampeanos.—Trazas de la existencia antigua del hombre han sido descubiertas en una formación especial de esta parte del globo que se designa con el nombre

---

(1) Dana, *Manual of Geology*; 2.ª edic.; New-York, 1876, páginas 532-534.

de «terrenos pampeanos» (1). En la superficie de la Pampa, debajo de la tierra vegetal, se encuentra una capa rojiza, compuesta de arcilla y arena muy fina, con numerosas concreciones calizas, a veces agrupadas en bancos, que, según el estudio hecho por FRUEH (2), se habrían formado con posterioridad al resto del terreno y por infiltración de aguas cargadas de carbonato de cal. Esta capa tiene de 30 a 40 metros de profundidad, y ofrece por todas partes la misma composición y el mismo aspecto, salvo en ciertos puntos bastante escasos donde se encuentran depósitos de arcilla margosa.

Se ha discutido mucho acerca del origen de la formación pampeana (3). D'ORBIGNY, que fue el primero en estudiar estos sedimentos, pensó que eran depósitos de origen marino. Esta opinión fue seguida por DARWIN, quien, apoyándose en los estudios del conchólogo CARPENTER, afirmó el origen marino de las concreciones calizas. BRAVARD, por el contrario, manifestó que las capas pampeanas eran de la misma naturaleza que el *loess* y procedían de depósitos eolianos, arrancados de las laderas disgregadas de colinas al presente desaparecidas. Esta hipótesis fue recogida por el geólogo argentino SANTIAGO ROTH, que la modificó conforme a la teoría, nueva entonces, de VON RICHTHOFEN acerca de la formación eoliana del *loess*.

Hoy se han abandonado estas hipótesis en provecho de la que consideró preferente BURMEISTER (4), luego AMEGHINO, los cuales consideraron los depósitos pampeanos como aluviones de agua dulce. BURMEISTER opuso a la teoría marina de D'ORBIGNY y de DARWIN dos argumentos importantes: 1.º, la formación pampeana no se limita a las llanuras argentinas, sino que se encuentra en las montañas de este país hasta en alturas de 1.700 metros, y en Bolivia todavía más alto; es difícil poder concebir una diferencia de nivel semejante, y no se explicaría, por otra parte, el motivo de que esos depósitos no existan en Patagonia; 2.º, es frecuente encontrar en estas capas esqueletos de animales muy corpulentos, *in situ*, y no puede concebirse que los ríos, por abundante que haya sido el caudal de sus aguas, hayan podido acarrear esqueletos completos del *Glyptodon* o del *Mylodon* y que el Océano los haya luego llevado tan lejos de sus orillas. Por el contrario, los descubrimientos de fósiles realizados en la región indican que ésta

(1) Hemos seguido las descriciones que hacen AMEGHINO, *L'antiquité de l'homme à la Plata,* y R. LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne.*

(2) En LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches...*

(3) Se encontrará la discusión de las opiniones relativas al origen en VON IHERING, *Conchas marinas da formacão pampeanas de la Plata* (RMSP, vol. I, págs. 223-232). São-Paulo, 1895, y en LEHMANN-NITSCHE, *Ob. cit.*

(4) *Description physique de la Republique Argentine.* París, 1876 volumen II.

estuvo cubierta de pantanos o charcas, en donde vivían los animales cuyas osamentas encontramos ahora. VON IHERING (1), ha completado la demostración de BURMEISTER y de AMEGHINO. Le había sorprendido el número casi insignificante de conchas de agua dulce que se encontraban en los aluviones de las Pampas. Estudiando la «Lagoa dos Patos» del Brasil (provincia de Río Grande del Sur), vió que las extensiones de agua alternativamente dulce y salobre situadas en las tierras bajas entre el Océano y la desembocadura de un caudaloso río, son sumamente pobres en conchas de agua dulce y en crustáceos. De aquí dedujo que las tierras bajas de la Pampa debieron estar regadas alternativamente por agua dulce y agua salada.

Los estudios más recientes verificados en estos terrenos han demostrado que no presentan en todas partes el mismo carácter. De esta suerte, aun cuando se admita en general la teoría palustre, se han abandonado las ideas de BURMEISTER para adoptar la hipótesis de AMEGHINO y de VON IHERING, que atribuyen los depósitos, no a pantanos o extensiones de agua dulce tranquila, sino a inundaciones más o menos prolongadas. Los depósitos de arcilla margosa de que ya hemos hablado, se consideran ser el fondo de pantanos de extensión bastante pequeña (2). Además, la formación llamada «pampeana de Córdoba» ha sido considerada de origen eoliano. Es rica en capas de cenizas volcánicas más o menos modificadas por el tiempo y los agentes naturales. Estas capas son tanto más espesas cuanto más se acercan a los Andes, de donde proceden, y van disminuyendo de espesor a medida que se alejan al este, pero se observan todavía sus huellas hasta las cercanías de Buenos Aires (3).

Los diferentes niveles de las Pampas.—Se han distinguido, desde hace mucho tiempo, varias capas en los aluviones argentinos. Ya en 1879, AMEGHINO (4) admitía tres: el pampeano antiguo, el pampeano moderno y el pampeano palustre o lacustre. Hoy no se admite la última de estas subdivisiones; pues los depósitos palustres no caracterizan una época y se presentan esporádicamente en todo lo que comprende la formación de las Pampas. Por el contrario, ciertos geólogos argentinos (5) han creído descubrir un nivel anterior al pampeano en otro tiempo llamado «antiguo» por AMEGHINO. Este nivel se designa con el nombre de *loess moreno*, *pan de especias* o de *Monte*

(1) *Conchas marinas*, págs. 225-226. Véase, del mismo autor, *Die Lagoa dos Patos (Zistschrift der Geographischen Gesellschaft zu Bremen*, Bd. VIII, 1885, págs. 164-205).

(2) AMEGHINO caracteriza cierta época de la formación pampeana por la existencia de estas charcas, según se verá más adelante.

(3) AD. DOERING, en LEHMANN-NITSCHE, *Ob. cit.*

(4) *L'antiquité de l'homme à la Plata.*

(5) S. ROTH, AMEGHINO.

Hermoso, por el nombre de una localidad donde tuvieron lugar importantes descubrimientos que relataremos más tarde. Por cima viene una capa de *loess moreno* rojizo, llamada por unos *loess medio*, por otros *loess inferior*, luego una capa de aluviones amarillos, el *loess superior* (1).

Paleontología de los terrenos de las Pampas.—La antigüedad de estas diferentes capas ha sido objeto de discusiones numerosas y que no están todavía próximas a terminar. El disentimiento estriba en la de la fauna que se encuentra en los distintos niveles. El *loess de Monte Hermoso* ha proporcionado a los paleontólogos esqueletos de marsupiales, de desdentados y de ungulados que pertenecen todos a familias desaparecidas: *Litopterna*, *Toxodontia*, *Typotheria*. Estos mamíferos son los descendientes de los que caracterizaban la fauna oligocena (llamada de Santa Cruz) de esta parte de América, de los que no difieren más que por caracteres de especialización más acentuada. Al lado de ellos se ve aparecer, por vez primera en América del Sur, cierto número de especies de origen exótico. Los géneros *Tapirus*, *Hippidium*, *Auchenia*, *Eoauchenia*, *Paraceros*, *Mastodon* y *Canis*, que se encuentran en estos niveles, no tienen seguramente antecesores en esta parte del Nuevo Mundo, son emigrantes de la América del Norte. Se los ha descubierto —o especies muy cercanas— en los «Loup-fork beds» (plioceno) de América del Norte. Puede deducirse que, en la época de la formación del loess del Monte Hermoso (2), las dos mitades de América, separadas hasta entonces, se unieron y que se mezclaron sus faunas (3). En las capas pleistocenas de los Estados Unidos y de América central (Equus y Megalonyx beds), vemos aparecer las osamentas de los desdentados y de los ungulados que pertenecían exclusivamente a la América del Sur en época anterior.

Los niveles del pampeano propiamente dicho *(loess moreno rojizo* y *loess amarillo)*, así como las tobas volcánicas de Bolivia, del Perú y de Chile, contienen una fauna mucho más rica, que, en opinión de Ameghino, asciende a 235 especies y 93 géneros. Esta fauna comprende todos los desdentados, los toxodontes, los tipotéridos de la formación araucana, o de Monte Hermoso, y los animales carnívoros o herbívoros emigrados de la América del Norte. Los animales específicamente sudamericanos tienen talla más alta, sus órganos están más diferenciados que los de sus predecesores. Entre los animales nuevos, cuyo origen verosímil es septentrional, puede señalarse un caballo

(1) Ad. Doering reconoce también tres capas en el pampeano de origen eoliano de Córdoba. Estas diversas capas se caracterizarían por fósiles diferentes.
(2) Llamada también «formación araucana» por Ameghino.
(3) Es verosímil que el puente que entonces unía las dos Américas era mucho más ancho que el istmo de Panamá.

silvestre *(onohippidium)* y numerosos roedores pequeños (1). Según ROTH, la única diferencia que existe, desde el punto de vista paleontológico, entre el *loess moreno* y el *loess amarillo*, es la falta, en la capa superior, de animales del género *typotherium* (2).

Tal son los hechos. ¿Bastan para permitirnos fijar con alguna certidumbre la antigüedad de las capas en cuestión? AMEGHINO, que ha inventado toda una teoría paleontológica que es especial suya, responde afirmativamente y funda en ella una cronología. Para él, toda la formación del *loess* es del período plioceno, es decir, del final de la época terciaria, con lo que la formación de Monte Hermoso sería de finales del mioceno o principios del plioceno. Esta opinión es rechazada por la mayor parte de los sabios: BURCKHARDT, VON IHERING, STEINMANN (3), LEHMANN-NIETSCHE consideran las dos capas superiores como cuaternarias, conservando siempre al nivel de Monte Hermoso la antigüedad pliocena.



En realidad, la cuestión es muy compleja. Si, con VON ZITTEL, consideramos los fósiles exóticos que existen en Monte Hermoso como descendientes de los animales que se encuentran en las capas pliocenas del «Loup-fork» de América del Norte, hay que admitir que se remontan, a lo sumo, a fines del plioceno. Consiguientemente, los niveles superiores aparecen más modernos de lo que se suponía.

Pero surge otra dificultad: en las capas superiores al *loess amarillo*, y que ciertos paleontólogos consideran pleistocenas (4), sólo se encuentran animales que tienen relaciones directas con las especies actualmente vivas, aun cuando sean algo más próximas a las formas antepasadas. ¿Es preciso considerarlos como cuaternarios, o debemos no ver en ellos más que los representantes de la fauna de la época actual? Estaríamos tentados a adoptar esta hipótesis, apoyándonos en descubrimientos recientes que muestran que la extinción de las especies antiguas no ha tenido lugar, en América del Sur, en época muy remota.

El *Neomylodon Listai*.—Entre los animales fósiles descubiertos en el sur del Nuevo Mundo, no los hay más típicos que los gigantescos desdentados *(Megatherium, Mylodon, Scelidotherium)* hoy desaparecidos. No obstante, su extinción habría tenido lugar en época poco alejada de nosotros. En 1896,

(1) Toda la enumeración paleontológica está tomada de VON ZITTEL, *Rückblick auf die Geologische Entwickelung. Herkunft und Verbreitung der Säugethiere*, en *Grundzüge der Paleontologie*, Münich, 1893.

(2) LEHMANN-NITSCHE, *Ob. cit.* Véase, del mismo autor, *L'homme fossile de la formation pampéenne* (CIA, XIIe *session*, París, 1900, página 144).

(3) En LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches*...

(4) VON ZITTEL, *Rückblick*, en *Grundzüge der Paleontologie*, página 949.

unos granjeros, explorando una caverna conocida con el nombre de Eberhardt, situada cerca de Puerto Consuelo, no lejos de la bahía Ultima Esperanza (sudoeste de Patagonia), encontraron un gran trozo de piel de un animal que no conocían, así como un esqueleto humano. La piel contenía, en su espesor, pequeños huesecillos que constituían, debajo de la epidermis, una coraza discontinua. Estaba cubierta de pelos de color amarillo muy oscuro. Trozos de ella llegaron a diferentes museos de Europa y de la República Argentina (1) y la presencia de los huesecillos permitió identificarla con la del *Mylodon Darwinii* (Owen), un escelidoterideo que se suponía haber vivido en los terrenos pampeanos pleistocenos. El esqueleto humano no merecía la menor atención; pues había sido encerrado en la caverna por gauchos de la servidumbre de los granjeros que hicieron el descubrimiento. Este no dejaba de ofrecer gran interés. Erland Nordenskiöld visitó, a principios del año 1899, el lugar del descubrimiento. La caverna Eberhardt está situada en un conglomerado grueso. Tiene casi 200 metros de longitud, 120 de anchura y 30 de alta. Un derrumbamiento de la bóveda la divide en dos partes. Las capas superficiales de la primera cámara encierran huesos de animales actuales y restos de lama fósil; la segunda capa contenía fósiles de lama y de *Onohippidium*; por último, en la tercera se halló un esqueleto entero del *Mylodon Darwinii* (2), al cual pertenecía el trozo de piel tan dichosamente descubierto. Este lecho se componía casi exclusivamente de excrementos, de apariencia todavía fresca, que parecen proceder del mylodon. A más del esqueleto, se encontró allí también un pequeño trozo de piel con pelos (fig. 93). El Dr. HAUTHAL visitó la caverna poco tiempo después que Nordenskiöld. De la situación del lecho de excrementos y de la presencia en aquella capa de cierta cantidad de hierba seca, dedujo que el mylodon era un animal doméstico y que estaba separado de los hombres, con los que compartía la caverna, por una especie de cercado. Encontró también huesos y objetos que consideró ser pruebas de la industria humana. De su opinión participó LEHMANN-NITSCHE (3).

(1) Un gran trozo de piel fue llevado a Suecia, en 1897, por OTTO NORDENSKIÖLD y depositado en el Museo de Stockolmo. Otro había ido a parar a manos de AMEGHINO, y otro se conserva en el Museo de la Plata. Los objetos que trajo NORDENSKIÖLD se repartieron entre los Museos de Copenhague y de Stockolmo. Por último, el Polytechnicum de Zurich posee también algunos restos procedentes de la caverna de Eberhardt. La galería paleontológica del Museo de Historia Natural de París posee un trozo de piel de *Neomylodon*, donativo de O. NORDENSKIÖLD.

(2) Le hemos conservado este nombre, pero es denominado de maneras muy diversas: *Neomylodon Listai* (AMEGHINO), *Grypotherium domesticum* (S. ROTH), *Glossotherium* (E. NORDENSKIÖLD).

(3) R. HAUTHAL, S. ROTH y R. LEHMANN-NITSCHE, *El mamífero misterioso de la Patagonia, «Grypotherium domesticum»* (RMP, 1899).

La hipótesis de la domesticación ha sido combatida y destruída por los Sres. E. Nordenskiöld y Nehring, pero no deja de ser cierto que el *Mylodon Darwinii* ha vivido en época bastante cercana a nosotros. ¿Qué época es ésta?

Hauthal, Santiago Roth y Lehmann-Nitsche creen que es



Fig. 98.—Fragmentos del cráneo y de la piel del *Neomylodon Listai* (según *E. Nordenskjöld, Iak ttagelser och fynd i grottor vid Última Esperanza*).

bastante antigua y que la buena conservación de la piel y de los excrementos del mylodon proceden de la sequedad del aire de la caverna. Pero E. Nordenskiöld ha demostrado que se trata de la época post-glaciar (1), porque, en el momento de

(1) Respecto a esta parte de la Patagonia, se tienen indicios ciertos de la existencia de un período glaciar.

la glaciación, y todavía más seguramente en el de derretimiento de los hielos, las capas habrían sufrido erosiones, cambios y habrían sido destruídas en parte. Ahora bien, no se ha encontrado nada cambiado. AMEGHINO ha supuesto que el mylodon vivía todavía en algunas partes remotas de la Argentina, y ha querido identificarle con un animal terrible, célebre en las leyendas patagonas, el *Iemish* (1) o «tigre de agua». Se organizaron investigaciones, se ofrecieron primas por la captura de este animal, y parece demostrado hoy que la especie mylodon está extinguida.

Todo induce a creer que el *Mylodon Darwinii* vivía en tiempos bastante cercanos a los nuestros en el sur de Patagonia. Lo mismo parece ocurrir con el *palæolama* y el *onohippidium* cuyos restos se han encontrado en una capa superior a aquélla en que yacía el esqueleto del *mylodon*. Por último, hay que notar, como hace VON ZITTEL (2), que se encuentran entre los fósiles de las Pampas muchas más especies todavía existentes que entre los fósiles de Europa o de América del Norte.

Estos hechos deben inducirnos a ser sumamente reservados en cuanto a la antigüedad de las formaciones pampeanas, y nos llevará a poner en duda la atribución de restos humanos al período pleistoceno.

Determinado esto, podemos examinar las teorías concernientes a la antigüedad del hombre en América del Sur, y no podremos hacerlas remontar mucho más allá del pleistoceno.

§ II.—EL TETRAPROTHOMO U HOMO NEOGÆUS DE MONTE HERMOSO

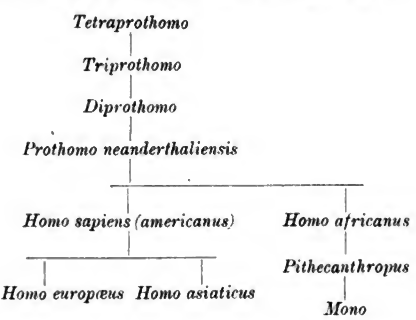
Hace más de veinte años que AMEGHINO, haciendo excavaciones en los terrenos miocenos de Monte Hermoso, creyó descubrir vestigios de industria humana. En 1906 afirmó que el hombre mioceno de Monte Hermoso era conocido por un resto (última vértebra cervical) encontrado en estos mismos terrenos, antes de 1897, en condiciones mal definidas. A esta vértebra se añadió, algo más tarde, un fémur de muy pequeñas dimensiones. El sabio paleontólogo, después de haber descrito prolijamente la vértebra y el fémur, los refirió a la misma especie animal, que pertenecería a un género diferente del género *homo* y al que dió el nombre de *Tetraprothomo*. El fémur de Monte Hermoso ofrecería un carácter intermedio entre el del hombre y los de los antropoides, pero es de tamaño mucho más reducido. La vértebra indica un individuo de más estatura, pero que AMEGHINO no vacila en referir a la misma espe-

(1) M. LEHMANN-NITSCHE supone que el *Iemish* designa un animal de la fauna moderna, sea la nutria, sea el jaguar.
(2) *Rückblick*, en *Grundzüge der Paleontologie*, pág. 946.



cie, porque, en su opinión, es imposible admitir dos predecesores del hombre en el mismo yacimiento.

Teoría de Ameghino. — Las principales conclusiones son las siguientes: el *Tetraprothomo argentinus* debía tener 1,05 metros de estatura, o a lo sumo 1,10; se mantenía perfectamente derecho, según resulta de los caracteres anatómicos del fémur y de la vértebra; no era un antropoide, sino un hominio y, por su estatura muy pequeña, por ciertas particularidades del fémur, aparece como un tipo en plena evolución hacia el hombre. Su antigüedad concuerda bien con esta conclusión, porque se sabe que las primeras especies de una familia animal son siempre de poca talla. Surgía una dificultad: era admitido hasta aquí que el *Pithécantrhopus* representaba una forma ancestral del hombre, menos perfecta, sin embargo, que el *Tetraprothomo*, y de época más reciente. Esta grave objeción ha sido contestada por Ameghino de una manera ingeniosa, ya que no satisfactoria. El *Pithécanthropus* no sería una forma anterior del *Tetraprothomo,* sería, por el contrario, un descendiente, como lo prueba su gran talla, y representaría una rama divergente del tronco hominiano. En cuanto al hombre cuaternario, sería un *Prothomo*, el *Prothomo neanderthaliensis*, anterior al hombre moderno y al *pithécanthropo*, y descendiente del *Tetraprothomo* por mediación de dos formas hipotéticas, el *Triprothomo* y el *Diprothomo.* En estas condiciones, el árbol genealógico de los primates se determinaría de esta suerte (1).



Bien se comprende que una teoría tan audaz y fundada en datos tan inseguros no ha dejado de provocar discusiones.

(1) Acerca del origen del *Tetraprothomo*, que AMEGHINO hace descender de los *Microbiitéridos* (marsupiales didelfos), no tenemos nada que decir, no más que de las hipótesis ingeniosas mediante las cuales explica la dispersión de los hominianos.

Teoria de Lehmann-Nitsche.—LEHMANN-NITSCHE ha protestado contra el carácter que se atribuye a los huesos de Monte Hermoso. En su estudio acerca de la vértebra (1), y después de numerosas comparaciones con huesos análogos pertenecientes a antropoides y a hombres, dice en último término que se trata de una vértebra cervical humana. Más tarde, en su libro acerca de la formación pampeana, ha discutido los caracteres del fémur y lo atribuye también a un hombre de una especie particular que llama *Homo neogaeus*. El estudio de un vaciado de la vértebra de Monte Hermoso, hecho en el laboratorio de Antropología del Museo de París por el Dr. VERNEAU, profesor de esta materia, y el Dr. RIVET, su ayudante, ha permitido ver que la atribución de la vértebra a una raza especial era resultado de que Lehmann-Nitsche no había tenido a su disposición más que un número insuficiente de otros huesos análogos con que comparar. Las particularidades observadas se encuentran, en efecto, en vértebras cervicales humanas y europeas (2).

Por otra parte, la teoría de LEHMANN-NITSCHE no es más segura desde el punto de vista geológico. En tanto AMEGHINO cree que estos fósiles pertenecen al terciario medio o mioceno, LEHMANN-NITSCHE los atribuye al plioceno. Pero está de esta suerte en contradicción con su primera Memoria, en la que decía que la existencia del *homo sapiens* en el plioceno parecía inverosímil y que el *homo neogaeus* era probablemente hominiano y no hombre.

Todas estas vacilaciones acusan la imposibilidad en que, por falta de pormenores acerca del descubrimiento y de los lugares, se encuentran los autores de este descubrimiento para determinar la antigüedad del terreno.

§ III.—LOS RESTOS DEL HOMBRE EN LOS TERRENOS DE LAS PAMPAS

Huesos humanos. — En los otros niveles de las Pampas, los restos del hombre abundan, tanto huesos como trazas de industria. Estos descubrimientos, sobre todo en lo que concierne a los primeros, se han juntado y discutido en el libro de LEHMANN-NITSCHE (3) que hemos citado ya. FÉLIX OUTES ha

(1) RPM, 1907, pág. 390.
(2) Comunicación verbal del Dr. RIVET. Véase su Informe acerca del libro de LEHMANN-NITSCHE, *Nouvelles recherches*, en *L'Anthropologie*, 1908, págs. 642 644.
(3) *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne.*

completado por su parte las teorías anunciadas mediante un examen crítico de todos los restos arqueológicos (1).

El viajero francés Séguin encontró, en el río Carcaraña, huesos que envió al Museo de Historia Natural de París. Se trata de algunos dientes, indudablemente humanos, pero no hay pormenores precisos para determinar a qué capa del *loess* pertenecen. En Frías, dos estaciones distintas han dado, la primera un cráneo y un esqueleto, la segunda un hueso de la cadera izquierda, unas cuantas vértebras, varias costillas, huesos de la mano y del pie y un incisivo. S. ROTH ha encontrado, en Saladero, un fémur muy mal conservado y unos cuantos dientes. En Samborombón, en Chocorí y en Tigra, se han descubierto cráneos.

El descubrimiento de Baradero figura entre los más interesantes. Consiste en un esqueleto que hoy se conserva en el Museo de Zurich. Por desgracia, el estado en que el cráneo se encuentra no permite casi apreciar los caracteres de la raza a que pertenece el hallazgo (2).

Todos estos restos estaban juntos con animales de la fauna pampeana superior o inferior, pero las condiciones en que se han descubierto y los informes que acerca de ellos se han dado, no permiten casi atribuirles a uno o a otro de estos niveles.

Barro cocido.—Los restos de la industria humana son, en primer lugar, huesos partidos o carbonizados, o en los cuales se ha creído descubrir incisiones. Son en número muy grande, y pertenecen a especies extinguidas (3). Es muy dudoso que las partiduras y las incisiones sean obra humana. En cuanto a las huellas de carbonización, pueden ser debidas a hogueras, que, colocadas sobre el suelo en época muy posterior, los hayan carbonizado. Se ha creído encontrar una prueba de la presencia del hombre y del conocimiento del fuego en la existencia, en los terrenos pampeanos, de lugares en que el *loess* está endurecido y ofrece el aspecto de barro cocido. El año 1900, en el Congreso internacional de Antropología y de Arqueología prehistóricas, LEHMANN-NITSCHE presentó trozos de este barro cocido encontrados en el Arroyo Ramallo. Eran pedazos de distinto grueso, algunos como granos de café, de color rojizo, diseminados, en corto número por lo demás, en el *loess* oscuro. En Alvear, en el escarpe de un barranco, el *loess* contiene un bloque de 2,50 metros de diámetro por 0,75 metros de alto de este mismo barro cocido (4). Estas producciones, que se dicen artificiales, fueron consideradas poco convincentes por

(1) *La edad de la piedra en Patagonia* (AMB, 1905, tomo XII).

(2) Trataremos más adelante de los descubrimientos de Pontimelo y de Arrecites, al mismo tiempo que de los cráneos antiguos del Brasil.

(3) AMEGHINO, *L'homme préhistorique à la Plata*, pág. 240 y siguientes.

(4) CIA, pág. 145.

los que las examinaron. No obstante, LEHMANN-NITSCHE sigue creyéndolas debidas a la acción del fuego, aun cuando ZIRKEL parece contradecir esta hipótesis (1).

Sílex tallados.—En cuanto a los sílex tallados, que diseminados aquí y allá ha descubierto AMEGHINO, LEHMANN-NITSCHE cree que han sido partidos casi todos por la acción de los agentes naturales. Los ejemplares coleccionados y descritos por OUTES son más parecidos a paleolitos (2). Estas piedras talladas proceden de ocho estaciones, situadas todas en la costa del Atlántico, entre los 43° 45' y 49° 50' de latitud. Seis de estos yacimientos son superficiales y están situados en la meseta de Patagonia, apenas cubiertos por montones de polvo acarreados por el viento. En otro caso (estación en la confluencia de los ríos Chico y Chubut), las circunstancias del descubrimiento no están muy claramente indicadas. En el octavo yacimiento, por último, en el río Observación (provincia de Santa Cruz), los ejemplares se han encontrado en capas geológicas que AMEGHINO cree pertenecer al final del pampeano superior, lo cual corresponde, aproximadamente, al comienzo del pleistoceno. Sirviéndose de los ejemplares encontrados en Observación para asignar fecha a los otros, OUTES se cree con derecho a hacerlos remontar todos a un período geológico anterior al nuestro. Su aspecto es ciertamente paleolítico y, como dice OUTES, son muy parecidos a las argilitas talladas de Trenton.

No se puede conceder antigüedad prehistórica a los objetos encontrados en la caverna Eberhardt por HAUTHAL, ROTH y LEHMANN-NITSCHE. E. NORDENSKIÖLD ha demostrado que procedían todos del nivel superior y que debían haber sido fabricados por los indios modernos que utilizaron la gruta como abrigo accidental (3).

Se ve que, a pesar de la multiplicidad de los descubrimientos, a pesar de la abundancia de restos paleontológicos en los terrenos de las Pampas, no obstante la existencia cierta de una industria paleolítica en Patagonia, nos es completamente imposible determinar con precisión la antigüedad de los restos hallados por los sabios argentinos.

§ IV.—EL HOMBRE PREHISTÓRICO EN EL BRASIL Y LA RAZA DE LAGOA SANTA

Descubrimiento de Lund en Lagoa Santa.—El año 1843, el naturalista danés P. W. LUND descubrió, en una caverna de la provincia de Minas Geraes, llamada la Lapa da Lagoa do Su-

(4) *Nouvelles recherches sur la formation pampéenne*, pág. 257.
(1) *La edad de la piedra en Patagonia.*
(2) *Iakttagelser och fynd i grottor vid Ultima Esperanza*, pág. 3.

midouro, cerca de Lagoa Santa, huesos humanos al mismo tiempo que restos de animales fósiles. Durante mucho tiempo, este descubrimiento no fue conocido más que por las breves indicaciones que consignó LUND en una carta dirigida a C. RAFN. LACERDA y PEIXOTO dieron noticia, en 1876, de un cráneo perteneciente al Instituto histórico y geográfico brasileño, pero sólo por la publicación hecha el año 1888 por SÖREN-HANSEN de los objetos de la colección de LUND que se conservan en el Museo de Copenhague, el hallazgo de Lagoa Santa fue conocido del mundo sabio con algún pormenor. Más tarde, cráneos descubiertos en otros varios puntos de América del Sur han sido atribuídos a la misma raza, que al presente se considera como el tronco del cual ha salido una parte de las poblaciones indígenas del sur del Nuevo Continente.

Los animales fósiles (1) de que estos huesos humanos parecen a casi todos los sabios haber sido contemporáneos, son: el *Glyptodon*, el *Scelidotherium*, el *Chlamydotherium*, el *Machairodus*. La fauna de las cavernas del Brasil correspondía de esta suerte aproximadamente a la del pampeano superior (2). Pero como los paleontólogos no están de acuerdo en la determinación de la antigüedad de estos fósiles, no se ha podido determinar tampoco la de esa raza.

Los cráneos de Lagoa Santa ofrecen caracteres arcaicos y bien determinados que han permitido reconocer la raza de Lagoa Santa en yacimientos muy lejanos, hasta en el Ecuador. Son de pequeña capacidad, con relación a la estatura de los individuos. La forma es puntiaguda, la bóveda craneana muy alta y estrecha, y son mucho más largos que anchos. Por todos estos caracteres los antropólogos los han denominado cráneos *hipsidolicocéfalos*. La frente no está deprimida, los arcos de las cejas se acusan claramente, sin salir tanto como en la raza fósil europea de Spy. La cara es ancha y baja, de forma piramidal; la nariz de tamaño regular, los agujeros bien marcados sin ser demasiado grandes. Los huesos de todos estos cráneos son pesados y resistentes, con crestas de inserción agudas y bien señaladas, indicando la existencia de músculos fuertes.

La estatura de los individuos de la raza de Lagoa Santa parece haber sido corta, pero la musculatura toda era bastante vigorosa.

En resumen, esta raza tenía un tipo marcado, del que cierto número de elementos se han perpetuado en algunas poblaciones actuales de América del Sur (botocudos del Brasil, patagones y fueguinos de la República Argentina, etc.).

---

(1) LÜTKEN, *Indledende Bemaerkninger om Menneskelevninger i Brasiliens Huler og i de Lundske Samlinger (E Museo Lundii*, núm. IV). Copenhague, 1888.

(2) Y no el pampeano inferior, puesto que no se ha señalado en él el *Typotherium*.

Esqueleto de Pontimelo.—En 1881, SANTIAGO ROTH descubrió, debajo del caparazón de un *glyptodon*, un esqueleto humano (1), a orillas del río Arrecifes, pequeño afluente del río de la Plata, en el lugar llamado *Pontimelo* (2) (provincia de Buenos Aires). El Sr. SÖREN-HANSEN, según los datos de VIRCHOW (3), KOLLMANN (4) y QUATREFAGES (5), vió que presentaba todos los caracteres de la raza de las antiguas cavernas del Brasil. LEHMAN-NITSCHE (6) completó este estudio con una descrición completa de los huesos largos, que le permitió calcular la estatura probable del individuo de Pontimelo (1.m 536).

No hay acuerdo acerca de la antigüedad que debe atribuirse a este ejemplar de la raza de Lagoa Santa. SÖREN-HANSEN (7) no cree que el hombre y el glyptodon hayan sido contemporáneos, pero ROTH ha protestado contra esta opinión en una carta a Kollmann. Insiste en los pormenores de su descubrimiento y trata de demostrar que no puede haber duda sobre la antigüedad de estos restos, dada la posición relativa de los huesos humanos y animales (8). En cuanto a LEHMANN-NITSCHE (9), atribuye el esqueleto al pampeano superior, o *loess* amarillo, y le hace de esta suerte contemporáneo del pleistoceno.

Cráneo de Arrecifes.—El año 1888, JOSÉ MONGUILLOT descubría en Arrecifes (provincia de Buenos Aires), a orillas de un arroyuelo, un cráneo que LEHMANN-NITSCHE (10) considera muy antiguo, sin atreverse, no obstante, a atribuirlo a la formación pampeana. Lo midió y describió completamente, pero diversos errores en el cálculo de los índices de este cráneo le impidieron darse cuenta de la semejanza con los que LUND había descubierto. La demostración ha sido hecha por el Dr. RIVET (11), que ha referido el cráneo de Arrecifes a la raza de Lagoa Santa.

Huesos de Paltacalo. — El Dr. RIVET ha explorado abrigos

---

(1) Se han encontrado en varias ocasiones huesos humanos en unión de los del *glyptodon*. El descubrimiento más notable es el realizado por AMEGHINO: un caparazón de *panochthus* (especie del *glyptodon*), aparecía en el suelo. Servía de tejado a una especie de choza, debajo de la cual se encontraron huesos humanos. (*L'antiquité de l'homme à la Plata*, pág. 217).

(2) Según LEHMANN-NITSCHE, el verdadero nombre del lugar sería *Fontezuelas*.

(3) *Ein mit Glyptodon-Resten gefundenes menschliches Skelet.*

(4) *Hohes Alter der Menschenrassen* (ZFE, vol. XVI, 1884, páginas 181-212).

(5) *Introduction à l'étude des races humaines.* París, 1887, pág. 105.

(6) *Nouvelles recherches*, pág. 319.

(7) *Lagoa Santa Racen*, pág. 37.

(8) *Ueber den Schädel von Pontimelo.*

(9) *Nouvelles recherches*, pág. 256.

(10) *Nouvelles recherches*, págs. 305 y siguientes.

(11) *La race de Lagoa Santa en Equateur*, págs. 249-251.

situados bajo las rocas en *Paltacalo*. cerca del río Jubones (1). Estas exploraciones hicieron descubrir 138 cráneos, la mayor parte en buen estado de conservación, gran número de huesos humanos y algunos restos de animales y de cacharros de un tipo especial. Ahora bien, en proporción bastante grande, los cráneos recogidos ofrecen con la mayor claridad las particularidades de la raza de Lagoa Santa (2). En cuanto a su antigüedad, no es posible resolverse: los animales cuyas osamentas se han encontrado pertenecen todos a la fauna viviente; la presencia de cacharros y la de un número grande de cráneos de un tipo distinto al de Lagoa Santa indican que estas sepulturas son de fecha bastante reciente.

En resumen, puede decirse que los restos más antiguos que conocemos en América son los descubiertos por LUND en las cavernas de la provincia de Minas Gerães, y que pertenecen a una raza de apariencia muy arcaica, que quizá viviera en el Brasil en la época cuaternaria y cuyos descendientes se esparcieron por toda la superficie de América del Sur. Esta raza, contemporánea de las grandes escelidoterideos del pampeano superior, puede considerarse, por tanto, tan antigua—y aun quizá más—que aquélla cuyos restos hemos encontrado en Europa. En cuanto a los restantes huesos humanos, necesitamos esperar observaciones más precisas antes de resolvernos acerca de su antigüedad cierta.

---

(1) Para la descripción de estos abrigos debajo de las rocas, véase R. ANTHONY y P. RIVET, *Etude anthropologique des races précolombiennes de la République de l'Equateur* (BSA, París, 1908, págs. 313-430).

(2) *La race de Lagoa Santa en Equateur.*

CAPÍTULO II

La era neolítica en América del Sur

SUMARIO: I. *Sambaquis* del Brasil. - II. *Paraderos* de la Patagonia.

§ I.—SAMBAQUIS DEL BRASIL

La mayor parte de los objetos pertenecientes a la industria neolítica de América del Sur, han sido descubiertos en los territorios del Brasil y de la República Argentina.

En el Brasil, se encuentran sobre todo en montones de conchas que se conocen con el nombre local de *sambaquis* (1). Abundan en dos regiones de la costa del Brasil, muy alejadas una de otra: la desembocadura del Amazonas y las provincias meridionales de Paraná y de Río Grande del Sur.

Los sambaquis están compuestos casi exclusivamente de conchas vivalvas (ostras) y de *corbula,* a las que se han juntado a veces *cardiums* y *melampus.* Hay también restos óseos de diversas especies de pescados.

Estos montículos son de formas y dimensiones muy variadas. C. WIENER (2) ha propuesto dividirlos en tres clases: 1.°, los que tienen gran extensión y escasa altura; 2.°, los que tienen la forma de una eminencia irregular, aislados y apoyados en la pendiente de una colina natural; 3.°, los de forma más o menos regular, parecidos a un pilón de azúcar.

Entre los sambaquis de la primera clase, pueden citarse los de Luiz Alves, de Sanhassu, de Pudade, situados en las provincias meridionales del Brasil, y las del Río Taveres, en número de tres, situados próximamente a un kilómetro unos de otros. Han sido descritos por WIENER (3). El primero tenía

---

(1) CARLOS WIENER, *Estudos sobre os sambaquis do Sul do Brazil* (AMRJ., vol. I, 1876, págs. 8 y siguientes); Dr. VON IHERING, *A civilisação prehistorica do Brazil* (RMSP., São Paulo, vol. I, 1895, páginas 35-159).

(2) C. WIENER, *Estudos sobre os sambaquis,* pág. 9.

(3) ID., *Ob. cit.,* pág. 8.

91 metros de largo, con una anchura máxima de 35 metros y mínima de 7. Su elevación variaba entre 6 y 11 metros. El segundo y el tercero tenían dimensiones mucho más reducidas y su elevación variaba, según los puntos, entre un metro y 6 y medio.

Los *sambaquis* del segundo tipo se encuentran también en las provincias meridionales del Brasil, así como en la desembocadura del Amazonas. Buen tipo de ellos es el de Armação da Predad. Tiene próximamente 50 metros de largo, y en ciertos puntos llega a los 30 de altura.

Se han encontrado en los *sambaquis* hachas pulimentadas,



Fig. 94.—Cono de barro cocido de los túmulos de la isla Marajo, Brasil (según TH. WILSON, *The Swastika*).

con ranura circular que sirve para sujetar el mango con ayuda de correas en los montículos de la desembocadura del Amazonas, y hachas de regatón en las provincias meridionales. Se encuentran también, en la región del Amazonas y el Paraná, hachas de corte semicircular.

Los *sambaquis* contienen también urnas funerarias de barro de grandes dimensiones, y cerámica pintada finamente y con adornos de un estilo singular (fig. 94).

Se ha discutido mucho acerca de la antigüedad de estos montículos. VON KOSERITZ pretende que el *sambaqui* de Con-

ceicão do Arroio (provincia de Río Grande del Sur) tiene seis mil años de existencia, pero esta opinión ha sido rechazada por VON IHERING (1). Basaba aquél su apreciación cronológica en el cálculo del tiempo que habría tenido que tardar para formarse la llanura de aluviones, de diez kilómetros de extensión, que separa actualmente al *kiokenmödingo* del mar; pero se sabe cuánto hay que desconfiar de estos cálculos, sobre todo en una costa baja y pantanosa como es la de Río Grande del Sur, donde la menor elevación del terreno puede dar lugar a que emerja una extensión considerable de arena.

VON IHERING opina que el *sambaqui* de Conceição do Arroio es de origen anterior al descubrimiento de América. Pero otros son seguramente posteriores a la llegada de los europeos, porque en ellos se encuentran cuentas de vidrio, trozos de porcelana, objetos de hierro, huesos de caballo o de cerdo. Además, ciertos montículos del Paraná han proporcionado en gran abundancia conchas de un caracol *(helix similaris* Fer.), muy extendido hoy en el Brasil, pero que es originario del Asia meridional, y fue introducido por los europeos al mismo tiempo que las plantas de bananero. Puede deducirse de este hecho que, lo mismo que ocurre con los «mounds» de América del Norte, la costumbre de elevar estos montículos continuó después del establecimiento de los portugueses en el Brasil.

No obstante, gran número de *sambaquis* no contienen objetos de fabricación extranjera y han sido considerados por los arqueólogos brasileños como anteriores a Colón. VON IHERING ha creído poder reconocer, en estos montículos, la existencia de tres civilizaciones diferentes. La primera habría sido la de un pueblo que vagaba a lo largo de la costa y cuya alimentación se componía principalmente de peces marinos y moluscos. Por los otolitos encontrados, se ve que los peces que cogían *(Pogonias chromis, Arius Commersonni, Micropogon undulatus)* eran los que se pescan hoy en la misma región. Algunos huesos de mamíferos (ciervos, etc.) indican que la caza debía proporcionar también, de vez en cuando, un suplemento a la alimentación. Este pueblo costero parece haber desconocido el rompecabezas y haber tenido como instrumento principal el hacha de ranura circular de que hemos hablado anteriormente.

La segunda civilización habría sido la de pueblos selvícolas, que habrían dejado, en calidad de restos de cocina, huesos de mamíferos silvestres. A su industria habría que referir los rompecabezas, las hachas de corte semicircular y también las grandes urnas funerarias.

La tercera se refiere a una población de agricultores, análoga a algunas de las que encontraron los portugueses cuando se establecieron en el país.

(1) *Civilisação prehistorica do Brazil meridional*, págs. 100-101.

Sea lo que quiera, los *kiokenmödingos* del Brasil representan, aparte toda diferencia de civilización, una etapa evolutiva tecnológica análoga a la que observamos en los montículos de la América del Norte.

§ II.—Paraderos y sepulturas neolíticas de Patagonia

El suelo de Patagonia ha proporcionado un número bastante considerable de objetos pertenecientes a la industria neolítica. Proceden de dos clases de yacimientos: los *paraderos* y las sepulturas.

Los *paraderos* son elevaciones de terreno, en el emplazamiento de antiguas moradas, donde se encuentran mezclados huesos de animales y objetos labrados, faltando en absoluto los restos humanos (1). El suelo, debajo de estos montones de tierra, está muchas veces quemado, como trasformado en ladrillo, en los sitios donde probablemente en otro tiempo se encendieron hogueras.

Uno de los paraderos explorados por Moreno, cerca del Cerro Pelado, tenía próximamente 150 metros de lado. Sobre el montículo de tierra que formaba, crecían algunos pequeños arbustos. El suelo, cubierto de cantos rodados y traídos de intento, estaba sembrado de objetos diversos, puntas de flecha, morteros de piedra, trozos muy pequeños de cacharros rotos. Algunos montones de cantos «parecían, dice Moreno, colocados allí para hacer con ellos puntas de flecha» (2).

Los cementerios prehistóricos de Patagonia abundan en la provincia de Carmen de Patagones. Están situados cerca del curso de «barrancas», lechos de antiguos arroyos hoy secos. Las sepulturas están dispuestas en pequeños grupos, separados unos de otros por distancias de 50 a 100 metros. Estos grupos están formados por fosas que encierran una cantidad variable de esqueletos, nunca más de diez, colocados paralelamente unos al lado de otros, o a veces en círculo. Miran hacia fuera y todos están sentados, las rodillas pegadas al pecho, un pie encima del otro y las manos cruzadas sobre las tibias. Hecho notable, todos los esqueletos encontrados en estas sepulturas proceden de adultos y no hay, en absoluto, esqueletos infantiles.

Los huesos de animales encontrados en los *paraderos* y cerca de los cementerios de Patagonia pertenecen todos a especies actualmente vivas. En cuanto a los esqueletos humanos,

(1) P. Moreno (hijo), *Description des cimetières et paraderos préhistoriques de Patagonie* (R. Eth., 1882).
(2) *Cimetières et paraderos*, pág. 87.

muestran la existencia, en la época en que se hizo la inhumación, de varias razas en esta parte de la República Argentina, en particular la de Lagoa Santa.

Los objetos encontrados en los *paraderos* y las sepulturas son muy numerosos y varios. La exploración de los *paraderos* del río Negro ha proporcionado a Moreno más de cinco mil puntas de flecha. En los cementerios se ha observado que los objetos depositados junto a los muertos estaban a veces rotos y reducidos a fragmentos inutilizables.

El aspecto de todos estos objetos es «neolítico», aun cuando bastantes de ellos sean de piedra partida. Los más frecuentes son raspadores y raederas, hechos a golpes menudos; puntas de flecha, triangulares unas y sin apéndice, otras lanceoladas, otras también triangulares y con apéndice; puntas de lanza, cuchillitos de pedernal, punzones, bolas de piedra arenisca o de diorita, provistas de una ranura circular, que debieron servir como armas arrojadizas. Se han encontrado también pedazos de una cerámica tosca de color negro o rojizo, muy poco cocida, a veces con adornos geométricos, líneas horizontales o verticales, combinaciones de triángulos, puntos o rayas formando ondulaciones.

La industria de los paraderos puede compararse, por tanto, con la de los *sambaquis* del Brasil, con la diferencia, no obstante, de que parece representar un momento menos adelantado de la civilización.

LIBRO II

Pueblos civilizados de América

Las grandes civilizaciones indígenas de América.

Cuando los europeos desembarcaron en América, observaron que algunos de los pueblos que allí encontraban poseían una civilización adelantada. Los primeros conquistadores hicieron entusiastas descripciones del esplendor y de la riqueza de las ciudades que visitaron. Aquellas civilizaciones que los cronistas del siglo XVI nos muestran con tan brillantes colores, sucumbieron rápidamente a manos de los soldados españoles, y no nos quedan para representárnoslas más que lo que dicen los historiadores del primer momento y los restos de los monumentos.

Unos y otros nos muestran la existencia en América de pueblos cuya civilización era superior a la de los indios de hoy. Conocían todos el arte de tejer, la construcción, el uso de casi todos los metales (excepto el hierro). Vivían reunidos en grandes ciudades, tenían jefes poderosos, ejércitos regularmente constituídos, contribuciones anuales, una organización del Estado, etc.

Las grandes civilizaciones americanas han florecido todas en la parte occidental del Nuevo Continente, entre las fronteras de las repúblicas actuales de Méjico y Chile, y cerca de las costas del océano Pacífico. Ni en las praderas de América del Norte, ni en las selvas del Brasil, ni en las pampas de la Argentina los pueblos salieron de la barbarie.

En la zona limitada de esta suerte se formaron cierto número «de Imperios» distintos. Son, empezando por el Norte: 1.°, la civilización mejicana o azteca con sus dependencias, la de los tarascos en el Michoacán, y la de los mixteco-zapotecas del Oajaca; 2.°, la civilización maya-quiché, en el Yucatán,

en Chiapas, en Guatemala y en una parte de Honduras (1); 3.º, una civilización que podría llamarse de la América Central, en Nicaragua, en San Salvador, y que es quizá la misma de las antiguas poblaciones de las Antillas; 4.º, la civilización chibcha, o de Cundinamarca, que es la de los pueblos precolombianos de Costa Rica, del istmo de Panamá y de la meseta de Bogotá (República de Colombia); 5.º, la civilización peruana; 6.º, la civilización de los diaguitas o calchaquis, que en otro tiempo ocupaban la provincia andina de Catamarca (República Argentina).

Es imposible hacer en el momento actual una cronología de estos «Imperios», y todo intento hasta el presente realizado para probar la anterioridad de uno u otro ha sido vano. Quizá la civilización maya-quiché pueda reivindicar la palma de la antigüedad, pero sería aventurada toda seguridad en este punto. Por esto se nos impone el orden geográfico en la descripción que vamos a emprender. Tiene además una ventaja, la de describir una tras otra civilizaciones cuyos dominios estaban geográficamente contiguos, y explicar con bastante facilidad sus semejanzas.

(1) Esta civilización se ha denominado frecuentemente «centroamericana». Preferimos aplicar este nombre a la civilización de que hablamos seguidamente.



Fig. 95.—Mapa de las lagunas de la meseta de Méjico.

PRIMERA PARTE

Méjico

CAPÍTULO PRIMERO

Historia de Méjico antes de la llegada de los aztecas.

SUMARIO: I. La meseta de Méjico o Anahuac.—II. El «Imperio» tolteca.—III. Civilización tolteca.—IV. Los chichimecas y las tribus nahuas.—V. Origen septentrional de las tribus nahuas.—VI. Pueblos aborígenes del Anahuac (Otomis, etc.)—VII. Antiguas ciudades chichimecas (Chololán, Colhuacán, etc.)—VIII. Los teochichimecas, los acolhuacas y los tecpanecas.

§ I.—La meseta de Méjico o Anahuac

La costa del golfo de Méjico es llana y se extiende a occidente en una anchura que varía entre 20 y 100 kilómetros, distancia a la cual comienza la meseta que constituye la casi totalidad del suelo de Méjico. Este se eleva por escalones hasta la Cordillera, al oeste de la cual el terreno baja para formar llanuras poco extensas bordeadas por el océano Pacífico. La cadena central tiene cumbres bastantes elevadas: el *Citlaltepetl* o pico de Orizaba se yergue hasta 5.550 metros; el *Popocatepetl* y el *Iztaccihuatl*, próximos a la capital, alcanzan respectivamente 5.452 y 5.286 metros de altura. En el norte, las montañas de la Sierra Madre son mucho menos altas y el país bajo, arenoso, casi desierto, constituye la continuación de las llanuras áridas de la región de los Pueblos. Al sur, las montañas, y en las regiones bajas la espesa selva tropical, separan la meseta mejicana de los valles del Oajaca y del Chiapas.

La meseta mejicana, morada de la civilización azteca, la más poderosa que Méjico ha conocido, es designada frecuente-

mente con el nombre de *Anahuac* (1). Esta región constituye, propiamente hablando, el antiguo Méjico. Las civilizaciones mixteco-zapoteca del Oajaca, totonaca y huaxteca de Veracruz y de Tabasco, se consideran generalmente aparte. De la civilización de la meseta mejicana es también de la que hablaremos más prolijamente.

§ II.—El «imperio» tolteca

Los autores antiguos, y algunos entre los modernos, admiten que el Anahuac fue asiento de tres Imperios sucesivos, el tolteca, el chichimeca y el azteca o mejicano.

Decíase que los toltecas habían precedido, en el suelo del Anahuac, a las tribus de lengua azteca, muchas veces designadas con el nombre de tribus *nahuas* o *nahuatlacas*. Se admitía que los toltecas, venidos del norte, se habían establecido primeramente en la ciudad de *Huehuetlapalán*, por el siglo IV de nuestra era. Llegados en el siglo VI al Anahuac, fundaron la ciudad de *Tula* o *Tolán*, su capital. Poco tiempo después de la fundación de Tula, la civilización tolteca alcanzó un grado de perfección extraordinario. A los toltecas, dice la tradición, debían su calendario los pueblos de América central y de Méjico; ellos fueron los primeros en escribir manuscritos históricos y ellos edificaron los palacios soberbios que cubren parte del suelo de Méjico. Todas las industrias, todas las artes que los mejicanos tenían cuando Cortés pisó su suelo, se atribuían al ingenio y habilidad de los toltecas. Las leyes dictadas por los legisladores toltecas eran sabias y justas. El gobierno estaba en manos de monarcas que ejercían el poder durante un período de cincuenta y dos años. Si el rey vivía más tiempo, abdicaba en su hijo primogénito.

Se atribuía al Imperio tolteca una duración aproximada de cinco siglos, y se decía haber alcanzado la población la cifra de 4 millones de almas. Guiados por sus reyes, no menos hábiles guerreros que sabios administradores, los toltecas habían extendido su dominación por la superficie toda del Méjico de nuestros días. Por el siglo X u XI, las disensiones intestinas y el

(1) No se está de acuerdo acerca de la significación de la palabra *Anahuac*. BRINTON, siguiendo a LAS CASAS, traduce «en el agua», en tanto SELER dice «a orilla del agua». El mismo autor se alza contra el empleo de este nombre para designar la parte de Méjico que rodea el lago de Méjico. En efecto, la palabra *Anahuac* se encuentra en la composición de varios nombres de lugares geográficos, principalmente de los que designan países situados a orillas del mar, de las costas, por ejemplo, *Anahuac Ayotlan*, *Anahuac Xicalanco*. E. SELER, *Ueber die Worte Anauac und Nauatl* (SGA, vol. II, págs. 49-78).

hambre pusieron fin a la gloria de Tula, que fue abandonada. El resto de la población partió en pequeños grupos y llevó la civilización al Tabasco, el Yucatán, Guatemala y Nicaragua. El último rey de Tula, *Topiltzin Acxitl Quetzalcohuatl*, reapareció en el Yucatán con el nombre de *Cuculkan*. Fundó en la península el Imperio maya, luego desapareció en el mar, anunciando a los toltecas que volvería más tarde bajo la forma de un héroe con barba y la piel blanca.

Tal es la leyenda que nos ha transmitido el historiador Fernando de Alva Ixtlilxochitl (1) y que han reproducido, con numerosas variantes, autores posteriores: Veytia, Clavigero, Prescott, Orozco y Berra y Brasseur de Bourbourg (2). Este último dió importancia considerable a la historia del Imperio tolteca, y se sirvió de ella para construir toda una teoría de la historia de las civilizaciones americanas.

Todo sin embargo, en el relato de Ixtlilxochitl indica que los sucesos que refiere no son históricos; la calidad de los reyes, su reinado de cincuenta y dos años, el rey que tiene el nombre de un dios mejicano, *Quetzalcohuatl*, héroe civilizador (3). Daniel Wilson fue el primero en emitir dudas acerca del valor histórico de la tradición de Ixtlilxochitl (4), autor que no siempre es muy exacto. Las críticas de Brinton fueron decisivas (5). Demostró que el nombre de la capital tolteca *(Tula = Tolan = Tonatlan*, «ciudad del sol») era el de una ciudad mítica en que los antepasados divinos, presididos por el dios *Quetzalcohuatl*, divinidad de la luz, vivían en la sabiduría y comunicaron las leyes y las artes a los hombres. Esta teoría tropezó con viva oposición. Varios autores, en particular un explorador francés, M. D. Charnay (6), sostuvieron la existencia del Imperio tolteca. Pero, poco a poco, los autores adoptaron los puntos de vista de Brinton. Seler (7), en un artículo escrito en 1895, luego C. Thomas (8) y, K. Hæbler (9), no vieron

---

(1) *Relaciones históricas*, en KAM., vol. IX, págs. 325 y siguientes.

(2) *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale*, vol. II, págs. 275 y siguientes.

(3) E. Seler, *Quetzalcouatl-Cukulcan* (SGA, vol. I, págs. 668-705).

(4) *Prehistoric Man*, pág. 261.

(5) Ya en su obra *The Myths of the New-World*, Nueva-York, 1868, págs. 180 y siguientes, considera toda la historia del Imperio tolteca como un mito. Esta idea se encuentra desarrollada en *American Hero-myths*, Filadelfia, 1882, págs. 35, 64, 82, y sobre todo en un artículo, *The Toltecs and their fabulous empire*, publicado en sus *Essays of an Americanist*, Filadelfia, 1890, págs. 82 y siguientes.

(6) *La civilisation toltèque* (R. Eth., vol. IV, 1885, págs. 281 y siguientes); *Les anciennes villes du Nouveau Monde*, París, 1888, en 4.º

(7) *Ueber den Ursprung der altamerikanischen Kulturen (Preussische Jahrbücher*, vol. LXXIX, 1895, págs. 488-502. Reimpreso en los SGA, vol. II, págs. 3-16).

(8) *Introduction to North-American Ethnology*, pág. 245.

(9) Art. *Amerika*, en la *Weltgeschichte* de Helmolt, vol. I, páginas 255 256.

ya, en los toltecas de IXTLILXOCHITL, más que un pueblo fabuloso.

Recientemente ha habido una reacción. Se reconoce que BRINTON estaba en lo justo al denunciar elementos legendarios en la historia de los toltecas, se cree en un mito de su Imperio, pero se piensa que este mito ha sido fundado en una base histórica. En resumen, habría que distinguir entre el Imperio *histórico* de Tolán y el fabuloso. Esta nueva tesis ha sido sostenida por SELER (1) y por W. LEHMANN (2). En opinión del primero, los toltecas pertenecen a la raza mejicana. Alcanzaron en época remota (siglo VII u VIII) una civilización adelantada, se extendieron siguiendo las costas, por todo el contorno de Méjico y llegaron al Yucatán y Guatemala, donde su influjo civilizador se ejerció sobre los mayas-quichés. Restituye, pues, a los toltecas la misión de civilizadores de Méjico y de América central. Según LEHMANN, los relatos relativos a los toltecas encierran una parte histórica, mezclada con elementos míticos. Pero no cree que «el grande y difícil problema del origen de los toltecas» pueda resolverse en la actualidad.

§ III.—CIVILIZACIÓN TOLTECA

Realmente, sabemos muy poco acerca de esta civilización. BRASSEUR DE BOURBOURG (3) ha hecho, con ayuda de los documentos reunidos por los autores antiguos (BERNARDINO DE SAHAGUN, TORQUEMADA, ALVA IXTLILXOCHITL) una lista de los «reyes» toltecas. Esta lista comprende doce nombres, entre los cuales figuran dos *Quetzalcohuatl* y tres *Huemac*. Pero esta enumeración no contiene nada que sea efectivo. Cada autor antiguo hace su lista particular y son éstas tan contradictorias que es imposible basar una opinión sobre estos documentos (4).

Los testimonios arqueológicos no dejan de tener valor. Las ruinas de Tula, a unos treinta kilómetros de Méjico, han sido varias veces visitadas. M. CHARNAY, que estuvo allí en 1873, hizo excavaciones bastante extensas. El suelo estaba cubierto de túmulos, de montañas de escombros que cubrían las anti-

(1) *Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen* (ZGE, volumen XXXVII, 1902, pág. 537-552, reimpreso en los SGA, volumen II, págs. 16-31).

(2) *Traditions des anciens Mexicains*, texto inédito y original en lengua nahuatl (JAP, nueva serie, vol. III, 1906, pág. 284, nota 1).

(3) *Histoire des nations civilisées*, vol. II, apéndice.

(4) Véase LEHMANN, *Traditions des anciens Mexicains*, pág. 285, nota 7 y pág. 286, nota 1.

guas construcciones. En la base se encontraba una capa de cemento, a la cual se había superpuesto otra de mortero pintada de rojo. M. CHARNAY no exploró sino dos edificios, una casa y un palacio (1). La casa estaba construída sobre una eminencia natural, las distintas habitaciones no estaban todas a un mismo nivel, las paredes eran rectas, los tejados planos. Tejados, techos y pisos estaban cubiertos con espesas capas de cemento. Las dimensiones del «palacio» son mucho mayores. Situado sobre una eminencia artificial, su superficie era aproximadamente de 2.500 metros cuadrados, y las habitaciones, como las de la casa, ofrecían notables diferencias de nivel. En aquellas ruinas, M. CHARNAY encontró muchos objetos: cacharros, trozos de obsidiana, etc., que no difieren en nada de los descubiertos en las ruinas de las otras partes de Méjico.

En resumen, la cuestión tolteca permanece insoluble. No podría tratarse de volver a las opiniones de los antiguos autores, el relato de ALVA IXTLILXOCHITL es ciertamente en gran parte legendario. Por otra parte, la hipótesis de CHARNAY, recogida por SELER, es seductora. Nos muestra la civilización de América central caminando de norte a sur y extendiéndose por las partes selváticas del Yucatán y de Guatemala. Pero no está probada, hasta el presente.

§ IV.—Los chichimecas

Entre el fin del Imperio tolteca y la fundación de Méjico, se coloca por lo común el Imperio chichimeca. Las tribus de idioma nahuatl daban el nombre de *chichimecas* a los bárbaros que vivían en su vecindad, pero no se trata de un nombre de raza. Los aztecas, antes de su establecimiento en la laguna de Méjico, eran *chichimecas*, lo mismo que los *otomis*, los *mazahuas* y otras tribus que permanecieron en estado casi salvaje. Sería preferible dividir la historia de Méjico en dos períodos: uno, durante el cual diversas tribus de origen nahua desempeñaron papel preponderante, correspondería al Imperio chichimeca; el otro, caracterizado por la supremacía de la Confederación azteca, formada por la reunión de las tres ciudades de *Méjico* o *Tenochtilán*, *Tlacopán* (2) y *Tezcoco*. Sea lo que quiera, las únicas tribus conocidas, hasta la fundación de Méjico, son tribus nahuas, es decir, que hablaban la lengua azteca o nahuatl y pretendían descender del norte.

Los pueblos *nahuas* o *nahuatlacas* habían conservado va-

(1) *Les anciennes villes du Nouveau Monde*, págs. 81-90.
(2) Hoy *Tacuba*.

rias tradiciones que explicaban su origen. Una nos ha sido referida por MENDIETA (1) de la manera siguiente: El antecesor de todos los pueblos de Méjico sería el dios *Iztac Mixcohuatl*, también llamado *Camaxtli* (2). De su unión con una primera mujer, llamada *Ilancueye*, habría tenido seis hijos, antecesores de las naciones que vivían en el suelo de Méjico.

De otra mujer, llamada *Chimalmatl* o *Chimalmán* (3), *Iztac Mixcohuatl* habría tenido otro hijo, llamado *Quetzalcohuatl*, que fue el antepasado epónimo de los toltecas (4).

Por desgracia, no sabemos dónde MENDIETA ha recogido esta leyenda. Quizá representa la tradición de una ciudad independiente, Tlaxcalán, por ejemplo; quizá no es más que una versión erudita, hecha por algún colegio sacerdotal, de tradiciones populares esparcidas por todo Méjico y cuyo objeto era atribuir a todos los pueblos reunidos bajo la supremacía de la Confederación mejicana un origen común. Sea lo que quiera, vemos en ella, descendiendo de un mismo antepasado, pueblos enemigos, muy distintos y hablando idiomas de diversas familias. La tradición de MENDIETA, a lo sumo, queda aislada, pues no ofrece la menor analogía con un grupo de leyendas, originarias del mismo Méjico, acerca de las cuales estamos mucho mejor informados y que, en parte al menos, tienen carácter más histórico.

Según estas tradiciones, las tribus nahuas eran originarias de un lugar llamado *Chicomoztoc* (5), «las siete cavernas». SAHAGUN (6) nos ha referido la versión más completa: los pueblos mejicanos, llegados por mar, desembarcaron en *Pánuco* en la costa de Tamaulipas y llegaron a Guatemala, siguiendo la orilla de las aguas. Después de morar en un sitio llamado *Ta-*

---

(1) *Historia eclesiástica indiana*, libro II, cap. XXXIII.

(2) SELER traduce el nombre *Iztac Mixcohuatl* «la serpiente de nubes blanca», de *iztac* (blanco), *mix (tli)* (nube) y *cohuatl* (serpiente). Era el dios de los chichimecas y de la caza, identificado con *Camaxtli*, el dios nacional de la villa de *Tlaxcalán*. Este dios formaba parte de una clase de espíritus, los *Mimixcohuas* (plural de *mixcolhuatl*), los dioses de la caza, que eran las divinidades del Norte. Estos espíritus desempeñan importante papel en varias tradiciones.

(3) «El escudo tendido». THÉVET, *Histoire du Méchyque*, edic. de Jonghe (JAP, nueva serie, tomo II, págs. 1-43). Era mujer de *Camaxtli* (pág. 34).

(4) Este origen de *Quetzalcohuatl* lo refiere también MOTOLINIA, *Historia de los Indios de la Nueva España*, edic. G. Pimentel, París, 1903, pág. 12; THÉVET, *Histoire du Méchyque*, pág. 34; el *Mss. mejicano 334* de la Biblioteca Nacional de París, publicado por W. Lehmann con el título de *Traditions des anciens Mexicains*, págs. 279 y siguientes. En este último documento, el hijo de *Mixcohuatl* y de *Chimalmatl* es designado con el nombre de *Ceacatl Quetzalcohuatl*.

(5) *Chicome* (siete), *oztotl*, en plural *oztoc* (cavernas).

(6) *Historia general de las cosas de Nueva España*, libro X, cap. XXIX, párrafo 12.

moanchán, «el lugar del desembarco», tuvo lugar la separación de las tribus. Los *olmecas huixtotin* u *olmecas* y los *cuextecas* o *huaxtecas*, abandonando antes que los otros este lugar, fueron a establecerse, los *olmecas* en el valle del Atoyac, los *huaxtecas* en las costas del Estado de Veracruz, entre la Sierra Madre oriental y el golfo de Méjico. Los otros pueblos dejaron atrás a los *otomis*, que se establecieron alrededor de la Laguna de Méjico y subieron hasta las estepas del norte, las «tierras frías». Vagando por aquellas llanuras incultas, los nahuas «descubrieron, entre las rocas, las siete cavernas, y de aquellas siete cavernas hicieron sus templos, allí oraron». Esta leyenda hace venir, por tanto, a los pueblos nahuas del sur y nos



Fig. 96.—*Aztlan*, lugar de origen de los aztecas (según el *Manuscrito de 1576*, de la Colección Aubin).

habla de un período anterior a su llegada a *Chicomoztoc*. Pero esta versión no se encuentra más que en SAHAGUN e ignoramos de dónde la sacó el franciscano.

Los pueblos nahuas, y sobre todo los mejicanos, pretenden que al salir de *Chicomoztoc* partieron en direcciones distintas. Sólo los mejicanos han conservado memoria del camino que recorrieron. Al salir de las siete cavernas, llegaron a un lugar llamado *Aztlán*, «el país de las garzas blancas» (1), que, si se da crédito a los jeroglíficos que lo representan en diversos manuscritos, estaba situado en una isla, en medio de un lago (fig. 96).

---

(1) Respecto a esta etimología y a todo lo relativo a la emigración de los mejicanos, véase E. SELER, *Wo lag Aztlan, die Heimath der Azteken?* (SGA, vol. II, págs. 31-48).

Después de haber morado algún tiempo en aquella isla, los aztecas se trasladaron en barca a la tierra firme y desembarcaron en *Colhuacán* (1), donde encontraron instaladas ocho tribus, salidas de la caverna *Quineuayán*, «el lugar del origen» (2). Estas tribus eran las de los *huexotzincas*, los *chalcas*, *xochimilcas*. *cuitlauacas*, *malinalcas*, *chichimecas*, *tecpanecas* y *matlaltzincas*. Estas tribus son las que, en general, se denominan *chichimecas*. Los aztecas se unieron a ellas y continuaron sus peregrinaciones hacia el sur. Erigieron un altar en un sitio conocido con el nombre de *Tamoanchán* (3), que se designa en los manuscritos jeroglíficos por un árbol partido en dos. Reanudando sus viajes, llegaron a una comarca desolada, en la que crecían cactus y acacias *(mizquitl)*. Allí los aztecas cambiaron su nombre por el de mejicanos y se dirigieron luego a una aldea llamada *Cuextecatl ichocayán* (4), más tarde a *Cohuatl icamac* (5), por último a *Tolán*, es decir, a *Tula*, la supuesta capital de los toltecas. *Tolán*, ya lo hemos dicho, está situada en el valle de Méjico. De allí los mejicanos se extendieron alrededor de las lagunas y fundaron las distintas ciudades constitutivas de lo que se llamó más tarde el Imperio azteca (fig. 97).

Todas las tribus designadas con el nombre de chichimecas habían conservado el recuerdo de una emigración análoga. Las gentes de *Tezcoco*, ciudad vecina a Méjico, decían, según Torquemada (6), que habían partido de un lugar situado al norte, que se llamaba *Amaquemecán* (7), de donde habían pasado a *Tolán*, luego a *Cuextecatl ichocayán* y *Cohuatl icamac*. Llegaron por fin a una pequeña aldea llamada *Cohuatl ichán*, que existía aún en la época de la conquista, una milla al sur de *Tezcoco*. De igual modo, los *chalcas* de *Tlalmanaco-Amaquemecán*, en el lago de Chalco, al sudeste de Méjico, contaban que sus antepasados vinieron de la dirección del norte y moraron algún tiempo en *Tolán*.

Luego, varias tradiciones de los pueblos nahuas dicen que sus antepasados descendieron de las estepas del norte y moraron en diferentes localidades. Seler cree que no hay que atri-

---

(1) *Colhuacan*, «el lugar curvo», de *col (tic)*, «encorvado», y *can*, subfijo de lugar.

(2) De *quineua*, «salir de, proceder de».

(3) En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* (IDM, tomo III, México, 1891, pág. 240), este lugar se denomina *Quahuitl icacan*, «donde está el árbol».

(4) *Cuextecatl ichocayan*, «donde llora el huaxteca», de *cuextecatl*, «huaxteca», e *ichocayan*.

(5) *Cohuatl icamac*, «en la boca de la serpiente».

(6) *Monarquía indiana*, libro I, cap. XVI.

(7) Seler (*Wo lag Aztlan?*, SGA, vol. II, pág, 40), traduce este nombre: «Donde se llevan vestidos de papel de corteza», o bien: «Donde un ídolo vestido de papel de corteza es adorado». Esta ciudad legendaria de *Amaquemecan* no debe confundirse con la ciudad histórica *Amaquemecán-Chalco*.

buir ningún valor histórico a estas tradiciones (1). Se expresa de esta suerte: «Las cuatro estaciones colocadas entre la partida de *Aztlan* y la llegada a *Tolan* representan los cuatro ex-



Fig. 97.—Las ocho tribus chichimecas (según el *Codex Boturini*).

tremos del mundo, o, mejor todavía, las cuatro divisiones del cielo. Y *Tolan*, el punto de llegada, es la quinta región, el centro del mundo, que fue el lugar de reunión de todas las civilizaciones, donde el calendario, la ciencia sacerdotal y las artes se descubrieron» (2).

(1) R. SIMEÓN, *Annales de Chimalpahin-Quauhtlehuanitzin*, página 42.
(2) *Wo lag Aztlan?*, pág. 43.

§ V.—Origen septentrional de las tribus nahuas

Toda la leyenda mejicana que se ha referido anteriormente es semejante a los mitos de origen de los otros distintos pueblos americanos, principalmente de los llamados Pueblos. Estos relatos legendarios son muy raras veces históricos, o bien los elementos históricos se entremezclan en ellos de tal manera con los mitos, que es casi imposible distinguir unos de otros. Por tanto, no es en los antiguos documentos mejicanos o españoles donde podemos esperar conseguir datos positivos acerca del origen de los nahuas.

La etnografía, la tecnología no nos proporcionan tampoco indicaciones absolutamente precisas. Nos permiten observar que, en muchos puntos, los pueblos nahuas se parecen a los maya-quichés del Yucatán, de Guatemala y de Honduras (1). Pero estos dos grupos étnicos han vivido uno al lado del otro durante mucho tiempo, han tenido numerosos contactos y sus civilizaciones han tomado cosas la una de la otra. En todo caso, difieren tanto desde el punto de vista antropológico como desde el lingüístico.

Con sus vecinos del norte, los nahuas han tenido íntimas afinidades. Ya L. H. Morgan (2) había mostrado las grandes semejanzas que presentaba la civilización de los indios Pueblos con la de los antiguos mejicanos. Más recientemente, Seler señaló analogías entre el simbolismo y el ritual de los nahuas y los de los *huicholes*, pueblo semisalvaje que habita hoy todavía en los barrancos de la Sierra de Nayarit (Estado de Jalisco) y que pertenece al grupo lingüístico pima (3).

Las semejanzas lingüísticas han servido sobre todo para fundar las hipótesis. Del estudio emprendido, hace cincuenta años, por Buschmann resulta que el nahuatl pertenece a una familia lingüística de considerable extensión, la familia *shoshoni-azteca*, que comprende tres ramas: el *shoshoni* (lenguas del Utah, del Nevada y del Colorado), el *pima* (lenguas del sur de California y de Sonora) y el *azteca* (lengua *nahuatl* y sus dialectos *pipil* y *niquirano* de Guatemala y de Nicaragua) (4).

---

(1) Acerca de los puntos de contacto entre las civilizaciones maya y nahua, véase E. Seler, *Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen* (SGA, vol. II, págs. 16-31), y K. Hæbler, *Amerika*, págs. 288 y siguientes.

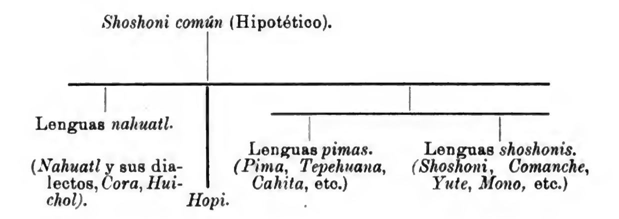
(2) *Ancient Society*, New York, 1877, págs. 188-214. *Houses and house-life of the American aborigines* (CE, vol. IV, Washington, 1881).

(3) *Die Huichol Indianer der Staates Jalisco in Mexico* (SGA, volumen III, págs. 355-391).

(4) Buschmann, *Spuren der aztekischen Sprache*, Berlín, 1859.

Esta clasificación fue adoptada por PIMENTEL (1) y BRINTON (2). POWELL (3), en 1891, y después de él la mayor parte de los etnógrafos, distinguieron de nuevo estas lenguas en tres familias; pero A. KROEBER (4), que ha renovado el estudio completo del tema, fue inducido a la misma conclusión que BUSCHMANN. Las familias shoshoni, pima y azteca de POWELL constituyen en realidad una sola familia lingüística, es decir, que estos idiomas tienen un origen común. Los idiomas pimas están más emparentados con los del norte (shoshoni) que con el nahuatl. El *hopi* o *moki*, lengua de una pequeña parte de los Pueblos del Arizona, constituye una rama especial de la familia. No es pariente próximo de los idiomas shoshonis, ni sobre todo del nahuatl, como creía BRINTON (5).

Podemos suponer, por tanto, que los aztecas se separaron, hacía mucho tiempo, del resto de los shoshonis y de los pimas, y que, cuando llegaron a Méjico, los pimas no se habían instalado allí todavía, sin lo cual la lengua nahuatl se parecería más a los idiomas pimas que a los de los shoshonis, lo cual no ocurre. Se determinaría de esta suerte el árbol genealógico de esta familia.



(1) *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*. Méjico, 1874-1875, 3 vols. en 8.° PIMENTEL parece haber clasificado las lenguas un poco a la aventura, y así hace figurar entre los idiomas pimas de Sonora las lenguas de los yumas y de los pueblos aliados, que son completamente distintas.

(2) *American Race*, Filadelfia, 1901, en 8.°, págs. 336-337 (Familia lingüística Uto-Azteca).

(3) *Indian linguistic families of America north of Mexico* (RE, VII, Washington, 1891, págs. 1-132).

(4) *Shoshonean dialects of California* (CAAE., vol. IV, 1907, páginas 65-165). Este trabajo está consagrado al estudio de los dialectos shoshonis de California; pero el autor reproduce la cuestión del parentesco de los idiomas shoshonis con los idiomas pimas y el nahuatl (páginas 154-165).

(5) De aquí resulta un hecho interesante, y es la imposibilidad de hacer derivar directamente una de otra las dos civilizaciones hopi o azteca.

Como se ve, el hopi y el nahuatl son dos ramas poco productoras de lenguas: una ha permanecido estéril, la otra no ha dado lugar más que a dos dialectos.

Si se acepta la clasificación de KROEBER (1), queda todavía una cuestión por resolver: ¿de qué lugar vinieron las tribus shoshonis? De un país situado, pensaba BRINTON, entre la cadena de las Montañas Rocosas y los Grandes Lagos, en las llanuras de los Estados actuales de Montana y de los Dakotas. KROEBER rechaza esta opinión por carecer de toda base histórica o lingüística. No dice cuál sería el centro de diseminación, pero, por las indicaciones esparcidas en su trabajo, podemos creer que lo situaría en las partes áridas del Estado de Nevada, al este de la Sierra Nevada de California.

Otros autores han buscado la cuna de la raza azteca al occidente de las Montañas Rocosas, a lo largo de los fiordos que cortan la orilla del Estado de Washington y de la Colombia británica. Allí habitan tribus que hablan lenguas en que se repite constantemente el sonido *tl*, tan frecuente en el idioma nahuatl, que tienen una civilización relativamente adelantada, que trabajan la madera y la piedra y construyen casas confortables. Era, por lo tanto, bastante natural que se hicieran estudios en esta dirección. BUSCHMANN (2) fue el primero en hacerlos, pero sin ningún resultado positivo.

Numerosos han sido los sistemas propuestos para aclarar algo el origen de los aztecas. Hemos referido aquél según el cual los pueblos civilizados de América central habrían sido ya los antepasados, ya los descendientes de los constructores de túmulos del valle del Ohio. Muchos otros han surgido, todos, sin embargo, demasiado desprovistos de valor para merecer que nos fijemos en ellos (3).

Todo lo que podemos decir, es que los pueblos nahuas vinieron del Norte, en una época indeterminada, que no debe, sin embargo, ser muy antigua. Pasaron un tiempo bastante largo vagando a través de las estepas áridas de las Tierras frías, y de esto conservaban en la época de la conquista un recuerdo remoto, que se ha manifestado en sus leyendas por la asociación de los dioses del Norte y de la caza (*Mimixcohua, Iztac Mixcohuatl, Camaxtli*) con la historia de sus emigraciones y su origen.

---

(1) A nosotros no nos parece tan evidente el parentesco como a KROEBER. Hemos dado las razones en una noticia de su artículo aparecida en *L'Anthropologie*, vol. XVIII, París, 1898, págs. 192-193 y preferimos atenernos por el momento a la clasificación de POWELL. Nos parece seguro, no obstante, que los aztecas vinieron del Norte, al mismo tiempo que los coras y los huicholes.

(2) *Sprachen der Nord-Mexico und der Westseite des Nordamerikas*. Berlín, 1862, en 8.°

(3) Se encontrará una lista bastante larga de estos sistemas en BANCROFT, *Native races of Pacific States of North America*, vol. V, capítulo II.

§ VI.—Pueblos aborígenes del Anahuac (otomis, etc.)

¿Encontraron habitadas los chichimecas las estepas de las Tierras frías? Muy difícil es responder a esta pregunta. Toda esa parte de Méjico está poblada hoy por tribus de lengua pima, venidas después de los aztecas. Pero existen todavía, todo alrededor de la meseta de Méjico, restos de una nación que tuvo en otro tiempo extensión más considerable. Es conocida con el nombre de nación *Otomia*. Comprendía según Pimentel (1), los *otomis* propiamente dichos, los *Mazahuas*, los *Serranos*, los *Pames* y los *Jonaces* o *Mecos*, pequeñas tribus que habitan los Estados de Michoacan, de Guerrero, de San Luis de Potosí, etc. Bancroft (2) no menciona más que los *Otomis* propiamente dichos y los *Mazahuas*. Seler (3) enumera los *Otomis*, los *Mazahuas*, los *Pirindas* y los *Matlaltzincas*.

Los otomis presentan, tanto desde el punto de vista antropológico como desde el lingüístico, la diferencia más marcada con los nahuas. Los mejicanos los despreciaban y los acusaban de ser salvajes y estúpidos. En opinión de Sahagun, las tribus de lengua nahuatl se servían de la palabra «otomi» como término injurioso. Eran nómadas cuando los nahuas llegaron a la meseta del Anahuac y sólo con grandísimas dificultades pudieron lograr de ellos que se estableciesen en aldeas.

No sabemos nada de las luchas que tuvieron que sostener los *nahuas* con los aborígenes de Méjico. Los primeros acontecimientos que pueden calificarse de históricos tuvieron lugar en las pequeñas poblaciones, llamadas chichimecas, que rodeaban los lagos de Méjico y de Chalco, principalmente en Tlaxcalán, Chololán, Huexotzinco y Tezcoco.

§ VII.—Antiguas ciudades chichimecas (Chololán, Colhuacán, etc.)

Ignoramos el orden en que llegaron las tribus (4). Las hordas chichimecas que vagaban por las soledades del norte se componían de guerreros salvajes. Un cronista, que decía ser

(1) *Cuadro descriptivo de las lenguas de México*, vol. II, páginas 189-205.

(2) *Native races*, vol IV, págs. 547-562.

(3) *Die alten Bewohner der Landschaft Michuacan*, SGA, vol. III, páginas 33-159.

(4) Seguiremos, en lo que vamos a decir, el resumen hecho por Payne, *History of the New World called America*, vol. II, págs. 450 y siguientes. Debemos hacer notar, sin embargo, que Payne es un adepto de la autenticidad histórica del Imperio tolteca.

descendiente de ellos (1), nos dice que llegaban casi desnudos y que vivían en cavernas. Sus armas eran el arco y las flechas (2). Desconocían totalmente la agricultura y hasta el siglo XII, nos dice, el maíz no fue cultivado por ellos. Se alimentaban exclusivamente de la caza, para la que eran muy diestros (3). No se conocen con certeza los nombres de las tribus chichimecas: *Tecpanecas*, *Acolhuacas*, *Chalcas*, *Huexotzincas* y *Tlaxcaltecas* son los que dice SAHAGUN (4), pero estos nombres, lo veremos más adelante, son los de las ciudades que fundaron en Anahuac. Más generalmente se dividen en *Teochichimecas* y en *Acolhuacas*.

La primera ciudad cuyo papel fue de alguna importancia en la meseta mejicana es *Cholula* o *Chololán* (5). Apareció hasta la época de la conquista como un gran centro religioso. Allí estaba el templo o *teocali* de *Quetzalcohuatl*, dios epónimo de la ciudad, del cual pretendían descender los jefes cholaltecas (6). Este santuario era frecuentado por peregrinos que acudían de todos los puntos del Anahuac. En él se celebraban ritos sangrientos, sacrificios humanos, en honor de *Tezcatlipoca* (7). El templo de Chololán, como la mayor parte de los restantes grandes edificios de Méjico, se alzaba sobre una pirámide alta, cuyas ruinas se conservan, hecha de adobes y cimentada con un mortero arcilloso. No sabemos nada de la historia antigua de Chololán. Los datos históricos que la conciernen son todos relativos al período de la dominación azteca.

Otra ciudad a la cual iban unidos también recuerdos legendarios era *Colhuacán* o *Culhuacán*. Había sido fundada, según LÓPEZ DE GOMARA (8), por los *acolhuacas*, que, habiendo partido el año 770 del Jalisco, habrían fundado el año 780 las ciudades de *Tolantzinco*, *Tolán*, *Cohuatlichan* y *Colhuacan*. Esta afirma-

---

(1) ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, cap. IV.

(2) TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, libro I, cap. XV.

(3) ID., *ibid.*, libro I, cap. XLII. Véase ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, cap. IX.

(4) *Historia de las cosas de Nueva España*, libro X, cap. XXIX.

(5) El nombre completo sería *Tolán-Chololán*, que significaría «lugar de huída de los toltecas», y los chololtecas habrían sido designados a veces con el nombre de «Grandes toltecas» (TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, libro I, pág. 255). Todas las relaciones que hablan de los toltecas nos dicen que *Chololán* fue una de sus estaciones. E. SELER, *Ueber die Worte Anauac und Nauatl.* (SAG, vol. II, página 62).

(6) LAS CASAS, *Historia apologética de las Indias*, cap. CXXII.

(7) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, capítulo XII.

(8) LÓPEZ DE GOMARA, *Conquista de México*, edic. Vedia, capítulos CCXVI-CCXVII. GOMARA, y con él otros autores, hacen de los *acolhuacas* una rama de los toltecas y no una tribu de los bárbaros chichimecas.

ción de López de Gomara es enteramente gratuita. En efecto, son tres ciudades poderosas: *Xaltocan*, situada en la punta nordeste del lago del mismo nombre; *Tenayucan*, al oeste de la laguna de Méjico, y *Colhuacan*, al sur de la misma laguna (1), las que, en general, se presentan como primeras que se fundaron en el valle de Méjico. Xaltocán y Tenayucán eran aldeas otomis conquistadas por los acolhuacas cuando llegaron al valle; *Colhuacan*, por el contrario, pasaba por ser una ciudad en otro tiempo fundada por los toltecas y se enorgullecía, en la época de la conquista, de toda una estirpe de jefes, cuyo origen se remontaba al tiempo en que reinaban los reyes sacerdotes en *Tolán*. A pesar de este prestigio histórico y religioso, *Colhuacan* no desempeñó en la historia del Anahuac más que un papel enteramente oscuro.

Xaltocan, edificada por los otomis al norte del lago del mismo nombre, llegó a ser pronto una ciudad de importancia, pero el desarrollo de *Tezcoco* detuvo el suyo y, finalmente, los *Xaltocanecas* vinieron a ser tributarios de *Tezcoco* (2).

Tenayucan había sido fundada, el año 1120, por un jefe chichimeca cuyo nombre ha llegado a nosotros, *Xolotl*, considerado como antecesor directo de los jefes de Tezcoco. Habiendo *Xolotl* pasado las montañas que limitaban al sur el valle de Méjico, dividió su pueblo en dos grupos: uno, guiado por *Nopaltzin*, fue a reconocer la orilla occidental de la laguna de Méjico, que encontró completamente desprovista de habitantes, salvo al sur, en la región situada entre *Chapoltepec* y *Coyohuacan*. El otro grupo exploró la costa oriental y, al mando de *Xolotl*, fundó *Tenayucan* (3).

§ VIII.—Los teochichimecas, los acolhuacas y los tecpanecas

Los *teochichimecas* se dirigieron más al este que los *acolhuacas*. Al salir de la mítica *Tolan*, donde se habían detenido viniendo de *Chicomoztoc*, se instalaron en *Poyauhtlan* (4). Sus vecinos de *Colhuacan* y de *Tenayucan* se unieron contra ellos y los atacaron. La victoria fue de los *teochichimecas*, pero su dios *Camaxtli*, cuya imagen llevaban, les aconsejó huir e ir en

(1) Es la interpretación de SELER, *Wo lag Aztlan?* (SGA, vol. II, página 43). PAYNE, *History of the New-World*, vol. II, pág. 421, piensa que se desconoce el emplazamiento de *Colhualcan*.

(2) TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, vol. I, pág. 83.

(3) ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, cap. XII.

(4) El año 1208, según CHAVERO, edición de MUÑOZ CAMARGO, *Historia de Tlaxcala*, Méjico, 1892, en 8.°

busca de *Teotlixco Anahuac*, el país del Oriente donde se levanta el sol (1). Se dividieron en dos grupos: unos se dirigieron hacia el norte al pueblo de *Tolantzinco*, luego bajaron en dirección a la costa de Méjico en donde fundaron, en la región conocida con los nombres de *Meztitlan* y de *Tuzapan*, las ciudades de *Papantla*,, *Achachahuitlan*. *Nauhtlan*, etc. Encontraron esta comarca ocupada por un pueblo diferente de los otomis, los *totonacas* (2). Fueron probablemente rechazados por los totonacas a la región más occidental del *Meztitlan*, donde, en la época de la conquista, existía una comunidad floreciente, de lengua nahuatl.

El segundo grupo de los teochichimecas se dirigió también al este, pero más al sur, hacia el volcán *Popocateptl*. Parte de ellos continuaron su viaje en dirección al Cofre de Perote, cerca de Jalapa, y llegaron hasta la costa del Estado de Veracruz. Los otros se quedaron alrededor del volcán, luego subieron hacia el norte, a las cercanías de la ciudad de Tlaxcalan. Encontraron la comarca ocupada por los *olmecas*, que en ella habían levantado una fortaleza llamada *Tepeticpac*. Estalló la guerra entre *teochichimecas* y *olmecas*. Estos últimos, mandados por el jefe *Colopechtli*, fueron vencidos y obligados a retirarse al norte, al país de *Zacatlan*.

No bastando la fortaleza olmeca para contener a la población teochichimeca, se fundaron dos nuevas ciudades: *Xalpan* y *Xicochimalco*.

Mientras que los teochichimecas se establecían al este del valle de Méjico, una segunda oleada de *acolhuacas* fundaba las ciudades de los tecpanecas. Las principales eran *Azcapotzalco*, situada en la orilla occidental de la laguna de Méjico; *Coyohuacan*, *Huitzilopchco* (3), que tenía un santuario del dios *Huitzilopochtli*, y *Mexicaltzinco*, centro del culto del dios *Mexitli* y, por último, *Tlacopan*, que desempeñó más tarde importante papel.

Bajando los teochichimecas al sudoeste, expulsaron a los otomis de las ciudades de *Chapoltepec* y de *Mixcohuac*. Fundaron *Atlaquihuayán* (4) y, adelantándose más a occidente, se establecieron en *Teohuacan* (5), en las fronteras del *Michoacan*. Cada ciudad era independiente y tenía su propio *tecpan* o casa de Consejo. De aquí el nombre de *tecpanecas* que se dió a es-

---

(1) TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, libro III, cap. X.

(2) BRINTON, *American Race*, págs. 95-97; M. K. HÆBLER (*Amerika*, en la *Weltgeschichte* de HELMOLT, vol. I, pág. 261), tiene todavía a los totonacas por pueblos maya-quichés.

(3) Hoy *Churubusco*, a poca distancia al sudoeste de Méjico.

(4) Hoy *Tacubaya*.

(5) LÓPEZ DE GOMARA, *Conquista de México*, edic. Vedia, capítulo CCXLII. *Teohuacan*, como Chololan, poseía un gran templo de *Quetzalcohuatl* que se iba en peregrinación a visitar de todas partes del *Anahuac*.

tas tribus. Su desarrollo fue rápido: *Azcapotzalco* extendía su dominación hacia el norte, de modo que amenazaba la independencia de los acolhuacas establecidos con anterioridad en *Tenayucan*. Estos buscaron refugio al otro lado de la laguna. Se establecieron en una localidad que llamaron *Tezcoco*, instalándose bajo el mando de su jefe *Quinantzin*, a fines del siglo XIII. El nuevo establecimiento prosperó pronto, la población acolhuaca aumentó y trasformó rápidamente a los otomis aborígenes, hasta el punto que, tres siglos más tarde, todos los habitantes de este distrito hablaban puro nahuatl.

En esta época, las tres ciudades más poderosas del Anahuac eran la ciudad tecpaneca *Azcapotzalco*, la nuevamente fundada *Tezcoco* y la teochichimeca *Tepeticpac*. Alrededor de *Tezcoco* se formaron aldeas acolhuacas *(Huexotla, Acolman, Cohuatlichan, Atenco, Ocolco)* (1). El crecimiento de los pueblos teochichimecas no era menos rápido. Los tecpanecas de *Azcapotzalco* tuvieron envidia y se unieron con los habitantes de *Huetxotcinco*, ciudad probablemente de origen tecpaneca. Los *huetxotzincas* y los *azcapotzalcas* se precipitaron contra el país de los teochichimecas, los cuales hicieron alianza con los tezcocanos. Los tecpanecas fueron vencidos. El dios teochichimeca *Camaxtli*, dícese, había levantado una niebla en la que los guerreros de *Huexotzinco* y de *Azcapotzalco* se perdieron, y los teochichimecas los deshicieron completamente (2).

A partir de esta época, los teochichimecas crecieron. Alrededor de *Tepeticpac* se levantaron aldeas, que se reunieron más tarde a la vieja ciudadela para formar la ciudad de *Tlaxcalan*, la más grande que hubiera conocido América del Norte. De estas aldeas, *Ocotelolco* fue siempre la más importante, y en ella la población era más densa. Cuando los pueblos se convirtieron en barrios de *Tlaxcalan*, en el barrio de *Ocotelolco* estaba el *tianquiztli* o mercado, centro económico de toda ciudad mejicana. Allí también se levantaba el gran templo o *teocali* de *Camaxtli* donde, cada cuatro años, en la fiesta de *Teoxihuitl*, eran sacrificados prisioneros (3). *Tepeticpac*, el antiguo centro de Tlaxcalan, creció poco. Cuando llegaron los conquistadores, Tlaxcalan era una ciudad poderosa, en pleno florecimiento, que jamás había estado sometida a ninguna otra del Anahuac, y que tenía en jaque a Méjico.

El odio de los tlaxcaltecas contra los mejicanos era tal que, debido en gran parte a su alianza, Hernán Cortés pudo apoderarse de la capital del Anahuac. Por eso *Tlaxcalan* gozó, después de la conquista, de una suerte privilegiada y quizá a

---

(1) TORQUEMADA, *Monarquia Indiana*, tomo I, pág. 88.

(2) MUÑOZ CAMARGO, *Historia de Tlaxcala*, Méjico, 1892, pág. 125. Edición CHAVERO.

(3) LÓPEZ DE GOMARA, *Conquista de Méxíco*, edic. Vedia, capítulo CCXLV.

ello debe el ser hoy todavía una de las pocas ciudades de Méjico que hablan todavía el viejo idioma de los aztecas (1).

La ciudad acolhuaca *Tezcoco*, aun cuando no tuvo el venturoso destino de la ciudad teochichimeca, se desarrolló mucho en aquella época. La vieja *Colhuacan*, decaída de su esplendor primero, fue abandonada por una parte de sus habitantes, que acudieron a establecerse en la gran ciudad acolhuaca. Algunos fundaron, a occidente del lago de Xaltocan, una ciudad bastante floreciente, *Quauhtitlan*. Según ALVA IXTLILXOCHITL (2), otros fueron, en 1301, a establecerse en *Tezcoco*, donde ocuparon un barrio especial, *Huitznahuac*. Pronto hubo un verdadero florecimiento de poblaciones, que formaron con *Tezcoco* una confederación que sirvió de contrapeso al poderío tecpaneca.

Este se hallaba entonces en su apogeo y nuevas poblaciones recibían constantemente el exceso de población de sus ciudades. Entre ellas, *Xochimilco*, *Cuitlahuac* y *Chalco* se hicieron más tarde importantes.

---

(1) Cuando FREDERICK STARR visitó esta ciudad el año 1895, la encontró habitada por una población puramente india y cuya lengua usual era el nahuatl. El gobernador era indio de pura sangre y se llamaba Próspero *Cahuantzin*. Observó que había tres antiguos tipos de casas: el *cencali*, el *tezcali* y el *teopantzintli*, construídas con madera, adobes o piedras y casi siempre acompañadas del *temazcalt* o estufa, completamente indispensable en toda morada en la época de la independencia azteca. Recogió allí supersticiones médicas que recuerdan enteramente las que nos refieren antiguos autores. *Notes upon Ethnography of Southern-Mexico* (PDAS, vol. VIII, 1901, páginas 114-133).

(2) *Historia de los Chichimecas*, pág. 72. Véase POMAR. *Relación de Tezcoco.*

CAPÍTULO II

Imperio azteca.

SUMARIO: I. Llegada de los aztecas al Anahuac y sus luchas con los tecpanecas.—II. Fundación de la Confederación azteca (Tenochtitlan-Tezcoco-Tlacopan).—III. Conquistas de Motecuzoma I y de Axayacatl.—IV. Extensión del poderío azteca (Ahuitzotl y Motecuzoma II).—V. Conquista de Méjico por Hernán Cortés.

§ I.—LLEGADA DE LOS AZTECAS AL ANAHUAC Y SUS LUCHAS CON LOS TECPANECAS

En la época en que las ciudades acolhuacas comenzaban a desarrollarse libremente y en que el poderío tecpaneca brillaba en todo su esplendor, el Anahuac vió establecerse a los *aztecas*, o *tenochcas*, o *mexicas* que debían más tarde dominar en él como dueños. La tradición dice que, después de su partida de *Tolán*, bajaron al sur, haciendo estancias más o menos largas en diversas ciudades, y que fueron por último a establecerse en las cercanías de *Colhuacan*. Los habitantes de esta ciudad les dejaron probablemente instalarse, contando con sus servicios contra los vecinos de *Xochimilco*. Estos no cesaban de acosar a los pescadores de *Colhuacan* en la laguna, y el jefe *Coxcoxtli* decidió servirse de sus aliados aztecas. Avanzó por tanto contra *Xochimilco*, llevando exclusivamente en las primeras filas de su ejército guerreros *tenochcas*. Los *xochimilcas* fueron completamente derrotados, gracias sobre todo a la valentía de los aliados de *Colhuacan*. El lugar de residencia de los aztecas era a la sazón la islita *Tizaapan*, malsana e infestada de serpientes. Fueron a establecerse en *Chapotepec*, que se encontraba entonces bajo la supremacía de *Xaltocan*. Pronto levantaron el campo y se instalaron en *Iztacalco*, al mando de un jefe llamado *Tenuchtzin* (1). Por último, fundaron en una isla

(1) VEYTIA, *Historia antigua de México*, pág. 356, coloca el nombramiento de *Tenuchtzin* en 1330.

pantanosa de la laguna dos pequeñas ciudades: *Tenochtitlan* y *Tlaltelolco*. Los tecpanecas de *Azcapotzalco* toleraron su presencia en aquel lugar malsano, mediante el pago de una renta en pescados y aves. Las dos nuevas poblaciones fueron gobernadas por dos jefes que venían de las ciudades tecpanecas: *Tenochtitlan* por *Acamapichtli II* (1), *Tlaltelolco* por *Quaquauhpitzahuac* (2). En tanto *Acamapichtli* fue jefe, los tenochcas vivieron tranquilamente en su isla, mientras que los tecpanecas de *Azcapotzalco* gozaban de análoga paz, en la obediencia de su jefe *Tezozomoc* (3). Cuando *Acamapichtli* murió, las gentes de *Tenochtitlan* nombraron jefe a su hijo *Huitzilihuitl*, que fue aceptado por *Tezozomoc* (fig. 98). En la misma época, los tecpanecas se aliaron con los tenochcas para hacer la guerra a las ciudades del sur (4). Los aliados entraron en campaña y, habiendo vencido a las gentes de *Xochimilco*, *Cuitlahuac* y *Mizquic*, atravesaron las montañas que cierran al sur el valle de Méjico y sometieron a *Quauhnahuac* (5).

La confederación acolhuaca de *Tezcoco* acababa de perder

---

(1) *Acamapichtli*, o, con el sufijo reverencial, *Acamapitzin*, es considerado por todos los autores como el primer «rey» de Méjico. Según BRASSEUR DE BOURBOURG, trascurrió bastante tiempo entre la muerte de *Tenuchtzin* y el nombramiento de *Acamapichtli (Histoire des nations civilisées*, vol. II, pág. 454). Según el *Códice Mendoza*, *Acamapichtli* era ya jefe en 1370, cuando los aztecas se trasladaron a *Tenochtitlan*. CHIMALPAHIN dice que fue nombrado en 1366, que reinó veintiún años y murió en 1387 (*Annales*, edic. R. Simeón, pág. 74). BERNARDINO DE SAHAGUN dice solamente que reinó veintiún años (*Historia general de las cosas de Nueva España*). TORQUEMADA coloca su muerte en 1403.

(2) *Quaquauhpitzahuac* habría sido hijo de *Tezozomoc*, jefe de *Azcapotzalco*. Según VEYTIA (*Historia antigua*, pág. 152) y ALVA IXTLIXOCHITL (*Historia de los chichimecas*, pág. 323), el primer jefe de *Tlaltelolco* habría sido *Mixcohuatl*. BERNARDINO DE SAHAGUN y TORQUEMADA desconocen a *Mixcohuatl*. He aquí las fechas que dan los autores para la magistratura de *Quaquauhpitzahuac:* VEYTIA, 1400-1414; ALVA IXTLILXOCHITL: 1271-1353; TORQUEMADA, muere en 1405; CLAVIGERO, muere en 1399; CHIMALPAHIN, 1412.

(3) *Tezozomoc*, el jefe de *Azcapotzalco*, era hijo de *Acolhuatzin*. Fue elegido, según CHIMALPAHIN, el año 1375 (*Annales*, pág. 70) y, según BERNARDINO DE SAHAGUN, en 1336 (*Historia general de las cosas de Nueva España*, pág. 505).

(4) Las fechas de la vida de *Huitzilihuitl* no son más seguras que las de su predecesor. BERNARDINO DE SAHAGUN, al que sigue BRASSEUR DE BOURBOURG, dice que murió en 1417 (*Historia general de las cosas de Nueva España*, pág. 497). Es también la fecha que señala el *Códice Mendoza*. TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, págs. 24 25, da el año 1415; VEYTIA, *Historia antigua*, pág. 127, el 1414; CLAVIGERO, *Historia antigua de México y de su conquista*, el 1409; ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, pág. 104, el 1353.

(5) Hoy *Cuernavaca*. Según CHIMALPAHIN, esta campaña habría tenido lugar el año 1405.

a su jefe *Techotlalatzin* y de nombrar a otro, *Ixtlitxochitl* (1). Como los tecpanecas hubieran querido hacer pagar tributo a los habitantes de *Tezcoco* (2), éstos se negaron y estalló la guerra entre las dos ciudades. Sus tropas se encontraron cerca de



Fig. 98.—El *tlacatecuhtli Huitzilihuitl* (según el *Codex Cozcatzin*).

Tepozotlan. Los tecpanecas fueron vencidos e hicieron la paz con *Ixtlilxochitl* (3).

Mientras esto ocurría, *Tezozomoc*, el jefe de *Azcapotzalco*, murió y fue sustituído por *Maxtla* (4). La campaña contra los *acolhuacas* fue reanudada con ayuda de los tenochcas. Esta vez las tropas aliadas triunfaron y los acolhuacas fueron comple-

---

(1) El año 1406, según CLAVIGERO, *Historia antigua de México y de su conquista.*

(2) ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, tomo I, página 103.

(3) En 1416 ó 1417, según BANCROFT, *Native races*, vol. V, página 376.

(4) CHIMALPAHIN le llama *Maxlaton* y dice que fue nombrado en 1410, que era jefe, no de *Azcapotzalco*, sino de *Coyohuacan* y que *Tezozomoc* no murió hasta 1426.

tamente derrotados. *Tezcoco* se dió a *Chimalpopoca* (1), jefe de los *tenochcas*, y *Huexotla* al jefe de *Tlaltelolco*.

No obstante, *Acolman* y *Cohuatlichan*, ciudades importantes de la confederación acolhuaca, no habían tomado parte en la guerra. Conservaron su independencia a condición de reconocer la supremacía de *Azcapotzalco*. Pero se aliaron con los tecpanecas y fueron con ellos contra los otomis sublevados. Los otomis fueron vencidos, *Xaltocan* fue tomada, lo mismo que *Quauhtitlan*. *Azcapotzalco* fue entonces la única que dominó en el valle, pero su supremacía fue efímera y no duró sino en tanto los aztecas de *Tenochtitlan* y de *Tlaltelolco* le prestaron su ayuda. Estos, à resguardo en su isla pantanosa, no excitaban la envidia de los tecpanecas, como lo habían hecho las ciudades florecientes de los acolhuacas. Se cansaron de su sujeción. Las aguas del lago, cargadas de materias nitrosas, no eran a propósito para la cocción de los alimentos ni para beber. Pidieron a los habitantes de *Azcapotzalco* permiso para construir un acueducto que llevase a las dos ciudades las aguas puras de *Chapoltepec*. Los tecpanecas no quisieron conceder este permiso, con la intención de obligar a los aztecas a establecerse en las orillas del lago.

Mientras esto ocurría, *Chimalpopoca*, jefe de *Tenochtitlan*, y *Quaquauhpitzahuac*, jefe de *Tlaltelolco* (2), fueron asesinados, a instigación de los tecpanecas. Los habitantes de Méjico designaron, como sucesor de su jefe asesinado, a un hermano, *Itzcohuatl* (3); los de *Tlaltelolco* eligieron a *Tlacateotl* (4), hijo del jefe muerto. *Itzcohuatl* nombró jefe de las tropas a su sobrino *Motecuzoma* (Montezuma), que le sucedió más tarde en el

(1) *Chimalpopoca* era hermano de *Huitzilihuitl*, al cual sucedió en 1415 ó 1417. Murió asesinado, poco tiempo después del nombramiento de *Maxtla*. He aquí las fechas en que los autores antiguos colocan este suceso: ALVA IXTLILXOCHITL en 23 de julio de 1424 ó 1427; SAHAGUN en 1426; CLAVIGERO en 1423; el *Códice Telleriano-Remensis* en 1426; VETANCURT, *Teatro mexicano*, en 31 de marzo de 1427; VEYTIA, *Historia antigua*, en 19 de julio de 1427. TORQUEMADA y TEZOZOMOC no señalan fecha. El primero dice que *Chimalpopoca* fue aprisionado por *Maxtla* y que se ahorcó en la prisión para no morir de hambre.

(2) VEYTIA, *Historia antigua de México*, pág. 113, coloca la muerte del jefe de *Tlaltelolco* en 1414. CLAVIGERO, *Historia antigua de México y de su conquista*, en 1399. ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, pág. 107, en 1353. TORQUEMADA. *Monarquía Indiana*, en 1405. CHIMALPAHIN, *Annales*, en 1412.

(3) La fecha del nombramiento de *Itzcohuatl* varía naturalmente según la que asignan los distintos autores para la muerte de *Chimalpopoca*. Según BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, habría muerto en 1440.

(4) Respecto a la fecha del nombramiento de *Tlacateotl*, véase la nota relativa a *Quaquauhpitzahuac*. Según ALVA IXTLILXOCHITL, habría que colocar entre ambos personajes a otro tercer jefe, *Amatzin* (*Historia de los chichimecas*, pág. 129).

cargo de jefe supremo de Méjico. Fue contra *Azcapotzalco*, se apoderó de ella y dió muerte a su jefe *Maxtla* (1). Los tecpanecas quedaron arruinados para siempre.

Poco tiempo después, *Itzcohuatl* nombró un nuevo jefe, *Nezahualcoyotl* (2), para gobernar la ciudad de *Tezcoco*, luego comenzó las guerras que debían dar a los aztecas la supremacía respecto a todos los pueblos del Anahuac. En 1432, deshizo a los tecpanecas de *Coyohuacan* y de *Atlacohuayan*, y, dos años más tarde, a los habitantes de *Quauhtitlan* y de *Tultitlan*. Volviendo su actividad hacia el sur, atacó a las poderosas ciudades *Xochimilco* y *Cuitlahuac*, que se resistieron vigorosamente. Como las tropas aztecas hubieran recibido refuerzos enviados por *Nezahualcoyotl* (3), triunfaron de la resistencia de las ciudades del sur. Éstas hubieron de proporcionar hombres para construir un dique, con el que se quería unir a tierra firme la isla donde se habían levantado las ciudades aztecas. El año 1435, las tropas mejicanas, aumentadas con las fuerzas de *Cohuatzin*, jefe de *Xiuhtepec*, se apoderaron sin esfuerzo de *Quauhnahuac*. A su vuelta, *Itzcohuatl* comenzó la construcción,

---

(1) TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, cap. IX; Fr. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, edición de José F. Ramírez, vol. I, pág. 78. *Maxtla* fue el último de los jefes independientes de *Azcapotzalco*. He aquí la lista de ellos:

COXCOXTLI (?).....	COXCOXTLI es mencionado como jefe de *Colhuacan* por varios autores.
ACOLNAHUACATL.	
TEZOZOMOC.......	
MAXTLA..........	

Acolnahuacatl habría gobernado *Azcapotzalco* al mismo tiempo que *Huitzilihuitl* era jefe de los aztecas. SAHAGUN nos dice (*Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 507) que *Tezozomoc* fue elegido jefe en 1348. CHIMALPAHIN (*Annales*, pág. 89) señala el 1426 como fecha de su muerte. Coloca el nombramiento de *Maxtla* en 1410, pero le hace jefe de *Coyohuacan*.

(2) Según CLAVIGERO (*Historia antigua de México*, tomo I), la ciudad de *Tezcoco* habría quedado sin jefe después de la victoria de los tecpanecas sobre los acolhuacas, y los dos jefes de *Azcapolzalco*, *Tezozomoc* y *Maxtla*, la habrían gobernado directamente. Este autor coloca el nombramiento de *Nezahualcoyotl* en 1426, mientras que los autores modernos admiten, por lo general, la fecha de 1432 ó 1433 (BANCROFT, *Native races*, vol. V, pág. 402; SAHAGUN, (*Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 503), dice que reinó setenta y un años, y que se alió con *Itzcohuatl* de Méjico para destruir a los *tecpanecas* de *Azcapotzalco*. Según CLAVIGERO, murió en 1470. ALVA IXTLILXOCHITL (*Historia de los chichimecas*), ha trazado de *Nezahualcoyotl*, del cual pretendía descender, un retrato novelesco que le hace un soberano legendario (véase PRESCOTT, *Historia de la conquista de Méjico*, tomo I).

(3) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, páginas 488-490.

en *Tenochtitlan*, del gran templo de *Huitzilopochtli*, el más vasto de los edificios religiosos de Méjico (1). *Itzcohuatl* murió el año 1440. Su sobrino *Motecuzoma I* o *Ilhuicamina*, vulgarmente llamado *Montezuma I*, le sucedió en 1441 (2). Tuvo que sostener una primera guerra contra los *chalcas*. *Chalco* era una de las pocas ciudades tecpanecas perdonadas por *Itzcohuatl* y veía con inquietud los rápidos progresos del poderío mejicano. En tiempos de su jefe *Toteoztin*, sus habitantes atacaron a los *tenochcas*. Mal les fue, porque salieron derrotados (1443).

§ II.—Fundación de la confederación azteca (Tenochtitlan-Tezcoco-Tlacopan)

Derrotada *Chalco*, las gentes de *Tenochtitlan* ya no tenían enfrente más que el poderío en aumento de *Tezcoco*. La vieja ciudad acolhuaca había tenido, bajo el mando de *Nezahualcoyotl*, un gran crecimiento, y parecía inevitable un conflicto entre aquellos dos pueblos nahuas. No tuvo lugar, sin embargo, con grandísimo provecho por ambas partes. Se hizo un tratado de alianza con *Tezcoco* y con un pueblo tecpaneca hasta entonces oscuro, situado muy cerca de Méjico, *Tlacopan* (3).

La confederación de las tres ciudades tuvo un resultado importante; gracias a ella los aztecas pudieron conquistar el resto de Méjico (4). Se decidió que el jefe de guerra de Méjico tendría el mando de todas las fuerzas de la confederación. Esta orden no afectaba en nada a la organización interior de las ciudades interesadas. Cada una de las tres elegía sus jefes de guerra particulares, los que únicamente tenían el derecho de llevar a sus guerreros al combate, pero la designación de

---

(1) Fr. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, página 167, añade a las conquistas de *Itzcohuatl* la toma de *Chalco*, *Huexotzinco* y *Cohuatlinchan*.

(2) Según el *Mss. Mejicano de 1576*, que figura en la colección Aubin-Goupil de la Biblioteca Nacional de París, este hecho tuvo lugar el año 1443, Chimalpahin, *Annales*, pág. 75, dice que gobernó desde 1440 a 1468. Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 498, asigna a su gobierno treinta años de duración. Chimalpahin añade que nació en 1378 y que era hijo de *Huitzilihuitl* y de una mujer de condición libre de *Quauhuahuac*, que se llamaba *Chalchiuhtlatonac* (*Annales*, pág. 75).

(3) Hoy *Tacuba*.

(4) Respecto a todo lo que concierne a la formación de la confederación azteca, remitimos al lector a A. F. Bandelier, *On the distribution and tenure of lands, and the customs with respect to inheritance, among the ancient Mexicans* (RPM, XI, 1878, págs. 557-700). El autor se inspira en L. H. Morgan. Ha investigado las condiciones en que se creó la confederación azteca.

cada uno de estos jefes había de ser ratificada por todos los demás jefes militares de la confederación. Cada ciudad quedaba libre para hacer la guerra por propia cuenta, pero, en caso de necesidad, debía hacer llamamiento a las otras ciudades confederadas y entonces era *Méjico-Tenochtitlan* el que tomaba el mando. Cuando los confederados triunfaban de alguna ciudad enemiga, la distribución de los despojos se arreglaba del modo siguiente: *Tenochtitlan* y *Tezcoco* recibían cada una dos quintos del botín y *Tlacopán* un quinto (1).

Se observará que la confederación no comprendía, a más de *Tezcoco* y *Tlacopán*, sino *Tenochtitlan*. *Tlaltelolco*, la otra ciudad azteca, quedaba fuera de ella. De hecho, las relaciones entre los dos pueblos aztecas parecen haber sido poco cordiales. En esta ciudad, a *Quaquauhpitzahuac* había sucedido *Tlacateotl*, cuya vida parece haber sido muy corta. Fue sustituído por *Quauhtlatoa*, el año 1428 (2), según CHIMALPAHIN. Este jefe de *Tlaltelolco* era más bien hostil a los aztecas de *Tenochtitlan*. Durante la guerra con *Chalco*, conspiró contra ellos y, a la vuelta de la campaña, *Motecuzoma* le declaró la guerra. Los *tlaltelolcas* fueron vencidos, su jefe muerto y sustituído por *Moquihuix*, que pasaba por ser favorable a los *tenochcas* (3). En la misma época, los *teztocanos* se indispusieron con los otomis del norte. *Tolantzinco* se sublevó y fue subyugada por *Nezahualcoyotl*.

§ III.—CONQUISTAS DE MOTECUZOMA I Y DE AXAYACATL

Las guerras de Motecuzoma I pasaron muy pronto de los estrechos límites del valle de Méjico. Mercaderes mejicanos, que viajaban por el sur, habían sido muertos por los mixte-

(1) Las fuentes de la historia de la Confederación azteca, son las siguientes: HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme* (Década III[a], libro IV, cap. XV, pág. 133); A. DE RURITA, *Rapport sur les différentes classes de chefs de la Nouvelle-Espagne* (CTC, págs. 11-12 y 67); MENDIETA, *Historia eclesiástica indiana*, libro II, cap. XXXVII, pág. 153; TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, libro XI, cap. XXVI, pág. 353; DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España*, edic. Ramírez; TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, capítulos XLI y LVI; ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, capítulo I, págs. 2 y 3; CLAVIGERO, *Historia antigua de Méjico*, tomo I, cap. III.

(2) *Annales*, edic. R. Simeón, pág. 97. BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 501, le hace gobernar durante treinta y ocho años. Dice que, durante su «reinado», los mejicanos vencieron a *Azcapotzalco*. CHIMALPAHIN dice que gobernó solamente treinta y tres años y que murió en 1461 (*Annales*, pág. 122).

(3) CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 123, dice que fue nombrado en 1461. BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 502, dice que fue el último «rey» de *Tlaltelolco*.

cas, que habitaban una parte del Oajaca. Los *tenochcas* enviaron una embajada al jefe del país, *Tonaltzin* o *Dzawindanda*, que se burló de los embajadores. *Motecuzoma* fue entonces contra *Tilantonco*, capital de *Dzawindanda*. El jefe de los *mixtecas* había hecho alianza con los *teochichimecas* de *Tlaxcalán* y de *Huexotzinco* y esperó a pie firme el ataque de los aztecas. Estos fueron derrotados en *Tilantonco*, pero tomaron su revancha en *Tlachquiauhco*, que hubo de quedar sometida a *Méjico*, así como *Tochtepec*, *Tzapotlán*, *Tototlán* y *Chinantla*.

Luego vino la conquista del *Cuetlachtlan* o *Cuextlan*, país habitado por los *huaxtecas*, al norte de la comarca totonaca, a lo largo de los ríos *Panuco* y *Timesi*. Los aztecas libraron una gran batalla, en *Ahuilizapán*, cerca de *Orizaba*. Los huaxtecas fueron derrotados y su ciudad de *Xiuhcoac* tomada (1). Fr. DIEGO DURÁN dice que cuando los vencedores regresaron a *Méjico*, se inauguró el gran templo de *Huitzilopochtli*, empezado a construir por *Itzcohuatl*, y que en él fueron sacrificados muchos prisioneros. Poco tiempo después, los *chalcas* y los *huaxtecas* se sublevaron y fueron de nuevo sometidos. Como nada al fin amenazaba la confederación, *Tezcoco* hizo conquistas en dirección del este, mientras que *Tenochtitlan* sujetaba las ciudades de *Tepeyacac*, *Quauhtinchán* y *Acatzinco*, alrededor de *Chololán*. Pero los *chalcas* se sublevaron otra vez, siendo definitivamente sometidos el año 1465. Quizá por esta época hubo una gran carestía, de que habla BERNARDINO DE SAHAGUN (2), que duró cuatro años y que diezmó en parte las ciudades de la confederación.

Motecuzoma I murió en 1469 y *Axayacatl* le sucedió el mismo año (3). Al mando de éste, los ejércitos aztecas realizaron conquistas muy lejanas. Al mismo tiempo *Tenochtitlan* crecía considerablemente y se apoderaba de *Tlaltelolco*. Este hecho tuvo lugar poco tiempo después de la muerte de *Motecuzoma*. Fue su causa la amistad creciente que había entre los *tenochcas* y los *tlaltelolcas*. *Moquihuix*, habiendo logrado el concurso de *Azcapotzalco*, de *Tenayucan* y de *Quauhtitlan*, declaró la guerra a los *tenochcas*. *Axayacatl* fue contra la ciudad hermana de *Méjico*. Los *tlaltelolcas* fueron rechazados de calle en calle y, por último, se refugiaron en la plaza del mercado y hasta encima de la plataforma superior de la pirámide del gran templo. Los mejicanos fueron al asalto de la pirámide y *Axa-*

---

(1) En 1458, según el *Códice Telleriano-Remensis* (edic. HAMY, París, 1899; en 1449, según el *Manuscrito Aubin de 1576*).

(2) *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 498.

(3) El *Manuscrito Aubin de 1576* coloca este hecho en 1450. CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 129, en 1469. Según el mismo autor y CLAVIGERO, *Historia antigua de Méjico*, tomo I, *Axayacatl* era hijo de *Tezozomoc*, hermano de *Itzcohuatl*. Según BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 498, reinó catorce años.

yacatl mató con propia mano al jefe de los *tlaltelolcas* (1). La ciudad de *Tlaltelolco* fue reunida a la de *Tenochtitlan*, para formar la gran ciudad de Méjico, tal como la vieron los españoles a su llegada. La plaza del mercado, centro de la vida económica de *Tlaltelolco*, fue suprimida y los *tenocheas* nombraron un jefe, que se encargó de gobernar los nuevos barrios (2).

Los mejicanos reanudaron entonces sus expediciones. Hiciéronse sobre todo contra los *matlaltzincas*, habitantes de la parte oriental del Michoacán. El año 1474, los guerreros de *Axayacatl* conquistaron diversas ciudades en esta región y especialmente la capital matlaltzinca, *Tolocán* (3). Luego tocó la vez a los *tarasques*, vecinos por occidente de los *matlaltzincas*. Una de sus ciudades más importantes, *Tlaximaloyan* (en tarasque *Tangimaroa*), fue tomada e incendiada por los mejicanos. Los tarasques fueron entonces contra los invasores, guiados por su jefe *Tsiziz-Pandacuaré*, y deshicieron al ejército de *Axayacatl:* pero los *tenocheas* volvieron a imponerse, entraron otra vez en *Tangimaroa* y en *Xiquipilco*, y amenazaron la capital, *Tzintzuntzan*. Los tarasques hicieron frente una vez más y rechazaron de nuevo a los aztecas, con pérdidas enormes para éstos. Los historiadores nos conservan el recuerdo de campañas mucho más lejanas, en el Estado de Oajaca y aún de Chiapas. Aun cuando no se pueda tener gran confianza en estos relatos, es cierto que los aztecas se alejaban cada vez más, en sus expediciones, de la cuna de su raza, el valle de Méjico.

---

(1) He aquí la lista de los jefes de *Tlaltelolco* desde su fundación:

QUAQUAUHPITZAHUAC (1400-1414).
TLACATEOTL (1414-1428).
QUAUHTLATOA (1428-1461).
MOQUIHUIX (1461-1473).

Respecto al primero de estos jefes, hemos admitido los datos de VEYTIA. Respecto a los otros, los de CHIMALPAHIN. Según ya hemos dicho, ALVA IXTLILXOCHITL interpone, entre *Quaquauhpitzahuac* y *Tlacateotl*, otro jefe, *Amatzin*.

La destrucción de *Tlaltelolco* habría tenido lugar, según el *Manuscrito Aubin de 1576*, en 1477. Según CHIMALPAHIN, *Annales*, página 135, en 1474. Según el *Codex Telleriano Remensis*, en 1473. Según el *Codex Cozcatzin*, manuscrito de la colección Aubin Goupil, en 1473.

(2) Este jefe se llamaba *Izquauhtzin*. Fue instalado en 1475, según CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 135. Acerca del castigo de los *tlaltelolcas* y su significación, véase A. BANDELIER, *On the social organization and mode of government of the ancient Mexicans* (RPM, XII, págs. 593 y siguientes), donde están reunidos todos los textos relativos a este acontecimiento.

(3) CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 135. Habla de otra campaña contra las *matlalzincas*, en 1477, en el curso de la cual fue tomada la ciudad de *Calimayan*.

§ IV.—Extensión del poderío azteca (Ahuitzotl y Motecuzoma II)

Axayacatl murió en 1481 (1) y fue sustituído el mismo año por *Tizoc* (2). Este no parece haber ensanchado mucho el territorio azteca con sus conquistas (fig. 99). *Ahuitzotl*, que le sucedió, se vió, por el contrario, constantemente obligado a combatir. Tuvo que luchar en varias ocasiones contra los *huexot-*



Fig. 99.—Victorias obtenidas por *Tizoc* sobre los tochpanecas y los matlatzincas (según la reproducción de la «Piedra del sacrificio», de Tizoc, existente en el Museo del Trocadero).

zincas, que no querían aceptar el tributo a que Méjico los había sujetado. Pero el hecho importante de esta época de la historia mejicana es el contacto forzoso en que estuvieron, por la guerra, los *nahuas* con los pueblos del Oajaca, y principalmente con los *zapotecas*, que ocupaban el territorio situado al sur de los mixtecas. Ya los ejércitos de *Motecuzoma I* habían avanzado hacia el *Tecuantepec* y habían conquistado *Tlach-*

---

(1) Chimalpahin, *Annales*, pág. 146. El *Manuscrito de 1576* dice que en 1483; el *Códice Mendoza* que en 1482 y Clavigero, *Historia antigua de Méjico*, tomo I, que en 1477.

(2) El *Manuscrito de 1576* coloca el nombramiento de *Tizoc* el año 1484, un año después de la muerte de *Axayacatl*. *Tizoc* era hijo de *Tezozomoc* y hermano de *Axayacatl*. Bernardino de Sahagún, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 498, dice que gobernó cuatro años. El *Manuscrito de 1576* no le atribuye más que tres años de reinado y coloca el nombramiento de su hermano y sucesor *Ahuitzotl* en 1487. Chimalpahin, *Annales*, pág. 157, da la misma fecha, lo cual hace que, según él, *Tizoc* fuera jefe por espacio de seis años.

quiauhco, pero solamente en tiempo de *Ahuitzotl* llegaron a ser frecuentes las relaciones entre los dos pueblos.

En 1488, los ejércitos mejicanos se dirigieron hacia el istmo de Tehuantepec y fundaron la ciudadela de *Huaxyacac* (1). Era un puesto avanzado, establecido con la mira de conquistas futuras. En el curso de los años que siguieron, los *aztecas* atacaron a los *zapotecas*. Entraron a saco la mayor parte de las ciudades importantes del país, entre otras *Mitla* o *Mictlan*, la ciudad santa (fig. 100) y *Teotzapotlan* (2), donde residían los jefes zapotecas. Establecieron guarniciones en las ciudades mixtecas (3) de *Teotitlán* y *Quauhtenanco*, no solamente para mantener fuerzas militares en el país, sino también para la protección de los recaudadores encargados de la cobranza del tributo impuesto a las ciudades zapotecas. Diez años más tarde, la guerra estalló de nuevo. Los *zapotecas*, aliados con los *mixtecas* y con diversas y pequeñas tribus vecinas, sitiaron las fortalezas aztecas, y varias guarniciones mejicanas fueron pasadas a cuchillo. Se formó un ejército entre los confederados y se dirigió al istmo de Tehuantepec. Recuperó *Mitla* (1494) y puso sitio a las tropas zapotecas, mandadas por *Cociyoeza*, en la fortaleza de *Tecuantepec*. Los zapotecas resistieron mucho tiempo. Los aztecas enviaron tres veces refuerzos, pero el resultado de la campaña permaneció indeciso. *Cociyoeza* hizo la paz y se casó con una hermana de *Motecuzoma*, conocida con los nombres zapoteca de *Pelaxila* y azteca de *Coyolicatzin*. Los territorios zapoteca y mixteca conservaron de esta suerte su independencia, aun cuando, hasta la conquista europea, hubieran de luchar contra las invasiones incesantes del poderío mejicano.

Los aztecas fueron todavía más lejos en las direcciones del este y del sur. El Chiapas, Guatemala, el oriente del Estado de Oajaca fueron recorridos por los ejércitos de *Ahuitzotl*. Pusiéronse así en contacto directo con los pueblos mayas de Chiapas *(Tzentalos, Mames)*, de Guatemala *(Quichés, Cakchiquelos, Kekchis)* y con las numerosas tribus, de afinidades poco conocidas, que habitaban a oriente del Oajaca y a occidente del Chiapas.

El territorio de los *Mazatecas* fue conquistado por los mejicanos el año 1488 (4). El mismo año, según Brasseur de

---

(1) De donde el nombre de la provincia de *Oaxaca*, hoy Estado de *Oajaca*.

(2) En zapoteca, *Zaachila*.

(3) El territorio mixteca toca con el de los zapotecas y ocupa la parte occidental del Oajaca. El nombre general de este país es *ñuudzavui*, «tierra estimada, venerada», en nahuatl *Mixtecapan*, «el país de las nubes o de las nieblas» (L. Diguet, *Le Mixtecapan*, JAP, nueva serie, vol III, 1906, págs. 15-45).

(4) Tezozomoc, *Crónica mexicana*, pág. 135.



Fig. 100.—Sala de los adornos en Mitla (según *E. Seler, Les ruines de Mitla*).

BOURBOURG (1), una campaña emprendida contra las poblaciones del *Chiapas* terminó con la toma de *Chinantla* y de *Tzinacantlan*. Otras expediciones llevaron a la sumisión de los territorios situados en el Pacífico, entre el Michoacán y el Oajaca. Fueron principalmente emprendidas por los *tezcocanos*, conducidos por su jefe *Nezahualpili* (2). Los *huaxtecas*, unidos a los *totonacas*, se habían sublevado en 1491. Los confederados cayeron sobre ellos, los vencieron fácilmente y tres de sus ciudades, *Oztomán*, *Teloloapán* y *Ahuilizapán*, fueron saqueadas.



Fig. 101.—Jeroglífico que representa el nombre de Ahuitzotl, esculpido en el templo de Tepoztlán (según *E. Seler, Die Wandskulpturen im Tempel des Pulquegottes von Tepoztlan*).

Al final de la vida de *Ahuitzotl* (fig. 101), el año 1500, los mejicanos, que sufrían por falta de agua potable, se apoderaron de las fuentes de *Coyohuacan* y de *Huitzilopochco*. Las obras, mal ejecutadas, originaron una inundación que hizo mucho daño, no solamente a Méjico, sino también, según TEZOZOMOC (3), a las ciudades vecinas de *Cuitlahuac*, *Xochimilco* y *Chalco*.

Motecuzoma II (o *Montezuma*), apellidado *Xocoyotl* (el joven),

(1) *Histoire des nations civilisées*, vol. III, pág. 185.
(2) Hijo y sucesor de *Nezahualcoyotl*, nombrado en 1470 jefe de *Tezcoco*.
(3) *Crónica mexicana*, pág. 140.

sucedió a *Ahuitzotl* (1) como jefe de Méjico. Tuvo sobre todo que dirigir las luchas entre el poderío azteca de *Méjico-Tezcoco-Tlacopan* y la ciudad teochichimeca de *Tlaxcalan*. Los habitantes de *Cholo'an* habían declarado la guerra a *Tlaxcalan* y pronto los *aztecas* y los *huexotzincas* se unieron a ellos. Un ejército compuesto de *chololtecas* y de *huexotzincas* penetró en la ciudad teochichimeca y el jefe *Tizatlacatzin* fue muerto. Los *tlaxcaltecas*, en represalia, entraron a saco en *Huexotzinco*. Los aztecas, que intervinieron entonces, fueron completamente derrotados y *Tlacahuepantzin*, uno de sus jefes de guerra, hermano de *Motecuzoma II*, resultó muerto en el combate (2). Los aztecas hicieron un nuevo esfuerzo para subyugar a los *tlaxcaltecas*, pero no pudieron lograrlo.

Muy pronto su actividad fue atraída a otros lugares, pues los *mixtecas* se habían sublevado y a traición habían degollado a los soldados que guarnecían *Huaxyacac*. Fracasó una primera campaña, y sólo después de largo asedio los mejicanos lograron su objeto. Emprendieron también una campaña contra Guatemala y las tropas nahuas trajeron gran cantidad de cautivos, los cuales fueron sacrificados en el templo de *Tzinteotl*, diosa del maíz. Otras muchas ciudades fueron sometidas en diferentes partes de Méjico.

Pero los *tlaxcaltecas* no abandonaban las armas y su agitación constituía un serio peligro para las ciudades confederadas del valle de Méjico. Como los *huexotzincas* se hubieran sublevado una vez más contra el poder de los aztecas, éstos, al mando de *Tlaxcaltecatl*, fueron contra ellos. Las fuerzas teochichimecas, mandadas por *Xicotencatl*, atacaron a los mejicanos, que, no obstante, vencieron por completo a los huexotzincas (1518) (3). Al año siguiente, los españoles desembarcaron y los antiguos autores nos dicen que su llegada se anunció por una serie de prodigios. BERNARDINO DE SAHAGUN, CHIMALPAHIN, el *Codex Telleriano-Remensis*, el *Codex Vaticanus*, enumeran varios: en 1509, una nube muy oscura se alzó en medio del cie-

---

(1) La fecha de la muerte de *Ahuitzotl* es la siguiente, según los diversos autores: el *Manuscrito de 1576*, dice 1501; CHIMALPAHIN, CLAVIGERO, y VETANCURT, 1502; BRASSEUR DE BOURBOURG y BANCROFT, 1503; ALVA IXTLILXOCHITL, 1505. El mismo año fue nombrado *Motecuzoma II* (el *Manuscrito de 1576* es el único que dice que fue al año siguiente). *Motecuzoma II* era hijo de *Axayacatl* y de una mujer de *Itztapalupan*, llamada *Macuilmalinatzin* (CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 173).

(2) Según TORQUEMADA, *Monarquia Indiana*, vol. II, pág. 98, estos sucesos tuvieron lugar tres años después del nombramiento de *Motecuzoma II*, es decir, en 1505 ó 1506. CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 183, refiere los hechos de modo muy distinto. La guerra habría sido declarada a *Tlaxcalan* por los *chololtecas*. Los *huexotzincas*, temiendo verse cercados, habrían escapado a Méjico, y estos sucesos habrían tenido lugar el año 1412.

(3) CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 186.

lo y fue vista de todas partes; en 1510, inmensa claridad resplandeció sobre la tierra (1); voces predijeron las desgracias que iban a caer sobre los mejicanos (2), etc.

Cuando Hernán Cortés desembarcó en Tabasco, los aztecas eran dueños de una gran parte del Méjico actual. Desde la meseta que rodea las lagunas, su poderío se extendía hasta el lago de Chapala, en la región llamada por los aztecas *Chimalhuacan* (3). En el nordeste, el este y el sudeste, su territorio iba desde el río Panuco al río Alvarado, a excepción de la república de *Tlaxcalan*, cuya resistencia no pudieron vencer. En el sur y el sudoeste, alcanzaban la costa del Pacífico, contorneando la comarca de los *tarasques* (Michoacán) y ejercían su predominio sobre las tribus del Estado actual de Guerrero y de la parte occidental del Oajaca. Por último, una porción del Chiapas, hasta el volcán de Soconusco (del nahuatl *Xoconochco)*, les pertenecía. Fuera de estos límites, no pudieron nunca ejercer poderío eficaz, ya sobre las tribus pimas del norte, ya sobre los pueblos mayas del mediodía (4).

En los límites mismos que acabamos de trazar, su dominación no estaba establecida del mismo modo que la de las naciones europeas o aún de los Imperios asiáticos de la antigüedad. Los territorios de las naciones vencidas no resultaban, propiamente hablando, anexionados; su gobierno no se había trasformado a consecuencia de la conquista azteca. Las únicas consecuencias de ésta eran la obligación en que se veían los vencidos de proporcionar soldados a la confederación mejicana y pagar todos los años un tributo en objetos manufacturados o en productos naturales (5) (fig. 102). Generalmente, los mejicanos no nombraban inspectores permanentes, gobernadores, sino solamente intendentes encargados de percibir el tributo (6). De esta suerte, los pueblos vencidos conservaban la propiedad de sus territorios y sólo a las cosechas se imponía una contribución. No todos soportaban pacientemente este yugo. A las mismas puertas de Méjico, ciudades como *Huexotzinco* y *Chalco* estaban en perpetua rebeldía y costaba a la confederación los mayores esfuerzos hacerse obedecer. Nadie duda que, en las regiones alejadas del *Chiapas* o del *Zacatolan* (Guerrero), fuera más difícil aún cobrar los impuestos y que la dominación mejicana fuese más que nada nominal.

---

(1) CHIMALPAHIN, *Annales*, págs. 181-'82.

(2) BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 499.

(3) L. DIGUET, *Le Chimalhuacan et ses populations avant la conquête espagnole* (J A P, nueva serie, vol. I, págs. 1-58).

(4) BANCROFT, *Native races*, vol. V, pág. 473.

(5) Fr. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España*, volumen I, págs. 114 y 125; TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, pág. 29.

(6) A. BANDELIER, *On the distribution and tenure of lands among the ancient Mexicans*, págs. 412 y siguientes.

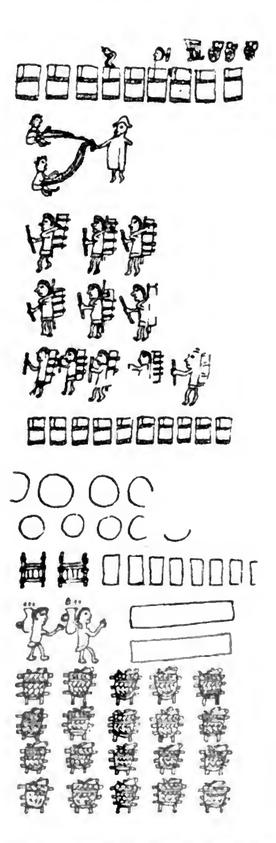


Fig. 102.—Tributos pagados por un pueblo vencido (según *Seler, Die mexikanischen Bilderhandschriften Alexander von Humboldt's).*

No obstante, el prestigio y el poder de la confederación azteca eran, en el momento del desembarco de los españoles, incomparablemente mayores que los de ningún pueblo de esta región.

§ V.—Conquista de Méjico por Hernán Cortés

El 12 de marzo de 1519, Hernán Cortés (fig. 103) y sus tropas tomaban tierra en la desembocadura del río Grijalva, en el Tabasco (1). Fueron acometidos por los indígenas totonacas. Hernán Cortés envió a uno de sus lugartenientes, Pedro de Alvarado, de descubierta con cien hombres. La reducida tropa fue asaltada por los indios y el conquistador se dirigió en su auxilio (2). Al llegar a *Cempohualan (Cempoal)*, oyó hablar del poderío y de la grandeza de Méjico, y sin dilación se dirigió contra esta ciudad. Estando acantonado en *Quiahuiztlan*, gran poblado totonaca, mandó prender a los recaudadores de tributos mejicanos y declaró que en lo sucesivo los totonacas ya no pagarían más impuestos a los aztecas. Los conquistadores españoles, informados de la importancia de *Tlaxcalan*, enviaron a esta ciudad mensajeros que fueron detenidos por los tlaxcaltecas; hubo batalla entre éstos y los españoles, vencieron los últimos y, finalmente, se hizo alianza entre los moradores de la república teochichimeca y los invasores. Hernán Cortés, reforzado con veinte mil tlaxcaltecas, fue contra Méjico. En el camino, tuvieron que combatir con los chololtecas que se oponían a su paso, el 8 de noviembre de 1519 (3). Fueron bien recibidos por *Motecuzoma II*, que los alojó bien y les hizo visitar las ciudades de *Méjico* y *Tlaltelolco*. Pero pron-

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, pág. 66.

(2) No podemos extendernos mucho en la historia de la conquista y por eso remitimos al lector a las obras de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, ya citada; de FRANCISCO LÓPEZ DE GOMARA, *Hispania victrix. Primera y segunda parte de la historia general de las Indias con todo el descubrimiento y cosas notables que han acaecido desde que se ganaron hasta el año de 1551. Con la conquista de México y de la Nueva España*, Medina del Campo, 1553; ANTONIO DE HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1601; ANTONIO DE SOLÍS, *Historia de la conquista de México*, Madrid, 1684; HERNÁN CORTÉS, *Cartas*.

(3) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Ob. cit.* La fecha del calendario mejicano que da CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 188, que es el 8 *checatl*, 9 *quecholi*, colocaría este suceso del 28 al 31 de octubre. Reina gran indecisión en todas estas fechas. Hablaremos otra vez de ello al tratar del calendario.

to se enturbiaron las relaciones entre mejicanos y españoles. Los conquistadores descubrieron un tesoro que creyeron per-



Fig. 103.—Hernán Cortés (según un cuadro de la escuela de Velázquez. *Annales de la Société américaine de France).*

tenecer a *Motecuzoma*. Hicieron prisionero al jefe azteca, le ataron y le guardaron con centinelas de vista en su propia cámara, amenazándole, a la menor tentativa de evasión, con

acometer contra Méjico a sangre y fuego (1). Muy pronto se le permitió cierta libertad, y Hernán Cortés le hizo prestar juramento de obediencia al rey de España. Los conquistadores le obligaron a revelar la existencia de las minas de oro que había en el territorio mejicano y exigieron de él que ordenase la entrega a Hernán Cortés del tributo pagado por las ciudades sometidas a Méjico.

Habiendo surgido entonces dificultades entre Cortés y el enviado del gobernador de Cuba, Pánfilo de Narváez, parte de los españoles que ocupaban Méjico hubieron de ir contra las tropas de que disponía este último. Narváez fue derrotado y Cortés y los suyos volvieron a Méjico, que se había sublevado contra los pocos europeos que habían permanecido con Pedro de Alvarado para gobernar la ciudad. Al volver fueron atacados y rechazados de calle en calle, hasta el gran templo. Los españoles ordenaron a *Motecuzoma*, que había quedado en su poder, que arengara a sus súbditos desde lo alto de la platatorma. Una piedra le alcanzó y le mató (2). Los españoles consiguieron salir de la ciudad y se refugiaron en *Tlaxcalan*. Los mejicanos nombraron sucesor a *Motecuzoma* en la persona de *Cuitlahuac*, su hermano, hijo de *Axayacatl*, que reunió las fuerzas dispersas de los *tenochcas* para el caso de un retorno ofensivo de los españoles (3). Estos, en efecto, volvieron muy pronto, después de haber hecho alianza secreta con *Chalco*. Mientras tanto, *Cuitlahuac* murió y tuvo por sucesor a *Quauhtemoc* o *Quauhtemotzin*, más conocido con el nombre españolizado de *Guatimozin* (4).

Los españoles pusieron sitio a *Méjico*. Este sitio duró noventa y tres días (5) con suerte varia. Un día, los españoles fueron rechazados con pérdidas. Sesenta y dos de ellos, hechos prisioneros, fueron sacrificados y Cortés resultó herido en una

---

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, cap. XCV. CHIMALHAHIN, *Annales*, pág. 189, dice que los españoles, desde el momento de su llegada, habían encadenado a *Motecuzoma*, a *Cacamatzin*, el sucesor de *Nezahualpili* y jefe de *Tezcoco*, y a un jefe llamado *Itzquauhtzin*, gobernador de *Tlaltelolco*.

(2) El 29 de junio de 1520. Ninguno de los historiadores está de acuerdo acerca de la forma en que murió *Motecuzoma*. La versión que damos es la de Hernán Cortés.

(3) *Cuitlahuac* gobernó en junto ochenta días (CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 193). BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 500. Murió de viruelas, epidemia que hizo estragos en Méjico en aquel desastroso año de 1520.

(4) Según CHIMALPAHIN, *Annales*, pág. 193, era hijo de *Ahuitzotl* y, por consiguiente, sobrino de *Motecuzoma II*. Según BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 500, habría gobernado cuatro años, lo cual es un error evidente.

(5) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO. CHIMALPAHIN dice que noventa.

pierna. Al fin los conquistadores tomaron por asalto la ciudad, con ayuda de sus aliados tlaxcaltecas que no los abandonaron nunca (13 de agosto de 1521). Pero una vez dentro de Méjico, los españoles siguieron encontrando una resistencia encarnizada. Se enviaron embajadores a *Guatimozín* con la esperanza de que rendiría la plaza sin más lucha, pero se negó obstinadamente. Por último, toda la ciudad fue tomada y *Guatimozín* hecho prisionero. Se le sometió a interrogatorio para obligarle a decir dónde ocultaba sus tesoros. Murió pocos años más tarde, en el curso de una expedición a Honduras, a la que le había llevado Hernán Cortés. Con él se extinguió la línea de los jefes mejicanos, del mismo modo que con la toma de Méjico se derrumbaba para siempre el edificio de la civilización indígena en aquella región (1).

---

(1) He aquí la lista de los jefes de Méjico:

TENUCHTZIN (1330-1366)
ACAMAPICHTLI (1366-1387)
HUITZILIHUITL (1387-1410)
CHIMALPOPOCA (1410-1412)
ITZCOHUATL (1412-1440)
MOTECUZOMA I ILHUICAMINA (1440-1468)
AXAYACATL (1469-1481)
TIZOC (1481-1487)
AHUITZOTL (1487-1502)
MOTECUZOMA II XOCOYOTL (1502-1520)
CUITLAHUAC (1520)
QUAUHTEMOC (1520-1521)

La fecha de *Tenuchtzin* nos la da VEYTIA, según ya hemos dicho. Respecto a los otros jefes, hemos seguido a CHIMALPAHIN.

He aquí ahora la lista de los jefes de *Tezcoco*, según CLAVIGERO:

XOLOTL (siglo XII)
NOPALTZIN (siglo XIII)
TLOTZIN (siglo XIV)
} Estos tres jefes mandaron a los *acolhuacas* durante su estancia en *Tenayucan*.
QUINANTZIN (siglo XIV)
TECHOTLALA (siglo XIV)
IXTLILXOCHITL (1406)
TEZOZOMOC y MAXTLA | gobiernan directamente por *Azcapotzalco*.
NEZAHUALCOYOTL (1426-1470)
NEZAHUALPILI (1470-1516)
CACAMATZIN (1516-1520)
CUICUITZCATZIN (1520)
COHUANACOCHTZIN (1520)

No puede hacerse con certidumbre la lista de los jefes de *Tlacopan*.

CAPÍTULO III

Organización social y política de Méjico.

SUMARIO: I. Las fratrias y los clanes.—II. Los *calpulis*.—III. La tribu. IV. La confederación.—V. Organización militar.—VI. Repartimiento de las tierras y de los bienes.—VII. Clases de la sociedad.—VIII. Sistema jurídico.

La civilización que cayó a los golpes de Hernán Cortés y de sus aliados indígenas ha sido descrita con caracteres infinitamente brillantes. Desde el siglo XVI al XIX, la civilización azteca ha sido vista con ojos europeos, juzgada a la medida europea y declarada unas veces admirable y otras odiosa. En todo caso, siempre se la ha considerado, siguiendo a los primeros cronistas del siglo XVI, como una civilización feudal, monárquica, en que las clases sociales tenían un orden jerárquico, en resumen, como un reflejo de España en los tiempos de Fernando e Isabel. Nadie puso en duda, durante mucho tiempo, la constitución feudal del «Imperio» de Méjico, como se llama todavía a la pequeña confederación de los tres poblados de *Tenochtitlán-Tlaltelolco*, *Tezcoco* y *Tlacopán*. El conocimiento de los otros pueblos americanos nos ha dado idea diferente de la constitución de Méjico.

Ciertamente, la confederación mejicana representa una de las formas superiores de la civilización de América. Salvo en la América central y quizá en el Perú, en parte alguna los aborígenes del Nuevo Mundo se elevaron tan alto, pero su civilización no era, sin embargo, comparable a la de los Estados feudales de Europa en la Edad Media. Escritores ya antiguos, como ROBERTSON (1), se habían mostrado escépticos en punto

---

(1) *History of America*, Londres, 9.ª edición, 1800, III, pág. 281: «La infancia de las naciones es tan larga, y aun en el caso en que todas las circunstancias favorecen su progreso avanzan tan lentamente hacia la plenitud de sus fuerzas y de su política, que el origen reciente de los mejicanos parece dar lugar a presumir que hay exageración en las pretendidas descriciones que se han hecho de su gobierno y de sus costumbres».

a las bellezas de la civilización azteca; pero sólo después de los estudios de L. H. MORGAN acerca del funcionamiento de los gobiernos de las tribus de los Pieles Rojas de América del Norte, los etnógrafos pudieron emprender el estudio de los sistemas jurídico y económico de Méjico. MORGAN trazó las primeras líneas (1). A. BANDELIER intentó dar una descripción más completa, aun cuando todavía insuficiente.

§ I.—LAS FRATRIAS Y LOS CLANES

Los aztecas y los otros chichimecas estaban, como todas las tribus norteamericanas, divididos en clanes, es decir, en grupos más extensos que las familias, en que todos los individuos tenían un mismo nombre.

Pero este agrupamiento no tenía ya en Méjico la cohesión que conserva en la mayor parte de las tribus de América del Norte. Ya no tenía jefe especial. Por otra parte, la noción de la *familia*, en el sentido estricto de la palabra, existía en los pueblos del Anahuac. Sin embargo, los antiguos autores nos han conservado el nombre de los siete clanes que formaban la tribu azteca en el momento de su llegada al valle de Méjico: los *Yopicas*, los *Tlacochcalcas*, los *Huitzanahuacos*, los *Cihuatecpanecas*, *Chalmecas*, *Tlacatecpanecas* e *Izcuintecatlos* (2). A excepción de este último clan (3), no tenían nombres de animales. de donde deducimos que estos clanes no eran totémicos. En realidad, esta división séxtuple es resultado de haberse subdividido una organización más antigua, de cuatro clanes primarios o fratrias, que aun subsistía en la época de la conquista. Esta división en fratrias es uno de los caracteres dominantes de la sociedad azteca. Cada una de ellas constituía uno de los barrios de la ciudad de Méjico. Los españoles los denominaron más tarde barrios de San Juan, San Pablo, San Sebastián y Santa María la Redonda (4), pero sus nombres en nahuatl eran *Moyotlán*, *Teopán*, *Aztacalco* y *Cuepopán*.

---

(1) *Ancient Society*, New York, 1877, págs. 188-214.

(2) Fr. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España....*, páginas 20-21; TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, pág. 6; VEYTIA: *Historia antigua*, vol. II, pág. 91. Hemos seguido la ortografía de VEYTIA.

(3) De *izcuintli*, «perro».

(4) TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, cap. LIX; Fr. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España.....*, pág. 42; VETANCURT, *Teatro mexicano*, pág. 124.

§ II.—Los calpulis

Cuando Cortés desembarcó en Méjico, los cuatro clanes primitivos estaban subdivididos en veinte clanes secundarios locales (1). Estos grupos, llamados *calpulis*, poseían dominios particulares y se administraban ellos mismos. Sus territorios llevaban el nombre de *calpulalis*, «tierras del clan», y debían ser poseídos y cultivados exclusivamente por ellos.

Los asuntos del *calpuli* eran administrados por un Consejo, compuesto de ancianos, probablemente los jefes de familia o de casas. La cifra de los miembros de este Consejo variaba con la importancia numérica del clan (2). La ejecución de las resoluciones de aquel areópago corría a cargo de dos funcionarios, el *calpolec* o *chinancalec* y el *achcacauhtli* o *teachcauhtli*. El *calpolec* o *chinancalec* era elegido por el Consejo. Vigilaba el reparto de las tierras y los graneros del clan y era el superior de los *calpixqué* o intendentes, encargados de procurar el cobro de los impuestos necesarios para el sostenimiento de los funcionarios del clan. Administraba también justicia en los asuntos de poca importancia, pues los de gravedad eran juzgados por el Consejo (3). En caso de diferencias con otros clanes, era el orador de su *calpuli* y el abogado de las gentes de su raza.

El *achcacauhtli*, *teachcauhtli*, o también, por abreviación, *tiacauh*, era el jefe de la policía del clan. Era también el encargado de la instrucción militar de la juventud (4).

El *calpuli* era la unidad primaria, fundamental en la sociedad de los aztecas.

---

(1) Estos veinte barrios existían todavía en Méjico el año 1690 y VETANCURT, *Teatro mexicano*, págs. 131 y 212, nos da la lista de ellos. En aquella época conservaban sus nombres nahuatl, a los que los españoles habían añadido el de un santo. (Véase A. BANDELIER, *On the social organization*, págs. 578 a 580).

(2) A. BANDELIER, *On the social organization*, págs. 633 y siguientes.

(3) A. BANDELIER, *On the social organization*, pág. 635; E. SELER, *Altmexikanischer Schmuck und soziale und militärische Rangabzeichen* (SGA, vol. II, pág. 509). Estos autores han utilizado los datos de A. DE ZURITA, *Breve y sumaria relación de los Señores de la Nueva España, y maneras y diferencias que había de ellos*, publicada en el vol. III, páginas 72-227, de la *Nueva colección de documentos para la historia de Mexico*, por JOAQUÍN GARCÍA ICAZBALCETA. De la obra de Zurita hay una traducción francesa de TERNAUX-COMPANS, titulada *Rapport sur les différentes classes de chefs de la Nouvelle Espagne*.

(4) A. BANDELIER, *On the social organization*, pág. 639.

§ III.—La tribu

Todos estos grupos se confundían en la gran unidad, la tribu de Méjico, propietaria del territorio de la ciudad. El conjunto de las tierras ocupadas por los *calpulis* formaba el terreno de la tribu *(altepetlali)*. El gobierno de Méjico ofrecía, en la época de la conquista, cierta complicación. El poder legislativo corría a cargo de un Consejo de tribu *(tlatocan)*, compuesto de veinte miembros *(tlatoani*, «orador», en plural *tlatoqué)* delegados por los clanes. Este Consejo se reunía en la Casa común *(tecpan)* (1) cada doce días, de modo casi regular, y con más frecuencia en caso preciso (2). En estas reuniones, el *tlatocan* juzgaba los asuntos, tanto civiles como criminales, que le llevaban los clanes. Ratificaba los nombramientos de jefes hechos por éstos y les daba la investidura, resolvía las operaciones militares de la tribu, concertaba la paz, las alianzas, etc. El territorio de la tribu comprendía terrenos que no pertenecían a ningún clan, sino que eran propiedad de la tribu en conjunto. Tal el sitio ocupado por el gran *teocali*, templo reservado al culto de la gran divinidad de Méjico, *Huitzilopochtli*, y el del mercado, *tianquiztli*. Los crímenes o delitos cometidos en estos lugares no dependían de la jurisdicción de ningún clan y eran juzgados directamente por el *tlatocan*. Cuando los miembros de aquella Asamblea superior no podían ponerse de acuerdo acerca del modo como habían de resolverse ciertas cuestiones, reservaban la solución para el *nauhpohualtlatoli* (3), gran Consejo que se reunía cada ochenta días en el *tecpan* y que estaba formado por todos los jefes de la ciudad. A más de los *tlatoqué*, miembros del *tlatocan*, formaban parte de él los veinte *calpolequé* (4), los veinte *teachcacauhtin* o *tiacahuan* (5), los cuatro jefes de los cuatro barrios (6) y los principales sacerdotes o *tlamacazqui* (7). Esta

(1) Los autores españoles han dado muchas veces al *tecpan* el nombre de «cabildo», cuya significación es bien conocida.

(2) Torquemada, *Monarquía Indiana*, cap. XXVI, pág. 355, dice que se reunía cada diez días. Veytia, *Historia antigua*, y Zurita, *Ob. cit.*, dicen que cada doce. Mientras Cortés estuvo en Méjico, el *tlatocan* estuvo en sesión permanente (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*).

(3) De *Nauhpohual* (ochenta) y *tlatoli* (conversación, consejo).

(4) Plural de *calpolec*.

(5) Plural de *teachcauhtli* y de *tiacauh*.

(6) Las cuatro *fratrias* no tenían órgano alguno legislativo especial.

(7) Cada barrio tenía también un *tlamacazqui* (sacerdote). Había sacerdotes de los clanes y un *tlamacazqui* supremo.

reunión plena de los funcionarios de Méjico era presidida por el *cihuacohuatl*, funcionario ejecutivo del que hablaremos muy pronto. Las decisiones adoptadas en el *nauhpohualtlaloli* eran supremas y contra ellas no había apelación.

El personal ejecutivo de la tribu era muy numeroso. A más de los *teachcacauhtin*, los *calpolequé* y otros funcionarios de clanes, comprendía los jefes de los cuatro barrios principales, cada uno de los cuales tenía un nombre particular. El de *Moyopán* llevaba el título de *tlacochcalcatl*; el de *Teopán* era llamado *tlacatecatl*; el de *Aztacalco*, *ezhuahuacatl*, y el de *Cuepopán*, *tlilancalqui* o *quauhnochtecutli* (1) (fig. 104). Estos jefes ejercían funciones sobre todo militares. En ausencia de los grandes jefes de guerra, ellos llevaban el ejército mejicano al combate. En tiempo de paz, desempeñaban, respecto al conjunto de la tribu, igual papel que los *tiacahuan* o *teachcacauhtin* en los clanes.

Por cima de ellos venía el *cihuacohuatl*. Fue durante mucho tiempo el cargo más alto de la sociedad mejicana. Residía en el *tecpán* y presidía el *tlatocán*, cuyas decisiones todas estaba encargado de ejecutar. Era responsable ante el *tlatocan* respecto al ingreso de los tributos impuestos a los clanes para el mantenimiento de los funcionarios y su distribución entre los diferentes servicios; él también repartía las tierras, revisaba este reparto, etc. Tenía a sus órdenes buen número de agentes encargados de la policía de los lugares públicos y sobre todo del mercado. Estos agentes de policía eran llamados *tianquizpantlayacaqué* (2), se situaban en la plaza del mercado y prendían a los delincuentes, que eran llevados en seguida al *tecpán*, donde hacían servicio permanente cierto número de *tlatoqué*, para juzgar los delitos patentes cometidos en los terrenos de las tribus. El *cihuacohuatl* vigilaba también a los *calpixqué* o *hueycalpixqué*, recaudadores de impuestos en las tribus sometidas.

Igual, o casi igual, en poder al *cihuacohuatl* era el *tlacatecuhtli*, «jefe de los hombres, o de los valientes», que los españoles designaron con el nombre de «rey» o «emperador».

---

(1) Es muy difícil formarse idea algo exacta de las funciones del *quauhnochtecutli* o *tlilancalqui*, y ni siquiera puede afirmarse si se trata de un solo personaje. Fr. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, págs. 97, 102 y 103, Tezozomoc, *Crónica mexicana*, página 24, llaman *quauhnochtecutli* al jefe de *Cuepopán*. Habría desempeñado en la ciudad de Méjico funciones de policía superior (alguacil mayor), pero su rango no habría sido tan elevado como los del *tlacochcalcatl*, el *tlacatecatl* y el *exhuahuacatl*. Fr. Diego Durán, *Ob. cit.* pág. 103, Tezozomoc, *Crónica mexicana*, pág. 15, y Fr. José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, cap. XXV, dicen por otra parte que el *tlilancalqui* era el igual de los otros tres jefes.

(2) Fr. Bernardino de Sahagun, *Historia general de las cosas de Nueva España*, pág. 323. *Tianquizpantlayacaqué* se descompone en *tianquiz (tli)*, «mercado», y *tlayacatia*, «cosa primera o de delante».

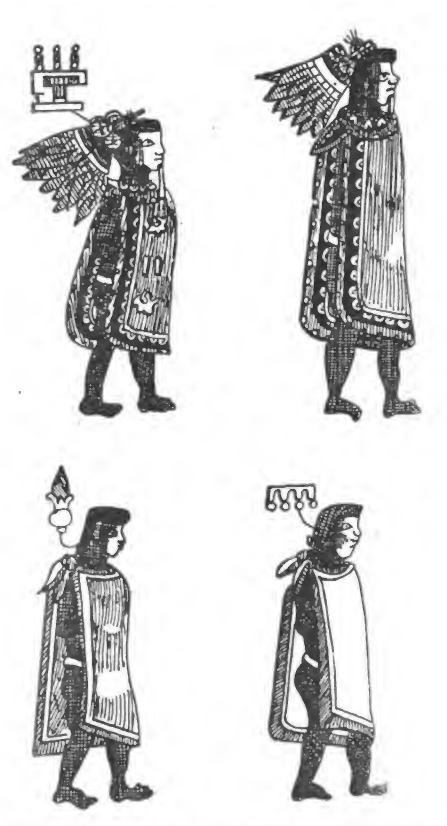


Fig. 104.—Los jefes de los cuatro barrios de Méjico (según *Seler, Altmexikanischer Schmuck und soziale und militärische Rangabzeichen).*
1.°—*Tlacochcalcatl;* 2.°—*Tlacatecatl;* 3.°—*Quauhnochtecuhtli;* 4.°—*Ezhuahuacatl.*

Este cargo había sido creado a consecuencia de necesidades militares. Los aztecas habían estado mandados primeramente por jefes de guerra ocasionales. El primero de los *tlacatecuhtin* fue *Acamapichtli*, y su nombramiento corresponde a lo que los autores españoles denominaron creación de la monarquía. No obstante, el *tlacatecuhtli* no tenía nada de soberano. Residía en el *tecpán*, con su familia y los ayudantes necesarios de su cargo, recibía y albergaba a los huéspedes extranjeros, ayudaba al *cihuacohuatl* en el reparto del tributo y trasmitía al Consejo y al *cihuacohuatl* los asuntos que le llevaban sus ayudantes. Su verdadera función era la del mando en jefe, de los mejicanos primero, de la confederación más tarde. Cuando las fuerzas confederadas entraban en campaña, el *tlacatecuhtli* de *Tenochtitlan* tomaba el mando general; las fuerzas mejicanas eran mandadas por el *cihuacohuatl*. Cuando *Tenochtitlan* sola iba a la guerra, el *tlacatecuhtli* o el jefe de uno de los cuatro barrios mandaba.

§ IV.—La confederación

Cada una de las tribus que formaban la Confederación azteca era independiente. Poseía su territorio propio, en el cual estaba situada la ciudad de que la tribu tomaba su nombre. Estos grupos eran mandados por *tlacatecuhtin* independientes, porque la confederación no poseía organización política especial. Estos jefes ratificaban la elección del *tlacatecuhtli* de Méjico, pero no era probablemente más que una medida de cortesía, porque ninguno de los jefes de las tres tribus tenía derecho a mezclarse en los asuntos de sus vecinas. Cada una de las tres ciudades era libre para emprender guerras por su propia cuenta, para imponer tributo a las ciudades que había vencido. Cuando se emprendían expediciones en común, los productos del pillaje eran divididos de manera desigual: *Mexico-Tenochtitlán* recibía dos quintos de los despojos, *Tetzcoco* dos quintos y *Tlacopán* un quinto solamente. Méjico no tenía sobre sus dos confederadas más que una ventaja puramente militar y restringida a lo que durase la acción común, su *tlacatecuhtli* era comandante en jefe de las fuerzas; pero cuando la acción había terminado, las tres tribus se separaban y vivían independientes entre sí.

§ V.—Organización militar

Las funciones del *tlacatecuhtli* de Méjico no tenían, según acaba de verse, nada de las de un rey o emperador. Todos sus actos emanaban de las resoluciones del Consejo, que ejecutaba fielmente. Era simplemente un jefe de guerra y en calidad de tal llevaba insignias especiales a las que se concedía gran respeto; pero, si salía del *tecpán* sin insignias, era un simple ciudadano, al que no se debía ninguna deferencia especial. Por tanto, al cargo y no a la persona del *tlacatecuhtli* se concedieron las prerrogativas. No obstante, en determinadas circunstancias, el «jefe de los hombres» obraba por su propia iniciativa y de manera tal que su poder podía pasar por tiránico, pero esta prerrogativa se aplicaba únicamente a las cosas militares.

La sociedad mejicana era, por encima de todo, una sociedad militar. Tanto a la buena organización de su ejército como a su valor, debieron los aztecas los éxitos que consiguieron sobre las tribus vecinas.

Todos los hombres de la tribu eran obligatoriamente guerreros. A la edad de quince años, el niño *(piltontli)* venía a ser efebo *(telpochtli)*. Era conducido al templo *(teocali)* para cumplir ciertos ritos de su clan y al *telpochcalco* (1), «casa de la efebia», para ser ejercitado en el arte militar por el *achcacauhtli* de su *calpuli* (2).

El ejercicio consistía en golpear postes con las armas para fortalecer los brazos, disparar el arco, lanzar jabalinas contra blancos, etc. (3). En cuanto los jóvenes estaban suficientemente enseñados, se les llevaba al combate, los más fuertes en calidad de combatientes, los otros como cargadores (4).

Los guerreros recibían títulos honoríficos e insignias (5),

---

(1) Había un *telpochcalco* en cada uno de los cuatro «grandes barrios» de Méjico (Tezozomoc, *Crónica mexicana*, pág. 134).

(2) A causa de esta función, el *achcacauhtli* tenía también el nombre de *telpochtlato*, «que habla a la juventud» (Fr. Bernardino de Sahagun, *Historia general de las cosas de Nueva España*, pág. 118; Fr. Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, pág. 124; José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, pág. 414).

(3) Tezozomoc, *Crónica mexicana*, cap. XLI; Fr. Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España.....*, págs. 259-260.

(4) Fr. Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, página 124; Tezozomoc, *Crónica mexicana*, pág. 121.

(5) Acerca de los jefes de guerra, sus títulos y sus insignias, véase E. Seler, *Altmexicanischer Schumck und sozial und militärische Rangabzeichen* (SGA, vol. II, págs. 509-619; véase A. Bandelier, *On the art of war and mode of warfare of the ancient Mexicans*, página 117. Los guerreros comunes se llamaban *yaoquizqué*. Los títulos honoríficos ganados en el combate eran muy numerosos.

pero estas distinciones no les conferían ningún mando. El mando era cuestión de los funcionarios elegidos por el clan o la tribu, y puede decirse que la organización de los clanes era una organización militar. Cada clan delegaba un *teachcauhtli* que mandaba sus fuerzas. Estos *teachcacauhtin* se ponían a las órdenes de uno de los jefes que mandaban los cuatro grupos de clanes. Por cima de éstos venía el *cihuacohuatl* y el *tlacatecuhtli*, general en jefe de las fuerzas de la confederación.

En tiempo de paz, las armas se guardaban en almacenes *(tlacochcalco*, «la casa de las jabalinas»). Había un depósito de esta clase para cada uno de los cuatro grandes barrios de Méjico.

Los soldados mejicanos iban al combate vestidos con una túnica guateada *(ichca-huipilli)*, que les servía de coraza. Las principales armas de los mejicanos eran el escudo redondo de madera *(chimali)*, la maza hecha con pedazos de obsidiana cortantes metidos entre dos tablas *(maquahuitl)* (1), la lanza *(tlatzontectli* o *tepoztopili)*, con punta de piedra o de cobre, el arco *(tlauitoli)* y las flechas *(mitl)*, la honda *(tematlatl)* y el propulsor *(atlatl)* que servía para lanzar las jabalinas (2) (fig. 105).

Los combates se hacían a la manera de los indios de América del Norte, sin orden de batalla, acometiendo todas las tropas a la vez. Eran peleas en que cada cual luchaba por su cuenta. El servicio de descubierta era muy importante, siendo su objeto caer de improviso sobre el enemigo. Los guerreros mejicanos trataban de hacer prisioneros, que eran llevados a Méjico y sacrificados a *Huitzilopochtli* (3).

§ VI.—Reparto de las tierras y de los bienes

A esta organización jurídica y militar de los clanes y de la tribu, correspondía el reparto de las tierras (4). El territorio de la tribu *(altepetlali)* estaba dividido en veinte territorios de clanes *(calpolali)* y en terrenos neutros (plaza del mercado, gran *teocali*, *tecpán-tlali*, *pilali*, etc.). El *calpolali* estaba dividido en parcelas *(tlalmili)* (5). Cada una de éstas se reservaba a un in-

(1) Los autores españoles llaman frecuentemente al *maquahuitl* espada.

(2) Acerca de esta última arma, véase E. Seler, *Altmexikanische Wurfbretter* (SGA, vol. II, págs 368-396); Z. Nuttall, *The Atlatl or spear-thrower of the ancient Mexicans (Arch. and Ethn. papers of the Peabody Museum*, vol. I, Cambridge, Mass., 1891).

(3) A. Bandelier, *On the art of war*, pág. 128.

(4) Acerca de este particular, véase Bandelier, *On the distribution and tenure of lands among the ancient Mexicans.*

(5) En plural, *tlalmilpa*.

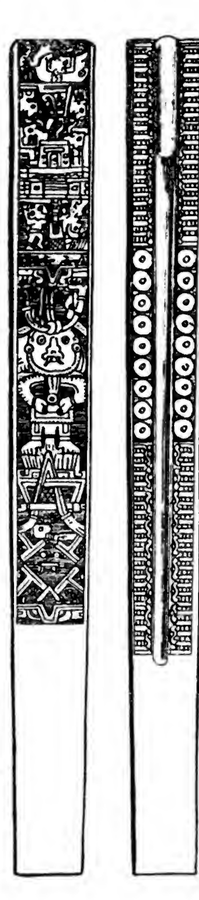




Fig. 105.—*Atlatl*, o propulsor para lanzar las javalinas (según el ejemplar de la colección *Christy*, en Londres).

dividuo casado del clan, que debía cultivarla o procurar su cultivo. Si la tierra permanecía sin producir más de dos años, volvía a la comunidad y el titular quedaba despojado de ella. Luego la tierra no pertenecía a los individuos. Estos no podían venderla ni trasmitirla a sus herederos, sino que el Consejo del clan y su funcionario ejecutivo, el *calpolec*, disponían de ella después del fallecimiento. Todos los hombres casados poseían, teóricamente, un *tlalmili* que debían cultivar, los jefes lo mismo que todos. Pero como éstos, absorbidos por sus funciones oficiales, no podían hacer producir sus tierras, se instituyeron tierras públicas *(tlatocamili)*, que para ellos cultivaban los *tlalmaitl* (1). Los productos de estas tierras eran encerrados en el granero común del clan y distribuídos a los funcionarios bajo la inspección del *calpolec*.

Para el mantenimiento de los *tlatoqué* que formaban el Consejo, del *cihuacohuatl* y del *tlacatecuhtli*, del personal de los templos y del *tecpán*, había terrenos públicos de la tribu, designados de una manera general con el nombre de *pilali*. El más importante de estos lotes era el *tecpantlali*, cultivado por los *tecpanpouhqué* o *tecpantlaca*. Por último, en las tribus vencidas, tierras oficiales especiales, llamadas *yaotlali* o *milchimali* (2), aseguraban la producción de las primeras materias que se exigían como tributo (maíz, pita, cacao, etc.). Estas tierras corrían a cargo de intendentes *(calpixqué)*, colocados bajo la dependencia del *cihuacohuatl*. Méjico mantenía en las ciudades vencidas cierto número de esos intendentes, encargados de vigilar el cultivo de los *yaotlaltin* y de asegurar el envío de sus productos al granero de la tribu en Méjico.

§ VII.—Clases sociales

La Confederación mejicana, por consiguiente, no constituía una monarquía feudal, sino una democracia militar cuya organización se basaba en el régimen de los clanes, con la propiedad común del suelo. Los ciudadanos aztecas no constituían, propiamente hablando, más que una clase. Los que no

(1) Los labradores llevaban el nombre genérico de *macehualtin* (en singular *macehuali*). Los *tlalmaitl* que cultivaban las tierras oficiales eran probablemente gentes que no figuraban en el clan y que, no poseyendo terreno para asegurar su subsistencia, se veían obligados a alquilar sus servicios. En todo caso, el cultivo de las tierras de los jefes no era obligatorio para los ciudadanos.

(2) De *yao (tl)*, «guerra», y *lali*, «tierra»; *mil (li)*, «campo», y *chimali*, «escudo».

querían casarse o cultivar sus tierras. eran expulsados del clan y perdían de esta suerte, al mismo tiempo que sus medios de subsistencia, la personalidad civil. Poníanse bajo la dependencia de los que, no pudiendo cultivar ellos mismos su tierra, los empleaban y daban de comer a cambio de sus servicios, o se alistaban como cargadores en las expediciones guerreras. A éstos llamaron los autores españoles «esclavos» *(tlacotli*, en plural *tlacotlin):* pero su suerte no se parecía a la esclavitud. En determinadas condiciones, podían volver al clan, y los hijos que tenían eran libres y pertenecían al *calpuli* de que ellos habían sido excluídos, etc. Su trabajo y no su persona, por tanto, era lo que alquilaban para subsistir. Como los *tlacotlin* no pertenecían a ningún clan, quedaban sometidos a la vigilancia directa del *cihuacohuatl.*

Una parte muy especial de la población eran los mercaderes *(pochteca).* La palabra «mercader» no es quizá enteramente exacta y no podría, en todo caso, dar cuenta de la función especialísima de los *pochteca.* Estos se reunían, a veces en número bastante considerable, y acompañados de cargadores hacían expediciones lejanas, muchas veces peligrosísimas, en el curso de las cuales cambiaban los productos naturales y manufacturados de Méjico por los de las tribus que visitaban. Durante su viaje, observaban todas las particularidades de los países por donde iban y su vuelta a Tenochtitlán era celebrada con una gran fiesta en el *tecpán*, en la que informaban al *tlacatecuhtli* de lo que habían observado. Eran, por tanto, espías igual que comerciantes. Por otra parte, aquellos viajes no eran empresas particulares, sino expediciones de las tribus. En cuanto a las gentes que traficaban en el *tianquiztli*, no eran comerciantes de oficio, sino labradores o artesanos que acudían a cambiar sus productos por los de otros. Se les llamaba *tlanamacani* (1).

Los artesanos, del mismo modo, no formaban castas cerradas, ni habitaban un barrio especial (2). El hijo podía seguir el mismo oficio de su padre (y realmente así ocurría muchas veces), pero no era forzoso (3). Como los *pochteca*, los artesanos

---

(1) En singular *tlanamacac*, de *nite-tlanamictia*, «dar o trocar una cosa a cambio de otra».

(2) Aun cuando se haya creído, según un pasaje de SAHAGUN *(Historia de las cosas de Nueva España,* I, IX, pág. 392, y de ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, págs. 262-263, que tenían barrios especiales. Pero el pasaje de SAHAGUN puede interpretarse de forma distinta a como se ha hecho (véase A. BANDELIER, *On the social organization...*» n. 69, pág. 600). ZURITA, HERRERA y TORQUEMADA dicen formalmente que en los «barrios» había artesanos de todas clases.

(3) LÓPEZ DE GOMARA, *Conquista de México*, edic. Vedia, pág. 438; ZURITA, *Rapport*, pág. 129; CLAVIGERO, *Historia antigua de Méjico*, página 462.

no cultivaban sus tierras, pero estaban obligados a procurar su cultivo (1). Ciertos oficios eran muy honrados, sobre todo el de los plateros, porque se creía que el oro y la plata eran de origen divino.

Por tanto, la división que los antiguos autores, seguidos por muchos de los modernos, hacían de la nación mejicana en esclavos, labradores y artesanos o comerciantes, no existía de derecho, aun cuando de hecho se diera en algún grado. Resta examinar la cuestión de los jefes, de los «nobles», como frecuentemente se les llama. En este punto, los españoles antiguos han confundido constantemente el título y la función.

Hemos visto ya que las funciones ejecutivas del clan y de la tribu eran ejercidas por individuos elegidos de por vida, entre el conjunto de todos los miembros cualesquiera del clan o de la tribu. Hemos visto también que los que se distinguían en el combate obtenían títulos honoríficos a los que no iba aneja ninguna función y que se extinguían con ellos (2). Estos poseedores de títulos no podían, por tanto, constituir una nobleza. Quedan los *tecuhtin* (3). Se daba este nombre a los que se habían sometido a ritos de penitencia sumamente severos, desde su juventud, en establecimientos especiales llamados *calmeca* (4), situados en el recinto del gran *teocali* de Méjico (5). Acabado el período de su iniciación, tomaban el título, muy respetado, de *tecuhtin* (6). Este título se extinguía con el que lo llevaba y no constituía un distintivo de nobleza hereditaria, ni confería a su poseedor ningún poder político. Pero, de hecho, los jefes eran siempre elegidos ya entre los *tecuhtin*, ya entre los guerreros que habían obtenido un título honorífico. Por otra parte, aun cuando el título no fuera hereditario, ocurría muchas veces que el hijo siguiera el mismo camino que su padre, y por esto el error de los primeros observadores,

---

(1) El hecho de la posibilidad de hacer cultivar sus tierras muestra que poseían de hecho, si no de derecho, cierta superioridad económica con respecto a los *macehualtin* o simples ciudadanos agricultores.

(2) Estos títulos militares se conferían también a veces a los *pochteca*. SAHAGUN, *Historia general de las cosas de Nueva España*, página 548.

(3) Plural de *tecuhtli*.

(4) Plural de *calmecac*. Son las «escuelas de la nobleza» de los antiguos autores.

(5) Según SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, páginas 197-211), había siete *calmeca* en el recinto del gran templo. Quizá este número correspondía al de los clanes existentes en el momento de la fundación de Méjico. (Véase pág. 288).

(6) Véase TERNAUX-COMPANS. *Des cérémonies observées autrefois par les Indiens lorqu'ils faisaient un tecle (Recueil de mémoires sur l'Amérique*, vol. I, pág. 233).



imbuídos además por las ideas europeas de la época, se explica fácilmente (1).

Por otra parte, Méjico se encontraba probablemente, en la época de la conquista, en estado de trasformación social. Las grandes expediciones de los reinados de *Ahuitzotl* y *Motecuzoma II* habían producido en las ciudades confederadas una prosperidad extraordinaria; ya no se pedía solamente a las tribus vencidas productos de su suelo, sino también objetos manufacturados. Por otra parte la herencia, en la época de la conquista, no iba a parar al clan, sino que se trasmitía directamente del padre a los hijos del sexo masculino, o a sus primogénitos (2). En estas condiciones, las diversas familias veían aumentar sus bienes. Además, la abundancia de los tributos enriquecía a los funcionarios del clan y de la tribu que de ellos percibían, naturalmente, la parte mejor. Solamente los *tlacotin*, que estaban fuera de derecho, no percibían nada. La trasformación que así se operaba era de orden puramente económico, pero tendía a dar importancia cada vez mayor a los jefes que desempeñaban funciones oficiales, al mismo tiempo que creaba una propiedad individual compuesta de bienes muebles, al lado del principio de la propiedad común del suelo.

Esta trasformación económica tuvo por consecuencia el desarrollo de monedas rudimentarias. El ensayo fue torpe e insuficiente, es verdad, pero muestra que el sistema de cambio en especie empezaba a ser juzgado incómodo con exceso. Esta moneda consistía en granos de cacao para las pequeñas unidades, en mantos, o piezas de cobre o de estaño, de forma de T o de hacha para los valores algo más elevados, en tubos de pluma de ave llenos de polvo de oro para las grandes sumas (3). No obstante, el sistema monetario era muy imperfecto, las «piezas» no tenían valor bien determinado, había que ponerse de acuerdo acerca de este valor y el comercio era todavía mucho más parecido al cambio que a la venta y compra.

---

(1) Es probable aún que ciertos cargos se conservaran en determinados clanes y hasta familias. Esto parece probado por lo que respecta al cargo de *tlacatecuhtli* de Tezcoco (Fr. BERNARDINO DE SAHAGUN, *Historia de las cosas de Nueva España*, pág. 570; Fr. DIEGO DURÁN, *Historia de las Indias de Nueva España*, pág. 496; ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*. Y así puede inferirse respecto al de Méjico por la genealogía que ofrecen los autores.

(2) A. BANDELIER, *On the tenure of lands*, pág. 429.

(3) A. BANDELIER, *On the social organization*, n. 74, pág. 602, ha reunido los testimonios de los antiguos autores acerca del particular.

§ VIII.—Organización judicial

Toda la población dependía, desde el punto de vista judicial, de los funcionarios del clan y de la tribu, que aplicaban las leyes. Eran éstas muy severas, y los antiguos autores nos dan acerca de esto idea suficiente. Los homicidas eran siempre castigados con pena capital. La misma pena se aplicaba a los que se vestían con traje que no era el de su sexo. Los adúlteros sufrían igual suerte (1). Se condenaba también a muerte a los que habían cambiado los límites de los *tlalmilpa* o campos asignados por el clan a los particulares, y a los que no se cuidaban de cultivar, en un plazo de dos años, las tierras que el *calpolec* les había designado para subvenir al mantenimiento de los huérfanos del clan. Todos los delitos de traición (noticias proporcionadas al enemigo, usurpación de las insignias de un jefe militar, etc.), todos los sacrilegios (seducción de una mujer que hubiera hecho voto de castidad para entrar en el sacerdocio, violación de los votos de un sacerdote, embriaguez del mismo) eran igualmente castigados con pena capital.

Los restantes delitos eran castigados con más o menos rigor: la embriaguez, que era tolerada en las fiestas públicas y en los individuos que hubieran pasado de los setenta años, se castigaba severamente. Si el culpable era un jefe, se le despojaba de su título de *tecuhtli*, y si desempeñaba un cargo, era destituído. Los ciudadanos comunes eran afeitados, para señalarles al menosprecio de las gentes. El robo se castigaba más o menos, según el valor del objeto robado y la moralidad del delincuente. Si el objeto robado tenía poco valor, si el culpable era la primera vez que robaba, la simple restitución bastaba para extinguir la acción judicial. Si había reincidencia, el ladrón venía a ser *tlacotli* de aquél a quien había robado. Se le privaba de su *tlalmili* y había de cultivar el del perjudicado. Por último, el robo de oro y plata era castigado con pena capital (2).

En ciertos casos, los criminales eran encerrados en prisiones: *teilpiloyán* o *tecaltzaqualoyán*, donde permanecían sin aire y sin alimento.

Estas prisiones servían a la vez para la detención preven-

(1) En el caso en que el marido sorprendía a su mujer en flagrante delito de adulterio y la mataba, pagaba con su vida el asesinato, fuera jefe o simple *macehuali* (Fr. Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, pág. 136, y Torquemada, *Monarchia indiana*, pág. 378).

(2) Fr. Jerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, pág. 138; Vetancurt, *Teatro mexicano*, tomo I, pág. 484.

tiva y para extinguir penas. Los condenados a muerte eran encerrados en el *quauhcali*, jaula de madera situada en medio de una habitación oscura, en espera de ser sacrificados (1).

(1) El tema de las prisiones mejicanas ha sido tratado de modo muy completo por H. BANCROFT, *Native races*, tomo II, págs. 453 y siguientes.

CAPÍTULO IV

Religión

SUMARIO: I. El totemismo y los cultos de clanes.—II. Los grandes dioses.—III. Los mitos.—IV. Los ritos.—V. el sacerdocio.—VI. La magia.

La mitología mejicana comprendía, en la época de la conquista, un número enorme de divinidades. Esta abundancia no procede solamente de riqueza de la imaginación azteca. En efecto, los mejicanos tenían costumbre de conducir prisioneras a su capital las divinidades de los pueblos vencidos, que eran encerradas en templos especiales. Muchas veces, su culto, o por lo menos ritos de su culto, se implantaban en Méjico y allí encontraban posibilidades de desarrollo.

Entre sus dioses «prisioneros» pueden citarse *Tlaloc*, la divinidad otomí, cuyo culto adquirió, entre la población de Méjico-Tenochtitlán, importancia de primer orden; *Camaxtli*, el antiguo dios de los chichimecas, cuyo culto fue probablemente introducido en la capital azteca a consecuencia de una campaña hecha contra las poblaciones del Chimalhuacán; *Xochipili* y *Xochiquetzal*, que eran, a lo que parece, divinidades mixtecas; *Xilonen*, diosa del maíz; *Cipactonal* y *Oxomoco*, dioses que presidían las operaciones mágicas y cuyo origen hay que ir a buscar problablemente entre los xicalancas o los huaxtecas del Tabasco y de la Veracruz.

El panteón mejicano tenía su jerarquía, las especulaciones del clero asignaban a cada dios un lugar determinado.

§ I.—El totemismo y los cultos de clanes

No obstante, este sabio arreglo conservaba algunos rasgos primitivos. No encontramos ya en Méjico culto totémico propiamente dicho, es decir, que en parte alguna un clan se considera emparentado con una especie animal. Ya no tiene ritos

destinados a perpetuar la especie en cuestión y a venerarla de un modo cualquiera. Pero encontramos, sin embargo, supervivencias en los nombres de animales que llevan gran número de dioses. El totemismo había adquirido entre los aztecas la forma del *nagualismo* (1). Es una especie de totemismo individual, en la cual el hombre se cree en relaciones íntimas con un animal o un objeto natural, que le ha sido revelado en sueños o en una angustia extática.

Otra particularidad del panteón mejicano es la distribución de las divinidades según los «cuadrantes» del espacio. Esta idea de la división del mundo con arreglo a los puntos cardinales existe en la mayor parte de los pueblos de América del Norte. Entre los indios Pueblos modernos, y sobre todo entre los zuñis, viene a constituir un sistema que rige la vida religiosa y en parte la vida civil.

Durkheim y Mauss han mostrado que esta división del mundo corresponde a una división de la sociedad en clanes, los cuales poseen ciertos *totemes*, ciertas divinidades que pueden obrar sobre las fuerzas naturales de las diversas partes del espacio. La forma de la sociedad misma es la que determina la concepción que un pueblo llega a formarse del mundo (2).

Nadie duda que los cuatro grandes barrios de Méjico fueran considerados, en época muy remota, como correspondientes a los cuatro *barrios* del mundo, y de igual modo los veinte *calpulis* (3).

En un principio, las divisiones del espacio fueron probablemente en número de cuatro (las cuatro direcciones del plano terrestre). Luego se distinguió lo alto (zenit) y lo bajo (nadir), así como el centro o medio, de donde procede la existencia de combinaciones cabalísticas en que los números 6 y 7 desempeñaron gran papel. Más tarde, la especulación sacerdotal vino a considerar lo alto y lo bajo como planos, análogos al plano terrestre, y en los cuales se distinguieron igualmente cuatro direcciones, de donde el papel desempeñado en la cosmología mejicana por los números 9 (dos planos de cuatro direcciones + el medio) y 13 (tres planos de cuatro direcciones + el medio) (4).

---

(1) Véase D. G. Brinton, *Nagualism*, Philadelphia, 1892, que ha reunido multitud de hechos modernos respecto al particular. Véase F. Starr, *Notes upon ethnography of southern Mexico*, pág. 122, que nos muestra existir todavía esta tradición, en forma alterada, en Tlascala. Esta noción del *totem* o del espíritu protector individual existe en todos los pueblos salvajes de ambas Américas.

(2) E. Durkheim y M. Mauss, *De quelques formes primitives de classification (Année sociologique*, vol. VI, París, 1903, págs. 1-72).

(3) Según se verá muchas veces en lo que sigue, 20 era, entre los mejicanos, un número sagrado.

(4) Acerca del desarrollo del simbolismo de los números en Méjico, véase G. Raynaud, *Les signes cruciformes et les nombres sacrés*

Es probable que la clasificación de los dioses siguiera una evolución paralela y que, en un principio, cada *barrio* del mundo terrestre tuviera su dios particular. La organización social de los mejicanos, en el momento de la conquista, conservaba un recuerdo de aquel tiempo, puesto que existía aún un *tlamacazqui* o sacerdote principal para cada uno de los *barrios;* pero el nombre de los dioses de los cuatro puntos cardinales no ha llegado hasta nosotros (1). Los siete clanes de que hemos hablado anteriormente, y que representan la primera división de los *barrios*, tenían cada uno su dios, cuyos nombres nos han conservado los cronistas. Son:

Para el clan	*Yopica*	el dios	*Quetzalcohuatl*
—	*Tlacochcalca*	—	*Tlazolteotl* u *Oxomoco*
—	*Huitznahuac*	—	*Macuilxochitl*
—	*Cihuatecpaneca*	—	*Chichilticcienteotl*
—	*Chalmeca*	—	*Piltzintecuhtli*
—	*Tlacatecpaneca*	—	*Tetzcatlipoca*
—	*Itzcuintecatl*	—	*Mictlantecutli*

Veytia y Tezozomoc, que nos dan esta lista, no están en desacuerdo sino respecto a la divinidad del clan *Tlacochcalca*. El primero nos dice que era *Tlazolteotl* y el segundo *Oxomoco* (2). A estos dioses vinieron a añadirse otros, de suerte que la mitología de Méjico contaba, en la época de la conquista, con multitud de divinidades, antiguas y modernas.

Estaban agrupadas según los siete puntos del espacio, pero su lugar no era absolutamente fijo. Un manuscrito de los más preciosos, el *Codex Féjerváry-Mayer*, nos muestra su distribución, que cambia según la figura divina que se supone ocupar el medio (3). Así *Tlaloc* es atribuído al oeste, al este o al sur, según que la divinidad central es el dios del fuego *Xiuhtecuh-*

---

en Amérique centrale (Revue de l'Histoire des religions, vol. XXXI, París, págs. 265 y siguientes; E. Seler, *Der Codex Féjerváry-Mayer*, Berlín, 1902, folio; W. Mc. Gee, *Primitives Numbers* (*19th Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, 1900, parte 2.ª, páginas 821-851).

(1) Aun cuando no se pueda decir con certeza qué dioses correspondían en un principio a los cuatro puntos cardinales, se sabe que, en la época de la conquista, el norte *(Mictlampa)* era más especialmente la residencia de *Tezcatlipoca*, el sur *(Huitznahuac)* la de *Huitzilopochtli*, el este *(Tlapalán)* la de *Tonatiuh* y el oeste *(Tamoanchán)* la de *Quetzalcohuatl*.

(2) Veytia, *Historia antigua*, pág. 91; Tezozomoc, *Crónica mexicana*, pág. 6.

(3) E. Seler, *Codex Féjerváry-Meyer*, págs. 160-164. El cuadro de estas variaciones ha sido trazado por K. Th. Preuss, *Die Feuergötter als Augangspunkt zum Verständniss der mexikanischen Religion* (*Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*, vol. XXXIII, 1903, págs. 146-148).

tli, el dios *Macuilxochitl* o una divinidad cuya efigie está borrada en el manuscrito. Además, ciertas formas de la divinidad pueden ocupar lugares que difieren del del dios principal en un mismo grupo: *Tetzcatlipoca*, con el nombre de *Huitznahuacteotl*, ocupa el sur, pero rige también el norte con el epiteto de *Tlacochcalco yaotl*. *Mictlantecuhtli*, el «señor de los infiernos», es también una divinidad del norte, etc. No podría darse actualmente una explicación satisfactoria de este «turno» (1). Es muy probable que en Méjico, para cada *calpuli*, los antiguos dioses de clanes ocupasen el punto central, y que los otros dioses les estuvieran subordinados. Cambiando de clan y, por consiguiente, de punto cardinal, eran clasificados en otras partes desde un punto cardinal más o menos honorífico, según su importancia (2). Por último, los antiguos aztecas cultivaban la astrología y es natural que, según las horas del día y los días del mes, los dioses, todos más o menos asimilados a astros, hayan obrado en regiones diferentes del cielo.

§ II.—Los grandes dioses

Huitzilopochtli, el dios de la guerra (3), era la divinidad de la tribu de los *Tenochcas*. *Huitzilopochtli* había nacido de una virgen, completamente armado. Ya en su infancia, había combatido victoriosamente a los espíritus llamados *Centzón*

---

(1) Un hecho análogo se observa entre los zuñis: el León de las montañas (puma o cuguar) es un dios del norte, adorado como tal por los clanes que se reputan asociados a este punto cardinal, pero se supone tener representantes (hermanos menores) del oeste, del sur, del este, etc., que son adorados por los clanes de las otras regiones. No obstante, aun entre éstos, los «jóvenes hermanos» del León de las montañas se supone siempre estar en relación con el norte, y quizá lo mismo ocurría en Méjico. F. CUSHING, *Zuñi fetishes* (RE, volumen II, Washington, 1883, págs. 1-45).

(2) Entre los zuñis, los puntos cardinales eran clasificados según un orden jerárquico. El más elevado era el Norte, y por consiguiente los dioses del Norte conservaban cierta preeminencia en todos los clanes.

(3) El nombre *Huitzilopochtli* ha sido traducido durante mucho tiempo «el colibrí zurdo», de *huitzi* (*tzilin*), «colibrí», y *opochtli*, «zurdo». SELER ha demostrado (SGA, vol. II, págs. 423 y 966), que *opochtli* quería decir «meridional», pues los aztecas consideran el norte como el punto cardinal situado a su derecha. Por otra parte, el colibrí se designa como el ave simbólica del sur en el *Codex Féjerváry-Mayer*, hoja I. Es preciso, por tanto, traducir «Colibrí del sur» o aun «el del sur». BERNARDINO DE SAHAGUN le designa una vez con el título de *xoxouhqui ilhuicatl*, «el cielo azul», siendo el azul el color simbólico del sur.

Huitznahuas, «los cuatrocientos meridionales» (1). Tradiciones de época muy posterior le hacían el guía de los aztecas en su traslación de *Aztlán* a *Méjico*. A *Huitzilopochtli* estaba consagrado el gran *teocali* o templo de *Tenochtitlán* y allí le eran sacrificadas, según los autores antiguos, víctimas innumerables (fig. 106).

Tetzcatlipoca (2) era una divinidad de carácter muy análogo. Llevaba el sobrenombre de *telpochtli*, «el joven». Era un dios solar y más especialmente el símbolo del sol de estío, que



Fig. 106.—El dios *Huitzilopochtli* (según el *Codex Borbonicus*, pág. 34).

madura las mieses, pero enviaba también la sequía y la esterilidad. Como dios de la tarde, era a veces asimilado a la luna (3). Con el nombre de *Huitznahuacyaotl*, «el guerrero del sur», era patrono de los jóvenes que se ejercitaban en los *telpochcali*. Se le invocaba en las fiestas con el de *Omacatl* y con el nombre de *Macuilxochitl*, era el dios de la música y de la danza. Su templo se levantaba al sudeste de Méjico *(Huitznahuac)*. Allí el *tlacatecuhtli* de *Tlacopán* hacía sacrificar a sus prisioneros (4) (figura 107).

(1) En este rasgo mitológico, Seler (SGA, I, pág. 967) ve un símbolo del sol nuevo de primavera. Esta hipótesis parece plausible, pues casi todos los grandes dioses mejicanos participan más o menos del carácter solar.

(2) El «espejo humeante», de *tezcatl*, «espejo», y *(po) poca*, «humear, despedir vapores».

(3) Seler (SGA, vol. II, pág. 973).

(4) Tezozomoc, *Crónica mexicana*, cap. LVI, y Seler, *Ob. cit.*, página 975.

Quetzalcohuatl era el tercero de los grandes dioses de la Confederación. Algunos autores — BRASSEUR DE BOURBOURG,



Fig. 107.—*Tetzcatlipoca itztlacoliuhqui* (según el *Codex Cospi*, pág. 12).

por ejemplo — le han representado como un príncipe tolteca divinizado, reformador del culto sangriento que hasta él pre-



Fig. 108.—*Quetzalcohuatl* (según el *Codex Borgia*, pág. 51).

valecía entre los pueblos de Méjico. Los documentos antiguos parecen demostrar que *Quetzalcohuatl* fue en un principio la divinidad suprema de Chololán.

Era el dios del viento y el inventor de todas las artes: orfebrería, trabajo de las plumas, de las piedras preciosas, etc. A pesar de lo que dice ALVA IXTLILXOCHITL, su culto no difería



Fig. 109.—*Chalchiuhtlicue* (figurita de barro cocido de la colección Uhde, existente en el Museo de Berlín).

en nada del de los otros dioses de Méjico y exigía como ellos sacrificios humanos (fig. 108).

Tlaloc era el dios de las montañas, de las fuentes, de la lluvia (1). Poseía en el macizo montañoso que domina el *Iztaccihuatl,* cerca de *Huexotzinco,* un santuario muy antiguo, al que

(1) Se traduce generalmente *Tlaloc* por «pulpa de la tierra», de *tlal* (*li*), «tierra», y *oc* (*li*), «pulpa, bebida fermentada que se hace con jugo de agave». SELER (SGA, I, pág. 443), ve en esto un nombre verbal derivado de *tlaloa,* «hacer crecer, activar».

acudían las gentes a festejarle de todas las partes del Anahuac determinado día del año. Se le ofrecían sacrificios de niños *nex tlahuali)* y objetos diversos: bastones con plumas, adornos de papel, cuentas de jadeíta, semillas y frutas diversas, etcétera. Muchas veces el nombre aparece en plural *(tlaloqué)*, lo cual hace pensar en toda una clase de dioses de la lluvia. *Chalchiuhtlicue* era la esposa de *Tlaloc*. Era una diosa de las fuentes y del agua que corre (1) (fig. 109).

Los aztecas, pueblo de agricultores, poseían numerosas divinidades de los productos del suelo y sobre todo del maíz,



Fig. 110.—*Tzinteotl* (según el *Codex Cospi*, pág. 13).

que constituía la base de su alimentación. La principal de estas divinidades era *Tzinteotl* (fig. 110). Otras divinidades, *Xilonen*, *Chicome coatl* (2), representaban los diversos períodos de madurez de la planta.

La Tierra era *Cihuacohuatl* o *Cihuateotl* (3), vieja divinidad chichimeca, a veces adorada con los nombres de *Quauhcihuatl*, «la mujer águila», o de *Yaocihuatl*, «la guerrera», como inspiradora de los guerreros. Era, decíase, hermana de *Mixco-*

---

(1) «La de los vestidos de esmeralda», de *chalchihuitl*, «esmeralda», y *cueitl*, «falda, vestido de mujer».

(2) «Siete serpientes», de *chicome*, «siete», y *coatl*, «serpiente», también llamada *chicomolotzin*, «siete espigas».

(3) «La serpiente que es una mujer», de *cihua*, «mujer», y *cohuatl*, también llamada *quilaztli*. Con este último nombre era adorada en *Colhuacán*.

huatl o *Camaxtli*, el dios del norte, el señor de las hordas chichimecas que invadieron la meseta del Anahuac (fig. 111).



Fig. 111.—*Cihuacohuatl* o *Cihuateotl* (según el *Codex Borgia*, pág. 47).

El mundo subterráneo era regido por divinidades infernales: *Mictlantecuhtli* y su esposa *Mictlancihuatl* (1), que regían



Fig. 112.—*Mictlantecuhtli* (según el *Codex Cospi*, pág. 13).

los *chicunahui apán*, «los nueve ríos subterráneos» y las almas de los muertos (fig. 112).

(1) De *mictlan*, «el mundo subterráneo», primitivamente el norte, y *tecuhtli*, «jefe», *cihuatl*, «mujer».

Los nueve cielos (a veces los trece cielos), son la morada de los dioses. Allí residen *Tonatiuh*, «el sol» (figs. 113 y 114); *Meztli*, «la luna»; *Tlahuizcalpantecuhtli* (fig. 115), «el señor de



Fig. 113.—*Tonatiuh* (según el *Codex Cospi*, pág. 12).

las rubicundeces de la mañana», que rige el planeta Venus y es muy aficionado a la sangre de los sacrificios. Los dioses de los astros, excepto el último, no tenían personalidad muy mar-

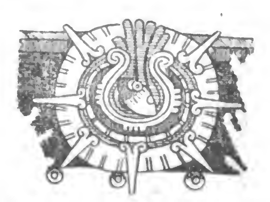


Fig. 114.—Símbolo de *Tonatiuh* (según el *Codex Borgia*).

cada y revestían sin esfuerzo los caracteres de otras divinidades (1).

Los mejicanos poseían otros dioses en gran número: *Yacatecuhtli*, dios de los mercaderes; *Xochipili* y *Xochiquetzal*, divi-

(1) *Tlahuizcalpantecuhtli* se presenta aún a veces como una hipostasis de *Tezcatlipoca*.

nidades masculina y femenina de las flores, del canto y de la danza (fig. 116); *Xiuhteculi* o *Ixcozauhqui*, dios del fuego (1);

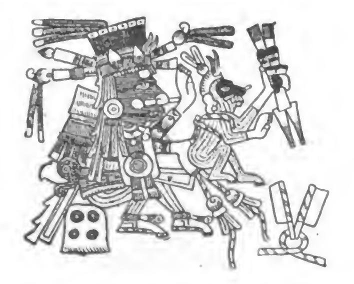


Fig. 115.—*Tlahuizcalpantecuhtli* (según el *Codex Borgia*).

Xipe totec, «nuestro señor el desollado»; *Tlazolteotl*, diosa del amor impuro y de las basuras; *Xolotl*, dios del juego de pelota

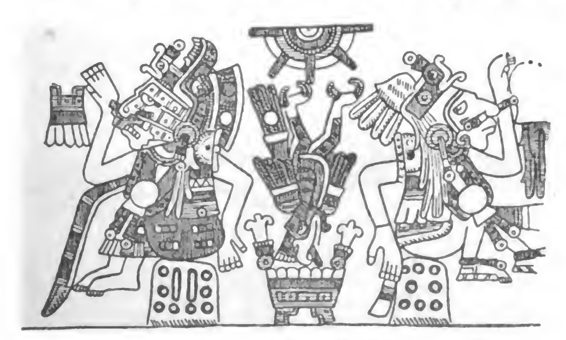


Fig. 116.—*Xochipili* y *Xochiquetzal* (según el *Codex Borgia*, pág. 57).

y protector de los gemelos (fig. 117), y otros cien cuyas atribuciones eran diversas y variables.

---

(1) Acerca de este dios, véase el trabajo muy completo de K. Th. Preuss, *Die Feuergötter als Ausgangspunkt zum Verständniss der mexikanischen Religion (Mitteilungen der anthropologischen Gesellschaft in Wien*, vol. XXXIII, Viena, 1903, págs. 129-233).

Entre los dioses imperfectamente individualizados cuyas agrupaciones describen los manuscritos, citemos las divinida-

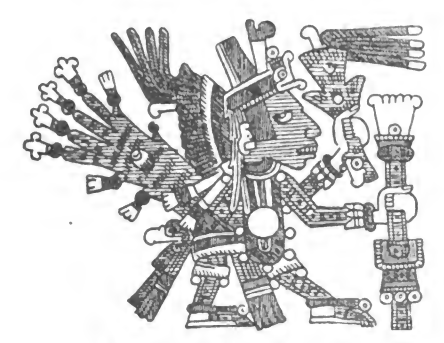


Fig. 117.—*Xolotl* (según el *Codex Borgia*).

des de las subsistencias: *Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl* (figura 118), los *Centzón Huitznahuas*, «los cuatrocientos meridio-

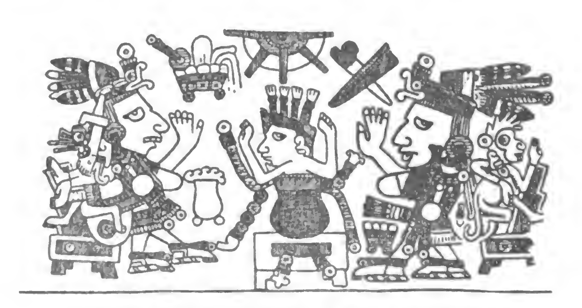


Fig. 118.—*Tonacatecuhtli* y *Tonacacihuatl* (según el *Codex Borgia*).

nales», derrotados por *Huitzilopochtli*, que representan, quizá, las nubes de la tempestad; los *Tepictotón*, enanos que protegen y conservan las montañas, a los que se hacían sacrificios

de niños en la lactancia (fig. 119), y los *Yahual tecuhtin*, «señores de la noche», que regían el destino de los hombres, divinidades astrológicas que cambiaban con los días.

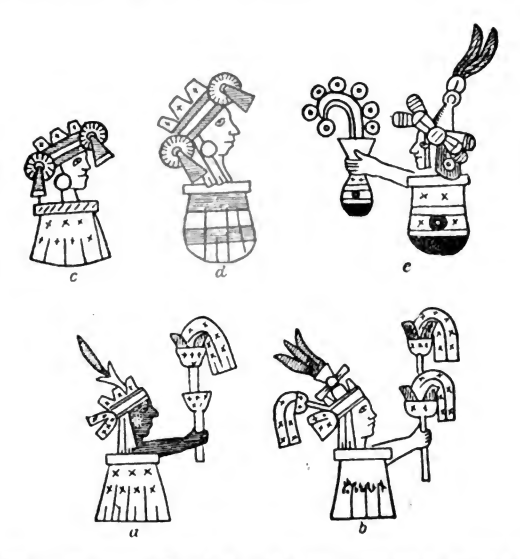


Fig. 119.—Los *Tepictotón* (según el Mss. de Sahagún conservado en la Biblioteca de Palacio, en Madrid).

§ III.—Mitos

Los mitos mejicanos nos son conocidos en parte por las obras de Motolinia, Mendieta, Torquemada y sobre todo por las de Bernardino de Sahagun, que nos permiten interpretar cierto número de las representaciones pintadas en los manuscritos.

De estos mitos no citaremos más que un ejemplo, el que se ha denominado «Historia de los cuatro soles». Refiere el ori-

gen y los períodos del mundo (1). Muestra el espíritu en que se fundaba toda la tradición mejicana.

Los dioses crearon sucesivamente cuatro mundos, alumbrados por cuatro soles diferentes. El primero fue llamado *Chalchiuhtonatiuh*, «sol de piedra preciosa» o *Chalchiuhtlicué*, «diosa de la lluvia». Cuando este astro hubo alumbrado algún tiempo la tierra, lluvias muy abundantes sobrevinieron, todos los hombres resultaron ahogados y algunos quedaron convertidos en peces. El segundo sol, llamado *Tletonatiuh* (2), «sol de fuego», brilló sobre una humanidad miserable que se alimentaba de cizaña. Los hombres de la segunda creación fueron destruídos por una lluvia de fuego y trasformados en gallinas, mariposas y perros. Vino luego el *Yohualtonatiuh* (3) o sol de oscuridad. En tanto alumbró la tierra, los seres se alimentaron con pez y resina. Fueron destruídos por grandes temblores de tierra o devorados por animales feroces. El sol que alumbró la cuarta creación fue el *Ehecatonatiuh*, «el sol del viento o del aire». Durante este período los humanos se alimentaron de frutas. Fueron destruídos por furiosas tempestades y trasformados en monos (4). Cada uno de estos períodos solares duró veintitrés años. Después de este primer período de inestabilidad vino una creación, que los mejicanos, según THÉVET (5), atribuían a *Tetzcatlipoca* y al dios del viento, *Ehecatl*. Los sacerdotes de las distintas ciudades explicaban esta creación cada uno a su manera. Los de *Tezcoco* (6) contaban que el sol que hoy alumbra

(1) Este mito ha sido publicado en nahuatl, con traducción francesa, por BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées du Mexique*, vol. I, págs. 78 y siguientes, conforme a un manuscrito que él llamaba *Codex Chimalpopoca* y que hoy figura en el fondo mejicano Aubin-Goupil de la Biblioteca Nacional de París, con el núm. 334. Ha sido publicado de nuevo, con traducción latina, por W. LEHMANN, de Berlín, con el título de *Traditions des anciens Mexicains* (JAP, nueva serie, vol. III, París, 1906, págs. 239-298). Es mencionado por diversos autores antiguos; MOTOLINIA, *Memoriales*, págs. 346-348; LÓPEZ DE GOMARA *Crónica de la Nueva España*, edición Barcia, Madrid, 1749, pág. 208; TORQUEMADA, *Monarchia Indiana*. pág. 79; THÉVET, *Histoire du Méchyque*, edición Jonghe, págs. 25-26, etc., y episodios de él figuran en varios manuscritos precortesianos.

(2) También llamado *Tlequiahuitl*, «lluvia de fuego».

(3) Llamado en otros lugares *Ocelotonatiuh*, «sol del jaguar», porque el jaguar era considerado símbolo de la tierra y de la noche.

(4) Hemos seguido el orden de los soles que da THÉVET, el cual, según su sabio editor JONGHE, había copiado su texto de la obra hoy perdida del franciscano A. DE OLMOS, *Antigüedades mexicanas*. El orden de los soles varía según los autores. El *Codex Chimalpopoca* da el siguiente: 1.°, *Atonatiuh (= Chalchiuhtonatiuh)*; 2.°, *Ocelotonatiuh (= Yohualtonatiuh)*; 3.°, *Quiauhtonatiuh (= Tletonatiuh)*; 4.°, *Ehecatonatiuh*.

(5) *Ob. cit.*, pág. 25.

(6) Los dioses reunidos para hacer cesar la oscuridad levantan una pira a la que arrojan objetos en calidad de ofrenda. *Nanahuat-*

nuestro mundo era la reencarnación del sifilítico *Nanahuatzin* que se había ofrecido en holocausto a los dioses (1). En *Chalco*, se creía que el astro había sido creado directamente por *Tetzcatlipoca* y *Ehecatl* (2).

§ IV.—Ritos

Como todos los actos de la vida tienen más o menos carácter religioso, los mejicanos realizaban, en el curso de su existencia, innumerables ceremonias. En el *telpochcali*, los jóvenes eran sometidos a severos ejercicios, religiosos tanto como militares, y los aspirantes al título de *tecuhtli* sufrían una iniciación todavía más rigurosa (3).

Los ritos funerarios variaban según la clase social del difunto, la época y las circunstancias de su muerte. La mayor parte de los cadáveres eran incinerados, y se suponía que su alma iba al *Mictlán*, el mundo subterráneo, morada de *Mictlantecuhtli* y de *Mictlancihuatl*. Los que se ahogaban, los que morían de lepra, de sífilis u otras enfermedades de la piel que se reputaban impuras, eran enterrados e iban al *Tlalocán*, otro infierno, regido por *Tlaloc*. Por último, los guerreros que morían en el combate o en la piedra de los sacrificios, así como las mujeres que perecían por el parto, eran divinizados e iban a morar al cielo, al zenit, a las vastas salas de la casa del Sol (4).

Los ritos de purificación tenían casi siempre carácter sangriento. El individuo se purificaba, las más de las veces, sacándose sangre de diversas partes del cuerpo, principalmente de las orejas. Este rito desempeñaba gran papel en todas las ceremonias inaugurales y de consagración de edificios (5).

El valor concedido a la efusión de sangre humana se de-

---

zin, «el buboso», no teniendo nada que dar, se arroja a la hoguera y, después de haber quedado consumido, sube al cielo en calidad de sol (Fr. Bernardino de Sahagun, *Historia de las cosas de Nueva España*, págs. 479-482; Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, página 2; Torquemada, *Monarchia Indiana*, pág. 41; Thévet, *Histoire du Méchyque*, pág. 30. etc.)

(1) Thévet. *Ob. cit.*, pág. 30.

(2) Id., *Ob. cit.*, págs. 31 y siguientes.

(3) Véase sobre todo, *Des cérémonies observées autrefois par les Indiens lorqu'ils faisaient un tecle* (trad. de Ternaux-Compans, *Recueil de mémoires*, vol. I, págs. 225 y siguientes).

(4) Fr. Bernardino de Sahagun, *Historia de las cosas de Nueva España*, tomo III.

(5) Véase en Seler, *Gesammelte Abhandlungen*, vol. II, fig. 47, pág. 766, el bajorrelieve que representa la consagración del gran templo de Méjico por *Tizoc* y *Ahuitzotl*, el año 1487. Los dos *tlacatecuhtin* se sacan sangre de las orejas.

muestra por la frecuencia y la solemnidad de los sacrificios de prisioneros de guerra o de niños. Los prisioneros eran sacrificados a *Huitzilopochtli*. Se les llevaba con gran pompa al *teocali*, cuyas gradas se les hacía subir. En la terraza superior, la víctima era tendida sobre la piedra del sacrificio (*techcatl*, *temalacatl*). Se la obligaba a hinchar el pecho, que el sacrificador



Fig. 120.—Sacrificio humano (según el *Codex Nuttall*).

abría con una cuchillada de su cuchillo de pedernal (*tecpatl*). Se arrancaba el corazón, que era colocado en un receptáculo que se llamaba *quauhxicali*, copa de las águilas» (1) (fig. 120). El cuerpo era precipitado desde lo alto de las gradas. Por la noche, los sacerdotes reunían los cadáveres, los despedazaban y con ellos hacían una comida ritual.

A veces, el guerrero que iba ser sacrificado era atado por una pierna a la piedra y se le obligaba a combatir con guerreros mejicanos hasta que sucumbía. A esto llamaban los autores españoles «sacrificio gladiatorio» (2) (fig. 121).

---

(1) De *quauh* (*tli*), «águila», y *xicali*, «copa, escudilla». Quizá un juego de palabras, porque en un principio tal vez fuera una copa de madera (*quauh uitl*) madera—*xicali*. Véase SELER, *Quauhxicali, Die Opferblutschale der Mexikaner* (SGA, vol. II, págs. 704-716).

(2) TH. PREUSS, *Menschenopfer aus Mexico* (ZE, 1908).

Los himnos cantados en honor de los dioses desempeñaban también importante papel. Fr. BERNARDINO DE SAHAGUN nos ha conservado gran número de ellos, en el texto nahuatl de origen, acompañados de comentarios, igualmente escritos en el antiguo idioma azteca (1). Estos himnos son muy preciosos para el conocimiento de la mitología y de la religión de los



Fig. 121.—Sacrificio gladiatorio (según DURAN, *Historia de las Indias de Nueva España...*)

antiguos mejicanos. Abundan en enigmas y alusiones a ritos y leyendas.

He aquí la traducción que SELER (2) ha dado de uno de ellos cantado en honor de los *Mimixcohuas*:

«Ha salido de las siete cavernas;
»Ha salido del país de las plantas espinosas;
»Vine de allá arriba (del norte), país de origen de los *Mimixcohuas*;
»Vine de allá arriba con mi lanza hecha con la planta espinosa;
»Vine aquí, vine aquí con mi red de pescar;
»Le cojo, le cojo;
»Y le cojo, le cojo;
»Y está cogido».

En determinadas épocas del año, los mejicanos acudían con gran pompa al santuario del dios, donde se realizaban ritos de

(1) Constituyen el capítulo XV del manuscrito que se conserva en la Biblioteca de Palacio, en Madrid. Estos himnos han sido publicados por el Dr. C. BRINTON, con el título de *The Rig-Veda Americanus*, Filadelfia, 1895, acompañados de un ensayo de traducción sumamente defectuoso. E. SELER los ha publicado de nuevo bajo la denominación de *Die religiösen Gesänge der alten Mexicaner*, en sus **SGA**, vol. II, págs. 960-1107, con una traducción excelente.

(2) *Die religiösen Gesänge*, págs. 1017-1018.

purificación, sacrificios, etc., acompañados de grandes regocijos, terminados las más de las veces con embriaguez general. En esta ocasión las leyes civiles quedaban en suspenso (1).

Los dioses del panteón mejicano estaban representados por ídolos, las más de las veces de piedra, revestidos con emblemas correspondientes a cada uno de ellos. Se han encontrado estatuas divinas en gran número, las unas muy toscas y que parecen muy antiguas, otras mucho mejor labradas y de origen más reciente.

En los manuscritos, los dioses se distinguen por sus atributos. *Huitzilopochtli* tiene en el rostro líneas trasversales azules y una banda color castaño claro. En la mano lleva un bastón encorvado en forma de serpiente. *Tetzcatlipoca* lleva en la cara rayas amarillas y negras, el cuerpo está pintado de negro y en los tobillos lleva campanillas. *Quetzalcohuatl* tiene el rostro, el cuerpo y los miembros pintados de negro. Las más de las veces lleva careta con hocico puntiagudo, de color muy encarnado y en el pecho un distintivo en forma de espiral o una concha de *strombus* cortada por medio. *Tlaloc*, como los anteriores, está pintado de negro. Lleva corona de plumas y encima una pluma verde, etc.

§ V.— El sacerdocio

Había sacerdotes que formaban un cuerpo organizado (los *tlamacazqué)* (2). Los cuatro *teonamaqué* (portadores de los dioses), que estaban encargados del trasporte de los ídolos de los aztecas durante su emigración de Aztlán a la meseta del Anahuac, representan probablemente el embrión del sacerdocio mejicano. Su recuerdo se había perpetuado en los *tlamacazqué* de los cuatro «barrios» existentes todavía en la época de la conquista. Es probable que cada *calpuli* tuviera también su *tlamacazqui*, que cumplía sus ritos especiales. Por cima de todos estos sacerdotes había un *tlamacazqui* de la tribu, frecuentemente llamado «Gran Sacerdote» por los españoles.

Los sacerdotes eran muy numerosos. Torquemada nos dice que, para la ciudad de Méjico, no había menos de 5.000, alimentados con los productos de terrenos especiales, que cultivaban las gentes de las aldeas circunvecinas (3).

---

(1) Acerca de las fiestas, véase la obra capital de E. Seler, *Die achtzehn Jahresfeste der Mexikaner* (*Veröffentlichungen aus den Königlichen Museum für Völkerkunde*, vol. VI, Berlín, 1899). Volveremos a hablar de estas fiestas a propósito del calendario.

(2) Singular, *tlamacazqui*. Los autores antiguos españoles los llaman muchas veces *papas*.

(3) Torquemada, *Monarchia Indiana*, I, VIII, cap. XX.

§ VI.—La magia

Al lado de los ritos y del culto regular, propiamente religioso, los mejicanos conocían ritos mágicos (1), que se creía

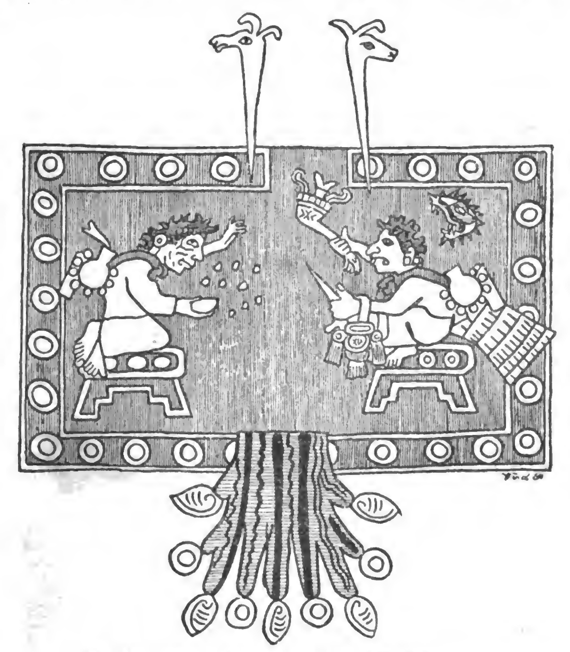


Fig. 122.—*Oxomoco* y *Cipactonal* (según el *Codex Borbonicus*).

haber enseñado a los hombres dos divinidades, *Oxomoco* y *Cipactonal* (fig. 122).

(1) E. Seler, *Zauberei im alten Mexico* (SGA, vol. II, pág. 78) y *Altmexikanische Studien (Veröffentlichungen aus dem Königl. Museum für Völkerkunde*, vol. VI, Berlín, 1899, págs. 29-57), traducción del capítulo de Bernardino de Sahagun relativo a la magia.

La sugestión *(teixcuepaliztli)*, «cambio de cara», se practicaba con bastante frecuencia. Los magnetizadores *(tetlacuicuiliqui)* pasaban por realizar la curación de ciertas enfermedades o por descubrir a los ladrones.

Entre los magos se contaban, naturalmente, todos los que practicaban la medicina. Se consideraba también dotados de facultades mágicas a los titiriteros y a los que exponían fantoches *(teoquiquixté)*, que eran las más de las veces extranjeros y principalmente huaxtecas.

Los adeptos de la magia negra eran muy temidos. Sus nombres nos indican las malas acciones que se les atribuían: *tecotzquani*, «que comen pantorrillas»; *teyolloquani*, «que comen corazón»; *tecochtlazqué*, «que adormecen»; *temacpalitotiqué*, «los que danzan con un muerto», eran el terror de las gentes, así como los siniestros «hombres-buhos» (*tlatlatecoló*) que sembraban la enfermedad haciendo gestos misteriosos. Se conjuraban las acciones de aquellos peligrosos hechiceros mediante otras contrarias. Así una placa de obsidiana, colocada en un vaso lleno de agua cerca de la puerta, reducía a la nada los más poderosos maleficios.

Los adivinos se dividían en varias clases, según los procedimientos que empleaban. Los principales eran: tirar cierto número de granos de maíz y judías *(tlaolchalyauhqui, tzompanquahuitl)*, desenredar cuerdas (*mecatlapouhqui*), el examen del agua (*atlan teittani*).

CAPÍTULO V

El calendario.

Sumario: I. El *Tonalamatl*.—II. El *Tonalpohuali* o año solar.—III. El año venusiano.—IV. Los diversos períodos.—V. Concordancia entre el calendario mejicano y el calendario europeo.

§ I.—El tonalamatl

Los antiguos cronistas hablan frecuentemente de la astrología mejicana. Para las exigencias de sus cálculos astrológicos, así como para determinar sus fiestas, los antiguos aztecas poseían un sistema de computar el tiempo muy complejo, que, a causa de su importancia, expondremos con algunos pormenores.

En la época de la conquista, el año de los mejicanos era de trescientos sesenta y cinco días, dividido en 18 períodos de veinte días, que los antiguos autores españoles han designado equivocadamente con el nombre de «meses», a los cuales se añadían cinco días complementarios llamados *nemontemi*. El calendario suponía un doble período: un ciclo de doscientos sesenta días, dividido en veinte treintenas, el *tonalamatl* (1) y el *tonalpohuali* (2), de dieciocho veintenas, más cinco días.

El *Tonalamatl*, que se representa muchas veces en los manuscritos (3), parece ser el más antiguo de los dos sistemas. Se ha tratado de explicar su origen de varias maneras: observación de los movimientos de la luna, duración aproximada de una gestación, combinación de los dos números sagrados 13 y 20.

---

(1) «Libro de los días», de *tonal (li)*, «día», y *amatl*, «libro».

(2) «Cuenta de los días» de *tonal (li)* y *pohuali*, «cuenta».

(3) El *Tonalamatl* de la *colección Aubin* (manuscrito mejicano, números 18 y 19 de la Biblioteca Nacional de París), publicado por Seler con el título de *Das Tonalamatl der Aubinschen Sammlung*, Berlín, 1900, el *Codex Borbonicus*, el *Codex Vaticanus*.

El *Tonalamatl* estaba constituído por 20 signos, cuyos nombres eran:

Cipactli (cocodrilo).	*Ozomatli* (mono).
Cuetzpalin (lagarto).	*Ocelotl* (jaguar).
Mazatl (corzo).	*Olin* (movimiento).
Itzcuintli (perro).	*Xochitl* (flor).
Acatl (caña).	*Cali* (casa).
Cozcaquauhtli (buitre).	*Miquiztli* (muerte).
Quiauitl (lluvia).	*Atl* (agua).
Ehecatl (viento).	*Malinali* (liana).
Cohuatl (serpiente).	*Quauhtli* (águila).
Tochtli (conejo).	*Tecpatl* (pedernal).

Estos signos, además, llevaban los números 1 a 13. Si el signo trece lleva el número 13, el veinte llevará el 7, porque la serie numérica se interrumpe después del 13. La segunda serie de 20 signos comenzará, por tanto, por el signo *cipactli*, acompañado del número 8, terminará con el signo *xochitl* acompañado del número 1, y la tercera serie de 20 signos comenzará con el número 2. Al cabo de 13 series, o sean doscientos sesenta días (13 por 20), el primer signo volverá a estar acompañado del número 1 y entonces habrá trascurrido un *tonalamatl*.

El *Tonalamatl*, por consiguiente, es un período de doscientos sesenta días, cuya cuenta se determina por la combinación de 20 signos y 13 números. Este período no corresponde a la duración de ningún fenómeno astronómico conocido.

Los estudios de M. de Jonghe acerca del calendario mejicano han demostrado que, a más de los 20 signos, los días del *tonalamatl* poseían también una notación particular, que permitía distinguir unos de otros. Los autores antiguos hablan muchas veces de divinidades que clasifican en un grupo especial y que designan con el nombre de «señores de la noche» (en nahuatl, *yohualtecuhtin)*. Se ha discurrido mucho acerca de su cometido (1). El estudio del *Codex Borbonicus* (2), ha dado a M. de Jonghe la solución del enigma: cada uno de los días del *tonalamatl* estaba colocado bajo la advocación de una de las nueve divinidades: *Xiuhtecuhtli*, *Itztli*, *Piltzinteotl*, *Tzin-*

(1) M. Seler (*Das Tonalamatl*, SGA, vol I, pág. 611), guiado por el nombre, ha creído reconocer a las divinidades de la noche, que se habría dividido en nueve horas.

(2) Manuscrito mejicano conservado en la Biblioteca del Palacio Borbón. Ha sido publicado a expensas del Duque de Loubat y con un comentario de E. T. Hamy, con el título: *Codex Borbonicus, manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais-Bourbon*, París, 1899, en 4.°

números y de los signos es incapaz para designar el lugar exacto de un día en el año solar, el empleo de los *yohualtecuh-*

El *Ton*
bres eran:

Cipactl
Cuetzp
Mazat
Itzcuin
Acatl
Cozcaq
Quiau
Ehecat
Cohua
Tochtl

Estos
signo tre
la serie r
serie de 2
acompañ
acompañ
menzará
tos sesen
acompañ
tonalama
El *To*
tos sesen
de 20 sig
duración

Los e
cano han
tonalama
mitía dis
muchas
cial y qu
(en nahu
su comet
a M. DE
del *tonal*
las nuev

(1) M.
el nombr
habría di
(2) Ma
Borbón.
con un c
manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais-Bourbon, [illegible]
en 4.°

teolt, *Mictlantecuhtli*, *Chalchiuhtlicue*, *Tlazolteotl*, *Tepeyolotl* y *Tlaloc*.

La atribución de estas divinidades a días diferentes trae consigo consecuencias muy importantes para la distinción de las fechas del calendario, según se verá más adelante.

§ II.—El año solar o tonalpohuali

El año solar o *tonalpohuali* contaba trescientos sesenta y cinco días, distribuídos en 18 períodos de 20, más cinco días complementarios (cuadro núm. 1).

Pero los mejicanos concedían tanta importancia al *tonalamatl* que de él se servían para marcar las fechas del año solar, a pesar de la extremada complicación que presentaba este sistema.

El ajuste de los dos períodos se hacía por un procedimiento especial. Se contaban los días del año valiéndose del *tonalamatl*: el primer día empezaba con el número 1 y uno de los cuatro signos *cali*, *tochtli*, *acatl* o *tecpatl*. Al cabo de doscientos sesenta días (o 13 por 20), el día volvía a tener el mismo número y el mismo signo. La serie de los días se numeraba volviendo a empezar un segundo *tonalamatl* y el día doscientos sesenta y uno llevaba el número 1 y uno de los signos *cali*, *tochtli*, *acatl* o *tecpatl*, según el año.

Pero este sistema trae consigo dos consecuencias numéricas: trescientos sesenta y cinco días$=(28\times 13)+1$. Luego, si un año comienza con el número 1, el siguiente empezará con el 2. Además, $365=(18\times 20)+5$, siendo *acatl* el signo del primer año, el del segundo será *tecpatl*. El año siguiente tendrá por índices del primer día la cifra 3 y el signo *cali* y el cuarto la cifra 4 y el signo *tochtli*, y así sucesivamente hasta el año trece. El catorce comienza de nuevo con el número 1 y el signo *tecpatl*. El veintisiete (primer año del segundo grupo de trece), por la cifra 1 y el signo *cali*, el cuarenta con la cifra 1 y el signo *tochtli*. Al cabo de cincuenta y dos años, se vuelve a empezar por el signo *acatl* y el número 1, según se verá en el cuadro número 2.

Esta manera de numerar continuamente los días parece bastante rara y poco cómoda. Resulta de las aplicación del *tonalamatl* a un año solar. Este empleo del antiguo calendario encierra aún un inconveniente bastante grave: supongamos un año cuyo primer día es *1 acatl*. El día 261 llevará la misma cifra y el mismo signo y será imposible distinguir, al nombrar un día, si se trata, por ejemplo, del 3 ó del 263. Pero el *tonalamatl* aporta aquí un suplemento de precisión. Si el sistema de los números y de los signos es incapaz para designar el lugar exacto de un día en el año solar, el empleo de los *yohualtecuh-*

EL XIUHPOHUALI o ciclo de 52 años

CUADRO NÚM. 2

Núm. de los días..	SIGNO DEL DÍA QUE COMIENZA EL AÑO	Núm. de los días..	SIGNO DEL DÍA QUE COMIENZA EL AÑO	Núm. de los días..	SIGNO DEL DÍA QUE COMIENZA EL AÑO	Núm. de los días..	SIGNO DEL DÍA QUE COMIENZA EL AÑO
1	Acatl.	1	Tecpatl.	1	Cali.	1	Tochtli.
2	Tecpatl.	2	Cali.	2	Tochtli.	2	Acatl.
3	Cali.	3	Tochtli.	3	Acatl.	3	Tecpatl.
4	Tochtli.	4	Acatl.	4	Tecpatl.	4	Cali.
5	Acatl.	5	Tecpatl.	5	Cali.	5	Tochtli.
6	Tecpatl.	6	Cali.	6	Tochtli.	6	Acatl.
7	Cali.	7	Tochtli.	7	Acatl.	7	Tecpatl.
8	Tochtli.	8	Acatl.	8	Tecpatl.	8	Cali.
9	Acatl.	9	Tecpatl.	9	Cali.	9	Tochtli.
10	Tecpatl.	10	Cali.	10	Tochtli.	10	Acatl.
11	Cali.	11	Tochtli.	11	Acatl.	11	Tecpatl.
12	Tochtli.	12	Acatl.	12	Tecpatl.	12	Cali.
13	Acatl.	13	Tecpatl.	13	Cali.	13	Tochtli.

tin o «señores de la noche» permite hacerlo. En efecto, los *yohualtecuhtin* son en número de 9. Teniendo el primer día por *yohualtecuhtli* al primero de ellos, *xiuhtecuhtli*, el décimo tendrá el mismo que el primero, el once que el segundo, etc. Pero 260 no es divisible exactamente por 9, de donde resulta que el día 261 del año, si lleva el mismo número y el mismo signo que el primero, no tiene el mismo *yohualtecuhtli*, lo que basta para diferenciarle.

La serie de los veinte signos del *tonalamatl* constituía un período, que los antiguos autores han designado con el nombre de «mes». Estos períodos, en número de 18 en el año, llevaban el nombre de las fiestas que se celebraban en su último día. Estos nombres son los siguientes:

Atlcahualo, fiesta de *Tlaloc*.
Tlacaxipeualiztli, fiesta de *Xipe*.
Tozoztontli, fiesta de *Tzinteotl*.
Hueitotoztli, fiesta de *Tzinteotl*.
Toxcatl, fiesta de *Tetzcatlipoca*.
Etzalqualiztli, fiesta de *Tlaloc*.
Tecuilhuitontli, fiesta de *Huixtocihuatl*.
Hueitecuilhuitl, fiesta de *Xochipili*.
Miccailhuitzintli, fiesta menor de los muertos o *Tlaxochimaco*.
Hueimiccailhuitl, fiesta grande de los muertos o *Xocotluetzi*.
Ochpaniztli, fiesta de *Toci*.
Teotleco, fiesta de *Tetzcatlipoca*.
Tepeilhuitl, fiesta de *Tlaloc*.
Quecholi, fiesta de *Mixcohuatl*.
Panquetzaliztli, fiesta de *Huitzilopochtli*.
Atemoztli, fiesta de *Tlaloc*.
Tititl, fiesta de *Ilamatecutli*.
Itzcali, fiesta de *Xiuhtecuhtli* (1).

Los autores, tanto antiguos como modernos, están en desacuerdo en punto a cuál de estas veintenas correspondía el comienzo del año (2). Esto parece probar, como dice M. DE JON-

(1) Respecto a la lista de los meses, véase E. SELER, *Eine Liste der mexikanischen Monatsfeste* (SGA, vol. I, págs. 145-151); *Die achtzehn Jahresfeste der Mexikaner* (*Veröffentlichungen aus dem Kgl. Museum für Völkerkunde*, vol. VI, Berlín, 1899. Véase E. DE JONGHE, *Le calendrier mexicain*, págs. 207-209).

(2) SAHAGUN, VETANCURT, DURÁN, TORQUEMADA, los intérpretes de los *Códices Telleriano-Remensis* y *Vaticanus A*, CLAVIGERO, han designado el mes de *Atlcahualo*; LEÓN Y GAMA (según CRISTÓBAL DEL CASTILLO) y el autor anónimo del calendario editado a continuación de los *Memoriales* de *Motolinia*, han elegido *Tititl*; OROZCO Y BERRA se declara por *Itzcali*. Parece resultar de los estudios emprendidos con este motivo por SELER que el primer mes era *Toxcatl* (*Die mexikanischen Bilderhandschriften Gesammelte Abhandlungen*, volumen I, págs. 173-183).

GHE (1), que el comienzo del año no tenía gran importancia. Los mejicanos poseían una serie continua de *tonalamatls* y estas series estaban jalonadas, cada trescientos sesenta y cinco días, por un signo que daba su nombre al año.

¿Cuál era este signo? Los autores antiguos, SAHAGUN, CHIMALPAHIN, ALVA IXTLILXOCHITL, el anónimo que compuso la «rueda cíclica» publicada a continuación de los *Memoriales* de MOTOLINIA, dicen que los signos cambiaban todos los años, durante cuatro, y que eran *acatl*, *tecpatl*, *cali* y *tochtli* los que servían de «soportes de años». Más tarde, GEMELLI CARRERI y LEÓN Y GAMA propusieron sistemas diferentes.

Un manuscrito de la colección Humboldt (2) ha permitido a SELER resolver definitivamente esta cuestión, desde hace tanto tiempo controvertida. Las fiestas se indican en él para diecinueve años, y nos hace saber que tenían siempre lugar el último día de la veintena. Ahora bien, para una de ellas, la fiesta *Etza'qualitzli*, se dan las fechas 12 *olin*, 13 *ehecatl*, 1 *mazatl*, 2 *malinali*, etc. Los días que siguen a estas fechas y que, por consiguiente, comienzan las veintenas siguientes, son: 13 *tecpatl*, 1 *cali*, 2 *tochtli*, 3 *acatl*, etc. Ahora bien, los meses, por el modo como están numerados los días, comienzan siempre por el mismo signo que el año. Es una prueba de que el año empezaba por los cuatro signos *acatl*, *tecpatl*, *cali* y *tochtli*.

Pero el año mejicano tenía trescientos sesenta y cinco días, en tanto las dieciocho veintenas no suman más que trescientos sesenta (18×20). Los cinco días complementarios eran llamados por los antiguos mejicanos *nemontemi*, «los días suplementarios, los días que no sirven más que para contar» (3). La mayor parte de los autores antiguos dicen que los *nemontemi* no eran «contados». Si los *nemontemi* no hubieran tenido número ni signo de día, el año habría comenzado siempre con el mismo signo y el mismo número. Este sistema, completamente arbitrario, ha sido propuesto por GEMELLI CARRERI y LEÓN Y GAMA. El año comienza siempre, según estos autores, por el signo 1 *cipactli*. Pero todos los hechos prueban que no era así, puesto que los años empezaban por los signos *acatl*, *tochtli*, etcétera. En nuestro sentir, JONGHE ha dado con la solución del problema de los *nemontemi*.

El *Tonalamatl* del *Codex Borbonicus* muestra que los *nemontemi* no tienen «señores de la noche», y esto es lo que querían decir los autores antiguos al escribir «que no eran contados». El *Tonalamatl* comienza, no por uno de los cuatro signos *acatl*, *tecpatl*, *cali*, *tochtli*, sino por el signo *cipactli*, que todos los au-

---

(1) *Le calendrier mexicain*, pág. 208.

(2) *Die mexikanischen Bilderschriften Alexander von Humboldt's* (SGA, vol. I, págs. 168-182).

(3) E. SELER, *Zur mexikanischen Chronologie* (SGA, vol. I, páginas 510 y siguientes).

tores nos presentan como el primero de los signos de los días. Ahora bien 360=(40×9), o un número entero de novenas, tanto que, si el año empezaba por *cipactli*, todos los días tendrían el mismo *yohualtecuhtli*. Pero vemos, por el contrario, que los signos iniciales de los años tienen *yohualtecuhtin* diferentes. M. DE JONGHE expresa esta particularidad de la manera siguiente: «El primer día del año restablece el equilibrio entre los signos diurnales y la serie de los señores de la noche, en el sentido de que está combinado con la figura que le corresponde normalmente por el *tonalamatl*. Luego los días que han dado su nombre a los años son, en calidad de reguladores, los días iniciales de los años» (1).

Resta saber a qué época correspondían los *nemontemi* o, lo que es lo mismo, qué días eran los que no tenían *yohualtecuhtin*. Todos los autores antiguos nos dicen que los *nemontemi* se colocan inmediatamente antes del año nuevo. Pero M. DE JONGHE, según los datos de los diversos manuscritos, ha supuesto que los días suplementarios se colocaban, sin tener en cuenta el año solar y sus fiestas, los días 204, 205, 206, 207 y 208 del año, inmediatamente después del tercer día de *panquetzaliztli* (2) (véase cuadro núm. 3).

Por tanto, podemos definir así el año mejicano: año de trescientos sesenta y cinco días, dividido en dieciocho veintenas, más cinco días complementarios. Los años empezaban alternativamente por los signos del *Tonalamatl*, *acatl*, *tecpatl*, *cali*, *tochtli*. Los días llevaban un número y un signo por medio de los cuales se distinguían; pero la distinción habría sido insuficiente si no hubieran tenido, como signo adicional, uno de los nueve *yohualtecuhtin* o «señores de la noche». Los días suplementarios no tenían *yohualtecuhtin*, pero sí números y signos como los otros días. Las veintenas, erróneamente designadas por los antiguos autores españoles con el nombre de «meses», recibían el nombre de la fiesta que se celebraba el día 20. El año empezaba el día primero del mes de *Toxcatl*.

Tal es el sistema del año mejicano. Resta hablar de una cuestión que ha preocupado mucho a los autores de los siglos XVIII y XIX, la de la intercalación. En efecto, el año mejicano, tal como le hemos descrito, no contiene más que trescientos sesenta y cinco días. Ahora bien, la duración del año verdadero es de trescientos sesenta y cinco días, cinco horas, cuarenta y ocho minutos, cuarenta y siete segundos y medio. Luego, cada cuatro años próximamente, el principio del año resultaría retrasado un día con relación al año trópico. Se

---

(1) *Le calendrier mexicain*, pág. 207. Lo cual equivale a decir: aun cuando los *nemontemi* no tengan *yohualtecuhtin*, signos, los días *tecpatl*, *cali*, *tochtli*, *acatl*, que comienzan el año, reciben el mismo *yohualtecuhtli* que si los tuvieran.

(2) *Le calendrier mexicain*, págs. 211-212.

han imaginado sistemas que ponían de acuerdo el año mejicano con el efectivo (1). Pero es imposible probar que los mejicanos hayan practicado ninguna corrección para hacer que su año coincidiera con el tiempo efectivo que la tierra emplea en su revolución alrededor del sol. Todo parece, por el contrario, probar que no han intentado semejante cosa.

§ III.—Año venusiano

A más del año solar, los mejicanos poseían un modo de medir el tiempo basado en la revolución sinódica de Venus. El año venusiano contaba quinientos ochenta y cuatro días. La preocupación de los astrónomos mejicanos ha sido hallar una medida común para los números 584, 365 y 260. Ahora bien, al cabo de cinco revoluciones sinódicas de Venus, equivalentes a ocho años solares $(5 \times 584) = 2.920 = (8 \times 365)$, el año venusiano coincide con el año solar, pero el número 2.920 no es divisible por 260, que cuenta los días *tonalamatl*. La coincidencia de los tres períodos no es posible sino al cabo de ciento cuatro años, es decir, trascurridos sesenta y cinco años venusianos y de ciento cuarenta y seis *tonalamatl*, como lo muestra la siguiente igualdad $(104 \times 365) = 37.960 = (65 \times 584) = (146$ por $260)$.

Lo mismo que el *Tonalamatl*, el año venusiano, producto de la especulación sacerdotal, comenzaba por el día *cipactli*. Al cabo de seis períodos, el año venusiano empezaba de nue-

---

(1) Motolinia y Torquemada, sin embargo, opinan que los mejicanos no conocían la intercalación. Sahagun suponía que, cada cuatro años, el año era de trescientos sesenta y seis días, el sistema europeo del año bisiesto; Jacinto de la Serna, Sigüenza y Góngora, y siguiéndoles, Gemelli y Clavigero, creían que se intercalaba, no un día cada cuatro años, sino trece cada cincuenta y dos, lo cual tenía un sabor más mejicano y correspondía al período de que hablaremos más adelante. León y Gama había observado que esta intercalación daba cada mil cuarenta años cierto número de días de más y así supuso que se intercalaban trece días después del primer ciclo de cincuenta y dos años, doce después del segundo, etc., lo cual, en efecto, restablece aproximadamente la cuenta. Lino Fábrega, y después de él, Alejandro de Humboldt, admitieron que se intercalaban trece días cada cincuenta y dos años, a condición de restar siete cada mil cuarenta. Orozco y Berra propuso restar ocho en lugar de siete. Estos sistemas, muy ingeniosos, no tienen para nada en cuenta la realidad. Se observará, además, que las exigencias que muestran aumentan a medida que se ha conocido mejor la duración efectiva del año.

vo por el mismo signo, con cifra distinta. Al cabo de trece períodos, el signo difería, pero la cifra era la misma, según lo demuestra el cuadro siguiente:

LAS CINCO TRECENAS DEL CICLO VENUSIANO

	1.ª trecena.	2.ª trecena.	3.ª trecena.	4.ª trecena.	5.ª trecena.
1	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*
13	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*
12	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acutl.*	*Cohualt.*	*Olin.*
11	*Acatl.*	*Cohualt.*	*Olin*	*Atl.*	*Cipactli.*
10	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohualt.*
9	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*
8	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*
7	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohualt.*	*Olin.*
6	*Acatl.*	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*
5	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohualt.*
4	*Cipactli.*	*Acatl.*	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*
3	*Cohuatl.*	*Olin.*	*Atl.*	*Cipactli.*	*Acatl.*
2	*Atl.*	*Cipactli*	*Acatl.*	*Cohuatl.*	*Olin.*

Al cabo de sesenta y cinco revoluciones sinódicas de Venus es cuando reaparecen el mismo signo y la misma cifra al principio del año.

De aquí que el año venusiano ofreciera un sistema de alternativa regular, que no era el mismo que el del año solar, lo cual permitía distinguir siempre una de las fechas del sistema venusiano de una de las del calendario común.

La particularidad más sorprendente de este sistema es el coincidir a la vez con el calendario solar y el *tonalamatl* cada ciento cuatro años, es decir, un período doble de aquel en que concuerdan el *tonalpohuali* y el *tonalamatl*.

§ IV.—Los diversos ciclos

De esta suerte, el calendario comprendía los ciclos siguientes:

1) El *tonalamatl* (20×13)=260 días.

2) El *tonalpohuali* o año solar=(20×18)+5=365 días.

3) El año venusiano, basado en la revolución sinódica de Venus=584 días.

4) El ciclo de cuatro años, al cabo de los cuales el año so-

lar comienza de nuevo por el mismo signo, pero unido a cifra distinta.

5) El ciclo de cinco años venusianos (5 × 584) = 2.920 días, al cabo del cual el año venusiano comienza otra vez con el mismo signo, pero con cifra diferente.

6) El *tlalpili* (13 × 365), al cabo del cual el año solar comienza por la misma cifra, pero con signo diferente.

7) La trezena venusiana (13 × 584), al cabo de la cual el año venusiano comienza por la misma cifra, pero con signo diferente.

8) El *xiuhtonali*, de cincuenta y dos años solares (52 × 365) o 73 *tonalamatl* (73 × 260), en el que *tonalamatl* y *tonalpohuali* concuerdan y al cabo del cual el año solar empieza de nuevo por la misma cifra y el mismo signo.

9) El *huehuetiliztli* de ciento cuatro años solares (104 por 365), 146 *tonalamatls* (146 × 260) o sesenta y cinco años venusianos (65 × 584), en el que estos tres períodos concuerdan.

§ V.—Concordancia del calendario mejicano y del calendario europeo

La concordancia del calendario mejicano con el calendario europeo ha sido determinada de distintos modos. Los desacuerdos proceden, en su mayor parte, de las ideas que los autores se formaban acerca del funcionamiento del sistema cronológico mejicano.

Para determinar esta concordancia, tratemos de identificar la fecha de la toma de Méjico con una de las del calendario azteca. Sabemos que este suceso tuvo lugar el 13 de agosto de 1521 y los autores indígenas nos dicen que era el día *1 cohuatl del año 3 cali*. León y Gama nos refiere un pasaje de Cristóbal del Castillo, en que se dice que el «señor de la noche» de aquel día era *Chalchiuhtlicué*. Tenemos, pues, todos los elementos necesarios para determinar la concordancia con nuestro propio calendario. Seler, mediante un estudio crítico de los documentos mejicanos y de los datos de Fr. Bernardino de Sahagún, ha determinado que el año *3 cali* de que aquí se trata había comenzado el primer día de la veintena o «mes» *Toxcatl*, que correspondía al 3 de mayo (1).

Podemos deducir, por tanto, que el año mejicano, en 1521, empezaba el 3 de mayo, primer día del mes de *Toxcatl*.

No teniendo los años ninguna intercalación del género de la de nuestros años bisiestos, el principio del año, cada cuatro

(1) E. Seler, *Die mexikanischen Bilderschriften Alexander von Humboldt's* (SGA, vol. I, págs. 177-183).

-
ı,
-
a
n

),
ıa
ı-
n
ıl
ie

lar con
distint
5)
al cab
mismo
6)
mienz
7)
año ve
difere
8)
o 73 *tc*
concu
por la
9)
365),
sianos

§

La
europ
acuer
tores
nológ
Pa
la fec
aztec
1521
del a
DEL (
aque
ment
tro p
los d
SAHA
ta h
catl,
E
emp
N
la de

(1) E. SELER, *Die mexikanischen* ... *Humboldt's* (SGA, vol. I, págs. 177-183).

se retrasaba un día con relación al año europeo. De donde resulta que en 1572, por ejemplo, el mes de *Toxcatl* comenzaba, no ya el 3 de mayo, sino el 21 de abril (1).

Tal es, en sus grandes líneas, el calendario mejicano. Quedan muchos pormenores desconocidos. El estudio, cada día más seguro y profundo, de los manuscritos permitirá en un porvenir próximo comprenderlos.

(1) M. DE JONGHE (*Le calendrier mexicain*, págs. 223 y siguientes), ha trazado un cuadro de estas fechas entre los años 1520 y 1572, y ha mostrado que todas las indicaciones que dan los historiadores españoles o indígenas, excepto ALVA IXTLILXOCHITL, que escribieron durante este período, designan el primer día de *toxcatl* como inicial del año y que este día era, efectivamente, en 1521, el 3 de mayo. Se reproduce en nuestro cuadro núm. 3.

CAPITULO VI

La escritura.

SUMARIO: I. Generalidades.—II. Los manuscritos y sus clases. III. La escritura.

§ I.—GENERALIDADES ACERCA DE LA ESCRITURA MEJICANA

Cuando Hernán Cortés desembarcó en Tabasco, su fama se extendió rápidamente hasta Méjico, centro del poderío azteca, y el jefe supremo de la nación, Motecuzoma II, envió emisarios con encargo de saludar a los extranjeros y de cerciorarse de sus futuras intenciones. Los emisarios iban acompañados de pintores que dibujaron el campamento de los españoles y trataron de reproducir en el papel los rasgos del jefe de la expedición y de los principales capitanes, con objeto de darlos a conocer a Motecuzoma y a los de su corte (1). Nadie duda que las pinturas que ellos hicieron fueron destruídas, ya cuando Hernán Cortés puso sitio a Méjico, ya más tarde, cuando los conquistadores echaron a la hoguera gran parte de los documentos aztecas, que consideraban como monumentos de la idolatría inspirados por el diablo.

Muy afortunadamente, cierto número de las producciones del arte de los «pintores» mejicanos ha llegado a nosotros. Los primeros misioneros cristianos tomaron a los escribas indígenas bajo su protección y el arte de la pintura mejicana se perpetuó de esta suerte durante más de un siglo después de la conquista, tanto para las necesidades de la propaganda católica como para las de la vida común. De donde la existencia, en el momento actual, de cierto número de «manuscritos» en caracteres figurativos mejicanos.

El primero que reunió una colección importante de estos

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.*

manuscritos fue el anticuario milanés Boturini Benaducci. Se le encargó en 1736, por Breve del Papa y con autorización de la Audiencia de Nueva España, de regularizar el culto de Nuestra Señora de Guadalupe. En el curso de su misión eclesiástica, reunió un número considerable de documentos, relativos a la historia y a la religión de los antiguos pueblos de Méjico. Acusado de haberse enriquecido por medios ilegales, fue aprisionado por orden del Virrey, conde de Fuenclara, despojado de casi todo el fruto de sus trabajos y, por último, desterrado de América. El barco en que volvía a Europa cayó en poder de corsarios ingleses que le quitaron lo poco que había podido salvar de su colección. Arrojado a las costas de Gibraltar, se constituyó prisionero del Rey de España. Se le reconoció inocente de las culpas que se le imputaban, pero su colección no le fue devuelta y quedó en Méjico (1). Aubin, astrónomo francés, pudo encontrar en 1830 parte de los documentos reunidos por Boturini. Los adquirió y llevó a Francia, y en 1889 vendió su colección a E. Goupil, que la legó a la Biblioteca Nacional de París (2).

Otra gran colección fue reunida por el barón de Humboldt en el curso de su viaje por Méjico. El célebre viajero la cedió a la Biblioteca Real de Berlín el año 1806 (3). Contiene diversos fragmentos de manuscritos que quizá figuraron también en la antigua colección de Boturini.

Las Bibliotecas públicas y particulares de Europa y América poseen también algunas de estas producciones. Es seguro que los archivos de Méjico deben encerrar a la hora presente varios manuscritos del mayor interés.

Gran número de estas pinturas permanecen todavía inéditas. Humboldt fue el primero que publicó algunas páginas de manuscritos mejicanos (4), pero las reproducciones que hizo eran fragmentarias y no pudieron utilizarse. Por el año 1830, lord Kinsgborough encargó a Aglio que dibujase los manuscritos mejicanos existentes en las bibliotecas de Europa y los

---

(1) El catálogo de esta colección figura en la obra del mismo Lorenzo Boturini Benaducci, que se titula *Idea de una nueva Historia general de la América Septentrional. Fundada sobre material copioso de figuras, Symbolos, Caracteres y Geroglíficos, Cantares y manuscritos de Autores Indios, últimamente descubiertos.* Madrid, 1746.

(2) Aubin ha hecho un análisis sumario de los documentos que forman su colección en *Mémoire sur la peinture didactique des anciens Mexicains* (*Révue orientale et américaine*, 1860, págs. 224-255). El catálogo de la colección Goupil ha sido publicado por E. Boban, *Catalogue raisonné de la collection Aubin-Goupil.* París, 1899 (con un atlas en que se reproducen en fototipia ejemplares de los manuscritos).

(3) E. Seler, *Die mexikanischen Bilderschriften Alexander von Humboldt's* (SGA, vol. I, págs. 162-301).

(4) *Vues des Cordillères.* París, 1802.

publicó en litografía (1). Por desgracia, los dibujos de Aglio no son siempre muy exactos y el colorido aparece muchas veces fantástico. Además, la paginación es frecuentemente inexacta, defectos todos que hacen difícil el uso de la colección de Kingsborough. La publicación de varios manuscritos en los *Anales del Museo Nacional de México* presenta los mismos defectos.

Recientemente, el duque de Loubat, que tanto ha hecho en favor de los estudios americanos, ha publicado de nuevo la mayor parte de los manuscritos comprendidos en la colección de Kingsborough. Se han copiado por el procedimiento de impresión fotográfica y no dejan nada que desear desde el punto de vista de la exactitud de detalles. Además, algunas ediciones van acompañadas de noticias históricas, conteniendo pormenores preciosos relativos a la historia de los documentos. Constituyen unos excelentes instrumentos de trabajo.

§ II.—Los manuscritos y sus clases

Los manuscritos mejicanos eran, por lo común, grandes tiras de piel de ciervo aprestada, o de una especie de fieltro delgado hecho con pelo de *maguey (agave americana)*, recubiertas de una capa caliza. Estas tiras estaban pintadas por los dos lados y divididas en rectángulos que se plegaban unos sobre otros, a modo de biombo. En muchos casos, las figuras parecen dibujadas con ayuda de un instrumento de puntas quizá una espina de agave. El contorno trazado de esta suerte, se rellenaba con colores, de origen mineral o vegetal.

Pueden primeramente clasificarse estos manuscritos según las épocas. Haremos una clase con los anteriores a la conquista y colocaremos en otra todos los que se ejecutaron con posterioridad a dicha fecha. El número de manuscritos de la primera es mucho más reducido que el de la segunda.

Puede considerarse luego el origen de los manuscritos. Los diversos documentos son atribuídos a tal o cual de los pueblos que habitaban el antiguo Imperio azteca: 1.°, los manuscritos aztecas propiamente dichos, procedentes de la meseta de Méjico; 2.°, los manuscritos xicalancas, de la parte oriental del Estado actual de Veracruz y del norte del Oajaca; 3.°, las pinturas mixtecas procedentes del centro del Oajaca; 4.°, las pinturas zapotecas, cuicatecas, mazatecas, mixas, chinantecas, originarias también del Oajaca y de las partes vecinas al Estado de Chiapas.

---

(1) *Antiquities of Mexico, comprising fac-similes of ancient Mexican paintings and hieroglyphics*, Londres, 1831, cinco volúmenes en folio.

Las pinturas pertenecientes a estos cuatro grupos presentan una gran semejanza.

Los manuscritos anteriores a la conquista son pocos en número. Entre los pertenecientes a Méjico propiamente dicho, puede citarse los *Mapas Tlotzin* y *Quinantzin*. Son documentos históricos que nos muestran la vida y las emigraciones de las tribus chichimecas antes de su establecimiento en la meseta de Méjico.

Los manuscritos xicalancas son los más interesantes. Seler (1) cree que se dibujaron en la parte del Oajaca habitada por mejicanos, por las localidades de Teotitlán del Camino, Tochtepec y Coatzacualco, por donde pasaba la gran vía de comercio que, partiendo de Méjico, se dirigía hacía el istmo de Tehuantepec y las provincias de Chiapas y de Tabasco. Todos estos manuscritos son anteriores a la conquista de Méjico. El más conocido es el *Codex Borgia*, que se conserva en la Biblioteca del Vaticano. Debe el nombre a uno de sus poseedores: el cardenal Stefano Borgia (1731-1804). El jesuíta Lino Fábrega dió en el siglo XVIII una interpretación de este manuscrito, interpretación que hoy no tiene ningún valor (2). Alejandro de Humboldt publicó algunas páginas del *Codex Borgia* en sus *Vistas de las Cordilleras*, y Kingsborough hizo, en su gran obra, una reproducción completa, pero bastante infiel y mal paginada. Sólo en 1898 este precioso documento fue publicado por el duque de Loubat, en impresión cromofotográfica (3). Seler ha editado recientemente una reproducción al perfil del *Codex Borgia*, acompañada de un comentario que hará facilísimo su estudio (4).

La Biblioteca del Vaticano posee otro manuscrito del mismo grupo, conocido por los especialistas bajo la denominación de *Codex Vaticanus B*. Algunas páginas fueron publicadas por Alejandro de Humboldt, y Kingsborough lo hizo copiar y reproducir completo (5). La edición del duque de Loubat se remonta a 1896 (6). Seler ha publicado el comentario completo en 1902 (7).

La Biblioteca municipal de Bolonia conserva igualmente

---

(1) E. Seler, *Der Codex Borgia und die verwandten aztekischen Bilderschriften* (ZE. 1887, vol. XIX, págs. 105-114), reproducido en los SGA, vol. I, págs. 133-144. Véase W. Lehmann, *Les peintures mixtecozapotèques* (JAP, nueva serie, tomo II, París, 1905, págs. 241-280).

(2) Este trabajo, escrito en italiano, fue publicado *in extenso* en los *Anales del Museo Nacional de México*, vol. V, págs. 1 260, con traducción española de T. Lares.

(3) *Codex Borgia*. Roma, Danesi, 1898.

(4) *Codex Borgia, eine altamerikanische Bilderschrift der Bibliothek des Congregatio de Propaganda Fideae*, vol. I, Berlín, 1904; vol. II, 1906; volumen III, 1908.

(5) *Antiquities of Mexico*, vol. III.

(6) *Codex Vaticanus B*, Roma, Danesi.

(7) *Der Codex Vaticanus B*, Berlín, 1902.

uno de estos manuscritos. Se designa generalmente con el nombre de *Codex Cospi* o *Cospianus*, del nombre de uno de sus poseedores. Publicado por Kingsborough (1), ha sido reeditado por el duque de Loubat (2). Seler ha hecho un breve análisis de su contenido (3).

Estos tres manuscritos constituyen un subgrupo denominado por Seler «subgrupo borgiano». Otro subgrupo comprende el *Codex Féjervári-Mayer*, el *Codex Laud* y un manuscrito de la colección Aubin, que ofrecen algunas particularidades en la notación de los números. El primero de estos documentos se conserva actualmente en la «Free Public Library» de Liverpool, a la que fue cedido por M. Mayer que lo había adquirido del sabio húngaro Gabriel Féjervári. Ha sido publicado por Kingsborough (4), por el duque de Loubat (5) y comentado por Seler (6).

El segundo perteneció al arzobispo de Canterbury, W. Laud (1573-1645). Hoy figura en la Biblioteca bodleiana de Oxford. La única reproducción que de él poseemos es la de Kingsborough (7). El manuscrito de la colección Aubin lleva el número 20 y permanece todavía inédito.

Todos los manuscritos del grupo que acabamos de examinar tienen gran interés para el estudio de la cronología, de la astronomía y de la religión de los antiguos mejicanos. Gracias a ellos ha podido reconstituirse el sistema completo del calendario, establecer la relación entre los dioses y los puntos cardinales y determinar muchos hechos de la iconografía religiosa de los aztecas.

Las pinturas mixtecas tienen gran semejanza, a primera vista, con las del grupo anterior. No obstante, su ejecución es menos esmerada, los colores más apagados. Los *Códices Becker números 1 y 2* y el *Codex Columbinus* o *Dorenberg* son anteriores a la conquista. Varios de estos manuscritos llevan notas escritas en caracteres latinos y lengua mixteca o española.

El *Codex Becker núm. 1* fue publicado en 1892 por H. de Saussure, con el título de *Manuscrito del Cacique* (8) y una interpretación completamente fantástica (9). En varias de las páginas de este documento hay notas en lengua mixteca, que

---

(1) *Antiquities of Mexico*, vol. II.
(2) *Codex Cospianus*, Roma, Danesi, 1899.
(3) *Codex Cospi. Die mexikanische Bilderhandschrift von Bologna* (SGA, vol. I, págs. 341-351).
(4) *Antiquities of Mexica*, vol. III.
(5) *Codex Féjervári-Mayer*, Roma, Danesi, 1901.
(6) *Der Codex Féjervári-Mayer*, Berlín, 1901.
(7) *Antiquities of Mexico*, vol. II.
(8) H. SAUSSURE, *Le manuscrit du Cacique, antiquités mexicaines*, Génève, 1892.
(9) Véase W. LEHMANN, *Les peintures mixteco-zapotèques*, pág. 260.

todavía no han sido objeto de un trabajo serio de traducción. El contenido del manuscrito parece religioso o mitológico. Lo mismo ocurre con el *Codex Columbinus*, publicado en 1892 por la Junta Colombina (1).

El *Codex Becker núm. 2* está sin terminar y parece ser histórico. Se conocen también varios manuscritos mixtecas posteriores a la conquista. El más importante es el designado con el nombre de *Lienzo de Zacatepec* o *Codex Martínez Gracida*. Es un documento catastral y geográfico en que se representan diversos pueblos con sus nombres figurados en jeroglíficos. Sin embargo, algunas partes parecen tener carácter histórico. El *Lienzo de Zacatepec* ha sido publicado el año 1900 por Peñafiel (2). El *Lienzo de Amoltepec*, conservado en la Biblioteca del *American Museum of Natural History*, de New York, y el *Lienzo Vischer núm. 1* son igualmente documentos post-colombianos y de un carácter análogo al *Lienzo de Zacatepec*. Ambos permanecen inéditos (3).

Los manuscritos zapotecas son, asimismo, muy semejantes a los del grupo a que pertenece el *Codex Borgia*. El más conocido es el *Codex Vindobonensis*, igualmente designado bajo la equivocada denominación de *Codex Indiæ Meridionalis*. Su historia es bastante interesante. Fue enviado, el 10 de julio de 1519, por Hernán Cortés a Carlos V, con otros presentes destinados a mostrar la riqueza de Méjico. Como el emperador estuviera en aquella época en los Países Bajos, los objetos enviados de Méjico no le fueron presentados hasta 1520. Carlos V regaló el manuscrito al rey Manuel de Portugal. Pasó después a manos de varios prelados italianos, y en el siglo XVII a las del emperador Leopoldo I, que lo cedió a la Biblioteca imperial de Viena. Fragmentos de él fueron editados a título de curiosidad en 1655 por Olaüs Wormius (4), luego por Robertson y Alejandro de Humboldt. La única reproducción completa que poseemos es la de Kingsborough (5).

El *Codex Nuttall* parece haber formado parte del mismo envío del conquistador de Méjico. Pasó de la biblioteca de la familia de los Médicis a la del convento de San Marcos de Florencia y hoy figura en la colección particular de sir Ro-

---

(1) *Antigüedades mexicanas publicadas por la Junta Colombina de México*, Méjico, 1892. Atlas, hojas X-XI. Véase FRANCISCO DEL PASO Y TRONCOSO, *Exposición Histórico-Americana de Madrid. Catálogo de la Sección de México*, Madrid, 1892, tomo I, págs. 57-59, que reconoce en este manuscrito un calendario ritual.

(2) *Códice mixteco. Lienzo de Zacatepec*. Méjico, 1900, folio.

(3) El *Lienzo Vischer núm. 1* ha sido detalladamente descrito por W. LEHMANN, *Les peintures mixteco-zapotèques*, págs. 263-265.

(4) OLAUS WORMIUS, *Museum Wormianum seu historia rerum variorum*. Leide, 1655, pág. 383.

(5) *Antiquities of Mexico*, vol. II.

bert Nathaniel Curzon, en la que fue copiado por la señora Nuttall, que lo publicó en 1902, con ayuda del *Peabody Museum* (1). Su contenido es religioso, aun cuando algunas partes puedan tener, según cree la Sra. Nuttall, valor histórico (2).

La Biblioteca bodleiana de Oxford posee tres manuscritos zapotecas, designados con los nombres de *Codex Bodleianus*, *Codex Selden núm. 1* y *Codex Selden núm. 2*. Los tres han sido publicados por lord Kingsborough (3).

A más de estos documentos, todos pintados con anterioridad a la conquista, hay otros más recientes en que se deja ver el influjo europeo. El más importante es el *Codex Sánchez Solís* (también llamado *Codex Waecker-Gotter*, del nombre de su actual poseedor), que tiene anotaciones en lengua zapoteca (4). Los otros dibujos del mismo origen permanecen todavía inéditos.

Muy semejantes a los manuscritos zapotecas son las pinturas debidas a otros pueblos del Oajaca (Cuicatecas, Mazatecas, Popolocas, Chinantecas). No se distinguen de los primeros sino porque el dibujo está más descuidado y los colores son menos brillantes. Datan todos de época posterior a la conquista española. Los más importantes son el *Codex Porfirio Díaz* y el *Codex Fernández Leal*, ambos obra de escribas cuicatecas. El primero se compone de dos partes muy distintas, una parece tener carácter histórico, la otra parece ser un calendario ritual (5). El *Codex Fernández Leal* es de un contenido puramente histórico (6). Todos los demás documentos del Oajaca permanecen todavía inéditos.

La mayor parte de los manuscritos mejicanos son pinturas de origen propiamente azteca, hechas después de la conquista. Pueden citarse el *Codex Telleriano-Remensis* (manuscrito mejicano núm. 1 de la Biblioteca Nacional de París), el *Codex Vaticanus A*, el *Codex Mendoza*, el *Codex Vergara*. La mayor parte de los manuscritos de las colecciones de Aubin y de Humboldt pertenecen a este grupo. Su contenido es muy vario. El *Codex Telleriano-Remensis* encierra pinturas que representan divinidades lo mismo que sucesos históricos. El contenido del *Codex Vaticanus A* es análogo. El *Codex Men-*

---

(1) *Codex Nuttall*, Cambridge (Mass.), 1902.

(2) Véase la introducción al *Codex*, y LEHMANN, *Les peintures mixteco-zapotèques*, pág. 270, nota 2.

(3) *Antiquities of Mexico*, vol. I.

(4) Estas anotaciones faltan en la reproducción del manuscrito publicada por PEÑAFIEL, *Monumentos del arte mexicano antiguo*, Berlín, 1896.

(5) El *Codex Porfirio Díaz* ha aparecido en las *Antigüedades mexicanas publicadas por la Junta Colombina*. Méjico, 1892. Atlas.

(6) Publicado por A. PEÑAFIEL, *Códice Fernández Leal*. Méjico, 1895.

doza presenta una mezcla de escenas familiares e históricas, el *Codex Vergara* nos muestra los tributos pagados por las distintas ciudades a Méjico, etc.

Los documentos conocidos con el nombre de «planos catastrales» son muy numerosos. Los mejicanos encargaban de su confección a los escribas y los enviaban a los abogados que tenían en la Audiencia que juzgaba los pleitos entre los indios y sus dominadores españoles.

Réstanos señalar las pinturas cristianas. Su origen y su inspiración son puramente europeos. Pasan por haber sido inventadas por Testera, de Bayona, hermano del chambelán de Francisco I. Mandaba pintar en una tela los rudimentos de la fe cristiana, para que sus intérpretes los explicasen a los indios (1). Los franciscanos, que fueron los primeros evangelizadores de Méjico, se sirvieron de estas pinturas, que adquirieron un estilo consagrado y fueron reproducidas en papel. Existen catecismos de esta clase en las colecciones de Aubin y Humboldt.

§ III.—ESCRITURA

Los manuscritos mejicanos, de cualquier clase que sean, contienen una mezcla de figuras puramente descriptivas, a la manera de las ilustraciones de nuestros libros, y de signos cuyo valor es el de una verdadera escritura. AUBIN (2) los ha comparado muy justamente con nuestros mapas geográficos y nuestros planos, en que las indicaciones escritas completan el significado de los dibujos.

Los caracteres escritos son los que más especialmente nos interesan y acerca de ellos insistiremos más (3). Estos signos servían sobre todo para designar, en los manuscritos, las personas y los lugares que se indicaban a veces mediante figuras. Por ejemplo, en el *Mss. mejicano núm. 3* de la Biblioteca Nacional de París, vemos el nombre de un personaje llamado *cuixtli*, «buitre», indicado de la manera siguiente (fig. 123, números *1* y *2*).

En la última figura, la parte está tomada como representando el todo. De igual modo el nombre de la ciudad de *Zacatlan*, «el lugar de la hierba», se indica en el *Codex Mendoza*, mediante el jeroglífico núm. 3. Muchas veces estas representaciones son tan esquemáticas que es difícil reconocer la cosa:

(1) TORQUEMADA, *Monarchia Indiana*, libros XIX y XX.

(2) *Mémoire sur la peinture didactique des anciens Mexicains*, página 225.

(3) Acerca del sistema gráfico de los mejicanos, véase más especialmente A. AUBIN, *Mémoire*....., y D. G. BRINTON, *Essays of an Americanist*, Filadelfia, 1896.

la montaña, por ejemplo, se representa por un trazo convencional (núms. *4* y *5)*, que se reproduce constantemente pasando por numerosas variantes. La piedra es indicada por los signos *6* y *7:* la casa es siempre sustituída por el dibujo convencional núm. *8:* el templo por una casa que corona un gran tejado inclinado y colocado sobre una pirámide (núm. *9);* el corazón por el signo número *10*. Ciertos signos tienen particular importancia: tal el que sirve para designar los líquidos (número *11)* —pintado de rojo indica la sangre, de azul el agua—, y el que representa a la vez la palabra, el humo, el viento (número *12)*, cuyas volutas, más o menos abundantes, indican la intensidad de la acción o la cosa que se expresan.

Estos diversos signos se combinan unos con otros para formar derivados. Vemos, por ejemplo, en el *Codex Nuttall* varias representaciones de volcanes (núms. *13* y *14)*. El primero de estos dibujos es facilísimo de comprender, lo forma una montaña que echa humo; el segundo contiene, a más de estos dos elementos, una representación de la llama en lo alto de la montaña y dentro un signo que simboliza el temblor de tierra.

Tenemos aquí dos elementos de la escritura mejicana: el elemento puramente figurativo y el ideográfico. Pero no consiste en esto la originalidad del sistema. Los aztecas, y los pueblos que se servían de una escritura análoga, habían dado un paso, bien tímido en verdad, hacia el fonetismo. Se servían, para expresar las sílabas que formaban los nombres de lugares o de personas, de imágenes, de objetos que tuvieran un nombre o un sonido análogo, sin unir ningún valor a la significación del signo elegido. Tomemos, por ejemplo, dos localidades: *Quauhtitlan* (1) y *Quauhnahuac*. Sus nombres significan ambos «bajo el bosque». Se componen de *quauh*, raíz de la palabra *quauhitl*, «árbol», y por extensión «bosque», y de las postposiciones *tlan* y *nahuac*, que significan una y otra «en». El primero de estos poblados se indica por el signo número *15*, en que la sílaba *quauh* está bien manifiesta por un árbol, pero en que el sonido *tlan* se representa por muelas *(tlan-tli)*; el segundo está representado (núm. *16*) por un árbol *(quauh-itl)*, con una abertura representando una boca, de la que sale el signo de la palabra (*nahuatl*, «la palabra justa»). Otro ejemplo: *Tolantzinco* significa «el pequeño Tolán», y esta última palabra «lugar donde crecen cañas». Se encuentra a veces este nombre representado por el signo número *17*, un haz de cañas (*tolán*) al cual se ha añadido la parte posterior del cuerpo de un hombre, porque en *nahuatl* es llamada *tzin-tli*. El *co* locativo no se escribe, cosa que ocurre las más de las veces.

Algunos jeroglíficos que representan nombres de personas

---

(1) Aldea situada a occidente de la laguna de Xaltocán, al noroeste de Méjico.



Fig. 123.—Signos de la escritura mejicana.

completarán nuestra demostración. El *Codex Xolotl*, uno de los manuscritos de la colección Aubin, consigna en una de sus páginas los nombres de varios jefes chichimecas, entre ellos *Cuetlaxihuitl*, representado por el número *18*, es decir, una piel de animal (*cuetlax-tli*) y dos plumas de ave (*ihuitl*). Se encuentra igualmente el nombre de *Huitzilihuitl*, uno de los jefes o *tlacatecuhli* de Méjico, representado (núm. *19*) mediante una cabeza de colibrí (*huitzitzil- in*) rodeada de plumas (*ihuitl*).

Se ve que este sistema corresponde enteramente al de nuestra escritura en jeroglíficos. Pero, de igual modo que nuestros jeroglíficos no se leen todos fonéticamente, la escritura mejicana señala movimientos, acciones que se trata de interpretar para conocer el sonido que el escriba ha querido representar. He aquí algunos ejemplos. En el *Manuscrito mejicano núm. 3* de la Biblioteca Nacional de París, vemos el signo número *20* acompañado de la glosa *tilmatlaneuh*, en caracteres latinos. Este nombre se compone de las palabras *tilmatli*, «manta» y *tlaneuh*, «prestar», y el jeroglífico representa el acto de que se trata. El mismo documento significa la aldea *Almoyahuacán*, «el lugar donde el agua va en círculo», mediante el signo número *21*, en que el jeroglífico del agua aparece contorneado de modo que produce la ilusión de un torbellino. Numerosos son los ejemplos de este género de escritura. El sobrenombre del *tlacatecuhtli* Motecuzoma I, *Ilhuicamina*, «que tira flechas al cielo», se expresa por una flecha metiéndose en el cielo, el cual está representado de una manera convencional y encierra las figuras del sol y las estrellas (núm. *22*).

La interpretación de los jeroglíficos es muy difícil en ocasiones, debiendo ser leídos de modo más o menos metafórico. En el *Manuscrito núm. 3* de la Biblioteca Nacional de París, el nombre de un individuo llamado *Anahuacatl* se expresa por la figura número *23*; es decir, *atl*, «el agua», y *nahuatl*, «palabra», contorneado el signo del agua del mismo modo que el que sirve para designar la palabra. El signo número *24* debe leerse el *xipanoc*, representando el signo superior la turquesa (*xhuitl*) colocada sobre una representación convencional de río. El significado es: la turquesa puesta sobre un río (verbo *pano*).

Abundan los ejemplos de lectura metafórica: el signo número *25*, que representa un ojo derramando lágrimas, designa a un individuo llamado *Icnoix*, «el viudo»; los nombres de dos *tlacatecuhtin* de Tezcoco, *Nezahualcoyotl* y *Nezahualpili*, se representan respectivamente mediante los jeroglíficos números *26* y *27*: *Nezahualcoyotl* significa «el lobo (*coyotl*) que ayuna (*nezahuali*)» y *Nezahualpili*, «el niño que ayuna». Como se ve, la idea de ayuno se expresa mediante una especie de faja de tela. Este símbolo se repite en el nombre *Nezahualcolotl*, «el buho que ayuna» (núm. *28*).

Una particularidad última, que hace muy difícil la inter-

pretación de los jeroglíficos mejicanos, es la siguiente: la elección de los signos fonéticos se dejaba por completo al arbitrio del escriba, que podía escoger entre varios signos homófonos. Para expresar la sílaba *quauh*, por ejemplo, podía servirse de la imagen de un árbol *(quauh-itl)*, o de la de un águila *(quauh-tli)*. Así el nombre de *Quauhtitlàn*, que hemos dado anteriormente, se encuentra a veces representado por el signo número *29*, en el cual *quauh* aparece figurado por una cabeza de águila; *Huitzilopochco*, nombre de una aldea en otro tiempo situada a orillas de la laguna de Tezcoco, se indica a veces por el signo número *30*, imagen en que figura el dios de la guerra, *Huitzilopochtli*, como elemento fonético; otras veces por el jeroglífico número *31*, un colibrí *(huitzitzil-in)* abriendo el ala izquierda *(opochtli*, la izquierda). De igual modo el nombre de *Aztlán*, la patria mítica de los aztecas, se escribe unas veces mediante la imagen de una garza real *(aztatl)*, otras mediante la de un *azteca*.

Como se ve, el fonetismo de la escritura mejicana era de lo más imperfecto y ocupaba poco lugar en el sistema gráfico. Podemos convencernos de su imperfección por los pocos ejemplos que siguen y que muestran cómo los aztecas han tratado de expresar los nombres de diversos personajes españoles. En el *Codex Osuna*, manuscrito postcolombiano de la Biblioteca Real de Madrid, vemos el nombre de cierto doctor *Gallego* expresado por el jeroglífico número *32*, cuyos elementos fonéticos son la casa *(cal-li)* y el haba *(e-tl)* y deben leerse *calé*; el nombre de *Zurita* se representa (núm. *33)*, mediante una cabeza de codorniz *(zolin)* y debe leerse *zoli* (como la lengua *nahuatl* no tiene la *r*, la sustituye por *l*); en la notación de los nombres *Orozco* (núm. *34)* y *San Francisco* (núm. *35)*, vemos el puchero *(co-mitl)* que sirve para indicar el elemento fonético *co*.

Más tarde, los mejicanos trataron de perfeccionar el fonetismo de su escritura. Nadie duda de que este esfuerzo se hizo para imitar el sistema gráfico de los españoles. El *Codex Vergara* contiene nombres escritos según este sistema: el nombre *Itzcoatl*, representado casi en todas partes de la manera ideográfica número *36*, puntas de flecha de obsidiana *(itz-tli)* sobre una serpiente *(coatl)*, se representa también de una manera puramente fonética, mediante el signo compuesto de una flecha con punta de obsidiana *(itz-tli)*, un puchero *(co-mitl)*, número *37*, y un signo del agua *(atl)*; *tecuhtlacoz* era representado por el signo número *38 (tecuh-tli*, «jefe»; *tla-ntli*, «los dientes» *co-mitl* y *z* o *zo* representado por una punta). Pero la dificultad que experimentaban los escribas aztecas para servirse de esta manera de escritura se acusa por el empleo frecuente en este mismo documento de signos puramente figurativos o ideográficos, por ejemplo: *cayol*, nombre propio, es representado por el signo número *39* (*cayol-lin*, «mosca»); *yaotl*, nombre común que significa «enemigo» y también «guerra», por un escudo atravesado por el arma llamada *maquahuitl* (núm. *40*), etc.

Aubin, basándose en las figuras del *Codex Vergara*, había creído poder trazar un cuadro de los elementos fonéticos de la escritura mejicana (1). Este trabajo, hecho con mucha exactitud, ayuda muy poco, por desgracia, a la lectura de los nombres jeroglíficos de los otros manuscritos y no ahorra al que quiere dedicarse a esta labor de estudiar primeramente la lengua mejicana, cuyo conocimiento es indispensable para



Fig. 124.—Guerrero mejicano (según el *Codex Telleriano-Remensis*, pág. 37).

la comprensión de los jeroglíficos trazados de una manera ideográfica.

No se encuentran los jeroglíficos en todos los manuscritos mejicanos, careciendo casi totalmente de ellos el *Codex Borgia* y los otros documentos del mismo grupo. En los manuscritos zapotecas, tal como el *Codex Vindobonensis*, se les ve en las partes que parecen históricas, en tanto faltan en las que representan escenas religiosas.

El estilo de las figuras que acompañan a los signos de escritura varía también según la naturaleza de los manuscritos.

(1) *Mémoire sur la peinture didactique des anciens Mexicains*. El cuadro de Aubin ha sido reproducido por BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale*. París, 1857, vol. I, introducción.

En los documentos históricos es bastante realista. Los personajes están representados de perfil, más o menos adornados, según la clase a que pertenecen. Los simples guerreros se di-

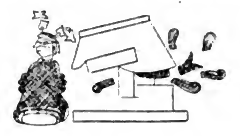


Fig. 125.—Destrucción de la ciudad de *Xocotitlán* (según el *Codex Mendoza*, 10).

bujan según se ve en la figura 124, los jefes se distinguen por diversos adornos (1). Al *tlacatecuhtli* o jefe supremo de la confederación mejicana se le representa sentado en una especie de silla (*icpalli*).

Los sacerdotes tienen, las más de las veces, el cuerpo pin-



Fig. 126.—Emigración de los aztecas por las estepas del Norte (según un manuscrito de la colección Aubin).

tado de negro y en la mano una especie de bolsa o incensario. Los diversos pueblos se diferencian por sus atributos y por

(1) Véase acerca del particular el estudio de E. SELER, *Altmexikanischer Schmuck und soziale und militärische Rangabzeichen* (*Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*, ZE, vol. XXI, páginas 69-83 y XXIII, págs. 114-144, reimpreso en SGA, vol. II, páginas 509-619).

ciertas particularidades del traje. Por la diversidad de sus atributos (pinturas, tocados, adornos), se reconocen también las divinidades (1).

Los actos se dibujan de una manera convencional. Por ejemplo, en las pinturas históricas, la destrucción de las ciudades es representada como indica la figura 125, las emigraciones por una serie de personajes que van por un camino cuya dirección marcan huellas de pasos (fig. 126). En los manuscritos cuyo contenido es puramente religioso, la oscuridad del simbolismo empleado hace imposible muchas veces reconocer la naturaleza de los hechos que se representan. No obstante, cierto número de estos símbolos han podido reconocerse y explicarse de manera satisfactoria. Tal la primera página del *Codex Féjerváry-Mayer*, que representa las seis regiones del mundo con los árboles y los animales a cada una correspondientes.

Réstanos hablar de una clase de signos que desempeña papel importante en todos los manuscritos mejicanos anteriores a la conquista. Son los signos del calendario y las cifras.

Los signos del calendario son de varias clases. En primer lugar, los de los días, en número de veinte, constantemente acompañados de una cifra que indica su lugar en el año. He aquí las figuras de estos signos tal como se ven en los manuscritos del grupo a que pertenece el *Codex Borgia* (fig. 127).

Estas figuras se encuentran también en los manuscritos mixtecas, zapotecas, cuicatecas, etc. Hay, no obstante, diferencias en su uso; en las aztecas, mixtecas y zapotecas, los años comienzan por uno de los cuatro signos *cali*, *tochtli*, *acatl* o *tecpatl*, acompañados de una cifra que no puede ser superior a 13; en los manuscritos cuicatecas, por el contrario, los signos iniciales de los años son *ehecatl*, *mazatl*, *malinali* y *olin*, lo cual indica un calendario del mismo sistema que el de los pueblos anteriores, pero en el que era distinto el punto de partida del cómputo.

La segunda clase de signos comprende las representaciones de nueve divinidades, los «señores de la noche», que regían alternativamente los días del año (fig. 128). Ciertos manuscritos, como el *Tonalamatl* de la colección Aubin (2), están enteramente consagrados a la representación de estas divinidades, junto a las cuales se ven los signos de los días que rigen. Se encuentran pinturas de este género en varios otros manuscritos, especialmente en el *Codex Borgia*, el *Codex Féjerváry-Mayer*, etc. A veces, en lugar de las nueve divinidades se

---

(1) Acerca de los atributos de las divinidades, véase SELER, *Ein Kapitel aus dem Geschichtswerke des P. Sahagun* (SGA, vol. II, páginas 420-508).

(2) Publicado por E. SELER, *Das Tonalamatl der Aubinschen Sammlung*, Berlín, 1900.



Fig. 127.—Signos de los días.

han dibujado símbolos, acerca de los cuales no tenemos todavía seguridad.

En muchos manuscritos precolombinos, ciertas escenas mitológicas indican simbólicamente el fin o el comienzo de los períodos del calendario. A esta clase de representaciones pertenecen los dibujos del *Codex Borbonicus* o calendario ritual de la Biblioteca del Palacio Borbón, que ha editado el conde de Loubat, con un comentario del Dr. Hamy (1). Este precioso manuscrito, cuya publicación ha prestado uno de los

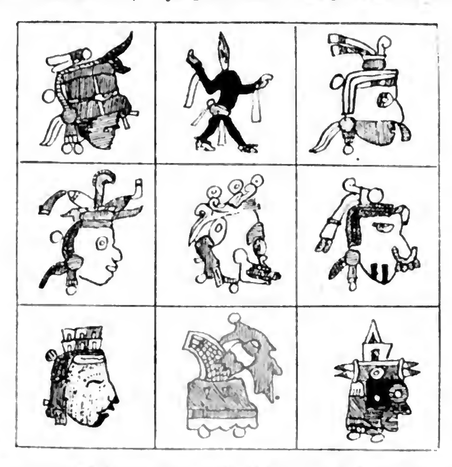


Fig. 128.—Los nueve *Yohualtecuhtin* **o «señores de la noche» (según el** *Codex Cospi).*

más señalados servicios a la ciencia de las antigüedades mejicanas, reproduce en pintura los ritos que se celebraban con ocasión de las 18 fiestas del año mejicano (2).

Los signos del calendario, sobre todo los que representan los días, se encuentran en todos los manuscritos. Los signos iniciales de los años, acompañados de una cifra, nos indican en qué año ha tenido lugar el suceso representado en un dibujo. Si se ha juzgado necesaria mayor precisión, se ha pues-

(1) *Codex Borbonicus, Manuscrit mexicain de la Bibliothèque du Palais-Bourbon.* París, 1899.

(2) Acerca de las 18 fiestas del año mejicano, véase E. Seler, *Die achtzehn Jahresfeste der Mexikaner* (*Veröffentlichungen aus dem Königl. Museum für Völkerkunde.* Berlín, 1902, vol. VI, cuaderno 2-4).

to al lado el día en que el hecho ocurrió. Los acontecimientos míticos que relatan los manuscritos religiosos, están fechados de la misma manera. Pero, principalmente en las pinturas mixtecas y zapotecas, estos signos desempeñan importante papel. Los nombres de las divinidades, los sacerdotes y, en general, los de las personas, se expresan mediante signos de días, acompañados de su número (1). Esta notación indica que, entre los antiguos moradores del Oajaca, las gentes tenían el nombre según el día de su nacimiento, que servía para hacer, por otra parte, su horóscopo. Nos menciona esta costumbre un autor español del siglo XVI.

Los números se indican de una manera muy sencilla, por tantos redondelitos como veces contiene la unidad el número enunciado. Estos redondelitos son de colores diversos. Están agrupados de modo irregular, según el lugar ocupado por los signos que acompañan y la forma de éstos. En el *Codex Féjerváry-Mayer* y el *Codex Laud*, los números están escritos de manera diferente: hasta 4, se utilizan círculos, pero 5 está representado por una línea, 10 por dos, etc., etc.; 13 se escribe $\overset{\cdots}{=}$.

Los manuscritos de época anterior a la conquista no contienen grandes números. Las cifras se emplean, las más de las veces, para indicar los días del calendario, en donde no es necesario anotar números superiores a 13. El *Codex Mendoza*, el *Codex Telleriano-Remensis* y el *Codex Vaticanus A*, que datan de época poco posterior a la llegada de los europeos, nos muestran el procedimiento que usaban los antiguos aztecas para escribir grandes cantidades. Se basa en los principios de su numeración verbal, que era vigesimal, y cuyas unidades de orden creciente eran 1, 20, 400, 8.000. Los números hasta 20 se anotaban con ayuda de círculos, como anteriormente se ha dicho. Para poner 20, se dibujaba una banderita *pantli* o *pamitl*. Para 400, el *Codex Mendoza* y el *Codex Telleriano-Remensis* emplean la imagen de una pluma. Para 8.000, el dibujo es una bolsa tanto en el *Codex Mendoza* como en el *Vaticanus A*. Estas cifras se combinaban de una manera muy sencilla. No se encuentran más que en los manuscritos que muestran los tributos exigidos a las ciudades sometidas a la Confederación mejicana.

Tal son los elementos de la escritura mejicana, en tanto los progresos hechos en su interpretación nos permiten analizarlos. Esta interpretación, iniciada por Aubin, está muy lejos de haber terminado. Los manuscritos posteriores a la conquista, si no están todos interpretados al presente, son al menos in-

(1) E. SELER, *Die archäologischen Ergebnisse meiner ersten mexikanischen Reise* (CA, VII, Berlín, 1888, págs. 111 a 145, impreso en SGA, volumen II, págs. 289-396. Véanse págs. 358-359 de esta reimpresión). Véase W. LEHMANN, *Les peintures mixteco-zapotèques*, págs. 249-250.



terpretables. Pero los documentos tales como el *Codex Borgia*, el *Féjerváry-Mayer*, y sobre todo las pinturas mixtecas, zapotecas y cuicatecas, están lejos de haberse explicado en su conjunto. Las pacientes investigaciones de Seler han aclarado muchas cuestiones, principalmente en lo que concierne a las representaciones religiosas, pero su contenido íntimo permanece todavía oculto para nosotros. En particular, las fechas que leemos al lado de las figuras tienen un sentido que no comprendemos.

Las escenas históricas de las pinturas mejicanas han sido explicadas todas, pero no ocurre lo mismo con las que llenan las producciones gráficas del Oajaca. Ni siquiera estamos en disposición, en el momento actual, de leer los nombres de ciudades que abundan en el *Codex de Viena*, por ejemplo. Débese esto a la insuficiencia de nuestro conocimiento de las lenguas del istmo de Tehuantepec (zapoteca, mixteca, cuicateca). Es un campo abierto al estudio.

CAPITULO VII

Vida privada de los antiguos mejicanos.

SUMARIO: I. La vida urbana, la ciudad y los monumentos.—II. El vestido y el adorno.—III. La alimentación y la cocina.—IV. Las artes industriales: tejido, tintorería, cerámica, trabajo de los metales, talla de las piedras duras.

§ I.—LA VIDA URBANA, LA CIUDAD Y LOS MONUMENTOS

La civilización azteca es una civilización urbana. Méjico, como Roma, había sometido a sus leyes a pueblos diversos, y, como en Roma, los ciudadanos solamente tenían un *status* social bien definido. La plebe de las poblaciones y de las aldeas circundantes no se contaba, al menos en los documentos que la Historia nos ha trasmitido.

Cortés nos hace una descrición de la capital, corazón del Imperio azteca (1). «Esta Gran Ciudad de Temixtitán está fundada en esta Laguna salada (laguna de *Tezcoco*), i desde la Tierra-firme hasta el cuerpo de la dicha Ciudad, por qualquiera parte que quisieren entrar en ella, ai dos leguas. Tiene quatro entradas, todas de Calçada, hecha a mano, tan ancha como dos Lanças Ginetas. Es tan grande la Ciudad como Sevilla, i Córdova. Son las Calles de ella, digo las principales, mui anchas, i mui derechas, i algunas de éstas, i todas las demás, son la mitad de Tierra, i por la otra mitad es Agua, por lo qual andan en sus Canoas: i todas las Calles, de trecho a trecho, están abiertas, por do atraviesa el Agua de las vnas a las otras.

(1) Copiaremos esta descripción del mismo Cortés, *Carta de relación*, (edición de D. Andrés González Barcia, *Historiadores priimtivos de Indias*, volumen I, Madrid, 1749).

E en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, ai sus Puentes, de mui anchas, i mui grandes Vigas juntas, i recias, i bien labradas: i tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de Caballo juntos a la par».

Los autores antiguos nos dicen que las calles de Méjico eran estrechas, muy numerosas e interrumpidas por plazas, a las que daban sombra añosos árboles y en las que se celebraban los mercados. Nos dicen también que cada corporación habitaba un barrio especial: aquí la de los plateros, allí la de los tallistas de piedras duras, más allá la de los titiriteros, etcétera; pero ya hemos visto lo que hay que pensar acerca de sus afirmaciones.

Los «palacios de los príncipes», es decir, los edificios municipales, se alzaban en el centro de la ciudad y ocupaban vasta superficie. El gran *teocali*, templo de *Huitzilopochtli*, cuyos cimientos se han descubierto recientemente (1), era todavía más vasto. Por último, la plaza del gran *tianquiztli* o mercado, establecida en el emplazamiento de *Tlaltelolco*, era, al decir de los cronistas, una de las partes más interesantes de Méjico.

La cifra de población de Méjico ha sido objeto de apreciaciones diversas. TORQUEMADA (2) dice que la capital azteca contaba un millón de habitantes; HERNÁN CORTÉS y PEDRO MÁRTIR DE ANGLERIA pretenden que comprendía sesenta mil casas, lo cual habría dado, según JOURDANET (3), una cifra de 300.000 habitantes; los autores modernos tienden a reducir considerablemente este número y atribuyen a Méjico una población de 50 a 60.000 habitantes (4). Varias particularidades de la historia de la conquista parecen indicar que la población de Méjico no pasó nunca de esta cifra. Los aliados tlascaltecas y chololtecas del ejército de Cortés eran en número de 75.000, los soldados españoles que le acompañaban eran, a lo sumo, unos centenares. Ahora bien, Méjico, ciudad situada en medio de una laguna y accesible solamente por calzadas fáciles de interceptar, fue sometida, con trabajo, es verdad, por los asaltantes, la mayor parte armados a la india. Si Méjico hubiera tenido 100.000 habitantes, no habría podido apoderarse de ella el ejército del conquistador.

Los españoles, cuando penetraron en Méjico, quedaron sorprendidos ante el número y variedad de los edificios.

---

(1) En el curso de excavaciones hechas para el saneamiento de la parte central de Méjico. Véase E. SELER, *Die Ausgrabungen am Orte des Haupttempels in Mexico* (SGA, vol. II, págs. 767-905).

(2) *Monarquia Indiana*, vol. I, libro III, cap. XXIII.

(3) Introducción a la traducción francesa de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, de Fr. BERNARDINO DE SAHAGUN, página XXV.

(4) La cifra de 60.000 habitantes ha sido propuesta en el siglo XVIII por ROBERTSON, *History of America*.



Las casas eran de dos clases: el *teopantzintli* y el *tezcali* (1). El *teopantzintli* se hacía con aparejo de piedra. Era construcción de una sola pieza, rectangular. El suelo era de tierra apisonada y las paredes estaban encaladas. El tejado de estas casas era plano o a una o dos aguas y se cubría con hierbas.

El *tezcali* era de menores dimensiones, las paredes hechas con adobes o con piedras no labradas a escuadra y unidas con arcilla. A veces aun, se hacía con palos cubiertos de arcilla mezclada con hierbas picadas.

Las casas tenían siempre al lado dos dependencias: el *cencali* o granero y el *temazcali* o sudatorio.

El *cencali* existe hoy todavía en todo Méjico. Es una construcción de adobes o de barro cocido, que tiene forma de tinaja y alcanza alturas que varían de dos y medio a cinco metros. En él se almacenan las mazorcas de maíz.

El *temazcali* era el lugar donde se tomaban baños de sudor. Estas construcciones tenían de uno y medio a dos metros de altura por dos a dos y medio de diámetro. Tenían bóveda con saledizo, y en ellas se penetraba por una puerta baja, arrastrándose.

Las grandes construcciones de Méjico han sido destruídas, pero quedan en el Anahuac ruinas que nos dan idea de ellas.

Las ruinas de *Xochicalco* (2), situadas a poca distancia al sudoeste de *Cuernavaca* (la antigua *Quauhnahuac*) en una meseta caliza, se hallan en estado notable de conservación.

Xochicalco, centro de la tribu nahuatlaca de los *Tlalhuicas*, estaba fortificada. Al este se ven todavía las ruinas de dos potentes bastiones; a la izquierda hay una arista muy aguda, al pie de la cual se había abierto profunda trinchera. Otras trincheras hay del lado norte. La eminencia sobre la cual se alzan las ruinas denominadas «Templo de Xochicalco» está defendida por un foso ancho y profundo, que la da vuelta. En la cumbre se yerguen las ruinas, protegidas en el flanco de la colina por levantamientos de tierra. El templo de *Xochicalco*,

---

(1) La construcción de estas dos clases de casas perduraba todavía en Tlaxcalán en los últimos años del siglo XIX. Véase STARR, *Notes upon ethnography of Southern-Mexico* (PDAS, vol. VIII, 1901, páginas 114-116).

(2) Las ruinas de *Xochicalco* fueron ya visitadas y descritas en 1777 por ALZATE y RAMÍREZ, *Descripción de las antigüedades de Xochicalco*. Visitáronlas de nuevo, en 1831 DUPAIX y CASTAÑEDA, publicándose la descripción que de ellas hicieron en el tomo IV de las *Antiquities of Mexico* de KINGSBOROUGH. HUMBOLDT (*Vue des Cordillères*, pág. 98), TYLOR (*Anahuac*, pág. 189), NEBEL las describen brevemente. La descripción más reciente y mejor es la de E. SELER, *Die Ruinen von Xochicalco* (SGA, vol. II, págs. 128-168). Las esculturas que cubren este monumento han sido publicadas íntegramente en la obra de A. PEÑAFIEL, *Monumentos del arte antiguo mexicano*. Berlín, 1890, tomo I.

como todos los de Méjico y de América central, se alzaba sobre una pirámide cuadrangular, orientada a los cuatro puntos cardinales (fig. 129). La base mide 21 metros en los lados norte y sur y 20 metros 93 centímetros en los este y oeste (1). La pirámide tiene dos terrazas. La primera está a tres metros 89 centímetros del suelo. Los muros que la sostienen tienen una inclinación de 73°, están cubiertos de relieves e interrumpidos por una cornisa de 47 centímetros de altura y 23 de saliente. En el lado occidental de la pirámide hay una escalera, cuyos escalones tienen nueve metros 53 centímetros de anchura, 40 centímetros de altos y 30 de espesor. Piedras que

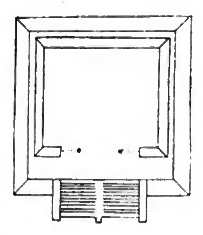


Fig. 129.—Plano del templo de Xochicalco (según *E. Seler, Die Ruinen von Xochicalco).*

todavía hay debajo de la escalera hacen suponer que estuvo dividida en dos partes. Toda la primera terraza está cubierta de escombros, pero se ven todavía muros hechos con lajas de andesita (2). Estos muros circunscriben una gran cámara que estaba probablemente cubierta en otro tiempo con vigas de madera o losas ligeras de piedra. Esta cubierta formaba un techo que sostenía la segunda terraza.

Los muros, así como los frisos que adornan las piedras que sostienen la primera plataforma, están cubiertos de esculturas. Por tres de las caras de la pirámide (la cuarta estaba ocupada por la gran escalera) corre un bajorrelieve, que representa una serpiente, el cuerpo adornado con plumas de *quetzal* (3)

---

(1) Según las medidas del Sr. SEGURA, ingeniero que acompañaba a E. SELER en su viaje a *Xochicalco.*

(2) El P. ALZATE *(Descripción..... pág. 11)*, suponía que sobre esta terraza se alzaban otros cuatro pisos, lo cual no admiten los autores modernos (véase SELER, *Die Ruinen von Xochicalco*, págs. 132-133).

(3) El *quetzal*, o mejor dicho, *quetzali* (*trogon collaris*), es un ave de la familia de las corujas, notable por las largas plumas de un color verde brillante que ostenta en la cola.

(figura 130). Encima de la serpiente aparece esculpido un personaje sentado, las piernas cruzadas «a la turca», y por bajo se lee una fecha: *9 quiahuitl.*

La cornisa y la parte que se conserva de los muros de andesita están también cubiertos de esculturas en mejor o peor estado, y que representan personajes, animales y fechas del calendario.

El templo de *Tepoztlán* es otro ejemplo de la arquitectura religiosa de los mejicanos. Está situado en la cima de una pirámide, que se alza en la cresta de una sierra, a 600 metros por cima de la población actual de *Tepoztlán* (fig. 131). Las construcciones fueron limpiadas de escombros en los meses de agosto y septiembre de 1895, merced al celo de un joven ingeniero mejicano, FRANCISCO M. RODRÍGUEZ y de la población de

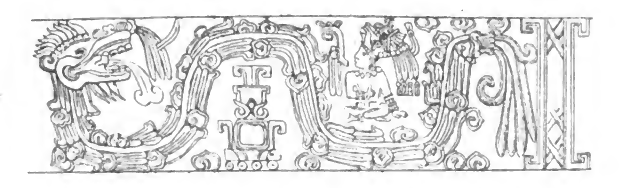


Fig. 130.—Friso esculpido del templo de Xochicalco (según *E. Seler, Die Ruinen von Xochicalco).*

Tepoztlán. Poco tiempo después, el templo fue visitado por el americano MARSHALL H. SAVILLE, que ha publicado una descripción excelente (1).

Se han dispuesto en la colina sobre la cual se alza la construcción escaleras, en parte artificiales, en parte labradas en la peña. Aquí y allá se encuentran inscripciones en bloques de roca dura. La cima del *Cerro de los Tepoztecos*, como se denomina en el país, tiene dos plataformas. La occidental está ocupada por las ruinas del templo. En la oriental hay construcciones de especies y dimensiones diversas, que SELER cree han sido habitaciones de los sacerdotes y otras dependencias.

El templo está construído sobre tosco basamento (fig. 132) y encima viene la pirámide de tres pisos. Del lado oriental una escalera conduce a la primera plataforma, que se alza 9,50 metros por cima de la roca. Se llega también por una escalera dispuesta del lado sur. Queda un gran espacio libre delante

(1) BAMN, vol. VIII, New York, 1896, págs. 25-31. Véase E. SELER, *Die Tempelpyramide von Tepoztlan.*

de los escalones que conducen a la terraza superior En medio de este espacio hay una pequeña depresión cuadrangular, a la cual se debía bajar en otro tiempo, a los cuatro lados, por algunos escalones. Esta depresión correspondería al *quauhxicali*, lugar donde se ponían los corazones de las víctimas sacrificadas y cuya disposición nos describen los autores antiguos



Fig. 131.—Pirámide y temp'o de Tepoztlán (según *E. Seler*, *Die Tempelpyramide von Tepoztlan*).

al tratar del gran templo de Méjico. La escalera, que se encuentra detrás, conduce a la segunda terraza, encima de la cual está construído el templo que forma el tercer piso de la pirámide. Del templo no quedan más que paredes hechas de *tetzontli* (piedra porosa de origen volcánico) rojo y negro, de 1,90 metros de espesor y 2,50 de altura. El techo ha desaparecido por completo. El muro de fachada está sustituído por dos

grandes pilares cuadrangulares, que dejan espacio para una amplia puerta central y dos pequeñas laterales. El espacio an-

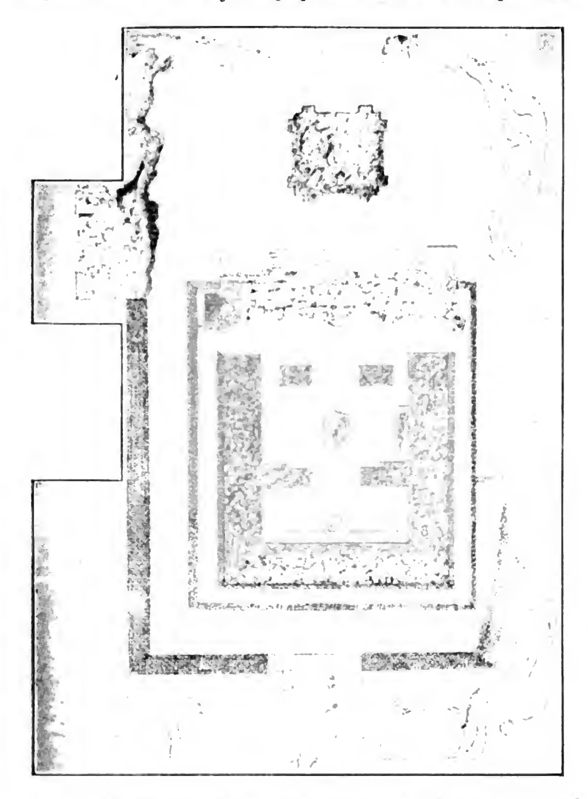


Fig. 132.—Plano del templo de Tepoztlán (según *E. Seler, Die Tempelpyramide von Tepoztlan*).

terior está dividido en dos cámaras por un muro de 90 centímetros de grueso, en el cual se había dispuesto ancha abertura. La cámara de delante tiene 3,73 metros de larga, la de de-

trás 5,20, con una anchura uniforme de seis metros. En medio de la cámara anterior, el Sr. RODRÍGUEZ encontró una oquedad cuadrangular en la que aún había carbón y trozos de copal bien conservados. Era un hornillo en el que se quemaba el copal (*copali*) que servía de incienso a los antiguos mejicanos. Enteramente en el fondo de la segunda cámara, en el eje de la puerta central de entrada, estaba colocado el ídolo, ya desaparecido antes de hacerse las excavaciones. Cerca del sitio donde se alzaba, el Sr. RODRÍGUEZ ha encontrado una especie de pedestal, en el que estaban clavados dos bajorrelieves. Ro-

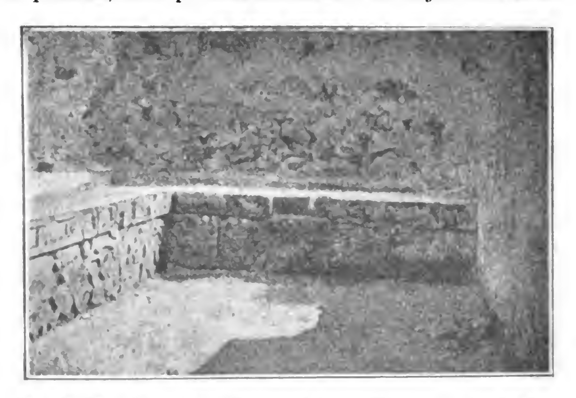


Fig. 133.—Vista de la cámara interior del templo de Tepoztlán (según *E. Seler, Die Tempelpyramide von Tepoztlan*).

deando la cámara posterior por completo, hay un banco de piedra cuya parte vertical está esculpida (fig. 133). SELER supone que el templo de *Tepoztlán* estaba consagrado a *Tepoztecatl*, divinidad local de la pulca u *octli*, de que nos hablan los autores antiguos (1). En cuanto a la fecha de la construcción del templo, dos losas de piedra encontradas en la primera terraza nos la dicen con mucha exactitud. Una contiene la fecha 10 *Tochtli*, otra el jeroglífico bien conocido del *tlacatecuhtli* Ahuitzotl. El *teocali* de *Tepoztlán* fue construído, por tanto, en 1502.

En Méjico hay otras muchas ruinas. Se ven en *Chalco*, *Atlinchán*, *Tezcoco*, etc. Excavaciones recientes han hecho des-

(1) *Die Tempelpyramide von Tepoztlan* (SGA, vol. II, páginas 209-214).

cubrir, en la misma capital, restos de la ciudad antigua y en particular del gran *teocali*.

La distribución general de las ciudades aztecas parece haber sido la siguiente: en el centro una gran plaza, alrededor de la cual estaban los edificios municipales.y el *teocali*. El resto era un amontonamiento de casas bajas, a veces de piedra, pero las más de caña, separadas por calles estrechas y rectas.

§ II.—El traje y el tocado

El vestido de los hombres comprendía un taparrabo, o *maxtlatl* y una manta que se ponía encima de los hombros y bajaba hasta las rodillas (*tilmatli*).

Las mujeres llevaban una especie de camisa larga de tejido ordinario, *huipili*, y una falda, *cueitl*.

El traje difería según la posición social de las personas. Los guerreros, por ejemplo, usaban trajes especiales (1). Los manuscritos antiguos, y especialmente el *Codex Mendoza*, nos han trasmitido las representaciones de las mantas (*tilmatli*) que usaban los guerreros de las ciudades de la meseta del Anahuac. Eran unas muy sencillas, otras muy adornadas, según el clan, la reputación, el grado militar de sus poseedores. Mostraban, a más de las insignias particulares del clan, algunas particularidades individuales. Con nada podría compararse mejor la colección de estos dibujos, que ha publicado Seler (2), que con un «libro de armas». Los diversos grados se distinguían por insignias especiales. Determinados jefes llevaban túnicas adornadas con plumas (*xiuheuatl*, «la camisa de plumas de *cotinga* azules»; *tozouatl*, «la camisa de plumas de cotorra amarillas»; *aztaeuatl*, «la camisa de plumas de garza real blancas», etc.).

Algunos soldados llevaban casacas y sobre ellas cabezas artificiales de animales. Otras veces, la casaca no pasaba del cuello y el guerrero adquiría feroz aspecto adornada la cabeza con largas plumas.

Describamos dos de estos trajes. Uno, el *quetzalpatzactli*, «la doble fila de plumas de *quetzal*», fue copiado por los aztecas de los zapotecas, en tiempo de *Ahuitzotl*, y sólo lo usaban los *tlacatecuhtin*. El otro, el *cuezalpatzactli*, «el adorno de plumas de garza real en forma de peine», está copiado del mismo manuscrito. Lo usaban los jefes subalternos, probablemente los

(1) Véase acerca de este asunto E. Seler, *Altmexikanischer Schmuck und soziale und militärische Rangabzeichen* (SGA, II, páginas 509-619).

(2) Seler, *Altmexikanischer Schmuck...*

achcacauhtin (fig. 134). Los guerreros tenían escudos adornados con la misma «divisa» que sus mantas.

Los jefes civiles usaban también trajes especiales. SAHAGUN, en el quinto párrafo de su *Historia* en lengua *nahuatl*, nos enumera los trajes que vestían los «príncipes» o *tecuhtin* (1). En el mismo capítulo describe las prendas que componían el



Fig. 134.—Trajes guerreros mejicanos.
a. *Cuezalpatzactli*.—b. *Quetzalpatzactli* (según el *Libro de los Tributos*).

traje de las «mujeres nobles». La única diferencia entre el vestido de los jefes y los de las gentes del pueblo estaba en el adorno, que variaba para cada clase de jefe o cada «princesa», en tanto no existía para la plebe, los *macehualtin*.

Jefes y simples ciudadanos llevaban el mismo traje, es decir, los individuos del sexo masculino el *maxtlatl* y el *tilmatli*; las mujeres el *huipili* y el *cueitl*.

El adorno tomaba mil formas. Hemos hablado anteriormente de los tocados y escudos que llevaban los guerreros. Pero cada individuo, según su clan, su posición social, su per-

(1) SELER, *Altmexikanischer Schmuck*, SGA, vol. II, pág. 515.

sonal valor y también según el rango que ocupaba en las ceremonias religiosas, tenía derecho a adornos especiales.

Los aztecas eran muy hábiles plateros. Tallaban las piedras duras: cristal de roca, jaspe, jadeíta. La mayor parte de las alhajas que se han encontrado en el suelo de Méjico son de excelente factura, pero de formas poco variadas. De ello hay que acusar menos a la imaginación de los artistas mejicanos que a la tradición, la cual parece haber impuesto un número restringido de modelos.

Como los primeros conquistadores reunieron todo el oro que pudieron hallar en Méjico para enviarlo a Europa o hacerlo fundir allí mismo, no quedan más que unas pocas alhajas de oro y cobre: campanitas, animalitos hechos con láminas de oro cubiertas de hilo del mismo metal, etc. Poseemos también colgantes de piedra dura: jaspe, cristal de roca, que en su mayor parte parecen ser posteriores a la conquista.

Se han encontrado abundantemente adornos para la nariz o para los labios hechos con metales preciosos o piedras duras. El más común era el *tentetl*, que se ponía en los labios. Como muchos otros pueblos americanos, los aztecas llevaban en el labio inferior un objeto, las más de las veces de piedra, otras de metal, análogo a los «botoques» de los indígenas del Brasil oriental. El *tentetl* tenía generalmente la forma de un pequeño cilindro que se ensanchaba en la base. Los adornos de nariz tenían el nombre genérico de *yacametztli*, «luna de nariz». Se hacían en forma de media luna y esto explica su nombre.

Con ocasión de sus fiestas, los mejicanos se pintaban el cuerpo. Los dibujos eran distintos según aquéllas, pues estaban determinados por la tradición, pero cada individuo tenía el suyo. Empleábanse también especies de sellos, hechos de barro cocido y que se aplicaban a las diversas partes del cuerpo después de haberlos impregnado de colores.

§ III.—La alimentación y la cocina

Los mejicanos eran agricultores, y la base de su alimentación era el maíz.

El grano se machacaba en una losa de piedra *(metlatl)* (1), con una especie de rodillo, igualmente de piedra *(metlapili)*. La masa, que servía para hacer una especie de obleas, se preparaba sobre la misma piedra. Se aromatizaba con pimienta, y a veces con vainilla *(tlilxochitl)*. Se hacían también unos

---

(1) Esta palabra, españolizada en la forma *metate*, sirve para designar hoy esa especie de molino que emplean todos los pueblos indígenas de América central y de parte de América del Sur.

a modo de fillos de maíz en los que se extendía una masa hecha con judías y pimientos machacados.

Los mejicanos hacían gran consumo de chocolate *(chocolatl)*. Obtenían el cacao *(cacahuatl)* de las provincias del Sur, y principalmente del Soconusco. Era un artículo importante de comercio y las almendras de cacao servían como moneda. Para hacer el chocolate, los aztecas pulverizaban, en cantidad igual, almendra de cacao tostada y semillas del árbol *pochotl (Bombax ceiba)*. Aquel polvo se echaba en agua y se removía con un «látigo» o molinillo. La parte grasa del cacao subía a la superficie y era separada del resto del líquido. Se echaba al agua un puñado de maíz tostado y pulverizado y se cocía a fuego lento, luego se añadía la manteca del cacao separada con anterioridad, y todo se mezclaba y se bebía a buen temple. Muchas veces el chocolate se perfumaba con vainilla (1).

A más de estas plantas, cultivaban en sus campos la calabaza, la batata y el ñame *(camotl)*, la judía *(etl)*, el pimiento *(chili)*, el zapote *(chicotzapotl)*, etc.

Los aztecas consumían también cierta cantidad de carne. A más de la caza, de que los mercados estaban siempre abundantemente provistos, consumían perros pequeños *(techichi)* que engordaban, pavos *(huexolotl)* y faisanes *(coxcoxtli)*.

Los mejicanos no tenían ninguna repugnancia en comer insectos, principalmente cierta clase de mosca llamada *axayacatl*, que amasaban con maíz. Esta masa se cocía al horno y se vendía en los mercados. Se hacía igualmente un plato llamado *ahuauhtli* (2) con los huevos de las mismas moscas, recogidos en los juncales de la laguna.

Tenían los mejicanos diversas bebidas fermentadas. La más conocida es el *octli* o *pulca* (3), hecha con jugo fermentado de la *agave americana*. La *pulca* se obtiene del modo siguiente: cuando el agave ha llegado a punto de madurez, se corta el tallo de las flores y las hojas tiernas que lo rodean, y se deja en el centro de la planta una gran cavidad. Se raspa en seguida la superficie de las gruesas hojas de la periferia, y se ve brotar un jugo claro que se vierte en la cavidad central. Se extrae este líquido con un canutillo y se encierra en vasijas para que fermente (4). El *octli* es de un color blanquecino, tiene sabor

(1) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées*, volumen III, págs. 642-648.

(2) En la segunda mitad del siglo XIX, vendíanse aún en el mercado de Méjico esos huevos de mosca. JOURDANET, en la traducción de la *Historia de la conquista de Nueva España* de BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, pág. 517, nota 1, dice que esta materia tiene un gusto fuerte de queso agrio y que se vende con especialidad los viernes de Cuaresma. Su nombre apenas ha varido, *aguauhtle*.

(3) El nombre *pulca*, con el que esta bebida se designa hoy en el mismo Méjico, es de origen araucano.

(4) CLAVIGERO, *Historia antigua de Méjico*, vol. I, libro VII.

algo astringente y emborracha con facilidad. La fuerza y aún el sabor del pulca difieren según las variedades de agave de que se extrae y según las localidades. Se consume hoy todavía en gran cantidad.

Usaban los mejicanos más venenos que el pulca, sirviéndose de ellos en las ceremonias camanísticas para producir alucinaciones. Los principales eran el tabaco *(yetl)*, el *peyotl (Anhalonium Lewinii)*, el *toloache (datura sp.)* y el *ololiuhqui* (convolvulácea del género *ipomea)*.

El tabaco se fumaba en pipa o mezclado con liquidambar, en cigarros. Su uso estaba más o menos enlazado con ritos religiosos.

El *peyotl* lo emplean hoy todavía los indios *huicholes* de la Sierra de Nayarit (1) y hasta los *kiowas* de los Estados Unidos. Es un cactus enano, cuya raíz se corta y se masca seca. El efecto en el organismo es muy violento: sobreexcitación grandísima, acompañada de visiones coloreadas y de una necesidad exagerada de andar. Esta excitación va seguida de una depresión muy grande. Esta planta no era cultivada por los mejicanos, que la obtenían por vía de comercio de los chichimecas del Norte.

§ IV.—ARTES INDUSTRIALES (TEJIDO, TINTORERÍA, CERÁMICA, TRABAJO DE LOS METALES, TALLA DE PIEDRAS FINAS).

Los aztecas eran diestros artífices. Las telas de que hacían sus vestidos se tejían con materias varias. Aun cuando no conocían la lana, la seda y el cáñamo, los mejicanos poseían, no obstante, número suficiente de materias textiles para poder producir tejidos diversos.

Estas materias eran el algodón —el más importante de los textiles americanos—, el hilo de agave, el de *icxotl* (palmera enana) y el pelo de conejo o de liebre.

Con los hilos de magüey o agave, los habitantes del antiguo Méjico hacían telas finísimas. La palmera *icxotl* daba un hilo grueso, que servía para armar en la fabricación de telas de algodón. El pelo de conejo o de liebre se reservaba para las telas finas y sustituía, entre los mejicanos, a la seda. Por último, el algodón servía para todos los usos en que los europeos de entonces empleaban la lana.

El telar era de lo más primitivo. Su anchura correspondía a la de la pieza de tela que había de hacerse. En los dos extre-

---

(1) L. DIGUET, *Le peyotl et son emploi rituel chez les Indiens du Nayarit* (JAP, nueva serie, vol. IV, págs. 21-29). C. LUMHOLTZ, *Symbolism of the Huichol Indians* (MAMN, vol. III, núm. 1).

mos, dos travesaños sostenían la urdimbre, cuyos hilos estaban separados, de dos en dos, por medio de una regleta plana, de madera, que podía pasar de un extremo a otro del telar. Los hilos que formaban la trama eran arrollados en lanzaderas, formadas por trocitos de madera puntiagudos en ambos extremos.

Las labores textiles eran muy distintas en forma y color y, a pesar de lo primitivo del telar, eran casi siempre de admirable finura. Basta, para darse cuenta de la variedad de aspecto de los tejidos mejicanos, dirigir una ojeada a las «divisas» que llevaban los distintos jefes y guerreros mejicanos (1).

Una de las bellezas del arte textil mejicano era la riqueza de colores de las telas. El arte del tinte fue, en efecto, uno de aquellos en que sobresalieron los pueblos del Anahuac. Los colores para teñir se tomaban unas veces del reino mineral, otros del vegetal y hasta del animal.

Los principales colores para el tinte eran el azul oscuro, producido por el añil; el verde claro, obtenido de los carbonatos y acetatos de cobre; el anaranjado, extraído de diversas plantas y el rojo de la semilla del *achiotl* (*bixa orellana*) y, sobre todo, de la cochinilla) Esta última materia tintórea, que más tarde se usó en Europa, procedía del Oajaca y más especialmente del Mixteca inferior. Cuando los mejicanos se apoderaron de la ciudad mixteca llamada *Nochiztlan*, exigieron que les entregasen como tributo anual una cantidad determinada de cochinilla. Este insecto vive en ciertas variedades de *Opuntia*, cuyo cultivo trataron de extender los aztecas en las partes de Méjico que rodeaban a la capital. En el momento de la conquista, había criaderos de cochinilla en la república de *Tlaxcalán*, en *Chololán* y en *Huexotzinco*. Pero, aun en dicha época, el centro más activo de producción era la provincia mixteca (2).

Los aztecas hacían también telas de plumas, ensalzando los antiguos autores su perfección y finura. Estos mantos y trajes servían, como se ha visto, a los guerreros y sacerdotes como vestiduras de gala, o para cubrir las imágenes de los dioses.

El arte del mosaico de plumas era de lo más delicado. No solamente los confeccionadores habían de combinar las plumas de colores diferentes, sino que también lograban, por trasparencia, medios tintes y elegían los materiales para este efecto convenientes. Las plumas más grandes, que servían

(1) E. SELER, *Altmexikanischer Schumck und soziale und militärische Rangabzeichen* (SGA, vol. II).

(2) Hoy todavía, cuando la industria de la cría de la cochillina se ha extinguido por completo en las Canarias, donde los españoles la habían introducido, en la parte del Oajaca habitada por los mixtecas es donde perdura (véase L. DIGUET, *Histoire de la cochenille au Mexique*, JAP, nueva serie, vol. VI, París, 1909, págs. 75-99).

para el fondo, se cosían a la tela que servía de base con hilos, y las plumas más ligeras, que daban los tintes medios, se pegaban sobre las primeras (1). Un buen ejemplar de este mosaico de plumas se conserva en el Museo de Viena. El tejido está montado sobre una armadura de varitas muy finas de bambú, unidas por una red a la que van cosidas las plumas más grandes. Ciertos adornos están hechos con tiras de papel de magüey o pita, sobre el cual se han pegado las plumas finas.

Un delantal de plumas conservado en el Museo de Berlín, está hecho de un tejido basto, sobre el cual se han pegado tiras de papel cortado que sirven de sostén a las plumas.

El arte del bordado de plumas se ha perpetuado hasta el siglo XIX para la confección de ornamentos de iglesia, y un ejemplar muy lindo puede verse en el Museo del Trocadero (París).

Los objetos de piedra utilizados para usos domésticos o guerreros son abundantes. Deben mencionarse, sobre todo, las puntas de lanza y las armaduras de *maquahuitl* u obsidiana partida. Con la misma piedra, los aztecas hacían cuchillitos muy afilados, que se han encontrado con gran abundancia en todas las excavaciones. Tallaban también esta piedra y la pulimentaban para hacer espejos, cuadrados o redondos. Pero como la sustancia no reflejaba lo bastante, hicieron espejos con una pirita de hierro brillante, la marcasita.

Tenemos pocas esculturas de madera del antiguo Méjico, porque el clima húmedo del país las ha hecho desaparecer casi por completo. Puede citarse, sin embargo, como un buen ejemplo de la destreza de los aztecas en esta clase de trabajos, el *teponaztli* (tambor) esculpido, que se encontró en *Malinalco* (2).

Los mejicanos eran excelentes alfareros. La mayor parte de los vasos que fabricaban eran de barro bastante ordinario, pero ciertos objetos de cerámica, imitados de los del Oajaca, son realmente finos. Lo mismo que los restantes pueblos de América, los aztecas desconocían el torno de alfarero. Los cacharros más ordinarios parecen haberse hecho introduciendo barro en un cesto y metiendo todo en el horno.

La cerámica más fina comprende tres tipos principales: el primero es el de los vasos de barro claro, de un amarillo rojizo, con patas; el segundo comprende los objetos hechos de barro cocido sin pulir, encima de los cuales se han hecho adornos en relieve, sobrepuestos; el tercero comprende los vasos de formas distintas, que representan hombres o animales, muy finamente modelados.

---

(1) Véase E. SELER, *L'orfévrerie des anciens Méxicains et leur art de travailler la pierre et de faire les ornements en plumes* (CIA, volumen VIII, págs. 401-452, reproducido en SGA, vol. II, págs. 620-663).

(2) SELER, *Die holzgeschnizte Pauke von Malinalco und das Zeichen atltlachinoli* (SGA, vol. III, págs. 305-355).

Las formas principales son: el plato, más o menos hondo, con tres patas o sin ellas; el tazón, de fondo llano y paredes re-

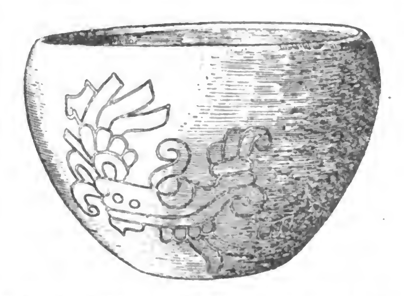


Fig. 135.—Tazón de barro cocido oscuro procedente de Chololán (según *E. Seler, Die archæologischen Ergebnisse*).

dondeadas (fig. 135); el cesto de cerámica, cilíndrico, provisto de un asa; vasos globulares, de boca más o menos ancha, con panzas de cortes distintos; vasos cilíndricos, de pie bajo, hue-

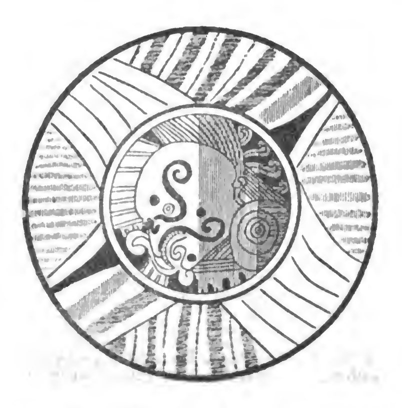


Fig. 136.—Plato adornado con el símbolo de *Mictlantecuhtli*, procedente de Chololán (según *E. Seler, Die archæologischen Ergebnisse.*)

cos, con grandes asas a los lados; vasos troncocónicos dobles; ánforas de muy lindo perfil y de fondo llano, etc.

Gran número de objetos de uso común estaban hechos de barro cocido: las cucharas para el incienso, que se utilizaban en el culto, los braseros (que llegaban a tener 75 centímetros de altura), los picados con que los mejicanos se imprimían dibujos en el cuerpo, etc.

El adorno era a veces de relieve, y se obtenía aplicando al vaso, antes de que estuviera cocido, pedacitos de barro modelado (1). En ocasiones los vasos mismos eran modelados en



Fig. 137.—*Xochipilli*, estatua de piedra del Museo de Méjico.

forma de cabeza humana, de fruta, etc. Casi siempre el adorno era pintado. Es muy grande la variedad de motivos ornamentales. Con frecuencia, para los vasos destinados a usos domésticos, el adorno era geométrico: líneas, círculos, rombos, puntos en series. Para los objetos que se utilizaban en el culto, se empleaban símbolos religiosos: cabeza de muerto (distintivo de *Mictlantecuhtli* (fig. 136), cabeza de jaguar, etc. El colorido era en ocasiones muy rico. En un vaso encontrado en

(1) Este procedimiento fue copiado probablemente por los aztecas de sus vecinos del mediodía (mixtecas, zapotecas) o del este (totonacas, xicalancas), entre los cuales se usaba corrientemente.

Méjico, se observan los siguientes colores: amarillo, blanco, rosa, rojo oscuro, negro. Esta policromía parece deberse a un influjo meridional, así como el estilo de ciertas figuras.

Los mejicanos esculpían la piedra. Los bajorrelieves del templo de Xochicalco, ciertas estatuas, tales como la de *Xo-*



Fig. 138.—Jaguar de piedra encontrado en Méjico según *E. Seler*, *Die Ausgrabungen am Orte des Haupttempels in Mexico).*

chipili (fig. 137), y un jaguar (fig. 138), que se han encontrado en Méjico, nos muestran lo que era su escultura.

Hacían labores de gran exactitud y arcas de piedra que cerraban herméticamente (fig. 139).

Muchas estatuas y bajorrelieves nos permiten seguir la evolución del trabajo escultórico en Méjico. Al principio, las estatuas son muy imperfectas, talladas en piedras porosas (lava) y llenas de agujeros. Poco a poco, la técnica mejora, las figuras pierden su rigidez y se llega a utilizar piedras silíceas.

Pero los mejicanos sobresalían principalmente en la talla

de piedras duras. Los lapidarios aztecas tallaban y esculpían la jadeíta *(chalchihuitl)*, el cristal de roca *(iztactehuilotl)*, la amatista *(tlapal tehuilotl)*, el jaspe y la calcedonia. Montaban las piedras que querían tallar en un pedazo de madera y las labraban con esmeril y un instrumento de cobre endurecido. Cuando la piedra había adquirido la forma deseada, la pulimentaban con un trozo de bambú y arena húmeda (1).

Poseemos algunos productos del arte lapidario de los an-

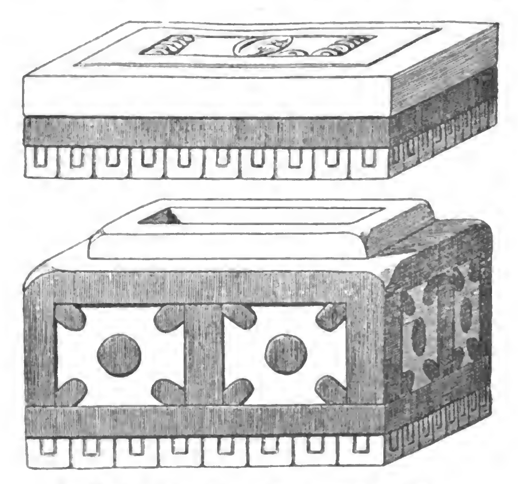


Fig. 139.—Caja de piedra con su tapa, procedente de Tezcoco (según *E. Seler, Ueber Steinkisten)*.

tiguos mejicanos. Puede verse en el Museo del Trocadero toda una serie de pequeños escudos y adornos de jaspe y de cristal de roca, de una perfección y un trabajo admirables. El mismo Museo posee un ejemplar de primer orden. Es una cabeza de muerto, de cristal de roca, que tiene próximamente 15 centímetros de diámetro, y está atravesada, de arriba a abajo, por un agujero perfectamente cilíndrico. No menos notable es el vaso de pulca tallado en jadeíta, que forma parte de la colección Bilimek, en Viena (fig. 140).

(1) E. SELER, *L'orfévrerie des anciens Mexicains et leur art de travailler la pierre.* (S G A, págs. 635-640).

Poseemos algunos objetos en mosaico, tal principalmente el puñal de sílex, con mango que representa a un hombre en cuclillas, que forma parte de la colección Uhde, en el Museo de Berlín.

Por último, los antiguos aztecas trabajaban diversos metales: el cobre, el zinc, la plata y el oro. Diversos pasajes de los autores antiguos permiten creer que conocían varias de





Fig. 140.—Vaso de pulca de jadeíta de la colección Bilimek, existente en el Museo de Historia Natural de Viena.

las aleaciones del cobre, quizá el bronce y el latón, y mezclas de cobre y de plomo.

Los metales se trabajaban a martillo y por fusión. El cobre, o sus aleaciones, sobre todo empleadas para las armas y para las necesidades de la economía doméstica, se fundían de una manera primitiva. Pero los metales preciosos que se creía dotados de misterioso poder y a los que se tributaba un respeto casi religioso, eran trabajados por artistas que constituían una corporación privilegiada, los *teocuitlahuaqué.*

Trabajaban éstos el oro y la plata a martillo, valiéndose de

martillos de piedra, y al repujado haciendo esta operación, con punzones igualmente de piedra. Los fundidores (*teocuitlapitzqué*) hacían los objetos más delicados, destinados al culto. Dichos objetos eran enchapados y ejecutados a cera perdida. El platero empezaba por hacer una mezcla de arcilla y carbón vegetal finamente pulverizado, que dejaba secar y endurecerse al sol. Cuando la mezcla estaba seca, se la daba la forma que se quería, luego se metía la escultura en un baño de cera fundido, de modo que toda su superficie quedase recubierta de una capa de cera delgada e igual. Alrededor del objeto se hacía un molde, igualmente de barro y carbón. El oro y la plata, fundidos en un crisol, eran vertidos en el molde con una cuchara de barro. La cera se fundía y lo de dentro quedaba cubierto de una capa de metal precioso. Bastaba romper el molde para sacar la alhaja, compuesta de una masa de barro y carbón recubierta de una capa de oro (1).

Según hemos dicho ya, los ejemplares de orfebrería mejicana escasean mucho. Los conquistadores fundieron la mayor parte de las alhajas que fueron a parar a sus manos. No obstante, se conservan algunos de estos objetos en los Museos de Europa y de Méjico. Hoy todavía, los mejicanos son hábiles plateros, y puede verse en el Museo del Trocadero una gran placa de oro y plata, ejecutada por artífices indígenas, que la República de Méjico envió a la Exposición Universal de París, el año 1889.

(1) E. SELER, *L'orfévrerie des anciens Mexicains* (SGA, vol. II, páginas 620-635).

CAPÍTULO VIII

Naciones nahuas de América central.

SUMARIO: I. Los Pipilos de Guatemala y de San Salvador.—II. Los Niquiranos de Nicaragua.

§ I.—LOS PIPILOS DE GUATEMALA Y DE SAN SALVADOR

La provincia de Chiapas constituía el límite meridional del Imperio azteca. Al sur se extendía el territorio de los *mayas quichés*, pueblo enteramente distinto de los mejicanos.

No obstante, había entre los mayas islotes habitados por poblaciones que hablaban el idioma nahuatl. El primero de dichos islotes estaba habitado por los *Pipilos*. Comprendía parte de Guatemala, de San Salvador y de Honduras. El segundo era el de los *Niquiranos*, en Nicaragua.

No está claramente definido el origen de los aztecas de América central. ALVA IXTLILXOCHITL hace remontar su emigración a la época en que fue destruído el Imperio tolteca, y dice: «Se dejó con vida a los pocos toltecas que se habían librado de la destrucción. Hubo aún algunos que marcharon a establecerse a Nicaragua y a otras comarcas más remotas» (1).

TORQUEMADA (2) pretende que los pueblos de idioma nahuatl de América central descendían de una colonia de *chololtecas*, venida del *Anahuac* siete u ocho generaciones an-

(1) F. DE ALVA IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*.—El origen «tolteca» de los Pipilos y de los Niquiranos ha sido aceptado recientemente por W. LEHMANN, que, basándose en consideraciones arqueológicas y lingüísticas, ve en estos pueblos los restos de una gran población preazteca, que habría ocupado en los tiempos prehistóricos la América central hasta Costa Rica.

(2) *Monarquia Indiana*, libro III, cap. XL. Comete ciertamente un error designando *Chololán* como punto de partida de esta emigración. El nombre *chololtecas* quiere decir en este caso «las gentes del lugar de la huída», del verbo nahuatl *choloa*, «huir».

tes de la conquista. Estos nahuas habían sido expulsados por la tiranía de los *olmecas*. Siguiendo el consejo de uno de sus sacerdotes, abandonaron su país, se deslizaron de valle en valle y se establecieron en diferentes partes de América central.

JUARROS, en su *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala* (1), apoyándose en FUENTES y GUZMÁN (2), y según pretende en un manuscrito pipilo perdido al presente, nos habla mucho más del caso. Cuenta que *Ahuitzotl*, no habiendo podido someter a las belicosas tribus de las montañas de Guatemala, *Pokomames*, *Quichés*, *Cakchiquelos*, etc., trató de lograr por astucia lo que por la fuerza no había podido conseguir. Reunió gran número de guerreros que recorrieron la costa del Pacífico, haciéndose pasar por mercaderes. Quería abandonar a aquellas gentes en el país en que se instalaran, a fin de que, oprimidos por los naturales, se sublevasen. A favor de esta sublevación, los mejicanos habrían invadido el territorio. Pero la muerte de *Ahuitzotl* vino a interrumpir la añagaza, y los mejicanos quedaron aislados en medio de las poblaciones mayas. Se extendieron poco a poco por las provincias de Sonsonate, San Salvador y San Miguel, en las que muchos nombres de lugares recuerdan la ocupación azteca. Como sus establecimientos adquirieron prosperidad, los *quichés* y los *cakchiquelos* temieron por sus propias poblaciones y decidieron exterminar a aquellos extraños. Los inmigrantes, advertidos del ataque, se armaron y pudieron sostenerse en el país. Las afirmaciones de FUENTES son inverosímiles. Hace ya mucho tiempo que SQUIER ha demostrado la imposibilidad de admitir el origen atribuído a los *pipilos* por el autor guatemalteco. *Ahuitzotl* fue nombrado *tlatohuani* de Méjico en 1486, o sea treinta y ocho años antes de la conquista española. Es imposible que en tan poco tiempo una banda de mercaderes hubiera constituído en Guatemala una población densa y homogénea (3).

Los *pipilos*, en Guatemala y en San Salvador, habitan todavía una parte de la costa del Pacífico, cerca de Escuintla y de Cuajiniquailapa. En esta región los mostraba ya ALVARADO en 1524 (4). El distrito estaba muy poblado en aquella época. ALVARADO nos informa de que, más allá de *Cuzcatlán*, el punto extremo que alcanzó en su viaje de exploración, había grandes ciudades hechas de piedra. Se excusó cerca de Hernán Cortés de no continuar en su empresa, porque el país era demasiado vasto y poblado para que la conquista pudiera terminarse antes de la estación de las lluvias.

---

(1) 2.ª edic., 1857.

(2) *Historia de Guatemala y Recopilación florida*, escrita en 1609, no fue publicada hasta 1882, en Madrid.

(3) SQUIER, *The States of Central America*, pág. 332.

(4) *Segunda carta de Pedro de Alvarado a Hernán Cortés*, 1524 (en ICAZBALCETA, *Colección de documentos*, vol. I).

Según el cronista VÁZQUEZ, el país de los pipilos era llamado *Cuzcatlán*, es decir, «país del collar», o también *Zalcoatitlán* (1).

He aquí cómo JUARROS cuenta la historia de los Pipilos:

Cuando los *quichés* y los *cakchiquelos*, inquietos por el desarrollo que habían adquirido las colonias aztecas de Guatemala, trataron de exterminarlas, los *pipilos* se organizaron a la manera mejicana para resistir sus intentos. Pero los jefes militares abusaron de su poder. Cuando el jefe supremo *Cuaucmichin* (*Quauhmichin*) quiso instituir sacrificios humanos y cambiar algunas de sus costumbres, los *pipilos* se sublevaron y le dieron muerte. Nombraron en su lugar a *Tutecotzimit*, deshonoraron a los jefes militares, así como a los *alahuaes*, que eran los primeros de los *calpuli*. *Tutecotzimit* quiso hacer hereditario el cargo de jefe supremo. Nombró un Consejo formado por ocho de la nobleza, que designó entre sus allegados, y les confirió los poderes judiciales más extensos, haciéndoles promulgar una especie de constitución.

Tutecotzimit venía a ser rey de por vida, y este cargo se trasmitía directamente a su familia, entre sus descendientes varones. *Tilquantzimit*, primogénito del rey, era nombrado jefe supremo del ejército, que mandaría con cuatro ayudantes nombrados por él. A la muerte del rey, su primogénito, el generalísimo, debía sucederle, dado caso, no obstante, de que el Senado juzgase suficiente su edad, o su capacidad, para ocupar este importante puesto. En caso contrario, la misma Asamblea podía elegir al hermano del rey difunto o a uno de sus parientes próximos. El designado reinaba hasta el momento en que el heredero legítimo era juzgado apto para dirigir los asuntos del Estado. Las mujeres no podían aspirar a la sucesión al trono o a cualquier cargo. Todos los dignatarios eran elegidos entre la nobleza, pero habían de demostrar su capacidad para desempeñar los deberes del cargo.

El bosquejo de JUARROS, a pesar de las inverosimilitudes de pormenor, muestra que la organización política de los *pipilos* era bastante parecida a la de los aztecas. No se habla de jefes de tribus, pero se nos señala, de una manera formal, la existencia de los jefes de clanes (los *capuls-calpuli*). Los *alahuaes* no son otra cosa que los *achcacauhtin*. El cargo de jefe supremo de guerra, atribuído al primogenito del rey, era el primero del Estado después del de jefe supremo. Ignoramos si ostentaba el título de *cihuacohuatl*, *tlacochcalcatl* o de *tlacatecatl*, pero es probable que sus funciones fueran análogas a las de los jefes militares mejicanos.

Además, el poder del jefe era ilimitado. Las reglas para suceder establecidas por el supuesto Senado eran las mismas que las que existían en Méjico. Cierto es que el *tlacatecuhtli*

(1) SQUIER, *The States of Central America*, pág. 350.

pertenecía al mismo clan que su predecesor, quizá era su hijo primogénito el que le sucedía y, en todo caso, era el hermano del difunto o «uno de sus parientes próximos».

La nobleza, los esclavos, de que habla JUARROS, son quizá los equivalentes de las clases sociales que mencionan los autores antiguos entre los pueblos del valle de Méjico.

Acerca de la religión, los datos son más vagos todavía. La mitología de los pipilos nos es completamente desconocida. ANTONIO DE HERRERA (1) nos señala un rito de sacrificios. Tenían dos ídolos, uno de forma masculina, otro de forma femenina y los ofrecían sacrificios. Tenían éstos lugar en épocas determinadas por su calendario, se celebraban al principio del invierno y del verano. Se ofrecían a los dioses hijos ilegítimos, de seis a doce años. Los ritos eran parecidos a los de Méjico. Se abría el pecho de la víctima, el corazón se arrancaba y se hacían aspersiones de sangre en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Se hacían también sacrificios al volver de una expedición guerrera coronada por el éxito. La fiesta duraba quince días si se daba en honor de la divinidad masculina, y cada uno de los guerreros que se había distinguido por su bravura sacrificaba un prisionero. Por el contrario, si se hacía en honor de la divinidad femenina, la fiesta no duraba más que cinco días.

ANTONIO DE HERRERA nos habla del sacerdocio entre los pipilos. Los sacerdotes estaban organizados como en Méjico. Su jefe era el gran sacerdote, vestido con largo ropaje azul, a la cabeza una especie de mitra adornada con manojos de plumas multicolores y en la mano un bastón, insignia de su categoría. Venían luego el que HERRERA llama «doctor notable que sabía todo por sus libros y sus hechicerías y que explicaba los presagios»; después cuatro elevados funcionarios religiosos que eran consultados acerca de todo. Había también numerosos sacerdotes subalternos y hechiceros. Cuando moría el gran sacerdote, su sucesor era elegido entre los cuatro ya nombrados (2).

Estos sacerdotes parecen haber tenido atribuciones muy amplias. Realizaban los sacrificios, leían e interpretaban los libros sagrados, fijaban los días de las fiestas, consultaban los oráculos antes de declarar la guerra, celebraban los casamientos, arreglaban los funerales de los jefes, etc., en resumen, tenían todas las atribuciones de los *tlamacazqué* mejicanos.

El calendario pipilo se conoce mal, pero lo que de él se sabe permite creer que es muy parecido al de Méjico.

Un manuscrito, conservado en el claustro de los francisca-

---

(1) *Historia general de los hechos de los castellanos.....*, vol. IV, página 156.

(2) *Historia general de los hechos de los castellanos.....*, vol. IV, libro VIII, cap. XII.

nos de la ciudad de Guatemala, ha dado los nombres de los días, que corresponden por completo a los del calendario azteca:

	Méjico		Pipilo
1	*cipactli*	«cocodrilo»	*cipactli*
2	*ehecatl*	«viento»	*ehecatl*
3	*cali*	«casa»	*cali*
4	*cuetzpalin*	«lagarto»	*qüetzali*
5	*coatl*	«serpiente»	*cohuatl*
6	*miquiztli*	«muerte»	*miquiztli*
7	*mazatl*	«ciervo»	*mazatl*
8	*tochtli*	«conejo»	*toxtli*
9	*atl*	«agua»	*atl* o *quiahuitl* «agua» o «lluvia»
10	*itzcuintli*	«perro»	*ytzcuintli*
11	*ozomatli*	«mono»	*ozumatli*
12	*malinali*	«liana»	*malinali*
13	*acatl*	«caña»	*acatl*
14	*ocelotl*	«jaguar»	*teyolocuani* «hechicero»
15	*quauhtli*	«águila»	*quauhtli*
16	*cozcaquauhtli*	«gavilán»	*tecolotl* «buho»
17	*olin*	«movimiento»	*tecpil anahuatl* «templo»
18	*tecpatl*	«pedernal»	*tecpatl*
19	*quiahuitl*	«lluvia»	*ayutl*
20	*xochitl*	«flor»	*xochitl* (1)

Como se ve, los dos calendarios son idénticos. Cosa curiosa, los nombres de los días difieren menos de los nombres mejicanos que los del *Meztitlán,* provincia costera bastante cercana a la meseta del Anahuac. Como los días del calendario mejicano tienen cada uno una divinidad protectora especial, todo nos permite creer que lo mismo ocurría en el calendario pipilo.

Acerca de los meses, los ciclos y la sincronología con el cómputo europeo, no sabemos nada.

En cuanto a las fiestas, quizá es posible identificar las dos grandes solemnidades que menciona Antonio de Herrera con épocas del calendario azteca. La fiesta del solsticio de invierno y la del solsticio de verano correspondían sin duda alguna a las fiestas *Hueitecuilhuitl* y *Toxcatl* de los mejicanos. Por

(1) El manuscrito de que se ha sacado esta lista se titula *Crónica de la S. Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala.* Ha sido publicado por Seler, *Die Tageszeichen der aztekischen und maya Gottheiten* (SGA, vol. I, pág. 418). Véase E. Seler, *Der Codex Borgia.* Berlín, 1902.

consiguiente, el ídolo masculino habría representado a *Xilonen* y el femenino a *Tzinteotl*.

No se han encontrado en Guatemala y San Salvador ruinas pipilas, ni huella alguna de ciudades o grandes edificios, que tanto abundan en la región vecina, habitada por los mayas quichés. El único descubrimiento es el hecho en 1862 por el Dr. HABEL en los alrededores de *Santa Lucia Cozumalhuapa* (1). Puso al descubierto restos de monumentos y sobre todo losas de piedra, esculpidas en relieve muy bajo. Las más lindas de estas piedras fueron adquiridas por el Museo etnográfico de Berlín, donde se encuentran en la actualidad. Han sido descritas y comentadas por BASTIAN (2).

Otras ruinas señaladas por STOLL en el suelo de Guatemala, en Pantaleón, en Baul, le parece que también han de atribuirse a esta nación (3). Dichos restos, que luego fueron mencionados por BRANSFORD (4), los reprodujo VREELAND (5). En Pantaleón, ciudad vecina a *Escuintla*, VREELAND encontró varias estatuas de gran tamaño, de basalto negro, de un estilo bastante tosco y muy diferente al de América central. Pueden atribuirse estas obras a la nación pipila. Quizá excavaciones bien dirigidas en esta parte de América nos den algunas noticias nuevas acerca de los pipilos.

---

(1) S. HABEL, *The Sculptures of Santa Lucia Cozumalhuapa* (SCK, volumen XXII, Washington, 1880, traducido al francés con el título de *Sculptures de Santa Lucia Cosumal whuapa (Annales du musée Guimet*, volumen X, París, 1894).

(2) *Steinsculpturen aus Guatemala.* Berlín, 1882. Traducción francesa con el título de *Notices sur les pierres sculptées du Guatemala acquises par le musée de Berlin. (Annales du musée Guimet*, vol. X, París, 1894).

El Dr. BASTIAN emite la hipótesis de que estos monumentos son de origen tolteca. Más tarde, el Dr. BERENDT creyó deber atribuirlos a los quichés. STOLL *(Zur Ethnographie der Republik Guatemala.* Zurich, 1880, págs. 13-14) demostró el origen pipilo de estas ruinas.

(3) *Zur Ethnographie der Republik Guatemala.* Zurich, 1880, página 12.

(4) *Report on explorations in Central America in 1881.* (RS, *1882*, Washington, 1884, pág. 811).

(5) CH. VREELAND y J. F. BRANSFORD, *Antiquities at Pantaleon, Guatemala.* (RS, *1884*, Washington, 1885, págs. 719-730).

§ II.—Los niquiranos de Nicaragua

Los primeros testigos, Gonzalo Fernández de Oviedo (1), Las Casas (2), nos dicen que Nicaragua estaba dividida entre dos razas muy diferentes. Una, que habitaba en las costas del Atlántico, llevaba una existencia precaria, alimentándose de la caza y de la pesca, y siéndola casi desconocida la agricultura. La otra habitaba las colinas elevadas del interior, saludables y fértiles.

Esta última, según Fernández de Oviedo, se subdividía en dos naciones: los *chorotegas*, que se extendían a lo largo del océano Pacífico, hasta la región de los dos grandes lagos y hasta la península de Nicoya, es decir, hasta más allá de la frontera actual de Costa Rica. Formaban varias tribus, de que se tratará más adelante. Al norte de éstos, en el lago de Nicaragua y las islas que contiene, y en una estrecha banda de terreno confinante con el Pacífico, vivía un pueblo al que Squier ha dado el nombre de *niquirano* (3).

Los *niquiranos*, por tradiciones suyas, creían haber venido del noroeste. Su país de origen se llamaba *Ticomega Emaguatega* (4). Torquemada dice que los aztecas que llegaron hasta Nicaragua comprendían los chololtecas, que se establecieron en los alrededores del golfo de Nicoya (5). No es seguro todavía que esos *chololtecas* fueran pueblos de origen azteca (6).

Acerca de la historia de los niquiranos no sabemos más que lo que nos dicen Torquemada, y Alva Ixtlilxochitl (7) hace remontar su llegada a Nicaragua a la gran emigración tolteca. Felizmente, sabemos mucho más acerca de sus costumbres, su religión y sus artes.

Los *niquiranos* estaban divididos en numerosas tribus. En algunas, el poder legislativo estaba a cargo de un Consejo

---

(1) *Historia general y natural de las Indias*, libro XXIX, capítulo XXI.

(2) *Historia de los viajes y descubrimientos de los castellanos en América*, pág. 28.

(3) *Nicaragua*, pág. 309. Más tarde, el Dr. Berendt los ha llamado *nicaraos* (Brinton, *The Güegüence*, pág. VI).

(4) Squier, *Nicaragua*, pág. 329.

(5) Torquemada, *Monarquía Indiana*, libro III, cap. LX. (Squier, *Nicaragua*, pág. 330), hace notar que debe tratarse, no del golfo de Nicoya, en Costa Rica, sino del golfo de Fonseca, donde encontró todavía, en 1850, una tribu de *chololtecas*.

(6) Brinton, *The Güegüence*, pág. IX, ve en este nombre una palabra de menosprecio que les habría sido aplicada por los niquiranos.

(7) *Historia de los chichimecas*, pág. 185.

electivo de ancianos (muy probablemente un Consejo de clan) a los cuales se daba el nombre de *Huehue* (1). Ellos nombraban a los jefes militares. Estos últimos formaban parte del Consejo, pero eran cuidadosamente vigilados. El que de entre ellos parecía hacerse influyente y susceptible de asumir el poder, era condenado a muerte por orden de los *Huehue*. Aquellos ancianos eran también los cronistas. Llevaban registros que marcaban las demarcaciones de las tribus y fijaban los límites de las propiedades particulares. Estas especies de planos catastrales eran verdaderos mapas, en los que estaban señalados los ríos, los lagos y los bosques.

Otras tribus eran regidas por caciques cuyo poder era absoluto. Su organización política era en el fondo semejante a la de las tribus democráticas y en ella encontramos todavía caracteres que recuerdan a Méjico.

Los caciques estaban siempre ayudados por un Consejo, cuyos miembros ostentaban insignias honoríficas. Estos consejeros eran nombrados por cuatro meses, luego volvían a mezclarse entre la masa de la población. Su principal deber era nombrar funcionarios ejecutivos, que les quedaban subordinados durante los cuatro meses que duraban sus funciones. Dos de estos oficiales ejecutivos vigilaban los mercados para asegurar el buen orden y castigar a los traficantes que se servían de medidas falsas o que cometían fraude en las mercaderías. Estos mismos oficiales de policía cuidaban del cumplimiento de los deberes de hospitalidad para con los extranjeros. Corresponden, por tanto, perfectamente a los *tianquizpantlayacaqué* de Méjico (2).

El Consejo tenía el nombre de *Monexica* y residía en un edificio particular, llamado *grepon* (el *tecpán* mejicano), rodeado de amplios corredores donde estaban almacenadas las armas de la comunidad (el *tlacochcalco* de Méjico). Esta Asamblea podía combatir en sus resoluciones los actos del cacique, pero el cacique tenía el derecho de hacer caso omiso. Además, podía disolver el Consejo, el cual no era convocado de nuevo sino por su mandato.

Los caciques tenían heraldos que llevaban sus órdenes y trataban los asuntos con los otros jefes (3).

Los guerreros elegían, entre los suyos, un jefe de guerra. Este jefe era el equivalente de los capitanes de los *barrios* de Méjico, *tlacatecuhtli*, etc. Era el que conducía las tropas a la

---

(1) SQUIER, *Nicaragua*, pág. 340, nota 1, ha hecho disertaciones muy aventuradas acerca de esta palabra. Supone que procede de la duplicación de la palabra *hue*, «grande» realmente *huey*) y que habría querido decir «muy grandes». *Huehue* significa simplemente *viejos*.

(2) Véase pág. 291.

(3) FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia..... de las Indias.....*, libro XXIX, cap. XXI.

batalla. Le ayudaban jefes civiles y hereditarios, y, si el jefe militar sucumbía, uno de éstos tomaba el mando del ejército. Todos los guerreros que se habían señalado por su valor, que, por ejemplo, habían vencido a un enemigo en combate singular, adquirían el título de *tapaliqui* (los *tequihua* de Méjico). Al contrario de lo que ocurría en Méjico, los cobardes que desertaban de la lucha no eran condenados a muerte. No se hacía más que quitarles las armas y expulsarlos del ejército. El botín no se distribuía por igual, cada guerrero conservaba el que había podido coger. En cuanto a los prisioneros, los guerreros trataban de hacer los más posibles para los sacrificios, porque esta captura les valía grandes honores.

Acerca de la constitución del clan no sabemos nada positivo, y los pocos datos que nos proporcionan en este punto los autores antiguos apenas parecen dignos de crédito. Fernández de Oviedo, por ejemplo, nos dice que el parentesco no constituía impedimento para el matrimonio en pasando del primer grado (?) y que, por el contrario, los matrimonios entre familia se fomentaban para estrechar los lazos del parentesco (1). El casamiento, por sus ritos, era muy semejante al de los mejicanos. Los padres de los que iban a contraer matrimonio se ponían de acuerdo y, una vez hecho esto, un sacerdote sacrificaba algunas aves y un *rula* (perro) e invitaba a la fiesta a los vecinos y amigos. Luego los esposos iban a una casa donde ardía un fuego de resina y el cacique les dirigía un discurso. Les dejaba luego solos y, cuando la resina se había consumido, el rito quedaba terminado. Los padres daban a la pareja cierta extensión de tierra y árboles frutales que debían asegurarles la subsistencia. Si no tenían hijos, el campo había de volver a manos de las familias respectivas (2). Es probable que esta distribución de tierras se hiciera, no por los padres de los recién casados, sino por el clan. Allí, como en Méjico, la tierra no debía ser recuperada sino en el caso de que se dejase baldía o improductiva, pero lo que pudo engañar a Fernández de Oviedo es que, probablemente, cuando los matrimonios tenían hijos veían aumentar sus campos de cultivo, y los que no tenían sucesión conservaban tan sólo el lote de tierra que habían recibido al casarse.

Fernández de Oviedo nos dice que, «a excepción del cacique, todos los hombres debían ser monógamos». La bigamia se castigaba con el destierro, los bienes del culpable eran confiscados y se daban al cónyuge ofendido, hombre o mujer, el cual se veía libre de los lazos del matrimonio y podía contraer nuevo enlace. No menos sorprendente es el aserto de que en cierta fiesta reinaba total promiscuidad.

Las leyes penales eran severas: el homicidio voluntario se

(1) Fernández de Oviedo, *Historia..... de las Indias.....*, libro X.
(2) Id., *ibid.*, libro X.

castigaba con pena de la vida, el homicida involuntario había de librarse pagando fuerte indemnización. A los ladrones se les afeitaba por completo y eran esclavos de sus víctimas hasta la completa restitución de los bienes robados. Los acusados de delitos contra naturaleza eran lapidados. En cuanto al juicio y sus formas, no sabemos sino lo que se ha dicho anteriormente.

Estamos algo mejor informados en lo que concierne a la religión de los *niquiranos*.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO nos asegura que los habitantes de *Nicaragua* tenían todos la misma religión. Nos hace un bosquejo de ella, según los resultados de una información verificada en 1528 por Fr. *Francisco de Bobadilla*, en virtud de orden de *Pedro Arias Dávila*, gobernador de Nicaragua.

Los dioses de los *niquiranos* se llamaban *teote* (en nahuatl, *teotl*). Moraban en el cielo y eran inmortales. Las dos divinidades supremas, el dios *Tamagostad* y la diosa *Zipaltonal* (*Cipactonal* de Méjico) habían creado la tierra y cuanto en ella hay. Moraban en el este. Uno de los que informaron a BOBADILLA añadía a éstos un dios más joven, llamado *Ecalchot*, y el pequeño *Ciagat* (*Ceacatl*, uno de los sobrenombres de *Quetzalcohuatl*), que también tomaron parte en la creación.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO menciona asimismo a *Home-Atelite* (*Ome-tecuhtli*) y a *Home-Ateciguat* (*Ome-cihuatl*) padres del dios *Quiateot* (*Quiahuiteotl*), que envía la lluvia a los hombres.

Mixcoa (*Mixcohuatl*) era invocado por los comerciantes. Se le hacía oración antes de terminar un trato, porque daba buena suerte. El dios del aire se llamaba *Chiquinau* o *Hecact*, es decir, *Chicunaui ehecatl* (nueve vientos). Por último, BOBADILLA nos menciona al dios del hambre, *Vizetot*, en el que puede verse con facilidad al *Huitziton* del Anahuac.

El mundo fue creado por *Tamagostad* y *Zipaltonal*, y destruído una vez por un diluvio. *Tamagostad* y *Zipaltonal* bajaron entonces del cielo, dispersaron las aguas y crearon de nuevo todas las cosas que vemos hoy.

Los *niquiranos* creían que el alma era un principio inmortal. La llamaban el *julio* o «corazón». Al morir, el *julio* se escapaba del cuerpo, en forma humana.

Después de la muerte, no todas las almas tenían igual destino. Unas iban a habitar al cielo con *Tamagostad* y *Zipaltonal*, otras bajaban al seno de la tierra para ser alojadas por *Miquetanteote* (*Mictlantecuhtli*). Los diversos informadores de BOBADILLA, que pertenecían a clases sociales diferentes, definían de distintas maneras las cualidades necesarias que había de poseer el alma del difunto para ir a habitar en el Elíseo de *Tamagostad*. Los muertos moraban en sus territorios celestiales por la eternidad toda. Se hacía excepción, sin embargo, de las almas de los niños muertos antes del destete. Según el jefe *Mizeztoy*, volvían a la casa de sus padres y éstos los reconocían y daban de comer. Es decir, que en la familia en que un hijo

había muerto, el primero que nacía llevaba el nombre del que acababa de desaparecer.

La parte de la religión que conocemos algo mejor es el ritual. Los datos que proporciona BOBADILLA le fueron proporcionados por trece indios *niquiranos* que le describieron detalladamente los templos y los sacerdotes. Los templos servían principalmente de oratorios. El pueblo acudía a ellos a quemar perfumes delante de los ídolos, y estos ídolos, llamados *teobat*, eran de piedra.

Los templos eran probablemente parecidos a los *teocalis* mejicanos, aun cuando ninguna construcción de este género haya sido descubierta en Nicaragua. Es verosímil que estuvieran compuestos de un patio y de un santuario, en el que estaban colocados los *teobat*. Delante se alzaban cabañas de barro, de forma cónica y llamadas *tezarit*, a las que se subía por una escalera. En ellas tenían lugar los ritos solemnes bajo la dirección de los sacerdotes llamados *tamagoz* (recuerdo lejano del nombre azteca *tlamacazqui)*.

Los informes relativos a los sacerdotes son menos precisos e indican una diferencia bastante considerable con respecto a lo que sabemos del sacerdocio de Méjico: el cacique principal ejercía el cargo de pontífice. Entraba en el templo donde oraba por todos. Mientras permanecía allí, nadie penetraba en el santuario. El cacique estaba en oración un año entero, y para que no tuviera que abandonar el recinto sagrado se le llevaban víveres. Una vez transcurrido el año, se daba una gran fiesta en su honor, se le agujereaban las narices, y luego otro jefe venía a sustituirle, debiendo pasar igualmente un año en aquel lugar, porque el templo debía estar siempre ocupado por un jefe. Los servidores del templo eran célibes que entraban en él bajo la condición de guardar durante un año continencia absoluta, desde el momento en que el cacique entraba en el templo hasta que salía. Se admitía a veces a personas casadas, que pasaban un año al servicio de los dioses.

Los templos eran barridos exclusivamente por mancebos, pues las personas mayores y casadas no podían encargarse de esta labor. Jamás se admitía a las mujeres para estos cargos, ni podían tocar ninguno de los objetos que penetraban en los lugares sagrados.

El rito principal de la religión de los niquiranos, como de todos los pueblos de América central, era el sacrificio de seres humanos, prisioneros de guerra o niños. CERECEDA describe detalladamente estos sacrificios. «Los jefes guardaban cierto número de cautivos de guerra o de niños criados con este objeto. Eran muy considerados, y se les daba todo cuanto pedían. El día designado para la ceremonia, el cacique principal, el «rey», subía al *tezarit* y el pueblo se reunía alrededor del altar. Detrás del cacique venía el sacerdote que anunciaba iba a comenzar un sacrificio. La víctima era tendida sobre una piedra plana, del largo de un hombre, y el sacerdote la abría

el pecho, la arrancaba el corazón y ungía con sangre la boca de los ídolos. Luego el cuerpo era cortado en pedazos que se distribuían entre los sacerdotes, los jefes y el pueblo. La cabeza se colgaba, a modo de trofeo, de ciertos arbolillos que estaban plantados cerca del templo». Según BOBADILLA, se enterraban los cadáveres de los niños sacrificados.

Este mismo autor describe sumariamente los ritos funerarios. Los niños eran envueltos en una tela de algodón y enterrados delante de la puerta de la casa. Los cadáveres de los adultos eran quemados con todos sus bienes y un poco de maíz, que a su lado se colocaba dentro de una calabaza. Se rompían en el lugar de la sepultura ídolos de piedra, «para que pudieran pensar en el muerto durante veinte o treinta días, luego olvidarlos inmediatamente». Cuando moría un cacique, se arrojaban al fuego todas sus riquezas y todo el oro que poseía, luego las cenizas eran recogidas, metidas en una vasija de barro y enterradas delante de la puerta de la casa.

Los primeros colonos españoles vieron que se hacía una especie de confesión auricular. No se confesaba con los *tamagoz*, sino con ancianos, de discreción a toda prueba, elegidos por el Consejo y que debían observar toda su vida una castidad absoluta. Llevaban una calabaza colgada al cuello como distintivo de su cargo. Esta especie de religiosos imponían ciertas penitencias, en beneficio de los templos.

Como en todos los países de lengua *nahuatl*, era de rigor, con ocasión de ciertas fiestas, sacrificar los órganos genitales. La sangre se esparcía sobre maíz, que luego era consumido en comida de comunión.

BOBADILLA nos dice que los niquiranos tenían todos los años veintiuna fiestas, cuyos nombres no ha conservado. CERECEDA y HERRERA nos describen una de estas grandes ceremonias, comprendiendo un sacrificio y una procesión acompañada de danzas y cantos. Todo el pueblo tomaba parte en la procesión, conducido por los sacerdotes, revestidos con largas sobrepellices de telas de algodón y llevando sacos llenos de hierbas pulverizadas. El pueblo seguía, cada cual llevando una banderita en que se representaba una divinidad. El suelo por donde iba el cortejo estaba cubierto de alfombras y sembrado de flores. El sacerdote principal llevaba un gran estandarte e iba a la cabeza. Todos los asistentes cantaban al andar. Cuando el estandarte hacía alto, los cantos cesaban y los asistentes comenzaban las oraciones. A una señal del sacerdote todos se pinchaban, recogían la sangre en papel de maguey, y con éste frotaban la cara del ídolo. Los jóvenes danzaban durante esta ceremonia.

El sacerdote se inclinaba ligeramente delante del estandarte, y los jefes, luego las gentes del pueblo hacían lo mismo, sucesivamente, y todos iban a exponer en voz baja al ídolo sus anhelos.

Es posible que hubiera veintiuna fiestas. En tal caso diecio-

cho debían corresponder a las fiestas mensuales de los aztecas y tres eran especiales de los niquiranos. Desgraciadamente, BOBADILLA ha olvidado decirnos los nombres de estas ceremonias. Por el contrario, nos ha dado los nombres de los días, que corresponden por completo, como los de los Pipilos, a los del calendario de Méjico.

	Nicaragua		Méjico
1	*çipat*	«cocodrilo»	*cipactli*
2	*acat (ecat)*	«viento»	*ehecatl*
3	*cali*	«casa»	*calli*
4	*qüespal*	«lagarto»	*cuetzpalin*
5	*coat*	«serpiente»	*coatl*
6	*misiste*	«muerte»	*miquiztli*
7	*maçat*	«ciervo»	*mazatl*
8	*toste*	«conejo»	*tochtli*
9	*at*	«agua»	*atl*
10	*izqüindi*	«perro»	*izcuintli*
11	*oçomate*	«mono»	*ozomatli*
12	*malinal*	«liana»	*malinali*
13	*agat*	«caña»	*acatl*
14	*oçelot*	«jaguar»	*ocelotl*
15	*oate*	«águila»	*quauhtli*
16	*coscagoate*	«gavilán»	*cozcaquauhtli*
17	*olin*	«viento»	*olin*
18	*tapecat*	«pedernal»	*tecpatl*
19	*quiaüit*	«lluvia»	*quiauitl*
20	*sochit*	«flor»	*xochitl*

Esta lista fue recogida en la aldea *Teoca* por BOBADILLA. Son, dice, los nombres de las divinidades que los habitantes de esta aldea adoraban al comienzo de sus «semanas». Una ojeada basta para demostrar la completa identidad de estos nombres con los del calendario del Anahuac, y nos permite creer que los dos sistemas debían ser sumamente parecidos. Por desgracia, es todo lo que sabemos de la cronología de los *niquiranos*.

Nadie duda que los niquiranos tuvieran libros análogos a los rituales y a los *tonalamatl* de Méjico. FERNÁNDEZ DE OVIEDO (1) dice que en los templos se conservaba una especie de manuscritos. Estaban pintados de negro y encarnado, en pergamino hecho de piel de ciervo. Anchos como la mano del hombre o algo más, tenían de diez a doce metros de largo y

(1) *Historia general de las Indias*, libro IV, cap. XXXVI. HERRERA dice, no obstante, que los *chorotegas* eran los únicos, entre los pueblos de Nicaragua, que poseían manuscritos (*Décadas*, vol. III, libro II, cap. XVIII). Se trata ciertamente de un error.

se plegaban como un biombo. «Aun cuando los caracteres no fuesen letras ni figuras, añade FERNÁNDEZ DE OVIEDO, no dejaban de tener su significación». Ningún manuscrito niquirano ha sido descubierto todavía.

Muy pocas noticias han llegado a nosotros acerca de las prácticas mágicas de los antiguos *niquiranos*. La magia de los maleficios era practicada por individuos *texoxes*, que parecen corresponder a los *techichiuas*, «hechiceros chupadores» de Méjico. Uno de los ritos adivinatorios consistía en lanzar palitos pequeños o briznas de paja. Se nos señala entre los *niquiranos* la creencia en el mal de ojo, cuya existencia en Méjico no nos está bien atestiguada.

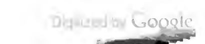
Los *niquiranos* estaban muy bien formados y su tinte era más claro que el de los pueblos circunvecinos. Se afeitaban la cabeza dejando solamente un círculo de pelo, y usaban adornos en las orejas. Se aplastaban la cabeza, costumbre que nunca se nos ha advertido entre los aztecas. «Cuando los niños son muy pequeños, dijeron los indígenas a BOBADILLA, sus cabezas están tiernas y se las da entonces la forma que veis tienen las nuestras, valiéndose de dos pedazos de madera ahuecados por el medio. Esta costumbre, que los dioses comunicaron a nuestros antepasados, nos da un aire noble, y nuestras cabezas se adaptan mejor de esta suerte para llevar cargas».

Sus vestidos estaban hechos con telas de algodón. Los hombres del pueblo iban cubiertos con una especie de jubón sin mangas y un cinturón, que, después de haber dado vuelta al cuerpo, pasaba por entre las piernas y se sujetaba por detrás (1). Las mujeres llevaban una falda que partía de la cintura y llegaba hasta más abajo de las rodillas. Además, una especie de chal envolvía el busto (2). Uno y otro sexo llevaban sandalias de piel de ciervo, llamadas *cutaras* (en nahuatl, *cactli*) y atadas con una cinta de algodón que pasaba por entre los dedos y rodeaba el tobillo.

Las armas de los niquiranos eran idénticas a las de los mejicanos. Consistían en lanzas, flechas con punta de pedernal, de cobre o de espina de pescado y, sobre todo, el *maquahuitl*, garrote en que se habían hincado trozos cortantes de obsidiana. En calidad de armas defensivas, se nos señalan el escudo de madera, cubierto de piel y adornado de plumas, con el blasón de cada combatiente, y la coraza de algodón picado, muy gruesa y casi impenetrable para la flecha (3).

Esta parte de América central no contiene ruinas. Tenemos, para formarnos idea de la antigua arquitectura de los *niquiranos*, que recurrir a los autores antiguos. Se ha leído ya,

(1) El *maxtli* mejicano.
(2) El *huipili* mejicano.
(3) El *ichca-huipili* de los guerreros aztecas.



según FERNÁNDEZ DE OVIEDO y CERECEDA, la descripción de los templos. Las casas de las gentes del vulgo eran construcciones mal hechas de cañas, cubiertas con hierbas (1), análogas a las que habitan hoy todavía algunos indios pobres de Nicaragua. Las residencias de los jefes eran más grandes y cómodas.

Todos los poblados tenían una o varias plazas alrededor de las cuales se agrupaban los templos y los edificios públicos (casa del Consejo, habitaciones de los jefes). A estas construcciones daban sombra árboles corpulentos y tan apretados que el acceso a la plaza resultaba difícil.

En estas plazas tenían lugar, en días establecidos, mercados que se denominaba *tianguez* (forma apenas alterada del nahuatl *tianquiztli*). Por privilegio singular, todo el comercio estaba en manos de las mujeres y era prohibido a los hombres penetrar en el *tianguez* o dirigir siquiera la vista a su interior. Las mujeres de los poblados amigos iban a comerciar a aquellos mercados y llevaban los productos naturales y manufacturados de su terreno.

Aun cuando la mayor parte de las transacciones tuvieran lugar por cambio directo, había, como en Méjico, una especie de moneda. Las almendras de cacao tenían un valor convencional e invariable.

La mayor parte de los autores mencionan la existencia entre los niquiranos de objetos de oro, pero desconocemos su estilo y fabricación. Quizá procedían de los países del sur, Costa Rica y Chiriquí, donde los *güetaros* y los *talamancos* habían progresado bastante en el arte de repujar el oro.

Por el contrario, las excavaciones de BRANSFORD (2) y las de C. BOVALLIUS nos han dado a conocer la cerámica y la escultura antigua de Nicaragua.

En Ometepec, Bransford descubrió algunas urnas funerarias bastante análogas a las encontradas recientemente al norte de la Argentina por E. BOMAN. Abundan los cacharros de reducido tamaño. Las formas son sumamente variadas, encontrándose tipos de todas partes de América. Se ven vasijas en forma de mocasin, análogas a las de los *mounds* de América del Norte; fuentes sostenidas por tres pájaros o tres cabezas de animales, tales como las que se han descubierto en el Perú; tazones semiesféricos que recuerdan la cerámica del Amazonas, escudillas troncocónicas como las de Méjico, y, por último, ídolos de barro cocido que parecen una transición entre los productos de la cerámica azteca y la del Perú.

---

(1) El *xacali* de los mejicanos.

(2) Las excavaciones de BRANSFORD fueron hechas en la isla de *Ometepec*, en el centro del lago de Nicaragua, y en algunas estaciones ribereñas.

El adorno pintado recuerda la linda cerámica azteça o tarasca, salvo que los ceramistas de Nicaragua no disponían de colores tan ricos y variados como sus colegas del norte.

Bovallius ha sido quien principalmente ha dado a conocer las esculturas de los *niquiranos*. Son grandes figuras de hombres o de mujeres desnudas, de un estilo bastante primitivo y muy particular, pero más parecidas a los productos de la plástica güetara o antillana que a los de la escultura mejicana.

Los resultados de las investigaciones arqueológicas prueban que, si los niquiranos fueron, sin error posible, una colonia azteca y si conservaron las costumbres de sus hermanos del norte, no por eso sufrieron menos la influencia de los pueblos vecinos. Sin embargo, no puede mencionarse ningún carácter que los aproxime a los pueblos mayas-quichés. Recuerdan más bien a las tribus del istmo de Panamá, de las Antillas y de Colombia.



Pueblos del grupo Maya.

Pueblos del grupo Quiché.

Pueblos del grupo Tzental.

Pueblos del grupo PoKonchi.

Pueblos del grupo Mame.

Fig. 141.—Mapa del reparto de los ***Mayas Quichés.***

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

2.ª PARTE.—MAYAS-QUICHÉS

CAPÍTULO PRIMERO

Poblaciones primitivas.

SUMARIO: I. Los mayas-quichés.—II. Origen de los mayas-quichés. III. Los textos en lengua indígena.

§ I.—LOS MAYAS-QUICHÉS

Al sur de Méjico vivían, en la época de la conquista, los mayas-quichés.

Constituyen los mayas una de las familias más homogéneas de la etnología americana. Generalmente se les divide en tres grupos: los *huaxtecos* de Veracruz y del Tamaulipas, los *mayas* y los pueblos allegados del Yucatán y del Chiapas, los *quichés* y otras tribus de Guatemala. Pero si se clasifica a los pueblos por sus afinidades lingüísticas, hay que distinguir, en opinión de STOLL (1):

El grupo más occidental, el de los *tzentalos*, llamados también *tzendalos*, *tzeltalos*, etc. Los pueblos que lo componen son los *chontalos*, que viven en Tabasco; los *tzentalos* propiamente dichos, agrupados en la parte nordeste del Estado mejicano de Chiapas, no lejos de Guatemala; los *tzotzilos* (también llamados *quelenos*), *zotzlemos* por los españoles antiguos y desig-

(1) OTTO STOLL, *Zur Ethnographie der Republik Guatemala*, Zurich, 1884.

nados por los pueblos de idioma nahuatl bajo la denominación de *tzinacantecas* (1), que habitan en las cercanías de San Cristóbal, en el centro de Chiapas; los *chaneabalos* o *chañabalos*, que viven al sur y al este de los anteriores, en el Chiapas, cerca de Comitán; los *cholos*, que habitan Guatemala y a los cuales hay que añadir los *chortis*, que residen hoy en la frontera entre Guatemala y Honduras, en los departamentos de Chiquimala y de Zacapa (2) y los *mopanos*, que pueblan una parte del norte de Guatemala.

El segundo grupo es el de los *pokonchis*. Comprende la importante nación de los *quekchis*, que viven alrededor de Coban, en el río Cahabón, en el centro de Guatemala. Los *quekchis* son actualmente la nación india más vivaz de Guatemala y su lengua sustituye poco a poco a las de todas las tribus que la rodean. Los *pokonchis* propiamente dichos, agrupados en los alrededores de Tactic, al sur de los anteriores, y los *pokomamos*, que ocupan la parte sudeste de Guatemala, hacia las fronteras de la República de San Salvador, pertenecen también a este grupo.

El tercero, el de los *quichés*, ha desempeñado el papel histórico más importante. Comprende los *quichés* (o *utlatecas*), que ocupan el sudoeste de Guatemala, hasta la costa del Pacífico; los *uspantecas*, pequeña tribu de los alrededores de San Miguel Uspantán; los *cakchiquelos*, vecinos de los *quichés*, y los *tzutuhilos*, establecidos al norte de los anteriores, en las cercanías de la importante ciudad de Quezaltenango, a orillas del lago de Atitlán.

El cuarto grupo es el de los *mames*. Comprende los *mames*, que pueblan el sudeste de Guatemala, los *aguacatecas*, de las cercanías de Huehuetenango, y los *ixilos*.

El más importante de todos estos grupos es el grupo *maya*. Se halla localizado en el Estado de Yucatán y en la parte nordeste de Guatemala llamada *Petén*. Los *mayas* propiamente dichos habitan en el Yucatán y Honduras británica. El Petén era en otro tiempo el territorio de los *Itzas* o *Itzaex*. Hoy está habitado por una población de indios salvajes, muy tímidos, de difícil acceso, los *lacandones*, que hablan el maya casi puro (3).

Puede decirse, por tanto, haciendo abstracción de los huaxtecas, que los pueblos de idioma maya-quiché ocupan la tota-

(1) *Zotzil* significa «los murciélagos» (en maya *Zotz*). El nombre nahuatl tiene el mismo significado *Tzinacan* = murciélago).

(2) STOLL colocaba a los *chortis* en el grupo *pokonchi*, a causa de su situación geográfica. Pero SAPPER ha demostrado que los dialectos *chol* y *chorti*, aun cuando hablados a distancias considerables, son casi idénticos. *Choles und Chorties* (CIA, Québec, 1907, páginas 423-447).

(3) A. TOTZER, *A comparative Study of Mayas and Lacandones* (*Archaeological Institute of America*, New York, 1907).

lidad del Chiapas (a excepción del territorio habitado por los *chapanecas*), del Yucatán, Honduras británica y Guatemala. Algunos *chortis* habitan las partes occidentales de la República de Honduras, y los *pokomamos* desbordan un poco en San Salvador. A juzgar por la arqueología, los mayas-quichés ocupan aproximadamente el mismo territorio que en otro tiempo. Su límite antiguo está marcado al oeste por los monumentos de *Comalcalco* (Tabasco) y de *Palenque* (Chiapas), al este por los de *Copán* (Honduras), al norte por la punta extrema del Yucatán (cabo Catoche) y al sur por la costa guatemalteca del Pacífico.

§ II.—Origen de los mayas-quichés

Hace mucho tiempo que se ha preguntado si los mayas-quichés eran aborígenes o inmigrados. En el último caso, ¿de dónde venían? Las semejanzas exteriores de la arquitectura y de la escritura que atestiguan los monumentos del Yucatán y de Guatemala con los del Antiguo Continente, han inclinado a ciertos autores a ver en los mayas los descendientes de los egipcios, de los caldeos, de los cartagineses, de los antiguos indos, etc.

La población de estas regiones parece ser reciente y los mayas-quichés es probable que no sean sus más antiguos habitantes. M. Mercer (1), que cuidadosamente ha explorado las cavernas del Yucatán, no ha descubierto en parte alguna huellas muy antiguas de la presencia del hombre. Otras investigaciones, hechas por E. H. Thompson en la caverna de *Loltún* (Yucatán) (2) y por G. Byron-Gordon en la de *Copán* (Honduras) (3), han llevado al descubrimiento, en las capas profundas, de restos que no pertenecen a la industria de los mayas-quichés. Quizá esta antigua población era de la misma raza que los indios poco conocidos que pueblan hoy todavía las selvas de Honduras y de San Salvador, o aun estaba formada por indios semejantes a los que dejaron huellas de su civilización en las Antillas mayores y en Costa Rica.

---

(1) H. Mercer, *The Hill-caves of Yucatan*, New York, 1903.
(2) *Explorations of the cave of Loltun* (MPM, Cambridge (Massachussets), vol. I, núm. 2, 1897).
(3) *Caverns of Copan* (MPM, Cambridge (Mass.), vol. I, núm. 5, 1898).

§ III.—Los textos en lengua indígena

Las tradiciones históricas no tienen mucho más valor que las que relatan los orígenes de la nación azteca. Están consignadas en documentos de distinta naturaleza. En el Yucatán tenemos los Libros de *Chilan-Balam*, escritos por naturales del país que manejaban los caracteres latinos. Contienen, más todavía que las *Relaciones* publicadas bastante recientemente en España, noticias preciosas acerca de las antiguas creencias, la historia y la topografía del Yucatán precolombino. Algunos trozos fueron publicados por D. Pío Pérez en el *Registro Yucateco*, a mediados del siglo xix. Brasseur de Bourbourg (1), Stephens (2) y Brinton (3) han dado también a conocer parte de estos *Libros*. Los manuscritos utilizados por Pío Pérez fueron adquiridos más tarde por el Dr. Behrendt, que no encontró ocasión de utilizarlos. Después de su muerte pasaron a manos de Brinton, el cual publicó algunos trozos en sus *Maya Chronicles* (Filadelfia, 1882) (4).

Brinton (5) publicó otro documento en lengua maya, la *Crónica* de *Chacxulubchen* (nombre de una aldea sin importancia que hoy se conoce por *Chicxculub)*, la cual refiere los sucesos ocurridos en el Yucatán en tiempos de la conquista y un centenar de años antes.

Hasta hoy, no conocemos más que un documento en lengua quiché. Es el *Popol-Vuh*, que Brasseur de Bourbourg ha publicado con el título de *Libro sagrado*. Este libro, cuyos orígenes no sabemos, fue encontrado en 1850 por el Dr. Scherzer en el curso de un viaje de exploración por Guatemala. Los indígenas de este país escribieron Anales, y uno de ellos fue

---

(1) *Relation des choses des Yucatan de Landa*, apéndice I (no numerado por Brasseur), que lleva por título: *Chronologie antique de Yucatan*, texto español de Pío Pérez y traducción francesa, páginas 367-429.

(2) *Incidents of travel in Yucatan*, New York, 1843, vol. II, apéndice I: *A manuscript written in the maya language* (libro de *Chilan-Balam* de *Mani*, págs. 465-469, texto maya y versión inglesa conforme a la española de Pío Pérez).

(3) *Maya Chronicles.*

(4) *The Books of Chilan-Balam (Proceedings of the American Philosophical Society.* Filadelfia, 1882, págs. 125-133). Más tarde, Seler, de paso por América del Norte, copió algunos pasajes de estos preciosos manuscritos. Los *Libros de Chilan-Balam* se custodian, después de la muerte de Brinton, en la Biblioteca de la Universidad de Filadelfia.

(5) *Maya Chronicles*, Filadelfia, 1882.

publicado por BRINTON (1). Era un documento procesal. Se trataba de determinar los derechos del clan de los *Xahilas*, uno de los principales de entre los cakchiquelos. Al mismo origen debemos varios manuscritos en lengua española, redactados con igual objeto, que interesaban a familias quichés y datan del siglo XVI, tal como los *Títulos de los Señores quichés de Totonicapán* (2), los *Títulos de nuestros antepasados de Otzoya*, etcétera, escritos para defender ante el Consejo de Indias las propiedades de los indígenas contra la avidez de los *encomenderos* españoles. Probablemente ocurre lo mismo con el *Manuscrito Tzutuhil* de que BRASSEUR DE BOURBOURG ha publicado numerosos fragmentos, y que parece presentar la mayor semejanza con el *Popol Vuh* y los *Anales de los cakchiquelos*.

Todos los documentos guatelmaltecos nos proporcionan acerca del origen de las tribus datos muy semejantes. Los documentos mayas son muy diferentes, sobre todo quizá en sus partes más antiguas. No obstante, por doquiera domina una leyenda que recuerda la de los *toltecas* del Anahuac: las naciones civilizadas e instaladas, las ciudades creadas por un héroe civilizador que presenta numerosos caracteres comunes con *Quetzalcohuatl*.

---

(1) Dr. BRINTON, *The Annals of Cakchiquels*, Filadelfia, 1892. Varios fragmentos han sido publicados por BRASSEUR DE BOURBOURG en su *Histoire des nations civilisées*, en la que la obra se designa con el título de *Mémorial de Tecpan Atitlan*.

(2) Publicado y traducido al francés por M. DE CHARENCEY, en *Actes de la Société philologique*, Alençon, 1875, págs. 150-162.

CAPITULO II

Los orígenes y las inmigraciones legendarias de los pueblos mayas-quichés.

SUMARIO: I. Leyendas de los quichés y de los cakchiquelos.—II. Tradiciones de los tzentalos.—III. Emigraciones de los mayas.—IV. Quetzalcohuatl-Cuculkan.—V. Monumentos de Chichen-Itza.—VI. Cronología antigua de América central.

§ I.—LEYENDAS DE LOS QUICHÉS Y DE LOS CAKCHIQUELOS

El *Popol-Vuh* nos ha conservado la versión más completa de la creación y de la civilización de los pueblos de América central. La creación del hombre es atribuída a *Tepeu-Gucumatz*, equivalente de *Quetzalcohuatl*, y a cierto número de divinidades colocadas a sus órdenes: *Hunahpu Vuch*, *Hunahpu Utiu*, *Zaki Nima Tziz*. Ayudábanlas en este trabajo las dos divinidades de la magia: *Xpi Yacoc* y *Xmucané*. Los dioses no lo lograron todo al principio. Los primeros intentos fueron destruídos por ellos mismos de una manera que recuerda las destrucciones sucesivas de la «Historia de los Soles» mejicana. A la tercera creación el sol, la luna, las estrellas brillan en el cielo y los dioses descubren, en *Paxil* y en *Cayalá*, los cereales que han de servir de alimentación a los hombres. Los dioses habían creado los antecesores de los cuatro clanes quichés: *Balam-Quitzé*, «el tigre de suave sonrisa», jefe del clan de *Cavek*; *Balam-Ayab*, «el tigre de la noche», jefe del clan de *Nihay*; *Mahucutah*, «nombre señalado», jefe del clan *Ahauquiché*, e *Iqi-Balam*, «tigre de la luna», tronco de los clanes de *Tamub* e *Ilocab*. El *Popol-Vuh* cita trece pueblos que descendían de estos cuatro progenitores.

Los *Anales de los Cakchiquelos*, publicados por BRINTON, dan noticias poco diferentes. El hombre es creado en *Tulán*, que, dicen los *cakchiquelos*, estaba situada muy a occidente de su residencia actual. Abandonaron *Tulán* por la vía marítima y, navegando hacia el este, llegaron al país de *Nonoualcat*, donde

eligieron jefes a *Gayawitz* y *Çactecauh,* los cuales, después de muchas vicisitudes, condujeron al pueblo cakchiquelo a sitio seguro, a Guatemala.

§ II.—Tradiciones de los tzentalos

Las tradiciones de los otros pueblos de la misma región son muy diferentes. Las leyendas tzentalas, que nos refiere Ordoñez y Aguiar (1), mencionan un héroe civilizador llamado *Votan*, venido de un lugar cuyo nombre es *Valum-Votan*, «la tierra de Votan». Llegó por mar a la laguna de Términos, remontó el curso del río Lacandón y se detuvo en la orilla de uno de sus afluentes, fundando una ciudad llamada *Na-chan*, «casa de la serpiente». Los tzentalos, que habitaban en las cercanías, acudieron a ver a los extranjeros instalados en *Nachan*, pronto se mezclaron con ellos y la ciudad vino a ser el centro de un gran Imperio. Los caracteres que Ordóñez atribuye a *Votan* le hacen parecerse de modo extraño a *Quetzalcohuatl*: « *Votan* escribió un libro acerca del origen de los indios y sus emigraciones a estas comarcas. Trató de determinar que descendía de *Imos*, que era de la raza de *Chan*, es decir, de la serpiente, y que su nombre venía de *Chivim*. Fue, dice, el primer hombre que Dios envió a esta región para poblar y repartir las tierras que llamamos América. Da a conocer el camino que siguió y añade que, después de haber fundado su establecimiento, hizo diversos viajes a *Valum-Chivim*. Estos viajes fueron en número de cuatro. En el primero refiere que, habiendo partido de *Valum-Votan*, dirigió su camino a la «morada de las trece serpientes», de allí fue a *Valum-Chivim*, de donde pasó a la ciudad en que vió la casa de Dios que estaban levantando..... Afirma que a su vuelta de la casa de Dios fue segunda vez a examinar todos los subterráneos por donde ya había pasado y los signos que en ellos había. Dice que se le obligó a pasar por un camino subterráneo que iba debajo de tierra y terminaba en la raíz de los cielos. Con respecto a esta circunstancia, añade que el camino no era otra cosa que un agujero de serpiente en el que entró porque era hijo de serpiente» (2). La visita de *Votan* a los lugares subterráneos recuerda el mito oscurísimo del *Popol-Vuh* que refiere la

(1) *Historia del Cielo y de la Tierra.* Manuscrito cuyos fragmentos han sido publicados por Brasseur de Bourbourg en diferentes lugares de su *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale.*
(2) Ordóñez y Aguiar, en Brasseur, *Nations civilisées...*, volumen III, págs. 455-456.

bajada de los hermanos *Hunahpu* al *Xibalba* o reino de las sombras. Salvo esta sola circunstancia, no hay nada de común entre las leyendas tzentalas de ORDÓÑEZ y el *Popol-Vuh* o los *Anales de los Cakchiquelos*. Para algunos autores, el reino de *Xibalba*, o de *Na-Chan*, habría sido el centro de una civilización particular, de la cual habrían salido diferenciadas las de los mayas, los tzentalos, los quichés, los cakchiquelos, etcétera (1).

§ III.—EMIGRACIONES DE LOS MAYAS

Lo que sabemos acerca de las tradiciones antiguas de los *mayas* del Yucatán no recuerda más las ideas de los pueblos de Guatemala. Las tradiciones señalan una doble emigración que habría poblado la península: una habría venido del sudeste, otra del sudoeste. La primera de estas emigraciones es mítica. En cuanto a la otra, quizá corresponde a la llegada al Yucatán de pueblos emparentados con los *quichés* y los *tzentalos*.

La primera emigración estaba guiada por un príncipe o héroe mítico, llamado *Itzamná* o *Zamná*, equivalente al *Votan* tzentalo. Fundó la ciudad de *Mayapán*, que fue durante mucho tiempo la capital del Yucatán, dividió la tierra, la dió a los «señores» que componían su séquito y que tomaron más tarde el nombre de *Cocomos*. SELER (2) ha demostrado que *Itzamná* no era en modo alguno personaje histórico, sino el dios del cielo. DIEGO DE LANDA (3) nos dice que el fundador de *Mayapán* fue *Cuculkán*. «No están de acuerdo acerca de si vino antes o después de los *Itzas* o con ellos, y dicen que era bien dispuesto y que no tuvo nunca mujer ni hijos, y que después de su partida fue tenido en Méjico por una divinidad y llamado *Cezalcouati* (4), y que en el Yucatán se le tuvo también por una divinidad, a causa de su gran celo público».

Así pues, vemos aparecer en todas las tradiciones de la América central recuerdos de la leyenda tolteca.

---

(1) Esta hipótesis, emitida primeramente por BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées*, vol. III, ha sido recogida y desarrollada por H. de CHARENCEY, *Les Cités votanides (Le Museon*, Bruxelles, 1882). La comparte, con alguna vacilación, K. HAEBLER, *Amerika*, pág. 225.

(2) *Quetzalcohuatl-Kukulcan in Yucatan* (SGA, vol. I, pág. 670).

(3) *Relación de las cosas del Yucatán* (págs. 34-38 en la edición de BRASSEUR DE BOURBOURG).

(4) Es decir, *Quetzalcohuatl*. En las transcripciones mayas, la *e* tiene siempre sonido fuerte, aun delante de *e* y de *i*. La *i* final de *Cezalcouati* debe ser un error de copista.

§ IV.—QUETZALCOHUATL-CUCULKAN

Es difícil no reconocer en la persona de *Cuculkán* el equivalente de *Quetzalcohuatl*. En primer lugar, LANDA, como hemos visto, los identifica formalmente. En segundo lugar, el nombre *Cuculkán* tiene en lengua maya la misma etimología que el de *Quetzalcohuatl* en nahuatl (1), y, por último, el nombre de las ciudades que fundaron *Cuculkán* y *Gucumatz* hace pensar en *Tula-Tolán* de los toltecas.

Se ha tratado de identificar ambas ciudades, a fin de indicar el origen de sus fundadores y para determinar cuál fue el pueblo que llevó la civilización a América central y a Méjico. Los principales trabajos acerca del particular son los de BRASSEUR DE BOURBOURG (2), M. DE CHARENCEY (3) y SELER (4).

Este último ha reunido los textos de los antiguos cronistas que podían ayudar al esclarecimiento de la cuestión. El más antiguo figura en el capítulo CXXIII de la *Historia apologética de las Indias* escrita por el obispo de Chiapas, LAS CASAS, según los informes del P. FRANCISCO HERNÁNDEZ, y en él figura *Cocolcán*. Se le describe como un personaje con larga barba. Había enseñado a los hombres a ayunar y a celebrar fiestas religiosas en determinados días, enteramente lo mismo que el *Quetzalcohuatl* tolteca. Los informes de LANDA son más abundantes. Nos dice que *Cuculkán* llevaba el nombre de *Cezalcouati*. Nos dice además que en la ciudad de *Mayapán* había una torre redonda con cuatro puertas, enteramente distinta a todos los monumentos del Yucatán. Aquella torre, así como otra que había en *Chichen-Itza*, había recibido el nombre de *Cuculkán*. Cuando éste volvió a Méjico, se detuvo en *Champotón* y allí mandó erigir un edificio análogo. LANDA nos dice por último que *Cuculkán* fue adorado en *Mayapán*. Después de destruída esta ciudad, se celebraba en la provincia de *Mani* una fiesta que se prolongaba los cinco días últimos del mes de *Xul*. En este tiempo los partícipes de la fiesta habitaban en el templo y se dedicaban a ofrecer sacrificios de alimentos y a quemar incienso a los ídolos. FR. DIEGO LÓPEZ COGOLLUDO, que escribía más tarde que LANDA, ignoraba todos estos pormenores acerca de *Cuculkán*, al cual no conoce sino como una divinidad

(1) *Cukul, cukuitz* es el pájaro designado con el nombre de *quetzali* por los mejicanos, el *Trogon collaris*, y *can* quiere decir serpiente, enteramente lo mismo que *Gucu-matz* en quiché.

(2) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Recherches sur Palenque*. París, 1866, pág. 46.

(3) *Les Cités votanides (Le Museon*, Louvain, 1882).

(4) *Quetzalcouatl-Kukulcan in Yucatan* (SGA, vol. I, págs. 668-706).

que había sido en otro tiempo gran «capitán». Una «Relación» referente a la ciudad de *Motul* o *Mutul*, citada por SELER (1), da algunas indicaciones interesantes. «Los habitantes de esta ciudad, dice, adoraban en un principio a un dios, creador de todas las cosas: pero de una comarca extranjera un gran príncipe había venido con numeroso séquito. Su nombre era *Kukulcán* y él y sus acompañantes habían llegado a ser idólatras. También en el mismo momento los habitantes de *Motul* habían empezado a hacer sacrificios humanos».

El conjunto de estos testimonios podría resumirse así: 1.º, *Cuculkán* era un personaje importante venido de Méjico (LANDA); 2.º, había fundado en el Yucatán las ciudades de *Mayapán* y *Chichen-Itza;* 3.º, había introducido en el país maya ritos nuevos que quedaron y que fueron más tarde causa de su divinización. No ha costado ningún trabajo a SELER demostrar que, al menos en *Chichen-Itza*, ciertos monumentos muestran claramente un influjo extranjero, y que en estos monumentos se veían representados personajes que eran los equivalentes de *Quetzalcohuatl.*

Estas conclusiones parecen, en primer lugar, corroborar la hipótesis antigua que hacía de los toltecas los civilizadores de América central. Pero cuando SELER escribió su artículo, no creía que los toltecas fueran otra cosa que un pueblo mítico de héroes civilizadores, como había supuesto BRINTON (2), y veía en los monumentos de *Chichen-Itza* la prueba de una invasión de pueblos de lengua y de civilización septentrionales. En efecto, los datos, tanto etnográficos como históricos, concuerdan bien con esta manera de ver.

§ V.—MONUMENTOS DE CHICHEN-ITZA

Chichen-Itza posee monumentos numerosos, entre los cuales hay dos particulares, uno de los cuales ha sido llamado el «Caracol» (3). Es de un tipo totalmente desconocido en el resto de América central. La construcción es redonda. Se alza por cima de dos terrazas superpuestas, y tiene cuatro aberturas a los cuatro puntos cardinales. Se entra primeramente en

(1) *Quetzalcouatl-Kukulcan in Yucatan*, pág. 675. Esta Relación está contenida en un manuscrito del Archivo general de Indias de Sevilla.

(2) BRINTON, *Essays of an Americanist*, págs. 165 y siguientes.

(3) Véase STEPHENS, *Incidents of travel in Yucatan*, New York, 1843, vol. II, págs. 298-300; D. CHARNAY, *Les anciennes villes du Nouveau-Monde*, París, 1885, págs. 339-340; W. H. HOLMES, *Archaeological studies among the ancient cities of Mexico* (FCM, *Anthropological series*, volumen I, Chicago, 1897).

un pasillo circular que circunscribe un muro, que tiene otras cuatro aberturas más pequeñas que las del exterior y orientadas a los puntos intermedios del compás. Dan acceso a un segundo pasillo circular, de 1,20 metros de ancho, que rodea una masa cilíndrica, de piedra maciza, que mide próximamente

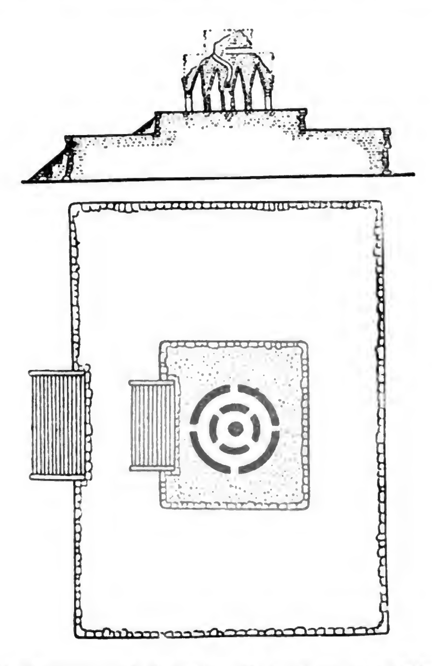


Fig. 142.—Plano y corte del «Caracol» de *Chich-en-Itza* (según *E. Seler, Quetzalcouatl-Kukulcan in Yucatan).*

2,25 metros de diámetro, y que presenta, próximamente a dos metros y medio del suelo, un agujero cuadrado que continúa formando un conducto sinuoso (fig. 142). La única mención que tenemos de otro edificio de forma redonda es la de **Landa**, citada anteriormente a propósito de *Mayapán*, que supone mandó hacer *Cuculkán*. Los escritores que nos dan noticias

acerca del antiguo Méjico dicen todos que los templos consagrados a *Quetzalcohuatl* eran de forma circular (fig. 143).



Fig. 143.—Vista general del «Caracol» de *Chichen-Itza* (según *Stephens, Incidents of Travel in Yucatan*).

El segundo edificio de *Chichen-Itza* que recuerda la manera de construir de los países del Norte, es el llamado «Jue-

go de pelota» (1). Es un monumento cuyo plano reproduce exactamente el de los *tlachtli* o juegos de pelota representados en los manuscritos mejicanos. En la pared, a seis metros por encima del suelo, están empotradas dos anillas de piedra maciza esculpida, por las que probablemente había que hacer pasar las pelotas. Las paredes están cubiertas de bajorrelieves, representando guerreros ricamente vestidos y equipados a la manera de los que aparecen en los manuscritos precolombinos de Méjico y del Oajaca. Además, y es señal por la que se reconoce innegablemente el origen de estas obras de arte, los nombres de estos personajes están indicados por imágenes análo-

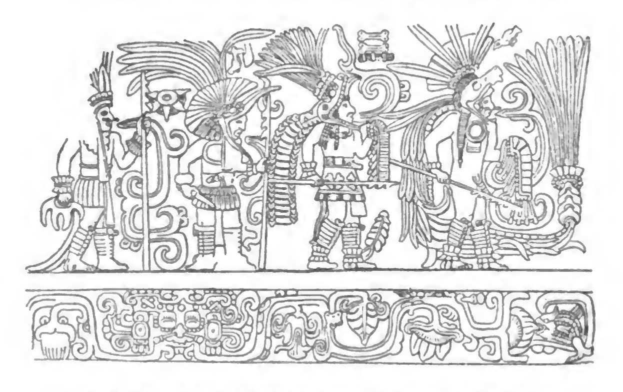


Fig. 144 —Bajorrelieve del «Juego de pelota» de *Chich-en-Itza* (según *E. Seler, Quetzalcouatl-Kukulcan in Yucatan*).

gas a las que se ven en los manuscritos históricos mejicanos, colocadas sobre la cabeza de los personajes (fig. 144). Otras particularidades más vienen a recordar la escritura del Anahuac: de la boca de los personajes que hablan salen volutas adornadas, signo azteca bien conocido y que falta totalmente en los manuscritos o las inscripciones del Yucatán. Estas inscripciones estaban pintadas y han conservado hasta fecha muy reciente su colorido (2). Su aspecto recordaba enteramente el de ciertos manuscritos mejicanos anteriores a la conquista. En los

(1) STEPHENS, *Incidents of travel in Yucatan*, vol. II, págs. 302-308; CHARNAY, *Les anciennes villes du Nouveau-Monde*, págs. 340 y siguientes; W. H. HOLMES, *Archaeological Studies among the ancient cities of Mexico*.

(2) Miss A. BRETON, *The Wall paintings at Chichen-Itza* (CIA, XV[a] sesión, Quebec, 1907, págs. 165-171).

muros de otros monumentos de la ciudad, se han descubierto esculturas que representaban personajes vestidos a la mejicana, los que en su mayor parte son divinidades del Panteón azteca, y especialmente *Quetzalcohuatl* y el disco solar, *Tonatiuh*.

Otro descubrimiento reciente, el de las pinturas murales de Santa Rita, cerca de Corozal, en el distrito de Nenton (Honduras británica) muestra que el influjo del arte mejicano se extendió también al oriente del Yucatán (1). Estas pinturas cubrían las paredes de una cámara enterrada bajo un montículo de tierra. Conservaban bastante brillo y fueron copiadas al momento. Su estilo era semejante al de los manuscritos del grupo borgiano. Era fácil reconocer entre las figuras a *Tezcatlipoca*, a *Iztacoliuhqui*, *Tlaloc*, *Mixcohuatl* y *Quetzalcohuatl*. Todos los símbolos que acompañan a estas divinidades son puramente mejicanos, pero se observan algunas fechas indicadas a la manera de los mayas.

A estas indicaciones de orden arqueológico vienen a añadirse ciertas tradiciones que indican la presencia de los aztecas en esta parte de la América central. LANDA (2) nos dice que los *cocomes*, la dinastía instalada en *Mayapàn* por *Cuculkán*, fueron atacados por un pueblo venido de Chiapas, el de los *Tutul-Xius*. Para resistirles, hicieron alianza con los mejicanos de Tabasco y del Xicalanco, les confiaron la guarda de *Mayapán* y aprendieron de ellos el manejo de las armas en el que eran expertos los *olmecas* y los *xicalancas*. Como los *Tutul-Xius* continuaran, no obstante, amenazadores, las guarniciones mejicanas fueron reforzadas. Este hecho está confirmado por un pasaje del *Libro de Chilan-Balam de Mani*, citado por SELER (3), en el que se habla de los «siete hombres de *Mayapán*», que todos tienen nombres puramente mejicanos, aun cuando un poco alterados por el escriba maya: *Ahzinteyut-chan*, *Tzuntecum*, *Taxcal*, *Pantemit*, *Xuchueuet*, *Ytzcuat*, *Kakaltecat* (4). Encontramos a estos guerreros en *Chichen-Itza*, según el *Libro de Chilan Balam de Titzimin* (5). «Esto ocurrió en el tiempo que *Chac xib chac* fue jefe de *Chichen-Itza*, por

---

(1) TH. GANN. *Mounds in Northern Honduras* (RE, vol. XIX, Washington, 1900, parte I, págs. 661-692).

(2) *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 49 y siguientes.

(3) *Quetzalcohuatl-Kukulcan in Yucatan*, pág. 676.

(4) Probablemente, en nahuatl, *Tzintegotl-cohuatl* (*Chan*, en maya equivale a *cohuatl*), *Tzontecomatl*, *Toxcatl*, *Pantemitl*, *Xochihuehuetl*, *Itzcohuatl*, *Tzacaltecatl*.

(5) En la misma colección, este hecho se refiere como sigue: «En el período llamado 8 *ahau*, ocurrió que *Chac xib chac* fue destronado por *Nacxit Kukulcán*». El hecho, atribuído primeramente a los «siete hombres de *Mayapán*» que llevan nombre nahuatl, se pone luego a cargo de *Nacxit Kukulcán*. En un manuscrito conocido con el nombre de «Títulos de los Señores quichés de Totonicapán», un personaje llamado *Nacxit Kukulcán* aparece como héroe civilizador, el «abuelo» de las tribus quichés.

la traición de *Hunaceel*, jefe de *Mayapán*. Fue en la segunda división del período denominado 8 *ahau* cuando le combatieron los siete hombres de *Mayapán*: *Ahzinteyut-chan*, *Tzuntecum*, *Taxcal*, *Pantemit*, *Xuchueuet*, *Ytzcuat*, *Kakaltecat*» (1).

De todo lo que antecede, parece resultar que los mejicanos invadieron en cierta época el Yucatán, y quizá también parte de Guatemala, y que allí llevaron algunos elementos del culto de *Quetzalcohuatl* y los mitos en que es presentado como el héroe civilizador por excelencia.

Se han expuesto también a propósito de América central hipótesis concernientes a los *toltecas*. BRASSEUR DE BOURBOURG, apoyándose sobre todo en lo escrito por ALVA IXTLILXOCHITL, decía que los *toltecas*, vencidos por los *chichimecas* a fines del siglo III, se vieron obligados a dispersarse en diferentes direcciones y que su entrada en el Yucatán corresponde con lo que los autores mayas han llamado la invasión de los *Tutul-Xius* (2). Esta teoría ha sido recogida y desarrollada por M. CHARNAY (3), que creyó poder bosquejar la historia de los toltecas y hacer un mapa de sus emigraciones.

Recientemente, M. K. HAEBLER ha supuesto que la civilización no había pasado de Méjico al Yucatán y que lo contrario había tenido lugar (4). La civilización se habría desarrollado primeramente entre las tribus mayas que habitaban las llanuras del Chiapas y de Guatemala, y de allí habría pasado al país de los zapotecas, luego a la meseta del Anahuac.

Tal era ya la opinión de BANCROFT (5): «Aun cuando la hipótesis de un origen meridional de la civilización nahua, decía, esté poco probada, nos vemos obligados a admitir que se halla mucho más de acuerdo con los hechos que aquella conforme a la cual habría venido del noroeste». HAEBLER ha insistido, sobre todo, en una particularidad de que tendremos constantemente que ocuparnos al estudiar los pueblos de la América central: «Los mejicanos, dice, tenían un grado de civilización inferior al de las poblaciones de América central. Está demostrado sobre todo por su escritura, que era muy inferior, por la ejecución y el procedimiento, a la de los mayas, que copiaron torpemente».

SELER (6) rechaza por completo la hipótesis de HAEBLER,

---

(1) Citado también por SELER, *Quetzalcohuatl-Kukulcan*, pág. 676, texto maya en nota.

(2) BRASSEUR DE BOURBOURG, *Le Popol-Vuh*, introducción, página CLV.

(3) *Les anciennes villes du Nouveau Monde*, principalmente en las páginas 416-418.

(4) *Amerika*, en la *Weltgeschichte* de HELMOLT, vol. I, páginas 231 y siguientes.

(5) *Native races of Pacific States*, vol. II, pág. 117.

(6) *Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen* (SGA, volumen II, págs. 16-30).

basándose en los argumentos mismos invocados por éste. ¿Cómo creer, dice, que la escritura maya, compuesta de figuras cursivas, muy estilizadas y en las que, las más de las veces, resulta imposible averiguar las cosas que se han querido representar, haya podido dar lugar a dos escrituras (muy semejantes la una a la otra, la zapoteca y la mejicana), en que todo se representa de una manera casi realista? Se apoya, sobre todo, en su refutación, en la identidad de los objetos que representan los signos del calendario. Se ha visto ya que los de los manuscritos mejicanos y mixteco-zapotecas no son más que representaciones de cosas que su nombre designa y que, por ejemplo, *quauhtli*, «águila», está representado por una cabeza de este animal; *cali* «casa», por una casa, etc. Algunos de estos dibujos están trazados de una manera convencional. Tal ocurre con los signos representativos de *tecpatl*, «pedernal», y *acatl*, «caña», etc., pero ninguno ofrece, con la realidad de los objetos, las diferencias que se verán más adelante en los signos mayas. Ahora bien, según SELER (1), los signos mayas, mejicanos o zapotecas representan las mismas cosas. Por tanto, hemos de creer que la forma más sencilla, la de los manuscritos mejicanos, ha dado origen a la más convencional, la de los manuscritos mayas. De donde deduce lógicamente que la invención del *Tonalamatl* y del calendario que rigen la distribución de estos signos, ha sido llevada a los mayas por mejicanos emigrantes, cuya existencia histórica admite después de haberla negado. Ciertas familias mayas habrían conocido primeramente el sistema del calendario y de la escritura como una especie de ciencia oculta, mientras que, paralelamente, la actividad de los cambios entre los pueblos de Méjico y los del Chiapas y Yucatán habría generalizado el uso de la escritura, transformada, según el genio de las naciones mayas, en un tipo gráfico enteramente especial. Por último, como la ciencia de los pueblos del Anahuac hubiera florecido en las regiones del Yucatán y de Guatemala, los mejicanos del Xicalanco vinieron a ser, a su vez, discípulos de los mayas (2).

§ VI.—CRONOLOGÍA ANTIGUA DE LA AMÉRICA CENTRAL

Los monumentos de la región habitada por los pueblos mayas, y principalmente los de los valles del Usumacinta, del Petén, del Motagua y de la frontera de Honduras tienen capital importancia. Las investigaciones del Dr. FÖRSTEMANN,

(1) *Die Tageszeichen der Aztekischen und der Maya-Handschriften und ihre Gottheiten* (SGA, vol. I, págs. 417-504).

(2) *Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen*, páginas 26-27.

de GOODMAN, de BOWDITCH y BYRON GORDON, de SELER han mostrado que estas ruinas están fechadas en su mayor parte (1). Las inscripciones comienzan con un jeroglífico que marca lo que se ha llamado un «período», seguido de cinco grupos de jeroglíficos, cada uno formado por dos signos numéricos en que el multiplicando está indicado por cifras análogas a las de Méjico o por cabezas de divinidades, mientras que los multiplicadores están representados por jeroglíficos que tienen respectivamente los valores 1, 20, 360, 7.200 y 144.000 días. Después de esta fila de signos aritméticos viene, generalmente, una fecha que se supone ser la de la erección del monumento. Los signos numéricos dan, cuando se les totaliza, un número de días, siempre muy elevado, que representa la diferencia de tiempo entre la fecha consignada debajo y la de partida, indicada por el jeroglífico del período y que es la misma para todos los monumentos que conocemos hasta el presente.

El conjunto de las fechas que proporcionan los monumentos de *Copán*, *Quiriguá*, *Menche-Tinamit* (*Yaxchilán* o *Lorillard-City*) y *Palenque* está comprendido en un intervalo total de trescientos cincuenta y cinco años, no habiendo entre las fechas de una misma ciudad más de cien años de diferencia. De aquí se ha deducido que el buen tiempo de la civilización maya fue corto y que ninguna ciudad estuvo habitada más de un siglo. La fecha más antigua se lee en una losa de nefrita, descubierta por el ingeniero holandés VAN BRAAM en la frontera de Honduras británica (2). La más reciente se ha leído en una estela de *Quiriguâ*, en el valle del Motagua. Se designa con el nombre de estela K o de «El Enano». Pero SELER ha descubierto ulteriormente, en excavaciones emprendidas en *Sachana*, cerca de *Chacula*. en la frontera entre Chiapas y Guatemala (3), dos estelas rotas que dan fechas setenta años más recientes que las de «El Enano» de *Quiriguá*. La diferencia total entre las fechas extremas que dan la losa de nefrita y las estelas de *Sachana* es de quinientos sesenta años. Ahora bien, en la época en que se escribió la inscripción encontrada por VAN BRAAM, la escritura maya había logrado ya un perfecto desarrollo, y SELER supone que fue necesario un intervalo de ochocientos a novecientos años entre el tiempo en que se grabaron las inscripciones mayas más recientes y aquél en que los signos mejicanos fueron introducidos en la América central.

Se trata, por tanto, de saber a qué fechas, aproximadamen-

(1) Trataremos detalladamente, cuando hablemos de la escritura de América central, de estas fechas y del modo cómo han podido leerse.

(2) Publicada en CIA, vol. II, Luxembourg, 1877, por el doctor LEEMANS, de Leyden.

(3) E. SELER, *Die alten Ansiedelungen von Chaculá im Distrikte Nenton des Departaments Huehuetenango der Republik Guatemala*, Berlín, 1901, págs. 17-23.



te, de nuestra cronología se refieren las cifras que dan los monumentos de Guatemala y de Honduras. No es fácil dar respuesta. En la época que los europeos llegaron al Yucatán, la cronología de sus habitantes había sufrido una modificación y no correspondía con la de los monumentos. Se había cambiado el comienzo del año y no tenemos medio alguno para saber hasta qué punto había afectado esta mudanza a la cuenta de los años. En este punto, por tanto, nos vemos reducidos a hipótesis. He aquí la que emite SELER: el distrito de *Nenton*, donde descubrió los trozos de la estela de *Sachana*, estuvo por completo deshabitado en los últimos siglos, y ya estaba así en 1559, cuando la expedición del licenciado Pedro Ramírez, habiendo salido de *Comitán*, cruzó el país para ir a la laguna de los Lacandones» (1). Luego el objeto fechado más antiguo que poseemos, la losa de nefrita, debió grabarse por lo menos quinientos sesenta años antes de mediados del siglo XVI, o sea a mediados del X, lo cual haría que la estela K de *Quiriguá* fuese de principios del siglo XIV (2). Obtendríamos así la fecha del setecientos, próximamente, para la época en que se esparcieron pueblos civilizados por la América central e introdujeron en ella la escritura, lo cual corresponde casi a la dada por un documento mejicano, los *Anales de Quauhtitlan*, como época del mayor florecimiento de la civilización tolteca.

Basándose en otras consideraciones históricas, pero apoyándose también en los datos que los monumentos proporcionan, BOWDITCH ha llegado a resultados un tanto diferentes, porque cree poder determinar históricamente y de manera casi segura algunas de estas fechas. Su demostración es la última de una serie de tentativas hechas para fijar la cronología del Yucatán con ayuda de documentos escritos en lengua maya y con caracteres latinos. El principal de estos documentos es un trozo del libro de *Chilan-Balam de Mani*, que publicó STEPHENS en 1843 y que más tarde se ha reproducido varias veces (3). Este texto nos cuenta la historia de los mayas de la provincia de *Mani*, desde el momento en que abandonaron *Nonual*, donde estaban establecidos (4), hasta la llegada de los

---

(1) Sin duda el lago de Petén.

(2) *Einiges mehr über die Monumente von Copan und Quirigua* (SGA, volumen I, pág. 236). Véase *Ueber den Ursprung der mittelamerikanischen Kulturen*, págs. 29-30.

(3) STEPHENS, *Incidents of travel in Yucatan*, vol. II, apéndice I: *A manuscript written in the Maya language. treating of the principal epochs of the history of the Peninsula of Yucatan before the conquest, With Comments by* Don Pío PÉREZ págs. 465-469. Reproducido con traducción francesa por BRASSEUR DE BOURBOURG; *Relación de las cosas del Yucatán*, de LANDA, págs. 420-429, luego por BRINTON, *The Maya Chronicles*, Filadelfia, págs. 87 y siguientes.

(4) *Nonual* ha sido identificado por varios autores con el *Tabasco*. En opinión de BRASSEUR DE BOURBOURG, era la comarca situada entre *Xicalanco* y *Champotón*, a poca distancia del anterior.

españoles y el cristianismo. Ochenta años después de su partida, llegaron a un lugar llamado *Chacnuitán* donde permanecieron noventa y nueve años, luego se fueron a *Chichen-Itza*, donde llevaban ciento veinte años de residencia cuando la ciudad cayó en ruinas. Este texto, a pesar de su aparente claridad, ha hecho aguzar mucho el ingenio de los interpretadores, a causa de divergencias en punto al valor de algunos de los períodos mediante los cuales los mayas, en la época de la conquista, contaban los años. En opinión de Pío Pérez, cuya versión española no ha hecho Stephens más que traducir al inglés, partieron de *Nonual* el año 144 de nuestra era, llegaron a *Chanicután* el año 218, allí moraron hasta el 360 y llegaron a *Chichen-Itza* el 432. Brasseur de Bourbourg coloca la partida de *Nonual* en 401, la llegada a *Chanicután* en 482, y a *Chichen-Itza* en 761. Las cifras de Brinton no son más satisfactorias. Ha numerado simplemente los períodos sin dar fechas precisas, salvo en los años que siguen a la conquista.

Bowditch comparó las fechas de este documento con las que figuran en diversas inscripciones y en particular con la descubierta por M. E. H. Thompson en *Chichen-Itza*, que contenía una fecha más baja que la de «El Enano» de *Quiriguá*. Trató de determinar el sineronismo de las inscripciones centroamericanas y de la era europea. No se ha tratado de la inscripción de *Chichen-Itza*, que constituye la base de este cálculo, y el trabajo de que hablamos no tiene el valor científico que parecía poseer a primera vista.

Por otra parte, Maler acababa de dar a conocer a los americanistas las inscripciones de *Piedras Negras*, ciudad en ruinas del valle del Usumacinta. De estas inscripciones, cierto número contenían fechas iniciales. Entre la primera y la última de estas inscripciones, Bowditch encontró un intervalo de setenta años y doscientos cincuenta días. Entre las fechas extremas proporcionadas por el conjunto de los monumentos de *Quiriguá*, se observa una diferencia de noventa y ocho años y ciento cuarenta y cinco días, estando la última separada por un intervalo de cincuenta y cinco años y ciento dos días de la que figura en la supuesta inscripción de *Chichen-Itza*. Pero entre la primera fecha de *Piedras Negras* y la de *Chichen-Itza* el intervalo es de doscientos setenta y cuatro años y trescientos veintitrés días, lo cual corresponde aproximadamente al tiempo trascurrido entre la llegada de los mayas a *Chacnuitán* y su instalación en *Chichen-Itza*, según el cálculo de Brasseur de Bourbourg. La ciudad de *Chacnuitán* sería, por tanto, *Piedras Negras*. No falta sino encontrar una fecha que indique que esta ciudad fue abandonada después de noventa años de ocupación para que los datos que los monumentos proporcionan concuerden perfectamente con los que figuran en el libro de *Chilan-Balam de Mani*. Ahora bien, la diferencia entre las fechas extremas que conocemos no cubre más que un espacio de setenta años y doscientos cincuenta días, y la aproxima-

ción es, por tanto, muy remota. Resta la cuestión de la correspondencia entre la era maya y la europea. Volviendo a los acontecimientos que tienen fechas seguras, los de la época de la conquista, BOWDITCH trata de determinar la época de la fundación de *Chichen-Itza* (1).

No entraremos en el pormenor de la cronología de BOWDITCH. Diremos solamente que, remontando la serie de las fechas dadas por los libros de *Chilan-Balam*, llegó a determinar, hipotéticamente, las de los monumentos conocidos en aquella época.

Fundación de *Chich'enItza*	348	de J. C.
» *Ceibal* (Petén)	298	»
Abandono de *Quiriguá*	292	»
» *Copán*	231	»
Fundación de *Quiriguá*	195	»
» *Piedras Negras*	109	»
Abandono de *Piedras Negras*	74	»
» *Palenque*	73	»
Fundación de *Copán* (2)	34	»
» *Palenque*	15	a. de J.C.
Fecha que dan las inscripciones de *Yaxchilan (Menche-Tinamit)*	75	»

Esta cronología parece satisfactoria a primera vista. Por desgracia, la fecha de partida está fijada de una manera poco segura, nada prueba que en 348 se fundase *Chichen-Itza*. No hay acuerdo acerca de la cronología de los libros de *Chilan-Balam* y se observará que la fecha escogida por BOWDITCH difiere a la vez de la de Pío PÉREZ y de la de BRASSEUR DE BOURBOURG. La tentativa hecha para establecer una cronología absoluta de los monumentos de América central no nos ha proporcionado una sola fecha precisa.

Pero se puede establecer una cronología relativa que nos dé indicaciones acerca de la marcha de la civilización en la América central. Las ciudades más antiguas son las del Chiapas, el Petén y Honduras. Los datos de los libros de *Chilan-Balam* nos permiten creer que la fundación de las ciudades del Yucatán es más reciente. En cuanto a las ciudades quichés y cakchiquelas de las altas tierras de Guatemala, donde no existen inscripciones, parecen ser más recientes (3).

(1) *Memoranda of the Maya Calendars used in the books of Chilan-Balam* (AA, Nueva York, 1901, págs. 129-138).

(2) Hay en *Copán* fechas más antiguas, pero BOWDITCH las considera tradicionales o míticas.

(3) K. HAEBLER *(Amerika*, págs. 238-240), que no ha hecho uso de los resultados obtenidos al descifrar las inscripciones, es de opinión totalmente opuesta. Para él, las ciudades del Yucatán son las más antiguas, luego vienen las de *Quiriguá*, *Copán*, etc., y por último las de las altas tierras de Guatemala.

Respecto a la historia de las ciudades más antiguas, no sabemos nada. Nuestro conocimiento de los sucesos históricos se limita al Yucatán y a los quichés y cakchiqueles de Guatemala. Por lo que se refiere a los huaxtecas de Veracruz, sabemos lo que nos dicen los anales aztecas, pero no hay ningún documento indígena. Estos datos son, sobre todo, relativos a los conflictos armados entre aztecas y huaxtecas. La guerra principal fue la que estalló cuando *Motecuzoma Ilhuicamina* era *tlacatecuhtli* de Méjico (1449-1461). Los huaxtecas habían dado muerte a unos mercaderes espías de origen azteca que iban por su país, de paso para Guatemala. En diversas ocasiones, la comarca huaxteca estuvo sometida a la intervención de la confederación mejicana, sin que, no obstante, quedasen hondamente modificadas su lengua y sus costumbres.

CAPITULO III

El Yucatán, los mayas y su historia.

SUMARIO: I. Los Chanos o Itzas.—II. Los Tutul-Xius.—III. Los Cocomos y la dominación de Mayapán.—IV. Los Estados mayas en la época del descubrimiento.—V. Conquista del Yucatán.—VI. Pacificación del Petén.

§ I.—Los chanos o itzas

El Yucatán fue teatro de luchas entre varias tribus mayas. Estas luchas nos son referidas por los libros de *Chilan-Balam de Mani*, de *Titzimin* y de *Chumayel* (1), y las obras de LANDA y de FR. DIEGO LÓPEZ COGOLLUDO.

Los *Chanos* o *Itzas*, de que principalmente se han ocupado los libros escritos en lengua maya, habrían partido de *Nonual*, lugar situado a occidente del Yucatán, y habrían llegado a este país ochenta años después de su partida. El Yucatán es designado con el nombre de isla de *Chacnuitán* (2) o *Chacnabitón* (3). Aquí los diferentes textos no están de acuerdo: Dice el uno que, cuando los *itzas* llegaron al *Chacnuitán*, iba a su frente un guerrero llamado *Holonchán tepeuh* (4), mientras

---

(1) De estas fuentes, sobre todo, copiaremos la descripción de los sucesos históricos que se desarrollaron en el suelo del Yucatán. Los libros de *Chilan Balam* que se han utilizado son: el libro de *Maní*, fragmento de que ya hemos hablado y que ha sido publicado por STEPHENS, BRASSEUR DE BOURBOURG y BRINTON; el de *Titzimín*, fragmento intitulado «la Serie de los *Katunes* (BRINTON, *Maya chronicles*, págs. 136-152); el de *Chumayel*, fragmento que lleva por título «el libro de cuentas de los *Katunes*». (BRINTON, págs. 153-162); «libro de los *Katunes* de los hombres de *Itza* llamados los *Katunes* mayas». (BRINTON, págs. 163-171) y «los principales *Katunes*». (BRINTON, páginas 172-181).

(2) Libro de *Maní*, § 1.°

(3) Libro de *Titzimín*, § 2.°

(4) Libro de *Maní*, § 1.°

otro denomina *Mekat Tutulxiu* (1) a este jefe, en tanto LANDA (2) afirma que fue *Cuculkán* el guía de esta emigración.

El libro de *Chumayel* nos cuenta que el pueblo de los *Itzas* estaba dividido en cuatro grupos, que llevaban cada uno el nombre del territorio de donde procedía. Venía uno de *Kin colah Peten*, al este; otro de *Nacocob*, al norte; otro de *Zayuna*, al oeste; el último de las montañas de *Canhek*. Estos cuatro grupos se reunieron en un lugar designado vagamente y partieron en busca de territorios libres. Al llegar donde está *Chichen-Itza*, se detuvieron y fundaron esta ciudad. Entonces adoptaron el nombre de «gentes de *Itza*» (3). Otro pasaje del mismo documento nos dice que en el período llamado el sexto *ahau-katun*» «la ciudad de *Chichen-Itza* fue fundada» (4). LANDA nos dice que se establecieron en el país, lo colonizaron y fundaron, a más de *Chichen*, las ciudades de *Izamal*, *Tihoo* (5), *Champotón* o *Chakanputun* (6) y, más tarde, *Mayapán*.

§ II.—LOS TUTUL-XIUS

Los *Tutul-Xius* venían, dice LANDA, del Chiapas (7). Anduvieron errantes noventa y nueve años (8) por el Yucatán, antes de establecerse. Conquistaron la provincia de *Ziyan-Caan* o *Bakhalal* (9) (hoy *Bacalar*, al sudeste del Yucatán, cerca de la bahía de Chetumal y no lejos de Honduras británica) donde permanecieron por espacio de sesenta años. En el curso de viajes de exploración descubrieron *Chichen-Itza*, que conquistaron (10). Gobernaron esta ciudad durante un centenar de años (11), luego la abandonaron. Los habitantes de *Chichen* se posesionaron de *Champotón* o *Chacanputun*. Los *Itzas*, obli-

---

(1) Libro de *Titzimín*, § 2.°
(2) *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 35.
(3) Libro de *Chumayel*, «los principales *katunes*», § 5.° y 6.°
(4) ID., «el libro de cuenta de los *katunes*», § 1.°
(5) *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 33.
(6) Libro de *Maní*, § 5.°; Libro de *Titzimín*, § 5.°; Libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», § 2.°; «los *katunes* mayas», § 3.°, «los principales *katunes*, § 7.°
(7) *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 48.
(8) LANDA dice que permanecieron cuarenta años vagando por el Yucatán, sin más agua que la que caía del cielo y padeciendo las más grandes privaciones.
(9) Libro de *Maní*, § 3.°; Libro de *Titzimín*, § 3.°
(10) Libro de *Maní*, § 4.°; Libro de *Titzimín*, § 3.°; Libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», § 1.°
(11) El libro de *Maní*, § 6.°, dice ciento veinte años, el de *Titzimín*, párrafo 5.°, dice doscientos.

gados a abandonar su ciudad, se refugiaron en los bosques (1). Tomaron el nombre de *Mayas* y fundaron la ciudad de *Mayapán* o *Zaclactun Mayapán* (2).

§ III.—Los cocomos y la dominación de Mayapán

Los *Tutul-Xius* continuaban sus conquistas y poco tiempo después uno de sus jefes, *Ahcuitok Tutul-Xiu*, fundó la ciudad de *Uxmal* (fig. 145) (3). La ciudad de *Chichen-Itza* fue repoblada y los *Tutul-Xius* de *Uxmal* hicieron alianza con sus habitantes y con los *itzas* o *mayas* de *Mayapán*. Esta última ciudad adquirió muy pronto considerable importancia. Como sus jefes pertenecían a la familia de los *Cocomos*, acabaron por anteponerse a los de *Uxmal* y *Chichen*. Uno de ellos, *Hunac Ceel*, trató de imponer la dominación de los *mayas* en el Yucatán todo. Empezaron las hostilidades entre los *mayas* y los habitantes de *Chichen-Itza*, gobernados a la sazón por un jefe llamado *Chac xib chac*. *Hunac Ceel* había hecho alianza con los mejicanos del Tabasco y de Xicalanco, y las tropas estaban mandadas por los «siete hombres de Mayapán» de que ya hemos hablado: *Atzinteyut chan*, *Tzuntecum*, *Taxcal*, *Pantemit*, *Xuchueuet*, *Itzcoat* y *Kakaltecat* (4). La ciudad fue tomada por los aliados y *Chichen-Itza* colocada bajo la dependencia de *Mayapán*. Más tarde, los habitantes de *Chichen-Itza* cobraron nuevos ánimos. Capitaneados por el jefe *Ulmil* y ayudados por los habitantes de *Izamal*, atacaron la fortaleza de *Mayapán* y de ella se hicieron dueños (5). Las gentes de *Chichen* gobernaron *Mayapán* durante un centenar de años, pero entonces bajaron de las montañas tribus salvajes, designadas con el

---

(1) Libro de *Mani*, § 7.°; Libro de *Titzimin*, § 6.°; Libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», § 2.°; «los *katunes mayas*», párrafo 3.°; «los *katunes* principales», § 7.°

(2) Libro de *Chuyamel*, «los *katunes* principales», § 7.°; los *katunes* mayas», § 3.°, refieren esta creación algo distintamente. Quizá se alude a la fundación de *Mayapán* en el § 7.° del libro de *Mani*: «cuarenta años después de la pérdida de *Chanputun*, ellos (los *itzas*) tuvieron de nuevo viviendas fijas».

(3) Libro de *Mani*, § 8.°; Libro de *Titzimin*, § 8.° (es llamado *Ahzuitok*).

(4) Libro de *Mani*, § 9.°; Libro de *Titzimin*, § 9.° Los nombres son los mismos en ambos documentos. El libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*» no da estos nombres. El «libro de los *katunes* mayas» da a los destructores de *Chichen-Itza* los nombres de *Pop Hol Chan* y *Kinich Kakmo*, y dice que este último era jefe de *Izamal*.

(5) Libro de *Mani*, § 10; libro de *Titzimin*, § 11; libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», § 3.°

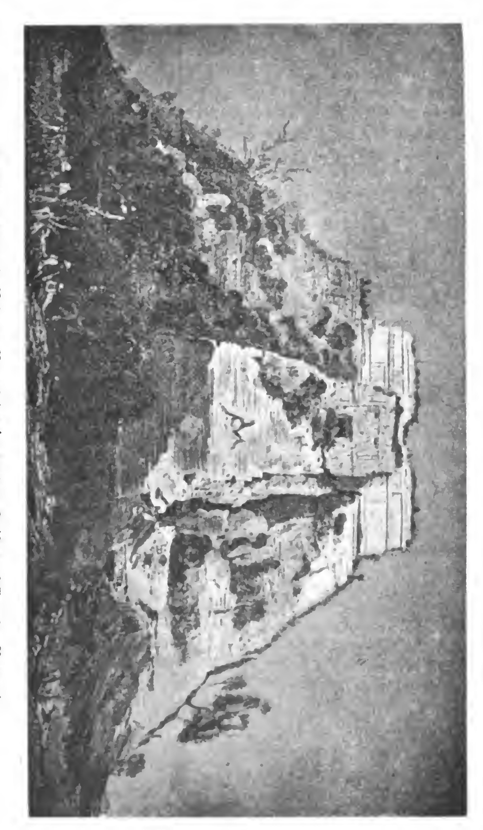


Fig. 146.—Templo de Nain, en Uxmal (según *Stephens, Incidents of Travel in Yucatan*).

nombre de *Huitzil*, que se apoderaron de *Mayapán* y la saquearon (1).

Desde este momento acabó la dominación de *Mayapán* y los miembros del clan de los *Cocomos* huyeron al distrito de *Zotuta*, donde fundaron *Tibulón*. Los mejicanos, que tenían guarnición en la ciudad de *Mayapán*, se establecieron en *Canul*, al nordeste de *Campeche*, donde permanecieron hasta después de la llegada de los españoles. Otro clan, el de los *Cheles*, que contaba entre sus miembros varios de los grandes sacerdotes de *Mayapán*, se refugió en el distrito de *Izamal*, donde se estableció su *Tihoo*, cerca de la ciudad de *Mérida*, capital actual del Yucatán. Los *Tutul-Xius* se establecieron en *Mani* y el Yucatán quedó muy pronto dividido entre los *Cocomos* de *Tibulón*, los *Cheles* de *Tihoo* y los *Tutul-Xius* de *Maní*. Estas tres tribus se odiaban. «Los *cocomos* decían a los *xius* que eran extranjeros y traidores, que habían asesinado a su soberano y robado sus dominios. Los *xius* respondían que no eran menos buenos, menos nobles ni menos antiguos que ellos y que, lejos de ser traidores, habían venido a libertar la patria matando al tirano (alusión a la muerte del jefe de *Mayapán*, cuando se tomó la ciudadela). El *Chel*, a su vez, pretendía ser de tan noble estirpe como los otros dos, puesto que descendía del sacerdote más estimado de *Mayapán*, y que personalmente valía más que sus émulos, puesto que había sabido hacerse señor como ellos. Por otra parte, se reprochaban mutuamente la insulsez de lo que comían, porque el *Chel*, que habitaba la costa, no quería dar sal ni pescado al *cocomo*, obligándole de esta suerte a enviar muy lejos en busca de ambas cosas, y el *cocomo* no quería ceder al *chel* frutas ni caza» (2).

§ IV.—Los estados mayas en la época del descubrimiento

La unidad política del Yucatán se había realizado casi por completo por los *cocomos* de *Mayapán;* pero no debía renacer jamás. A más de los tres «reinos» de los *xius*, los *cheles* y los *cocomos*, había cuando desembarcaron los españoles gran número de pequeños principados independientes, constantemen-

---

(1) Libro de *Mani*, § 11; libro de *Titzimín*, § 11. El libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», no dice nada del caso, pero los «*katunes* mayas» designan a los montañeses *Huitzil* con el nombre de «extranjeros sin calzones».

A partir de este momento, nuestro único guía es Landa, pues los libros de *Chilan-Balam* permanecen mudos acerca de los sucesos que siguieron.

(2) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 57 y 59.

te en lucha unos con otros. Según HERRERA (1) eran en número de dieciocho, la mayor parte situados en las costas occidental y oriental. No se conoce la situación exacta de sus fronteras. BRINTON da la lista siguiente: comenzando por el sur, se encontraban los Estados de *Atalán* en la bahía de Términos, vecino a los establecimientos aztecas del Tabasco; *Tixchel* o *Telchac; Champotón (Chakanputún* o *Potonchán); Kinpech (Campeche); Canul (Acanul* o *H'Canul); Hocabaihumun; Cehpech*, en cuyo emplazamiento levantaron los españoles la ciudad de Mérida, capital europea del Yucatán; *Zipatán*, en la costa noroeste. En la costa oriental, empezando por el norte: *Choaca*, cerca del cabo Catoche; *Ekab*, frente a la isla de Cozumel; *Conil*, país de los cupules; *Bakhalal* o Bacalar; *Chetemal* o *Chetumal; Taitza*, distrito del Petén. En las provincias centrales: *H'chel* o *Akhin-Chel*, cuya capital era *Izamal; Zotuta*, de los *cocomos; Maní*, de los *Tutul-Xius*, y *Cochuah* o *Cochvah*, cuya ciudad principal era *Ichmul*.

Estos países estaban siempre en guerra unos con otros y la mayor parte de ellos opusieron enérgica resistencia a los invasores extranjeros.

§ V.—CONQUISTA DEL YUCATÁN (2)

Los españoles llegaron por primera vez al Yucatán el año 1511 (3). Un llamado Valdivia, que volvía de Darien a Santo Domingo, naufragó cerca de la Jamaica, en los escollos denominados «las Víboras». Pudo escapar con veinte compañeros en una chalupa sin velas. Al cabo de trece días de penosa

---

(1) Citado por BRINTON, *Maya Chronicles*, pág. 25; LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 31, presenta como las principales «provincias» las siguientes: *Chetemal, Bakhalal, Ekab, Cochuah, Kupul (Conil), Ahkinchel, Zututa (Cocomos), Hocabai-Humun, Tutul-Xiu (Mani), Cehpech, Camol (Canul), Campeche, Champutun, Texchel*.

(2) Respecto a la conquista, los datos que proporcionan los libros de *Chilan-Balam* son casi insignificantes. Los libros de *Maní* y de *Chumayel* no hacen sino aludir a ella. Solamente el de *Titzimín* nos proporciona algunos informes. Mucho más importante es la Crónica de *Chac Xulub Chen (o Chicxulub)*, que ha publicado BRINTON en *Maya Chronicles*, págs. 183 y siguientes, con traducción inglesa. M. RAYNAUD ha hecho una traducción francesa, directamente del texto maya: *L'Histoire maya, d'après les documents en langue yucatèque (Archives de la Société Américaine de France*, nueva serie, tomo VIII, parte 1.ª, París, 1892). De los cronistas europeos, el que más y mejores noticias proporciona es LANDA.

(3) El libro de *Chumayel*, «libro de cuenta de los *katunes*», dice erróneamente 1513 (§ 4.º). El de *Titzimin*, aun cuando refiere los acontecimientos que tuvieron lugar en el Yucatán un siglo más tarde, no hace alusión a esta llegada.

navegación, privados de víveres y de agua, y habiendo perdido a varios de los suyos, los náufragos abordaron al Yucatán. El cacique de la comarca los mandó prender, y Valdivia, así como cuatro de sus compañeros, fueron sacrificados a los dioses yucatecas. Otros varios huyeron y fueron a morir en las soledades del interior. Sólo dos sobrevivieron: Aguilar y Guerrero. El primero fue encontrado por Hernán Cortés en 1519. Guerrero, que había aprendido rapidísimamente el maya, se refugió en *Chetemal*, donde fue encargado por el cacique *Nachan-Can* del mando de las tropas indígenas. Se casó y permaneció en el país viviendo como un indio.

El año 1517, Francisco Hernández de Córdova partió de Santiago de Cuba con varias carabelas y un pequeño ejército, a fin de recoger esclavos para la explotación de las minas (1). Al llegar al Yucatán desembarcó cerca del cabo Catoche, luego hizo rumbo a Campeche, donde fue bien recibido por los indígenas. De allí la expedición fue por mar a *Champotón*, donde estalló un sangriento combate entre españoles e indígenas. Quedaron victoriosos los últimos, dejando las tropas de Córdova dos prisioneros en manos de los yucatecas, prisioneros que fueron sacrificados. Francisco Hernández de Córdova, acribillado de heridas, volvió a Cuba sin traer esclavos, pero sí un poco de oro. Diego Velázquez, gobernador de Cuba, armó una segunda expedición cuyo mando confió a su sobrino Juan de Grijalba (2). Bordeó éste el Yucatán y tuvo también que combatir con los indios de *Champotón*, donde sus tripulantes habían desembarcado para hacer aguada. Continuando por la costa descubrió la laguna de Términos, la desembocadura del río Coatzacoalco y subió por la costa de Méjico hasta el sitio que hoy ocupa Veracruz. De vuelta a Cuba ensalzó mucho la riqueza de los nuevos países, presentando como prueba las mercancías que le habían dado en cambios, entre ellas diversos objetos de oro.

De la conquista del Yucatán tenemos un relato indígena, la *Crónica de Chac Xulub Chen*, escrita por un maya llamado *Ix Nakuk Pech* (3).

Respecto a los sucesos que ha presenciado, *Nakuk Pech* es un historiador muy verídico y preciso. En la época de la llegada de Hernán Cortés, era segundo jefe de la ciudad de *Chac Xulub Chen*, en el distrito de *Motul*. *Nakuk Pech* nos describe

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, que formaba parte de aquella expedición, ha referido todas sus peripecias en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, págs. 2-14.

(2) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO formaba igualmente parte de la segunda expedición, cuyas peripecias refiere en los capítulos VIII a XVI de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

(3) G. RAYNAUD, *L'Histoire maya, d'après les documents en langue yucatèque (Archives de la Société Américaine de France*, nueva serie, tomo VIII).

la llegada de los españoles a su país de *Maxtunil*. Los conquistadores, que capitaneaba Hernán Cortés, fueron recibidos con amables atenciones, y los indígenas les ofrecieron, «por vez primera», el tributo y sus homenajes. A los capitanes, los mayas les dieron de comer, y luego, cuando se instalaron en *Maxtunil*, «fuimos a cuidar de lo que causase placer a los españoles». Estos últimos permanecieron tres meses en aquel lugar, luego se encaminaron en dirección al mar y estuvieron por espacio de tres años y medio en *Zilam*, donde hicieron un puerto (1).

La expedición a que alude el autor yucateca no es la de Cortés, puesto que éste no desembarcó en el suelo del Yucatán. Se trata, pues, de la de Francisco de Montejo, que vino de España con plenos poderes para hacer la conquista del Yucatán y que ostentaba el título de Adelantado. Después de haber tomado posesión de Cozumel en nombre del rey de España, bajó por la costa y llegó muy pronto al Estado de *Conil*, donde vivía *Nakuk Pech* (2). El padre de éste, *Tah Kom Pech*, fue a hacer acto de sumisión ante los españoles al puerto de *Zilam*. El cronista yucateca nos da en este punto pormenores que no consignan las historias españolas. Después de su estancia en *Zilam*, los españoles volvieron a *Chac Xulub Chen*, donde moraban tranquilamente cuando los *cupuloes* les atacaron. Partieron para *Cauaca*, donde acamparon, luego cruzaron *Tekom* y *Tixcuumen Uuc* para ir a establecerse en *Tinuum*. Allí oyeron hablar de las maravillas de *Chichen-Itza*. El jefe de *Tinuum*, que pertenecía a la nación de los *cupuloes*, trató de hacerles desistir del proyecto de ir allí: «Hay un *ahau* (jefe), ¡oh, señores!, el *ahau Cocom Pech*, el *ahau Pech*, *Nanox Chel*, el *ahau Chel Zizantum*. ¡Guerreros extranjeros, reposad en estas casas!» No obstante, los exploradores españoles se encaminaron a *Chichen-Itza*. En *Ake* encontraron a un señor *cocomo*, llamado *Ixcuat* (3), el cual les dijo: «Señores, no podéis ir más lejos, os perderíais». Los españoles, sorprendidos por aquellas palabras, vacilaron y se volvieron a *Cauaca*. De allí pasaron a un puerto llamado *Catzun*, y luego a una ciudad denominada *Zelebna*, donde permanecieron algún tiempo (4).

Los escritores europeos arreglan la historia de manera muy distinta. Montejo se habría encaminado a *Chichen-Itza*, de la que se habría apoderado con mucho trabajo. Las ciudades de los *cheles* por que pasó habrían sido conquistadas y su estancia en la antigua capital de los *tutul-xius* habría sido perturbada por rebeliones incesantes que le habrían obligado a abandonarla. De esa casi derrota de los españoles, *Nakuk Pech*, como

(1) G. Raynaud, *Ob. cit.*, pág. 36.
(2) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 73.
(3) Probablemente del nahuatl *Itzcohuatl*.
(4) G. Raynaud, *Ob. cit.*, pág. 37.

buen cortesano, no hace mención y la disimula diciendo que no pudo llegarse a *Chichen*. El abandono de esta ciudad se fija por los historiadores en el año 1535. Entre esta partida y la conquista de Campeche (1540), los españoles, según *Nakuk Pech*, permanecieron en *Champotón*. Montejo, después de la conquista de *Campeche*, delegó sus poderes en su hijo y se volvió a España.

A partir de este momento, *Nakuk Pech* nos da los pormenores más circunstanciados acerca de los hechos y los movimientos de los españoles. El mismo y varios de sus compañeros, todos del clan de los *Pech*, abandonaron su lejana provincia para ir a llevar el tributo a Campeche. Los conquistadores, para captarse simpatías, hicieron a los indígenas regalos: casacas, capotes, botas, cascos, que ellos se apresuraron a ponerse.

En 1542, los inmigrantes fundaron la ciudad de *Mérida*, en el lugar que había ocupado la antigua ciudad maya denominada *Ti-Hoo* (1).

Inmediatamente de fundada *Mérida*, los españoles empezaron a poner en práctica los *repartimientos*, La tierra fue dividida en lotes que se dieron, con los indios que los habitaban, a los conquistadores. Luego vino el bautismo, más o menos voluntario, de los mayas después de la llegada al Yucatán del obispo Toral (1544) (2). Pero no ocurrieron todas estas cosas sin agitaciones y sin que se ahorcara a mucha gente, si tenemos en cuenta una frase del libro de *Chilan Balam* de *Chumayel*, el cual dice: «dejaron de ahorcar el año 1546» (3).

El año 1548, el régimen colonial del Yucatán fue modificado por su unión a Méjico. El doctor Quijada, primer gobernador, llegó en 1560 y el Yucatán quedó sometido por completo a la corona de España, en las partes septentrionales

(1) *Nakuk Pech* la llama *Ich Can Zi Hoo* (G. RAYNAUD, *Ob. cit.*, página 38). En este punto no están tampoco de acuerdo el historiador maya y los historiadores europeos. Coloca este acontecimiento en el año 1541, segundo en que las gentes de *Chac Xulub Chen* llevaron el tributo, y pretende que aquel año fueron a *Ti-Hoo* Francisco de Montejo, acompañado de Francisco de Bracamonte, Francisco Tamayo, Juan Pacheco y Perarberes. Es un error evidente; Francisco de Montejo había abandonado el Yucatán un año antes.

(2) Libro de *Chilan Balam* de *Titzimin*, § 14.

(3) «Libro de cuenta de los *katunes*», § 8.° XI.

§ VI.—Pacificación del Petén

El sur de la península, y en particular el *Petén* y la Vera-Paz, permanecía en manos de las tribus belicosas de los itzas y los cholos. El año 1525, Hernán Cortés cruzó esta comarca, en la que fue constantemente hostilizado. El año 1537, Las Casas y Pedro de Angulo quisieron cristianizar a los indios de la *Tierra de guerra,* es decir, de la Vera-Paz. Comprendieron inmediatamente que, en tanto los indios vivieran diseminados en los bosques, no lograrían ningún resultado, e intentaron por consiguiente reconcentrarlos en ciudades, no lográndolo más que en parte. Por otra parte, todos los indígenas de la región se mostraron tenaces en no convertirse. El año 1555, los *lacandones* dieron muerte a dos sacerdotes y a treinta indios cristianos. Cuatro años más tarde, una expedición partió de *Comitán* para castigar a los asesinos. Todos los poblados lacandones fueron saqueados y los habitantes huyeron a los bosques, pero no pudo lograrse su sumisión.

Otra tribu que desafió largo tiempo los esfuerzos de los españoles fue la de los *itzas* del Petén. El año 1618, dos misioneros que habían intentado penetrar entre ellos fueron atacados y escaparon con dificultad. Dos años más tarde, otro eclesiástico fue asesinado en la comarca. En 1646, una expedición que remontó el Usamacinta fue obligada a volver sobre sus pasos al ver las fuerzas desplegadas por los *itzas.* Diversas expediciones enviadas contra los *cholos,* los *itzas* y los *lacandones,* entre 1675 y 1685, fracasaron por completo. En 1695, se verificó un gran movimiento militar con objeto de someter a estos indios. Tres expediciones fueron contra ellos, pero no tuvieron siquiera que combatir, pues los indígenas se dispersaron a su presencia. Por último, el año 1697, un ejército que valientemente capitaneaba Martín de Ursua, consiguió derrotar a los *itzas* y apoderarse de su fortaleza del lago *Petén.* En cuanto a los *lacandones,* no pudieron nunca ser sometidos y viven todavía en las selvas de la comarca en estado salvaje (1).

El carácter indomable de los pueblos de raza maya ha dado mucho que hacer, tanto a los mejicanos como a los españoles. El siglo XIX los ha visto en lucha constante contra el poder federal y puede decirse que los mayas del sur jamás han sido conquistados por completo por las tropas mejicanas que se

(1) Hemos tomado este bosquejo histórico de la sumisión de los pueblos del Petén y de la Vera-Paz, del excelente libro de M. A. Tozzer, titulado *A comparative study of the Mayas and Lacandones* (*Archaeological Institute of America.* Nueva York, 1907, págs. 12-13).

han enviado contra ellos. La última sublevación general ocurrió en 1847. La fortaleza de los amotinados, *Chan Santa Cruz*, fue tomada por asalto por las tropas mejicanas, pero los mayas persistieron en una guerra de guerrillas que todavía dura.

Existen aún dos Estados independientes, el de *Icaiche*, cerca de la frontera de Honduras británica y el de *Ixkanha*, en el centro del Yucatán (1), y la vitalidad de la raza maya no disminuye lo más mínimo. Su lengua se habla, en el momento actual, en todo el Yucatán, tiene sus periódicos, sus libros y no hace prever nada el tiempo en que todos los habitantes de la península estén completamente europeizados.

---

(1) C. SAPPER, *Die unabhängigen Indianerstaaten von Yukatan* (*Globus*, vol. LXVII, págs. 197-201).

CAPÍTULO IV

Civilización maya.

SUMARIO: I. El clan entre los lacandones modernos y entre los antiguos mayas.—II. Las clases de la sociedad y los jefes en el Yucatán antiguo.—III. Organización judicial.—IV. Religión.—V. Vida civil.

§ I.—El clan entre los lacandones modernos y entre los antiguos mayas

Conocemos peor todavía que su historia las instituciones sociales de los mayas. Las investigaciones recientes de TOZZER acerca de los lacandones, que hablan el idioma maya puro, aclaran, sin embargo, un poco esta materia.

Los lacandones están divididos en clanes totémicos (*yonen*), teniendo generalmente cada uno de estos clanes una localización determinada. Así los lacandones del lago Petha pertenecen al clan *maax* o del mono, los de *Anaite* (río Usamacinta) a los del *algodón*, «tejón», y del *sanhol*, mustélido denominado por los españoles «cabeza blanca», etc. Estos clanes son en número total de diecisiete y parecen haber estado en otro tiempo reunidos en grupos más considerables. Los clanes *kekén*, «jabalí», y *citam*, «otra especie de cerdo silvestre», son designados colectivamente con el nombre de *couo*, y los del *algodón*, «tejón» y del *sanhol* con el de *tax*.

La descendencia sigue la línea masculina, el hijo recibe el nombre totémico del padre y lo trasmite a su vez. Estos clanes son exógamos como los de los antiguos mayas (1). LANDA describe de esta suerte la organización familiar de los mayas: «Se dice que los indios son todos parientes y llevan el mismo nombre y que como parientes se tratan. Así, si uno de ellos se

(1) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 140.

encuentra en sitio desconocido y en situación embarazosa, dice su nombre. Al momento las gentes de igual descendencia acuden, le recogen y tratan con la mayor ternura. Ni hombre ni mujer se casan con otro del mismo nombre, porque es para todos nota infamante» (1).

La familia.—Entre los lacandones, ya no es hoy el clan la unidad social. Comprende éste los individuos que moran en determinado distrito y que llevan el mismo nombre, pero los indígenas se agrupan en familias, cuyos miembros cultivan en común un trozo de tierra y poseen una casa. Cada una de estas pequeñas factorías constituye un todo. Los caminos que a ellas conducen siguen la dirección de los cuatro puntos cardinales, como ocurría en tiempo de Landa en las aldeas mayas (2). La tierra es de propiedad colectiva de la familia, como en el Yucatán antiguo, en que cada familia recibía una extensión de tierra suficiente para producir todos los años una cantidad de maíz equivalente a veinte veces la carga de un hombre (3). Las labores agrícolas eran ejecutadas en común por los hombres del clan, a lo que parece. Entre los lacandones, los pocos bienes muebles pasan a ser, a la muerte del padre de familia, propiedad del hijo mayor y de la viuda. Si no hay hijo, heredan los hermanos del fallecido. Entre los antiguos mayas, la herencia se repartía por igual entre todos los hijos (4).

Encontramos entre los lacandones restos del antiguo sistema de parentesco que L. H. Morgan denomina «parentesco clasificativo». El nombre del padre, *yum*, es también el de los tíos paternos: el hermano mayor y el primo son llamados *sukun*, la hermana mayor y la prima *cic*; los hermanos, hermanas y primos de uno y otro sexo, de menos edad que el individuo a que se refiere el parentesco, son designados todos con el nombre de *uitzin*.

El nombre.—Pero hay todavía otra especie de clasificación, enteramente especial de los mayas, que se manifiesta en los nombres que se aplican a los diversos miembros de la familia. Landa nos dice que los yucatecas daban siempre a sus hijos e hijas los nombres del padre y de la madre, el del padre como nombre propio y el de la madre como apelativo. Así el hijo de *Chel* y de *Chan* se llamaba *Ne-Chan-Chel* (5).

Brinton nos da algunos informes complementarios interesantes. Dice que el prenombre era, sobre todo, importante. Se llamaba *hach-kaba*, «el prenombre», o *hool-kaba* «el nombre de cabeza», y el individuo noble era llamado *ah-kaba*,

---

(1) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 137.
(2) Id., *ibid.*, pág. 210.
(3) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 130; Brinton, *Maya Chronicles*, pág. 27.
(4) Id., *ibid.*, pág. 139.
(5) Id., *ibid.*, pág. 137.



«el que tiene nombre». Este sobrenombre se trasmitía por línea paterna (1). Ahora bien, se encuentra de nuevo su uso entre los lacandones. El sistema es bastante completo y necesita explicarse mediante un ejemplo detallado. Supongamos un individuo casado, del clan *citam* de la fratria de *couo*. Sus hijos llevarán todos el nombre de *couo*, el de la fratria de que forma parte su clan, y el de *citam*, su totem. Pero el hijo primogénito recibirá además el nombre de *kin*, «sol», y un nombre secundario que será *baatz*, «mono». La hija mayor será llamada *nakin*, «sol de la casa», y *baatz*. El hijo segundo será llamado *kaiyum*, «dios cantante», y la segunda hija *nak'aiyum*, y ambos tomarán además el nombre de *sanhol*. El tercer hijo y la tercera hija serán llamados *chank'in*, «pequeño sol», y *na-chak'in* (2). Los siguientes serán *bol*, «distribuir alimento», y *na-bol*, y su emblema animal será *k'imbol*, «serpiente». A primera vista, parecería que estas denominaciones sirven solamente para clasificar a los miembros de la familia, pero Tozzer nos dice que cada una de estas clases posee cantos seculares especiales, en que se celebran los animales que se las atribuyen. Las gentes que llevan un mismo sobrenombre forman, por tanto, una clase que posee ritos y probablemente prerrogativas especiales. Ahora bien, entre los antiguos mayas, el hijo mayor, el *k'in*, tenía marcada superioridad sobre los otros hijos. Nos parece probable, por tanto, que los *ah-kabas*, los supuestos nobles, fueran las gentes que poseían en su familia el título de *k'in* y que conocía los ritos que celebraban al *baatz*, el mono.

En los establecimientos familiares de los lacandones, todos los poderes están reunidos en el cabeza de familia, que se llama *yum*, «padre, señor». Cuando muere, su hijo primogénito le sucede y adopta a su vez este título. El principal de los deberes sociales del *yum* consiste en realizar los ritos familiares, dirigidos a las divinidades de la familia.

§ II.—Las clases de la sociedad y los jefes en el Yucatán antiguo

El clan estaba probablemente, entre los antiguos mayas, localizado en una aldea o una ciudad. Su jefe (3) era el *halach-*

(1) *Maya Chronicles*, pág. 26.
(2) En este grado, Tozzer no ha podido determinar el nombre del animal suplementario.
(3) Hay en lengua maya un término genérico (*ahua*) para designar a los jefes de toda especie.

uinic, «el hombre verdadero, real», que era asistido en su oficio por el *ah-kulel* y por otros diferentes funcionarios: *chunthan*, *nupthan*, *etahau*, muchas veces nombrados en la Crónica de *Chac Xulub Chen* y cuyas funciones nos son mal conocidas.

Los batabs.—Ciertos clanes, como los de los *cheles*, los *cocomos*, etc., como hubieran extendido su dominación por vastos territorios, necesitaron nombrar jefes de distrito y un gobernador de la capital y de todo el territorio, al cual los cabecillas de las aldeas estaban sometidos y del que recibían órdenes. Este jefe era llamado *batab* o *batab-uinic*. El cargo era hereditario, se trasmitía de padre a hijo. Parece, no obstante, haber habido varios grados entre los *batabs*. El de primer grado, el que los españoles llamaban el «rey», era muchas veces llamado simplemente *ahau*, es decir, «señor». Delegaba parte de su poder en *batabs* de rango inferior, elegidos entre los individuos que ejercían ya cargos públicos. Así *Nakuk-Pech*, el historiador, fue primeramente *nupthan* o guardián de las puertas de la ciudad de *Motul*, luego *halach-uinic*, o jefe del clan de *Chac Xulub Chen*, y, por último, nombrado *batab* de todo el distrito que rodeaba esta ciudad.

Estos jefes tenían por ayudantes a los *holpopes* o heraldos, que trasmitían sus órdenes a las distintas aldeas que figuraban en sus dominios.

Jefes militares.—La organización militar de los mayas antiguos no nos es mucho mejor conocida que su organización política. Las aldeas tenían todas un jefe de los guerreros, hereditario, que se llamaba *holcan*. Enseñaba a los jóvenes el manejo de las armas y toda la ciencia táctica yucateca. En tiempo de guerra, los conducía al combate. Por cima de los *holcanes* había, en cada «reino», dos jefes supremos del ejército. Uno, cuyo título no ha llegado a nosotros, ocupaba un cargo hereditario; el otro, el *nacón*, era elegido en la gran fiesta que tenía lugar en el mes de *Pax*. Durante tres años debía guardar continencia, se le servían alimentos especiales en vajilla reservada exclusivamente para su uso, y no debía comunicarse más que con determinadas personas (1). El título de *nacón* parece haberse aplicado a individuos de rango diferente. El general elegido de que nos habla LANDA, representa en la organización militar el equivalente del *ahau-batab*, del «rey» del organismo civil. Pero parece que había otros *nacones*, quizá uno en cada aldea. En efecto, *Nakuk Pech* nos dice que siendo *batab* del distrito de *Chac Xulub Chen* tenía el mando de varios *nacones* (2). Parece, por tanto, que cada establecimiento poseía dos jefes militares: el *holcan* hereditario y el *nacón*, jefe electivo, que se veía sujeto a la tutela de los jefes civiles nombrados por el *ahau-batab*.

(1) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 173.
(2) G. RAYNAUD, *L'histoire maya*, pág. 42.



§ III.—Organización judicial

Por todo lo que podemos sacar en claro de un número demasiado reducido de datos, la justicia debía ser administrada por el *halach-uinic* de la aldea y por su segundo el *ah-kulel*. Nuestros conocimientos acerca del castigo de los crímenes y delitos entre los yucatecas son muy limitados: en caso de homicidio, el culpable era perseguido por el clan a que pertenecía la víctima, las autoridades no protegían al matador. No obstante, podía haber *arreglo*, el asesino pagaba el precio de la sangre y volvía a la ley común (1). Esta manera de evitar la *vendetta* se aplicaba también en el caso de homicidio no intencionado, de incendio involuntario de una colmena o de un granero de maíz. Si el culpable no podía pagar el importe del arreglo, era ayudado por su clan (2). El régimen penal del robo parece haber sido muy análogo al que estaba en vigor enMéjico: el ladrón devolvía lo que había robado y, si no podía hacer esta restitución, era reducido a esclavitud. Si era funcionario, jefe de clan, etc., se le escarificaba el rostro por los dos lados en presencia de todo el vecindario de la aldea (3).

El castigo del adulterio se dejaba a la generosidad del marido. Cuando un hombre era sorprendido con una mujer casada se le llevaba a la casa del *halach-uinic*. Se le ataba a un poste y el marido podía hacerle sufrir el castigo que se le antojaba o perdonarle. En cuanto a la mujer culpable, el marido se separaba de ella y era abandonada a los insultos del pueblo, sin castigo especial.

§ IV.—Religión

Por dicha, nos hallamos mejor informados en lo que respecta a la religión de los antiguos mayas que acerca de su existencia civil. No obstante, no es posible, lejos de ello, trazar un cuadro completo de sus ritos y creencias, y su mitología nos es casi completamente desconocida. Quizá se representaban el mundo a la manera de los aztecas. Al menos, sabemos que concedían la mayor importancia a los puntos cardinales. Un dibujo del libro de *Chilan-Balam* de *Chumayel* es característi-

---

(1) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 177.
(2) Id., *ibid.*, pág. 135.
(3) Id., *ibid.*, págs. 177-178.

co en este respecto. La Tierra se representa en él por un cubo que tiene encima un árbol, el *Vahom-che* o árbol sagrado, que brota del centro. Los manuscritos mayas contienen varios dibujos en que se ve la tierra, representada por un jeroglífico especial al que acompañan cuatro figuras de divinidades colocadas en cruz y cuyo nombre, en caracteres jeroglíficos, ha podido leerse con certeza.

Los Bacabes.—Estas cuatro divinidades son los *Bacabes*, dioses de los puntos cardinales y de los días que comienzan, alternativamente, el año cada cuatro. LANDA (1) pretende que los yucatecas creían que los Bacabes eran cuatro hermanos, que Dios había colocado en los cuatro ángulos del mundo para sostener el cielo e impedir su caída. Les da los nombres de *Kan-u-Uayeyab*, *Chac-u-Uayeyab*, *Zac-u-Uayeyab* y *Ek-u-Uayeyab*. Estos nombres son erróneos. Se componen todos de *u-Uayeyab*, nombre dado a los *Bacabes* como patronos del primer día del año, y de los cuatro adjetivos, amarillo, rojo, blanco y negro. A cada uno de los cuatro puntos cardinales, según era costumbre en toda América indígena, correspondía un color simbólico: el amarillo al sur, el rojo al este, el blanco al norte, y el negro al oeste. Esto, unido a la indicación hecha por todos los autores antiguos acerca de la orientación de los edificios sagrados, muestra que había en el Yucatán un sistema de clasificación muy análogo al de Méjico, que comprendía en categorías especiales ciertas divinidades, ciertos puntos cardinales, determinados años.

Los dioses.—Los dioses yucatecas se conocen muy mal. Los autores españoles que los señalaron veían en ellos demonios cuyo recuerdo había que extirpar de la memoria de los indígenas, y la descripción de sus funciones y de su carácter no les interesó jamás. No obstante, gracias a sus informes y a lo que sabemos acerca de la mitología de los lacandones y de los mayas modernos, es posible reconstituir, mejor o peor, el antiguo Panteón del Yucatán.

Diferentes cronistas dicen que la población primera del Yucatán no adoraba a los ídolos y que este culto fue introducido por los mejicanos. ANTONIO DE HERRERA (2) llega a contar a este propósito, por lo que oyó al P. Hernández, que los mayas poseían un mito muy análogo a la historia del nacimiento de Cristo. Se trata, evidentemente, de un «engaño piadoso», pero quizá se basa en el hecho de que los yucatecas creían en un gran Dios creador, conservador y bienhechor del mundo. Quizá vemos en él un recuerdo del gran dios de los lacandones, *Nohochacyum*, «el gran padre», llamado por los mayas modernos *Nohochyumchac*.

---

(1) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 207.

(2) *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del Mar oceano...*



Entre los primeros, este dios figura a la cabeza de todo el Panteón. Se le considera hijo de dos flores, la *chacnicta* (*Plumeria rubra*) y la *xacnita* (*Plumeria alba*). Se pretende que habita cerca de las ruinas de Yaxchilán o Menche-Tenamit. Es una divinidad buena y bien dispuesta para con los humanos. Está constantemente en lucha con *Hapikern*, divinidad mala y enemiga de los hombres, encarnada bajo la forma de una serpiente. Al fin del mundo, el mal principio será vencido por el bueno, que rodeará a su cintura el cuerpo de su enemigo (1).

El *Nohochyumchac* de los mayas modernos no ocupa situación tan elevada en la jerarquía divina. No es sino una individualidad que forma parte de una clase de espíritus, los *Nucuchyumchacobes*, que habitan el cielo más alto. Estos espíritus son los dueños de la lluvia y los ejecutores de los decretos de *Dios*, divinidad cristiana que ha usurpado el lugar probablemente ocupado en otro tiempo por uno de ellos. Corresponden a los *Chacos*, dioses de la lluvia mencionados por los autores antiguos (en plural *chac-ob*).

Los lacandones atribuyen tres hermanos a *Nohochacyum*: el primero, *Yantho*, se asocia al espíritu del norte, *Xamanqinqu*, equivalente al *Xacab xaman* de los mayas antiguos; el segundo, llamado *Usukun*, está mal dispuesto para con los hombres; su ayudante es *Kisin*, el temblor de tierra; el tercero, llamado *Uyitzin*, es favorable a los hombres. Al lado de estos dioses supremos se venera mucho a la diosa *Akna*, «la madre», que es la diosa del nacimiento y corresponde sin duda a la *Ixchel* de los antiguos mayas, nombre, por lo demás, que a veces le atribuyen los lacandones (2). Se la da por marido al dios *Chichacchob* o *Akanchob*. Este dios es indicado por Landa (3). En los años que comenzaban por el signo *Cauac*, en que dominaba el influjo nefasto de la enfermedad, se ofrecían sacrificios a cuatro ídolos denominados *Chichac-Chob*, *Ekbalam-Chac*, *Ahcan-Ualcab* y *Ahbuluc-Balam*. Se les quemaba incienso, se les ofrecían bolas de una resina llamada *cic*, ñames, etc.

Después de todas estas divinidades, vemos aparecer el nombre de *Itz'ana*, en el cual se reconoce sin dificultad al héroe civilizador del Yucatán, el dios *Itzamna*. No obstante, los lacandones le atribuyen un carácter que no recuerda en nada al fundador de *Izamal*. Este nos es conocido principalmente por los pormenores que da López Cogolludo (4). «Los indios del Yucatán, dice, adoraban a un dios llamado *Hunab-Ku*, y decían proceder de él todas las cosas, y que tenía un hijo llamado *Hun Itzamna* o *Yac-Coc-Ahmut*. Vino al Yucatán con

---

(1) Tozzer, *A Comparative study of Mayas and Lacandones*, páginas 93-94.

(2) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 195.

(3) Id., *ibid.*, pág. 230.

(4) *Historia de Yucathan*, libro III, caps. III, VI y VIII.

los hombres del Oriente y él dió los nombres por los cuales se distinguen hoy, en sus lenguas, los puertos de mar, las puntas de tierra, los estuarios, las costas y todos los parajes, montañas y otros sitios de este país. El también inventó los caracteres que servían de escritura a los indios antes de la llegada de los españoles». LIZANA (1), por su parte, nos dice que en *Izamal* se alzaba la estatua del dios, que era llamada *Ytzmat-ul*, es decir, «el que recibe y posee la gracia, o el rocío, o la sustancia del cielo. Había sido rey en otro tiempo y, a su muerte, se le habían erigido altares. En el tiempo en que este rey vivía, los pueblos iban a consultarle acerca de las cosas del porvenir desde las comarcas más lejanas y él les respondía, así como de otras cosas futuras. Se le llevaban también los muertos y se dice que los resucitaba y que curaba a los enfermos. Por esto se le profesaba gran veneración y no sin motivo» (2).

El centro del culto de *Itzamna* era la ciudad de Izamal (o *Itzamal*). Los dos templos principales se alzaban sobre las dos pirámides más altas de la ciudad y se llamaban *Itzamat-ul* y *Kab-ul*. LIZANA (3) nos da, de las peregrinaciones que a ellos tenían lugar, la descrición siguiente: «Allí, ofrecían limosnas considerables y llevaban presentes. Se acudía de todas partes en peregrinación y por esto habían hecho a los cuatro vientos cuatro caminos o calzadas que se extendían hasta los confines del país, yendo hasta la tierra del Tabasco, de Guatemala y de Chiapas. Se ven hoy todavía restos de aquellos caminos, tan grande era el concurso de gente que iba a visitar los oráculos de *Ytzmat-ul* y de *Kab-ul* para los que se habían hecho». En otras partes del Yucatán, era venerado en determinadas épocas. Bajo la denominación de *Yax-Coc-Ahmut*, le eran sacrificadas, en los años que empezaban con el signo *Muluc*, ardillas y telas. El dios aseguraba, en cambio, la fertilidad de los campos de maíz y la abundancia de agua (4).

En los años que empezaban por el signo *Ix*, se rendía culto especial al *Zac-bacab* (5). Se hacía una imagen de *Itzamna*, que era colocada en la casa del *halach-uinic*. Los fieles iban en ceremonia al templo, donde estaba encerrada la imagen del *Bacab*, la sacrificaban una gallina, luego se colocaba el ídolo encima de unas parihuelas y se llevaba a la casa del jefe, donde era depositado junto a la imagen de *Itzamna*. Se hacían nuevos sacrificios, luego la imagen del héroe civilizador era rein-

---

(1) *Devoción de Nuestra Señora de Izamal*, reproducido en parte por BRASSEUR DE BOURBOURG después de la traducción suya de la *Relación* de LANDA, págs. 348-365.

(2) LIZANA, en BRASSEUR DE BOURBOURG, pág. 359.

(3) LIZANA, en BRASSEUR DE BOURBOURG, pág. 359.

(4) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 221-223.

(5) Es decir, al *Zac-u-Uayeyab*.

tegrada al templo y la del *Bacab* se colocaba al oriente de la ciudad, en donde permanecía hasta el año siguiente (1).

En *Itzamal* había un tercer templo consagrado al dios *Kinich-Kakmó*, «Ara del fuego solar», que era una hipostasis de *Itzamna*. Se le atribuían las epidemias y otras calamidades públicas. Diariamente, a mediodía, se le ofrecía un sacrificio y se suponía que en persona bajaba y consumía las ofrendas (2). Es mencionado por Landa con el nombre de *Kinich-ahau*, «el jefe solar».

El culto de *Cuculkán* parece haber tenido, lo hemos dicho ya, a *Chichen Itza* por punto de partida. Se extendió luego por todo el país, hasta la destrucción de *Mayapán* y la caída del gran poder de los *Cocomos*. Su culto no fue, en lo sucesivo, celebrado más que en la provincia de *Mani*, donde dominaban los *Tutul-Xius*. Con ocasión de determinadas fiestas, acudían peregrinos en multitud de todo el Yucatán a la ciudad de *Mani*. La más importante de estas ceremonias tenía lugar el décimosexto día del mes de *Xul*: «Todos los señores y los sacerdotes de *Mani* se reunían, y con ellos muchedumbre considerable que se les agregaba, después de haberse preparado con ayunos y abstinencias. La noche de aquel día, salían en procesión con gran número de comediantes de la casa del príncipe y avanzaban lentamente en dirección al templo de *Cuculkán*, que se había adornado previamente. Al llegar rezaban sus oraciones y colocaban banderas en lo alto del templo. Mostraban a sus ídolos sobre un tapiz de follaje. Habiendo encendido fuego de nuevo, quemaban incienso en muchos lugares, haciendo ofertas de carne, cocida sin sal ni pimienta, con bebidas de habas y pepitas de calabaza. Los señores, lo mismo que los que habían observado el ayuno, pasaban allí, sin volver a sus casas, cinco días y cinco noches en oración, quemando copal y bailando danzas sagradas. Durante este tiempo, los juglares iban de una a otra de las casas de los nobles, representando sus comedias y recogiendo ofrendas. Al cabo de los cinco días, llevaban los dones recogidos de esta suerte al templo y allí los distribuían entre los señores, los sacerdotes y los danzadores. Después de lo cual, las banderas y los ídolos eran llevados de nuevo a la casa del príncipe, desde la cual todos regresaban a sus casas con lo que les había correspondido, Era creencia general que *Cuculkán* bajaba del cielo el último día de la fiesta y recibía en persona los sacrificios, las penitencias y las ofrendas que se le consagraban. En cuanto a la fiesta, era llamada *Chic-Kaban*» (3).

Los mayas modernos han conservado el recuerdo de *Cuculkán*, pero no subsiste, en la religión popular, sino en una

(1) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 223-227.
(2) Lizana, en Brasseur, pág. 361.
(3) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 301-303.

forma muy alterada. Hasta su nombre se ha modificado. Hoy se le denomina *Quqikán* y se le representa como una serpiente de varias cabezas, que de vez en cuando desciende a la tierra (1). Los lacandones, que han conservado mejor el nombre *(Cuculkán)*, creen también que es una serpiente policéfala, que vive cerca de la casa de *Nohochacyum* (2).

Al lado de estas divinidades principales, se agrupaba una muchedumbre de dioses o de espíritus más o menos poderosos, dioses de los elementos (*Kin*, el sol; *Ik*, el viento; *Chac*, la lluvia, etc.) (fig. 146), de las diferentes partes del año, de las actividades sociales (tal *Eckchuah*, dios de los viajeros, etc.).

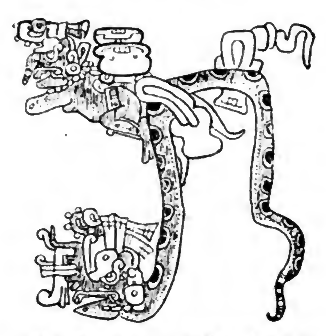
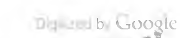


Fig. 146.—Dios yucateca de la lluvia, *Chac* (según el *Codex Troano*).

Landa nos ha proporcionado gran número de datos acerca de los ritos yucatecas antiguos. El más importante era el sacrificio. Los sacrificios se celebraban en las grandes fiestas, o cuando las circunstancias exigían un acto excepcional. Las víctimas eran, las más de las veces, animales, pero en ocasiones también hombres. Eran degolladas sobre una piedra análoga al *techcatl* de los mejicanos. Se les arrancaba el corazón y con su sangre se embadurnaban las estatuas de los dioses. Las víctimas humanas eran unas veces «esclavos» comprados por los sacerdotes, otras, criaturas ofrecidas por los piadosos adoradores del dios. Se las rodeaba de agasajos hasta el día de la fiesta en que tenía lugar su inmolación. Llegado este día, eran conducidas al templo con gran pompa, se las desnudaba para pintarlas de azul y se las ponía a la cabeza una especie de mitra. Cuando sacrificador y víctima habían llegado ante la es-

(1) Tozzer, *Comparative Study*, pág. 157.
(2) Id., *ibid.*, pág. 96.



tatua del dios, todos los asistentes bailaban una danza ritual, luego se tendía sobre la piedra al que iba a ser sacrificado. Los ritos variaban, según que la víctima había de ser sacrificada a flechazos o había de arrancársela el corazón. Los auxiliares del sacrificador ejecutaban una danza alrededor de la víctima y la disparaban flechas al corazón, pintado de blanco en la piel. Luego se hacían las cosas como en Méjico. El cadáver era en seguida arrojado desde lo alto de las gradas del templo, y los ayudantes le hacían pedazos. Los trozos de la víctima se distribuían entre los jefes y los sacerdotes, que los comían.



Fig. 147.—Recipiente para quemar incienso del país de los Lacandones (según *Tozzer, A comparative study of the Mayas and Lacandones*).

Los yucatecas conocían, al igual que los mejicanos, el rito en que el sacrificador se cubría con la piel de la víctima. En Chichen-Itza, las víctimas eran arrojadas a pozos (1).

Los animales sacrificados pasaban, por lo general, a ser pasto de los que habían asistido a la ceremonia. A veces, no obstante, se dejaban consumir en la hoguera (2).

Los mayas antiguos se sacaban sangre de diversas partes del cuerpo, sobre todo del miembro viril, de las orejas y de la lengua (3). Un relieve de Menche representa a un devoto

---

(1) Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 165-169.
(2) Id., *ibid.*, pág. 255.
(3) Id., *ibid.*, pág. 163.

que pasa por un agujero, que se ha abierto en la lengua, una cuerda provista de espinas.

Entre los ritos propiciatorios, hay que citar las fumigaciones, hechas con copal y tabaco. Se quemaban estas materias en cazuelitas de barro, muy semejantes a las que los lacandones emplean hoy para el mismo uso (fig. 147). LANDA (1) nos dice que los viajeros llevaban consigo estas cazuelitas y granos de copal, que quemaban en el camino para hacerse propicios al dios *Ekchuah*. El rito fumigatorio formaba parte de todas las ceremonias de los mayas antiguos.

Cuando los yucatecas habían violado una prohibición ritual, o habían cometido falta contra su moral religiosa, confesaban públicamente su pecado a un sacerdote o, a falta de éste, a sus parientes (2).

Ritos funerarios. — Los ritos funerarios diferían según la calidad del difunto. Las gentes del vulgo eran enterradas en su casa. Se les llenaba la boca de *koyem* (maíz molido), luego se colocaban a su lado piedrecitas que servían de moneda, esculturas representando divinidades y objetos que recordaban su oficio. Los supervivientes abandonaban entonces la casa (3).

Los jefes eran generalmente incinerados, pero los ritos diferían según las naciones y las tribus. En *Itzamal*, los cadáveres eran incinerados. Se depositaban las cenizas en urnas, que se encerraban en templos. En otras partes, eran depositadas en estatuas huecas de barro cocido, o en figuras de madera esculpida. La forma de sepultura de los jefes del clan *Cocomo* es descrita de esta suerte por LANDA: «Se les cortaba la cabeza cuando habían muerto, y la cabeza se cocía para separar la carne. Se serraba la parte de detrás (del cráneo), dejando la de delante con las mandíbulas y los dientes. Se sustituía luego, en estas medias cabezas, la parte que faltaba con un *mastic* especial que las daba a la perfección la apariencia que en vida habían tenido» (4). Estas cabezas, así preparadas, se colocaban en los oratorios y eran objeto de ofrenda los días de fiesta.

Fiestas.—A más de las fiestas de los dioses mayores, descritas anteriormente, había otras que determinaba el calendario. El pueblo se preparaba a ellas mediante la observancia de prohibiciones (ayuno, abstinencia). Cinco días antes de la primera fiesta del año, la del mes *Pop*, los fieles permanecían en sus casas, sin peinarse ni lavarse, y las mujeres habían de

---

(1) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 156-157.
(2) ID., *ibid.*, págs. 154-155.
(3) ID., *ibid.*, págs. 196-197. Los mayas modernos entierran a sus muertos según el ritual de la Iglesia católica, pero han conservado la costumbre de meter alimentos en el féretro. (TOZZER, *A Comparative Study*, página 49).
(4) ID., *ibid.*, págs. 198-199.

abstenerse de toda labor servil, etc. (1). Los ritos consistían en fumigaciones, sacrificios y danzas diversas, acompañadas, a veces, de sacrificios.

Ciertas fiestas parecen haber sido fijas, otras variaban conforme a las indicaciones astrológicas. No podían tener lugar en día nefasto (2).

Aprovechando las indicaciones de LANDA, podemos hacer la lista de las fiestas del año:

Primer mes, *Pop* (julio). Fiesta del año nuevo.

Segundo mes, *Uo* (agosto). Fiesta de *Pocan*, celebrada en honor de *Itzamna*.

Tercer mes, *Zip* (agosto-setiembre). Este mes tenía tres grandes fiestas: la primera dedicada a las divinidades de la medicina, *Itzamna*, *Cit-Bolon-Tun* y *Ahau-Chamahez*, y la diosa de los partos, *Ixchel*; la segunda, dedicada a *Acanum*, *Zuhhuy-Zip* y *Tabai*, divinidades de la casa; la tercera, celebrada por los pescadores para hacerse propicios a los espíritus *Ahkak*, *Nexoi*, *Ahpua*, *Ahutz* y *Amalum*.

Quinto mes. *Tzec* (octubre). Fiesta de los dueños de colmenas.

Sexto mes. *Xul* (octubre-noviembre). Fiesta de *Chic-caban*, enhonor de *Cuculkán*.

Octavo mes, *Mol* (noviembre-diciembre). Fiesta de *Oloh-Zab Kam Yax*, hecha en señal de adoración a *Ixmol*, diosa patrona de la infancia; segunda fiesta de las colmenas.

Noveno mes, *Ch'en* (diciembre). Fiesta de la fabricación de los ídolos.

Décimo mes, *Yax* (enero). Fiesta de *Ocna*, en honor de los *Bacabes*.

Undécimo mes, *Zac* (febrero). Segunda fiesta de los cazadores.

Décimotercer mes, *Mac* (marzo). Fiesta de *Tup-Kak*, celebrada por los viejos y dedicada a *Itzamna*.

Décimoquinto mes, *Moan* (abril-mayo). Fiesta de los plantadores de cacao, para hacerse propicios a los espíritus protectores de esta planta: *Ekchuah*, *Chac* y *Habuil*.

Décimosexto mes, *Pax* (mayo). Segunda fiesta de *Cuculkán*, denominada *Pacum-Chac* (3).

Los ídolos.—LANDA nos dice que los yucatecas antiguos poseían imágenes de sus dioses hechas de piedra, de madera o de barro cocido. Las imágenes de piedra eran poco numerosas. Las de madera eran de reducido tamaño, «figuraban en las

(1) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 276-277.

(2) Véase en STEPHENS, *Incidents of travel in Yucatan*, vol. I, apéndice, págs. 448-459, un calendario maya que indica los días favorables y nefastos.

(3) ID., *ibid.*, § XI, págs. 240-311.

herencias y eran de las cosas más preciosas que se pudiera trasmitir». Los ídolos de barro cocido eran los más abundantes.

Las imágenes de madera han desaparecido totalmente, pues los primeros misioneros las quemaron casi todas. Por el contrario, tenemos algunos ídolos de piedra del Yucatán y un número muy grande de la región del Petén.

Organización religiosa.—Los cargos religiosos eran desempeñados por varias clases de sacerdotes, conocidos bajo la denominación genérica de *balames* (1). Los *Ahkins* o *Chilanos* eran los más afamados de entre ellos. Su función principal era la adivinación, y LIZANA (2) nos ha conservado varias de sus profecías, de las que se encuentran fragmentos en los *Libros de Chilan-Balam*. En una de estas profecías se ha querido ver el anuncio de la llegada de los españoles:

> En ese tiempo, esto será comprendido quizá, ¡oh sacerdotes!
> ¡Oh, señores, por los que gobiernan la tierra!
> Después de cuatro *katunes*.
> La verdad será entonces traída.
> En esa época, en nombre del dios.
> Yo os recomiendo, ¡oh, señores!
> Que espiéis en el camino a vuestro huésped, ¡oh, gentes de Itza!
> El señor de la tierra, cuando venga.
> Así habla el jefe principal, Pech el sacerdote.
> Para el fin del cuarto *katun*.
> Después del fin de este *katun*.

Los *chilanos* eran muy respetados por el pueblo. No salían más que en litera.

Los sacrificadores eran llamados *nacones*, lo mismo que los jefes militares. Les ayudaban sacerdotes de categoría inferior llamados *chacos*, que eran en número de cuatro para cada *nacón* (3).

El clero todo estaba sometido a la autoridad suprema de un soberano pontífice, llamado *Ahkin-mai* o *Ahau Can mai*, el cual, en la época del gran poderío de los *Cocomos*, residía en *Mayapán*. Recibía presentes de todos los funcionarios, civiles y militares, nombraba a los sacerdotes después de examinados, les proporcionaba los libros y les daba los consejos necesarios para el ejercicio de su sacerdocio. Cuando moría, era reemplazado por su hijo o uno de sus más cercanos parientes (4).

Hechiceros.—Al lado de estos sacerdotes regulares y oficiales había multitud de hechiceros, curanderos, adivinos, de los que a veces no conocemos más que los nombres. Eran los

(1) *Balam* significa «jaguar».

(2) En su *Historia de Nuestra Señora de Itzamal*, reimpresa por BRASSEUR DE BOURBOURG en *Manuscrit Troano, Etude sur le système graphique des Mayas*, 1869, en 4.°, vol. II, pág. 103.

(3) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 161.

(4) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 43.

ah-cuyah, *ah-tun*, que los diccionarios mayas nos dicen ser «hechiceros», los *ah-tzyacyah* o médicos, los *pulahoobs*, los *mens* que practicaban las formas inferiores de la adivinación (1). Probable es que algunos de estos hechiceros ejercieran su arte en secreto, por razón del carácter siniestro que le era atribuído. Así ocurre con los hechiceros maleficiadores, que enviaban a los hombres la muerte, la fiebre y todas las calamidades.

Los escribas *(ah-uooh)* tenían probablemente, en algún grado, carácter religioso. El arte de la escritura, en efecto, era enseñado por los sacerdotes.

§ V.—La vida civil

Vestido y adorno.—El traje de los antiguos mayas era de lo más sencillo. Consistía en una especie de taparrabos, con que se daban varias veces vuelta a la cintura, de modo que una de las puntas caía por delante y otra por detrás (2). Encima usaban capotes amplios y cuadrados, que sujetaban en los hombros. Los relieves de la región de Petén nos muestran a los sacerdotes cubiertos con suntuosos mantos bordados, y a la cabeza llevan tiaras adornadas con grandes grupos de plumas de quetzal, que recuerdan las de los sacerdotes y guerreros mejicanos (véase fig. 158). Las gentes del pueblo llevaban el pelo largo, salvo en la parte central de la cabeza, donde se los quemaban de modo que resultara una especie de tonsura. Hacían con ellos trenzas para rodear la cabeza a modo de guirnalda, a excepción de una coleta que caía por detrás como una borla (3).

Los mayas se bañaban con frecuencia, se pintaban el cuerpo y la cara de encarnado y se tatuaban por incisión. El tatuaje era insignia honorífica. La cabeza la deformaban artificialmente. Esta deformación no era muy acentuada en los pueblos del Yucatán, pero los relieves nos muestran que era muy grande entre los de las regiones vecinas a Guatemala.

Las mujeres llevaban un traje muy análogo al de las mejicanas. Fr. Diego López de Cogolludo (4) nos dice que su

(1) Los *mens* existen todavía en el Yucatán y siguen ejerciendo la adivinación por medio de un trozo de cristal de roca o de granos de maíz (Tozzer, *A comparative study*, págs. 163-164).

(2) Landa, *Relación.....*, págs. 116-117. Los mayas modernos usan todavía esta prenda, que llaman *chicnacnok*, cuando trabajan en el campo (Tozzer, *A comparative study*, pág. 32).

(3) Id., *ibid.*, págs. 114-115.

(4) *Historia de Iucathan*, pág. 188.

prenda principal de vestir era el *yupte* (1), especie de saco con tres aberturas, una para pasar la cabeza, las otras dos para los brazos (2). Llevaban a veces, encima de los hombros, mantas análogas a los *tilmatlis* de los mejicanos (3) (figura 148).

Las mujeres mayas se untaban el cuerpo con una especie



Fig. 148.—Mujer maya machacando maíz (según A. Tozzer, *A comparative study of the Mayas and Lacandones*).

de bálsamo oloroso llamado *iztahté*, que mezclaban con una materia colorante roja, y se tatuaban toda la parte superior del cuerpo, a excepción de los pechos. Se cuidaban mucho el pelo, que llevaban muy largo y dividido en dos trenzas. Se limaban los dientes en punta y se perforaban el cartílago de la

---

(1) Equivalente al *huipili* de los mejicanos.

(2) Véase LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 186-187.

(3) LÓPEZ DE COGOLLUDO dice que los mayas denominaban estas mantas *hayates* (*Historia de Iucathan*, pág. 187).

nariz para encajar cuentas de ámbar. Se hacían también agujerear las orejas para ponerse pendientes.

Los autores antiguos nos hablan muchas veces de las alhajas yucatecas, y los relieves esculpidos nos permiten formarnos idea de lo que eran: alfileres repujados para sujetar los mantos, representando cabezas humanas o de divinidades; adornos de nariz labrados a torno, pendientes, pectorales, sortijas, brazaletes, todo rica y finamente adornado. Estas alhajas

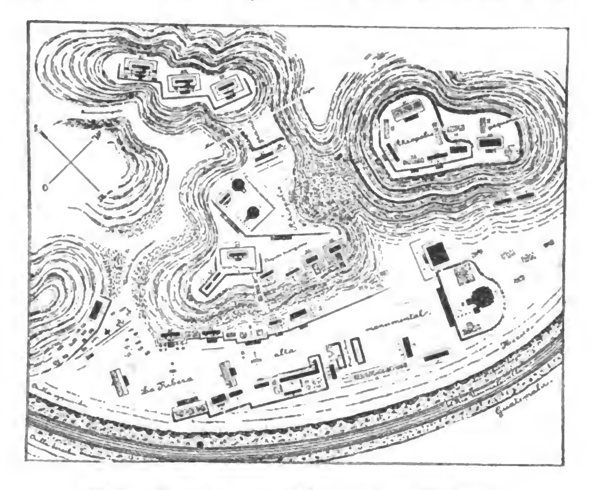


Fig. 149.—Plano de las ruinas de Yaxchilán (según T. Maler).

debían estar hechas con materias preciosas, porque no se ha podido encontrar vestigio de ellas.

Las casas y la arquitectura. — Los mayas han sido hábiles arquitectos, más hábiles todavía que los mejicanos. No obstante, los grandes edificios cuyas ruinas admiramos hoy parecen no haber existido más que en algunas regiones del Petén y del Yucatán. La gran mayoría de los mayas quichés habitaban en chozas de madera, cubiertas con hojas de palma, análogas a las que construyen todavía los mayas del Yucatán y los lacandones. Estas casas son rectangulares y ligeramente redondeadas en los extremos. La armazón de estas construcciones está formada por cuatro postes encorvados en los cuales se apoya el techo. Las paredes están hechas con tablas unidas y cubiertas de barro. En los lados mayores de las paredes se

abren dos puertas. En las habitaciones del Yucatán, hay un pequeño cobertizo unido a la casa (1).

LANDA nos describe las casas de los «señores» del antiguo Yucatán. Eran también rectangulares y cubiertas con un tejado de doble y acentuada pendiente. Por medio de la casa corría, longitudinalmente, un muro con puertas que abrían comunicación entre las dos partes de la vivienda. En la mitad trasera estaban los lechos. La de delante, adornada con pinturas, servía de sala de recibir (2).

Los grandes edificios de piedra se alzaban muchas veces encima de pirámides, como ocurría en Méjico. Estas pirámides eran, por lo general, de plano cuadrado, pero a veces también poligonales; los escalones y resaltos perpendiculares. No obstante, en la región de Mototzintla, las partes ascendentes eran oblicuas (3). En el sur (Vera Paz, Guatemala), donde el suelo montañoso permitía cimentar fácilmente las construcciones en lugares escarpados, las pirámides eran poco altas. En la tierra llana del Yucatán, por el contrario, alcanzaban a veces alturas considerables.

Estaban agrupadas de modo distinto según las regiones. En el Petén, por ejemplo, las habitaciones estaban distribuídas irregularmente, en terrazas de poca altura. El plano de las ruinas de *Yaxchilán* (4) (fig. 149), a orillas del Usamacinta, es interesante desde este punto de vista. Los diferentes edificios están reunidos en dos eminencias naturales y en una llanura vecina que se extiende hasta el río Usamacinta. La mayor parte de las construcciones están separadas del suelo natural por unos cuantos escalones. La ciudad forma de esta suerte una serie de terrazas, sin comunicación unas con otras (5). Las calles, en el sentido europeo de la palabra, no existían más que en algunas ciudades hoy en ruinas de Guatemala (6).

Según SAPPER (7), las ruinas de América central deben clasificarse (fig. 150) en tres tipos principales, en los cuales pueden determinarse subtipos.

Primer tipo: Estilo de la Vera Paz. Las aglomeraciones son pequeñas. Las construcciones están orientadas según los puntos cardinales. Se emplea poco el mortero en la construcción.

---

(1) TOZZER, *A comparative study*, págs. 63-64. Véase, respecto a las habitaciones modernas de Guatemala, K. SAPPER, *Der gegenwärtige Stand der ethnographischen Kenntniss von Mittelamerika (Archiv für Anthropologie*, nueva serie, vol. III, págs. 1-38).

(2) LANDA, *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 110-111.

(3) K. SAPPER, *Indian Settlements in Central America* (RS, 1895, páginas 545-546).

(4) También llamada *Menche Tinamit* y *Villa Lorillard*.

(5) T. MALER, *Researches in the central portion of the Usamatsintla valley* (MPM, vol. II, núm. 2, págs. 104-197).

(6) SAPPER, *Indian Settlements*, págs. 539.

(7) *Ob. cit.*, págs. 552-554.

Segundo tipo: Estilo de las tribus que habitan las montañas (quichés, mames, etc.). Las aglomeraciones son densas. Se observa la existencia de edificios en forma de H.

Subtipos:

a) Estilo tzental. Las construcciones no están orientadas según los puntos cardinales. No se hace uso del mortero;

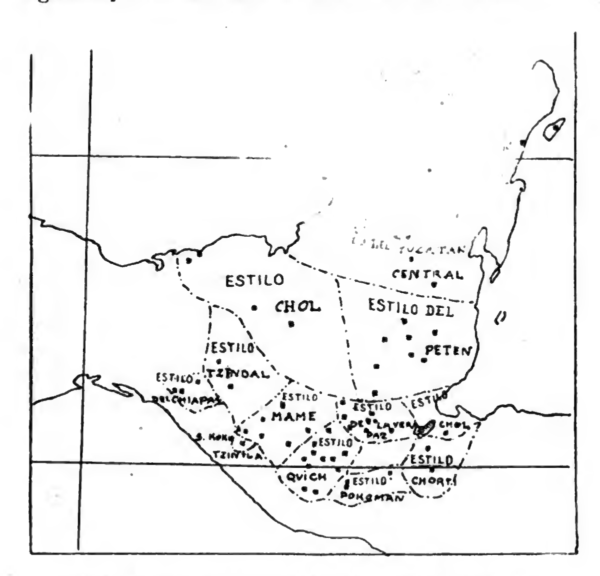


Fig. 150.—Estilos arquitectónicos de los mayas quichés (según *Sapper*).

b) Estilo mame. Las construcciones no están orientadas. Se emplea el mortero;

c) Estilo quiché. Las construcciones están orientadas. Se usa el mortero.

Tercer tipo: Estilo de las tribus que habitan las llanuras. Muros de piedra unida con mortero. Construcciones orientales. Piezas interiores.

I. Estilo maya. Pirámides muy inclinadas, altísimas, dinteles de las puertas hechos con madera de zapote.

Subtipos:

a) Estilo del Petén. Las viviendas están muy juntas y

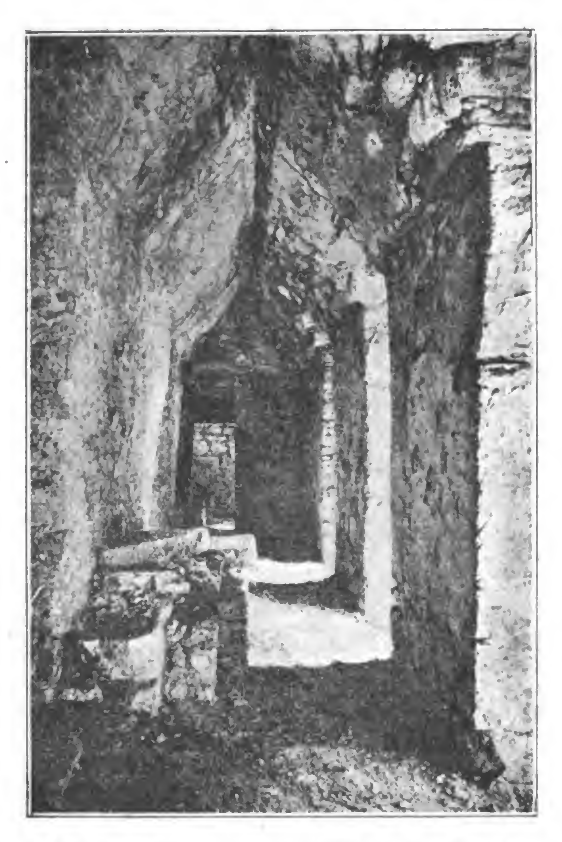


Fig. 151.—Vista interior de una cámara o pasillo de un palacio de Yaxchilán (según *T. Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley*).

abundan las terrazas. Fortificaciones: Se emplea el mortero, las casas están muy adornadas;

b) Estilo del sur del Yucatán. Las viviendas están más espaciadas, los muros son de piedra y de aparejo mayor, talladas con esmero las piedras;

c) Estilo del norte del Yucatán. Las viviendas aparecen dispersas. Los muros de las casas de piedra se ven con frecuencia ricamente adornados con esculturas.

II. Estilo chol. Los dinteles de las puertas están hechos de piedra alisada. El adorno se hace con almohadillado de estuco y losetas que tienen bajorrelieves y jeroglíficos.

III. Estilo chorti. Las pirámides se desarrollan más todavía que en parte alguna. Abundancia de terrazas. En Copan hay una pirámide de paredes muy inclinadas.

Los monumentos de los mayas quichés eran generalmente de escasa altura y muy largos. La disposición interior difería,

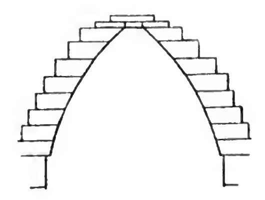


Fig. 152.—Bóveda yucateca (según *Stephens, Incidents of Travel in Yucatan).*

no solamente según los estilos, sino también conforme al destino de los edificios. Las más de las veces, los palacios comprendían varios corredores, estrechos y separados por paredes de espesor enorme. El techo de estas piezas era en forma de trapecio, la bóveda apuntada y cubierta con grandes losas llanas (figs. 151 y 152) (1). A veces, había encima del tejado una galería vertical, de paredes poco gruesas, calada o esculpida (figura 153).

Un buen ejemplo de la arquitectura antigua de los pueblos mayas quichés lo proporciona un edificio de Yaxchilán, que MALER denomina «Templo Rojo» (2). Figura en el plano con el número 1 y está situado cerca del Usamacinta. La fachada

(1) Acerca del procedimiento de construcción de estas bóvedas, véase STEPHENS, *Incidents of Travel in Yucatan*, vol. I, apéndice, páginas 429-434).

(2) T. MALER, *Researches in the central portion of the Usamatsintla Valley* (MPM, vol. II, núm. 2, págs. 122-125).



Fig. 158.—Palacio de Yaxchilán, mostrando el piso superior calado (según T. *Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley*).

nordeste, que mira al río, tiene tres puertas que dan acceso a una cámara de 8,90 metros de largo por 1,40 solamente de an-

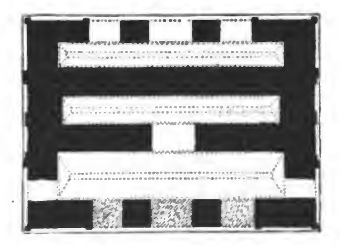


Fig. 154.—«Templo rojo» de Yaxchilán según *T. Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley).*

cho. El techo de esta cámara afecta la forma de bóveda apuntada. No tiene comunicación alguna con las otras dos. Del lado

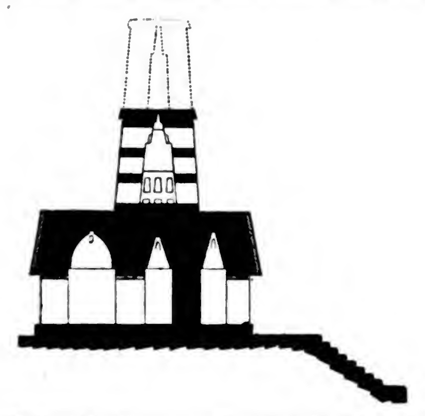


Fig. 155.—Corte del «Templo rojo» de Yaxchilán (según *T. Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley).*

sudeste se encuentra una gran pieza de 9,10 metros por 1,92, en la cual se penetra igualmente por tres puertas, colocadas perpendicularmente, pero que han sido tapiadas y sustituídas

por dos pasillos laterales, de 80 centímetros de anchura, que conducen al exterior. Esta pieza comunica con una tercera cámara, semejante a la del lado nordeste, que, por el sitio en que está colocada, resulta muy oscura (fig. 154).

Esta parte inferior del edificio está cubierta con un techo plano, sobre el cual había otra edificación en hueco, en parte conservada. Esta curiosa construcción estaba hecha con dos paredes, que corrían paralelamente a todo lo largo del edificio, inclinadas la una sobre la otra y dejando entre ambas, en la

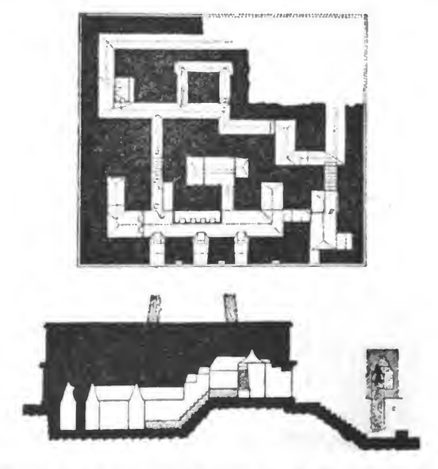


Fig. 156.—Plano y corte de las ruinas del «Laberinto» de Yaxchilán (según *T. Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley*).

base, un espacio de 1,46 metros. Estas paredes tenían ventanas y formaban un piso superior aireado (fig. 155).

Las ruinas de Yaxchilán contienen un edificio todavía más interesante que el anterior. Maler (1) le ha denominado «el Laberinto». Está situado en una terraza. Al exterior tiene 20,33 metros de largo por 17,70 de ancho. Su altura es de 5,90. Coronábalo en otro tiempo una construcción análoga a la del «Templo Rojo». La fachada, de orientación este-sudeste, tiene cuatro

(1) T. Maler, *Researches in the central portion of the Usamatsintla Valley*, págs. 137-139.

puertas, a las que se llega por amplia escalera. Estas entradas dan acceso a una vasta cámara de bóveda apuntada que mide 12,65 metros de larga, 1,95 de ancha y 3,70 de alta. Los extremos se doblan en ángulo recto y forman dos cámaras suplementarias. De esta pieza de entrada parten tres pasillos: el uno, a la izquierda, conduce a una cámara rectangular de la que parte un nuevo pasillo que, por una escalera, lleva a una

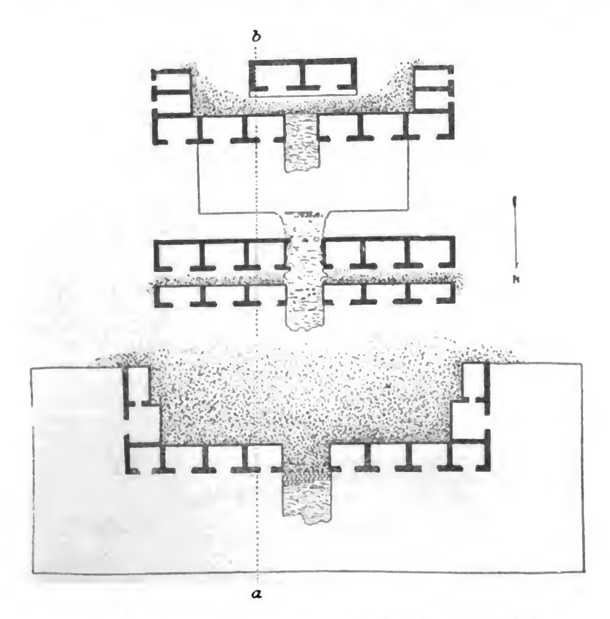


Fig. 157.—Plano de las ruinas de Chacmultún (según *Thompson, Archaeological researches in Yucatan*)

serie de estrechos pasadizos, impropios para ser habitados. El pasillo central lleva a otra cámara muy semejante a la anterior. El tercero está también provisto de una escalera que conduce a los pasillos de detrás (fig. 156).

En el Yucatán, los edificios son más largos, dispuestos de modo diferente y contienen un número de piezas más considerable. Los monumentos del Yucatán poseían raras veces

cámaras interiores. Comunicaban éstas directamente con el exterior por anchas puertas abiertas, ya en el muro de fachada, ya en el de detrás.

Los edificios se alzan a veces sobre terrazas sucesivas, como en las ruinas de *Chacmultun*. Un edificio designado por M. Thompson (1) con el número 5 y representado en el plano de la figura 157, tiene cuatro pisos. Tres de ellos están colocados sobre terrazas, labradas en escalón en la falda de una colina, mientras que el cuarto se halla en la cima de la eminencia natural. Una serie de amplias escaleras, hoy en ruinas, permitía comunicar con las plataformas.

En resumen, los edificios de América central tenían un aspecto que variaba algo según las regiones y las condiciones del medio, pero que era distinto al de los monumentos de otras partes de América, en particular de Méjico.

La arquitectura militar se había desarrollado igualmente. Los mayas-quichés habían establecido, sobre todo en las regiones montañosas de Guatemala, todo un sistema de fortificaciones. La comarca habitada por los mamés, los quichés y los cakchiquelos abundaba en eminencias abruptas, separadas unas de otras por hondos barrancos. En consecuencia, las ciudades no podían desarrollarse mucho en extensión, y las construcciones estaban muy apretadas. Sus posiciones eran naturalmente fuertes por lo tanto. Además, los bordes de las mesetas estaban rodeados de murallas, con estrechas aberturas fáciles de defender. Tal es la disposición que muestran las ruinas de *Yaltenamit*, en Las Pacayas (Vera Paz) (2).

Industria de la piedra.—Si se exceptúan las tribus montañesas, los mayas-quichés fueron, de todos los pueblos americanos, los que mostraron más arte en el trabajo de la piedra.

Los restos de la industria de la piedra tallada que han llegado a nosotros son pocos en número y nos muestran la variedad y el esmero que los pueblos del Yucatán ponían en este trabajo (3). De sus armas, de los objetos de uso doméstico, pocos restos han llegado hasta nosotros.

Escultura.—Por el contrario, poseemos testimonios muy abundantes de su destreza para esculpir la piedra caliza, en la producción de estatuas y relieves. Las estatuas son a veces de dimensiones enormes, tal la efigie conocida con el nombre de obelisco, descubierta en Quiriguá por M. Maudslay, o las es-

---

(1) Thompson, *Archaeological researches in Yucatan* (MPM, volumen III, núm. I, págs. 18-20).

(2) Sapper, *Indian Settlements in Central America*, pág. 543.

(3) Véanse algunos objetos de sílex tallado, con formas diferentes, que M. Maler encontró en Naranjo (Guatemala) y que figuran en *Explorations in the department of Peten, Guatemala* (MPM, volumen IV, núm. 2, pág. 98).

tatuas de Copán de que el Museo del Trocadero posee algunos vaciados. El aspecto de estas estatuas es, por lo general, pesado y poco gracioso. Los personajes, cubiertos con vesti-



Fig. 158.—Estela de Seibal (según *T. Maler, Exploration of the Upper Usumatsintla).*

duras sacerdotales, están mal proporcionados, pero el pormenor del adorno es admirable.

Los relieves, mucho más numerosos, son de una ejecución



Fig. 159.—Relieve de Yaxchilán (según *T. Maler, Researches in the central portion of the Usumatsintla Valley*).

excelente. El relieve varía mucho, tiene a veces unos cuantos milímetros, como en las célebres esculturas murales de Palenque; pero se acentúa en la región del Petén, testigo la estela número 10 de Seibal (fig. 158). A veces aun, como sucede en

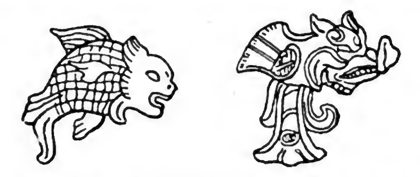
Yaxchilán, tiene varios centímetros y los juegos de luz dan a los personajes un aspecto de vida sorprendente (fig. 159).

Pintura.—Poseemos algunas pinturas murales del Yucatán y en particular un fresco que representa guerreros. Los colo-



Fig. 160.—Puma trepando a un árbol. Pintura maya del «Templo de los Tigres» en Chich'en-Itza.

res son seguidos, los personajes están representados de perfil y el ojo igualmente de perfil. Las actitudes son poco variadas y algo rígidas, pero parece que esta rigidez proviene más bien



Figuras 161 y 162.—Dos representaciones de peces, una «realista» (fig. 161), según una pintura del «Templo de los Tigres en Chich'en-Itza, la otra «estilizada», según un adorno de vaso de Chajcar.

de inexperiencia del pintor que de deseo de esquematizar las figuras (1).

Las pinturas del templo llamado «de los Tigres» en Chi-

(1) Estas pinturas han sido descubiertas en Chacmultún por M. Thompson, *Archaeological researches in Yucatan* (MPM, vol. III, número 1, lám. VIII).

ch'en-Itza, nos muestran que los artistas mayas sabían también dar vida a los animales que representaban, según lo ates-



Fig. 163.—Escudilla de los lacandones modernos (según *Tozzer, Comparative study of the Maya and Lacandones*).

tigua la figura 160, que representa a un puma subiendo a un árbol. Puede verse, según las figuras 161 y 162, la diferencia



Fig. 164.—Vaso con adorno sobrepuesto (según *E. Seler, Allerthümer aus der Alta Vera-Paz*).

que había entre el arte «realista» de la pintura maya y el arte «esquematizado» de su decoración. Hemos puesto, al lado del

pez de Chich'en-Itza, otra figura que adornaba un vaso de Chajcar.

Cerámica.—El arte cerámica estaba muy adelantada. Las formas eran bastante numerosas, y algunas aun típicas, pero en la decoración es en lo que principalmente se distinguían los mayas-quichés.

Entre los cacharros de uso doméstico dominaba la escudilla. Algunas estaban adornadas con una mascarilla humana muy toscamente hecha, como las que hacen hoy los lacandones y que utilizan para sus prácticas rituales (fig. 163) (1). Recipientes de esta clase, con más o menos adornos, se encuentran con frecuencia en las excavaciones. Otros vasos eran cilíndricos, con adorno hecho con punzón, de líneas que forman



Fig. 165.—Frasquitos de barro de Guatemala (según *E. Seler Alterthümer aus der Alta Vera-Paz*).

rombos (2). Otros, con adornos aplicados encima, recuerdan, más perfecto todavía, el arte cerámica de los zapotecas (figura 164).

Algunas formas son típicas: frascos pequeños, cuadrados o aplastados (fig. 165), que se encuentran en la alta Vera Paz y en Honduras, país en otro tiempo habitado por los cholos. Están adornados con cabezas de personajes y jeroglíficos en relieve. Estos vasos se encuentran en diferentes partes de Honduras que ya no están hoy habitadas por los mayas-quichés. El

(1) Acerca del uso de estos vasos, véase TOZZER, *Comparative Study of the Mayas and Lacandones*, págs. 136 y siguientes. Véase también E. SELER, *Alterthümer aus Guatemala* (SGA, vol. III, págs. 578-640) que ha reproducido varios de ellos.

(2) Véase E. SELER, *Alterthümer aus Guatemala* (SGA, vol. III, página 590).

frasco que se representa en la figura 166 fue hallado por M. BYRON-GORDON en el valle del Uloa (1), que no está comprendido en el área de los cholos. Debió ser llevado allí. Re-

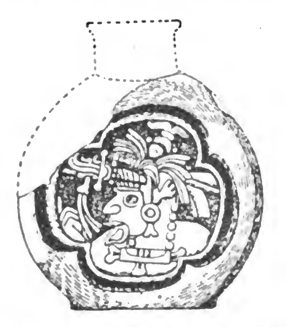


Fig. 166.—Frasco aplastado que se halló en el valle del río Uloa (según *Seler*, *Alterthümer aus der Alta Vera-Paz*).

cientemente M. W. LEHMANN ha encontrado vasos semejantes en partes más alejadas todavía de Honduras.



Fig. 167.—Vaso figurando un tapir (Colección Karwinski, Museo de Berlín).

Pero lo que principalmente diferencia a la cerámica maya de la de los aztecas es la grandísima abundancia de vasos zoo-

(1) BYRON-GORDON, *Researches in the Uloa Valley* (MPM, vol. I, número 4. Cambridge (Mass.), 1898). Véase E. SELER, *Alterthümer aus der Alta Vera-Paz* (SGA, vol. III, págs. 685-687).

morfos y antropomorfos. Sin contar los numerosos mangos de cucharas para el incienso, análogos a las de Méjico, hay gran



Fig. 168.—Pipa de barro cocido de Coban (Según *E. Seler, Alterthümer aus der Guatemala)*.

cantidad de cerámica representando animales, tal como la reproducida en la figura 167, donde se ve un tapir de cuyas fauces sale una cabeza humana (1). Otros vasos representan ranas, zorros, personajes, como la pipa (fig. 168) encontrada en las



Fig. 169.—Mascarilla de barro cocido de Sesis, Guatemala (según *E. Seler, Alterthümer aus der Guatemala)*.

(1) E. Seler, *Alterthümer aus der Guatemala* (SGA, III, pág. 621).

cercanías de Coban. Estas figuras son a veces de excelente ejecución, como podrá juzgarse por la mascarilla que reproduce la figura 169, y por una figurita de mujer, procedente del Yucatán, que está expuesta en el Museo del Trocadero (París).

Los mayas, y más especialmente las tribus de la Vera-Paz, hacían también aplicaciones de barro cocido, que se han encontrado en las excavaciones, y que servían quizá para adorno del interior de las casas. La figura 170 muestra una de estas aplicaciones, encontrada cerca de San Pedro Carcha (1). A la



Fig. 170.—Aplicación en barro cocido, de Chajcar, cerca de San Pedro Carchá (según *E. Seler, Alterthümer aus der Guatemala*).

misma clase de objetos pertenecen pequeños bajorrelieves de barro cocido descubiertos cerca de Coban (2).

A más del adorno grabado o modelado, los mayas-quichés pintaban los vasos. Buen ejemplo de las escenas pintadas es la representada en la figura 171. El vaso de que se trata fue hallado en Chamá. M. Förstemann (3), luego M. Seler (4) han tratado de interpretar la escena que representa. Según este último, habría que ver en ella una alusión a la llegada a Guatemala de los *Yaqui vinaks*, de los toltecas venidos del Norte.

La figura 172 muestra otra pintura en barro cocido, proce-

(1) E. Seler, *Alterthümer aus der Guatemala*, lám. III, fig. 2.
(2) Id., *ibid.*, pág. 612.
(3) ZFE, vol. XXVI, Berlín, 1894, pág. 574.
(4) *Das Gefäss von Chamá* (SGA, III, págs. 654-669).



Fig. 1 1.—Vaso pintado, de Chamá (según E. Seler, *Ein Hieroglyphengefäss von Chamá*).

dente de Nebaj, aldea en otro tiempo habitada por los *Ixilos* (1). Representa, según M. Seler, una escena de ofrenda hecha a un *ahau* por sus súbditos.

(1) Según comunicación enviada a M. Seler por un alemán residente en Guatemala (*Ein Hieroglyphengefäss von Nebaj*, SGA, III, págs. 718-729).



Fig. 172.—Pintura de un vaso, de Nebaj (según E. Seler, *Ein Hieroglyphengefäss von Nebaj*).

CAPITULO V

El calendario y la escritura.

SUMARIO: I. La numeración, las cifras y los signos de los días.—II. El año.—III. Los períodos del calendario y la cuestión del *Katun*.—IV. El año arcaico.—V. El calendario de los tzentalos, de los quichés y de los cakchiquelos.—VI. La escritura.

§ I.—LA NUMERACIÓN, LAS CIFRAS Y LOS SIGNOS DE LOS DÍAS

No pueden separarse el estudio de la escritura y el del calendario de los antiguos mayas. Todas cuantas inscriciones de la América central han podido ser descifradas hasta el presente, consisten en signos que sirven para el cómputo del tiempo.

Estas inscriciones se encuentran en las ruinas de los Estados mejicanos del Chiapas y del Yucatán, de Guatemala septentrional, Honduras británica y la parte occidental de la república de Honduras. Las más conocidas son las de Palenque (Chiapas) y Copán (Honduras). Todas las ruinas del Chiapas y las situadas en Guatemala, a lo largo del curso del Usamacinta, así como las de Copán y Quiriguá, en Honduras, contienen numerosas inscriciones. En el Yucatán son más escasas y están peor ejecutadas. Los caracteres de la antigua escritura maya afectan forma cuadrada, con ángulos redondeados, y están esculpidos en bajorrelieve. En las inscriciones de Copán, de Quiriguá, de la mayor parte de las ciudades en ruinas del Usamacinta (Menché, Piedras Negras, Ceibal, Yaxhá, etc.), estos jeroglíficos son verdaderas obras maestras de esculpido. En Palenque el relieve es menos alto, el cincelado se acentúa menos. No obstante, los pormenores de cada signo están todavía tratados con cariño. En el Yucatán, por último, los jeroglíficos no presentan ningún modelado. Estos «glifos», para usar la palabra técnica de los arqueólogos americanos, están reunidos, por lo común, en columnas o en líneas. En ciertos

casos, los grupos de glifos están rodeados por una línea saliente, de forma oval, bastante parecida a los *cartuchos* egipcios (1). Cierto número de inscriciones están esculpidas en madera (2).

Lo mismo que los mejicanos, los mayas escribían en papel hecho con fibra de maguey o pita (*Agave americana*, Linneo). Cuatro manuscritos han llegado hasta nosotros. Son el *Codex Dresdensis*, de la Biblioteca Real de Dresde; el *Codex Peresianus*, de la Biblioteca Nacional de París (*Mejicano número 2*); el *Codex Troano* o *Codex Tro*, de la biblioteca particular de D. Juan de Tro y Ortolano, de Madrid, y el *Codex Cortesiano*, de la Biblioteca Real de Madrid. Se ha reconocido, hace mucho tiempo, que los dos últimos forman un manuscrito único (3).

Cyrus Thomas (4) describe en estos términos el *Codex Tro*: «Consiste en una tira de papel de maguey, que mide próximamente 1,25 metros por 0,23. Por ambos lados el papel está dado de una pintura o barniz blanco. Las dos caras están divididas en compartimientos, próximamente de 15 centímetros de anchura, mediante líneas negras o rojas trazadas a lo ancho. En cada una de estas divisiones aparecen dibujadas figuras diversas, de color castaño, negro, rojo o azul, acompañadas de signos de escritura. La larga faja formada por el manuscrito está doblada en 35 páginas. Los glifos y las figuras cubren las dos caras del papel y el volumen tiene, de esta suerte, 70 páginas».

Las figuras que adornan estos manuscritos representan verosímilmente escenas mitológicas. Los signos que las acompañan están agrupados del mismo modo que los jeroglíficos grabados, ya encima, ya al lado de las figuras pintadas. A diferencia de los jeroglíficos mejicanos, que se colocaban a capricho del escriba, estos caracteres están siempre agrupados en líneas. Columnas enteras de los manuscritos están consagradas a largas series de cifras y de signos poco numerosos que se repiten regularmente. Estas series han permitido averiguar lo poco que sabemos respecto a la escritura de los mayas.

Landa nos ha dado en su *Relación* un *Calendario romano y yucatanense* (5) en que indica, día por día, las ocupaciones de los yucatecas durante el trascurso del año. Ha añadido al margen los signos que distinguen los diversos días. Son en

(1) Estos *cartuchos* se muestran de manera especialmente clara en el monumento llamado «Tortuga de Quiriguá».

(2) Por ejemplo, las de Tikal, de que se tratará más adelante.

(3) L. de Rosny, *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique de l'Amérique centrale*. París, 1876.

(4) *Central American Hieroglyphic writting* (RS, 1903, Washington, 1904, pág. 707).

(5) Páginas 240-311 de la edición de Brasseur de Bourbourg.

número de veinte y tienen la figura y los nombres con que se ven en la figura 173.

Estos signos aparecen todos, con variantes de poca impor-

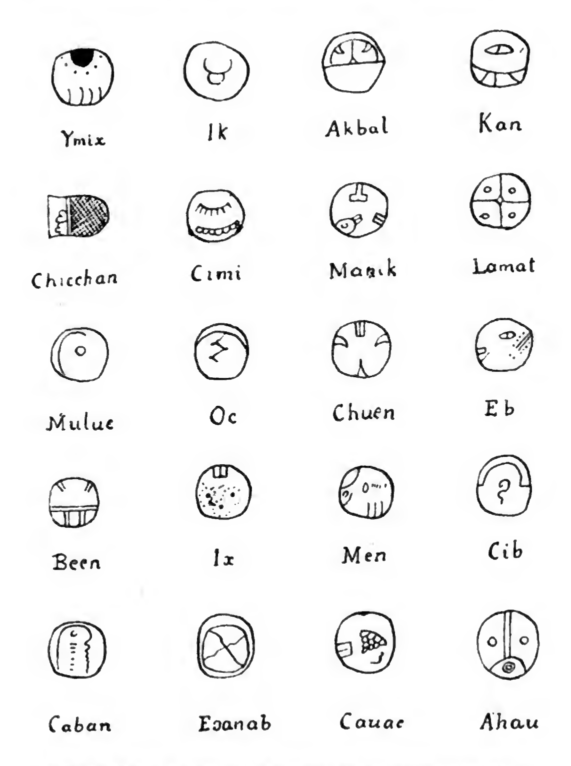


Fig. 173.—Figuras y nombres de los días del calendario maya, según la *Relación* de Landa.

tancia, en los tres manuscritos mayas que han llegado a nosotros y en los libros de *Chilan-Balam* (fig. 174), y gracias a ellos ha sido posible descifrar los signos cíclicos de los manuscritos y de las inscriciones.

Los escribas mayas habían llegado a numerar cantidades considerables, mediante la posición relativa de muy pocos signos numéricos. Estos signos diferían poco de los de los me-

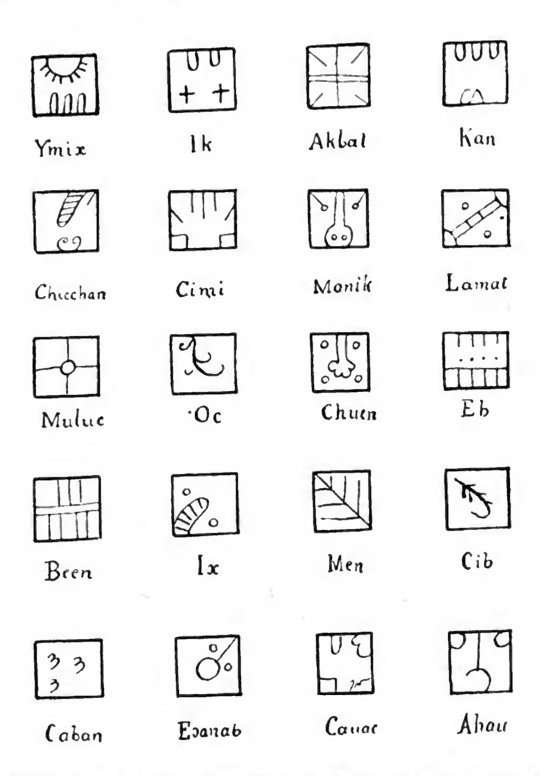


Fig. 174.—Signos de día del calendario maya, según los *Libros de Chilan-Balam.*

jicanos: 1 era representado por un punto grueso (•); 2, por dos puntos semejantes, etc., hasta 4. 5 se indicaba mediante una línea gruesa ▬; 6, mediante la misma línea y un punto ⩦; 10, por dos líneas gruesas 〓; 15, por tres; 19, por tres líneas y cua-

tro puntos; 20 se indica, en los manuscritos, con variantes del signo de día *cimi*.

Estos últimos símbolos corresponden a la bandera, *pantli*, que los mejicanos usaban para indicar la veintena.

La numeración de los mayas es puramente vigesimal, más todavía que la de los mejicanos. Los números hasta 20 se forman según el sistema decimal, como lo muestra el cuadro siguiente:

1	*hun*	4	*can*	7	*uuc*		
2	*ca*	5	*ho*	8	*uaxac*	10	*lahun*
3	*ox*	6	*uac*	9	*bolon*		

11 se dice *buluc*, que es una palabra especial, pero 12 se dice *lahca*, es decir, *la-h (un)-ca*, y los otros nombres de números hasta 20 se componen con 10 y los números inferiores a éste. El número 20, unidad de segundo grado, se dice *hun-kal* = un veinte; 30 se dice *lahu-ca-kal* (10+20) (1), 40 se dice *ca-kal* (2×20); 60, *ox-kal* (3×20); 80, *can-kal* (4×20), etc., hasta 400, unidad de tercer orden que se dice *hun-bak* = un 400. Vienen luego las unidades de cuarto, quinto y sexto órdenes, que se dicen respectivamente: *hun-pic* = un 8.000, *hun-calab* = un 160.000, *hun-kinchil* = un 3.200.000. La unidad más alta que conocemos es *Talau*, que vale 20 *kinchil* o 64.000.000.

Además, los números se anotan por superposición. Cuando queremos aumentar un número en una decena, dice M. C. Thomas (2), añadimos un signo a la derecha, añadiendo, a cada signo a partir de la izquierda, una cifra dada de un decimal de orden creciente. Los mayas empleaban el sistema vigesimal y aumentaban, a cada progresión, los signos de partida en veinte veces su valor. Pero este crecimiento, en lugar de producirse de izquierda a derecha, tenía lugar de abajo arriba. Si tomamos el ejemplo siguiente, compuesto del número 6 colocado en diversos órdenes, obtenemos:

$$= 6 \times (20 \times 20) = 2.400$$
$$= 6 \times 20 = 120$$
$$= 6$$

o sea en total: 2.400 + 120 + 6 = 2.526.

Parece, por tanto, que los números deben escribirse añadiendo unas encima de otras las unidades de orden sucesivo, según acabamos de decir. Pero no es exactamente lo que ocurre. Los números de la base son, sí, unidades de primer orden,

(1) *Ca*, en maya, significa «en seguida», «de nuevo».
(2) *Central American hieroglyphic writting*, pág. 709.

los colocados encima unidades de segundo (veintenas); pero los de la tercera línea, en vez de corresponder a las unidades de tercer orden $(20 \times 20) = 400$, corresponden a $(20 \times 18) = 360$. Encima viene una unidad de cuarto orden $(360 \times 20) = 7.200$, luego otra de quinto $(7.200 \times 20) = 144.000$ y, por último, la de sexto orden $(144.000 \times 20) = 2.880.000$. Si tomamos un ejemplo copiado de un manuscrito cualquiera, tenemos los números siguientes:

	(4 × 7.200) =	28.800	••••	(IV
	(17 × 360) =	6.120	≡	(III
(Ejemplo tomado del *Codex Dresdensis*, pág. 24).	(6 × 20) =	120		(II
		0		(I
	TOTAL.	35.040		

¿De qué puede provenir esta diferencia entre el sistema de numeración «hablada» y la escrita? No es difícil responder a esta pregunta. Basta notar que la numeración escrita, en todas partes donde se encuentra en América central, se ha aplicado al cómputo del tiempo. No se trata de unidades numéricas que representen los diversos órdenes en que se colocan las cifras, sino de períodos diferentes: días, meses, años, ciclos.

Los mayas empleaban también otro procedimiento de numeración. Hemos visto ya que tenían un signo particular para indicar las veintenas. En los monumentos, se ven jeroglíficos especiales para cada una de las unidades de orden superior.

Estos signos eran los siguientes: servía para designar los días y las unidades del primer orden; , el mes (*uinal*), o las veintenas; , las unidades de tercer orden (20 × 18); , las del cuarto orden (360 × 20); , las del quinto orden (7.200 × 20).

§ II.—El año

El año maya se componía de dieciocho «meses» de veinte días, más cinco días complementarios, análogos a los *nemontemi* mejicanos y llamados *uayeb haab*, *uayeyab* o *xma kaba kin*.

Cada día tenía su nombre y su signo particular, según hemos visto anteriormente; pero en lugar de comenzar por *imix*, como afirma LANDA (1), la serie de los signos comenzaba con *kan*. De aquí resultaba que todos los meses comenzaban por uno de los signos *kan*, *muluc*, *ix* o *cauac*. Supongamos que el año comienza efectivamente por *kan* y todos los meses, en efecto, llevarán este signo en su comienzo. Pero, lo mismo que en el calendario mejicano, los signos van acompañados de cifras que llegan hasta 13, de suerte que el primer mes comenzará por 1 *kan*, el segundo por 8 *kan*, el tercero por 2, el cuarto por 9, etc., (véase el cuadro núm. 1). Al cabo de 13×20 días, o sean trece meses, o un *tonalamatl*, el mes empezaba de nuevo con el mismo signo y el mismo número, y así sucesivamente hasta el fin del año. En nuestra hipótesis, el último mes de veinte días terminaba con el signo *akbal*, al cual iba unido el número 9. Los cinco *xma kaba kin* o *uayeb haab* eran, por tanto, los días 10 *kan*, 11 *chicchan*, 12 *cimi*, 13 *manik*, 1 *lamat* y el año siguiente empezaba por 2 *muluc*. El primer día del tercer año era 3 *ix*, el del cuarto 4 *cauac*, etc., como se verá en el siguiente cuadro:

NUMERACIÓN DE LOS AÑOS

Kan	Muluc	Ix	Cauac
1	2	3	4
5	6	7	8
9	10	11	12
13	1	2	3
4	5	6	7
8	9	10	11
12	13	1	2
3	4	5	6
7	8	9	10
11	12	13	1
2	3	4	5
6	7	8	9
10	11	12	13

(1) «Quedaron con dezir que el caracter o letra de que començava su cuenta de los dias o calendario se llama *Hun-Ymix*, y es este el qual no tiene dia cierto ni señalado en que caiga» (*Relación*....., página 236). Largo tiempo se ha discutido respecto al signo por el cual comenzaba el calendario maya. Hoy está fuera de duda que era *kan*.

Cuadro núm. 1

NUMERACIÓN DE LOS DÍAS Y DE LOS MESES PARA LAS CUATRO SERIES DE AÑOS *(Tonalamatl)*

(Según *Cyrus Thomas)*

Años Kan	Años Muluc	Años Ix	Años Cauac														Días del mes
Kan.	Muluc.	Ix.	Cauac.	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1
Chicchan.	Oc.	Men.	Ahau.	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2
Cimi.	Chuen.	Cib.	Imix.	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3
Manik.	Eb.	Caban.	Ik.	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4
Lamat.	Ben.	Ezanab.	Akbal.	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5
Muluc.	Ix.	Cauac.	Kan.	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6
Oc.	Men.	Ahau.	Chicchan.	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7
Chuen.	Cib.	Imix.	Cimi.	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8
Eb.	Caban.	Ik.	Manik.	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9
Ben.	Ezanab.	Akbal.	Lamat.	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10
Ix.	Cauac.	Kan.	Muluc.	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11
Men.	Ahau.	Chicchan.	Oc.	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12
Cib.	Imix.	Cimi.	Chuen.	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13
Caban.	Ik.	Manik.	Eb.	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	14
Ezanab.	Akbal.	Lamat.	Ben.	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	15
Cauac.	Kan.	Muluc.	Ix.	3	10	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	16
Ahau.	Chicchan.	Oc.	Men.	4	11	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	17
Imix.	Cimi.	Chuen.	Cib.	5	12	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	18
Ik.	Manik.	Eb.	Caban.	6	13	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	19
Akbal.	Lamat.	Ben.	Ezanab.	7	1	8	2	9	3	10	4	11	5	12	6	13	20

Después de cincuenta y dos años, el año termina por el último signo acompañado de la última cifra, y el año siguiente



Fig. 175.—Jeroglíficos de los meses, según la *Relación* de LANDA (los *Xma kaba kin* no tienen signo especial).

vuelve a empezar con el signo *kan* acompañado de la cifra 1, enteramente igual que en el calendario mejicano.

Pero se encuentra varias veces, en el año, un mismo signo acompañado de una misma cifra. En el año que hemos toma-

do como ejemplo, el signo *kan* se ve acompañado dos veces de la cifra 1, al principio del primero y del catorce mes. Lo mis-



Fig. 176.—Jeroglíficos de los meses (según el *Codex Dresdensis*).

mo ocurre con *muluc*, *ix*. etc., como lo mostrará una ojeada dirigida al cuadro número 1. Esta misma imperfección existe en el calendario mejicano y hemos visto cómo se había

hecho desaparecer por la alternativa de una serie regular de «nueve señores de la noche». En el Yucatán, el procedimiento empleado fue más sencillo y al propio tiempo más eficaz. En lugar de estar los meses, como ocurre en Méjico, desig-

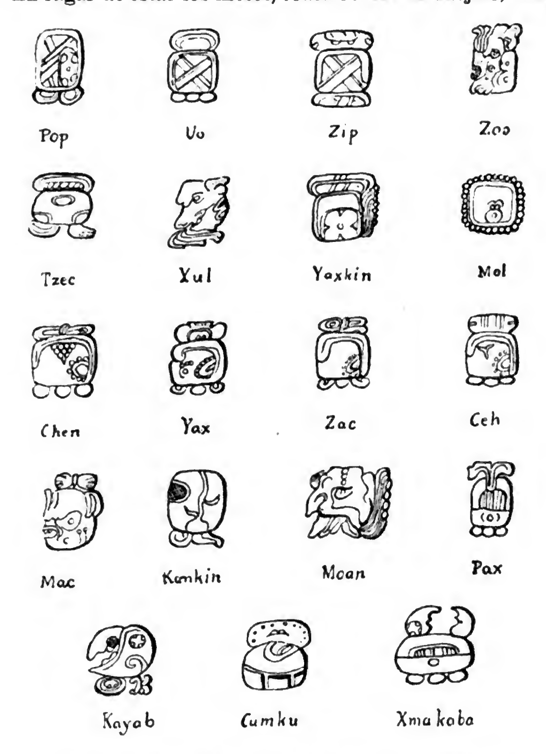


Fig. 177.—Jeroglíficos de los meses, según las inscripciones.

nados por el nombre de la gran fiesta que en ellos se celebraba, tenían un nombre particular, del mismo modo que eran designados en los manuscritos y las inscriciones con signos distintos (figuras 175, 176, 177). Además, se numeraban los días que los componían y se escribía, por ejemplo, 1 *kan* 1 *pop*, es decir, 1 *kan*

primer día del mes *Pop*, o bien 7 *muluc* 7 *pop* y 7 *muluc* 7 *kankin*, lo cual impedía toda confusión entre días que llevaban el mismo nombre y el mismo número. Esta combinación permitía, igualmente, saber en qué año se encontraba una fecha dada, pues no podía ser la misma en un año que empezase por 1 *kan* o en otro que comenzara por 2 *muluc*.

No domina, en el comienzo del año maya, la misma incertidumbre que en el calendario mejicano. Nunca se ha provocado la cuestión del año bisiesto, la numeración de los *xma kaba kin* ha sido admitida sin tropiezo y la de la elección de los soportes de años se ha arreglado desde hace mucho tiempo (1). El año comienza el primer día del mes *Pop*, el texto de Landa no ofrece la menor duda en este punto: «El primer día de *Pop* empezaba el primer mes de estos indios, era el día de su año nuevo y el de una fiesta muy solemne entre ellos» (2).

§ III.—Los períodos del calendario y la cuestión del katun

Mucho más discutida ha sido la cuestión de las unidades de orden superior al año. El pasaje de Landa que trata del *katun* o lustro yucateca es muy oscuro.

Se puede, no obstante, obtener algunas noticias precisas: 1.°, el *katun* era un período de tiempo al cual iban unidos ciertos ritos particulares, especialmente la adoración de ídolos de nombres numéricos: *Hun Ahau, Ca Ahau, Ox Ahau*, etc., es decir, el Señor Uno, el Señor Dos, el Señor Tres, etc.; 2.°, los diversos *katunes* tenían el nombre de la divinidad en ellos adorada; 3.°, el *katun* duraba veinte años.

La exactitud de este último dato está confirmada por un

(1) Lo cual no quiere decir que haya dejado de haber discusiones en este punto. Pío Pérez, apoyándose en un pasaje de López de Cogolludo (*Historia de Yucatán*, pág. 186), adoptó como soportes de años los signos *kan, muluc, ix* y *cauac*, es decir, los que siguen a *akbal, lamat, ben* y *ezanab*, y de hecho el calendario dado por Landa comienza el año por 12 *kan*. Goodman, por el contrario, propuso como soportes de años *ik, manik, eb* y *caban*, es decir, los signos que preceden a *akbal*, etc. Seler (*Some remarks on Prof. Cyrus Thomas. brief Study of the Palenque tablet.* SGA, vol. I, págs. 555-556), admite que los años que indican las inscriciones y el *Codex Dresdensis* empiezan por *akbal, lamat, ben* y *ezanab*, pero concuerda con Pío Pérez en reconocer que los del *Codex Tro-Cortesianus*, que es más particularmente yucateca, tienen por iniciales *kan, muluc, ix* y *cauac*. Cyrus Thomas concuerda con él en este punto (*Mayan Calendar Systems*, RE, vol. XVIII, pág. 706).

(2) *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 276-277.



pasaje de López Cogolludo (1), en el que se dice que los mayas contaban las eras de veinte en veinte años y, por lustros, de cuatro en cuatro (2).

Pío Pérez (3) fue el primero que trató de dilucidar la cuestión. Dió el nombre de *katun* al ciclo de cincuenta y dos años. Pero, basándose en las aseveraciones de Landa y de Cogolludo, imaginó un segundo ciclo de trescientos doce años, compuesto de trece indicciones de veinticuatro años. Denominó al período de veinticuatro años *ahau katun* o «katun real». Según él, cada *ahau katun* se dividía en dos partes: una de veinte años, llamada *amayun*, *lamaitun* o *lamaité*, y otra de cuatro años. «Esta era, en la concepción de los yucatecas, como el pedestal de la anterior» (4). Estos cuatro años no se habían contado, y tal es el motivo que habría inducido a los autores antiguos a atribuir al *katun* una duración de veinte años. Lo malo es que Pío Pérez no nos dice dónde ha aprendido este detalle de la duración del *ahau katun*. No obstante, su teoría fue adoptada durante mucho tiempo (5).

Los trabajos emprendidos por Förstemann, Goodman, Seler acerca del calendario arcaico de la América central son los que han permitido descubrir el valor del *katun* y rechazar definitivamente la aplicación de este nombre al período de cincuenta y dos años, la palabra *ahau katun* y el período de veinticuatro años de Pío Pérez. Han probado que el *katun* representaba, en el calendario de la época de la conquista, un residuo de un sistema más antiguo.

Ya en 1888, Seler (6) hacía las siguientes observaciones. El *Codex Dresdensis*, y las series de los libros de *Chilan Balam*, muestran la existencia de un período de $20 \times 360 = 7.200$ días.

---

(1) *Historia de Yucatán*, libro IV, cap. V.

(2) Entiende con esto el ciclo menor, al cabo del cual los años volvían a empezar por el mismo signo, acompañado de cifra diferente. No hay nada que pruebe que los mayas concedieran valor determinado a este período.

(3) Los estudios de Pío Pérez fueron publicados primeramente en inglés por Stephens, en *Incidents of Travel in Yucatan*, apéndice, páginas 434-448, luego en francés por Brasseur de Bourbourg, a continuación de la *Relación* de Landa y con el título de *Chronologie antique du Yucatan*, pags. 366-419.

(4) Pío Pérez en la *Relación*, págs. 402.403.

(5) Citaremos: L. de Rosny, *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique maya*, París, 1876; Valentini, *The katuns of the Mayas*, Filadelfía, 1880; Brinton, *The Books of Chilan Balam*, Filadelfia, 1882; Cyrus Thomas, *A study of the Manuscript Troano* (CBE, vol. V, páginas 29 y siguientes, Washington, 1882). Véase *Mayan Calendar Systems*, pág. 715; Förstemann (ZE, vol. XXIII, págs. 112-113. Berlín, 1891).

(6) *Die Tageszeichen der Aztekischen und der Maya-Handschriften* (ZE, vol. XX, págs. 10-97, Berlín, 1888). Reimpreso en SGA, volumen I, págs. 417-503.

DOS CICLOS DE CINCUENTA Y DOS ANOS Y LOS KATUNES CORRESPONDIENTES

VIII Ahau (7 Ch'en)	11 Ix.		11 Cauac.		11 Kan.	IV Ahau (12 Kayab)	11 Muluc.
	12 Cauac.		12 Kan.		12 Muluc.		12 Ix.
	13 Kan.		13 Muluc.		13 Ix.		13 Cauac.
	1 Muluc.		1 Ix.		1 Cauac.		1 Kan.
	2 Ix.		2 Cauac.		2 Kan.		2 Muluc.
	3 Cauac.		3 Kan.		3 Muluc.		3 Ix.
	4 Kan.		4 Muluc.		4 Ix.		4 Cauac.
	5 Muluc.	VI Ahau (7 Zotz)	5 Ix.		5 Cauac.		5 Kan.
	6 Ix.		6 Cauac.		6 Kan.		6 Muluc.
	7 Cauac.		7 Kan.		7 Muluc.		7 Ix.
	8 Kan.		8 Muluc.		8 Ix.		8 Cauac.
	9 Muluc.		9 Ix.		9 Cauac.		9 Kan.
	10 Ix.		10 Cauac.		10 Kan.		10 Muluc.
	11 Ix.		11 Cauac.		11 Kan.		11 Muluc.
	12 Cauac.		12 Kan.	XIII Ahau (12 Yaxkin)	12 Muluc.		12 Ix.
	13 Kan.		13 Muluc.		13 Ix.		13 Cauac.
	1 Muluc.		1 Ix.		1 Cauac.		1 Kan.
	2 Ix.		2 Cauac.		2 Kan.		2 Muluc.
	3 Cauac.		3 Kan.		3 Muluc.		3 Ix.
	4 Kan.		4 Muluc.		4 Ix.		4 Cauac.
II Ahau (12 Ceh)	5 Muluc.		5 Ix.		5 Cauac.		5 Kan.
	6 Ix.		6 Cauac.		6 Kan.	XI Ahau (12 Uo)	6 Muluc.
	7 Cauac.		7 Kan.		7 Muluc.		7 Ix.
	8 Kan.		8 Muluc.		8 Ix.		8 Cauac.
	9 Muluc.		9 Ix.		9 Cauac.		9 Kan.
	10 Ix.		10 Cauac.		10 Kan.		10 Muluc.

Siendo este número divisible por 20, estos períodos debían comenzar siempre por el mismo signo de día, cuando ocurría, el signo *ahau*. Por el contrario, no siendo 7.200 divisible por 13, deja un resto de 11. Luego, si un período empieza por 11, el siguiente empezará por 9 [(11+11)—13], el siguiente por 7, etc. (1).

GOODMAN, que trabajaba casi exclusivamente en las inscriciones, llegó a la misma conclusión en 1897 (2).

Quedaba por dilucidar una cuestión: ¿comienza siempre el *katun* por un día que lleve el signo *ahau*? Pío PÉREZ no era de esta opinión, pues suponía que el ciclo katúnico empezaba los años en *Cauac*, en los que el segundo día llevaba siempre el signo *ahau* (3). Según ha hecho notar SELER, Pío PÉREZ se apoyaba probablemente en un pasaje del *Libro de Chilan Balam de Mani* en el que se dice «que en el año 13 *cauac* comenzó el *katun* 1 *ahau*. »Pero los libros de *Chilan Balam* contienen otros pasajes, y son abundantes, que muestran que el comienzo del *katun* podía encontrarse en los años *kan, muluc* o *ix* (4). SELER ha demostrado que el comienzo del *katun* puede colocarse en uno cualquiera de los años y que la interpretación que ve en el *katun* un período de (20×360)=7.200 días, satisface las exigencias de todos los documentos conocidos (cuadro núm. 2).

De esta suerte, el calendario maya, en la época de la conquista, comprendía las unidades siguientes:

1.° El día (*kin*);
2.° El mes (*u*, o *uinal*) de 20 días;
3.° El año (*haab*) de (20×18)+5 días;
4.° El *tonalamatl*, cuyo nombre maya desconocemos, de 13×20=260 días;
5.° El *katun* de 20×360 días;
6.° El ciclo de cincuenta y dos años, al cabo del cual los días tomaban de nuevo el mismo nombre e igual número en el año.

La cuestión del sincronismo de las fechas mayas y europeas es de las más oscuras por falta de documentos. Los ensayos intentados por Pío PÉREZ Y BRASSEUR DE BOURBOURG para indicar en fechas europeas los acontecimientos que refiere el Libro de *Chilan-Balam de Mani* no han sido coronados por el éxito, sobre todo porque estos autores (y BRINTON después de ellos) tenían una idea falsa acerca de la duración del *katun*.

---

(1) Véanse las otras objeciones hechas por SELER contra la teoría de Pío PÉREZ en su artículo: *Die wirkliche Länge des Katun's der Maya-Chroniken* (SGA, vol. I, págs. 577-587).
(2) T. GOODMAN, *The Archaic Maya Inscriptions*, Londres, 1897.
(3) *Chronologie antique du Yucatan*, en *Relación.....*, págs. 401-405.
(4) Estos textos han sido reunidos, traducidos y comentados por SELER en *Die wirkliche Länge des Katun's der Maya-Chroniken* (SGA, volumen I, págs. 577-587).

Seler (1) ha aventurado un ensayo más feliz. El primero de los textos que ha utilizado procede del Libro de *Chilan-Balam de Titzimin*: «En el décimo-octavo día del *uinal zac*, en el día 11 *chuen*, en el 15 de febrero del año 1544». Si 11 *chuen* 18 *zac* equivale al 15 de febrero de 1544, el día que comienza este año (2 *ix* 1 *pop*) equivale al 14 de julio de 1543. Este primer resultado concuerda aproximadamente con el calendario que da Landa, que coloca el 12 *kan* 1 *pop*, primer día del cómputo que presenta como muestra, en el 6 de julio (2), ejemplo seguido por Pío Pérez en el calendario que ha publicado Stephens como apéndice al primer volumen de sus *Incidents of Travel in Yucatan*. Esta fecha de partida ha permitido calcular el año que ofrecemos en nuestro cuadro número 3. Las otras fechas en que se ha ejercitado M. Seler son las del establecimiento de los españoles en el Yucatán, la de la fundación de Mérida y la de la muerte de *Ahpula*, de que hablan varios libros de *Chilan-Balam*.

Hemos visto que las noticias que proporciona el libro de *Chilan-Balam de Chumayel* nos permitían colocar el comienzo del XI *ahau* en 1534. Seler ha encontrado, en un texto del libro de *Mani*, la confirmación de esto.

Este texto permite colocar el comienzo del V *ahau* en el día 17 del mes *tzec* del año 13 *kan* que corresponde a 1593. De donde M. Seler ha hecho la lista siguiente:

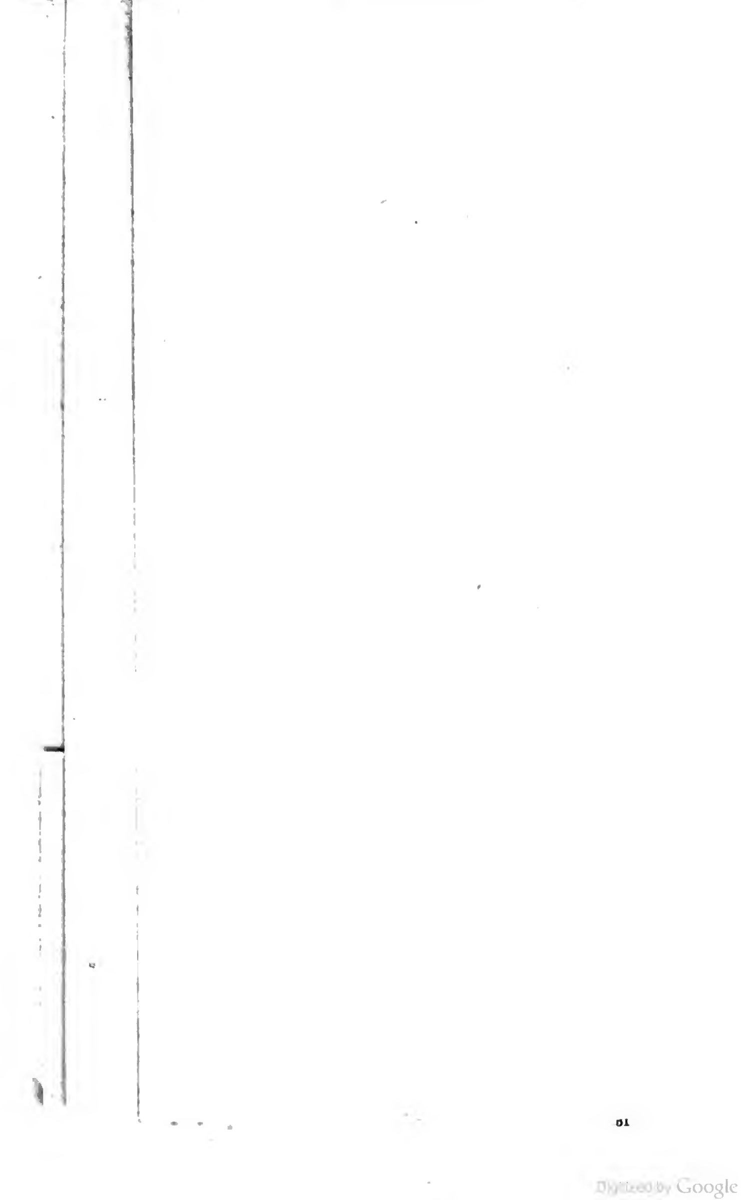
Nombre del katun	Nombre del año	Día del mes en que comienza el katun	Fecha del año europeo
VIII Ahau	11 *ix*	7 *ch'en*	29 enero 1436
VI Ahau	5 *ix*	7 *zotz*	15 octubre 1455
IV Ahau	11 *muluc*	12 *kayab*	3 julio 1475
II Ahau	5 *muluc*	12 *ceh*	19 marzo 1495
XIII Ahau	12 *muluc*	12 *yaxkin*	5 diciembre 1514
XI Ahau	6 *muluc*	12 *uo*	22 agosto 1534
IX Ahau	12 *kan*	17 *muan*	9 mayo 1554
VII Ahau	6 *kan*	17 *yax*	24 enero 1574
V Ahau	13 *kan*	17 *tzec*	16 octubre 1593

Tal es, provisionalmente, el estado de nuestros conocimientos acerca del calendario maya en la época de la conquista.

(1) Véase *Die wirkliche Länge des Katun's der Maya-Chroniken* (SGA, vol. I, págs. 577-587) y, sobre todo, *Bedeutung des Maya Kalenders für die historische Chronologie* (en la misma colección, páginas 588-599).

(2) *Relación de las cosas del Yucatán*, pág. 277.





§ IV.—El año arcaico

No dejará de ocurrírsele una pregunta al lector: ¿por qué los mayas, que poseían el año de trescientos sesenta y cinco días, han elegido para uno de sus períodos un múltiplo de trescientos sesenta, y por qué, cuando tenían que elegir entre cuatro soportes de años, han escogido el día *ahau* como comienzo del *katun?* Parece, a primera vista, que la existencia del *katun* no haga sino complicar el calendario. En realidad, su uso tiene una ventaja: al cabo de cincuenta y dos años, vuelve un día con el mismo número, el mismo signo y ocupa el mismo lugar en el mes; pero el *katun* en que se halla no tiene el mismo número. Por ejemplo, el día 11 *ix* 1 *pop* se encuentra en cierto momento (1436) en el *katun VII ahau.* Cincuenta y dos años más tarde está en el *IV ahau;* ciento cuatro años después, en el *XI ahau,* según muestra el cuadro número 2. Luego, con ayuda de tablas a propósito, los yucatecas podían siempre situar exactamente en el tiempo un día cualquiera. No obstante, aun así concebida, la ventaja del *katun* no es comparable con la de un período cíclico regular. Hay, pues, que buscar en otra parte su origen.

La interpretación de los manuscritos y de las inscriciones nos proporciona la solución de este enigma, al mismo tiempo que nos muestra el motivo de la elección del día *ahau* como comienzo del *katun.*

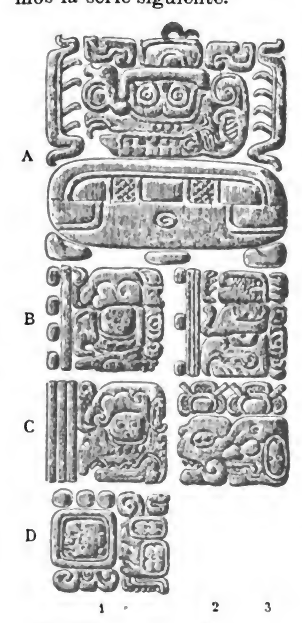
Hemos dicho ya, hablando de la notación de los números, que los pueblos de América central poseían unidades numéricas de orden creciente: 1; 20 (20×18) = 360; (20×360) = = 7.200; (20×7.200) = 144.000. Ahora bien, la tercera de estas unidades corresponde al número de días de que se compone un *katun,* y así se le ha aplicado este nombre. Resta saber si, realmente, estos números han servido como períodos de tiempo, o si solamente se han aplicado a la numeración. Necesitamos, para esto, examinar las series numéricas que se encuentran en los monumentos y en los manuscritos.

Förstemann ha descubierto que ciertas series de cifras del *Codex Dresdensis* no consignan fecha de partida, es decir, que no se encuentra en lo alto de la columna ningún signo de día o de mes acompañado de cifras. Si calculamos el día a que debería referirse la diferencia indicada por la columna de cifras colocada por cima de la única fecha dada, encontramos que es siempre el día 4 *ahau* 8 *cumku.* Esta fecha figura en varias ocasiones en el manuscrito y desempeña ciertamente importante papel en la cronología maya. Si pasamos a las inscriciones, vemos que las series numéricas que en ellas se ven están formadas de este modo: al frente figura un gran jeroglífico, de forma variable, seguido siempre de una serie numérica más o

menos larga, tras de la cual viene una fecha. GOODMAN ha supuesto que ese gran signo es el símbolo de un período de tiempo muy largo, el gran ciclo, unidad de sexto orden que tendría un valor de $(144.000 \times 13) = 1.872.000$ días, o sea 5.200 *tunes* o años de trescientos sesenta días, 260 *katunes*, o 13 ciclos de 20 *katunes*, pero su supuesto no ha sido aceptado (1).

En realidad, el supuesto signo del gran ciclo de GOODMAN es simplemente la fecha de partida conforme a la cual se han calculado las otras fechas. Las cifras que vienen debajo indican la diferencia de la primera fecha de la inscrición con este punto de partida, otras cifras siguen a la primera fecha, luego viene otra, las cifras que la preceden indican la diferencia entre ella y la anterior, y así sucesivamente hasta que la inscrición acaba.

Si tomamos como ejemplo la estela K de Quiriguá, tenemos la serie siguiente:



Fecha de partida.

B $1 = 9 \times (20 \times 20 \times 300)$ o $144.000 = 1.296.000$.
B $2 = 18 \times (20 \times 360)$ o $7.200 = 129.600$.

C $1 = 15 \times 360 = 5.400$.
C $2 = 0 \times 20 = 0$.
C $3 = 0 \times 1 = 0$.

D 1 = 3 *ahau* (el mes falta).

---

(1) Véase la crítica de una parte del sistema en CYRUS THOMAS, *Mayan Calendar Systems*, págs. 792 y siguientes.

Sumando los números, tenemos: 1.296.000+129.600+5.400= =1.431.000 días. Ahora bien, el cálculo muestra que 1.431.000 días antes de la fecha 3 *ahau* (3 *yax)* (1), la fecha era 4 *ahau* 8 *cumku*, la que se había descubierto ya como punto de partida de la cronología en el *Codex Dresdensis*. Si examinásemos otras series, obtendríamos el mismo resultado.

La razón por la cual el *katun* tenía siempre en su principio el día *ahau*, sería, por tanto, que se había querido hacer servir para este gran período una fecha del antiguo calendario maya.

Goodman piensa que el signo que corresponde al valor 360 designa el antiguo año maya, que se componía de dieciocho meses de veinte días. Förstemann parece haber adoptado aproximadamente la misma tesis, puesto que llama «año antiguo» al período de trescientos sesenta días. No obstante, esta teoría no ha sido admitida por varias razones. En primer lugar encontramos, tanto en los monumentos como en el *Codex Dresdensis*, un jeroglífico especial para los *uayeb haab* o días complementarios, y hay, por tanto, motivo para pensar que el año llevaba cinco días complementarios. Además, las cuentas que dan las series numéricas de todas las inscriciones suponen un año de trescientos sesenta y cinco días. De donde resulta, según Cyrus Thomas, que los signos de las diversas unidades (2) no representan períodos de tiempo, sino que son a modo de cifras, que indican números.

El *katun* representaría, por tanto, un período vago, sin relaciones efectivas con el calendario de trescientos sesenta y cinco días.

El sistema empleado en las inscriciones puede, por tanto, resumirse de este modo: a la cabeza figura una fecha, llamada de partida, que se ha supuesto, con acierto o sin él, ser la fecha de erección del edificio que motivó que la inscrición fuera esculpida. Sigue una serie de signos compuestos cada uno de dos factores: el primero de estos factores (multiplicador) se indica, ya por cifras propiamente dichas (barras y puntos), ya mediante signos que convencionalmente tienen el mismo valor; el segundo (multiplicando) tiene formas y un lugar especial según la unidad que representa. Viene luego otra fecha. Estos cálculos se aplican a períodos de tiempo de trescientos sesenta y cinco días (sin años bisiestos) de 20×360 días y de 20 veces el anterior.

La mayor parte de los cálculos hechos sobre las series, con-

---

(1) Pruebas accesorias, deducidas de la fecha que sigue en la inscrición, demuestran que el mes que se ha omitido debería ser *yax* y que el día 3 *ahau* habría debido ser el tercer día de *yax* (véase Seler, *Die Monumente von Copan und Quiriguá*, pág. 754).

(2) Estas unidades son denominadas por Seler: *kin*, *uinal*, *tun*, *katun* y ciclo.

tenidas tanto en las inscriciones como en los manuscritos, corroboran estas indicaciones. En parte alguna se trata del «viejo año» de trescientos sesenta días de FÖRSTEMANN, no más que del gran ciclo de (20×18×20×20×13) días de GOODMAN, ni tampoco de la gran era del mismo, que comprendería 73 grandes ciclos.

El calendario maya «arcaico», tal como se nos ofrece en las inscriciones, no difiere del de la época de la conquista sino en que los soportes de años son *ben*, *ezanab*, *akbal*, *lamat*, en vez de ser *kan, muluc, ix* y *cauac*. Pero se debe, quizá, a circunstancias locales. Los libros de *Chilan-Balam* y los dos manuscritos conocidos con los nombres de *Tro-Cartesianus* y de *Peresianus*, son productos del suelo del Yucatán, del país de los *cocomos* y de los *Tutul-Xius*. Las inscriciones, lo mismo que el *Codex Dresdensis*, son, por el contrario, obra de los pueblos del sur, *itzas* o *cholos*.

§ V.—Calendarios de los tzentalos, de los quichés y de los cakchiquelos

Conocemos un poco el calendario de los *tzentalos*, de los *quichés* y de los *cakchiquelos*. El primero parece haber sido, o muy poco se diferencia, idéntico al de los *mayas* de la época de la conquista. Los nombres de los días son 20, correspondiendo a los del calendario maya:

	Tzental	Maya
1	*mox* o *imox*	*imix*
2	*igh*	*ik*
3	*votan*	*akbal*
4	*ghanan*	*kan*
5	*abagh*	*chicchan*
6	*tox*	*kimi*
7	*moxic*	*manik*
8	*lambat*	*lamat*
9	*molo*	*muluc*
10	*elab*	*oc*
11	*batz*	*chuen*
12	*enob*	*eb*
13	*been*	*ben*
14	*hix*	*ix*
15	*tziquin*	*men*
16	*chabin*	*cib*
17	*chic*	*caban*
18	*chinax*	*ezanab*
19	*cahogh*	*cauac*
20	*aghual*	*ahau*

Los nombres de los meses difieren totalmente de los de los *mayas*. Tenemos dos listas de ellos (1).

Como entre los mayas, estos meses son en número de dieciocho, y una de las listas añade un mes suplementario, que correspondería a los *uayeb haab*, o *xma kaba kin* del calendario yucateca. He aquí estas dos series de nombres:

	Lista de Emeterio Pineda	Lista de Vicente Pineda
1	*tzun*	*tzun*
2	*batzul*	*batzul*
3	*sis-sac*	*saquil jà*
4	*muctasac*	*ajil chac*
5	*moc*	*mac*
6	*olalti*	*olalti*
7	*ulol*	*julol*
8	*oquin ajual*	*oquen ajab*
9	*uch*	*yal-uch*
10	*eluch*	*mucuch*
11	*nichcum*	*juc vinquil*
12	*sbal vinquil*	*wac vinquil*
13	*xchibal vinquil*	*jo vinquil*
14	*yoxibal vinquil*	*chan vinquil*
15	*xchanibal vinquil*	*ox vinquil*
16	*pom*	*pom*
17	*mux*	*mux*
18	*yaxquin*	*yax-quin*
19		*chay-quin*

Seler (2) ha tratado de demostrar que el primer mes del año no era *tzum*, sino *yaxquin*, y que el mes complementario de cinco días era, por tanto, *mux* y no *chay-quin*. Por lo demás, desconocemos totalmente el sistema del calendario tzental, pero todo nos inclina a creer que era semejante al del Yucatán en la época de la conquista.

El calendario de los quichés y de los cakchiquelos contiene veinte nombres de días, lo mismo que los calendarios maya y tzental. Por lo demás, los nombres solamente de los días del

(1) La primera fue publicada en 1845 por Emeterio Pineda, en una descrición geográfica de la provincia de Soconusco, y fue reimpresa más tarde por Orozco y Berra en el tomo segundo de su *Historia antigua y de la conquista de México*. La segunda se encuentra en una gramática de la lengua tzental, publicada en 1888 por Vicente Pineda.

(2) *Der Festkalender der Tzenltal und der Maya von Yucatan* (SGA, volumen I, págs. 706-711).

calendario cakchiquelo son conocidos con alguna exactitud. Hélos aquí:

	Cakchiquelo	Maya
1	*imox*	*imix*
2	*i'k*	*ik*
3	*a'kbal*	*akbal*
4	*kat*	*kan*
5	*can*	*chicchan*
6	*camey*	*cimi*
7	*queh*	*manik*
8	*kanel*	*lamat*
9	*toh*	*muluc*
10	*tzii*	*oc*
11	*batz*	*chuen*
12	*ee*	*eb*
13	*ah*	*ben*
14	*yiz*	*ix*
15	*tziquin*	*men*
16	*ahmuc*	*cib*
17	*noh*	*caban*
18	*tihax*	*ezanab*
19	*caok*	*cauac*
20	*hunahpu*	*ahau*

Como se ve, algunos de estos nombres se parecen a los de días del calendario maya. Los meses del calendario cakchiquelo nos son totalmente desconocidos, pero, por el contrario, poseemos acerca de este sistema de cómputo del tiempo indicaciones que nos faltan respecto al calendario tzental. Proceden casi todas de los estudios hechos por Brinton acerca de los «Anales de los cakchiquelos» (1).

El sistema cronológico de los cakchiquelos se componía de dos períodos bien distintos: el *ch'oh-k'ih*, usado para las operaciones adivinatorias y astrológicas, y el *may-k'ih*, que servía para los cálculos de orden verdaderamente cronológico.

Según ha demostrado Seler (2), el *choh-k'ih* no es otra cosa que el *tonalamatl*, el período de doscientos sesenta días de que ya hemos hablado tantas veces.

El año de los cakchiquelos se designa con el nombre de *huna*. No cuenta, como había creído Brinton, trescientos sesenta y cinco días. Los *quichés* y los *cakchiquelos*, que no sufrieron casi ningún influjo de fuera hasta la llegada de los es-

(1) *The Annals of the Cakchiquels*, Filadelfia, 1896.
(2) *Die Chronologie der Cakchiquel-Annalen* (SGA, vol. I, páginas 504-508).

pañoles, habían conservado la gradación de las unidades de 20 en 20 y el año vago de cuatrocientos días, según han probado RAYNAUD (1) y SELER (2).

En cuanto al período denominado *may-kih*, no es más que el múltiplo superior del *huna* (20×400)=8.000 días. Es notable, no obstante, que los nombres dados a estas unidades de tiempo no sean unidades numéricas.

Resta la cuestión de la sincronología. Ha sido resuelta, en parte, primeramente por BRINTON (3) y luego, y principalmente, por RAYNAUD (4), el cual, habiendo descubierto la duración efectiva del año cakchiquelo, ha podido presentar algunos sincronismos. La toma de *Iximche*, la ciudad capital de los cakchiquelos, tuvo lugar en 1524. Remontando desde esta fecha a las otras que nos proporcionan los «Anales» respecto a los diversos acontecimientos de la historia de la tribu, ha podido determinar las épocas en que han tenido lugar esos acontecimientos y fijar la fecha de partida del año.

Resulta de lo que antecede, que los calendarios de América central podrían clasificarse del modo siguiente: en primer lugar, un calendario hipotético, representado por el calendario cakchiquelo, que supone un año de cuatrocientos días, o sean, probablemente, veinte divisiones de a veinte días; bajo el influjo mejicano, creación de un calendario de trescientos sesenta días, cuyo recuerdo se encuentra quizá en la unidad de tercer orden de los manuscritos y de las inscriciones, así como en el *katun* maya, unidad de (20×360)=7.200 días; luego, por un contacto más íntimo con los mejicanos, o simplemente a consecuencia de una observación más cuidadosa de los solsticios y de los equinoccios, formación de un año de trescientos sesenta y cinco días, comprendiendo dieciocho meses de veinte días+5 *xma-kaba-kin*, «días sin nombre», que hacen coincidir completamente el calendario maya con el de Méjico. Por último, los mayas conocieron los períodos planetarios, los de Venus al menos, que conocían también los mejicanos (5).

---

(1) *Les Manuscrits précolombiens*. París, 1894, en 8.º

(2) *Die Chronologie der Cakchiquel-Annalen*.

(3) *Annals of Cakchiquels*, Filadelfia, 1886, págs. 354-360. Véase OTTO STOLL, *Zur Ethnographie der Republik Guatemala*, Zurich, 1883.

(4) *Les Manuscrits précolombiens*, París, 1894, apéndice.

(5) Sería enteramente temerario seguir a FÖRSTEMANN en estas especulaciones astronómicas y ver, en ciertas series númericas del *Códice de Dresde*, el indicio del conocimiento de las revoluciones sinódicas de todos los planetas de nuestro sistema: Mercurio, Marte, Júpiter, Saturno.

§ VI.—Escritura

La lectura de los signos cíclicos y numéricos contenidos en las inscriciones está suficientemente adelantada para que podamos darnos cuenta bastante exacta del calendario empleado por los mayas antiguos y de su sistema numérico escrito. No estamos tan bien informados en lo que concierne a los otros caracteres de las inscriciones y de los manuscritos. Débese a que Landa, que nos ha proporcionado respecto a los signos de los días y de los meses indicaciones precisas, no nos ha dado, respecto al resto de la escritura, sino indicaciones poco satisfactorias.

El pasaje en que el primer obispo del Yucatán nos describe la escritura maya es de lo más vago. Quizá ha sido truncado o falseado por el copista a quien debemos el manuscrito de la *Relación*. He aquí el texto (1):

«De sus letras, pondré aquí un abecedario, pues su simplicidad no permite otra cosa. Porque se sirven para todas las aspiraciones de sus letras de un signo y luego para la puntuación de otro, que de esta suerte se repiten hasta lo infinito, según podrá verse en el ejemplo siguiente: *Le*, quiere decir «la red» y «cazar con». Para escribirlo con sus signos propios, aun cuando les hubiéramos dado a entender que no había más que dos letras, lo escribían con tres, poniendo a la aspiración de la *l* la vocal *e* que lleva delante, y en esto no se equivocan, aun cuando usen, si quieren, de su manera curiosa. Ejemplo:

e l e lé

. Luego, poniendo al fin la parte añadida, *Ha*, que quiere decir «agua», porque el sonido de la letra se compone de *a*, *h*, colocan primero por delante una *a* y al cabo de

ha

esta manera *ha* . Lo escriben también por partes, pero de la una y de la otra manera. No habría incluído todo esto aquí ni trataría de ello, si no fuera para dar completa cuenta de las cosas de este pueblo. *Ma in Kati* quiere decir «no quiero», y lo escriben por partes, de esta manera

ma i n ka ti

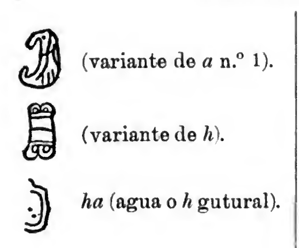
.

(1) *Relación de las cosas del Yucatán*, págs. 316-323.

Aquí comienza el abecedario:

1	a	10	i	19	p
2	a	11	ca	20	pp
3	a	12	k	21	cu
4	b	13	l	22	ku
5	b	14	l	23	x
6	c	15	m	24	x
7	t	16	n	25	u
8	é	17	o	26	u
		18	o	27	z

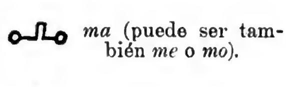
Signos adicionales.



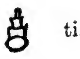
(variante de *a* n.º 1).

(variante de *h*).

ha (agua o *h* gutural).



ma (puede ser también *me* o *mo*).



ti.

signo de aspiración.

«Esta lengua carece de las letras que no figuran aquí. Tiene otras para otras cosas de que tiene necesidad, pero ya no se sirven de sus antiguos signos, especialmente los jóvenes que han aprendido los nuestros».

Landa parece haber tenido gran dificultad para explicar un sistema que era enteramente distinto al nuestro. Como quiera que sea, se ha tratado de explicar, con ayuda de este alfabeto, los textos mayas. Brasseur de Bourbourg fue el primero que trató de descifrar el manuscrito *Troano* (1).

El impulso dado por Brasseur de Bourbourg hizo aparecer muchos investigadores que siguieron sus huellas. Los primeros fueron W. Bollaert (2) y H. de Charencey (3), pero no obtuvieron ningún resultado.

Mucho más serios y fecundos fueron los trabajos de León de Rosny. Fue el primero que descubrió que las series de signos que contienen los manuscritos son series de días y determinó las primeras leyes elementales que rigen estas reuniones de signos. Estos resultados fueron desenvueltos en Francia por uno de sus discípulos, M. G. Raynaud (4).

El esfuerzo de M. de Rosny no se limitó solamente a las series de los días, sino que se consagró principalmente a un intento de lectura de los signos que acompañan a las figuras y que, verosímilmente, contienen los nombres de éstas y la explicación de los actos que realizan. No deja de tener interés el breve relato de cómo el autor concebía el sistema de la escritura maya.

La escritura yucateca, tanto jeroglífica como «hierática»—nombre aplicado por M. de Rosny a la escritura de los manuscritos—es semifonética, semifigurativa. Los signos que la componen habrían tenido en un principio valor puramente ideográfico. Más tarde se habría llegado al fonetismo, dando a estos signos el valor del sonido del objeto que representaban, o de una parte de este sonido. Por ejemplo, M. de Rosny atribuye al signo , que es el del día *caban*, el valor fonético *cab* en los grupos *ikilcab*, *yax-cab*, etc. Este fonetismo se asemeja al de los jeroglíficos aztecas, tal como anteriormente hemos expuesto. Enteramente igual que la escritura azteca, la de los mayas habría estado compuesta de signos puramente

(1) Véase *Codex Troano, Etudes sur le système graphique et la langue des anciens Mayas.* París, 1869-70, 2 vols. en 4.°

(2) *Examination of Central American Hieroglyphs of Yucatan* (*Transactions of the anthropological Institute of Great-Britain*, Londres, 1882).

(3) *Essai de déchiffrement d'un fragment d'inscription palenquèenne* (*Actes de la Société philologique*, tomo I, marzo de 1870).

(4) *Les manuscrits précolombiens.* París, 1894.

figurativos, imágenes que representaban los objetos que quieren designar. Habrían venido luego los signos ideográficos, imágenes que representaban convencionalmente objetos o ideas, tal como el signo de negación que nos presenta Landa en su ejemplo *ma in ka-ti*. El resto se habría compuesto de signos fonéticos formados de la manera indicada anteriormente. Como en todas las escrituras imperfectamente fonéticas, estos signos presentaban algunas particularidades, la polifonía entre otras (1).

El signo katónico , por ejemplo, se leía *ymix* cuando designaba el signo inicial del calendario yucateca; pero cuando representaba una mama, correspondía a la palabra *tzem* de la lengua hablada; , leído *caban* como nombre de día, se pronunciaba *cab* en palabras tales como *cab*, «la tierra»; *yaxcab*, «la aurora»; *ikilcab*, «la abeja»; *nemazcab*, «el hacha (2).

Por último, el sistema gráfico se veía completado por la existencia de «determinativos específicos», que fue revelada a M. de Rosny examinando el pasaje en que Landa da su ejemplo de lectura de los signos. «La parte añadida» a que se hace alusión sería, en opinión de Rosny, la designación poco clara de los determinativos destinados a dar a conocer a qué clase de objetos se refieren las palabras anotadas en signos fonéticos y principalmente las que, a consecuencia de homofonía o por otras razones, podrían dejar al espíritu algo incierto acerca de su significación.

M. de Rosny publicó, como apéndice a su edición del *Codex Cartesianus*, un vocabulario de los signos que había creído poder descifrar, pero no se atrevió nunca a presentar traducciones de frases o de pasajes enteros.

En 1880, el Dr. Ph. Valentini, de Nueva York, denunció el alfabeto de Landa como una invención sin valor alguno (3). El tiempo no ha sancionado un juicio tan riguroso y se ha vuelto hoy a la opinión emitida por M. de Rosny, a saber, que este alfabeto habíalo obtenido Landa de signos yucatecas, atribuyéndoles valor fonético (4). Por ejemplo, la prime-

---

(1) Se designa con el nombre de caracteres polífonos a signos figurativos o ideográficos que pueden leerse o pronunciarse de varias maneras distintas. Para dar idea de ellos, M. de Rosny establece la hipótesis siguiente: «Si hiciéramos uso de imágenes para escribir, podríamos tener de esta suerte un trazo más o menos exacto, más o menos convencional que representaría la idea de «caballo», y, según el caso, este trazo sería el «caballo, corcel, yegua, potro, caballo padre», etc.

(2) *Essai sur le déchiffrement de l'écriture hiératique maya*, pág. 276.

(3) *The Landa Alph abet, a spanish fabrication* (*Proceedings of the American antiquarian association*, Worcester, Mass., 1880).

(4) De Rosny, *Essai sur le déchiffrement*, págs. 265-268.

ra *a* de Landa no es otra cosa que la cabeza de tortuga *aac*; la sílaba *cu* es representada por el mismo signo que el día *cauac*; *ku* es el signo del pájaro quetzal, llamado *cukul* en maya, etcétera. Hasta es posible, como piensa Seler, que en la época en que Landa escribió su *Relación*, los mayas escribieran con signos, a los cuales daban valor fonético y aun alfabético, ya a instigación, ya por imitar a los misioneros españoles (1).

Sea lo que quiera, esta opinión quita al dicho alfabeto la mayor parte de su valor.

Brinton (2) propuso un sistema bastante análogo al de M. de Rosny.

Cierto número de autores han considerado que la escritura maya era puramente fonética. El primero fue el Dr. Plongeon, que en 1885 publicó un estudio titulado *Ancient Maya hieratic alphabet according to Mural inscriptions* (3). Se fijó en las inscriciones esculpidas. Publicó un alfabeto de 23 letras y numerosas variantes, que había aplicado a la traducción de las inscriciones (4). Según H. T. Cersson, los signos de la escritura, tanto de las inscriciones como de los manuscritos, eran en un principio imágenes de un valor puramente figurativo, que habían venido a ser elementos puramente alfabéticos, aun cuando algunos de ellos se hubieran retrasado todavía en la etapa del silabismo. El sistema que imaginó era bastante vago y, en suma, bastante difícil de entender. Todos los signos tenían el valor de consonante. Esta consonante, cualquiera que fuese, podía sufrir todas las permutaciones posibles con las que pertenecían a la misma clase que ella, fuera una lingual, una gutural, una paladial, etc. Así *g* podía permutarse con *k*, $\bar{h}$ y, viceversa, *ch* con *ts*, $\bar{ch}$, etc. (5).

Por la misma época que el Dr. Cresson, Cyrus Thomas (6) emitió una idea muy análoga a la de su compatriota. En su opinión, los elementos de los «glifos» se usaban como verdaderas letras, o elementos fonéticos. En un primer artículo, dió los valores de cierto número de signos: *b*, $\bar{k}$, *dz* (ɔ), *ch*, *h*, *i*, *k*, *l*, *m*, *n*, *o*, *p*, *p̱*, *t*, $\bar{tk}$, *x*, *v*, *k*, y de cierto número de sonidos do-

(1) E. Seler, *Does there really exist a phonetic key to the Maya-hieroglyphic writting?* (S GA, vol. I, pág. 562).

(2) Véase acerca de esta cuestión el artículo del Dr. G. Brinton, *A primer of maya hieroglyphics* (*Publications of the University of Pensylvannia. Series in Philology, Literature and Archaeology*, volumen III, núm. 2). Boston, 1894, en 8.º

(3) Esta Memoria fue publicada en el *Supplement to the Scientific American for January 1885*. New-York.

(4) Es admirable ver a un sabio tan circunspecto como Nadaillac aceptar como auténticos los resultados que M. Plongeon presentaba (véase *L'Amérique préhistorique*, págs. 344-346).

(5) H. T. Cresson, *Science*. New-York, 1892.

(6) *A Key of the maya hieroglyphics* (*Science*, New-York, 27 mayo 1892).

bles, silábicos, que decía también haber descifrado. Pero las críticas de SELER (1) parecen haber hecho arrepentirse a CYRUS THOMAS de sus primeras conclusiones (2).

Los americanistas alemanes, al contrario de los franceses y de los americanos, han considerado siempre la escritura maya más bien como ideográfica.

Para FÖRSTEMANN los jeroglíficos no calendarios se componen de un elemento central, puramente ideográfico, al cual se agregan «prefijos» y «sufijos» fonéticos. Es, por tanto, un sistema análogo al de ROSNY y al de BRINTON, con la sola diferencia de que los signos principales de cada «glifo» son siempre ideográficos y no deben nunca leerse por el sonido, sino según su valor (3).

SELER ha mostrado, en sus primeros artículos, cierta inclinación a aceptar un sistema análogo. Manifestaba que, aun cuando la escritura fuese principalmente ideográfica, era no obstante posible suponer que los nombres de personajes de las inscriciones podían leerse fonéticamente. Pero, en suma, vale más considerar el sistema gráfico de los mayas cual puramente ideográfico, porque nunca un signo se ha leído fonéticamente con un sentido distinto del que posee como ideograma. Por ejemplo, los signos que representan los cuatro puntos cardinales tienen nombres muy diferentes de los que deberían *leerse* si se aplicase a esta lectura el sistema de M. DE ROSNY (4). En esta teoría opinamos que debemos quedar.

---

(1) Véanse los cinco artículos de crítica de SELER en SGA, volumen I, págs. 558-576

(2) No mencionaremos sino a título de curiosidad el trabajo de F. A. DE LA ROCHEFOUCAULD, titulado *Palenque et la civilisation maya*, París, 1888, en que el autor ofrece una interpretación de las inscriciones mayas, obtenida con ayuda de un alfabeto de 27 signos determinado por medios no científicos.

(3) FÖRSTEMANN, *Die Maya-Handschrift der Königlichen öffentlichen Bibliothek zu Dresden*, 2.ª edición, Dresde, 1880.

(4) E. SELER, *Die Charakter der Aztekischen und der Maya-Handschriften* (ZE, 1888, vol. XX, págs. 1-10. Reproducido en SGA, volumen I, págs. 407-416).

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

TERCERA PARTE
HABITANTES DE LAS ANTILLAS

CAPITULO PRIMERO

Poblaciones de las Antillas.

SUMARIO: I. Araguacos y caribes.—II. Población autóctona. III. Las diversas islas y sus habitantes.

§ I.—ARAGUACOS Y CARIBES

Las Antillas y las Bahamas estaban pobladas, cuando desembarcó Colón, por tribus de carácter suave y pacífico.

En casi todo el archipiélago estaban mezcladas dos razas, que habitan hoy todavía América del Sur: los *araguacos* ocupaban las islas grandes, Cuba, Haiti, Jamaica, parte de Puerto Rico; los *caribes* habitaban las Antillas menores, las Islas de Sotavento y ciertas partes de Puerto-Rico, de Haiti y de Cuba.

En el momento del descubrimiento, los *araguacos* poblaban las Antillas mayores, y es probable que, antes de la invasión de los caribes, habitasen también las Antillas menores.

Los *tainos*—nombre dado por los etnógrafos modernos a los araguacos de las Antillas—eran de estatura más bien pe-

queña, piel de color moreno, rojizo o cobrizo. Se achataban artificialmente la frente. Tenían, nos dicen los antiguos cronistas, costumbres muy sencillas.

Tainos que habían emigrado de Cuba en busca de una fuente maravillosa, fundaron una colonia en la Florida (1). Cuando ESCALANTE visitó la Florida, el año 1559, había aún aldeas pobladas por aquellos araguacos. Encontraron allí un pueblo emprendedor, los *calusas* o *muspas*. Los *calusas* pueden haber contribuído a poblar las islas costeras de la Florida y las Bahamas, porque los autores antiguos los mencionan como navegantes atrevidos, que se atrevieron a atacar la flotilla de Ponce de León cuando éste quiso abordar a aquellos parajes. Además, sabemos que en el siglo XVII mantenían un comercio regular con la Habana. Por último, cuando en el siglo XVIII los creekos invadieron su territorio, todos los que quedaron de la nación calusa buscaron refugio en los Cayos, islas coralígenas que bordean la Florida. Todo ello prueba que los *calusas* conocían el camino de las Bahamas y aun de Cuba, y que pudieron contribuir a la civilización de las Antillas, al menos en lo que concierne a las Bahamas y la más grande de las islas (2).

No parece que costó mucho trabajo a los araguacos vencer a los antiguos habitantes de las Antillas y rechazar las invasiones de los *calusas*. Sus verdaderos enemigos vinieron del sur, fueron los *caribes*, que los españoles vieron instalados como dueños en todas las Islas del Viento, y que empezaban a disputar a los *araguacos* la parte oriental de Puerto-Rico.

Es probable que hiciera mucho tiempo que los *caribes* habían invadido las Indias occidentales. OBER (3) ha notado que todos los animales domésticos de las Antillas —el perro mudo (especie hoy extinguida—, el agutí, el pécari, la vulpeja, el conejo de Indias, el iguana habían sido importados de América del Sur. Los escritores de los siglos XVI y XVII atribuyen la partida de los caribes a una guerra que éstos habrían tenido que sostener con los *aroagas*, tribu araguaca, cuyo nombre,

---

(1) HERNANDO ESCALANTE FONTANEDO, *Memoria sobre la Florida* (incluída en la *Collection d'auteurs*, de TERNAUX-COMPANS, vol. XX, página 22); HERRERA, *Historia General.....*, vol. I.

(2) ESCALANTE, *Lug. cit.* Véase, acerca de los *colusas*, a más de la memoria de Escalante, HERRERA, *Historia General* (Década IV, capítulo IV, pág. 7)); BARCIA. *Crudo ensayo.....*, pág. 118; B. ROMANS, *East and West Florida*, New York, 1775, págs. 2, 260, 273, 281; BRINTON, *Notes on the Floridian Peninsula*, Filadelfia, 1859, pág. 114; A. S. GATSCHET, *A migration legend of the Creek Indians*. Filadelfia, 1884, páginas 13-15; *Handbook of the American Indians* (BE, núm, 30, Washington, 1907, pág. 195).

(3) *Aborigines of West Indies* (*Proceedings of the American antiquarian Society*, 1894).

ligeramente modificado, ha servido de determinativo para el grupo entero (1).

Diversos autores han supuesto que los caribes, cuando conquistaron las Antillas menores, hicieron desaparecer la población masculina, pero conservaron a las mujeres.

Esta suposición tiene una base lingüística bastante seria. El idioma de los caribes de las islas, tal como nos lo ha dado a conocer el P. RAYMOND BRETON (2), ofrece una particularidad que, aun cuando no única en América, no por eso es menos rara, y es que las mujeres emplean palabras que difieren de las que usan los hombres. El examen de estas palabras especiales femeninas ha mostrado (3) que son en su mayor parte expresiones araguacas.

No obstante, puede decirse que, al menos en lo que respecta a las Antillas mayores, cada isla poseía un dialecto propio, de igual modo que en los tiempos antiguos cada una de ellas tenía su tipo tecnológico.

§ II.—POBLACIÓN AUTÓCTONA

Los araguacos parecen haber venido también de América del Sur. En este punto nos vemos reducidos todavía, en el momento actual, a conjeturas acerca del origen verdadero de las gentes que poblaban en un principio las Antillas y las Bahamas.

Cuando ocurrió el descubrimiento, los araguacos habían acabado, casi por completo, con los habitantes primitivos, una parte de los cuales había buscado refugio en el continente americano. Los primeros exploradores de la Florida encontraron, al sudeste de dicha península, una población de muy suaves costumbres, de civilización muy rudimentaria y que tenía mucho que sufrir a causa de las tribus vecinas que eran más activas. Estos indios eran conocidos con el nombre de *tekestas*. Una de sus colonias, establecida cerca del cabo Cañaveral, se llamaba *Ais*. Poseían una tradición, según la cual habrían sido de la misma raza que los *yucayos*, insulares de los Bahamas. Todo inclina a creer, por tanto, que los araguacos, lo mismo que los caribes, invadieron las Antillas en época quizá bastante remota y que caminaron lentamente hacia el norte.

---

(1) DAVIES, *The History of Caribby Islands*, Londres, 1866, página 35.

(2) RAYMOND BRETON, *Grammaire de la langue caraïbe.*

(3) LUCIEN ADAM, *Le parler des hommes et des femmes dans la langue caraïbe*, París, 1890.

Por otra parte, las investigaciones antropológicas han llevado al descubrimiento, en Puerto Rico y en Cuba, de cráneos antiguos que difieren mucho de los de los araguacos (1). Pertenecen quizá a la raza de los indios *tekestas*, llamados en Cuba *guacanabibes*, *guanahabibes* o *guanahatebeyes*, que los españoles encontraron, cuando el descubrimiento, en la parte occidental de Cuba. Estos indígenas eran muy salvajes y asustadizos. Se alimentaban de la caza, de tortugas de mar y de frutas y habitaban en cavernas.

§ III.—Las diversas islas y sus habitantes

Indios de las Bahamas (*yucayos*).—A una de las islas Bahamas abordó Colón en su primer viaje. La gente que encontró en Guanahaní era muy pacífica. Los indios se daban el nombre de *yucayos*. Eran bajos, rechonchos, de color cobrizo y se achataban la cabeza. Su vestido era muy rudimentario y su industria aparecía poco desarrollada; pero los descubrimientos arqueológicos muestran que su civilización no difería esencialmente de la de sus vecinos orientales.

Cuba.—Cuba parece haber tenido tres poblaciones diferentes. En la parte occidental de la gran isla vivían los *guacanabibes* de que ya hemos hablado.

Al lado de estas poblaciones poco civilizadas, se distingue otra raza, la de los pueblos que habitaban las costas de los pequeños archipiélagos vecinos. Aquellas tribus de pescadores vivían en cabañas construídas sobre pilotes, llamadas *barbacoas* y situadas en las albuferas de la costa. Estas casas eran de dos tipos: unas, poligonales o circulares, con techumbre cónica, se llamaban *caneyes*; otras, cuadrangulares, con tejadillo a dos aguas, se llamaban *bohíos*. Su civilización era muy parecida a la de los pueblos que levantaron los *kjökenmöddingos* de la Florida.

El este de Cuba era lugar del poderío de los *ciboneys*. Estos araguacos, de cabeza grande y aplastada, vivían principalmente de la agricultura. Cultivaban el maíz, la yuca y el tabaco, hilaban y tejían el algodón, hacían cacharros toscos y poseían, sobre todo, una industria de la piedra bien desarrollada. Sus casas, construídas con madera y cubiertas de ramaje, eran muy grandes y servían para varias familias.

Algunos cráneos, deformados a la manera de los caribes, han sido descubiertos cerca del Cabo Maysí. Pertenecen, probablemente, a algunos de aquellos merodeadores que acosa-

---

(1) J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico*, págs. 28-30. Véase también pág. 90.

ban, nos dicen los historiadores antiguos, a los *ciguayos*, que habitaban la parte más oriental de Cuba. No hay prueba alguna de que los caribes hayan podido fundar nunca una colonia en este lugar.

Jamaica.—En Jamaica vivía una población íntimamente unida a los *ciboneys* de Cuba, que presentaba los mismos caracteres físicos y las mismas costumbres, pero que había desarrollado, más todavía que estos últimos, las artes industriales. La isla estaba sometida a un gran cacique, cuyo cargo era hereditario.

Haiti.—Colón, cuando llegó a *La Española*, encontró, dicen los antiguos cronistas, un millón de habitantes en la isla. Algunos dan una cifra más alta, pero el cálculo es seguramente exagerado. Los indios de Haiti eran de estatura más bien baja. Se pintaban la piel de encarnado valiéndose del achiote (*Bixa orellana*). Se achataban el cráneo. La isla estaba dividida en cinco «reinos», uno de los cuales, el de centro o *Cibao*, donde se encontraba oro, estaba en manos de un cacique de origen caribe.

Puerto Rico.—Llamada por los indígenas *Boriquén* o *Borinquén*, habría estado también poblada por un millón de habitantes, lo cual es manifiestamente absurdo. Estos habitantes se suponen todos súbditos de un solo y mismo cacique. En esta isla la civilización de los tainos llegó a su más alto grado de desarrollo y allí también fue donde más se diferenció. La isla no estaba toda en poder de los araguacos, pues los caribes ocupaban la parte oriental. Es muy probable que la población entera de Borinquén fuese, en grados diversos, una mezcla de las dos razas.

Antillas menores.—Estaban pobladas exclusivamente por caribes. No obstante, los restos arqueológicos en ellas encontrados indican claramente que, en una época anterior a la de la conquista, este archipiélago fue morada de una población taina, con una civilización muy análoga a la de los habitantes de las Antillas mayores.

CAPITULO II

Civilización de los tainos.

SUMARIO: I. Organización política y de la familia.—II. Religión.—III. Artes industriales, arquitectura, etc. — IV. Trabajos en piedra.

§ I.—ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y DE LA FAMILIA

Conocemos muy mal la organización jurídica de los *tainos*. De creer a los autores antiguos, los lazos de consanguinidad habrían sido muy débiles en Haiti, puesto que el único grado de parentesco que constituía obstáculo para el matrimonio era el primero (1). Esto es muy inverosímil. No hay que olvidar, por otra parte, que los primeros autores españoles calumniaron frecuentemente a los indios y se esforzaron en presentarlos cargados de los vicios más repugnantes a los ojos de sus contemporáneos. Otros pasajes, tomados de los mismos autores, nos harían creer que estaban divididos en clanes de descendencia uterina. En efecto, se nos dice que si un cacique moría sin hijos, sus «Estados» pasaban a los hijos de sus hermanas con preferencia a los de sus hermanos (2).

No conocemos la tribu mejor que el clan. A lo sumo podemos suponer que los «reinos» tainos de Haiti eran territorios de tribus. En cuanto a los poderes atribuídos a sus jefes o caciques por los primeros historiadores, no vacilamos en ponerlos en duda.

Que sus cargos fueran hereditarios, es posible; pero que, como se dice del *cacique* único de Jamaica, el poder que ejercían fuera tiránico, es muy inverosímil.

---

(1) CHARLEVOIX, *Histoire de l'Isle Espagnole*, vol. I, pág. 60.
(2) ID., *ibid.*, pág. 65.

§ II.—Religión

Conocemos mejor la religión, gracias, sobre todo, a dos autores. Es el primero Ramón Pane, de la Orden de San Jerónimo, que acompañó a Colón en su tercer viaje (1). Es el segundo Pedro Mártir de Angleria (2).

En parte alguna, en lo que nos dicen estos autores, se habla de totemismo. Se nos hace mención de ciertos *zemis* o ído-



Fig. 178.—*Zemi* o «ídolo» de algodón (según R. Cronau, *Amerika).*

los esculpidos en forma de animales (3), pero no hay nada que pruebe que fueran emblemas de antepasados animales de los clanes o de las tribus.

---

(1) El texto de Ramón Pane, acerca de Haiti, está contenido en la obra *Historie del Signor Fernando Colombo. Nelle quali s'ha particolare & vera relatione della vita, e de'fatti dell'Almiraglio D. Christoforo Colombo suo Padre*, cap. LXI, Venetia, 1571.

(2) *Décadas.*

(3) Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, cap. I.

Casi todo lo que sabemos respecto a la religión de los antiguos *taínos*, y en particular de los de Haiti, se refiere a los *zemis*, a los que los autores españoles dan el nombre de «dioses» o «ídolos». En realidad, no son divinidades figuradas, sino representaciones de espíritus protectores individuales, análogas a los *nahuales* de los mejicanos. Cristóbal Colón creía que los *zemis* eran genios protectores de los hombres. Cada cual poseía el suyo, que colocaba en lugar secreto. Se pedía a estos ídolos protectores el triunfo sobre los enemigos, buenas cosechas, etc.

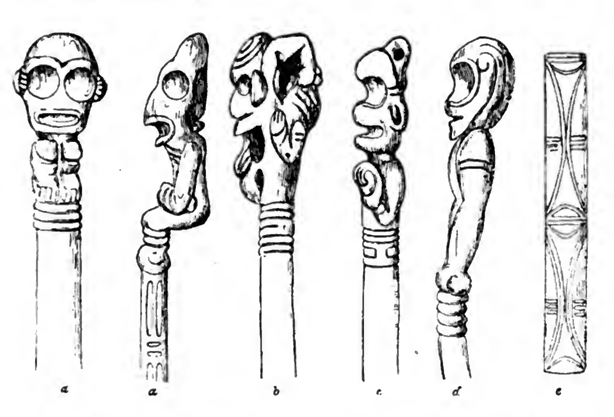


Fig. 179.—Ídolos pequeños de madera, de Puerto Rico (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico).*

Ramón Pane (1) dice que ciertos ídolos hechos de piedra o de madera simbolizaban los huesos de los antepasados. Otros *zemis*, que representan figuras humanas o animales, estaban hechos con algodón (fig. 178). Algunos de estos ídolos, de tamaño muy pequeño, los llevaban consigo los guerreros y les atraían la buena suerte y la fuerza para vencer (fig. 179).

La elección del *zemi* dependía de ciertas circunstancias. Ramón Pane dice que si un individuo veía un árbol cuya raíz se movía, le interrogaba y preguntaba quién era. Luego, volviendo con toda diligencia a su aldea, rogaba a un hechicero que le acompañase a donde estaba el maravilloso vegetal. El hechicero, después de verificadas diversas ceremonias, cortaba

(1) Traducción francesa en Brasseur de Bourbourg. edición de *Relación*, de Landa, pág. 446.

la parte del árbol que parecía encerrar poder, la llevaba a la aldea y allí esculpía la madera según la forma que deseaba el que la había descubierto (1). Si un indio veía una piedra maravillosa, la mandaba tallar para trasformarla en *zemi*. Otro medio de lograr la protección de estos seres era ayunar seis o siete días. El *zemi* se revelaba en las angustias que provocaba este ayuno.

La palabra *zemi* indica a la vez el poder sobrenatural y el objeto que encierra ese poder. Tiene una tercera acepción, puesto que designa también a los dioses.

Acerca de estos últimos sabemos pocas cosas, y ni siquiera conocemos bien los nombres. PEDRO MÁRTIR DE ANGLERIA y RAMÓN PANE los escriben de modo muy diferente.

Los *tainos* tenían al menos un dios del cielo, llamado *Joca huva* o *Gua Maorocon* (2), hijo de la diosa *Atabei*, *Jermao*, *Guacarapito* o *Zuimaco* (3) ANGLERIA nos dice que estos dioses supremos no eran representados mediante imágenes. Los nombres de los dioses de la lluvia y de la tempestad nos son también conocidos. Son: la diosa *Guabancex*, que produce las tempestades, hace moverse al viento y el agua y cuyo ídolo era de piedra; *Guatauva*, mensajero de *Guabancex*, y *Coatrischie*, que reúne las aguas en los valles entre las montañas y las deja luego correr por el terreno para devastarlo (4).

A más de estos dioses, los haitianos creían que el mundo estaba poblado por las almas de los muertos. Creían al hombre en posesión de un alma individual, a la que se daba el nombre de *goeiz*. Al morir, el alma se escapaba y entonces era llamada *opita*. Iba a una isla llamada *Coaibai*, donde estaban reunidas las almas de los muertos. Durante el día estaban encerradas, pero al llegar la noche salían, e iban a participar de los festines de los hombres o a vagar por los caminos. Los haitianos tenían miedo a salir de noche, porque si los espíritus tenían deseos de paz no corrían peligro alguno, pero todo sér vivo que trataba de luchar con un *opita* encontraba la muerte (5).

Tenían los tainos fiestas solemnes. El *cacique* enviaba mensajeros para dar noticia de la fiesta. El día fijado, se colocaba a la cabeza del pueblo que iba a la choza sagrada, donde estaba encerrado un *zemi* objeto de gran veneración. Allí el cacique se sentaba en el suelo y tocaba el tambor, cantando el mito del dios. Todos entraban y se paraban delante del *zemi*.

---

(1) Traducción francesa en BRASSEUR DE BOURBOURG, edición de *la Relación* de Landa, pág. 452.

(2) PANE. ANGLERIA le llama *Yocauna Gua-Maonocon*.

(3) ANGLERIA la llama *Guimazoa*.

(4) R. PANE, págs. 455-456 de la traducción de BRASSEUR DE BOURBOURG.

(5) ID., *ibid.*, págs. 443-444.

Los sacerdotes hacían una ofrenda de tortas que luego eran distribuídas entre los asistentes. Después de la ofrenda, las mujeres danzaban cantando delante del ídolo.

El rito preparatorio más importante se llamaba *cagioba*. Consistía en la absorción por la nariz de cierta cantidad de tabaco en polvo, que a la vez producía el efecto de purgante y de vomitivo (1). Tenía lugar siempre antes de dirigirse a los *zemis*, y también en caso de enfermedad (2).

Cuando un individuo acababa de morir, se practicaba la ceremonia de la interrogación. Los parientes del difunto se reunían alrededor del cadáver, le cortaban las uñas y el pelo, que reducían a polvo y mezclaban con el jugo de ciertas plantas, vertían en la boca del muerto esta bebida y le preguntaban si el hechicero que le había cuidado había cumplido bien su deber, en particular si había ayunado como era costumbre (3).

Si se trataba de hombres del pueblo, las mujeres envolvían el cadáver con fajas de algodón, le colocaban en una fosa bastante honda con cuantos objetos preciosos poseía, y a veces aun varias de las mujeres del difunto eran enterradas con él. El difunto era sentado en una especie de banco. Se hacía una bóveda de madera para impedir que le cayera encima la tierra que se echaba en la fosa, y luego todos los parientes hacían una gran ceremonia acompañada de cantos y danzas (4).

Los caciques eran embalsamados. Los moradores principales del país eran invitados a una gran fiesta que duraba de quince a veinte días y al final de la cual los bienes del cacique eran distribuídos entre los asistentes.

Los sacerdotes tainos eran llamados *butu-itihus*, o *bohutis*. Eran hombres que habían obtenido, por azar o buscándola, la protección de *zemis* especialmente poderosos. Los *butu-itihus* ejercían también la adivinación y la medicina.

Para predecir el porvenir, los *butu-itihus* se colocaban artificialmente en estado de éxtasis absorbiendo polvo de tabaco. El hechicero permanecía así cierto tiempo; luego, habiendo cantado y danzado las gentes que le rodeaban, se levantaba y comunicaba al pueblo reunido las respuestas que los *zemis* le habían dictado (5).

Los mismos *butu-itihus* practicaban la medicina a la manera de los hechiceros de todos los países. Danzaban, tomaban

---

(1) R. PANE, pág. 442 de la traducción de BRASSEUR DE BOURBOURG.
(2) ID., *ibid.*, pág. 447.
(3) ID., *ibid.*, págs. 443 y siguientes.
(4) CHARLEVOIX, *Histoire de l'Isle Espagnole*, tomo I, pág. 60.
(5) R. PANE, páginas 452-453 de la traducción de BRASSEUR DE BOURBOURG.

rapé a la cabecera del enfermo, se inclinaban sobre él como para consultarle y mostraban huesos u otros objetos que previamente se habían metido en la boca (1).

De la religión de los *tainos*, o más exactamente de la de Haiti, la parte mejor conocida es la mitología. Los mitos refieren la creación del mundo, el origen del sexo femenino después de un diluvio en que se ahogaron todas las mujeres primeramente creadas, cómo los hombres se trasformaron en árboles, etc.

No podríamos tratar de dar siquiera noticia resumida de estos mitos. Digamos solamente que ninguno de ellos parece haber venido de fuera de América.

En resumen, lo poco que sabemos de la religión de los pueblos de las Antillas nos los hace considerar como indios puros, porque todas las características que se nos refieren tienen equivalentes inmediatos, ya en América del Norte, ya en América del Sur.

§ III.—Artes industriales

Las autores antiguos nos han comunicado indicaciones suficientes para darnos idea del modo de vivir de los aborígenes de las Antillas.

Arquitectura.—Vivían reunidos en grandes aldeas, y en la principal de ellas residía el cacique. En medio de la aldea había una casa de grandes dimensiones, probablemente el municipio, equivalente al *tecpán* mejicano. Sin duda, en uno de estos edificios penetró Cristóbal Colón cerca de Puerto Real, en Haiti. Era una gran cabaña redonda, muy alta y de 32 pasos próximamente de diámetro. Todo alrededor había otras treinta y dos cabañas pequeñas, hechas con cañas de distintos colores, entrelazadas con arte.

Eran las cabañas, según hemos dicho tratando de Cuba, de dos formas: unas (*caneyas*) (fig. 180) eran redondas. La armadura consistía en postes colocados en círculo próximamente a un metro de distancia unos de otros. Entre estos postes, se armaban las paredes con tablas muy gruesas. La cubierta se hacía con cañas ligeras cubiertas de paja u hojas de palma, dándola forma cónica.

Las otras habitaciones, los *bohíos* (fig. 181) se construían con los mismos materiales. Eran cuadrangulares, de forma alargada, como un cobertizo. La cubierta, a dos aguas, estaba hecha con una viga larga sostenida por dos postes formando hor-

---

(1) R. Pane, traducción de Brasseur de Bourbourg, pág. 448.

quilla. Los *bohíos* eran mayores que las *caneyas*, y algunos tenían un pórtico de ingreso cubierto de paja.

La descrición que hace PEDRO MARTIR DE ANGLERIA de la



Fig. 180.—*Caneya* de Cuba (según GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*).

casa de un cacique de Haiti, puede darnos idea de lo que eran los *bohíos* de grandes dimensiones. Estaba situada en una pla-

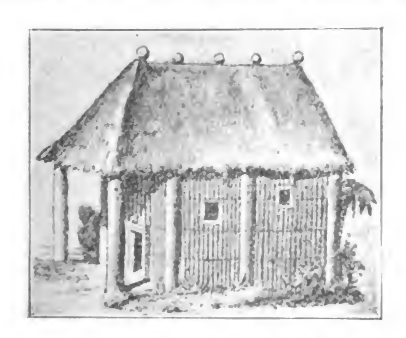


Fig. 181.—*Bohio* (según GONZALO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*).

za de más de 150 pasos de larga y otros tantos de ancha, y rodeada de altas palmeras. El pórtico de la casa se introducía en

la plaza y tenía 80 pasos a lo largo y a lo ancho. La fachada estaba adornada con piezas de madera muy gruesas, muy bien labradas, que servían de columnas. Las otras partes de este pórtico estaban construídas con troncos de árboles de la misma especie, tan juntos que formaban cercados resistentes como si hubieran sido de piedra. En medio de la avenida se alzaba una puerta espaciosa que daba acceso a una pieza cuadrada. Al este estaba la cámara donde habitaba el cacique. Más lejos, había otras dos piezas: una era la alcoba destinada a las mujeres, la otra estaba llena de cadáveres desecados, los de los antepasados del cacique *Comogro*, dueño de la casa (1).

Esta casa no debía ser sólo residencia particular del cacique, sino el *tecpán* de la aldea, lo cual parece indicar la mención de tres piezas que servían de almacén de provisiones y de habitación para «los hombres encargados de la cocina».

Navegación.—Los *tainos* tenían barcas de dimensiones y

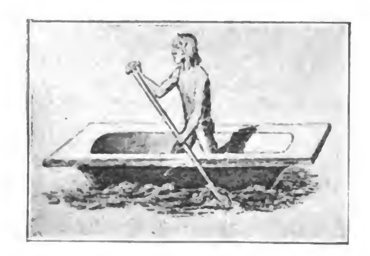


Fig. 182.—Canoa de las Antillas (según J. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico*).

construcción diferentes. Gonzalo Fernández de Oviedo nos ha conservado la imagen de las pequeñas canoas que servían para la navegación fluvial y para bañarse (fig. 182). Otras canoas, que se utilizaban para la navegación marítima, eran de dimensiones suficientes para cien y más personas.

Comercio.—Acerca del comercio y las comunicaciones que entre ellos tenían los *tainos*, sabemos mucho menos que respecto a la arquitectura. Los haitianos parecen haber cambiado directamente los productos de la caza, de la agricultura y de la industria. La costumbre de enterrar todos los bienes muebles con el cadáver, o de repartirlos si se trataba de un cacique, impedía que nadie fuera excesivamente rico.

Armas.—Las guerras tenían por causa disputas ocasiona-

(3) Pedro Mártir de Angleria, *Décadas*, pág. 22.

das por el deslinde de las tierras y, sobre todo, por los derechos de pesca, que, de igual modo que los campos de cultivo, pertenecían de modo indiviso a las gentes de ciertas aldeas. Las guerras eran, por lo demás, poco sangrientas y se acababan pronto. No obstante, tanto para resolver estas querellas intestinas como para defenderse contra las invasiones de los *caribes*, los *tainos* poseían armas: la *macana*, especie de sable de madera dura y jabalinas de la misma materia. Es probable que muchas hachas de piedra dura encontradas en las excavaciones sirvieran igualmente como armas de guerra. El arco y las flechas eran conocidos también por los indígenas de las Antillas, pero se usaban poco. Eran, por el contrario, las armas favoritas de los caribes.

§ IV.—Trabajos en piedra

Las excavaciones arqueológicas efectuadas en las Antilias, en pequeña como en gran escala, han proporcionado cantidad considerable de objetos, sobre todo de piedra pulimentada.

Hay que distinguir en esta industria de la piedra las for-

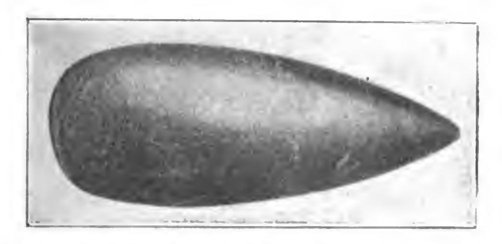


Fig. 183.—Hacha amigdaloide de Puerto Rico (según J. W. Fewkes *The aborigines of Porto-Rico)*.

mas antiguas, comunes a todas las Antillas, y las formas más recientes, de origen indudablemente caribe.

Estas últimas son las que presentan las hachas amigdaloides de piedra dura (serpentina, diorita), que se encuentran con tanta mayor abundancia cuanto las excavaciones se hacen más cerca de América del Sur. Se hallan muchas en la isla de la Trinidad y menos a medida que avanzamos al oeste y al norte por el archipiélago de las islas del Viento (Dominica, Martinica, Guadalupe). Se encuentran todavía algunas en Puerto Rico, pero son muy escasas en Haiti y sobre todo en Cuba.

Estas hachas, de forma muy regular y admirable pulimento, son en todo semejantes a las que se encuentran en las Guyanas francesa, holandesa, inglesa, venezolana y en el norte del Brasil, país que habitan hoy todavía los *caribes* (fig. 183). Algunas están esculpidas y reproducen la figura humana (figura 184).

Eliminados estos objetos, queda una rica colección de piezas, de interés especialísimo, tanto por lo acabado de la labor como por la variedad de sus formas y la originalidad. Las



Fig. 184.—Hacha amigdaloide esculpida de Santo Domingo (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico*).

más numerosas entre ellas, las más extendidas y conocidas, son las grandes «hachas» de piedra que llegan a tener en ocasiones 30 centímetros de largo y otros tantos de ancho. Tienen principalmente dos formas: una trapezoidal, con un agujero, o un pedúnculo más o menos delgado, que termina en un cordón esculpido en relieve, próximamente a un centímetro del extremo superior (fig. 185). Este último, tanto en los ejemplares de pedúnculo como en los otros, es de formas muy variadas: de rodete, bífido, terminado por dos adornos que seme-

jan cabezas de cóndor, etc. Estas hachas se encuentran con gran abundancia en Puerto Rico y en las mayores de las islas del Viento (principalmente en la Guadalupe).

El otro tipo es redondeado, casi circular; tiene una extre-

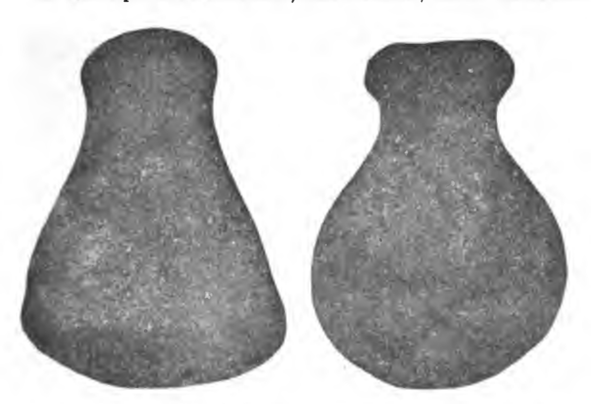


Fig. 185.—Dos hachas grandes de piedra, de San Vicente (según J. W. FEWKES, *The aborigines of Porto-Rico*).



Fig. 186.—Piedra esculpida figurando un loro, procedente de la Trinidad (según J. W. FEWKES, *The aborigines of Porto-Rico*).

midad con o sin garganta y cuerpo más o menos hinchado. Abunda también en las Antillas menores, pero se encuentra igualmente en todas las Grandes Antillas. La extremidad aparece muchas veces esculpida de modo más o menos indefinido, pero muy característico.

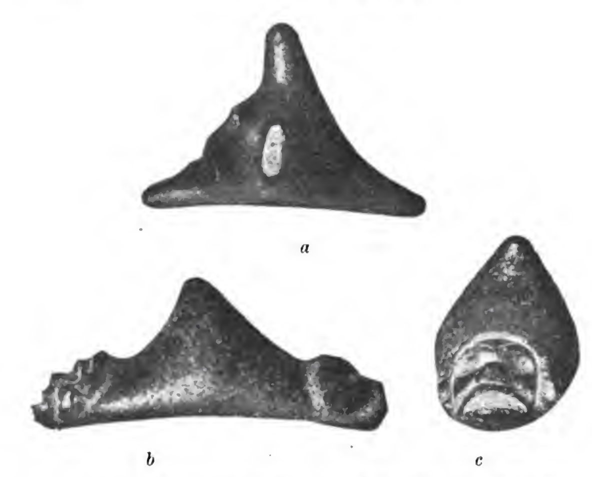


Fig. 187.—Piedras triangulares: *a*, *b*, vistas de perfil; *c*, vista de frente (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico)*.

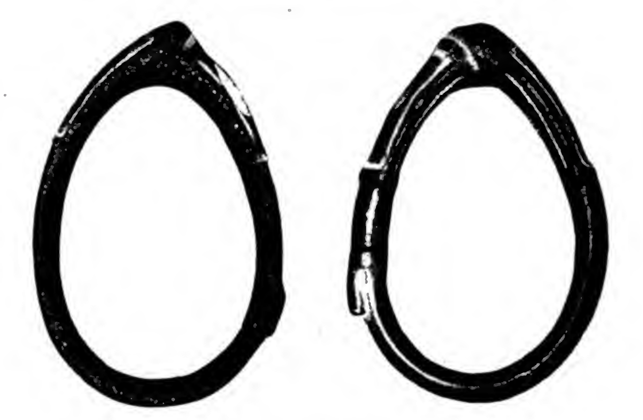


Fig. 188.—Collares de piedra, de Puerto Rico (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico)*.

Es probable que muchos de estos objetos se hayan utilizado como azuelas más bien que como hachas, uso que el equilibrio de su peso y su forma habría hecho poco cómodo.

Hay también toda una clase de objetos del mayor interés, descubiertos en gran cantidad en Puerto Rico y en Cuba. Son figuras humanas, esculpidas en piedra y que se supone representan *zemis*.

Estos ídolos son de formas y dimensiones muy variables, desde la alhaja de unos cuantos centímetros hasta la estatua

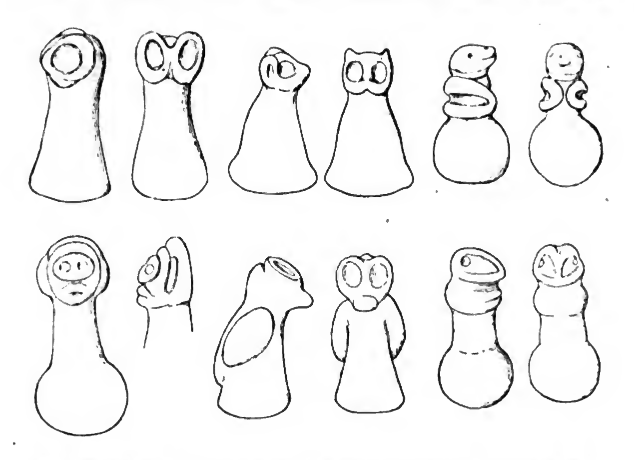


Fig. 189.—Moletas y pilones de piedra, de Puerto Rico (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico).*

que casi es del tamaño de un hombre. Las figuras representan las más de las veces hombres o mujeres, pero a veces también animales (1) (fig. 186). Algunas de ellas se parecen de manera sorprendente a las que Carl Bovallius descubrió en el suelo de Nicaragua.

Los hay entre estos ídolos de forma enteramente especial a las Antillas, y principalmente a las Antillas orientales. Son piedras que recuerdan un tanto la forma de los bicornios de los gendarmes franceses, diferenciándose en que la punta

(1) Se encontrará una colección muy completa en J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico* (RE, vol. XXV).

superior es aguda y aun afilada. Los dos extremos están, las más de las veces, adornados con cabezas esculpidas del modo algo ligero que caracteriza al arte decorativo de las Antillas (figura 187). Estos ídolos abundan principalmente en Puerto

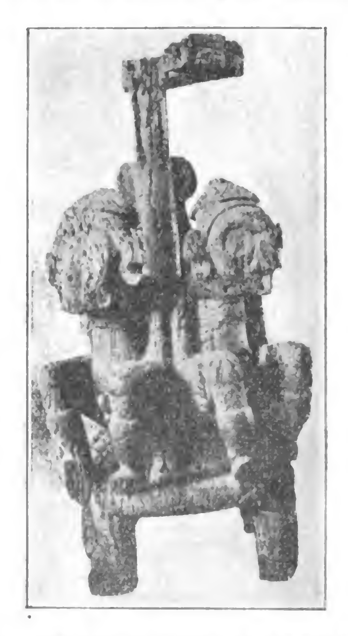


Fig. 190.—Ídolo de madera esculpido que forman tres personajes sentados debajo de un quitasol, Puerto Rico (según J. W. Fowkes, *The aborigines of Puerto-Rico).*

Rico. Se encuentran también algunos en Haiti y ejemplares dispersos en las Antillas menores.

Fewkes, que considera estos objetos típicos de la civilización de Puerto Rico, cree que los ejemplares encontrados en las Antillas menores fueron llevados por los *caribes* (1).

Otro producto del trabajo en piedra, muy característico de Puerto Rico, son los collares hechos con esta materia. Es-

(1) J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico* (RE, vol. XXV, página 214).

tos collares, siempre labrados en un mismo pedazo de piedra, son de forma ovoidal, teniendo el eje mayor, aproximadamente, 50 centímentros y el menor de 35 a 40. El corte es diferente por dentro, y es fácil ver que se han hecho para adaptarse a los dos costados del cuerpo humano. Unos debían pasar por el hombro derecho y aplicarse al lado derecho del cuerpo, otros por el hombro izquierdo. El grosor y el peso de estos objetos varían mucho, pero todos tienen el mismo corte y la misma forma. El adorno solamente varía. Algunos carecen en absoluto de él, y otros, por el contrario, tienen la parte superior profusamente adornada. La dispersión de estos objetos es, aproximadamente, igual a la de los ídolos triangulares señalados anteriormente (fig. 188). Abundan en Puerto Rico,

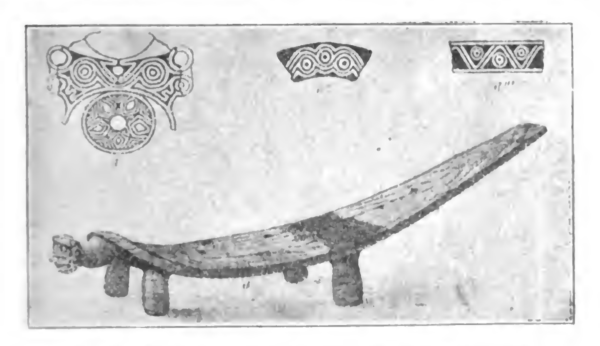


Fig. 191.—Metate de madera con cuatro patas, de las Islas Turcas (según O. T. Masou, *The Latimer Collection*).

se hallan todavía con bastante frecuencia en Haiti, se encuentran esporádicamente en las Antillas menores, y en particular, en la Guadalupe, pero faltan del todo en las Grandes Antillas orientales (Cuba, Jamaica, Bahamas).

Algunas otras formas son especiales de Puerto Rico y de las Antillas menores: moletas de piedra cuya parte superior representa una cabeza humana o animal (fig. 189), sillas de piedra esculpida, ídolos de madera reunidos en número de tres debajo de un quitasol (fig. 190) y, sobre todo, *metates* de madera o de piedra, sostenidos en tres o cuatro patas y cuya parte delantera representa muchas veces una cabeza de animal y el borde está adornado con líneas oscilantes y otros temas decorativos (fig. 191).

Ahora bien, todas estas formas de la industria de la piedra se encuentran en la parte de Nicaragua donde tuvieron lugar



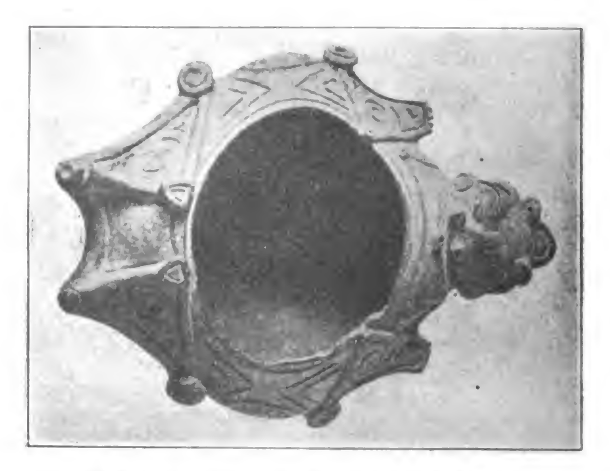


Fig. 192.—Cerámica de Puerto Rico (según J. W. Fewkes, *The aborigines of Porto-Rico).*

las excavaciones de VELASCO, de los Sres. HARTMANN y LEHMANN, y en la península de Nicoya, habitada por los güetaros. Por tanto, parece bastante natural pensar que la civilización de los chibchas se extendió por las Antillas menores y parte de Puerto Rico, en una época anterior a la invasión de los *caribes*.

Se ha encontrado poca cerámica en las Antillas occidentales, excepción hecha de Jamaica. Pero en Puerto Rico abunda bastante, lo mismo que en las Antillas menores. La figura 192 representa un vaso de Puerto Rico que recuerda por su factura otros de América del Sur.

En resumen, podríamos representarnos del modo siguiente la prehistoria de las Antillas. Al principio, una población cuyos restos se nos han conservado quizá en los esqueletos semifosilizados descubiertos en Cuba y cuyos descendientes habrían sido los *guacanabibes* que encontró Colón cuando por primera vez pisó el suelo de esta isla y los *tekestas* de la Florida. Luego habría venido, a la parte oriental de las Antillas, una oleada de inmigrantes, de origen verosímilmente güetaro, que se habría establecido en las Antillas menores y parte de Puerto Rico. Más tarde, o quizá en la misma época, poblaciones salvajes de la costa oriental de la Florida (*Timukguas*, *Calusas*) habrían invadido las Bahamas, las regiones costeras de Cuba y quizá una parte de Haiti. Es dudoso que penetraran más. Su expansión debió ser lenta y se detuvo por la grande invasión de los araguacos, verosímilmente venidos de América del Sur, que se establecieron como dueños en toda la superficie de las Indias occidentales.

A juzgar por la civilización de los araguacos, que viven hoy todavía en gran número en el suelo de América del Sur, estos nuevos inmigrantes debían estar poco adelantados en las artes y la técnica. No obstante, los productos de la industria de la piedra que encontramos en las Antillas son de suma perfección, lo cual nos inclinaría a creer que debieron aprender mucho de los güetaros, que, en nuestra hipótesis, habrían poblado una parte de las islas antes de la invasión de los *araguacos*.

Estos últimos, discípulos — y buenos discípulos — de los güetaros, desarrollaron una civilización especial, que equivale a decir enteramente desconocida, y sucumbieron en una parte de la zona que ocupaban ante las acometidas de un pueblo más activo, más emprendedor, pero más salvaje, los caribes.

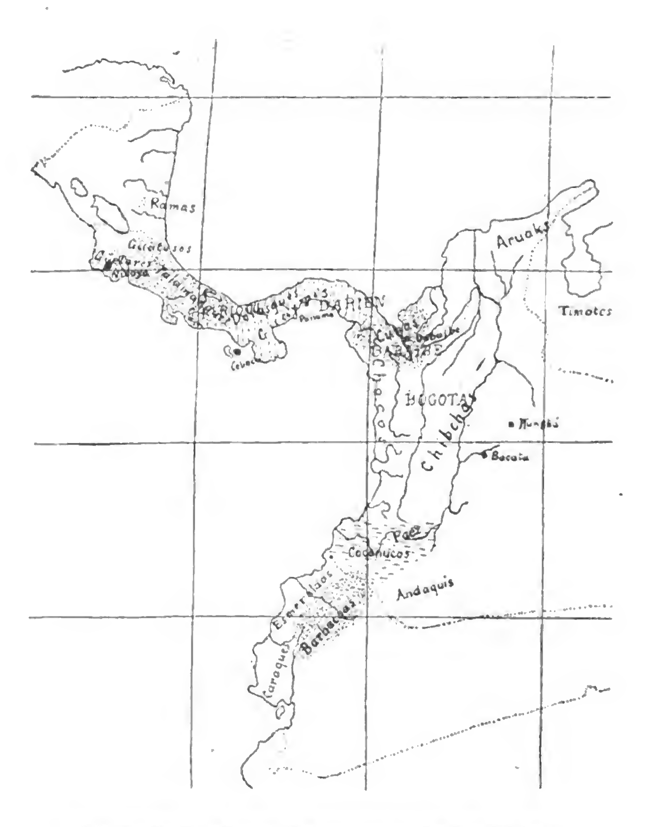


Fig. 193.—Mapa que muestra la extensión de los pueblos chibchas.

LIBRO III

Pueblos civilizados de América.

CUARTA PARTE

Pueblos del istmo de Panamá de Colombia y del Colorado.

CAPÍTULO PRIMERO

Pueblos chibchas.

SUMARIO.— I. Los chibchas. — II. Familia lingüística chibcha. — III. Distribución de los pueblos chibchas.

§ I.—LOS CHIBCHAS

Los *Chibchas*, en la época de la conquista, habitaban la meseta de Bogotá. Hablaban una lengua muy claramente caracterizada, que conocemos por varias obras antiguas, y cuyo estudio ha hecho extender de modo muy considerable el dominio de los pueblos de este grupo.

§ II.—FAMILIA LINGÜÍSTICA CHIBCHA

Comprende esta familia lingüística uno de los más vastos territorios americanos. UHLE fue el primero que se preocupó de las afinidades que ofrecía el idioma de los habitantes de la

meseta de Bogotá con los del resto de América central y meridional (1). Descubrió semejanzas entre el chibcha y los idiomas del norte de Colombia y del istmo de Panamá, conocidos hasta entonces con el nombre de idiomas talamancas. Brinton incluyó en el grupo chibcha todos los idiomas del norte de Colombia, del istmo de Panamá y de Nicaragua (2). Más tarde, el mismo autor creyó encontrar semejanzas entre la lengua de los *mazatecas*, que habitan la parte noroeste de la provincia de Oajaca, y la de los pueblos chibchas (3).

En resumen, hasta estos últimos años se consideraba que los pueblos de lengua chibcha ocupaban una parte de Nicaragua, toda Costa Rica, la república de Panamá y la parte de Colombia que hoy constituye las provincias de Magdalena, Antioquía y Bogotá.

Investigaciones emprendidas recientemente por el doctor Rivet y el autor de este libro les han demostrado que el grupo chibcha se extendía mucho más hacia el sur. Comprende, a más de los territorios anteriormente indicados, el de los *Paez* y los *Coconucos*, al sudeste de Colombia, en la vertiente occidental de la Cordillera, cerca del volcán Puracé; el de los *Paniquitas*, vecinos al norte de los anteriores y el de los *Barbacoas*, en el Ecuador, en los altos riachuelos Patia y Telembi, y hasta Guayaquil (4).

§ III.—Distribución de los pueblos chibchas

Así constituída, la familia lingüística chibcha se extiende desde los 12° lat. N. al 3° lat. S. Comprende las lenguas de los pueblos que en otro tiempo se colocaban en los siguientes grupos lingüísticos: *Talamanca* (compuesto por las tribus *Talamanca*, que habitan las montañas de Costa Rica, *Bribri*, *Terraba*, *Tiribi*, *Cabecar*, *Tucurrique*, *Brunca*, situadas todas en el territorio de Costa Rica); *Guatuso* (indígenas hoy día desaparecidos, que vivían en el curso superior del río Frío, también

---

(1) *Verwandschaften und Wanderungen der Tschibtscha*, Berlín, 1890, en 8.°

(2) Brinton, *American Race*, New York, 1890.

(3) Brinton, *The Mazatec language* (*Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. LXV, Filadelfia, 1882, págs. 275-278). El mazateca de Brinton parece ser una lengua particular, porque no se parece, ni siquiera de lejos, a los vocabularios de esta lengua publicados ulteriormente. Hoy, la tendencia es a colocar este idioma entre los zapotecas. Véase, en particular, F. Starr, *Notes upon Ethnography of Southern-Mexico* (PDAS, vol. VIII).

(4) H. Beuchat y P. Rivet, *La famille linguistique chibcha* (*Le Muséon*). Louvain, 1910, págs. 1-94.

en Costa Rica); *Guaymi* (compuesto por las tribus *Guaymi*, que habitaban las dos vertientes de la cordillera de Veragua, *Muoi, Murire, Valiente)*; *Dorasque* o *Changuina*, que ocupaban la república de Panamá, desde la laguna de Chiriqui y el río Chagres hasta el río Fonseca; *Cuna* o *Darien*, que vivían alrededor del golfo de Uraba; *Aruak* (pueblos de la Sierra Nevada de Santa Marta, al norte de Colombia, cerca de la península de Goajire), *Chibchas*, habitantes antiguos de la meseta de Bogotá; *Paez-Paniquita* (al occidente y en el centro de Colombia, al sur de los *Chibchas*, en los ríos Magdalena, Cauca, Mira, Carare, etc.), *Coconuco* (al sudeste de Colombia, en las montañas que se alzan entre el Magdalena y el Cauca, en los orígenes de los ríos Puracé y Cauca), *Barbacoa* (tribus que habitan en el momento actual el Ecuador en los altos ríos Telembi y Patia, y hasta Guayaquil al sur) (1).

Uno de los caracteres singulares de esta familia lingüística es la agrupación de sus dialectos. Las lenguas habladas en los extremos del área son las que más se parecen. Los idiomas talamancas y los de los barbacoas tienen entre sí íntima relación. Las otras lenguas se agrupan según su situación, en relación a estos dos polos de la familia chibcha: las lenguas guaymi, guatusa, dorasca, se parecen más a los idiomas talamancas, mientras que el paez, el coconuco, el paniquita, tienen afinidades íntimas con el grupo barbacoa. Las lenguas aruakas y el chibcha permanecen muy aisladas, las primeras a causa de su situación geográfica, el segundo a causa, probablemente, de su extremada evolución. Lengua de un pueblo relativamente civilizado, posee caracteres que no tiene ninguno de los otros idiomas. El cuna se conoce demasiado poco, lexicológica y gramaticalmente, para que sea posible determinar el lugar que ocupa en la familia.

De esta agrupación, pueden deducirse algunas noticias acerca de las emigraciones de esos pueblos. Es muy verosimil que los *chibchas* partieran de la parte del Nuevo Mundo donde el istmo de Panamá se une al Continente sudamericano. De allí se desparramaron, los unos en dirección norte, los otros en dirección sur. Los pueblos que iban al sur se extendieron por un vasto territorio. Unos encontraron, en la meseta de Bogotá, las condiciones necesarias para el desarrollo de una civilización bastante elevada; los otros, obligados a refugiarse en altas cadenas de montañas, tal como los *aruakos*, se hallaron en condiciones menos ventajosas; otros aún, estorbados por la civilización naciente de sus vecinos, encontrando a

(1) En otro tiempo, su extensión fue probablemente mucho mayor hacia el norte. Es muy de creer que llegaran hasta las fuentes del Atrato y por el este hasta el curso superior del Maspa y del Napo. H. Beuchat y P. Rivet, *Contribution à l'étude des langues Colorado et Cayapá* (JAP, nueva serie, tomo IV. París, 1907, pág. 69).

occidente pueblos de afinidades todavía misteriosas, los *chocos*, se vieron obligados a deslizarse en los valles malsanos de la entre-sierra. Allí, algunas de las tribus emigrantes pudieron mantenerse en paz, escalar las pendientes de las montañas y vivir tranquilamente. Las otras, sobre todo los barbacoas, se vieron obligadas, rechazadas como fueron por las tribus más civilizadas del norte del Ecuador (caraques, quillasingas), a vivir en los bosques malsanos que se extienden al este de la Cordillera occidental del Ecuador, donde subsisten todavía los restos de sus tribus.

Al norte, las condiciones fueron menos favorables todavía. Los emigrantes (talamancas, guaymis), tropezaron con poblaciones mangues y se vieron obligados a vivir como salvajes en los bosques. Es, en nuestra opinión, el modo único de explicar cómo se detuvieron en su desarrollo las lenguas talamancas y barbacoas en relación a las otras lenguas chibchas, y la semejanza que ofrecen entre sí dos grupos lingüísticos tan distantes.

CAPITULO II

Güetaros de Costa Rica.

SUMARIO: I. Los güetaros.—II. Religión.—III. Civilización material. IV. Arqueología del país de los güetaros.

§ I.—Los güetaros

La mayor parte de Costa Rica estaba ocupada en la época de la conquista por pueblos salvajes: *talamancas*, *guatusos*, *bruncas*. De los otros grupos, no hablaremos en este lugar. Pero la parte nordeste de la República, la que toca a Nicaragua, estaba poblada en parte por los *mangues*, emparentados con los chapanecas de Méjico, y por una población más civilizada perteneciente al grupo chibcha, los güetaros. Estos ocupaban la península situada al norte de la bahía de Nicoya, en la costa del Pacífico y se extendían al este hasta el mar de las Antillas.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO visitó el año 1529 la península de Nicoya. Nos ha dejado una descripción animada de los usos y costumbres de los indios de esta región. Todo el país estaba dividido en pequeñas tribus, cada una bajo la dependencia de un cacique. La forma de gobierno no difería en las diversas tribus, pero no se nos describe. El autor se contenta con decirnos que los mensajeros o heraldos y los oficiales del ejército eran personajes de consideración, siempre creídos por su palabra. Llevaban en la mano un abanico de plumas.

§ II.—Religión

Acerca de su religión sabemos pocas cosas. Había templos consagrados a los «ídolos». Estos ídolos, muy numerosos y hechos de barro o de madera, estaban encerrados en pequeñas chozas, situadas en el patio de los templos. En medio de

este patio se alzaba un túmulo, encima del cual se verificaban los sacrificios. En Nicoya se celebraban tres grandes fiestas. Las mujeres se agarraban de las manos y formaban círculo alrededor del túmulo de los sacrificios y, cinco o seis pasos detrás de ellas, los hombres formaban otro círculo. En el intervalo había gentes que iban y venían, dando de beber a los bailarines y a las bailarinas una especie de cerveza, hecha con maíz. Hombres y mujeres ejecutaban movimientos ondulantes con el cuerpo y la cabeza y bebían sin cesar de mover los pies. Esta danza duraba cuatro horas, o aun más, y tenía lugar en la plaza mayor de Nicoya, frente al gran templo, en presencia del cacique y de los principales jefes. Una vez que había terminado, la víctima humana era conducida a lo alto del montículo. Se le abría el costado izquierdo, se le arrancaba el corazón y las primeras gotas de sangre eran ofrecidas al sol. Inmediatamente después, era decapitada encima de una piedra. La sangre se ofrecía a los ídolos y los sacerdotes mojaban con ella sus caras y el labio inferior. Luego los cadáveres eran precipitados de lo alto del túmulo y devorados. Al final de la ceremonia, las mujeres lanzaban un gran grito y escapaban para ocultarse en los bosques.

Como se ve, los ritos del sacrificio eran muy parecidos a los de Méjico (1).

§ III.—Civilización material

La civilización material de los habitantes de Costa Rica, aun cuando inferior a la de los otros pueblos de América central, estaba sin embargo bastante adelantada.

Los hombres llevaban una especie de calzón de lienzo. Las mujeres iban cubiertas con taparrabos, igualmente de algodón, adornados con dibujos multicolores, y camisas sin mangas. El pelo lo llevaban recogido sobre la frente en una especie de moño o en dos trenzas que colgaban por encima de las orejas.

Los *güetaros* tenían collares de cuentas hechas con conchas marinas. Llevaban también anillas en los labios, de hueso o de oro labrado a martillo, que se quitaban en el momento de ir a comer. Se tatuaban los brazos con dibujos que representaban animales, principalmente el jaguar.

Su alimento consistía principalmente en el pescado que sacaban del golfo de Nicoya, en el cual se aventuraban tripulando canoas o balsas. Consumían también en gran abundancia las conchas marinas y particularmente las ostras. Los *güe-*

(1) Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias.*

taros daban caza sobre todo al ciervo y al pecari. Eran también muy agricultores. Cultivaban el cacao, el maíz y el tabaco. El cacao servía para hacer una bebida a la que daban color encarnado con semilla de *achiote* (*bixa orellana*) para que pareciese sangre. Con el maíz hacían otra bebida que FERNÁNDEZ DE OVIEDO describe como muy fuerte, un poco agria y de color de caldo de gallina, al que se hubieran echado dos o tres yemas de huevo. Los *güetaros* bebían mucho de estos líquidos en sus fiestas, que terminaban con embriaguez general.

Fumaban el tabaco en cigarros, y he aquí cómo FERNÁNDEZ DE OVIEDO describe la manera de fumar: «El cacique presentó un puñado de rollos de tabaco, próximamente de cuatro pulgadas de largo y del grosor de un dedo, hechos de cierta hoja arrollada y atada con fibras de *cabuya*. Cultivan el tabaco con gran esmero a causa del efecto que producen sus hojas. Encienden el rollo por un extremo y lo fuman como una pipa hasta que deja de arder, lo cual puede durar un día entero. De tiempo en tiempo, meten en la boca la extremidad opuesta a la que está encendida y aspiran el humo un momento, luego lo arrojan por boca y narices..... Llaman a estas hojas arrolladas *yapoquete*» (1).

Las casas estaban hechas con palos largos y cubiertas con hojas de palma. El mobiliario consistía en una especie de banquetas llamadas *duhos*, que servían de asiento durante el día y de cama por la noche.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO nos menciona entre las industrias particulares de los pueblos de la península de Nicoya la fabricación cerámica. «Hacían pucheros y platos, copas, vasos y otras vasijas, todos de linda forma, negros como el terciopelo, muy pulidos, con el brillo del azabache» (2).

§ IV.—ARQUEOLOGÍA DE LOS GÜETAROS

Las investigaciones arqueológicas nos han dado pruebas de la habilidad de los artistas güetaros.

La primera fue hecha el año 1877, por el Dr. BRANSFORD. Túmulos de piedra y de barro, situados en las cercanías de Nicoya, le proporcionaron algunos objetos. Más tarde, un habitante de Costa Rica, D. ANASTASIO ALFARO, visitó la antigua provincia de Guanacaste e hizo excavaciones, a su vez, en

(1) Esta palabra parece ser de origen azteca y contener los elementos *yetl*, «tabaco», y *poca*, «fumar».

(2) GONZÁLO FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia general y natural de las Indias*.

gran número de túmulos formados de conchas marinas, verdaderos *kjökenmödingos*.

Otras investigaciones fueron hechas el año 1895 por Ake Sjögren, ingeniero sueco residente en la costa del Pacífico, y en 1897 M. V. Hartman, otro sueco, practicó excavaciones en diversas sepulturas de la península de Nicoya y de las islas sembradas en el golfo del mismo nombre. Los objetos que descubrió figuran al presente en el Museo de Stockolmo.

La colección más importante fue reunida por un eclesiástico de Costa Rica, José María Velasco. Parte de los objetos que encontró forman parte de los fondos del Museo de San José, en Costa Rica, mientras otra, enviada a los Estados Unidos, fue comprada por el *Carnegie Museum* de Pittsburg, a instigación de V. Hartman. Durante un segundo viaje por Costa Rica, el año 1903, este último hizo en los túmulos funerarios de Las Guacas, cerca de la costa del Pacífico, excavaciones cuyos productos fueron igualmente enviados al *Carnegie Museum*.

Si se comparan los objetos procedentes de Costa Rica septentrional, se observa que ofrecen notables variedades de forma y adorno según las regiones. Por todas partes se encuentran esculturas hechas de lava basáltica, *metates* o molinos de maíz, sostenidos en tres patas, pilones, objetos ceremoniales, etcétera. No obstante, estos objetos difieren por su estilo. La labor y el pulimento de la jadeíta, de la nefrita y otras piedras duras y preciosas, que servían para hacer amuletos y objetos de adorno, parecen haberse limitado a la costa del Pacífico.

Los pueblos de este mar hacían metates, en tanto los *güetaros* de las montañas y del mar de las Antillas labraban «sillas» de piedra. Estaban éstas constituídas por una placa oval, ligeramente ahuecada, sostenida en cuatro patas y representando un jaguar. Los mismos montañeses esculpían ídolos antropomorfos de piedra, bastante parecidos a las esculturas descubiertas por C. Bovallius en Nicaragua. Estos ídolos no se han encontrado en Nicoya, ni en toda la región del Pacífico, donde los sustituyen estatuas de otro tipo (1).

Resulta del conjunto de las comparaciones hechas por Hartman que, en ciertos respectos, la civilización material de los *güetaros* de la península de Nicoya y de la costa del Pacífico recuerda la de Méjico, mientras que la industria de los del interior se aproxima mucho a la de los pueblos más meridionales (*Chiriquis* del istmo de Panamá). Por último, en las piezas grandes (metates, «sillas») el arte de Costa Rica ofrece las más grandes analogías con el de las Antillas mayores.

---

(1) V. Hartman, *Archaeological Researches in Costa-Rica* (MCM, Pittsburg, 1908).

CAPITULO III

Pueblos del istmo de Panamá.

SUMARIO: I. El Chiriqui y el Darien.—II. El Dabaibe o país de los Cunas.

§ I.—El chiriqui y el darien

Las noticias escritas acerca del Chiriqui son sumamente raras, y sobre todo a los testimonios arqueológicos debemos dirigirnos para formarnos alguna idea de lo que pudieron ser los pueblos que habitaban esta región.

Los únicos datos algo precisos que poseemos acerca de los habitantes del Chiriqui y del Darien se deben a Pedro Cieza de León, que consagra varios capítulos de *La Crónica del Perú* a la descripción de las provincias descubiertas y colonizadas por Vasco Núñez de Balboa.

Propiamente hablando, el nombre Chiriqui se aplica únicamente a la parte de la República de Panamá vecina a Costa Rica v que habitan hoy algunas tribus talamancas y guaimíes.

Cuando ocurrió el descubrimiento, esta parte de América central estaba poco poblada y sus habitantes eran de suaves y pacíficas costumbres. Se sometieron sin dificultad a la dominación española que les fue impuesta por Benito Hurtado, teniente de Pedrarias Dávila. Aquellas poblaciones estaban manifiestamente relacionadas con las de Costa Rica y con las que habitaban la región del Darien, el istmo de Panamá y las bocas del Atrato, en Colombia.

Los conquistadores que acompañaban a Núñez de Balboa nos han dejado pocas noticias acerca de los habitantes de esta comarca. Todos sus pensamientos se dirigían al oro que encerraba el país y por eso la mención de este metal se repite constantemente en sus descripciones.

La capital de la región era una aldea llamada *París*, situada un poco al sudeste del istmo de Chiriqui, en la provincia

montañosa de Veragua. Los compañeros de Núñez de Balboa hicieron numerosas expediciones a las montañas para apoderarse de los tesoros que se suponía encerraban.

Las tierras del Chiriqui y del Darien eran fértiles. Producían en abundancia maíz y las raíces con que los indígenas se alimentaban. Rebaños de pecaris de carne muy sabrosa y los tapires silvestres proporcionaban a los indígenas el alimento animal. Los indios eran de aspecto vigoroso y notablemente más hermosos y limpios que los del Perú y Colombia (1).

No podemos hacer conjeturas acerca de cuál era el régimen del clan entre dichos indios, pues todos nuestros datos consisten en dos frases poco claras de Cieza de León acerca del régimen de la herencia y del matrimonio. El viejo autor español dice que los hombres se casaban con las hijas de sus hermanos (2) y que los bienes del padre iban a parar a sus hijos. Se concibe fácilmente que, de este modo, los mismos nombres se conservaban en las mismas familias y que los bienes adquiridos por los individuos se acumulaban. Debía existir una regla de matrimonio especial para los jefes, que se nos dice tenían gran número de mujeres (3).

Los jefes o caciques no debían ejercer gran influencia. Cuando Hurtado llegó a la isla de Cebaco, situada a poca distancia de la costa de Veragua, el jefe había partido en expedición guerrera contra algún otro cacique del continente. El conquistador logró que los indios le recibieran bien, de suerte que, cuando volvio el jefe, los españoles fueron bien tratados por él (4).

La religión de los pueblos del istmo de Panamá es muy poco conocida. Los autores antiguos nos dicen que ciertas partes del país estaban acosadas por tropeles de «diablos» que los indígenas llamaban *tyraes* (5). Estos espíritus se les aparecían, durante éxtasis, causándoles terrores espantosos (6). Los hechiceros se decían poseídos de un espíritu que hablaba por su boca.

Los pueblos del Chiriqui y del Darien desconocían los ídolos y el culto de las divinidades no era celebrado en lugares especiales (7).

---

(1) Cieza de León. *Crónica del Perú*, edición Vedia, cap. VI, página 361.

(2) *Crónica del Perú*, cap. VIII, pág. 362. «Cásanse con hijas de sus hermanos». Este tipo de clan, muy raro, es conocido por los etnógrafos y sociólogos con el nombre de «clan endógamo».

(3) Id., *ibid.*

(4) Bancroft, *History of Central America*, vol. I, pág. 427.

(5) Id., *ibid.*, pág. 429.

(6) Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. VIII, pág. 362.

(7) Id., *ibid.*

Los ritos funerarios, que Cieza de León describe, eran bastante parecidos a los de muchos pueblos de América del Sur. A la muerte de una persona, sus amigos se reunían en la casa, de noche, en la oscuridad. Bebían hasta ser de día grandes cantidades de un líquido fermentado, hecho con maíz, sin dejar de llorar al muerto. Luego se colocaba el cadáver en la sepultura con sus armas, objetos preciosos y vituallas. Si el muerto era un jefe, se enterraba vivas con él a varias de sus mujeres (1).

El vestido de los pueblos del istmo de Panamá era de lo más rudimentario: los hombres no usaban traje ni calzado y se cubrían las partes genitales con una especie de caracol hecho de hueso o láminas de oro, sostenido mediante una cuerda que pasaba alrededor de la cintura. Las mujeres se envolvían en mantas que las tapaban desde el pecho a los pies (2).

Iban estos indios armados con arcos muy fuertes, hechos de madera de palma, de una braza de largos. Las flechas, muy agudas, tenían la punta envenenada (3).

Eran belicosos y los españoles tuvieron que padecer mucho por sus revueltas. Cosa rara entre los indígenas de esta parte de América, conocían el arte de la fortificación. Cuando Hurtado quiso someter a los indios de la *Isla de los Varones*, próxima a *Cebaco*, los encontró atrincherados en una fortaleza de troncos de árboles, rodeada por un foso, y no pudo apoderarse de ella sino merced a su artillería (4).

Las casas, que eran de grandes dimensiones, estaban hechas con ramas de árboles (5).

Cada aldea se componía de tres o cuatro de estos edificios, en cada uno de los que tenían su morada una o dos familias. El mobiliario se componía de utensilios de cocina y hamacas (6).

La región que se extiende desde el istmo de Chiriqui al de Panamá no contiene monumentos que llamen la atención. No encontramos en ella ruinas análogas a las de Guatemala, ni siquiera estatuas de piedra como las que existen en Nicaragua y en Costa Rica; pero las excavaciones han dado lugar al descubrimiento de cantidad considerable de objetos de barro y de metal que indican una civilización bastante adelantada.

Estos objetos proceden todos de sepulturas llamadas *huacales* o *guacas*. Los restos humanos han desaparecido casi

(1) Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. VIII, pág. 362.
(2) Id., *ibid.*, cap.VI, pág. 361.
(3) Id., *ibid.*
(4) Bancroft, *History of Central America*, vol. I, pág. 427.
(5) Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. VI, pág. 361.
(6) Id., *ibid.*

siempre, lo que ha hecho creer que las *guacas* eran de época bastante antigua (1).

Se ha encontrado en las *guacas* un número considerable de vasos de barro cocido. Son generalmente pequeños, pero muy cuidadosamente modelados y pintados finamente. Las formas son bastante variadas, menos, sin embargo, que las de la cerámica de los *güetaros* de Costa Rica (fig. 194). Al lado de los vasos hay en cantidad estatuitas grotescas de reducidas dimensiones, cajitas con tapa, asientos minúsculos que recuer-

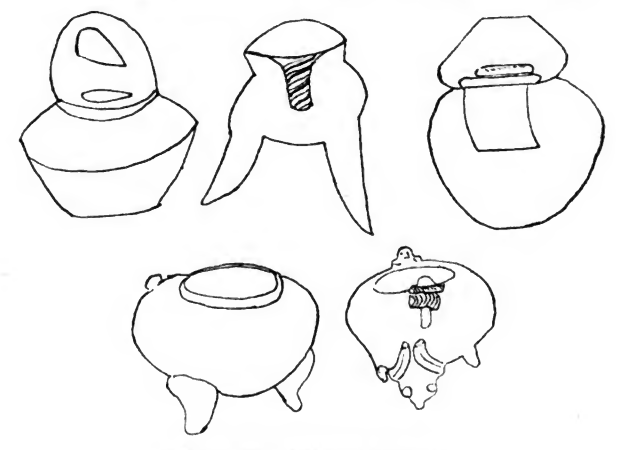


Fig. 194.—Vasos funerarios del Chiriquí.

dan las sillas de piedra de los güetaros y de las Antillas, con número muy grande de pilones de huso y, por último, curiosos instrumentos de viento, que afectan la forma de animales.

No se encuentran en el istmo de Panamá estatuas de gran tamaño; pero la escultura no era, sin embargo, desconocida de los indígenas del Chiriqui. Nos han dejado estatuas toscamente hechas, metates esculpidos, sillitas de piedra, muy semejantes a las de Costa Rica, y muchos objetos, hachas, puntas de lanza y de flecha, de delicada labor.

El Chiriqui se distingue, sobre todo, por su industria metalúrgica. Abundan mucho los objetos de metal, hechos de

(1) W. H. Holmes, *Ancient art of the province of Chiriqui* (RE, volumen VI, Washington, 1888, pág. 186).

oro, de cobre o de la aleación de ambos metales. Cosa notable, los objetos hechos de aleación están chapados con una lámina de oro puro. Todos son de reducido tamaño y debían usarse casi exclusivamente como colgantes.

CIEZA DE LEÓN nos dice que los indios de Veragua hacían joyas de oro de todas formas, especialmente a modo de campanas y de caracoles, que pasaban por hilos de algodón (1). Las formas que afectan las alhajas descubiertas en las *guacas* son muy varias y muestran la libertad de gusto de los artistas. No obstante, los objetos de oro del Chiriqui tienen un estilo que difiere totalmente del de los adornos del mismo metal o de cobre fabricados por los *mayas-quichés*, pero que se parece mucho al de los chibchas. W. H. HOLMES (2) y GRANT MAC CURDY (3) han probado que la mayor parte de las formas de los objetos de oro procedían de la estilización de animales, principalmente el jaguar, el aligator y el armadillo.

Los objetos de oro eran fundidos en moldes y no trabajados a martillo, como las joyas encontradas en los montículos conchíferos de la Florida.

§ II.—EL DABAIBE O PAIS DE LOS CUNAS

Al sur del istmo de Darien se extendía una provincia llamada *Dabaibe* por los antiguos autores, y que habitaba un pueblo de lengua chibcha, los *Cunas*. Esta región, como la precedente, tenía fama de ser de una riqueza inaudita. En ella había, cuentan, un templo situado a poca distancia del golfo de Uraba, en el curso inferior del Atrato, donde los caciques habían reunido enorme cantidad de objetos preciosos. Era un edificio grande, resplandeciente de oro, con las paredes incrustadas de piedras preciosas, colocado en medio de un verdadero paraíso terrenal.

Habiendo escuchado aquellas maravillas, VASCO NÚÑEZ DE BALBOA organizó en 1512 una expedición que se dirigió al lugar ocupado por el supuesto templo. Remontó el Atrato, pero el cacique *Cemaco*, que reinaba en el país, sublevó a los indios y el conquistador se vió obligado a volverse a Panamá (4).

El año 1515, el nuevo gobernador de Veragua, Pedrarias Dávila, envió otra expedición, fuerte de trescientos hombres,

---

(1) CIEZA DE LEON. *Crónica del Perú*, cap. VI, pág. 361.
(2) W. H. HOLMES, *The use of gold and other metals among the ancient inhabitants of Chiriqui* (B E, 1887).
(3) GRANT MAC CURDY. *The armadillo in the ancient Art of Chiriqui* (C I A, *15e session*, Québec. 1906, págs. 147-165).
(4) BANCROFT, *History of Central America*, vol. I, pág. 351.

que fue también rechazada por los indígenas (1). No desalentaron los fracasos a los aventureros. Se hicieron dos nuevas tentativas que no tuvieron más éxito que las anteriores, y los buscadores de oro abandonaron toda esperanza de ver jamás aquel palacio con que soñaban.

El templo de Dabaibe no existió probablemente nunca. Sin embargo, la fábula tenía un fundamento real: la abundancia de oro en aquella región de Colombia. En el curso de sus expediciones, Vasco Núñez de Balboa recibió del cacique *Tumaco* una cantidad de alhajas que fue valorada en 600 pesos de oro y una fuente que contenía 240 perlas, todas de maravilloso tamaño (2). CIEZA DE LEÓN nos dice que, en la provincia de *Antioquia*, situada al sur del emplazamiento presunto del *Dabaibe*, los ríos arrastraban todos el oro en gran cantidad, y que ese oro era labrado por los indios (3). Por último, Colombia ha sido célebre en todo tiempo por la riqueza de sus minas de esmeraldas. La leyenda del templo del Dabaibe no era sino el símbolo, en algún modo, de la riqueza mineralógica de Nueva Granada.

La población era más densa que la del istmo de Panamá y belicosa. CIEZA DE LEÓN es también quien nos informa acerca de sus usos y costumbres.

Parece que los *Cunas* antiguos conocieron la vieja división en clanes exógamos. La descendencia seguía la línea femenina. La herencia se trasmitía del padre al hijo, pero, si éste no existía, los bienes iban a parar al hijo de la hermana (4).

En todo caso, conocían el uso de la que se llama «gran casa del clan». En ella vivían muchas gentes con sus mujeres y sus hijos (5).

Desconocemos casi todo lo que respecta a la organización de los antiguos pueblos del valle del Atrato. Se nos dice que estaban divididos en varias naciones, cada una de las cuales obedecía a un cacique. A más del pueblo del *Dabaibe* había el de *Batabe*, muy rico y muy guerrero; el de *Nore*, cuyo jefe, en tiempo de CIEZA DE LEÓN, se llamaba *Nutibara*; el de *Guaca*, vecino a la ciudad actual de Antioquía (6).

Los jefes de estas tribus eran muy ricos y poderosos, pero no hay noticia que permita determinar cuáles eran sus funciones.

La civilización material de los cunas era muy análoga a la

(1) BANCROFT, *History of Central America*, vol. I, pág. 406.
(2) ID., *ibid.*, pág. 375.
(3) CIEZA DE LEÓN, *Crónica del Perú*, cap. XII, pág. 365.
(4) ID., *ibid.*, pág. 364.
(5) ID., *ibid.*, pág. 365.
(6) ID., *ibid.*, pág. 365.

de los pueblos del istmo. Como ocurría entre estos últimos, los hombres iban completamente desnudos, a excepción de una lámina metálica sostenida por una cuerda y que les tapaba el bajo vientre. No obstante, los jefes y personas notables de la tribu de los *batabes* se cubrían con un gran capote de algodón pintado. Las mujeres llevaban una especie de falda que las tapaba desde la cintura a los pies.

Las armas eran lanzas y jabalinas, hechas con madera de palma negra, hondas y sables de madera o *macanas*, análogos a los de los indígenas de las Antillas.

Los cunas construían sus casas de modo muy particular, al menos en ciertas partes del *Dabaibe*. Cuando Vasco Núñez de Balboa, el año 1512, remontó el curso del Atrato, vió casas construídas con ramas de palmera. Se subía a ellas por escalas que podían quitarse de noche o en tiempo de guerra. En ellas había piedras dispuestas para arrojarlas contra los asaltantes, y costó los mayores esfuerzos a los conquistadores apoderarse de estas casas (1). Cieza de León confirma lo que decimos: «Las casas, dice, están construídas encima de árboles muy altos y que tienen muchas ramas muy gruesas, y en cada una de estas casas no hay menos de doscientas personas. La cubierta es de hojas de palma» (2). Nadie duda que las comarcas vecinas hayan tenido casas de otro tipo, porque el mismo autor, hablando del país de Noro, dice que allí se veían en otro tiempo grandes edificios.

La religión no nos es conocida más que de un modo fragmentario. Los habitantes de todo el valle del Atrato tenían, según Cieza, el privilegio de conversar con el diablo. En cada aldea había varios viejos que conocían a fondo la ciencia de las enfermedades y que estaban más especialmente en relación con los espíritus. En todo el país no había más que un templo situado en *Guaca* (3).

Los *cunas* practicaban los sacrificios humanos y la antropofagia ritual. Los viajeros españoles cuentan que se veían, delante de las casas de los jefes, los cráneos de las víctimas sacrificadas y comidas (4).

Los ritos funerarios eran muy parecidos a los de los indios del Chiriqui. Cuando moría un cacique, se mataba a las mujeres que había preferido y se le hacía una sepultura «grande como una colina pequeña». En el interior de aquel montículo se construía una cámara abovedada, con una puerta dispuesta

---

(1) Bancroft, *History of Central America,* vol. I, pág. 352.
(2) Cieza de León, *Crónica del Perú,* cap. XII, pág. 365.
(3) Id., *ibid.*, pág. 366.
(4) Id., *ibid.*, pág. 365.

al ras del suelo. Allí se metía el cadáver, con sus más ricas vestiduras, sus tesoros y grandes cantidades de alimento y bebida. Allí se encerraba a las mujeres del muerto y algunos jóvenes destinados a servirle en el otro mundo (5). Desconocemos cómo se enterraba a las gentes del común.

Hasta el presente, la parte noroeste de Colombia no ha dado a los arqueólogos un caudal comparable al del Chiriqui. Probablemente ha de atribuirse a la destrucción de las sepulturas, en las que desde antiguo se introdujeron los que buscaban tesoros. La industria de los cunas es conocida por unos pocos monumentos. Se parece a la de los pueblos del Chiriqui, con influjo marcado de los chibchas, sus vecinos del este, más bien que de los *güetaros* de Costa Rica.

---

(5) CIEZA DE LEÓN, *Crónica del Perú*, cap. XII, pág. 365.

CAPÍTULO IV

Los chibchas de la meseta de Bogotá.

SUMARIO: I. Leyenda del héroe civilizador Bochica y origen de los chibchas.—II. Diversos Estados chibchas.—III. Historia de la tribu de Bogotá.—IV. Organización social.—V. Religión.—VI. Civilización material.

§ I.—LEYENDA DEL HÉROE CIVILIZADOR BOCHICA Y ORIGEN DE LOS CHIBCHAS

Los conquistadores y los primeros misioneros de Bogotá nos han trasmitido algunas de las tradiciones mediante las cuales los *chibchas* explicaban su civilización.

Según las gentes de *Bogotá*, los habitantes del país, en un principio, vivían como salvajes, sin agricultura, sin ley, sin religión ninguna. Se hallaban en ese estado de abyección cuando apareció un viejo, que venía de la sierra de Chimalapa. Era de otra raza que los chibchas, tenía barba larga y espesa, y fue designado más tarde con los tres nombres de *Bochica*, *Nemquetheba* y *Zuhé*. Enseñó a los salvajes a vestirse, a hacer cabañas y a vivir en sociedad. *Bochica* tenía una mujer de gran belleza, conocida igualmente con tres nombres distintos: *Chia*, *Yubecayguaya* y *Huythaca*. Era sumamente mala y no hizo más que contrariar los esfuerzos de su esposo para sacar a los hombres de la barbarie. No pudiendo vencer el influjo del héroe, con sus artificios mágicos hizo que de tal modo creciese el río *Funzhá* que las aguas inundaron todo el valle de Bogotá. Muchos indios perecieron, y algunos solamente pudieron librarse en las cimas de las montañas vecinas. Irritado *Bochica* arrojó entonces a *Huaythaca* lejos de la tierra y vino a ser la luna, encargada de alumbrar las noches. Luego partió las rocas que cerraban el valle del Magdalena, desde Cauca a Tequendama. Las aguas hallaron su salida por aquella brecha y los hombres salvados del diluvio volvieron a hacer vida en el valle de Bogotá, donde edificaron ciudades.

Bochica instituyó el culto del Sol, dividió el poder entre dos jefes, y luego se retiró, con el nombre de *Idacanzas*, al valle santo de Iraca, cerca de Tunjá, donde vivió en el ascetismo por espacio de mil años (1).

En *Tunjá* (2) se creía que en un principio el cielo y la tierra estaban sumergidos en la oscuridad, que aún no existían el sol ni la luna. En la tierra no había más que dos seres vivos, el cacique de Iraca y su sobrino *(sic)* el cacique de Ramiriqui. Para distraerse, hicieron figuritas de barro amarillo que representaban hombres y esculpieron en tallos huecos de hierbas altas otras representando mujeres. Así fueron creados los *chibchas*.

Pero como siguiera reinando la oscuridad, el cacique de Iraca suplicó al de Ramiriqui que subiera al cielo. El cacique suplicado vino a ser el sol, que alumbra la tierra durante el día; pero como de noche la tierra seguía estando oscura, el cacique de Iraca subió a su vez al cielo y vino a ser la luna.

El jefe *Bachué* enseñó a los hombres el culto de los dioses y las leyes que debían seguir. Pero continuaban siendo toscos y brutales cuando apareció en la sabana de Bogotá, viniendo del este, un extranjero de larga barba, el cual enseñó a los chibchas a vestirse decentemente y las artes de la civilización. El nombre de este héroe civilizador era *Bochica* o *Nemterequebeta*.

Las gentes de Iraca creían que la venida de *Bochica* había tenido lugar en época bastante reciente, reinando el cacique *Nompanem*. *Bochica* llevaba marcado en la cabeza y en los brazos un signo en forma de cruz, y en la mano tenía un sable de madera.

Fue muy bien recibido por el cacique de Iraca, al cual expuso su doctrina, y *Nompanem* ofreció a *Bochica* civilizar su reino. El héroe enseñó a las gentes de Iraca los principios de la civilización. Luego fue a morir a *Sugamuxi*, según unos, y, según otros, pasó a *Iza*, donde se ve en la piedra la huella de sus pies. Nombró por sucesor suyo al cacique *Nompanem* (3).

El solo hecho que merece conservarse, en estos relatos, es la unanimidad con que designan a *Bochica* como héroe civilizador. Para dar más apariencia histórica al mito de este héroe, los antiguos cronistas nos han contado los viajes de *Bochica* a través de Colombia. Siempre aparece al este y desaparece siempre hacia occidente o el norte. Siempre ocurre que se considera a *Bochica*, no solamente como el inventor y propa-

(1) A. DE HUMBOLDT, *Vue des Cordillères*, pág. 236.
(2) *Tunjá* es, hoy todavía, una ciudad bastante importante de Colombia, situada al nordeste de Bogotá.
(3) V. RESTREPO-TIRADO, *Los Chibchas*, págs. 33-37.

gandista de las artes y procedimientos industriales, sino también como el legislador que reguló las relaciones entre los hombres. En Iraca, en Bogotá indicó a los indios de qué manera habían de elegir el *zaque*, cacique supremo, etc.

§ II.—Diversos estados chibchas

No reunió el héroe a los chibchas en una sola nación, porque en la época de la conquista varios caciques reinaban en territorios de desigual extensión y se disputaban la hegemonía. Eran en número de cinco. El más poderoso era el *zipa*, que habitaba en Bogotá *(Bacatá)* o en *Funzhá (Muequetá)*. Era el soberano de las Tierras del Sur, que comprendían próximamente los dos quintos del territorio colombiano. Tenía como «vasallos» a numerosos caciques.

El *zaque*, también llamado *hunsa*, poseía las tierras situadas en el centro del país. Residía primeramente en *Ramiriqui*, luego en *Hunsa* (Tunjá).

En Iraca dominaba el *sugamuxi*. Era el más reverenciado de todos los jefes del país, en calidad de descendiente de *Nompanem*, el jefe instituído por *Bochica*.

Al este vivía el *tundama*, gran cacique que habitaba en la ciudad del mismo nombre.

Por último, enteramente al norte de Colombia, en la mesa de Jeridas, se encontraban los Estados del *guanenta*.

Poco tiempo antes de la conquista, había aún un número bastante grande de caciques independientes, que reinaban en territorios de poca extensión: los territorios de *Ebaque*, *Guasca*, *Guatabita*, *Zipaquirá*, *Fusagasugá*, y *Ebate* dependían de un cacique conocido con el nombre de *usaque*, o de *guatabita*, que había sido sometido por el *zipa* y se había convertido en vasallo suyo. Cuando los españoles llegaron a Colombia, no encontraron más que cuatro de estos caciques independientes, los de *Sáchica*, *Tinjacá*, *Chipatá* y *Saboya* (1).

§ III.—Historia de la tribu de Bogotá

La meseta de Bogotá había sido teatro de luchas entre los diversos caciques, pequeños y grandes. En la época en que Belalcázar exploró Colombia, los ejércitos del *zipa* tenían marcada ventaja sobre los de todos los jefes restantes.

(1) PIEDRAHITA, *Historia general de las Conquistas del Reyno de Nueva Granada*, libro II, cap. IX. Véase RESTREPO, *Los Chibchas*, página 89.

El primer *zipa* cuyo nombre se conoce es *Saguanmachicá*, nombrado en 1470. La tribu de Bogotá estaba entonces sometida a los *Sutagaos*. Los venció y su jefe *Usathama* se sometió al poder de Bogotá. El *zipa* venció sucesivamente al cacique de *Ebaque*, «sangre de madero», que gobernaba todo el valle de Caqueza, luego a *Michua*, el *zaque* de Hunsa, pero en este combate el *zipa* y el *zaque* encontraron la muerte. Los dos partidos concertaron una tregua para enterrar a sus caciques, en medio de grandes regocijos.

A *Saguanmachicá* sucedió, en 1490, *Nemequene*, «hueso de puma», que continuó las conquistas de su predecesor. Su sobrino *Thisquezuza* castigó a los *Sutagaos* que se habían sublevado.

El mismo, al frente de un ejército, fue contra el cacique de *Guatabita*, «punta de la sierra», al que sorprendió una noche y degolló con sus mejores soldados. Realizó en seguida la conquista del valle de Caqueza, situado al este de *Bogotá*, y fue contra el *ebate*. Este, reforzado con tropas de los caciques de *Susa* y de *Simijaca*, hizo frente a los guerreros del *zipa*. Se atrincheró en un valle estrecho llamado *Tansa;* pero habiendo estallado discordias entre las diversas fracciones de su ejército, el *zipa* aprovechó la ocasión, arrolló a las tropas del *ebate* y sometió todas las aldeas circundantes hasta *Saboya*.

Estos triunfos envalentonaron a *Nemequene*, que resolvió conquistar los territorios de los dos caciques más poderosos de Colombia, el *zaque* de Tunjá y el *sugamuxi* de Iraca. Las tropas aliadas de estos dos jefes se encontraron con las del *zipa* en *Chocontá*. El *zipa* salió gravemente herido y sus soldados le llevaron precipitadamente a *Muequetá*, donde murió.

El sucesor de *Nemequene* fue su sobrino *Thisquezuza*. Continuó las conquistas de su tío y sometió las aldeas de *Cucumbá*, *Tibiriat* y *Garagoa*. Luego reanudó las hostilidades contra el *zaque* de *Tunjá*. Pero, por mediación del cacique de Iraca, *Nompanem*, se concertó una tregua, que duraba todavía cuando Belalcázar llegó a Colombia el año 1533 (1).

Los chibchas tendían, por tanto, a juntarse en el momento de la conquista, para formar una masa homogénea. Estaban en dicha época divididos en cinco grandes grupos, dos de los cuales luchaban para obtener la supremacía.

§ IV.—Organización social

Las noticias que nos proporcionan los antiguos cronistas son tan escasas que apenas nos permiten bosquejar una descripción de la sociedad chibcha.

---

(1) Véase, para todo lo que concierne a la historia de los chibchas, RESTREPO-TIRADO, *Los Chibchas*.

Acerca del clan no sabemos nada. Los pocos datos que PIEDRAHITA y Fr. PEDRO SIMÓN dan acerca de la herencia y el matrimonio se aplican exclusivamente a los caciques, que se nos dice, por otra parte, que hacían vida muy distinta a la del resto de la población. Sabemos, sin embargo, que la descendencia era para éstos en línea materna, porque se nos dice que la dignidad de *zaque*, las de *zipa* y *ebate* correspondían, no al hijo del cacique difunto, sino a un sobrino, hijo de una de sus hermanas (1). Si no tenía ningún sobrino, su hermano mayor heredaba el cargo. Por otra parte, PEDRO SIMÓN dice que, entre las gentes todas de elevado nacimiento, funcionarios, civiles y militares, no eran los hijos, sino los sobrinos quienes heredaban (2). Si los jefes habían conservado este sistema de filiación, es de creer que el pueblo lo conocía también.

No estamos mucho más adelantados en lo que concierne a la tribu. Quizá los caciques eran jefes de tribu, que tomaban el nombre de la aldea principal del territorio de la misma. Probable es que lo mismo ocurriera, en un principio, con los grandes caciques *(zaque, zipa*, etc.), que habrían sido los jefes de tribus más belicosas o más nutridas.

En todo caso, las «monarquías» entre las que se repartían los chibchas en el momento de la conquista, poseían cada una su territorio, una organización aparte, ritos propios y muchas veces hasta tenían un dialecto especial, como ocurre comúnmente en América.

Más son las noticias que los autores nos han dado acerca de los jefes o caciques. Estaban divididos, cuando llegaron los españoles, en dos clases: los caciques soberanos y los vasallos. Pero las diferencias no eran más que muy ligeras entre estas dos clases, y PIEDRAHITA dice que las ceremonias y costumbres que observaban el *zipa* o el *zaque* eran igualmente observadas por los jefes de grado inferior (3).

Hemos dicho ya cuál era el orden de sucesión de las dignidades entre los chibchas. Había, sin embargo, una excepción: el cacique de Iraca, el *sugamuxi*, era electivo (4). Además el sucesor del *zipa*, su sobrino, tenía por obligación que haber ejercido las funciones de cacique de la aldea de *Chía* (5).

Cuando moría un cacique sin tener heredero, es decir, cuando no tenía sobrino o hermano, se le designaba sucesor de la manera siguiente. El *zipa* elegía dos individuos y los some-

---

(1) RESTREPO, *Los Chibchas*, pág. 11, según Fr. PEDRO SIMÓN, tomo II, pág. 309. Véase PIEDRAHITA, *Historia general*, pág. 26.
(2) RESTREPO, *Los Chibchas*, tomo II, pág. 297. Véase PIEDRAHITA, página 26.
(3) PIEDRAHITA, *Historia general*, pág. 27.
(4) RESTREPO, *Los Chibchas*, pág. 95.
(5) ID., *ibid.*, pág. 97.

tía a distintas pruebas para cerciorarse de su integridad y del dominio que ejercían sobre sus pasiones. El que mejor salía de las pruebas, era designado jefe para ocupar la vacante (1).

Los caciques chibchas, y sobre todo los más grandes de entre ellos, el *zipa* y el *zaque*, parece haber ocupado elevada posición religiosa. Pertenecen a la categoría de los que FRAZER ha denominado reyes-dioses.

Los herederos presuntos de los jefes eran educados de una manera especial y debían ajustarse a ciertas prohibiciones, que respondían a su carácter sagrado. Desde la infancia, los herederos de la dignidad de *zaque* y de *zipa* habitaban en un templo cuyo acceso impedían guardias a los profanos. No debían jamás ver el sol, ni tener trato con mujeres, no podían tomar sal en las comidas, etc. Este noviciado duraba hasta el término de la adolescencia. La violación del menor de esos *tabús* traía consigo la incapacidad para desempeñar las funciones de *zaque* y, además, el culpable era considerado infame y vil. Cuando había trascurrido el tiempo de residencia en el templo, se hacía jurar al joven que había observado fielmente todas las reglas que le fueron impuestas. Tratándose del *zipa*, se le nombraba cacique esperando que la muerte de su predecesor le diera acceso al cargo (2).

El *zipa* era entronizado con gran pompa. El recipiendario juraba, en presencia de los caciques de orden inferior, gobernar bien y respetar las reglas que le imponía la costumbre. Después de lo cual, los vasallos depositaban a sus pies, en señal de obediencia, dones consistentes en liebres, perdices y aves diversas. El *zipa*, sentado en una silla guarnecida de oro y piedras preciosas, estaba cubierto con un manto de algodón. En la cabeza tenía una mitra de oro y en la mano un bastón de gayac finamente esculpido, insignia de su cargo. En el curso de los regocijos que seguían a aquella entrada en funciones, el cacique designaba a los funcionarios y los personajes que habían de formar parte de su séquito (3).

Según diversos autores, JUAN DE CASTELLANOS (4), Fr. PEDRO SIMÓN (5), R. FRESLE (6), de esta consagración había formado parte un rito muy especial cuya fama ha desempeñado importante papel en la historia de Colombia, en el momento de ser descubierta por los españoles, y es el rito que puede denominarse de «El Dorado».

---

(1) PIEDRAHITA, *Historia general*, pág. 27.
(2) ID., *ibid.*, pág. 26. Véase RESTREPO, *Los Chibchas*, pág. 98.
(3) PIEDRAHITA, *Historia general*, pág. 26.
(4) *Elegías de varones ilustres de Indias. Elegía a la muerte de don Sebastián de Belalcázar.*
(5) *Noticias historiales de las conquistas de Tierra-firme en las Indias Occidentales*, Sevilla, 1585, pág. 185.
(6) En RESTREPO, *Los Chibchas*, págs. 83-85.

La descripción más completa que poseemos es la de FRESLE. «Cuando el período de ayuno había terminado, se le ponía en posesión de su cargo. El primer día iba a la laguna de Guatabita, para ofrecer sacrificios al demonio, que consideran su dios y señor. La ceremonia consistía en lo siguiente: en dicha laguna había una gran balsa, hecha con juncos, dispuesta y adornada del modo más magnífico. Sobre esta balsa se colocaban cuatro hornillos en los que se quemaban grandes cantidades de terebinto y otros perfumes. Todo alrededor del lago estaban colocados en fila indios e indias, que llevaban adornos de plumas y coronas de oro. Se encendía gran cantidad de hogueras a la redonda. Entonces el heredero del trono se despojaba de todos sus vestidos y se le ungía con una tierra pegajosa, que se espolvoreaba de oro. de suerte que quedase enteramente cubierto de este metal. Se le colocaba en la balsa y se depositaba a sus pies un montón de objetos de oro y de esmeraldas, para que ofreciera estos dones a los dioses.

»Cuatro caciques, elegidos entre los vasallos, adornados con plumas, coronas, brazaletes y pendientes de oro, pero sin ningún vestido, entraban también en la balsa, cada uno llevando su ofrenda. Cuando la balsa abandonaba la orilla, los espectadores empezaban a tocar cuernos y tambores, lanzando grandes gritos hasta que había llegado al medio del lago. Cuando esto había ocurrido, se arrojaban al agua todos los objetos con que la balsa iba cargada, se izaba una bandera que se bajaba cuando la ofrenda había terminado, y la embarcación volvía a tierra, mientras que los espectadores lanzaban gritos, tocaban el tambor y bailaban desaforadamente a su estilo. Con este ceremonial recibían al nuevo elegido y le reconocían como su señor y príncipe».

El conquistador del Ecuador, Belalcázar, que residía muy lejos de Bogotá, en Quito, oyó hablar de un indio de Bogotá que contaba cosas maravillosas acerca de la riqueza de aquel país. Interrogado aquel indio, dijo a Belalcázar que cuando en su país se quería nombrar rey, se llevaba al postulante a un lago muy grande, que se le cubría de oro por completo y que así se le hacía rey. Al oir aquel relato, Belalcázar dijo: «Vamos a buscar a ese indio dorado» (1).

Así se formó la leyenda de El Dorado, que dió lugar a tantas expediciones, sobre la fama, enteramente imaginaria, de un país donde el oro abundaba y servía para los más viles usos de la vida.

Los cronistas antiguos nos representan el gobierno de los chibchas como una monarquía absoluta, autocrática y despótica. En realidad, parece que el *zipa* y el *zaque* eran considerados después de su consagración como personajes sagrados y

(1) R. FRESLE, en RESTREPO, *Los Chibchas*, pág. 85.

objeto de honores casi divinos. No se podía mirar a aquellos jefes de frente, y los indígenas se presentaban ante ellos con la cabeza baja para no verles el rostro. La saliva del *zipa* era sagrada y ciertos oficiales de su corte estaban especialmente encargados de recogerla por miedo de que cayera al suelo (1).

Los grandes jefes poseían prerrogativas especiales en lo que concernía al matrimonio. Los cronistas antiguos nos refieren que el *zipa* tenía un harén formado por doscientas o trescientas mujeres *(tituyas)*, con numeroso personal de criados (2). Entre las *tituyas* había una favorita, oficialmente designada, que gobernaba el gineceo y que a la muerte del cacique debía guardar cinco años de continencia (3).

Los grandes caciques se distinguían por insignias especiales. A más de la mitra de oro y los vestidos de algodón pintado que hemos indicado ya, poseían suntuosas literas de madera, adornadas con placas de oro. Cuando salían en litera, unos hombres tendían alfombras sembradas de flores a su paso (4).

Recibían numerosos regalos de sus súbditos. Todo extranjero que llegaba a su territorio debía ofrecerles alguna cosa, y este donativo debía renovarse cada vez que el extranjero hacía una visita al cacique (5). Los habitantes de las diversas provincias pagaban también un tributo. Este tributo consistía, sobre todo, en mujeres que iban a parar al harén del soberano (6).

Los jefes o caciques secundarios eran llamados *psihipcuas*. Participaban en algún grado del carácter sagrado de los grandes caciques. Eran elegidos en familias especiales, criados con esmero, rodeados de prohibiciones numerosas. Cuando entraban en posesión de su cargo, eran reconocidos por el gran cacique al que enviaban presentes (7).

Sus funciones eran análogas a las de los gobernadores de provincia. Cuidaban de la exacta observación de las reglas instituídas por los monarcas. Mandaban también sus tropas en tiempo de guerra.

Otra clase importante era la de los sacerdotes o *xeques*, que cumplían, bajo la dirección de los grandes jefes *(zipa, zaque)*, los deberes para con los dioses y ejecutaban los sacrificios.

En resumen, el sistema político de los chibchas parece haber sido bastante distinto al de los pueblos de Méjico y

---

(1) Restrepo, *Los Chibchas*, pág. 90.
(2) Piedrahita, *Historia general*, pág. 26.
(3) Id., *ibid.*, pág. 27.
(4) Restrepo, *Los Chibchas*, pág. 90.
(5) Id., *ibid.*, pág. 91.
(6) Piedrahita, *Historia general*, pág. 26.
(7) Id., *ibid.*, pág. 27.

América central: los jefes eran hombres revestidos de nu poder religioso especial. Solamente los *xeques* o sacerdotes podían acercarse a ellos en todo tiempo y sus funciones eran, en gran parte, las de mediadores entre los caciques y el pueblo. La concentración del poder en manos del *zipa* y del *zaque* había tenido por resultado aumentar su poder religioso al mismo tiempo que temporal. El sistema político de los pueblos de Colombia era, por tanto, una especie de teocracia.

Pero el carácter sagrado de los jefes no les impedía hacer la guerra. El *zipa* era general en jefe de las tropas de Bogotá, con el título de *Bacatá usaque* (1). Los *usaques* eran los jefes de guerra, y los más considerados de ellos eran los que en las fronteras hacían la guerra a los pueblos bárbaros, *panchés* y *colimas*.

Los soldados eran llamados *guechas* y se reclutaban entre la plebe. El *zipa* los instruía acerca de sus deberes. Llevaban la cabeza afeitada, los labios y las narices agujereados y las orejas adornadas con pequeños cilindros de oro, en número igual al de enemigos que habían matado en los combates. Su valor militar podía elevarlos a los honores y a veces entre los valientes más afamados se elegían los *usaques* cuando no tenían parientes que estuvieran designados para sucederlos (2).

Los *usaques*, cuando ejercían mando en la guerra, eran distinguidos por insignias especiales. Ocupaban en los campamentos lugar determinado, según el grado que poseían.

Los prisioneros de guerra eran reducidos a esclavitud. Los hombres se empleaban en el ejército como arqueros, las mujeres y los niños tenían que servir de criados a los vencedores.

§ V.—Religión

Conocemos mal la religión de los chibchas.

Se consideraba a *Bochica* como el enviado de *Chiminigagua*, el dios creador, del que, por otra parte, sólo sabemos el nombre. El sol era a veces encarnado en la persona de *Bochica*, con el nombre de *Idacanzas*. Otras veces *Bochica* es el sol mismo. En un mito se le representa luchando con el demonio *Chibchacum*. Triunfa de este espíritu y le impone como penitencia que lleve la tierra sobre el hombro. Cuando *Chibchacum* se cansa, cambia la carga al otro hombro, y entonces tienen lugar los temblores de tierra.

La luna es llamada *Chia*, *Yubecayguaya* o *Huythaca*. Re-

(1) Restrepo, *Los Chibchas*, pág. 91.
(2) Id., *ibid*.

cuérdese cómo *Bochica* la relegó al cielo, después del diluvio que la luna había producido.

En el fondo, todo lo que sabemos de la mitología de los chibchas se halla contenido en las distintas versiones que nos refieren los autores antiguos de la leyenda del héroe civilizador.

Poseemos algunas noticias acerca del ritual del sacrificio. A más de las ofrendas hechas a los dioses en diversas ocasiones, los chibchas tenían costumbre de hacerles sacrificios humanos. Humboldt describe, según Duquesne (1), el principal de estos sacrificios, que recuerda mucho un rito análogo de Méjico.

«La víctima que se inmolaba, dice, era llamada *guesa*, «errante», y *qhica*, «puerta», porque su muerte abría, por decirlo así, una era nueva. El *guesa* era un niño. Debía recogerse en una aldea situada en una llanura llamada Llanos de San Juan....., en la región de donde había venido *Bochica*. Era criado con gran esmero en el templo del Sol de Sogamozo, hasta que cumplía diez años. Entonces se le hacía salir para pasearle por los caminos que *Bochica* recorriera. A la edad de quince años..... era inmolado. Se le conducía a la columna que parece haber servido para observaciones gnomónicas. Los sacerdotes o *xeques* seguían a la víctima. Iban enmascarados, unos representando a *Bochica*, otros a *Chia*, su esposa, otros la rana, *Ata*, y otros, en fin, el monstruo *Fomagata*, símbolo del mal, representado con un ojo, cuatro orejas y larga cola.....

»Cuando la procesión había llegado..... se ataba la víctima a una columna, una nube de flechas la cubría y le era arrancado el corazón para ofrecerlo a *Bochica*» (2).

Otra gran solemnidad religiosa de los antiguos chibchas era la fiesta del Sol. Tenía lugar al final de cada año, en las provincias de Tunjá y de Iraca. Un hombre vestido de azul y rodeado de otros doce, vestidos de encarnado, adornados con guirnaldas y llevando en la frente la figuración de un pájaro, marchaba cantando tristemente las circunstancias de la muerte del héroe *Bochica*. Los caciques debían convidar a los trece y darles de beber en abundancia una bebida hecha con maíz fermentado (3).

Para regular estas ceremonias, los chibchas debieron tener un calendario. Por desgracia, ninguna mención auténtica de él ha llegado a nosotros. Cuando hizo sus viajes a la América meridional, Humboldt tuvo noticias de un manuscrito titulado *Disertación sobre el calendario de los muyscas, Indios natura-*

---

(1) La certidumbre en que estamos de que Duquesne inventó el calendario que Humboldt reproduce, no debe hacernos poner en duda todo lo que éste ha dicho, por ejemplo, el sacrificio del mancebo que mencionan los autores antiguos.

(2) A. de Humboldt, *Vue des Cordillères*, pág. 244.

(3) Restrepo, *Los Chibchas*, pág. 33.

les del Nuevo Reyno de Granada, escrita por D. José Domingo Duquesne. Este manuscrito daba la explicación de una piedra esculpida que representaba el calendario de los muyscas. Las críticas recientes de Restrepo Tirado (1), y la falta total de noticias relativas a este sistema en los autores antiguos, nos inducen a considerar este calendario como una invención de Duquesne. Habría tenido por base la lunación y cada año civil se habría compuesto de veinte lunas. Juntamente con el año civil se supone la existencia de un año rural, comprendiendo doce o trece lunas, y de un año eclesiástico, que tendría treinta y siete. Además, habría habido un ciclo de veinte años eclesiásticos, divididos en cuatro pequeños períodos (2).

§ VI.—Civilización material

La civilización material de los antiguos chibchas estaba bastante adelantada, a juzgar por los restos que las investigaciones arqueológicas nos han dado a conocer.

Las casas eran redondas, cubiertas con un techo piramidal de paja. Las paredes estaban hechas con troncos de árboles metidos en el suelo, muy juntos y tapados con una mezcla de barro y paja muy partida. Las puertas y ventanas eran muy pequeñas. El interior comprendía un número variable de habitaciones y gabinetes. Pequeñas pantallas de caña, hechas a modo de celosía, tenían por objeto impedir que el viento penetrase en las habitaciones. Las puertas se cerraban mediante cerraduras rudimentarias, que se abrían con llaves de madera. Estas casas se llamaban *tythuas* (3). Eran de distinto tamaño, según el número de los que habían de habitarlas. Las mayores eran las de los caciques, las casas oficiales.

Se agrupaban dichas construcciones en aldeas y ciudades. Bogotá tendría, en el momento de la conquista, 20.000 habitantes. La ciudad estaba rodeada de fortificaciones, que consistían en un círculo de estacas muy fuertes, clavadas en el suelo a alguna distancia unas de otras, entre las que se construía una muralla de haces de cañas atados con cuerdas de junco. De distancia en distancia, sobre esta muralla, se alzaban plataformas para los centinelas (4).

En el interior de este recinto había, a más de las casas de los simples ciudadanos, los palacios de los caciques y el del

(1) Restrepo, *Los Chibchas*, cap. VII.
(2) A. de Humboldt, *Vue des Cordillères*, pág. 244.
(3) Piedrahita, *Historia general*, pág. 26.
(4) Id., *ibid.*

zipa, que no tenían menos de doce puertas guardadas por soldados designados especialmente.

Los chibchas edificaban poco con piedra. Sin embargo, se han encontrado algunos vestigios de su antigua arquitectura en los alrededores de Tunjá. Compónense estas ruinas de trece columnas de cuatro a cinco metros de altas y colocadas en círculo. Un poco más lejos se alzan veintinueve columnas más bajas. Numerosas piedras talladas y esculpidas se encuentran en los alrededores (1).

El vestido consistía en mantas más o menos adornadas, bastante parecidas al *quachtli* mejicano. Sólo los caciques tenían el derecho de ponerse algunas de ellas. En Guatabita, había que pedir permiso al jefe para vestir algo que tuviera forma o adorno nuevos (2).

Poseemos algunos cacharros de los chibchas. Su cerámica era de buena fabricación, formada generalmente por tres capas superpuestas. La capa media es de color negro, las de dentro y de fuera son de barro más fino y de color más claro. Las formas son bastante variadas y recuerdan las que se descubren en las excavaciones del Chiriquí.

Los antiguos habitantes de Colombia fueron sobre todo metalúrgicos. Sus producciones son figuritas, de un estilo que recuerda el del Chiriquí, casi siempre de reducidas dimensiones y hechas de una aleación que contiene oro, plata y cobre en proporciones diversas. La de cobre era siempre muy grande y llegaba a veces al 43 por 100. Esta mezcla se fundía en crisoles, luego pasaba a los moldes y después se labraba con ayuda de pequeños instrumentos de cobre. El Museo etnográfico del Trocadero (París) posee varios de estos instrumentos procedentes del taller de un fundidor en las cercanías de Tunjá.

La civilización de los chibchas se enlaza, sin duda alguna, con la de los antiguos habitantes del Chiriquí y del Dabaibe, pero presenta caracteres especiales debidos a un mayor progreso social en la meseta de Bogotá.

(1) Dr. SAFFRAY, *Voyage à la Nouvelle Grenade (Le Tour du monde*, volumen XXIV).

(2) RESTREPO, *Los Chibchas*, pág. 91.

CAPÍTULO V

Los Esmeraldas y los Caraques.

SUMARIO: I. Poblaciones costeras del Ecuador.—II. Tradiciones de los caraques.—III. Civilización y religión.—IV. Arqueología.

§ I.—POBLACIONES COSTERAS DEL ECUADOR

La parte de la costa del Pacífico situada al sur de la bahía de Choco hasta Guayaquil, estaba habitada por tribus salvajes, salvo en algunos puntos donde vivían pueblos ricos en oro, con una civilización bastante adelantada.

Estas poblaciones, desigualmente repartidas en las provincias actuales de Esmeraldas y de Manabí, diferían de los Barbacoas *(Colorados, Cayapas)* que ocupan hoy este país. Un vocabulario de la lengua de los últimos indios de Esmeraldas, recogido por PALLARÉS y publicado por SELER (1), no muestra más que una afinidad remota entre ella y los idiomas chibchas. Los autores antiguos enumeran los principales poblados de estos indios, y en estos establecimientos estaban repartidas las nueve tribus que constituían el pueblo de los *Caraques*, como en ocasiones se les llama: *Apichiquies*, *Cancebis*, *Charapotos*, *Pichotes*, *Pichoasacos*, *Pichunsis*, *Manabies*, *Jarahusas*, *Jipijapas* y *Mantas* (2).

§ II.—TRADICIONES DE LOS CARAQUES

Una tradición, referida por varias autoridades, dice que los *Caraques* no fueron los primeros ocupantes del suelo del Manabí.

---

(1) *Die Sprache der Indianer von Esmeraldas* (SGA, vol. I, páginas 49-64).

(2) VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, págs. 4 y 5.

Vinieron por mar, de un país desconocido, quizá por el siglo VI o el VII de nuestra era, y desembarcaron en la bahía de Caraques, cerca de la ciudad de Manta. La costa del Ecuador estaba habitada por tribus salvajes que los recién llegados rechazaron hacia el centro del país. Se extendieron poco a poco en dirección norte, hasta Esmeraldas, luego penetraron en el interior del país y se establecieron en la meseta de Quito, no dejando más que algunos de los suyos en las aldeas de la costa (1).

Otra tradición dice que, en tanto los *Caraques* ocupaban las orillas del Atlántico, fueron atacados por gigantes que abordaron a la punta de Santa Elena, al norte de Guayaquil. Un manuscrito todavía inédito, utilizado por BANDELIER, coloca esta invasión en el siglo XV de nuestra era. Los autores españoles antiguos la consideran histórica y AGUSTÍN DE ZÁRATE dice que en 1543 el gobernador de Puerto Viejo, JUAN DE OLMOS, mandó hacer excavaciones que pusieron al descubierto huesos que se atribuyeron a los gigantes. SAVILLE ha descubierto en este lugar, en 1906, huesos de mastodonte.

No puede atribuirse valor histórico alguno a la tradición que pretende que los *Caraques* llegaron por mar a la costa del Manabí. En la época de la conquista, todos los pueblos que habitaban la costa del Pacífico, en América del Sur, tenían tradiciones análogas, cuyo origen es necesario buscar en ciertas creencias religiosas (2).

Todo lo que puede decirse es que la costa del Ecuador, al norte de Guayaquil, estuvo poblada, en la época precolombina, por pueblos civilizados, a los que conservaremos el nombre de *Caraques*.

§ III.—CIVILIZACIÓN Y RELIGIÓN

Ya en 1475, los poblados de la provincia de Esmeraldas y del Manabí fueron visitados por los peruanos, y quedaron unidos al dominio de *Cuzco* por el Inca *Huayna Capac* hacia el año 1500. Pero no parece haberse dejado sentir mucho el influjo peruano, si juzgamos del caso por la descripción de sus costumbres.

Los *Caraques* vivían en aldeas. Sus casas eran de madera y cubiertas con hojas de palma. Se vestían. Se tatuaban el ros-

---

(1) TH. WOLF, *Geografía y Geología del Ecuador*, págs. 505-506. Véase BANDELIER, *Traditions of Precolumbian landings on the western coast of South-America* (AA, nueva serie, vol. VII).

(2) Véase acerca de este punto BANDELIER, *Precolumbian landings on the Pacific Coast of South-America* (AA, vol. VII, 1905).

tro con anchas bandas que cruzaban las mejillas y la barbilla y se unían en las dos orejas. Por el contrario, los salvajes barbacoas, que habitaban en el interior de las tierras, iban desnudos y no se tatuaban.

Los autores antiguos nos han trasmitido algunas nociones de su religión. Los *Caraques* adoraban el mar, los peces, los tigres, los leones, las serpientes, lo cual podría en rigor significar la existencia del totemismo. Tenían ídolos numerosos, de formas diversas, hechos de barro cocido, piedra, oro o plata.

El país poseía dos templos principales, uno situado en el continente y otro en la pequeña isla de la Plata, no lejos de la ciudad de Manta. El primero estaba dedicado al dios de la medicina, llamado *Umina* y personificado en una gran esmeralda a la que se tributaban honores divinos y que se iba a visitar en peregrinación. Los peregrinos hacían presentes de oro, plata y piedras preciosas, que personalmente entregaban al gran sacerdote. Éste, envolviendo entonces al ídolo en una tela, lo colocaba sobre la cabeza de los peregrinos prosternados (1).

El templo situado en la isla de la Plata estaba dedicado al Sol. Era también muy rico y celebérrimo. Los *Caraques* iban a él en barca, en el solsticio de invierno, para celebrar una gran fiesta que duraba varios días. Se hacían al Sol ofrendas y sacrificios.

Los *Caraques* sacrificaban animales. Se escogían también como víctimas niños, mujeres y prisioneros de guerra. Estos últimos eran luego degollados y su piel rellena con ceniza. Tales maniquíes se colgaban a la puerta de los templos y en los lugares donde se celebraban fiestas.

Los sacerdotes eran también adivinos. Predecían el porvenir mediante el examen de las entrañas de las víctimas animales.

Los ritos funerarios son descritos por Cieza de León: «Hacen en el suelo agujeros profundos, que más bien parecen pozos que tumbas, y entierran con el difunto la más linda y amada de sus mujeres, así como alhajas, comida y jarras de un vino hecho con maíz. Colocan luego encima del agujero cañas gruesas. Como las cañas están huecas tienen cuidado de llenarlas de esa bebida hecha con maíz y raíces que llaman *aca*, porque creen que los muertos beben de ese licor» (2).

El mismo autor dice que los *Caraques* daban nombres especiales a los días de la semana (?). El día más solemne, correspondiente a nuestro domingo, era llamado *tepipichinchi*. Es todo lo que sabemos acerca de su calendario, pero Cieza de León añade un pormenor interesante: se daba a los varones el nombre del día en que nacían.

---

(1) Velasco, *Historia del Reino de Quito*, vol. II, pág. 35.
(2) Cieza de León, *Crónica del Perú*, cap. LXVI.

§ IV.—Arqueología

Las investigaciones arqueológicas emprendidas en las costas del Ecuador han producido resultados interesantes. M. Saville ha encontrado, en la provincia de Manabí, numerosos asientos de piedra, de un modelo que era conocido hacía mucho tiempo y que se venía atribuyendo a los peruanos. Estos



Fig. 195.—Bajorrelieve de basalto del Manabí (Museo de Saint-Germain).

asientos están sostenidos las más de las veces por una cariátide humana o animal, pero hay algunos cuya base tiene simplemente la forma de pirámide truncada. Todos los sillones de piedra de esta clase se han hallado en la cima de montículos de tierra. González de la Rosa supone que estos túmulos sirvieron para el culto (1). Un bajorrelieve, encontrado por M. Saville (2) representa una diosa, cuya cabeza adorna una aureola

(1) *Les Caras de l'Équateur* (JAP, nueva serie, vol. V, París, 1908 página 90).
(2) M. H. Saville, *The antiquities of Manabi*, lám. XV.

de asientos de esta clase, encima de cada uno de los cuales se representan dos pequeños círculos. Escasean mucho los bajorrelieves de esta parte de América del Sur. El Museo de Saint-Germain posee dos, uno de los cuales se reproduce en la figura 195. M. SAVILLE ha encontrado también en el Manabí una gran estatua, muy desgastada por la acción del tiempo y de aspecto muy arcaico.

La cerámica era bastante fina y pintada con adornos polícromos muy particulares. Las formas principales eran el puchero de boca pequeña y el plato. En trabajos metálicos se encuentran, sobre todo, discos de cobre, pero ningún objeto de oro.

Las excavaciones efectuadas por G. A. DORSEY en la isla de la Plata, donde estaba en otro tiempo el templo del Sol, le han dado otros resultados. Los asientos faltan en absoluto y, por el contrario, el investigador ha descubierto cierto número de cabezas de piedra, de factura más esmerada que las esculturas del continente, rocas con signos circulares y triangulares, y collares de piedra muy bien labrada (1).

Aun cuando todos los autores antiguos consignan la abundancia del oro y la plata en esta costa, ni DORSEY, ni SAVILLE han encontrado objetos preciosos de factura indígena. Se han descubierto vasos de plata en la Plata, pero son peruanos y fueron dejados en dicho sitio cuando *Huayna Capac* reinaba en el país.

No obstante, TH. WOLF ha encontrado metales preciosos en el norte de la provincia de Esmeraldas, cerca de la aldea de Tola. En esta localidad hay numerosas sepulturas *(huacas)*, en las que se han descubierto cacharros, piedras labradas y algún metal. Sobre todo en Lagartos, no lejos de Tola, fueron abundantes los descubrimientos de WOLF. Entre los hallazgos que hizo figuraban hilos y hojas de oro, con aleación mayor o menor de plata y cobre; un disco de cobre, con mezcla de cinc y hierro; otro disco compuesto de una mezcla que contenía mucho hierro, y, por último, una placa, procedente de un brazalete, de un metal gris. El análisis mostró que esta placa era de *platino* con un poco de oro, plata y osmiuro de iridio. El metal estaba fundido y procedía de los minerales de platino aurífero que se encuentran en la región (2).

Enteramente igual que TH. WOLF, no podemos menos de admirar el arte metalúrgico de aquellos pueblos, que, no sólo trabajaban el oro, la plata, el cobre y el cinc, sino también minerales que contenían mucho platino, fundiéndolos a temperaturas excesivamente altas. Por desgracia, no conoceremos probablemente jamás los procedimientos que empleaban para hacerlo.

---

(1) G. A. DORSEY, *Archaeological investigations on the Island of La Plata* (FCM., Anthropological Series, vol. II, núm. 5, Chicago, 1901).

(2) TH. WOLF, *Memoria sobre la geografía y la geología del Ecuador*, página 50.

CAPITULO VI

Pueblos de los Andes.

SUMARIO: I. Generalidades.—II. Tribus del Ecuador.—III. El Perú y las civilizaciones del Perú antes de los Incas.—IV. La civilización de Ica y de Nazca. — V. Los *Aimaras* o *Collas*. — VI. Los Yuncas.

§ I.—GENERALIDADES

Al sur del territorio habitado por los pueblos de lengua chibcha, en las vertientes de las Cordilleras y las mesetas que se adosan a sus cadenas, vivían y viven todavía poblaciones de un tipo muy diferente, a las que desde hace mucho tiempo los antropólogos han atribuído un origen común.

A. D'ORBIGNY fue el primero que, en 1843, reunió los pueblos de la Cordillera en una misma raza, que llamó «raza andina» (1), la cual, juntamente con las razas pampeana y guarano-brasileña, habría constituído la población de América del Sur. Después, a pesar de algunas rectificaciones de pormenor, la hipótesis del viajero francés ha sido adoptada.

D'ORBIGNY englobaba en la raza andina a todos los pueblos indígenas que ocupaban las partes montañosas de América del Sur, desde las altas mesetas de Colombia hasta la Tierra del Fuego. Limitaremos nosotros la aplicación del término a los pueblos montañeses que habitan entre el 1° lat. N. próximamente (límite septentrional de la República del Ecuador) y los 30° lat. S., en el límite meridional de la provincia de Antofagasta (Chile). Los pueblos que habitan las comarcas situadas al norte de esta zona, son los chibchas que hemos considerado aparte, a causa de su extensión hasta Costa Rica. Al sur vivían los araucanos. El estado de su civilización en los tiem-

(1) A. D'ORBIGNY, *L'Homme américain de l'Amérique du Sud*. París, 1843.

pos precolombinos era demasiado rudimentario para que se hable de ellos al mismo tiempo que de las naciones civilizadas.

Todos los pueblos andinos ofrecían un estado de civilización bastante adelantada. El centro de todas las artes era, en la época de la conquista, la ciudad de *Cuzco* (*Cozco* la llamaban los indios), situada en el Perú central. Era la capital de los Incas, jefes sacerdotes de los quichúas. A principios del siglo XVI, *Cuzco* desempeñaba en esta parte de América del Sur el mismo papel que Méjico en el territorio mejicano. Pero no era, ni mucho menos, una civilización primitiva la de los Incas. Otras la habían precedido: *Tiahuanaco*, en la región del lago Titicaca; *Ica*, a los 15° lat. S.; *Chanchán*, al norte del Perú, que poco a poco habían visto su prosperidad desvanecerse, su esplendor apagarse ante el de la capital de los Incas.

En la época de la conquista, toda la región habitada por los pueblos andinos estaba bajo la dominación más o menos efectiva de los Incas de *Cuzco*. En los lugares más alejados de la capital, tal como el extremo norte de la República del Ecuador, la suzeranía del Inca era más nominal que efectiva. No obstante, desde Quito a Iquique, por lo menos, esta suzeranía era mucho más verdadera que la que ejercían las tres ciudades confederadas de la laguna de Méjico sobre ciertas partes de sus dominios, el *Tzapotecapán*, por ejemplo. Los Incas aún habían extendido su dominación fuera de la región montañosa de los Andes; una parte del territorio de la República Argentina, comprendida hoy en las provincias de Salta, de Jujuy y de Catamarca, era, nominalmente al menos, tributaria de Cuzco.

Este Imperio no estaba poblado de manera homogénea, porque, a más de las tribus salvajes que comprendía en su vasto territorio, encerraba los restos de poblaciones que, anteriormente a los Incas, habían dominado en diversas partes del Perú. Todos estos pueblos, aun cuando bastante parecidos desde el punto de vista antropológico, presentaban notables diferencias desde el lingüístico, y no vemos, más en el Perú que en Méjico, una lengua única en el momento de la conquista. Después de ésta, por el contrario, hubo una tendencia a la unificación, pues a los españoles les pareció buena política imponer por la fuerza, en los pueblos que sometían, la lengua quichúa, con lo que no hicieron más que seguir la política de los Incas.

§ II.—Tribus del ecuador

La República del Ecuador estaba poblada, en el momento de la conquista, por tribus diversas, de las que no conocemos desgraciadamente más que los nombres.

Quillasingas. — Al extremo norte, en las provincias del

Carchi y del Imbabura, vivían los *quillasingas.* Este nombre, que les fue dado por los conquistadores incas y que pertenece a la lengua quichúa, significa «media luna» y se aplica a un adorno análogo al *yacametztli* mejicano, que los hombres de dicha tribu llevaban en la nariz (1). Los *quillasingas* eran, quizá, aliados de los pueblos chibchas del sur de Colombia y de la costa occidental (*Paez, Quimbayas, Esmeraldas*). Por lo menos, algunas de las antigüedades descubiertas en su territorio recuerdan los pueblos del norte, porque su lengua ha desaparecido totalmente.

Quitús.—Al sur vivían los *quitos* o *quitús*, que, según hemos dicho anteriormente, no son otros que los *caraques* de la costa, una parte de los cuales, arrojados de dicho lugar por la insalubridad del clima, fue a establecerse en la meseta de Quito. No estamos mejor informados acerca de la lengua de estos que respecto a la de los *quillasingas.*

Puruhaes.—Las provincias actuales de Ambato y de Riobamba eran asiento de la civilización de los *puruhaes*, de cuya lengua no nos queda el menor resto.

Cañarís.—Las provincias de Cuenca y de Azogues estaban habitadas por la nación de los cañarís, que desempeñó importante papel en el Ecuador antes de la invasión de este país por los incas. De la lengua *cañari* nada ha llegado a nosotros, lo mismo que de las anteriores, y que del idioma de los *paltas*, habitantes de la provincia de Loja, fronteriza del Perú.

§ III.—El perú

Al sur de las poblaciones ecuatorianas, que tan mal conocemos, están los pueblos que hablan las lenguas *quichúa-aimara.*

El *quichúa* es una lengua bien conocida y cuyo dominio se ha ensanchado a partir de la conquista española. Hoy se extiende desde Quito, en el Ecuador, hasta los territorios de Catamarca y de Tucumán, en la República Argentina, donde es vecina de los idiomas de los pueblos del Chaco, y hasta la frontera chilena, donde empieza el dominio de las lenguas araucanas. El nombre que los indígenas daban a su lengua era *runa-simi* (2), «la lengua de los hombres», y el nombre *quichúa*, hoy generalmente adoptado, procede de una mala interpretación. Un fraile dominico, llamado Domingo de Santo Tomás, fue el primero que escribió una gramática de esta lengua, que publicó en Valladolid el año 1560. La llamó *Quichúa*, sin in-

(1) Del quichúa *quilla*, «luna», y *senca*, «nariz».
(2) Cl. Markham, *Vocabularies of the general language of the Incas of Peru*, Londres, 1907, pág. 8.

formar a sus lectores de la razón que le había hecho elegir este nombre. Ahora bien, *Quichúa* era un pequeño distrito del Perú central, situado en el valle del río *Pachachaca*. No es ese el lugar de origen de los pueblos que hablan dicha lengua, porque un autor antiguo dice que fue reunido al Imperio por los incas en el curso de sus conquistas. El nombre dado a esta lengua por Fr. Domingo de Santo Tomás fue adoptado por diversos gramáticos, tal como TORRES RUBIO (1) y HOLGUÍN (2), y se hizo de esta suerte de uso corriente.

El *quichúa* cuenta hoy varios dialectos, entre ellos el *quiteño* y el *cuzqueño* (alrededores de Cuzco). El primero difiere bastante del segundo. Se deriva del dialecto del *Chincha-suyu*, la antigua provincia septentrional del Imperio de los Incas. Es el idioma de todos los indios de la República del Ecuador. El *cuzqueño* es el dialecto derivado de la antigua lengua hablada en el centro del Imperio peruano.

Cierto número de palabras quichúas se han deslizado en el vocabulario de las naciones europeas: *cóndor, quinina, pampa, guano, puma,* etc. Es, por otra parte, una lengua actualmente bien viva y hablada por millones de individuos.

Al sur y al sudeste de los *quichúas* se extiende todavía una familia de pueblos, a los cuales se da habitualmente el nombre de *aimaras* y que se llamaban ellos mismos *collas*. Los *aimaras*, lo mismo que los *quichúas*, no eran más que una pequeña tribu originaria del mismo distrito de *Pachachaca*. Según MARKHAM, el Inca *Tupac Yupanqui* trasladó, en cierta época, una colonia de los *aimaras*, que hablaban quichúa puro, a las orillas del lago Titicaca, en medio de poblaciones *collas*, y los *aimaras* aprendieron la lengua de sus vecinos. Cuando los jesuítas se establecieron en el distrito, aprendieron la lengua *colla* de boca de un miembro de la colonia aimara trasladada por el antiguo Inca, y así tomó el nombre de *aimara*, que hoy se usa generalmente y que conservaremos nosotros (3).

Hace mucho tiempo que se ha planteado la cuestión del origen común de las tribus *quichúas* y *aimaras*. Desde el punto de vista antropológico, el aspecto exterior de los *quichúas* y de los *aimaras* modernos es el mismo, para un observador que no los estudie minuciosamente. No obstante, aparecen diferencias entre ellos: el *quichúa* tiene la piel más oscura que el *aimara*, su frente es más alta y más saliente, las piernas más largas, el busto más reducido, el perímetro torácico más escaso. Es, en general, mucho menos robusto (4).

---

(1) PADRE DIEGO DE TORRES RUBIO, *Arte y vocabulario de la lengua Quichúa, general de los Indios del Perú*, Lima, 1754.

(2) HOLGUÍN, *Vocabulario de la lengua general del Perú*, Lima, 1586.

(3) CL. MARKHAM, *Vocabularies of the general languages of the Incas of Peru*, págs. 9-10.

(4) DR. A. CHERVIN, *Anthropologie bolivienne*, París, 1908, páginas XXXI-XL.

Pero varios de los caracteres específicos de los *aimaras* (gran perímetro torácico, altura del busto, piernas cortas), se han considerado debidos a la adaptación al lugar en que viven, excepcionalmente alto.

Desde el punto de vista lingüístico, el quichúa y el aimara son muy desemejantes. El léxico presenta algunas palabras comunes, pero puede explicarse su presencia en los dos idiomas por lo que pueden haber tomado los dos pueblos uno de otro. Por el contrario, la fonética de las dos lenguas se parece mucho y MIDDENDORF ha demostrado que la gramática presenta grandes analogías (1).

Por esta razón muchos autores modernos consideran a los *quichúas* y los *aimaras* descendientes de una misma raza indígena, que habría representado en su pureza la población andina de América del Sur.

Hace mucho tiempo que los historiadores se han dado cuenta de que la civilización de los Incas había sido precedida, en el suelo del Perú, por otras varias de amplitud a veces comparable a esta última.

Los *aimaras* de los alrededores del lago Titicaca, los *chimús* del norte fueron conquistados por los Incas cuando gozaban de una civilización adelantada.

Además, ciertos hechos han inducido a los arqueólogos a considerar el Perú como morada de varios grandes Imperios, que se habrían sucedido antes del advenimiento de la dinastía de los Incas y que vamos a examinar rápidamente.

§ IV.—CIVILIZACIÓN DE ICA Y DE NAZCA

Cuando los españoles de Pizarro desembarcaron en el Perú, la región situada por el 15° lat. S., donde están las ciudades de Ica y de Nazca, se hallaba en poder de los Incas. No había nada que recordase ya en el país la antiquísima civilización que había dominado en otro tiempo. Las investigaciones arqueológicas, sobre todo las que han tenido por objeto el estudio de la cerámica, son las que han permitido enunciar la hipótesis de la existencia de una civilización más antigua en esta parte del Perú.

UHLE es quien ha tratado de demostrar que los indígenas de la costa, en *Ica* y en *Nazca*, habían tenido antes de los *Incas* una civilización original. Se apoya en el hecho siguiente, cuya importancia no justifica quizá una teoría de esta amplitud, pero que es curioso y cierto. La civilización de *Ica* no co-

---

(1) MIDDENDORF, *Die einheimischen Sprachen Perus*, Leipzig, 1890, volumen I.

nocía el trabajo de las telas. Es, pues, verosímilmente anterior a la de los Incas. En efecto, las excavaciones que hacen aparecer la linda cerámica adornada que se conoce con el nombre de cerámica de *Nazca,* no contienen huellas de telas, abundantes por el contrario en aquéllas en que se encuentra la cerámica de los Incas. Además, todos los tejidos peruanos que poseemos ostentan motivos de adorno que se encuentran en los objetos de *Tiahuanaco,* del norte y del centro del Perú, mientras que algunos de los motivos no se parecen a los que se representan en los vasos descubiertos en *Ica* o en *Nazca.* Parece, por tanto, que las sepulturas que contienen telas sean posteriores a aquéllas en que no se encuentran.

¿Cuál fue la extensión de la civilización de *Ica*? Si se cree, no obstante, al mismo Sr. UHLE, no fue muy grande (1). M. BERTHON, que ha verificado recientemente una misión arqueológica en el Perú, cree poder extender mucho más el dominio de esta civilización hacia el norte. Según él, los *Icas* habrían llegado hasta *Trujillo,* que fue más tarde el centro de la civilización del *Chimú.* Si se acepta este modo de ver, habría que suponer que, en época sumamente remota, las costas del Perú, desde *Trujillo* hasta *Nazca,* estuvieron habitadas por un pueblo civilizado que hacía cerámica, pero que desconocía el arte de tejer (2).

Había diferencias locales muy marcadas en la industria de las diversas partes de este territorio. En el sur (*Nazca*), la cerámica aparece siempre pintada finamente y los vasos son de formas variadas. M. BERTHON trajo más de 300 piezas de esta cerámica, casi todas pintadas, en negro, blanco, rojo y amarillo. Estas pinturas parecen representar escenas mitológicas o religiosas, en que las cabezas cortadas y representaciones humanas estilizadas de un modo raro desempeñan importante papel. Toda una serie de vasos representan personajes cuya cabeza está modelada.

La cerámica antigua de *Ica,* localidad no obstante vecina a *Nazca,* es de otro estilo. Los vasos tienen, en su mayor parte, la forma de conos truncados, y el adorno, casi exclusivamente geométrico, es por lo general blanco y negro, sobre el fondo rojo del vaso.

En el norte (*Trujillo, Lurin*) la cerámica presenta carácter muy distinto. Los vasos son por lo general de arcilla blanca, modelados con gran delicadeza, y representan las más de las veces cabezas humanas o personajes. Realzan estos vasos dibujos pintados en rojo.

Como se ve, nos hallamos todavía en una gran incertidumbre acerca de si deben atribuirse a una sola civilización todas

(1) Véase la exposición de la teoría de M. UHLE en JAP, nueva serie, vol. III, pág. 148.
(2) JAP, vol. VI, págs. 290-296.

las sepulturas del Perú que no contienen telas. Hay que notar, además, que estas tumbas no encierran tampoco objetos de metal (plata, oro), tan frecuentes en las inhumaciones peruanas de las épocas posteriores.

Puede creerse, por tanto, que la costa peruana estuvo poblada, en época remota, por tribus bastante civilizadas, que fabricaban una cerámica excelente, que se cubrían probablemente con pieles de animales y que desconocían el trabajo de los metales.

Pero no es esto todo. M. Uhle ha encontrado, en las sepulturas de los alrededores de Lima, desde *Pativilca* a *Chorrillos*, los restos de una población de gran estatura, que poseía una industria que recuerda la de los *changos* de Chile. Conocían una especie de cerámica ordinaria, hacían tejidos de bambú, redes y labraban los huesos, que aprovechaban para diversos instrumentos (1). Hay que esperar a que se publiquen los resultados de las excavaciones de M. Uhle para saber qué razones le han hecho creer que aquellos bárbaros eran contemporáneos de los ceramistas de *Ica* y que eran antropófagos.

§ V.—Los aimaras o collas

Desde hace mucho tiempo, los arqueólogos han considerado la civilización de los aimaras de la meseta de Bolivia anterior a la de los Incas. La parte de Bolivia y del Perú que habitaban los aimaras está cubierta de sepulturas llamadas *chulpas*, que difieren completamente de las tumbas peruanas de los Incas. Estas *chulpas* han sido estudiadas e investigadas por Squier (2), von Tschüdi (3), Middendorf (4), Wiener (5) y E. Nordenskiöld (6). Además, los alrededores del lago Titicaca están cubiertos de ruinas grandiosas (*Acapaana*, *Tiahuanaco*) de un estilo distinto a las situadas más a occidente y al norte.

El aspecto de estas ruinas, su sistema de construcción, las ha hecho considerar siempre más antiguas que las del resto del Perú.

De la historia de los *aimaras* o *collas* no sabemos nada. Las

(1) JAP, vol. III, pág. 348.
(2) Squier, *Perú*, Londres, 1877.
(3) Von Tschüdi, *Reisen durch Südamerika*, Leipzig, 1866.
(4) Middendorf, *Peru*, Berlín, 1895.
(5) Wiener, *Pérou et Bolivie*, París, 1880.
(6) E. Nordenskiöld, *Arkeologiska Urdersökningar i Perus och Bolivias Gränstrakter (Kongliga Vetenskaps Akademiens Handlingar*, volumen XLII, núm. II, Stockholm, 1906).

tradiciones que refiere SARMIENTO (1) acerca de su origen no pueden darnos ninguna indicación precisa respecto al lugar de donde vinieron ni a la época en que se instalaron en el país. No estamos informados casi más que acerca de su influjo. Casi todos los cronistas concuerdan con los mitos peruanos en este punto: la civilización del Perú vino del país de los collas en época remota. Del lago Titicaca procederían los héroes civilizadores: *Con-Ticehuiracocha, Manco Capac;* de allí vino el clan o la tribu de los incas, que civilizó a los pueblos del valle del Rimac (2). Todo parece, pues, indicar que el país de los *collas*



Fig. 196.—Sepultura aimara en forma de dolmen (según E. NORDENSKIÖLD, *Arkeologiska Undersökningar).*

estuvo civilizado con anterioridad al resto del Perú. M. UHLE cree que los monumentos de *Tiahuanaco* son mil quinientos años más antiguos que los de *Cuzco*. No sabemos en qué fundamenta esta opinión. Es prematuro fijar ninguna cronología para el período de la historia del Perú anterior a los Incas.

Nos contentaremos con describir muy sumariamente la civilización material de los *collas* o *aimaras* según los resultados de las excavaciones.

Los monumentos.—El suelo de Bolivia está cubierto de monumentos muy numerosos. Algunos son especiales de esta

(1) SARMIENTO DE GAMBOA, *Geschichte des Inkareiches.* Edic. Pietschmann. Berlín, 1906.

(2) CL. MARKHAM, *On the geographical position of the tribes which formed the empire of the Incas (Journal of the Royal Geographical Society*, vol. XLI, Londres, 1871, págs. 281 y siguientes).

parte de América del Sur, tal los dólmenes con losa vertical agujereada (fig. 196); otros monumentos del mismo tipo están formados por una hilada de piedras secas de pequeñas dimensiones sobre la que se ha puesto una enorme losa. Estos dólmenes han servido de sepulturas, según lo han probado las excavaciones de E. NORDENSKIÖLD (1).

El tipo de sepultura más frecuente es no obstante la *chulpa*. Consiste por lo general en una torre redonda, hecha con piedras de aparejo menor y cubierta con un tejadillo redondeado, que a veces es mayor que el diámetro de la torre (figura 197). La altura total es de 2,50 a 5 metros, la mitad de los

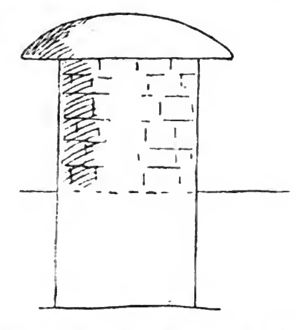


Fig. 197.—*Chulpa*, torre funeraria de los aimaras (según E. NORDENSKIOLD, *Arkeologiska Undersökningar*).

que, próximamente, están debajo de tierra. En la cámara interior se encuentran huesos en unión de ropas y objetos de adorno.

NORDENSKIÖLD ha descubierto, en sus excavaciones, un tercer tipo de sepultura. Algunas partes del valle de *Quiaca* contienen cámaras funerarias, sencillas o dobles, construídas con esquisto pizarroso y adosadas a las laderas de las colinas (2).

El mismo autor, siguiendo la opinión de VON TSCHÜDI, ha manifestado creer que algunas de estas sepulturas, y especialmente las cámaras funerarias, habían sido utilizadas como viviendas y trasformadas luego en tumbas y que las *chulpas* ha-

(1) ERLAND NORDENSKIÖLD, *Arkeologiska Undersökningar i Perus och Bolivias Gränstrakter (Kongliga Vetenskaps Akademiens Handlingar*, vol. XLII, núm. II, Stockholm, 1906, pág. 11).

(2) ERLAND NORDENSKIÖLD, *Arkeologiska Undersökningar*, página 29, fig. 29.

bían sido primeramente utilizadas como moradas. Las numerosas tumbas que siembran el suelo del occidente de Bolivia y del sudeste del Perú habrían sido, por tanto, casas que se



Fig. 198.—El *Acapana*. Palacio de aparejo ciclópeo de Tiahuanaco (según L. Lejeal, *L'exposition de la mission française de l'Amérique du Sud*).

trasformaron, después de la muerte de sus moradores, en sepulturas. Pero no está probado el hecho.

Los grandes edificios merecen fijar nuestra atención, en particular las ruinas de *Copacabana* y las de *Tiahuanaco*.

Copacabana, localidad situada a orillas del lago Titicaca,

encierra monumentos de épocas diversas, entre ellos varios «palacios» que datan ciertamente de la época de los Incas. Pero allí se encuentran también megalitos, de origen evidentemente aimara, tal como el trilito denominado «horca del Inca», compuesto de dos grandes dólmenes reunidos en lo alto por una gran piedra horizontal, y las especies de asientos bajos, labrados en la roca, que son especiales de esta localidad.

Tiahuanaco, ciudad situada al sur del lago Titicaca, ofrece mayor interés. Las ruinas de la ciudad están divididas en dos grupos: ruinas del *Acapana* y de *Pumacocha*. Cada uno de los grupos ocupa una terraza o meseta que lleva el mismo nombre.



Fig. 199.—Hachas de piedra de Bolivia.—Aimaras (según E. Nordenskiöld *Arkeologiska Undersökningar*).

El terraplén del *Acapana* consiste hoy en un montículo de veinticinco metros de altura. En la época que Wiener visitó las ruinas de *Tiahuanaco*, en 1877, todas las investigaciones habían sido vanas, pero las excavaciones más recientes, principalmente las hechas por la «Misión francesa de América del Sur», han llevado al descubrimiento de edificios importantes, enterrados en este enorme túmulo. Se ha descubierto un palacio construído con aparejo ciclópeo (fig. 198) y una gran escalera de piedra arenisca roja que recuerda un tanto las escaleras de Méjico o de América central (1). El muro de fachada del palacio presentaba gran cantidad de nichos de reducidas dimen-

(1) L. Lejeal, *L'exposition de la mission française de l'Amérique du Sud* (JAP, nueva serie, vol. I, págs. 321-328).

siones y formas muy variadas. Al pie de la colina del *Acapana* se encuentra una inmensa extensión sembrada de menhires, dispuestos en cinco filas.

La célebre puerta monolita del Sol está situada al extremo occidental de estos alineamientos. Es un bloque de pórfido, de



Fig. 200.—Vaso aimara (según E. Nordenskiöld, *Arkeologiska Undersökningar*).

Fig. 201.—*Topo* grande de cabeza circular, de bronce (según E. Nordenskiöld, *Arkeologiska Undersökningar*).

tres metros de altura, cuatro de ancho y uno de grueso. Está esculpido en todas sus caras, no obstante lo cual, el dintel de la fachada es lo que ofrece mayor interés. En medio se ve una representación en bajorrelieve del dios Sol. Series de figuritas, representando alternativamente guerreros alados y condores avanzan hacia él, a derecha e izquierda (1). Estos personajes tienen todos contornos idénticos, pero en su cuerpo se ven trazadas líneas que difieren en cada figura.

El segundo grupo de ruinas, las de *Pumacocha*, se alzaba

---

(1) Wiener, *Pérou et Bolivie*, pág. 428.



sobre un terraplén semejante al *Acapana*, pero más bajo que este último. Los edificios que lo componían han desaparecido



Fig. 202.—*Topo* aimara, recortado (según E. NORDENSKIÖLD, *Arkeologiska Undersökningar)*.

hoy casi por completo y ya no quedan en el suelo más que piedras talladas.

Los monumentos más interesantes de esta antigua ciudad

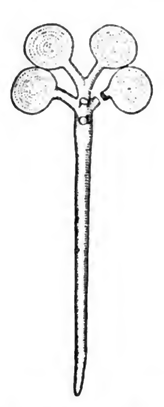


Fig. 203.—*Topo* aimara de cuatro cabezas (según E. NORDENSKIÖLD, *Arkeologiska Undersökningar)*.

de los *collas* son estatuas, toscamente esculpidas, de sólida factura, que quizá sirvieron en otro tiempo como pilares.

Artes industriales.—Los *aimaras* conocían el arte de tejer. Las sepulturas nos han proporcionado cierto número de telas, pero Bandelier ha emitido dudas acerca de su antigüedad (1), por razón de la costumbre que tenían los *collas* de renovar periódicamente el material funerario, costumbre que subsistía a mediados del siglo xvii. No obstante, algunos de estos teji-



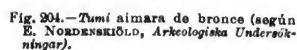


Fig. 204.—*Tumí* aimara de bronce (según E. Nordenskiöld, *Arkeologiska Undersökningar*).



Fig. 205.—Cincel aimara de cobre (según E. Nordenskiöld, *Arkeologiska Undersökningar*).

dos ofrecen aspecto bastante distinto al de las telas de la época de los Incas.

La industria de la piedra está bien representada en las sepulturas de Bolivia. Las formas varían bastante poco y derivan todos del hacha de regatón en forma de T. Las alas son más o menos anchas, a veces un poco puntiagudas (fig. 199). El corte es más o menos redondeado. Como en el Ecuador, los rompecabezas estrellados, de seis puntas, abundan mucho. Se encuentran también con gran frecuencia puntas de flecha y

(1) Bandelier, *On the relative antiquity of ancient Peruvian burials* (*Bulletin of the American Museum of Natural History*, vol. XX, 1904).

piedras de honda, esféricas u ovoidales con, ranura en medio, y morteros hechos de piedra.

Cerámica.—La cerámica aimara está bastante bien representada en las colecciones. Bolivia ha proporcionado ejemplares bastante toscos, tal como el vaso que se reproduce en la figura 200. Se han encontrado también en la misma región cabezas humanas, muy mal hechas, de barro cocido. En el Perú se encuentran, en sepulturas atribuídas a los *collas*, vasos de formas bastante variadas, a veces cuadrados y adornados con figuras geométricas.

Objetos de metal.—Los *aimaras* trabajaban los mismos metales que los *Incas:* el oro, la plata, el cobre y el bronce. Los objetos de metal no diferían tampoco de los que fabricaban los *quichúas*. Son sobre todo *topos*, grandes alfileres que servían para sujetar los mantos. Los *topos* eran grandes placas circulares provistas de un alfiler largo (fig. 201). A veces la placa estaba recortada y adornada con figuras de animales u otros motivos de adorno (fig. 202). Otras veces, la cabeza del *topo* estaba constituída por botones reunidos en grupo de tres o cuatro (figura 203). Esta última forma parece haber sido especial de los aimaras, y se encuentra raras veces entre los incas.

Los *tumis*, especie de cuchillos de hoja perpendicular a la empuñadura, abundan tanto en las sepulturas de los *collas* como en las de los *quichúas*. Son comúnmente de bronce (figura 204).

Las tumbas de Bolivia han dado azuelas de bronce o de cobre y algunos cinceles de la misma materia (fig. 205).

En cuanto a los objetos de oro y plata escasean, y quizá todavía hay que atribuirlos a la industria de los *quichúas* más bien que a la de los *aimaras*.

§ IV.—Los YUNCAS

En los valles de la costa peruana, al norte de Lima y hasta Tumbez al norte, vivía, poco antes de la conquista española, una población diferente a los *quichúas* y quizá remotamente emparentada con los pueblos chibchas, la de los *yuncas* o *chimus*. Sabemos muy poco acerca de su origen. Si aceptamos la teoría de M. BERTHON, debemos creer que sustituyeron, en época bastante reciente, a los pueblos civilizados emparentados con los de *Ica*, que fabricaban la cerámica blanca antropomorfa.

BALBOA dice que los *Yuncas*, en la época de la conquista, pretendían descender de un pueblo venido del norte, al mando de un jefe llamado *Naymlep* y cuya esposa se llamaba *Ceterni*. Aquellos extranjeros llegaron por mar, en época muy remota, y abordaron a la desembocadura del río *Faquisllan-*

ga (1). Levantaron en un lugar llamado *Chot* un templo y un pilar esculpido, al cual dieron el nombre de *Nampallec*, que en lengua mochica o yunca significa imagen de *Naymlep*. Los descendientes de aquellos invasores poblaron las cercanías y fundaron una pequeña comunidad cuya capital fue *Lambayeque*.

Quizá aquellos navegantes legendarios estaban emparentados con los constructores de la ciudad de *Chanchán* (la «gran *Chimú*» de los autores españoles) que habían alcanzado ya cierto grado de civilización y un poderío bastante grande. El «rey» de *Chinchán* vino a perturbar la estancia de los recién venidos y los sometió a tributo. Luego, alentado por aquel éxito, trató de extender su territorio. A pesar de los obstáculos con que tropezaron sus guerreros para llegar a los valles orientales, pudo reunir bajo su mando a los habitantes de la comarca que se extendía desde *Tumpis* (la moderna Tumbez) al norte, hasta *Chancay* al sur (2). En el punto culminante de su poderío, el Imperio de los *yuncas* se extendía desde el 3° al 12° lat. S., y comprendía en el norte las tribus que habitaban los valles de *Sechura*, *Piura*, *La Chira* y *Tumbez*, y al sur las de los ríos *Viru*, *Nepeña*, *Huarmay*, *Lupe* y *Huacho* (3). Más al sur, sus vecinos eran los *lurines*, que habitaban los valles de *Chancay*, *Chillón* y *Lima* y que quizá eran también de la nación de los *yuncas*.

Otro pequeño Estado absorbido en el Imperio de los *yuncas* es aquél en que se encontraba el templo de *Pachacamac*, que continuó siendo, en tiempo de la dominación inca, lugar de grandes peregrinaciones y que fue destruído por los soldados españoles de *Estete*.

La supremacía de los *chimus* en la costa estaba tan bien establecida como la de los Incas en la parte montañosa del Perú. Durante mucho tiempo, estos dos poderes vivieron en paz, pero la política de conquista seguida por ciertos Incas venció al fin. Después de haber sometido los valles donde residían los *lurines*, los guerreros *quichúas* conquistaron los distritos de *Huacho* y *Lupe*, y los anexionaron al Imperio peruano.

Según Garcilaso de la Vega, en el reinado del Inca *Pachacutec*, el hijo de éste, que fue más tarde Inca con el nombre de *Yupanqui*, emprendió una expedición, en el curso de la cual sometió a los *yuncas* (4). Según Balboa, *Yupanqui* habría enviado contra los *chimus* un ejército que, después de varias peripecias, contadas de manera muy novelesca, resultó victorioso (5). Los peruanos edificaron en la provincia de *Tru-*

(1) Según Middendorf *(Peru*, vol. II, pág. 282), este río sería el Facalá.

(2) Middendorf *(Peru*, vol. II, pág. 383), cree que los *chimus*, en su navegación, se sirvieron de balsas hechas con hierbas y cañas.

(3) La Calancha, *Crónica*, edic. Vedia, libro III, cap. I.

(4) *Comentarios Reales del Inca*, libro VI, cap. XXXVI.

(5) *Historia del Perú*, libro IV, cap. XXII.

jillo templos y fortalezas, establecieron en *Paramunga* una colonia quichúa y se llevaron parte de la población prisionera a *Cuzco*.

Monumentos.—La costa del Perú situada al sur de Tumbez hasta Lima, está sembrada de numerosas ruinas, algunas de las cuales pertenecen a la arquitectura de los *Incas*, en tanto otras proceden ciertamente de los *yuncas*. Cerca de Trujillo existen las ruinas de *Chanchán*, llamada por los españoles «el gran Chimú», que fue quizá la más vasta de las ciudades americanas.

Copiaremos de WIENER lo que dice acerca de esta importante población: «La ciudad subsiste todavía en gran parte, establecida sobre tres terrazas, la más alta de las cuales, la del norte, domina 13 metros la segunda y 28 la tercera. El gran palacio de *Chimu*, con sus vastas galerías cuyas paredes adornan bajorrelieves pintados al fresco, se encuentra en la primera terraza. Diríase que los antiguos temieron las grandes aglomeraciones de casas, y así vastos patios o jardines se extienden entre los grupos de construcciones que cubren las otras dos grandes graderías, preocupación sanitaria sin duda, porque la gran necrópolis está situada 15 metros más bajo que la grada inferior. Inmediatamente por bajo del gran palacio se alzan casas, quizá templos, cuyas paredes adornan brillantes colores. Casas, pequeñas y de formas regulares están agrupadas por barrios, unas veces alrededor de vastos patios, y otras alineadas paralelamente en grandes recintos, formando las calles de pequeñas ciudades en medio de la ciudad. En la parte oriental se percibe una vasta plaza con divisiones, casillas, luego otra que rodea un muro de nueve metros de alto. Una mitad de esta plaza está un metro más alta que la otra, y en el centro subsiste un terraplén, quizá el altar de este santuario a cielo descubierto. A los dos extremos de la ciudad se extienden laberintos. Hoy es fácil darse cuenta, seguir las sinuosidades complicadas de estos pasadizos, de las galerías que llevan a pequeñas cámaras y a grandes salas. En otro tiempo, cuando un techo de caña que sostenía espesa capa de barro cubría dichas galerías, cuando la vista no dominaba el laberinto de tales conductos, el que penetraba en aquellos corredores oscuros trataba en vano de encontrar un camino. Las sepulturas antiguas dominan por un lado, semejantes a pirámides, esta ciudad muerta» (1). La ciudad de *Chanchán* era regada en otro tiempo con ayuda de un sistema muy complejo de canales que todavía existen en parte. Las aguas del río de Moche eran llevadas, por un acueducto que tiene varios kilómetros de largo, a un depósito inmenso de donde partían multitud de canalillos que regaban los campos de maíz y de algodón situados dentro de la ciudad misma.

---

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 101 y 102.

Sepulturas.—Los *yuncas* tenían diversas clases de sepulturas, distintas de las de los *aimaras* del sur y los *quichúas* del centro. El tipo más notable es la sepultura colectiva en pirámides de tierra. Estas pirámides eran cuadradas, los muros medían en la base hasta ocho metros de espesor y en lo alto uno o dos. Las dos caras de la murallas de tierra se levantaban en escalones de un metro a 1,30 de altura. Dentro de la tumba, cada cadáver tenía una especie de cámara aparte. Otro modo de sepultar muy frecuente en la costa es el pozo. Tiene éste a veces varios pisos en profundidad y es cuadrangular, circular u oval.

Artes industriales. — Los *chimus* estaban más adelantados que los *aimaras* en lo que concierne a la industria. Conocían como ellos el tejido, la cerámica, el trabajo de los metales, pero los productos eran de calidad muy superior a los del sur.

Las telas, muy abundantes en las tumbas *yuncas* del Gran Chimú, de Pachacamac y de Ancón, no están tejidas como las nuestras, sino hiladas mediante un simple cruzamiento de dos hilos de cadena, aprisionando los hilos de trama, a la manera de las alfombras de cordelillo. Los adornos, bastante varios, representan figuras geométricas o animales estilizados.

La cerámica *yunca* es negra, dura, bien alisada, muy bien cocida, representando objetos diversos: bestias humanas, animales, vegetales, etc. Esta cerámica, muy bien representada en la mayor parte de las colecciones etnográficas, es muy característica.

Los *yuncas* labraban, a más de los metales, las piedras duras, el coral; pero esta industria no ofrece ninguna particularidad esencial que la diferencie de la de los Incas. Quizá aún al influjo de estos últimos hay que atribuir en parte la perfección de los productos fabricados por los pueblos del norte.

CAPITULO VII

Historia de los Incas.

SUMARIO: I. Leyendas de origen.—II. Los primeros Incas.—III. Extensión del Imperio de los Incas. — IV. Los últimos Incas y la conquista.

§ I.—LEYENDAS DE ORIGEN

Los *quichúas* ocupaban desde época muy remota la parte del Perú central donde se alza *Cuzco*. CIEZA DE LEÓN (1) nos dice que allí hacían vida mísera de salvajes, alimentándose de la caza que mataban y yendo desnudos. Este cronista, conforme a una tradición antigua, atribuye el papel de civilizador de los *quichúas* a un hombre blanco, vencido de *Tiahuanaco*. Le llama *Con-Ticehuiracocha* o *Viracocha* (2). Este héroe, que desempeña para los pueblos del Perú el mismo papel que *Quetzalcohuatl* o *Bochica* para los de Méjico y Colombia, visitó primeramente la tribu de los *canas*, que habitaban al norte de *Cuzco*. Fue mal acogido por ellos y, para mostrarles su poder, hizo caer el rayo sobre una montaña, que quedó consumida. Los *canas*, espantados, trataron de calmarle con súplicas y se hizo reconocer como dios. Después de haber vivido algún tiempo entre ellos, se puso en marcha hacia el norte y desapareció en el mar. CIEZA añade que en recuerdo de estos sucesos se le erigió un templo en el que había una estatua que le representaba (3).

La tradición oficial, conservada por GARCILASO DE LA VEGA, no consideraba a *Huiracocha* como el verdadero civilizador de los quichúas. Este papel era atribuído al primer Inca, *Man-*

(1) *Segunda parte de la Crónica del Perú*, edic. de D. Marcos Jiménez de la Espada, pág. 2.
(2) En transcripción *quichúa* actual sería *Huiracocha*.
(3) *Segunda parte de la Crónica del Perú*, pág. 97.

co Capac. GARCILASO nos dice que *Manco Capac* y su hermana, *Mama Ocllo*, llegaron al Perú, viniendo de las cercanías del lago *Titicaca*. *Manco Capac* era el hijo del Sol (1), que le había encargado de llevar a los hombres las leyes y la civilización. Esta versión no concuerda con las que dan la mayor parte de los autores. BALBOA (2) y ACOSTA (3), dicen que *Manco Capac* era oriundo de la comarca donde se levantó más tarde *Cuzco*. DIEGO FERNÁNDEZ (4) refiere que apareció un día entre unas rocas situadas en las proximidades de la capital de los Incas, CIEZA DE LEÓN que salió de la caverna de *Pacari-Tampú*, cercana a esta misma ciudad. Pero todos concuerdan en reconocer que *Manco Capac* fue el primero de los Incas. Tan sólo MONTESINOS se exceptúa. Este autor pretende que, antes de los Incas, dos dinastías reinaron en el Perú, las de los *Pyrhuas* y la de los *Amautas*. Da una lista de estos soberanos que comprende 101 nombres. Ignoramos en qué documentos se apoyó MONTESINOS para hacer esta lista, pero un hecho cierto es que el título de *Amauta* era el de ciertos sacerdotes del clan de los Incas. Según MONTESINOS, el primer soberano que tomó el título de Inca no sería *Manco Capac*, sino *Sinchi Roca*, a quien todos los demás cronistas consideran como su sucesor (5).

En realidad, como ha dicho O. MARTENS (6), *Manco Capac* parece haber sido el héroe civilizador, adorado por varias tribus de las Cordilleras, establecidas en los alrededores de *Cuzco*. Es un equivalente de *Huiracocha*, quizá el antepasado epónimo del clan o de la tribu de los *Incas*, que impuso su dominación al país entero.

Se han emitido varias hipótesis acerca del origen de este clan real. Los cronistas antiguos nos dicen que el nombre *Inca* no se aplicaba solamente a los soberanos. GARCILASO afirma que *Manco Capac* concedió este título a los primeros que se unieron a él, y que los dichos *Incas* formaban una parte de la población de los alrededores de *Cuzco* (7). Dícenos también que los *Incas* hablaban una lengua especial, de la que nos ha conservado algunas palabras y que difería por completo del *quichúa* (8). MIDDENDORF ha supuesto que el clan Inca no era

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales del Inca*, libro II, página 9.
(2) *Historia del Perú*, cap. I.
(3) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de los Indios*, capítulo VI, pág. 20.
(4) *Primera y segunda parte de la Historia del Perú*, cap. II, páginas 3-5.
(5) FERNANDO DE MONTESINOS, *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*, edic. de D. Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1892, caps. XVI y XVII.
(6) *Constitution historique du Tahuantinsuyu*, pág. 40.
(7) *Comentarios Reales del Inca*, libro I, pág. 23.
(8) ID., *ibid.*, libro VII, pág. 1.

de origen *quichúa* y que pertenecía a la nación *aimara* (1), según parece indicar la leyenda oficial, conforme a la cual *Manco Capac* habría venido de los alrededores del lago *Titicaca*.

Esta hipótesis ha sido recogida por CL. MARKHAM, que ha creído encontrar en las pocas palabras que nos ha conservado GARCILASO vocablos de la lengua de los *collas* (2). Los *aimaras*, civilizados antes que los pueblos del Perú central, habrían, por tanto, sometido a los *quichúas* de los alrededores de *Cuzco* y los habrían gobernado. Los soberanos se habrían sucedido en el clan de los invasores, los *Incas*, y habrían conservado la antigua lengua y ciertas costumbres particulares. Poco a poco se supone formada una leyenda, que haría uno del primer soberano aimara de *Cuzco* y *Manco Capac*, antigua divinidad *colla*. Las tribus de la costa y del norte que conservaron su antigua civilización se supone permanecieron fieles, por su parte, al culto de otro héroe civilizador, *Huiracocha*.

§ II.—LOS PRIMEROS INCAS

Sea lo que quiera, la mayor parte de los autores hacen remontar hasta *Manco Capac* la historia de la dominación de los Incas. GARCILASO, que trató de fijar una cronología de estos soberanos, llegó hasta determinar la fecha en que el héroe apareció en el Perú central (1120) (3). El país estaba, en aquella época, sumergido en la barbarie y los esfuerzos de *Manco Capac* tuvieron por principal objeto civilizar a los *quichúas* (4). El Imperio de los primeros Incas era muy limitado y es probable que tuvieran que luchar mucho para mantenerse en el Perú central donde habían fundado el «barrio» de *Hurin Cuzco*, el cual se extendió poco a poco. Del sucesor de *Manco Capac*, *Sinchi Roca*, no sabemos nada positivo, pero *Lloque-Yupanqui*, el tercer Inca, es conocido por haber fundado un nuevo barrio de *Cuzco*, después de su matrimonio con la hija de un jefe de la aldea vecina de *Sañu* (5). De sus sucesores, *May-*

(1) MIDDENDORF, *Die Sprachen Perus*, vol. V, introducción.

(2) CL. MARKHAM, *General language of the Incas of Peru*, Londres, 1907, pág. 10.

(3) ACOSTA dice 980 *(Historia natural y moral de las Indias*, libro IV pág. 22); BALBOA consigna 946 *(Historia del Perú*, libro I). Entre los modernos, RIVERO y TSCHÜDI dicen 1061 *(Antigüedades peruanas*, pág. 44) y O. MARTENS 1250 *(Constitution.....*, libro III, pág. 26).

(4) Según CIEZA DE LEÓN, los primeros Incas trataron sobre todo de reunir las tribus dispersas de las Cordilleras *(Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro III, pág. 6).

(5) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, libro VIII, página 8).

ta Capac no nos es conocido casi más que por el nombre. En cuanto a *Capac-Yupanqui*, empezó verdaderamente las conquistas de los Incas. El poder creciente de *Cuzco* empezaba a inquietar a las tribus vecinas, que atacaron dos veces la ciudad de los Incas y fueron dos veces derrotadas. El segundo de estos ataques resultó fatal para los asaltantes. Fueron rechazados con grandes pérdidas y los guerreros de *Capac-Yupanqui* los persiguieron, los derrotaron en *Huanacaurí* y saquearon sus territorios. Las tropas *quichúas* regresaron triunfantes a *Cuzco*, llevando considerable número de prisioneros (1).

A la muerte de *Capac Yupanqui*, la soberanía, ejercida hasta entonces por los cabecillas del barrio de *Hurin Cuzco*, pasó a manos de los del *Hanan Cuzco* o «barrio alto». Los descendientes de *Manco Capac* continúan, sin embargo, formando una dinastía de soberanos, conocidos con el nombre genérico de *Apu-Capac-Incas*, y administrando el «barrio» de *Hurin*, pero sometidos a la soberanía de los jefes de *Hanan* (2).

No sabemos en qué circunstancias tuvo lugar este cambio, no obstante ser probable que los jefes de *Hanan* se impusieran por la fuerza a los del barrio bajo de *Cuzco*. El primero de los jefes de *Hanan* que tomó el título de Inca, *Roca*, atacó a los *quichúas* de *Hurín* y los venció en *Pumatampu*, los sometió a tributo y obtuvo para sus súbditos propios el derecho de visitar los santuarios de los vencidos (3).

Con esta nueva dinastía de jefes comienza la historia verdadera del Perú. Habiendo reunido los dos barrios de *Cuzco*, extendieron el poderío de los *quichúas* a todo el Perú. Los jefes de *Hurin* no habían podido subyugar más que las cercanías inmediatas de la ciudad, y todo alrededor, en la parte del territorio conocido más tarde con el nombre de *Cunti-suyu*, vivían numerosas tribus sin someter.

§ III.—Extensión del imperio de los incas

Sólo a partir del sucesor de *Roca*, *Yahuar Huacac* (4), los *quichúas* comenzaron las guerras que debían hacer de su Imperio el más importante de los Estados indígenas de América del Sur. Dirigió primeramente sus esfuerzos hacia el lago

(1) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XXXIV.
(2) José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro VI, cap. XXIII.
(3) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XXXV.
(4) Fechas del reinado de *Yahuar-Huacac*, 1345-1392 (Balboa).

Tit判aca, en el territorio de los *collas* (1). GARCILASO pretende aún que llegó al sur hasta Arequipa y que realizó la conquista del desierto de *Atacama* (2), pero nada viene a confirmar esta conquista. *Yahuar Huacac* se preparaba a combatir a unos rebeldes cuando fue asesinado por guerreros sediciosos (3).

Su sucesor fue *Huiracocha*, que quizá era hijo ilegítimo del Inca anterior. Todo el tiempo que *Huiracocha* fue Inca, lo pasó combatiendo, tanto para conquistar nuevos territorios como para defender su poder contra los usurpadores. El primero de éstos fue *Capac*, hermano de *Yupanqui*, el cual se apoderó del poder en tanto *Huiracocha* guerreaba en la Cordillera contra la poderosa tribu de los *chancas*. *Huiracocha* recuperó el trono y *Capac* se envenenó. Después de esta rebelión, *Huiracocha* reanudó sus conquistas. Envió contra los *araucanos* y los *changos* un ejército de 20.000 hombres, que se apoderó de la costa chilena hasta Coquimbo, del país de Atacama, y trajo mucho oro (4).

CIEZA DE LEÓN pretende que *Huiracocha*, cuando hubo reinado cincuenta años, abdico su cargo de Inca y se retiró al valle de *Yucay*. Su hijo primogénito, *Urcu*, debía quedar excluído de la sucesión, pero una parte de la nobleza guerrera sostuvo, no obstante, sus derechos contra la voluntad de *Huiracocha*. Aprovechando estas disensiones, los *chancas* de la Cordillera bajaron a las llanuras y amenazaron el poderío de *Cuzco*. *Huiracocha* abandonó el valle de Yucay e hizo frente a los invasores, a los que sin embargo no pudo vencer, en tanto *Urcu* permanecía inactivo en *Cuzco*. El hijo menor de *Huiracocha*, *Pachacutec* o *Pachacutec-Yupanqui*, se apoderó entonces del poder, reunió las fuerzas quichúas dispersas en el territorio y venció a los *chancas*, pueblo del *Cunti-suyu*, que había recientemente conquistado la parte del territorio quichúa situada al oeste del *Apurimac* en la batalla de *Yahuar-Pampa*, «el campo de la sangre» (5). Los cronistas están todos en desacuerdo acerca del papel desempeñado por *Pachacutec* y acerca de la batalla de *Yahuar-Pampa*. BALBOA (6) y ACOSTA (7) le consideran como un usurpador que destronó a *Huiracocha* y

---

(1) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XXXV.
(2) *Comentarios Reales del Inca*, libro IV, cap. XX, pág. 96.
(3) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XXXVII.
(4) JUAN DE SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI, *Relación de antigüedades deste Reyno del Perú*, Madrid, 1879, pág. 292.
(5) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, páginas 87 y siguientes.
(6) *Historia del Perú*, cap. IV.
(7) *Historia natural y moral de las Indias*, libro IV, caps. XX y XXII.

despojó a su hermano *Urcu*. BALBOA no menciona la batalla del «Campo de la sangre», y los datos de ACOSTA acerca del particular son de tal modo confusos, que resulta difícil utilizarlos. GARCILASO coloca este acontecimiento en el reinado de *Yahuar-Huacac*, el Inca anterior, y pretende hacer desempeñar a *Huiracocha* el papel que CIEZA DE LEÓN atribuye a *Urcu* (1).

Sea lo que quiera, a partir de la batalla de *Yahuar-Pampa* se aclara un poco la historia de los Incas.

Pachacutec-Inca-Yupanqui (2) extendió considerablemente el reino de los Incas. A su advenimiento, éste no comprendía más que la provincia de *Cuzco* y los distritos circunvecinos. Al sur, los territorios conquistados por *Yahuar-Huacac* y por *Huiracocha* habían recobrado la independencia y el poderío de los Incas no pasaba más lejos del lago Titicaca. Al norte, su límite se fijaba próximamete a la latitud de Lima.

Los *huancas* del *Chincha-suyu*, «la comarca del norte», eran tribus poderosas, bien organizadas y amenazadoras para el poderío de los Incas. *Pachacutec* se alió con los *chancas*, anteriormente vencidos por *Huiracocha*, y fue contra ellos. No hubo de vencer más que escasa resistencia y llegó, sin grandes dificultades, al valle de *Jauja* (3), donde se libró una gran batalla. Los *huancas* fueron derrotados y los guerreros de *Pachacutec* llegaron hasta *Tarma*, donde tuvo lugar una segunda batalla. Las armas del Inca salieron otra vez victoriosas (4). El poderío de *Cuzco* se encontraba entonces bien afirmado en el centro y una parte del norte del Perú. Desde aquella época, los quichúas habían avanzado aún más. Una de sus colonias se había fundado en el sur del Ecuador, en *Tumipampa* (o *Tumibamba*). El centro de ella fue más tarde trasladado a *Riobamba*, luego a *Quito*. En el sur, los Incas pasaron del lago Titicaca, después de una campaña en que *Pachacutec* se apoderó de casi todos los pueblos *collas*.

Pachacutec no fue solamente un conquistador. Los autores antiguos le presentan como un gran legislador, que organizó a los *quichúas* en la forma que permanecieron hasta la época de la conquista. Mandó construir el gran templo de *Cuzco* y la casa de las vírgenes del Sol, instituyó un censo periódico de la población, prestaciones para el cultivo de las tierras del Inca y de los *curacas*, etc. (5).

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales del Inca*, parte I, capítulo V, págs. 18 y siguientes.

(2) BALBOA fija su reinado entre 1435 y 1471.

(3) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XLIX.

(4) ID., *ibid.*, libro II, cap. L.

(5) JUAN DE BETANZOS, *Suma y narración.....*, caps. XI-XVIII; CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, caps. L, LI; Véase GARCILASO, *Comentarios Reales.....*, libro VI, cap. XXXVI.

Tupac-Yupanqui (1), hijo de *Pachacutec*, le sucedió en el cargo de Inca. Se ocupó de administrar los vastos territorios adquiridos por su padre y de ensanchar todavía más los dominios de los Incas. Continuó la conquista de los valles costeros, reprimió una sublevación de los *collas* en la región del sur donde subyugó a la tribu de los *charcas*. Por último, bajó a Chile, hasta el río Maulé. Todas las comarcas por donde pasó fueron implacablemente saqueadas (2).

Su sucesor fue *Huayna-Capac* (3), su hijo. Era muy joven cuando fue nombrado *Inca*. Su padre había designado en vida al que debía heredarle, *Capac-Huari*, pero los derechos de *Huayna-Capac* a la herencia fueron reconocidos. Trató de hacer más seguras las comarcas fronterizas de su Imperio y castigó, en varias ocasiones, a las tribus salvajes que hacían incursiones en el territorio quichúa. Mejoró los caminos que surcaban el Imperio, así como los servicios administrativos.

Huayna-Capac aseguró la dominación quichúa en las comarcas del norte y, sobre todo, en el Ecuador. Reconstruyó *Tumibamba*, la capital septentrional de los *quichúas*, y vivió parte de su existencia en *Quito*, donde murió el año 1525, el mismo en que los españoles llegaron al Perú. El poderío peruano comenzó a declinar a partir de la muerte de *Huayna-Capac*. Con él se extinguió la dinastía de los grandes Incas, y el país se vió sumergido, inmediatamente después de su muerte, en la guerra civil.

§ IV.—Los últimos incas y la conquista

En el reinado de *Huayna-Capac*, el Imperio quichúa comprendía toda la región del Perú moderno situada entre la cadena oriental de los Andes y el Pacífico, las regiones montañosas del Ecuador hasta Quito, parte de la meseta boliviana y la costa de Chile que se extiende al norte del río Maule. Es probable que los Incas extendieran también su dominación, al menos temporalmente, a la parte de la República Argentina vecina a los Andes.

Este Imperio, más vasto que el de los aztecas, fue, a partir de 1528, teatro de luchas intestinas encarnizadas.

Huayna-Capac había designado para sucederle a *Atahualpa*, un hijo que había tenido en Quito con la hija del rey de

---

(1) Entre 1471 y 1493 (Balboa).

(2) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro I, capítulo LXIX; libro II, cap. LIX; Véase Garcilaso, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro VI, cap. XXIX.

(3) Desde 1493 a 1525 (Balboa).

los quitúes, y a otro hijo llamado *Huascar*, que era el heredero legítimo (1). Tal es, al menos, la versión oficial referida por Garcilaso, el cual añade que *Huayna-Capac* dejó el reino de Quito a *Atahualpa* como soberano absoluto. Un cronista indígena, Salcamayhua, dice que *Huascar* no era heredero regular y no tenía más derecho a la sucesión que *Atahualpa* (2).

Lo que ocurrió fue que *Huascar* comenzó a regir el Imperio y que *Atahualpa* fue nombrado su lugarteniente *(inca-rauti)* para el reino de Quito. Al cabo de poco tiempo se sublevó, y *Huascar*, que residía en *Cuzco*, envió tropas para sujetarle. Estas tropas fueron completamente derrotadas. *Tumibamba*, que había permanecido fiel al Inca, fue arrasada y las tropas de *Huascar* perseguidas por los rebeldes hasta *Caxamarca*. *Atahualpa*, que había mandado el ejército de los sublevados, se instaló en esta última ciudad y envió a sus dos lugartenientes, *Quisquis* y *Chalcu-Chima*, a conquistar el Perú central. Estos vencieron en todas partes a las tropas leales hasta llegar a orillas del *Apurimac*. *Huascar*, al saber la derrota de los suyos, había huído a *Cuzco* y vagaba por los campos cuando cayó en manos de los rebeldes, que le condujeron cautivo a *Caxamarca* (1531).

Durante estos sucesos, tres naves españolas, mandadas por *Francisco Pizarro*, habían llegado a la costa del Ecuador, a la isla de la Puna. *Pizarro* se había encaminado con sus tropas, que ascendían a doscientos hombres, en dirección Sur.

La vista de los españoles, y sobre todo de los caballos, había hecho gran impresión en el ánimo de los indígenas que, como en Méjico, miraron a los extranjeros cual seres de esencia superior a la suya. *Atahualpa*, que había oído hablar de ellos, los recibió en *Caxamarca*, el año 1532. *Pizarro* permaneció algún tiempo en dicha población, pero pronto se apoderó de la persona de *Atahualpa* y, pretextando que había querido traicionarle, le impuso una contribución enorme. Poco tiempo después le hizo perecer en la hoguera con gran número de sus hijos.

Caxamarca en su poder, *Pizarro* fue contra *Cuzco*, de la que se apoderó el año 1534.

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro IX, capítulo I.

(2) Salcamayhua, *Antigüedades deste Reyno del Pirú*, *Relación*, páginas 308, 324.

CAPÍTULO VIII

Organización social de los quichúas.

SUMARIO: I. El clan y la familia.—II. Las decurias y las centurias.—III. Clases sociales.—IV. La propiedad y el sistema económico.

§ I.—EL CLAN Y LA FAMILIA

Desde muchos puntos de vista, la organización social de los *quichúas* era superior a la de la mayor parte de los pueblos americanos. El clan, la tribu, ya no son entre ellos bases únicas de la vida política, sino que el poder está concentrado en manos de un individuo, el *Inca*, que lo trasmite a sus descendientes directos.

No obstante, en la época de la conquista era todavía la base de todo el sistema el clan, que en quichúa se llamaba *ayllú* (1). Este clan no había conservado, como el de Méjico, muchos recuerdos de su remoto origen. El *ayllú* comprendía, nos dice un autor antiguo, «todas las gentes que llevaban un mismo nombre, y no solamente los hijos de un hombre, sino también todos sus descendientes» (2). El nombre del *ayllú* era el del antepasado humano o animal del cual se suponía descender. Había también un *ayllú Inca*, porque todos los que de él formaban parte descendían de *Manco Inca*, un clan *Capac*, un clan *Iñaca panaca*, etc. (3).

Acerca de la distribución de estos grupos, sabemos muy poco. Fr. DOMINGO DE SANTO TOMÁS nos dice que en *Cuzco*, a más de los clanes *Inca*, *Capac*, *Iñaca panaca* y *Çuco panaca*,

(1) FRANCISCO DEL CANTO, *Arte y vocabulario de la lengua general del Perú*, Lima, 1614, traduce la palabra *ayllú* por «tribu, estirpe, genealogía, casa, familia».

(2) Fr. DOMINGO DE SANTO TOMÁS, *Gramática de la lengua de los Indios del Reyno del Perú*, Valladolid, 1560, pág. 56.

(3) ID., *ibid*.

había otras dos estirpes, la de los *Mara* y la de los *Xutic*. En el mismo pasaje, este autor alude a una circunstancia que podría hacer creer que la fratría existía aún, a título de supervivencia, en la época de la conquista. En efecto, los clanes *Mara* y *Xutic* eran a veces designados ambos con el nombre *Toco* (1).

Los miembros de un mismo *ayllú* se llamaban entre ellos *yahuarmaci*, «unidos por la sangre», de donde el otro nombre del *ayllú*, *yahuarmacintin*, «alianza por la sangre». El jefe del *ayllú* era llamado *ayllucamayoc*, «el jefe del *ayllú*», o también *camachicuc*, «el que manda».

Generalmente cada *ayllú* ocupaba una aldea; constituyendo por lo tanto un clan local. Veremos más adelante cómo esta organización se adaptó al sistema político de los Incas.

La familia.—El régimen de la familia no nos es mejor conocido que el del clan. Casi todo lo que los autores antiguos nos dicen acerca de ella se refiere al *ayllú*. Parece, sí, que cada familia habitaba una casa particular. Debía desempeñar la familia, no obstante, importante papel en la constitución social del Perú en la época de los Incas. Había un cabeza de familia, revestido de poderes judiciales y políticos y responsable de su grupo con respecto a los funcionarios del Inca (2). Entre estos cabezas de familia se elegían los «decuriones» de que hablaremos más adelante.

El matrimonio.—Los pocos datos que poseemos acerca del matrimonio nos muestran que los peruanos concedieron al parecer gran importancia a la pureza de sangre. Todo el sistema matrimonial estaba dominado por el deseo de conservar los individuos y las cosas dentro de los clanes o las familias. GARCILASO nos dice que las gentes no podían casarse sino dentro de la comunidad a que pertenecían, lo cual indica entre los quichúas la existencia de una endogamia de clan (3). Para el Inca, la endogamia era todavía más estricta, como se verá más adelante.

Además, había otras reglas matrimoniales: las mujeres no podían casarse antes de los dieciocho o los veinte años y los hombres antes de los veinticuatro (4). Por último, las ceremonias eran intervenidas por los funcionarios, que cada dos años casaban a los jóvenes en nombre del Inca.

---

(1) Fr. DOMINGO DE SANTO TOMÁS, *Loc. cit*. Véase acerca de esta cuestión, H. CUNOW, *Die soziale Verfassung des Inkareiches*, Brunswick, 1897, págs. 34-36.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, cap. XI.

(3) ID., *ibid.*, libro IV, cap. VIII.

(4) ID., *ibid.*

§ II.—Las «decurias», las «centurias» y las subdivisiones territoriales

Los autores españoles, y sobre todo Garcilaso, nos han descrito con algunos pormenores la organización de los quichúas en «decurias» y «centurias».

Era la «decuria» la reunión de diez familias o casas. En realidad, el clan quichúa estaba dividido, teóricamente, en diez familias. El cabeza era designado por el *curaca* o gobernador de provincia (1).

El «decurión» (en quichúa *camayoc*, muchas veces confundido con el *ayllucamayoc)* habría estado siempre, según Garcilaso, revestido de poderes muy amplios. Era a la vez el vigilante y el defensor de sus subordinados. Como vigilante, era responsable de su conducta. La inspección que ejercía y a que estaba obligado llegaba tan lejos, que los indios comían con todas las puertas abiertas, de modo que pudiera siempre ver lo que ocurría dentro de las casas (2). Debía también garantizar el cumplimiento de los decretos dictados por el Inca acerca de los trajes, tomar nota del movimiento de la población, del consumo de artículos alimenticios, de la situación de las cosechas y los graneros del Estado, de las contravenciones y arreglar las cuestiones litigiosas. No parece haber desempeñado funciones religiosas y en esto difiere de los cabezas de *calpuli* mejicanos. Era un funcionario cuyos informes debían ilustrar al Inca acerca de la situación material y moral del pequeño grupo que le estaba confiado.

Pero los «decuriones» no se entendían directamente con el poder supremo. Estaban colocados bajo la autoridad de una serie de jefes, y sus superiores directos eran los «centuriones» (en quichúa, *pachacuraca*) (3). Las centurias estaban organizadas de la manera siguiente: de cada cinco decuriones se elegía uno, que era el cabeza de cincuenta familias, y dos de estos grupos de cincuenta familias se colocaban bajo la autoridad de un *pachacuraca*. Este se confundía prácticamente, en muchos lugares, con el jefe del *ayllú* (4) y como él llevaba el título de *camachicuc*. Este hecho es interesante, en cuanto muestra que el sistema político de los Incas, por artificial que parezca a primera vista, se fundaba en la constitución antigua de los quichúas, y las funciones del «centurión» conservan huellas de las antiguas prerrogativas del jefe de clan.

---

(1) *Comentarios Reales*, parte I, libro II, cap. XI.
(2) *Id.*, libro II, cap. XII. Véase O. Martens, *Constitution historique, sociale et politique du Tahuantinsuyu*. París, 1910, pág. 70.
(3) De *pachac*, «100» y *curaca*, «jefe».
(4) H. Cunow, *Die Verfassung des Inkareiches*, pág. 35.

Fr. Bartolomé de las Casas nos dice que el *pachacuraca* tenía con sus administrados las mismas relaciones que un padre tiene con sus hijos (1). En ciertas partes del Perú, este cargo era hereditario dentro de una misma familia Pasaba al hermano menor o al hijo del jefe difunto. En otras partes, se elegía el nuevo *pachacuraca* entre los ancianos (2).

Según hemos dicho anteriormente, el *ayllú* —y consiguientemente la «centuria»— ocupaba generalmente una aldea determinada.

La aldea *(llacta)* constituía otra subdivisión política en el Imperio de los Incas. Su jefe *(llactacamayoc)* se confundía, las más de las veces, con el *pachacuraca* y el *ayllucamayoc;* pero a veces su autoridad se extendía sobre varias centurias. H. Cunow explica del modo siguiente esta extensión del poder del *llactacamayoc*. Un clan de origen, muy próspero, se habría dividido en varias ramas, que formaban a su vez otros tantos *ayllús* distintos, pero que seguían unidos tradicionalmente a aquél de donde procedían. Muy naturalmente, el *camachicuc* del clan de origen había reunido bajo su mando, no solamente a los miembros de dicho clan, sino también a los de los clanes destacados. Aun cuando conozcamos mal las relaciones de estos grupos unos con otros, Cunow supone que debían tener fiestas religiosas, comunes a todos los consanguíneos (3).

La reunión de varias aldeas formaba lo que los españoles llamaron «una nación» (en quichúa, *runa-runa)*, es decir, una tribu. No sabemos, desgraciadamente, la naturaleza de las relaciones que unían entre sí a las diversas facciones del *runa-runa*. No obstante, parece que todos los miembros de este grupo iban juntos al combate. Cunow supone, según lo que nos dice Acosta (4), que su jefe era el decano de los *llactacamayoques* (5).

A veces, sin embargo, sobre todo en las naciones vasallas más bien que sometidas al Inca, el jefe era un verdadero rey. Así ocurría entre los *chancas*, a los que los quichúas sometieron con dificultad (6), y con tribus del *Chinchasuyu*, o región del norte, donde el reino de Quito subsistía más que nominalmente (7).

Muchas veces también parece que los *ayllús* habían conser-

---

(1) Las Casas, *Antiguas gentes del Perú*, pág. 17.

(2) H. Cunow, *Die Verfassung des Inkareiches*, pág. 36.

(3) Id., *ibid.*

(4) José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro VI, cap. XIX.

(5) H. Cunow, *Die Verfassung des Inkareiches*, pág. 37.

(6) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro I, capítulo XC.

(7) F. de Santillán, *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas*, pág. 14.

vado su individualidad. Entre los *chorcorbos*, tribu que habitaba al sur del río Ica, cada clan tenía su territorio particular (1) y es probable que así ocurriera antiguamente en todo el Perú.

En realidad, aun cuando los Incas, después de haber sometido por las armas a las tribus de las diversas regiones, tratasen de introducir en ellas su sistema de gobierno en muchos puntos, a causa de la resistencia de los vencidos, el antiguo estado de cosas subsistía y perduraba aún en la época de la conquista.

No obstante, los Incas consiguieron frecuentemente imponerse al sistema de las decurias y de las centurias y superponerle toda una organización nueva. El territorio que correspondía a la aldea—y no al clan—la nueva unidad social, llevaba el nombre de *marca*. Cierto número de *marcas*, contando cinco «centurias», estaban bajo la autoridad de un jefe. Dos de estos grupos formaban otro, de diez «centurias», colocado a las órdenes de un jefe especial o *curaca*. Por cima de los *curacas* venían los gobernadores de las cuatro «provincias»: *Antisuyu*, *Cuntisuyu*, *Chinchasuyu* y *Collasuyu*, que por su reunión formaban el Imperio, *Tahuantinsuyu*, «las cuatro regiones», gobernado por el Inca mismo.

§ III.—Clases sociales

Toda la población del Imperio de los Incas estaba dividida en cierto número de clases. Una de ellas no tenía, por decirlo así, ningún derecho. Constituída por lo que los autores españoles han llamado los *mitimaes* (en quichúa *mitimacuna)*, eran los restos de las poblaciones subyugadas por los quichúas. Se trasladaba en masa a los vencidos a un territorio pacificado, y los habitantes de este último eran a su vez trasladados al distrito de donde procedían los primeros (2). *Pachacutec* instituyó otra especie de *miticamuna:* trasladó gran número de gentes que pertenecían a tribus vencidas a comarcas estériles y les obligó a cultivarlas (3).

Por cima de esta especie de esclavos, tratados con dureza y que no podían poseer nada, venía la masa del pueblo, sometida al trabajo forzoso, en condiciones reguladas por las leyes. Ningún individuo podía abandonar su domicilio sin permiso

(1) D. de Ortega Morejón, *Relación.....*, pág. 206.
(2) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XXII. Véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. XII; libro VII, cap. I; José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro IV, cap. XII.
(3) Garcilaso, *Comentarios Reales*, libro VII, cap. IX.

de los jefes, y aún los viajes lejanos habían de ser autorizados por el *Inca* (1). Ciertas profesiones estaban prohibidas, por ejemplo, la pesca de perlas, la extracción del mercurio (2). Además, leyes suntuarias determinaban la manera de llevar cortado el pelo, la forma de los vestidos, los adornos. Hay que añadir a todas estas prohibiciones, dictadas por el Inca, los deberes de las gentes del pueblo para con su clan.

Se ha visto anteriormente cuáles eran las atribuciones del *ayllucamayoc*. Era un funcionario local, que velaba por el cumplimiento de las leyes y las reglas. Otra clase de funcionarios, los *yanacunas*, estaban afectos, a título personal, a los *curacas*. No tenían prerrogativas y parecen no haber gozado de ninguna libertad (3).

No estamos muy bien informados acerca de la situación social de los *curacas*, grandes jefes que gobernaban las tribus anexionadas y las cuatro provincias del Imperio. Según O. Martens (4), los *curacas* eran los antiguos soberanos vencidos, a los que se había dejado al principio una independencia relativa en sus territorios. No habitaban la capital, y debían ofrecer ciertas garantías de lealtad para con el gobierno del Inca. Se les dejaba entonces sus residencias de origen y ciertos derechos sobre sus antiguos súbditos, que administraban por cuenta del soberano de *Cuzco*. Dependían de éste y debían tomar por esposa a la mujer que les daba el Inca. Su cargo era hereditario, pero el Inca todavía designaba a aquel de sus hijos que debía sucederles (5).

Las castas verdaderamente privilegiadas eran aquellas cuyos miembros habitaban en *Cuzco*. El pueblo de la capital se componía en gran parte, en la época de la conquista, de *mitimacuna* llevados de las provincias lejanas. Pero dos castas tenían una supremacía marcada. Pertenecían a la primera los «Orejones», como los llamaron los españoles de entonces, a la segunda los Incas.

Los «Orejones», es decir, las «grandes orejas», gozaban de situación preeminente y se libraban de muchos deberes a que estaban obligados los *curacas*. Habitaban *Cuzco*, formaban alrededor del Inca una especie de guardia de honor, pero no se sometían servilmente a las órdenes que recibían del soberano.

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, parte I, libro V, capítulo IX.

(2) José de Acosta, *Historia natural y moral......*, libro VI, capítulo XI.

(3) Balboa, *Historia del Perú*, cap. IX. Véase Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, parte I, libro VIII, cap. XXIV.

(4) *Constitution historique, sociale et politique du Tahuantinsuyu*, páginas 61 y siguientes.

(5) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XXII.

En dos ocasiones aún, los Orejones se pusieron abiertamente frente al Inca y se rebelaron a mano armada (1).

Es necesario, por tanto, que esta casta, la mayor parte de cuyos miembros pertenecían al clan del Condor, tuviera origen muy elevado. No obstante, no era su estirpe la misma del Inca, y su título parece haber tenido alguna semejanza con nuestros títulos nobiliarios (2). Los Orejones tenían el derecho de llevar ciertas insignias, las orejas las tenían agujereadas y de ellas colgaban adornos pesados que ensanchaban el lóbulo, de donde el nombre que les dieron los españoles. El pelo, que llevaban corto, iba rodeado con una cinta de lana de llama *(llautu)* (3).

Los Orejones estaban afectos al oficio de las armas y debían pasar, en la juventud, por pruebas muy largas y dolorosas. Por otra parte, se parecen a los *tecuhtin* mejicanos, pero difieren por el hecho de que su nobleza era hereditaria.

El clan de los *Incas* no nos es bien conocido, y no es fácil determinar cuáles eran sus privilegios.

Garcilaso nos dice que *Manco Capac* fue el primero que tomó el título de Inca (4) y que dió este título a todos los que le acompañaron (5). En realidad, parece que los Incas fueron un clan venido del país de los aimaras, y que, habiendo sujetado a las poblaciones quichúas, reinó sobre ellas.

Los Incas residían en *Cuzco* y en los alrededores. Entre ellos el *Sapa-Inca* elegía los oficiales encargados de vigilar e inspeccionar a los *curacas* de las provincias conquistadas. Las recorrían, examinando las cuentas de los jefes locales y dictando las penas que debían aplicarse a las gentes culpables de infracción de las leyes (6). Entre ellos eran elegidos, de una parte, los generales que mandaban los ejércitos, y de otra los sacerdotes del Sol. Las mujeres del clan Inca llevaban el nombre particular de *pallas*.

Este clan estaba dividido en Incas del alto Cuzco e Incas del Cuzco bajo. Hasta *Roca*, el soberano, el *Inca* o *Sapa-Inca*, fue elegido en la primera de estas subdivisiones. Después de él, perteneció a la segunda.

El Inca tenía fama de descender del Sol, y así era llamado

---

(1) Balboa, *Historia del Perú*, cap. XII.

(2) Id., *ibid.*, cap. XVI, designa a uno de los grandes sacerdotes, que obligatoriamente pertenecía al clan Inca, con el nombre de Orejón.

(3) Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro VI, capítulo XII.

(4) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro VII, cap. XX.

(5) Id., *ibid.*, libro VII, cap. XXIX.

(6) Herrera, *Historia de los hechos de los castellanos.....*, libro V, capítulos III y IV.

Inti, «el Sol»; pero compartía esta prerrogativa con todo el clan de los Incas, que eran en ocasiones llamados «hijos del Sol» (1). La calidad de hijo del Sol que poseía el *Sapa-Inca* le confería carácter sagrado. Se parecía en muchas cosas al *zaque* de Bogotá; personalmente daba cumplimiento a los ritos más sagrados de la religión, entre otros el sacrificio de la *chicha* [illegible] maíz fermentado) en la fiesta de *Raymi* (2). No se [illegible] acercarse a él sin llevar un regalo simbólico.

[illegible] *Sapa-Incas* llevaban en la frente una cinta de lana de [illegible]), adornada con dos plumas, insignia de su poder [illegible] impuesta por el gran sacerdote del Sol en el mo- [illegible] subir al trono (3). Eran conducidos en litera reves- [illegible], que ningún otro peruano podía usar (4).

[illegible] ado de conservar pura la sangre de los Incas había [illegible] n a una regla de matrimonio especial para el *Sapa-* [illegible] podía hacer entrar en su gineceo a cuantas mucha- [illegible] sangre peruana quería, y los hijos que tenían pertene- [illegible] clan *Inca*. Pero no eran más que concubinas. Sus espo- [illegible] legítimas debían, como él, descender del Sol, dicho de otro [illegible], pertenecer al clan Inca y aún a la rama reinante a la sazón. El heredero no podía ser sino un hijo nacido del matrimonio del Inca con su hermana mayor, que llevaba el título de *Coya*, o de *Mama-Ocello*, «la madre tierra» (5).

Por último, se creía que los *Sapa-Incas* no morían. Su padre *Inti*, «el Sol», los llamaba al descanso (6).

Como se ve, todas las prácticas que iban unidas a la persona del Inca hacían de él un personaje divino, un rey-dios, como los soberanos de la meseta de Bogotá.

§ IV.—La propiedad y el sistema económico

La naturaleza del poder de los *Sapa-Incas*, como asimismo ciertas particularidades, daban a la sociedad peruana un aspecto quizá único en el mundo.

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro I capítulo XV. Se halla esto en desacuerdo con lo que dice el mismo autor acerca de la atribución del nombre *Inca* a los que siguieron a *Manco Capac*. En realidad, el clan consideraba al Sol como su antepasado epónimo.

(2) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro VI, cap. XV.

(3) Balboa, *Historia del Perú*, cap. XIV.

(4) Id., *ibid.*, cap. XVI.

(5) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro IV, cap. IX.

(6) Id., *ibid.*, libro II, cap. VIII.

El régimen de los bienes se basaba en la organización de los habitantes en clanes. Una ficción jurídica hacía del *Sapa-Inca* el propietario de todas las tierras, pero delegaba su posesión, a título precario, en los padres de familia. Cada uno de éstos recibía un *tupu* (1) para el mantenimiento de las gentes de su casa. Cuando aumentaba el número de los miembros de la familia, la extensión de tierra concedida aumentaba en la misma proporción. Podemos considerar este reparto de tierras equivalente al que existía entre los mejicanos. El resto de las tierras era dividido en dos partes: una se atribuía al Sol, la otra al *Inca*. El primer cuidado de los *quichúas*, cuando habían realizado la conquista de un país nuevo, era dividirlo entre los habitantes y reservar los terrenos del Sol y del *Inca* (2).

Las tierras del Sol y del *Inca* corresponden a los terrenos «oficiales» que los aztecas reservaban para el mantenimiento de los funcionarios del clan, de la tribu y de la confederación. No obstante, en el Perú el sistema era más perfeccionado, a consecuencia del establecimiento de graneros del Estado.

Además de sus propias tierras, las gentes del pueblo debían cultivar las del Estado (3). Todos los hombres y las mujeres casadas, de edad de veinticinco a cincuenta años, estaban obligados a hacer esta prestación (4). Los jóvenes, los viejos, los enfermos resultaban exceptuados. No obstante, BLAS VALERA nos dice que algunos trabajos ligeros eran exigidos a los viejos y que los ciegos eran utilizados para extraer la semilla del algodón (5).

Los productos que procedían de las tierras del Estado y del Sol eran centralizados por los funcionarios locales y amontonados en almacenes propiedad del *Inca*. Cada aldea tenía dos almacenes, en uno de los cuales se conservaban las materias procedentes del impuesto pagado al *Inca*, guardándose los alimentos necesarios para los funcionarios locales (sacerdotes, soldados, etc.), y el otro, consagrado al Sol, servía como reserva para casos de escasez. Estos almacenes debían estar constantemente llenos (6). Se habían establecido depósitos especiales en todo el Imperio para el mantenimiento de las tropas en campaña.

Además, las gentes del pueblo debían hacer prestaciones

---

(1) Medida de superficie igual a una fanega española, o sean 64 centiáreas.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, cap. I.

(3) ID., *ibid.*, libro V, cap. V.

(4) ID., *ibid.*, libro V, cap. VI.

(5) En GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, parte I, libro V, cap. III.

(6) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. VIII.

para las obras públicas (construcción de canales de riego, de caminos, etc.) (1). Fabricaban lo necesario para el equipo de las tropas, herramientas, armas, ropas, calzado, proporcionándoles el Estado las materias primas (2).

Los autores están de acuerdo en decir que no había división alguna de trabajo, y que las «corporaciones» de que se nos habla en Méjico no existían en el Perú. Había, no obstante, algunas excepciones: el oro y la plata eran labrados por obreros especiales y asimismo la navegación había dado origen a un oficio.

Los funcionarios estaban dispensados de la prestación, pues los «decuriones», los «centuriones» y los *curacas* se hallaban demasiado ocupados para cultivar la tierra o para trabajar en el equipo de los soldados. Su subsistencia estaba asegurada por los almacenes que encerraban los impuestos del *Inca*. Lo mismo ocurría con los Orejones y con los miembros del clan de los Incas. Los sacerdotes y los auxiliares del culto eran alimentados con los productos de las tierras del Sol.

Los *curacas* y los miembros del clan de los *Incas* recibían, para su mantenimiento, tierras considerables. Los diversos autores hablan de la riqueza de los «nobles» y del lujo que desplegaban. Eran los únicos que tenían derecho para hacer trabajar a los artesanos y obligarles a ejecutar ciertos trabajos. Poseían, por tanto, en algún grado, el derecho de requisición para el trabajo.

Es probable que, con la extensión del territorio y la sumisión de numerosas tribus, se aligerasen las cargas que pesaban sobre el pueblo quichúa. Se ha visto que los trabajos más rudos fueron impuestos a los *mitimacuna* y que en particular *Pachacutec* los envió a las tierras que hasta entonces habían estado sin cultivar o no se habían cultivado suficientemente (3).

A más de estas obligaciones, existía otra a que parecen haber obligado rigurosamente los *Incas*, y era la de hablar la lengua de *Cuzco*, el *quichúa* o *runa-simi*, «lengua del pueblo». Todos los pueblos de nueva conquista estaban obligados a aprenderla y los funcionarios habían de servirse de ella en sus relaciones oficiales (4). Esta medida aseguraba la unidad de la nación peruana. No obstante, en el momento de la conquista, no había conseguido eliminar a las otras lenguas. El *yunca*, el *puquina* y, sobre todo, el *aimara*, se hablaban todavía por gran

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, libro V, capítulo I.

(2) José de Acosta, *Historia Natural y moral de las Indias*, libro VI, cap. XIII.

(3) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, libro II, capítulo XXIII.

(4) Middendorf, *Sprachen Perus*, vol. III, introducción.

número de indios; pero en el Perú central, el *quichúa* había suplantado a todos los antiguos dialectos.

El régimen militar estaba calcado sobre el régimen civil. Los soldados se reclutaban entre el pueblo. Es probable que, como en Méjico, todos los hombres útiles estuvieran obligados al servicio de las armas. Cuando estos hombres estaban en el servicio, sus tierras eran cultivadas por los que habían quedado en la aldea. No obstante, parece haber habido una especie de turno en el reclutamiento de los tropas; los soldados permanecían poco tiempo en el servicio y eran sustituídos muy pronto por nuevas levas (1). Nadie duda que esta medida se adoptó para no dejar los campos sin cultivo.

Aquellas tropas eran mandadas por nobles de la casta de los Orejones y del clan de los Incas. El comandante de un destacamento debía ser siempre un miembro de este último clan. Tenía a sus órdenes algunos Orejones y varios oficiales, que debían ser de la misma tribu que los soldados (2). Mandaba, por lo general, el ejército el *Sapa-Inca* en persona.

Concedían los peruanos el mayor cuidado al mantenimiento de las tropas en campaña. Hemos indicado ya la existencia de graneros donde estaban almacenados los víveres de guerra. Estos consistían, sobre todo, en carnes secas y maíz. De distancia en distancia, en los caminos construídos expresamente para que circulasen las tropas, había paradas, o *tampúes*, que eran grandes casas llenas de provisiones de boca y guerra. La construcción de caminos era una de las grandes preocupaciones de los Incas. La red de ellos se extendía constantemente y partía de *Cuzco* en diferentes direcciones. Cada comunidad local estaba obligada a construir y sostener la parte del camino que figuraba en su término. Las carreteras pasaban los ríos por puentes colgantes (como el que cruzaba el Apurimac, cerca de *Cuzco)*, o flotantes, como el del Desaguadero, no lejos de *Tiahuanaco*. A lo largo de los caminos había correos escalonados, que de viva voz se trasmitían las noticias, las que por este procedimiento llegaban rápidamente a lugares muy lejanos.

Por último, los *Incas* habían establecido, en muchos puntos de su territorio, fortalezas con guarniciones que vigilaban los territorios recientemente sometidos (3). Algunas de estas fortalezas, como la de *Sacsayhuamán*, cerca de *Cuzco*, y la de *Ollantaytampú*, eran verdaderamente gigantescas e inexpugnables con los medios de que disponían los peruanos.

---

(1) O. Martens, *Constitution historique, sociale et politique du Tahuantinsuyu*, pág. 78.
(2) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro III, cap. XIII.
(3) Balboa, *Historia del Perú*, cap. VI.

El derecho y la organización judicial del Imperio de los Incas nos son muy poco conocidos. En la época de la conquista, las leyes se representaban como emanando directamente del Sol, por mediación de sus descendientes, *Manco-Capac* y los *Sapa-Incas*. Todos los actos del *Sapa-Inca* eran legítimos, porque cumplía fielmente la voluntad de su padre *Inti* (1). De donde resultaba que cualquier violación de las leyes era considerada como un sacrilegio. Como algunas de ellas hubieran sido dictadas en el trascurso del tiempo por diferentes *Incas*, se ideó para explicárselo que *Manco-Capac* no había revelado sino algunas de las reglas que debían seguir los hombres y que había confiado el resto a sus descendientes para ser promulgado cuando conviniera.

Se comprende que, en estas condiciones, las leyes eran aplicadas con el mayor rigor.

El derecho civil se basaba en parte en las antiguas instituciones de clan, en parte en los edictos de los Incas. Hemos visto ya cuál era el régimen de los bienes raíces. El *tupu* que recibía cada jefe de familia era inalienable y el usufructuario no podía cederlo, ni cambiarlo sin autorización del *camachicuc* y del *llactacamayoc*. El hombre del pueblo no podía librarse de la obligación de labrar las tierras del Estado, de producir las cosas que le pedía el gobierno de Inca y de servir como soldado. No podía guardar para sí ninguna parte de las cosas que producía fuera de su *tupu*.

Conocemos algo mejor el derecho penal. Los jefes de *ayllús* y de aldeas ejercían jurisdicción en delitos de poca monta y juzgaban y hacían castigar a los culpables de robo y a las mujeres adúlteras (2).

Los delitos de mayor importancia eran juzgados por los jefes de distrito en nombre del Inca. Todo el que tenía conocimiento de un delito o de un crimen debía denunciarlo a las autoridades, so pena de incurrir en una pena equivalente. Para obtener la confesión de los acusados se empleaba a veces el tormento (3). Las penas dictadas debían ejecutarse dentro de los cinco días siguientes al de la sentencia. Para la mayor parte de los delitos (fuga de los *mitimacuna*, robo de oro o plata, deserción del servicio de las armas, etc.), la pena era la capital.

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, cap. XIX.

(2) H. CUNOW, *Die Verfassung des Inkareiches*, pág. 29.

(3) BALBOA, *Historia del Perú*, cap. XV.

CAPITULO IX

Religiones del antiguo Perú.

SUMARIO: I. El totemismo.—II. La religión solar. -III. Los mitos y la representación del mundo.—IV. Los templos y los edificios religiosos.

§ I.—EL TOTEMISMO

Los antiguos peruanos conocieron el totemismo. El testimonio de los autores es unánime en este punto: antes de que los *quichúas* sufrieran el influjo civilizador de los Incas, adoraban a ciertos animales, plantas u otros objetos naturales y llevaban sus nombres.

GARCILASO DE LA VEGA (1), que nos da las noticias más circunstanciadas acerca del caso, dice también que los animales y demás objetos adorados eran, no solamente los «blasones» de los *ayllús*, sino que cada provincia, cada nación, cada barrio de una ciudad poseía su insignia protectora a la que rendía culto.

Parecen haber sido muchos los totemes peruanos. Los que con más frecuencia se mencionan, son: el condor, la serpiente, el puma, el jaguar, el perro, los ríos y los lagos.

El nombre que los peruanos aplicaban a estos espíritus protectores parece haber sido *huaca* (2), palabra que servía, en quichúa, para designar cuantas cosas poseían un eficaz poder misterioso (3), o *pacarisca*, que significa «nacimiento, origen».

Los distintos autores que nos han hablado de este culto

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, parte I, libro I, capítulo IX. Véase también libro I. cap. XVIII.

(2) ANELLO DE OLIVA, *Histoire du Pérou*, trad. Ternaux-Compans, París, 1857, pág. 121.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, caps. IV y V.

primitivo, han dado de él varias interpretaciones fantásticas. No obstante, sabemos lo bastante para estar seguros de que se trata de cultos de especies animales. GARCILASO DE LA VEGA dice, en efecto, que las gentes que «adoraban» al puma, al jaguar o al oso no huían de los animales feroces y preferían dejarse matar por ellos a defenderse de sus ataques (1). Los indios de la provincia de *Huarochiri*, que adoraban al condor, se asustaron mucho de ver que FRANCISCO DE AVILA se atrevía a matar dichas aves (2). No se dice que estuviera prohibido comer carne de los animales totémicos (3). Por el contrario, varios autores han indicado claramente que los peruanos creían descender de los animales a los que rendían culto (4).

Por desgracia, GARCILASO no da muchos pormenores acerca de los cultos totémicos. Considera la adoración de los animales como un culto bárbaro, abolido por la religión solar, y no habla de ella sino en términos bastante despreciativos. El único documento que poseemos acerca del ritual totémico, concierne a las mascaradas procesionales.

En todo caso, parece resultar de sus indicaciones que los distintos clanes o *ayllús* (linajes) tenían totemes particulares (5).

Además, sabemos que la ciudad de *Cuzco* estaba dividida en barrios, algunos de los cuales conservaban nombres totémicos. Había, de esta suerte, un «barrio de la serpiente» *(Amaru cancha)*, una «puerta del puma» *(Puma curcu* o *Pumap chupan)*, una «llanura del nandú» *(Suri hualla)* (6). Es muy probable que estos barrios estuvieran habitados en un principio por *ayllús* de la serpiente, del puma, del nandú.

Respecto a las «naciones» y las «provincias» estamos mejor informados. GARCILASO nos dice que en la época de la conquista, algunas «provincias», en especial las nuevamente conquistadas por los Incas, conservaban aún el nombre totémico antiguo (7).

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, parte I, libro I, capítulo IX.

(2) FRANCISCO DE AVILA, *A narrative of the errors, false gods*, página 130.

(3) Véase GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro VI, cap. X, donde dice que los *huancas* comían carne de perro, aun cuando adoraban a estos animales.

(4) GARCILASO, *ibid.*, libro I, cap. IX (para el totem del águila); SALCAMAYHUA (*Antiquities*, págs. 77-78); C. DE MOLINA, *Fables and rites*, pág. 5.

(5) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro I, cap. IX.

(6) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. X; Fr. BARTOLOMÉ DE LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú*, pág. 14.

(7) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. X.

En el país yunca, y generalmente en las costas del Perú, el totem principal era el mar.

Era éste llamado en quichúa *Mamacocha* (en yunca *Ni)*, es decir, la «madre mar». Se le adoraba en toda la costa con sus subtotemes, los peces, los cetáceos y los crustáceos (1). En el templo de *Pachacamac* se rendía culto a los peces y al zorro (2).

Los indígenas de la región de *Chachapoyas* tenían por totem al condor, los de *Huacrachucu* la serpiente, los de *Andahuaylas* el puma, los *chorcorbos* el jaguar. Los *chancas* estaban divididos en varios grupos totémicos, los de las fuente, del lago, de la montaña. Lo mismo ocurría con los indígenas de la región de *Huancabamba*. Los *huancas* tenían por totem al perro (conocemos algunos de los ritos de que era objeto), los pueblos del *Antisuyu* el jaguar, la serpiente, la *coca* (3). En la provincia de *Huarochiri*, los dos totemes principales eran el condor y el halcón (4).

Todos los autores concuerdan en este punto: el totemismo fue sustituído por el culto del Sol en todas partes donde se establecieron los Incas. En la región de *Cuzco*, esta sustitución fue efectuada por *Manco Capac*, en el resto del país se realizó a medida que los quichúas establecieron sus colonias. No obstante, según ha hecho notar Brehm, el culto de los animales y de las cosas de la Naturaleza hubo de sobrevivir durante mucho tiempo en bastantes provincias. Los Incas, no pudiendo vencer la resistencia de los pueblos conquistados, hubieron de tolerarlo (5).

El clan Inca mismo era quizá, en su origen, un clan totémico. Francisco de Avila refiere que los civilizadores del Perú y su jefe *Pariacaca* (equivalente a *Manco Capac* en la provincia de Huarochiri) procedían de cinco huevos caídos en Condorcoto. De aquellos huevos habían salido cinco halcones, que fueron por el país realizando prodigios (6). No obstante, es muy probable que su totem fuera el sol *(Inti)* o el arco iris *(Cuychi)*.

En resumen, puede decirse que el totemismo había adquirido un desarrollo considerable en el Perú, que los clanes, las

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro I capítulo X. Véase libro VI, cap. XVI.

(2) Id., *ibid.*, libro VI, cap. XXX. Los peruanos hacían representaciones de sus totemes y las rendían culto. Estas representaciones eran llamadas *huacas*, como los totemes mismos. Se han encontrado en las sepulturas de la costa figuritas de concha recortada y labrada que representan peces. Quizás son *huacas* yuncas, reducción de los grandes ídolos en forma de pez que había en el templo de *Pachacamac*.

(3) Id., *ibid.*, parte I, libros IV, VI, VIII.

(4) F. de Avila, *Narrative of the errors, false gods*, págs. 130-142.

(5) Brehm, *Das Inka-Reich*, pág. 176.

(6) F. de Avila, *Ob. cit.*, pág. 142.

aldeas y las tribus tenían totemes especiales; pero no sabemos de qué manera estaban agrupados, y los ritos mediante los cuales se hacían propicias a las divinidades totémicas.

§ II.—Religión solar

Los dioses.—Todos los autores afirman que el culto primitivo fue sustituído, al advenimiento de *Manco Capac*, por una religión cuyo dios principal era el Sol. Existía aún cuando Pizarro desembarcó en el Perú.

El Sol, *Inti* (llamado por los aimaras *Lupi* o *Vilca*), tenía también el nombre de *Apu punchau*, «el jefe del día» (1). Suponíase que tenía forma humana, que enviaba a los hombres la luz y el calor, que hacía prosperar sus rebaños y sus plantaciones.

Los *Incas* eran sus descendientes y llevaban por lo tanto el título de *Intip churi*, «hijos del Sol». Sólo ellos podían pronunciar su nombre, cosa que estaba prohibida a las gentes del pueblo.

En el Perú central había numerosos templos dedicados al Sol. El principal era el *Coricancha* de Cuzco. La sala grande de este templo estaba consagrada al dios *Inti*, y encerraba su imagen hecha de oro (2).

El segundo lugar entre las divinidades era ocupado por la Luna, llamada *Quilla* (3). Los peruanos la consideraban hermana y esposa del Sol. Esta pareja correspondía, en el orden divino, a la pareja Inca en el orden social. Así se designaba frecuentemente a la Luna con el nombre de *Coya*, «reina», título que llevaba la esposa del *Inca* (4). La Luna era la divinidad protectora de las mujeres casadas. Para venerarla, las *quichúas* ayunaban y guardaban continencia cada luna nueva (5). Tenía en el *Coricancha* una sala especial, donde estaba su imagen hecha de plata.

Las otras divinidades eran consideradas como servidores

---

(1) Molina, *Fables and rites of the Incas*, pág. 27; Arriaga, *Extirpación de la idolatría en el Perú.*

(2) Cieza de León, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXVII.

(3) Balboa, *Historia del Perú*, págs. 57-58; Oliva, *Historia del Perú*, pág. 115; Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales.....*, parte I, libro II, cap. IV.

(4) Brehm, *Das Inka-Reich*, pág. 121.

(5) Id., *ibid.*, pág. 121.

de la pareja Sol-Luna. La primera era el trueno (*Illapa*) (1), también llamado (2) *Chucuylla* (el relámpago), a la cual estaba consagrada una capillita adornada con planchas de oro. Después del Trueno venía el planeta Venus (estrella de la mañana), que era servidor del Sol, con el nombre de *Chasca-coyllur*, «la estrella desmelenada, rizosa» (3). En algunas provincias era llamada *Auqui illa*, «príncipe de la luz» (4). Este planeta protegía a las princesas del clan Inca y a las doncellas en general, y pasaba por protector y creador de las flores. Una capilla le estaba consagrada en el *Coricancha*.

Los demás planetas y las estrellas eran los servidores de la Luna. Llevaban el nombre genérico de *coyllur* (*exquioc* en la provincia de *Huamachuco)* y tenían una capillita en el *Coricancha* (5). Los planetas desempeñaban el papel de patronos de las diversas corporaciones, pero lo que los autores antiguos nos dicen acerca de ellos no parece fidedigno (6).

Se tributaba también culto a las constelaciones (7). La más importante era la de las Pléyades (*Coylla coyllur* u *Oncoy coyllur*), protectora de los cereales. Se celebraba en su honor una fiesta llamada *Oncoy mitta* (8).

A más de las divinidades estelares, se adoraba a la tierra con el nombre de *Pachamama*, «la madre tierra» (9), o *Chucomama*, y al fuego, *Nina*. Por último, todos los peruanos tenían dioses domésticos, llamados *Conopas*, acerca de los cuales no tenemos noticias exactas (10).

Tal era la jerarquía de los dioses de la religión solar, en correspondencia con la del gobierno de los Incas: a la cabeza, *Inti* y *Quilla*, hermano y hermana y esposos, que mandaban, como el *Inca*, en un pueblo de *curacas* divinos, la mayor parte de origen astronómico. Es cierto que esta predilección de los

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales...*, parte I: libro II, cap. V; BALBOA, *Historia del Perú*, págs. 57 y 58.

(2) POLO DE ONDEGARDO, *Report (Rites and laws of the Yncas*, pág. 159).

(3) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XVIII; GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales....*, parte I, libro II, cap. IV.

(4) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 122.

(5) ID., *ibid.*, pág. 122.

(6) ID., *ibid.*

(7) BALBOA., *Historia del Perú.*, pág. 58.

(8) ARRIAGA., *Extirpación de la idolatría del Perú*, Lima, 1621, capítulo VIII.

(9) BALBOA., *Historia del Perú.*, pág. 58; GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales...*, parte I, libro II, cap. V.

(10) FRANCISCO DE AVILA, *Narrative of the errors, false gods.....*, pág. 122; LA CALANCHA, *Crónica moralizada*, Barcelona, 1639, página 367.

Incas por el sol, así como el título de hijos del Sol que tomaban, procede de que el antiguo totem de los Incas era *Inti*. Pero varios autores nos dicen que el «blasón» del clan soberano del Perú era el arco iris (*Cuychi* o *Yaycaruy*), con el que se adornaba la cámara reservada al trueno en el *Coricancha* (1). No obstante, nos parece muy temerario pretender que el sistema religioso de los Incas fue impuesto por ellos y formado de una vez.

Ciertos autores antiguos, y en particular GARCILASO DE LA VEGA, pretenden que al lado de estos dioses antropomorfos, reverenciados por el pueblo, los Incas adoraban divinidades de un carácter más espiritual y abstracto. Estos dioses pasaban por ser los creadores de los hombres, y su recuerdo habría subsistido en el espíritu de los peruanos más cultos, que les hacían objeto de un culto místico; pero, cosa notable, ninguna de sus leyendas es de origen quichúa.

De estos dioses creadores, el más conocido es *Pachacamac*. Según MARKHAM, este nombre debe ser traducido por «demiurgo» (2). Se le daba también el nombre de *Pachayachachi* (3), que, según el mismo autor, significa «Instructor del mundo». *Pachacamac* era el creador del mundo, él animaba a los hombres y a todas las criaturas (4). Era invisible y estaba prohibido representarle en ninguna forma (5). Su nombre era tan sagrado que solamente el *Inca* podía pronunciarlo. Debía a este privilegio el título de *Mocha* (6). El solo nombre del dios encerraba para los peruanos tantas cosas, que GARCILASO DE LA VEGA ha dicho: «Toda la teología de los Incas estaba en esta sola palabra: *Pachacamac*» (7). *Pachacamac* no tenía templo en el Perú central, su único lugar de culto era el del valle de *Lurín*, en el territorio yunca.

Parece verdaderamente que GARCILASO DE LA VEGA ha querido, en esta circunstancia como en muchas otras, hacer a los peruanos mucho más semejantes a los europeos de lo que eran en realidad. Su *Pachacamac* se asemeja demasiado al «Dios»

---

(1) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XXVIII. El trueno, el arco-iris son probablemente subtotemes, subordinados al del sol.

(2) *General language of the Incas*, véase *Pachacamac*.

(3) BREHM, *Das Inka-Reich*, le llama *Pachayachic*.

(4) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales.....*, parte I, libro X, cap. I.

(5) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, libro I, cap. X.

(6) Probablemente del verbo *muchani*, «adorar». Garcilaso se contradice en este punto.

(7) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales.....*, parte I, libro II, cap. XXX.

de los españoles. Parece que esta creación mitológica se haya inspirado en la gran fama que tenía, en la época de la conquista, el célebre templo de *Pachacamac*. No habiendo podido los Incas apartar a los yuncas de su antiguo culto, habían dejado en pie el santuario que, según todas las probabilidades, estaba dedicado a divinidades no solares.

La segunda divinidad espiritual era *Huiracocha*. El nombre se ha traducido de varias maneras. MARKHAM lo traduce del modo siguiente: «Espíritu del abismo». Otros dicen que significa «bruma del lago», «grasa del lago». *Huiracocha* era considerado como creador de los cuerpos celestes y de los hombres (1).

Creemos, como ya anteriormente hemos dicho, que hay que ver en *Huiracocha* un gran dios de los aimaras o collas, cuyo recuerdo no pudieron extirpar los Incas y que adoptaron como habían adoptado el *Pachacamac* de los yuncas.

El tercero de los grandes dioses es *Cun*. Era una especie de larva áerea, desprovista de miembros, de huesos y de nervios, que creó a los hombres y los colmó de todos los bienes imaginables (2). La personalidad de *Cun* es mucho más vieja que las de las dos divinidades anteriores.

Por otra parte, tanto los autores antiguos como los modernos, no están de acuerdo acerca de las relaciones que unas con otras mantienen estas divinidades y con las de la religión solar.

De un lado, se nos dice que *Huirococha* creó el Sol y la Luna, que en la teología oficial eran hermano y hermana. *Huiracocha* era, por tanto, su antecesor. De otro, VELASCO dice que «los Incas enseñaban que el Sol tenía tres hijos: *Cun*, *Pacachamac* y *Manco Capac*» (3). Esta información parece indicar que los sacerdotes habían tratado de hacer entrar a los dioses extranjeros *Cun* y *Pachacamac* en los cuadros de la religión oficial, subordinándolos a *Inti*, Inca de los dioses.

Por otra parte, los epítetos atribuídos a los grandes dioses prueban que su individualidad no era muy marcada. Encontramos a *Huiracocha* mencionado con los nombres de *Illa Ticci Huiracocha* y aún de *Con-Ticci Huiracocha*, confundiéndose con el dios *Cun* en esta circunstancia. Otro autor moderno, BREHM, ha ido todavía más lejos, aplica a *Pachacamac* los epítetos de *Illa-Ticci* y de *Huiracocha* (4). Asimilando de esta suerte a los dioses unos con otros, para confundirlos finalmen-

(1) CIEZA DE LEÓN, *Primera parte de la Crónica del Perú*, capítulo XV.
(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales.....*, libro I, cap. II; CIEZA DE LEÓN, *Primera parte de la Crónica del Perú*, cap. LXII.
(3) VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 95.
(4) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 119.

te en una personalidad única, es como se ha podido admitir la existencia, entre los peruanos, de una religión monoteísta, enteramente espiritual, que habría coexistido con la religión solar (1). No podemos hacer más que indicar esta opinión que carece de fundamento serio.

Los huacas y los espíritus.—Al lado de las grandes divinidades de la religión solar, el pueblo adoraba multitud de espíritus, llamados en quichúa *huacas*. Hemos dicho ya que los peruanos aplicaban este nombre a todas las cosas que presentan un carácter misterioso o sagrado (2). Todos los lugares, todas las cosas extraordinarias o grandiosas, las cimas de los Andes, los grandes ríos como el Marañón, los árboles muy corpulentos eran *huacas*. Pero esta palabra se aplicaba también a las divinidades inferiores, a los totemes, a las imágenes de piedra o de metal (3), a veces a piedras sin labrar, a meteoritos. MONTESINOS (4) opone frecuentemente el nombre *huaca* al de los dioses solares.

Se designaban también con este nombre oratorios consagrados a las divinidades inferiores. Las sepulturas, las momias, ciertos cacharros eran también *huacas* (5)

Los sacerdotes.—Había dos clases de sacerdotes: los *huillac*, que pertenecían al clan de los Incas, y los otros, *humus, nacacs*, etc. Los *huillac* o *amautas* eran los grandes sacerdotes. Ellos enseñaban la religión a los restantes sacerdotes y al pueblo. De entre ellos eran elegidos el gran sacerdote y los inspectores del culto oficial (6).

El gran sacerdote, *Huillac Humu*, era nombrado de por vida. Debía pertenecer no solamente al clan de los Incas, sino también ser pariente próximo del Inca reinante, hermano, tío o sobrino (7). Si no había en la familia del Inca quien reuniera las condiciones exigidas, se elegía un *amauta* que conociera a fondo las materias religiosas y que estuviera emparentado en algún grado con el soberano (8).

---

(1) Véase acerca de este particular A. REVILLE, *Les Religions du Mexique, de l'Amérique centrale et du Pérou*, París, 1885, págs. 335 y siguientes.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales.....*, parte I, libro II, caps. IV y V.

(3) VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 103.

(4) FERNANDO MONTESINOS, *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú*, cap. IV. Véase JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, caps. XII y XVIII: C. DE MOLINA, *Fables and rites.....*, pág. 5; P. AVELLO OLIVA, *Histoire du Pérou*, pág. 115.

(5) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios reales.....*, parte I, libro I, cap. XI.

(6) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 128.

(7) ID., *ibid.*, pág. 129.

(8) ID., *ibid.*, pág. 128.

El *Huillac Humu* era también llamado *Huacap huillac*, «el sacerdote que habla con el *huaca*» (1). Habitaba en el *Coricancha* (2), vivía completamente aislado, no comía carne y se alimentaba solamente de pan de maíz, de frutas, de patatas. No bebía más que agua (3).

En la vida común, el *Huillac Humu* no llevaba ninguna insignia y su ropaje no se distinguía en nada del de los demás sacerdotes. Cuando celebraba los ritos, revestía una túnica de color oscuro, y encima una especie de camisa blanca, con adornos de oro y piedras preciosas. Los brazos, desnudos, iban adornados con brazaletes de oro, incrustados con piedras preciosas. Poníase entonces a la cabeza una tiara *(huillac chucu)* especie de casco de oro avalorado con esmeraldas, y sus pies iban calzados con sandalias de lana muy fina (4).

El *Huillac Humu* conversaba con la divinidad, y por su mediación el Sol comunicaba sus órdenes al pueblo (5). Ninguna reunión podía celebrarse, ningún templo ser construído sin su permiso. El nombraba los historiógrafos encargados de conservar el recuerdo de los hechos que habían tenido lugar en el reinado del Inca. El cuidaba también de que el culto se conservase puro en las provincias, y tenía a este efecto mensajeros que inspeccionaban los templos y debían reprimir cualquier intentona de los pueblos conquistados de volver a la adoración de sus antiguas divinidades (6).

Cuando el *Huillac Humu* moría, toda la población se lamentaba un día entero. Su cuerpo era embalsamado y enterrado en una colina (7).

Por bajo del *Huillac Humu* había diez *huillac* o sacerdotes superiores, pertenecientesal clan Inca. Eran llamados frecuentemente *Yana Huillac* (8) o *Yana Huilca* (9). Su jefe era el *Hatun huilca* (10). A esta casta pertenecían los pontífices de la Luna y del Relámpago *(Liviacpa Huillac)* (11).

---

(1) ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría del Perú*.

(2) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XXVII.

(3) MOLINA, *Fables and rites*, pág. 30; SALCAMAYHUA, *Antiquities*, página 82. Esto no concuerda con lo que dice CIEZA DE LEÓN: «En todas las fiestas, el *Huillac Humu* estaba al lado del Inca, y asistía, no solamente a las ceremonias religiosas que presidía, sino también a todas las comidas» (Segunda parte de la *Crónica del Perú*, capítulo XXVII).

(4) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 130.

(5) MARKHAM, *General language of the Incas*.

(6) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 130.

(7) ID., *ibid.*, pág. 132.

(8) Del verbo *yanai*, «servir» (MIDDENDORF, *Wörterbuch des Kheshua Sprache)*.

(9) MARKHAM, *General language of the Incas*.

(10) ID., *ibid.*

(11) ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría del Perú*.

Los *Yana Huillac* eran los sirvientes del *Coricancha*. Los restantes templos de *Cuzco* no podían ser servidos más que por sacerdotes elegidos entre los primeros de su clase (1).

El gran sacerdote y los *huillac*, o *amautas*, eran mantenidos a expensas del pueblo. Las rentas del clero consistían en un tercio de las contribuciones del país, que se conocía con el nombre de «parte del Sol». Estas rentas eran considerables, por lo que los sacerdotes no consumían más que una pequeña parte. El resto era repartido entre los enfermos, las viudas y los impedidos (2).

Los sacerdotes inferiores se dividían en varias clases. Las dos principales eran las de los *hacuc*, que hablaban con la divinidad y explicaban al pueblo los oráculos, y los *hamurpa*, augures y adivinos.

Los sacerdotes que explicaban los oráculos eran también llamados *Aya tarpu* (3) o *huaca rimachi* (4). Hacían ceremonias camanísticas. Bebían *chicha*, absorbían el humo de hierbas narcóticas, danzaban y saltaban hasta caer en éxtasis. Al salir de ese estado, vertían sus oráculos en una lengua desconocida del vulgo (5).

Los *hamurpa* se dividían en multitud de grupos, con nombres diferentes según los objetos que servían para la adivinación. Los *hamurpa* propiamente dichos obtenían sus augurios de la observación del vuelo de las aves o del examen de los intestinos de los animales sacrificados (6). Los *socyac* y los *achacuc* predecían el porvenir arrojando granos de maíz y deduciendo indicaciones del número par o impar de los granos vueltos de cierto lado. Por último, Molina (7) y Arriaga (8) nos mencionan los nombres de otros adivinos: *auscavica*, *camasca*, *layca* o *llayca*, *yacarcaes* o *yaracacaes*, *rapiac*, cuyas funciones especiales desconocemos.

Entre los *hamurpa* se elegían los *ichuris* que, en ciertas épocas, oían la confesión de las gentes del pueblo. Esta ceremonia tenía lugar en las orillas de un río o de un arroyo. El *ichuri* imponía ciertas penitencias según la importancia de los pecados (9).

---

(1) Bhehm, *Das Inka-Reich*, pág. 133.
(2) Cunow, *Die Verfassung des Inka-Reiches*, pág. 85.
(3) Markham, *General language of the Incas*.
(4) Balboa, *Historia del Perú*, pág. 29.
(5) Jesuíta anónimo, *Relación de las costumbres de los indios del Perú*, pág. 174.
(6) Markham, *General language of the Incas*, según la relación de un jesuíta anónimo, titulada *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Perú*, Madrid, 1879.
(7) *Fables and rites*, pág. 117.
(8) *Extirpación de la idolatría del Perú*.
(9) F. de Santillán, *Relación....*, Madrid, 1879.

Los *hacuc* y los *hamurpa* eran designados por el Inca. GARCILASO DE LA VEGA pretende que eran casados (1), pero el jesuíta anónimo dice que no lo eran (2). Servían alternativamente en los templos, cada uno por espacio de una semana. Durante este tiempo permanecían dentro del edificio y guardaban continencia.

Los servidores de los templos constituían la última categoría de sacerdotes. Limpiaban los lugares sagrados y a ellos llevaban todo lo necesario para los sacrificios. ARRIAGA les da el nombre genérico de *yanapac*, «sacerdotes asistentes, o servidores» (3).

Estos sacerdotes se dividían en dos clases: los *humus* o hechiceros y los *nacac* o ayudantes sacrificadores. Estos últimos tenían por misión especial descuartizar las víctimas de los sacrificios, de donde su nombre de *nacac*, que significa «carnicero» (4). Los *huilca camayoc* relataban los incidentes de las inmolaciones (5).

Estos sirvientes inferiores del culto, lo mismo que los sacerdotes que no pertenecían a la casta de los *huillac*, vivían del cultivo de la tierra que les era concedida por el Inca (6). No pagaban ningún tributo ni estaban sometidos a la jurisdicción civil (7).

Al lado de los sacerdotes había monjes, llamados *huancaquilli* o *uisca uillullú* (8). Vivían en claustros, sin comunicarse con el exterior, llevaban hábitos negros o color castaño oscuro y se afeitaban la cabeza. Casi todos estaban castrados (*curasca*) y se sometían a una disciplina rigurosa, martirizándose las carnes y sangrándose, comiendo y bebiendo lo menos posible (9). Rogaban a los dioses por el Inca y por su familia. Algunos de ellos, deseosos de hacer vida todavía más austera, abandonaban el claustro para vivir como ermitaños en lugares retirados. No obstante, salían de sus retiros a petición de los habitantes de las aldeas vecinas, y cuidaban de los enfermos, arreglaban las cuestiones entre individuos, etc. (10).

Las Vírgenes del Sol.—Una de las particularidades más no-

---

(1) *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. VIII.
(2) *Relación de las costumbres.....*, pág. 174.
(3) *Extirpación de la idolatría.*
(4) MARKHAM, *General language of the Incas.*
(5) ID., *ibid.*
(6) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, parte I, libro V, capítulo VIII.
(7) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 137.
(8) Jesuíta anónimo, *Relación de las costumbres.....*, pág. 175.
(9) ID., *ibid.*, pág. 182.
(10) ID., *ibid.*

tables de la religión de los Incas es la institución de las Vírgenes del Sol, llamadas en quichúa *Aclla* o *Intip chinan*. Estas doncellas no eran sacerdotisas, sino sirvientas del dios *Inti*, como lo indica el nombre de *Intip chinan* (1). Eran escogidas por funcionarios especiales (*apu panaca*) (2), nombrados por los gobernadores de las provincias. Las *aclla* eran muchas veces designadas desde la edad de ocho años (3). Se las encerraba en claustros de los que no debían salir jamás.

Había tres clases de *acllas*: la primera comprendía las pertenecientes al clan Inca, que eran en número aproximado de quinientas y residían en un claustro en *Cuzco*, próximas al palacio del *Sapa-Inca;* la segunda comprendía las hijas de los *curacas* y de los gobernadores de provincia, y la tercera las hijas del pueblo (4). Esta clasificación se conforma enteramente a la jerarquía del Imperio de los Incas.

No parece que las tres clases de sirvientas del Sol hicieran una vida diferente. Las únicas prerrogativas de las *aclla* de sangre inca consistían en estar enclaustradas en *Cuzco* y ver de tiempo en tiempo al *Sapa Inca* y a la *Coya*. Las otras eran enviadas a los conventos de provincia, que contenían cada uno de doscientas a setecientas doncellas. Cada uno de estos conventos era inspeccionado por un *apu panaca* y administrado por una superiora (*mama aclla* o *aclla mamanchic*), generalmente de sangre inca (5).

Las Vírgenes eran vigiladas por matronas (*mama cuna*) que las instruían en sus deberes y dirigían sus trabajos. Cada una de dichas matronas tenía a su cargo un grupo de diez doncellas (6).

Las reglas claustrales eran muy severas. Cualquier *aclla* convicta de haber tenido relaciones con varón era enterrada viva. No podía librarse de este castigo sino en el caso de que no pudiera probarse la existencia de estas relaciones, y entonces la Virgen del Sol se suponía que estaba en cinta por obra del dios (7).

Las Vírgenes del Sol mantenían el fuego sagrado (*mosoc nina*), que era llevado desde su convento a los templos en el

---

(1) De *inti*, «Sol», *p*, signo de genitivo, y *china*, «sirvienta».

(2) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XV; RAMOS, *Historia de Copacabana*, cap. IX.

(3) BREHM, *Das Inka-Reich.*, pág. 138.

(4) ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, capítulo XV. RAMOS indica otra división, de orden muy distinto. Las *aclla*, según él, se dividían en *huayunu*, muy bellas; *yurac aclla*, de mediana belleza, y *paco aclla*, feas.

(5) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro IV, cap. I.

(6) ID., *ibid.*, parte I, libro IV, cap. XV.

(7) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, libro I, cap. XI.

momento de las fiestas. Hacían el pan sagrado (*cancu*) (1) y la *chicha* que se destinaban a las grandes fiestas solares. Ellas confeccionaban y arreglaban las ropas de la casa del Inca (2).

En tanto residían en los conventos, las *acllas* eran consideradas como esposas del Sol, pero esta situación era temporal. Al cabo de seis o siete años podían salir del claustro y se las casaba generalmente con *curacas* o jefes de alto rango.

Ritos.—Los ritos de los antiguos peruanos nos son conocidos bastante bien por las *Relaciones de* MOLINA, ARRIAGA, AVILA y BETANZOS.

A más de los ritos solemnes (fiestas, ritos reservados al clan de los Incas) había otros, que podrían llamarse «domésticos».

El primero de estos ritos, llamado *rutuchicu* (3), era la ceremonia de la imposición del nombre a los niños de un año o de dos. Los ritos ejecutados en esta ocasión no nos son conocidos de una manera positiva. Sabemos solamente que toda la familia asistía a la ceremonia, que uno de los miembros de ella cortaba el pelo al niño con un cuchillo de piedra (4) y que le daba un nombre.

La segunda ceremonia tenía lugar en el momento de la pubertad. Se llamaba *huarachicuy* si se trataba de un muchacho y *quicuchicuy* si de una muchacha. Todo el *ayllu* se reunía y el jefe daba al púber el nombre con el cual debía ser conocido como adulto. Se le cortaba el pelo y las uñas, que eran sacrificados a los *conopas* de la familia y a los *huacac* del *ayllu* (5).

Tratándose de los jóvenes del clan de los Incas, estas ceremonias tenían lugar en la fiesta del *Capac Raymi.* Se hacían oraciones al Sol, luego el Inca arengaba a los jóvenes, les agujereaba las orejas y les entregaba las insignias. Compartían, en señal de alianza, el pan sagrado con el Inca (6).

Entre los ritos de purificación, el más importante era el *chatay cuscay* (7) o *ichuri* (8), que los autores antiguos han

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. XX.
(2) ID., *ibid.*, parte I, libro IV, cap. VII.
(3) MOLINA, *Fables and rites.....*, pág. 53.
(4) ID., *ibid.*
(5) ID., *ibid.*
(6) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, libro VII, capítulo VI; JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XXVIII.
(7) Del verbo *chatay*, «acusar».
(8) Jesuíta anónimo, *Relación de las costumbres.....*, pág. 165; LA CALANCHA, *Crónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú*, página 377.

asimilado con la confesión. Precedía a las fiestas principales. Se preparaban los peruanos para ella mediante un ayuno de varios días. Los penitentes decían al *ichuri* las culpas que habían cometido. El sacerdote colocaba entonces un poco de ceniza, procedente de los sacrificios, encima de una piedra y el pecador la soplaba. Se le daba luego una piedra *huaca*, e iba a lavarse al río, a ciertos lugares llamados *tiucunas* (1). La penitencia impuesta era la abstinencia de sal y pimienta en la comida y la continencia durante cierto tiempo, o también mortificaciones, disciplinazos, sangrías, etc.

El rito más importante de la religión peruana era el sacrificio. Los sacrificios recibían diferentes nombres, según que los seres o las cosas tenían o no sangre.

Los sacrificios sin efusión de sangre eran llamados *aspay*. Se ofrecían a los dioses conchas, plumas y plumones, telas, perlas, piedras preciosas, oro y plata. Después de la ofrenda se sacrificaban flores y coca, que se consumían, o hierbas y frutas que se suponía servir de alimento a los dioses. Se derramaba en su honor la *chicha* contenida en vasos de oro o plata. Estas libaciones eran llamadas *macchina* (2). Se sacrificaban al Sol las primicias de todos los frutos (3).

Los sacrificios sangrientos eran designados con el nombre genérico de *arpay*. Los de aves llevaban nombres especiales: *quisu sopanica* o *huilla uicsa* (4). En *Cuzco* se sacrificaba todos los días un llama. Había de ser macho, pues las hembras no se elegían como víctimas sino cuando no podían concebir. Antes de una guerra se sacrificaba un llama negro. Para alejar del Inca los riesgos de ser envenenado, se inmolaba un perro negro. En la fiesta de la recolección, las víctimas elegidas eran los conejos y las liebres (5). Después de la cacería solemne, hecha por toda la nación, el Inca a la cabeza, cierto número de animales eran consumidos en honor de los dioses.

Velasco nos ha descrito el ritual operatorio: el sacrificador cogía al animal por la mano derecha, le volvía los ojos al Sol y nombraba el dios al cual se hacía la ofrenda. Luego los *nacac* despedazaban la víctima, todavía viva, y le arrancaban las vísceras, que eran consumidas. Con la sangre se ungían las estatuas de los dioses y los pilares del templo (6).

---

(1) De *tincu*, «confluencia de dos cursos de agua».

(2) Del verbo *machay*, «beber con exceso, embriagarse».

(3) Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, cap. VIII, y libro VI, cap. XXI. Véase Velasco, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 133; José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, caps. IV y XVIII.

(4) José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XVIII.

(5) Id., *ibid.*, libro V, cap. XVIII.

(6) Velasco, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 133.

Se hacían sacrificios a todos los dioses, y en particular a las grandes divinidades: *Inti*, *Quilla*, etc. Al *Inca* y a la *Coya* se inmolaban llamas pequeños.

Sacrificios humanos. — La cuestión de los sacrificios humanos en el Perú ha sido muy discutida. GARCILASO DE LA VEGA pretende que este rito había dejado de existir en el Perú desde la reforma religiosa de *Manco Capac*. Si se celebraban todavía en la época de la conquista era en las provincias, clandestinamente y contrariando las reales ordenanzas.

Pero los restantes cronistas aparecen unánimes. LUIS DE MONZÓN dice que se sacrificaban todos los años a *Huiracocha* dos niños sin mancha, especialmente elegidos, que eran vestidos como para una fiesta e inmolados. Ofrendas análogas eran hechas a *Inti* y a *Pachamama* (1). Según FRANCISCO DE TOLEDO, había en Cuzco tres construcciones, llamadas *chiquina*, *pampa yaurinanca* y *patequil*, donde se guardaban los niños que eran sacrificados tres veces al año (2).

CIEZA DE LEÓN habla también de los sacrificios infantiles Dice que en ciertos días de fiesta eran inmolados hasta doscientos niños (3). POLO DE ONDEGARDO habla de un rito análogo, que tenía lugar en la entronización del Inca (4).

Se inmolaban también adultos, en Cuzco y en el templo de Pachacamac. El *Inca* imponía a los pueblos vencidos un tributo de gente moza que había de ofrecerse a los dioses de Cuzco (5). El día de la ceremonia, las víctimas eran vestidas del modo más suntuoso, y calzadas con sandalias blancas. Se les daba a beber un vaso de chicha, entonaban luego himnos a la gloria de los dioses y del Inca y eran sacrificadas. En el hombro se les colocaba un bulto *(cepi)*, pues se creía que en el otro mundo servían de criados a los dioses (6).

A veces las víctimas eran enterradas vivas (7). Estas inhumaciones tenían lugar en los funerales del *Inca* y de la *Coya*. Se enterraba con el *Inca* a la mayor parte de las mujeres de su harén y gran número de servidores. La leyenda dice que en los funerales de *Huayna Capac* el número de víctimas llegó a cuatro mil (8). Pero el Jesuíta anónimo afirma que el número

---

(1) LUIS DE MONZÓN, en BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 158.

(2) FRANCISCO DE TOLEDO, *Informaciones acerca del Señorío....*, página 25.

(3) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXV.

(4) POLO DE ONDEGARDO, *Relación.....*, pág. 162.

(5) PEDRO DE CARVAJAL, *Relación.....*, en BREHM, *Das Inka-Reich*, página 158.

(6) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXVIII. Véase BETANZOS, *Suma y narración.....*, cap. XI.

(7) SANTILLÁN, *Relación.....*, pág. 25.

(8) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XIX.

de gentes sacrificadas era muy reducido, y que en los funerales de *Huayna Capac* apenas se contaron diez, en tanto se inmolaron varios miles de animales (1.) Los que eran sacrificados a la muerte del Inca se ofrecían por propio impulso para ir a servir al soberano en el otro mundo. Los que no querían morir se libraban dando cierto número de llamas, que eran sacrificados junto a la tumba del Inca. Los animales así ofrecidos en sustitución eran llamados *runa*, «hombres», *huarmi*, «mujeres» o *huahua*, «niños».

Ritos orales.—Todas las ceremonias peruanas iban acompañadas de cantos en honor de las divinidades. El más solemne era el himno al Sol, llamado *haylli*, «triunfo», porque todas las estrofas terminaban con esta palabra.

Los sacrificios iban precedidos de oraciones. ARRIAGA nos ha conservado una oración al Sol. El gran sacerdote, antes de hacer el sacrificio, se dirigía a la estatua del dios: «¡Ve lo que tus hijos, tus criaturas te ofrecen! Acéptalo, y no te irrites con ellos. Dales vida y salud, y bendice sus campos» (2).

MOLINA nos ha conservado cierto número de oraciones. He aquí dos. La primera se dirige a Inti: «¡Oh, Sol, tú que has dicho que Cuzco y los Tampús existen, haz que tus hijos conquisten a todos los demás pueblos. Te pedimos que los Incas, tus hijos, sean siempre conquistadores, porque los has creado para eso».

La segunda se dirige a *Ticci Huiracocha*: «¡Oh piadoso criador, tú que ordenaste y dispusiste que haya un señor Inca, haz que éste, sus servidores y sus vasallos vivan en paz, que consigan la victoria sobre sus enemigos y que sean siempre vencedores. No abrevies los días del Inca, ni los de sus hijos, y dales la paz, oh, creador!» (3).

Ritos funerales.—Los peruanos concedían gran importancia a los ritos funerales. El cuerpo de los fallecidos debía permanecer intacto. El alma quedaba algún tiempo después de la muerte cerca del cadáver, luego se iba del otro lado. Se encuentra en la concepción de la vida post-terrenal la huella del estado social de los *quichúas*.

Las almas de los *Sapa-Incas* iban a morar al Sol; las de las gentes de condición superior (miembros del clan de los Incas, *curacas)* iban al cielo, o mundo superior *(Hanan-pacha)*, donde

---

(1) Jesuíta anónimo, *Relación de las costumbres....*, pag. 33. Para más noticias acerca de los sacrificios humanos. Véase ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XIX; BALBOA, *Historia del Perú*, pág. 109; MONTESINOS, *Memorias antiguas.....*, libro II, capítulo VIII; AGUSTÍN DE ZÁRATE; *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, libro I, cap. IV.

(2) ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría del Perú*, pág. 42.

(3) MOLINA, *Fables and rites of the Incas*, págs. 31-32.

se veían libres de la enfermedad, la fatiga, etc. Las de las gentes del común descendían al *Hucu-pacha*, el mundo inferior, reino del dios *Supay*, donde llevaban una existencia tan penosa como en la tierra. Se creía también que las almas de las gentes del pueblo encarnaban en los cuerpos de los animales (1).

Los cadáveres de los antepasados, en estado de momia, eran adorados por sus descendientes (2). La momia *(malqui)* era colocada en la sepultura. Se la vestía y se ponía sobre el rostro una máscara de tela con una cara mal pintada. Alrededor del muerto se depositaban los objetos de que se había servido en vida, armas para los hombres, utensilios de tejer tratándose de las mujeres. Al lado se ponían copas llenas de cereales y vasos conteniendo chicha.

Tratándose del Inca, los ritos adquirían mayor complejidad y las reliquias eran objeto de culto por parte de los que le habían obedecido como súbditos. Cada *Sapa-Inca*, en vida, mandaba abrir su sepultura en la ladera de una montaña. Esta sepultura comprendía varias cámaras. Cuando el *Inca* había muerto, toda la población le lloraba. Esta ceremonia de duelo *(purucayan)* se proseguía en Cuzco por espacio de un mes. En las provincias duraba catorce días. El cadáver era luego trasportado al lugar de la sepultura, donde se le sentaba en una silla dorada. Alrededor se ponían vasijas llenas de chicha, de maíz y de otros alimentos, así como sus tesoros particulares. Otra cámara se reservaba para las mujeres del Inca, que, previamente embriagadas (3), eran enterradas vivas.

Esta sepultura no era definitiva. Al cabo de algún tiempo se abría la tumba. Las mujeres, muertas de inanición, eran embalsamadas y colocadas en fila en la cámara que les estaba reservada, pero la momia del Inca era trasladada con gran pompa al *Coricancha*, donde se reunía con las de sus predecesores en la cámara reservada a *Inti*. Todas las momias eran sentadas en sillas doradas y volvían la espalda a la imagen del Sol, a excepción de la de *Huayna Capac*, que miraba al dios de frente. Debía este privilegio a los grandes donativos que había hecho al templo (4).

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro II, caps. II y VII; JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro I, caps. VI y VII; VELASCO *Historia del reino de Quito*, libro I, págs. 104 y 117. Véase LÓPEZ, DE GOMARA, *Historia general de las Indias*, libro II, caps. II y VII.

(2) ARRIAGA, *Extirpación de la idolatría del Perú*, pág. 15, llama a esta adoración *cuyaspa*.

(3) BREHM, *Das Inka-Reich*, págs. 65-67.

(4) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXVII.

Las momias de los Incas eran cuidadas por sacerdotes especiales, llamados *malquip huillac*, que las rendían culto.

Las *Coyas* o «reinas», gozaban de análogos privilegios funerales. Se enterraban con ellas numerosos servidores y sus momias se conservaban también en el *Coricancha*, en la cámara de la diosa *Quilla* (1).

Fiestas. — Los peruanos tenían todos los años doce fiestas, una cada mes. En cada una de ellas se sacrificaban cien llamas y se cantaban himnos. Algunas de estas ceremonias nos son conocidas.

La fiesta mayor era la del Sol, *Intip Raymi*, también llamada *Hatun Raymi* (de *hatun*, «grande») o simplemente *Raymi*, la fiesta por excelencia. Tenía lugar en el solsticio de invierno, el 21 ó el 22 de junio. Se preparaban los peruanos para ella ayunando tres días. Los principales ritos se celebraban en la plaza mayor de Cuzco y en el *Coricancha*. La ceremonia entera duraba nueve días, pero los ritos principales eran realizados por el Inca el día primero.

Iba a saludar al Sol levante a la plaza mayor (*Huacay pata*). En cuanto el astro aparecía, los sacerdotes entonaban himnos en su honor. El Inca levantaba entonces hacia él las *aquillas* (vasos sagrados) de oro, llenos de una chicha confeccionada especialmente para aquel momento. Derramaba, con la mano derecha, el contenido de una de las *aquillas*, y cogiendo otra con la mano izquierda, bebía un poco y hacía beber el resto a los miembros de su familia. Los *curacas*, reunidos en el *Cusipata*, otra gran plaza, rendían igualmente culto al Sol, bajo la dirección de un *huillac*, que les daba a beber la chicha sagrada (2). Después de esta libación, el Inca entraba en el templo y ofrecía presentes al Sol. En el patio exterior se ofrecían a *Inti* frutas y sahumerios de *coca*. Se le sacrificaba un llama negro, cuyas entrañas examinaban los oráculos para saber cómo sería el año. A veces también se inmolaba un niño o una doncella (3).

El gran sacerdote encendía entonces el fuego sagrado *(mosoc nina, nina huilca)*, ya con ayuda de un espejo ardiente, ya frotando dos pedazos de madera. Se inmolaban luego gran número de llamas, y el *Inca* y su familia consumían la comida sagrada, preparada por las *aclla*. Los días siguientes, el pueblo

---

(1) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXVII.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, libro V, capítulo XX; JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XXVIII.

(3) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XXVIII.

se entregaba a grandes regocijos, danzando, cantando y bebiendo (1).

La segunda fiesta era la de *Situa*, o de la purificación. Tenía lugar en septiembre (2). Se creía que esta ceremonia tenía por resultado preservar las cosechas y ahuyentar las enfermedades. Preparatorio para ella era un ayuno de varios días. La víspera por la tarde, los peruanos se proporcionaban un pedazo de *cancú*, pan sagrado, amasado con sangre de animales sacrificados. Después de haber tomado un baño, se frotaban con el *cancú*, para purificarse y hacer salir del cuerpo los principios morbosos. El jefe de la familia frotaba también la puerta de la casa, para ahuyentar de ella las desventuras. El *huillac humu* hacía lo mismo con las puertas del palacio del Inca, de los templos y del convento de las Vírgenes del Sol. Esta jornada preparatoria terminaba con una oración solemne a *Inti*. Al día siguiente por la mañana, un miembro de la familia del *Inca*, ricamente alhajado y con una lanza en la mano, aparecía a la puerta de la ciudadela de *Sacsayhuamán*, donde hacía un conjuro. Iba luego a la plaza de *Huacay pata*, donde hacía nuevo conjuro: «En calidad de mensajero del dios, os expulso a todos, enfermedades y males de todas clases, de esta ciudad, de sus alrededores y de todo el Imperio del *Tahuantinsuyu*». Luego, otros cuatro miembros de la familia del *Inca* se dirigían a los cuatro puntos cardinales, agitando sus lanzas, en tanto la población, reunida en las calles, lanzaba gritos de alegría.

Los mensajeros salían luego de la ciudad y plantaban sus lanzas en el suelo, para mostrar que el mal estaba expulsado.

Por la noche, el pueblo iba a arrojar a los ríos haces de leña encendidos, para expulsar al mal de la noche como se había hecho con el del día mediante la lanza. Se sacrificaban luego llamas a *Inti* y se distribuían al pueblo grandes cantidades de chicha. La fiesta duraba hasta el fin de la luna nueva, acompañada de grandes regocijos (3).

En mayo tenía lugar la gran fiesta de *Amorayqui quilla*, lla-

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro V, cap. XX. Según MARKHAM, *General language of the Incas of Peru*, esta fiesta era también llamada *Cusqui Raymi*. BREHM, *Das Inka-Reich*, págs. 167 y 168, hace de la *Cusqui Raymi* una fiesta de labranza, distinta de la del Sol.

(2) MARKHAM coloca esta fiesta en agosto y dice que tenía lugar en honor de la Luna. Llama a la fiesta de la purificación *Coya Raymi*.

(3) JOSÉ DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XXVIII; GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, libro II, cap. XXII; libro VII, caps. VI y VII; VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 108.

mada también *Capac cocha* (1). Se hacían al Sol ricos presentes, vasos de oro y plata, piedras preciosas, y se le sacrificaban llamas. Los sacerdotes de los oráculos de todo el Imperio se reunían en Cuzco para predecir la suerte de las futuras cosechas. En esta fiesta, los padres de familia inmolaban conejos (2).

En diciembre se celebraba el *Capac Raymi*, también llamado *Huaracu* o *Huarachicuy*. Esta fiesta estaba dedicada al Sol y al Trueno. En el curso de la ceremonia se cortaba el pelo a los jóvenes que habían alcanzado la pubertad.

Aparte las fiestas regulares, grandes ceremonias, tenían lugar al subir al trono el *Inca*. Se celebraba también de vez en cuando una fiesta llamada *Itu*, que duraba dos días.

Durante ella se ayunaba. Se hacía, con acompañamiento de tambores, una gran procesión, que duraba un día y una noche. Seguían dos días y dos noches de danzas y diversiones.

§ III.—Los mitos y la representación del mundo

Sabemos muy poco acerca de las ideas cosmológicas de los antiguos peruanos. Las únicas noticias que poseemos son las que dan Pachacuti Salcamayhua y Cieza de León.

El mundo era llamado *Pacha*. Encima de la Tierra se superponían cuatro cielos. Los dioses habitaban en ellos, y el «Gran Dios» habitaba el más alto (3).

Pachacuti ha formado una representación figurada del mundo según las ideas de los peruanos (4). El mundo es rectangular. Por cima, a la izquierda, se representa un pequeño disco rodeado por cinco estrellas. En medio, en lo alto, hay tres estrellas llamadas *Orcorara*, unidas por un rasgo. Por bajo cuelga una especie de óvalo, que es la figura de *Huiracocha*, el creador del mundo. A la izquierda se ve la figura del Sol *(Inti)*, a la derecha la de la Luna *(Quilla)*. Debajo del Sol está representado *Chasca*, el planeta Venus, la estrella de la mañana, y, más lejos aún, la Vía láctea (*Catachillay*). A la derecha de estos astros aparece un plantel de estrellas, representando

(1) Según Gamboa, el nombre *Capac cocha* designaba un gran sacrificio al iniciarse el reinado de un *Inca*.

(2) José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, libro V, cap. XXVIII.

(3) Cieza de León, *Segunda parte de la crónica del Perú*, capítulo XXVII.

(4) Yamqui Pachacuti Salcamayhua, *Antiquities*, pág. 115.

las constelaciones. Por bajo del óvalo que representa a *Huiracocha* hay cinco estrellas, una aislada, las otras cuatro unidas por dos líneas que se cruzan de través. Los nombres que las acompañan indican que se trata también de constelaciones.

En lugar inferior a la Vía láctea, varios semicírculos concéntricos representan el arco iris. A la izquierda el rayo, en forma de dos líneas en zigzag, terminando en el río *Pilcomayu*. A la derecha de este río unos ojos, cuya significación no se percibe claramente. Enteramente a la derecha del dibujo, una charca irregular representa el mar (*Mamacocha*), y encima un puma lanza el granizo. Por bajo, se representa un árbol llamado *malqui*. Finalmente, en medio del dibujo y en la parte baja hay un rectángulo, ocupado por líneas que se cruzan y que representa el *Coricancha*, y encima de él se ven representados un hombre y una mujer (1).

El dibujo de SALCAMAYHUA prueba que los peruanos no tenían acerca de la constitución del mundo concepciones muy elevadas, y que sus conocimientos geográficos y astronómicos no habían adelantado casi. No obstante, sabemos que distinguían en el cielo cierto número de constelaciones. Los autores nos han conservado los nombres de estos grupos de astros, cuya lista es inútil dar en este sitio. Además, designaban los planetas con nombres especiales y los divinizaban como se ha dicho anteriormente. Los *amautas* conocían el curso aparente del Sol, de la Luna, de Venus y de varios planetas. Se creía que *Inti*, el Sol, después de haber recorrido el cielo, se sumergía a Occidente en el mar, que secaba en parte. Volvía nadando por bajo de la tierra y salía de nuevo, al día siguiente, tonificado por el baño (2). Los *quichúas* no habían intentado, para explicar las fases de la Luna, más que teorías rudimentarias; la marcha hacia la luna nueva era considerada como el progreso de una enfermedad de *Mama Quilla* (3). Lo mismo ocurría con los eclipses de luna, que indicaban una dolencia repentina del astro. Temíase entonces que no volviera, y se pensaba conjurar el peligro moviendo gran estrépito de trompetas, tambores y flautas (4).

Los eclipses de Sol (*Intip huañuy*) eran considerados como indicio de cólera en *Inti*. Presagiaban desgracias para el país (5).

Venus (*Chasca*) era el paje del Sol, y las estrellas (*coyllur*) formaban el cortejo de la diosa *Quilla* (6).

Los mitos.—Los mitos peruanos de la creación y el origen

---

(1) YAMQUI PACHACUTI SALCAMAYHUA, *Antiquities*, pág. 115.
(2) ID., *ibid.*, pág. 120.
(3) ID., *ibid.*
(4) ID., *ibid.*, 121.
(5) ID., *ibid.*
(6) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XV.

del hombre, al igual de los de Méjico, parecen haber sido locales. Cada tribu, cada «provincia» explicaba el origen del mundo y de los seres animados mediante una leyenda particular.

En ninguno de los mitos que conocemos aparece el Sol desempeñando el papel de creador, el cual representan los dioses *aimara* y *yunca*: *Huiracocha* y *Pachacamac*.

El mito de *Huiracocha* era probablemente más ortodoxo que el de *Pachacamac*. El dios salió del lago *Titicaca* y encontró la tierra ya poblada, pero estaba oscura. Creó el Sol, la Luna, las estrellas y los asignó un curso regular. Se retiró luego a las cavernas de los alrededores del lago Titicaca y en ellas esculpió figuras de piedra que animó y que le siguieron hasta el norte, donde fundó Cuzco, que confió a los cuidados de un rey, llamado *Allca vilca*, que él mismo instituyó (1). Luego volvió al lago *Titicaca* y desapareció en sus aguas (2).

El mito de *Pachacamac* está unido al de *Cun*. Crearon sucesivamente dos razas de hombres. *Cun*, el dios imperceptible, amorfo, había llenado el mundo de habitantes, a los que había colmado con toda clase de bienes. Pero pronto vino del sur un dios más poderoso, hijo del Sol, llamado *Pachacamac* (3). *Cun*, descontento de la atención que prestaban a este dios los hombres que él había creado, dejó de enviarles lluvia, y desde aquella época la costa es árida. *Pachacamac* trasformó a los hombres que creara *Cun* en jaguares y en monos (4).

Entre las naciones marítimas, *Mamacocha*, la divinidad totémica del mar, pasaba por haber creado a los hombres y los gigantes, los cuales, según la tradición, habrían habitado la costa en tiempos muy remotos (5).

El mito de origen de los habitantes de Cuzco es el de *Pacarí Tampú*. La versión más completa es la de MONTESINOS. Este cronista nos dice que, después de un diluvio, cuatro hermanos: *Ayar Manco Topa*, *Ayar Chachi Topa*, *Ayar Uchú Topa* y *Ayar Auca Topa*, acompañados de sus cuatro herma-

---

(1) MONTESINOS, *Memorias antiguas*, pág. 93.

(2) No obstante, se dice también que salió del mar (VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 80; LÓPEZ DE GOMARA, *Historia general de las Indias*, pág. 119).

(3) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*....., parte I, libro I; capítulo X; VELASCO, *Historia del Reino de Quito*, libro I, pág. 95, AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, libro I, cap. X.

(4) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y de la conquista del Perú*, libro I, cap. XII.

(5) BALBOA, *Historia del Perú*, pág. 27.

nas, *Mama Cora*, *Hipa Huacún*, *Mama Huacún* y *Pilco Acun*, viajaban por el Perú. Al llegar a una eminencia, llamada *Pacari Tampú*, el mayor tiró piedras a los cuatro puntos cardinales, tomando de esta suerte posesión del país. Sus hermanos le tuvieron envidia, y el menor, *Ayar Uchú Topa*, se declaró rey. El primogénito, para escapar de sus hermanos, voló y luego se trasformó en estatua de piedra. Los otros tres hermanos huyeron. *Ayar Uchú Topa* fundó Cuzco, casó con su hermana mayor y se hizo adorar como hijo del Sol, con el nombre de *Pyrhua-Manco*, primer emperador de la dinastía mítica de los Pyrhuas (1). Según GARCILASO DE LA VEGA, *Pacari Tampú* sería una roca de los alrededores de Cuzco en la que hay tres aberturas, que él llama ventanas, y de donde salieron los progenitores de los quichúas (2). Otros autores hablan de este mito de origen y consideran la caverna o la roca de *Pacari Tampú* como el lugar de donde salieron todos los hombres. LA CALANCHA dice que los cuatro hermanos eran hijos de *Huiracocha*.

Otra leyenda dice que los hombres nacieron de huevos caídos del cielo. En una de las versiones se dice que tres huevos cayeron del cielo: del primero, que era de oro, salieron los *curacas;* del segundo, de plata, los nobles; del tercero, de cobre, los progenitores de la gente del pueblo (3). En la provincia de *Huarochiri*, el mito tenía forma diferente: cinco huevos, se decía, habían caído del cielo en *Condorcoto*. De ellos salieron cinco halcones, que se trasformaron en hombres, los cuales realizaron todos maravillosas proezas. El que los guiaba era *Pariacaca*, que civilizó la comarca (4).

Como ha podido verse, todos los mitos que preceden presentan a los dioses creadores como héroes que aportaron la civilización; pero hay otros mitos que tratan únicamente de los héroes civilizadores.

La leyenda oficial de Cuzco, podría decirse, es la de *Manco Capac*. Según GARCILASO DE LA VEGA, salió del lago Titicaca con su hermana *Mama-Ocllo* (5) y fue con ella a *Cuzco* para reformar a las gentes y fundar la dinastía de los Incas (6). BALBOA y ACOSTA dicen que *Manco Capac* se retiró cuando el diluvio a la caverna de *Pacari Tampú*. Según el último de estos

(1) MONTESINOS, *Memorias antiguas*, págs. 5, 7, 20, 66, 175 y 208.
(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales.....*, parte I, libro I, cap. XV.
(3) MOLINA, *Fables and rites.....*, págs. 7 y 8.
(4) AVILA, *Errors, false gods.....*, pág. 142.
(5) También llamada *Oello*, *Ocello*, *Ocollo*, *Oolli*, *Huasco*.
(6) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales. ...*, parte I, libro II, caps. IX y XVII.

autores, era uno de los cuatro hermanos que salieron de dicha roca (1).

MONTESINOS atribuye la civilización de los quichúas, no a *Manco Capac*, sino a *Roca*, que todos los autores consideran como el segundo Inca (2).

§ IV.—Los templos y los santuarios

Los templos, llamados *Intip-huari* o *Inti-huatana*, estaban dedicados a los dioses solares. El principal era el de *Cuzco*, el *Coricancha*. Estaba situado en medio de la ciudad y formaba, con sus dependencias, un barrio especial. El edificio principal contenía una gran cámara consagrada al Sol, en la que se veía la imagen de oro del dios *Inti* y sentados en alto los Incas difuntos. Había, además, cinco cámaras más pequeñas, dedicadas a la Luna, al Rayo, al planeta Venus, al arco iris y las estrellas. La portada del edificio principal estaba dispuesta de suerte que los primeros rayos del Sol vinieran a iluminar la imagen de *Inti*. Por las cámaras, el Inca solamente, sus parientes cercanos y las Vírgenes del Sol podían circular. La misma *Coya* no penetraba más que una vez en su vida, el día que se casaba (3). Alrededor de este edificio estaba el establo para los animales, las habitaciones de los sacerdotes y sirvientes del templo y estanques en que se bañaban. El agua era conducida, por tubos de oro, de cinco fuentes que brotaban en una montaña vecina. En el antepatio había dispuesto un altar, en el cual se hacían las inmolaciones.

El segundo santuario de *Cuzco* era el *Quisuarcancha* o templo de *Huiracocha* (4). Los templos principales del Perú central eran los de *Huanacauri*, *Huillcanota* y *Cacha*.

Pero los más importantes, después del *Coricancha*, estaban en el territorio *yunca* o *colla*: el *Chuquitu*, situado en una isla del lago Titicaca y que pasaba por ser obra de *Manco Capac*, y el gran santuario de *Pachacamac*, en el valle de *Lurin*.

Los dioses inferiores, los espíritus reverenciados por las tribus vencidas, recibían culto en pequeños santuarios llamados *huacas*, en los que se hacían sacrificios. Estos lugares de culto eran sumamente numerosos. Según POLO DE ONDEGARDO se contaban cuatrocientos, en la época de la conquista, en las inmediaciones de Cuzco (5).

---

(1) ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, libro I, capítulo XXV.

(2) MONTESINOS, *Memorias antiguas*, caps. XVI y XVII.

(3) CIEZA DE LEÓN, *Segunda parte de la Crónica del Perú*, capítulo XXVII.

(4) MOLINA, *Fables and rites.....*, pág. 60.

(5) POLO DE ONDEGARDO, *Relación ....*, pág. 154.

Por último, los viajeros de los Andes hacían montones de piedras, consagrados a la diosa de la Tierra, *Pachamama*. Cada uno que pasaba ponía su piedra y depositaba una ofrenda. Estos montones de piedras se llamaban *apachetas* (1). Semejante tradición persiste todavía en el sur del Perú y de Bolivia.

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*....., parte I, libro II, capítulo IV.

CAPÍTULO X

Civilización del Perú.

SUMARIO: I. Arquitectura.—II. Caza, agricultura y cría de ganados. III. Vestido y adorno.—IV. Artes industriales (tejidos, trabajos en piedra y en madera, cerámica, metalurgia).—V. Vida intelectual.

§ I.—ARQUITECTURA

De todos los pueblos de América, los peruanos eran los más hábiles constructores. Edificaron palacios inmensos, con grandes piedras sólidamente unidas, que, allí donde han sido respetados por los conquistadores, permanecen todavía casi intactos.

Estilos.—Se han distinguido en la arquitectura peruana cinco estilos diferentes. El primero, que podría llamarse estilo yunca, se encuentra en los valles de la costa (*Chanchan, Pachacamac).* Los muros de estas construcciones están hechos con una especie de cemento vaciado en moldes. Eran generalmente más anchos en la base que en lo alto, lo cual les aseguraba mayor solidez. La anchura de la base variaba mucho, desde 30 centímetros (casas de *Chanchan)* hasta 12 metros (muros del acueducto de la misma ciudad). Otros monumentos de la misma región están hechos con adobes de todas formas (rectangulares, exagonales, octogonales, triangulares). Los muros estaban a veces decorados, por fuera, con adornos en relieve, hechos con barro desecado. Por dentro estaban alisados y hasta pintados al fresco (1).

En el segundo estilo los muros están hechos de mampostería seca cementada con barro *(pircas).* Los edificios están colocados las más de las veces encima de terrazas o de platafor-

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 469-470 y 494.

mas altas y parecen haber servido como fortificaciones. Los hay en *Curampa*, entre Andahuailas y Abancay, y en *Huiracochapampa* (1).

El tercer estilo es designado con el nombre de estilo ciclópeo, porque el aparejo de los edificios es enorme. Las grandes piedras con que están hechos los muros tienen las superficies exteriores naturales y no desbastadas, pero los lados de las uniones están admirablemente dispuestos, aun cuando muchas veces su forma sea irregular. Para dar más solidez al conjunto, ciertas piedras llevan clavijas o pernios que penetran en cavidades correspondientes, que se abren en las piedras cercanas (fig. 206) (2). Con frecuencia, los muros exteriores están

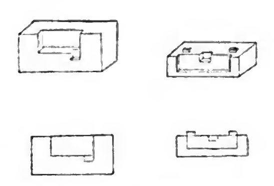


Fig. 206.—Piedras de entalladura de *Ollantaytambo* (según C. Wiener. *Pérou et Bolivie*).

adornados con bajorrelieves, y se encuentran cerca de estos monumentos estatuas muy toscas y asientos labrados en la roca (3). A este estilo pertenecen los monumentos de *Tiahuanaco*, los de la fortaleza de *Ollantaytambo* y, en *Cuzco*, los restos de las colinas del Rodadero y de *Sacsayhuaman*.

Los edificios del cuarto estilo están construídos también con piedras de diversas formas, adaptadas unas a otras, y no labradas en sus superficies exteriores; pero son de dimensiones mucho menores que las construcciones del estilo que antecede. Los muros son generalmente más anchos en la base que en lo alto y en ellos se han dispuesto nichos. El palacio de *Colcampata*, en *Cuzco*, y el de *Yucay* pertenecen a este estilo (4).

El quinto estilo no difiere del anterior más que por la forma regular del aparejo, cuyas caras todas están alisadas. Las piedras, talladas con gran habilidad, están con frecuencia en-

(1) Markham, *Perú*, pág. 65; Wiener, *Pérou et Bolivie*, páginas 477-478.
(2) Wiener, *Pérou et Bolivie*, pág. 476.
(3) Markham, *Perú*, pág. 65.
(4) Id., *ibid.*, págs. 69-70.

cajadas unas en otras por medio de entalladuras. Los edificios son generalmente muy largos. Todo alrededor corre una cornisa que se proyecta hacia afuera. Las puertas, las ventanas, los nichos abiertos en los muros, son de forma rectangular (1).

Casas.—Las casas de las gentes del pueblo estaban, según las regiones y los recursos de los que las hacían, construídas con cañas, con adobes o al estilo de *pirca.* Estas últimas son las mejor conocidas. Las ruinas de *Ollantaytambo* contienen cierto número de estos edificios. Las casas eran bajas, de un solo piso. Desde la calle, un corredor conducía a un patio cuadrangular, bastante amplio, alrededor del cual estaban las habitaciones. Las ventanas eran pocas y consistían en aberturas cuadradas. El suelo estaba cubierto de tierra apisonada. Cada una de las habitaciones tenía una techumbre particular de forma puntiaguda, hecha con hierbas o paja de *ichú* (2). Las puertas no tenían ningún sistema de cierre fijo, y solamente cortinas defendían a los moradores de la intemperie (3). Los huecos tenían formas distintas, sobre todo en la costa, donde SQUIER los ha encontrado triangulares y ovalados (4).

Las casas de los funcionarios y de las gentes de las clases privilegiadas (Incas, Orejones) eran siempre de piedra. Muchas veces tenían dos pisos, una antecámara, un gran patio y varias habitaciones. El tejado era plano y formaba terraza. Las paredes estaban pintadas y brillaban de tal modo que los españoles creyeron, la primera vez que vieron de lejos una ciudad peruana, que las casas estaban cubiertas de planchas de plata. Muchas veces, las casas de los nobles tenían torres o «miradores» y la parte alta de los muros estaba almenada (5).

Palacios.—Los restos de palacios abundan bastante. Entre los más conocidos hay que citar el palacio del Inca, o *Pilco-Kayma,* edificio de aparejo menor en la isla de Titicaca; los baños del Inca, edificio de aparejo mayor, en *Copacabana;* el palacio del Inca en *Huiracochapampa,* el de la Raya, los monumentos de *Marca Huamachuco,* de *Huantar,* etc.

El palacio o *Pilco-Kayma* de la isla de Titicaca ha sido descrito por diversos autores del siglo XVII (6), y visitado en el XIX por varios viajeros (7).

---

(1) MARKHAM, *Perú,* pág. 70.
(2) MIDDENDORF, *Perú..* vol. III, pág. 476.
(3) WIENER, *Pérou et Bolivie,* págs. 513-514.
(4) SQUIER, *Perú,* págs. 92-94; BASTIÁN, *Die Culturländer des alten Amerika,* vol. I, pág. 579, ha dado una descripción de las construcciones hechas de madera y paja.
(5) BASTIAN, *Die Culturländer des alten Amerika,* vol. I, pág. 579.
(6) RAMOS, LA CALANCHA, B. COBO.
(7) SQUIER, WIENER, BANDELIER.

En la época en que SQUIER visitó la isla (1885), las construcciones se conservaban todavía bastante bien. El edificio, de dos pisos, es rectangular y mide 15,30 metros por 13,20. La fachada da al lago y está adornada con cuatro altos nichos, dos de los cuales están tapiados y dos dan acceso a los pasillos de entrada. A los lados hay tres nichos análogos, el de en medio es la entrada de un comedor. El muro de detrás no tiene nin-

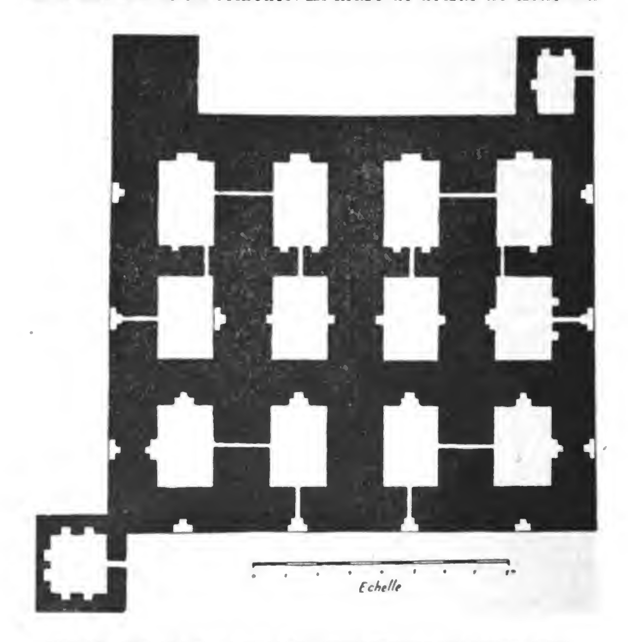


Fig. 207.—Plano del *Pilco-Kayma*, en la isla de Titicaca (según SQUIER, *Perú*).

guna abertura ni nicho. En el interior del rectángulo hay doce cámaras, que comunican unas con otras del modo que muestra el plano (fig. 207). Estas cámaras tienen próximamente cuatro metros de altura, inclinándose las paredes ligeramente hacia el interior. El techo es de piedras llanas sobrepuestas y colocadas con mucha regularidad. En el momento de la visita de SQUIER, las paredes conservaban todavía trazas de un revestimiento de estuco pintado de amarillo. Había nichos en

las paredes de todas las cámaras. El plano del piso alto era muy distinto al de la planta baja (1). El *Pilco-Kayma* no parece haber sido un «palacio», y todavía no se sabe para qué servía (2).

El palacio de *Huiracochapampa*, situado a dos kilómetros de *Huamachuco*, en una llanura seguida, nivelada artificialmente, es de aspecto y de dimensiones muy diferentes. WIENER le describe en estos términos: «Las construcciones forman un conjunto que permite llamar a todo este grupo de casas un solo monumento. Es un inmenso cuadrilátero rodeado por

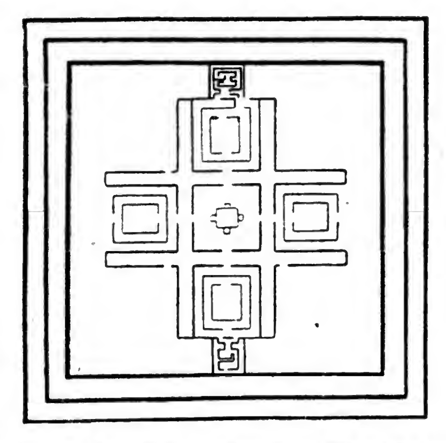


Fig. 208.—Plano del palacio de *Huiracochapampa* (según WIENER, *Pérou et Bolivie*).

tres muros. Ocho grandes grupos de construcciones se abren en el interior por filas de tres. Una plaza inmensa con un terraplén en medio forma el grupo central. Todo el edificio está orientado. La entrada exterior mira al este. El terraplén no tiene más que una escalera situada también del mismo lado. Cuatro puertas dan acceso a dos patios. Las construcciones que hay en los cuatro ángulos del mayor contienen casitas más pequeñas. Los muros exteriores se elevan a alturas desiguales. Llegan a tener 20 metros de altura y las numerosas

(1) SQUIER, *Perú*, págs. 343-346; BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*, págs. 193-196.
(2) BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*, pág. 196.

ventanas y puertas que los interrumpen parecen palcos que dan sobre esta pista, que mide más de 36 hectáreas. No cabe la menor duda de que entre esos muros hubo en otro tiempo vastas galerías y salas en tres pisos superpuestos. Los modillones que sostuvieron estos pisos subsisten todavía. El relleno que hay entre las piedras negras del aparejo tiene el color rojo de las tierras ferruginosas» (1).

Templos.—Los templos eran llamados por los antiguos peruanos *Intihuasi* o *Intihuatana.* Abundaban bastante, pero han sufrido más que los edificios civiles a consecuencia de las depredaciones de los conquistadores, y sus ruinas tienen menos importancia.

El más célebre de los templos peruanos era el *Coricancha* de *Cuzco,* cuya descripción detallada nos ha hecho Cieza de León (2). Este templo estaba rodeado por triple muralla, de cuatrocientos pasos de circuito. Era de aparejo mediano y las piedras, admirablemente talladas, no estaban unidas por ningún mortero. Esta muralla tenía numerosas puertas. A media altura corría una faja de planchas de oro «de cuatro palmos de anchas y cuatro dedos de gruesas». En este recinto había cuatro grandes edificios, construídos con el mismo aparejo que la muralla exterior y adornados igualmente con planchas de oro. En la parte del muro que daba a oriente había dos bancos de piedra, con incrustaciones de oro y esmeraldas, en los que el *Sapa-Inca* únicamente tenía derecho a sentarse (3). El edificio principal contenía una gran cámara consagrada al Sol y cinco pequeñas, dedicadas a la Luna, al Trueno, al planeta Venus y a la Aurora, al Arco iris y a las Estrellas. Alrededor de los edificios principales se hallaban las viviendas de los sacerdotes y de los servidores del templo, y los establos para los animales destinados al sacrificio (4).

No menos importante era el *Chuquitu,* templo del Sol fundado por *Tupac-Yupanqui* en la isla de Titicaca. Según Blas Valera, era tan rico que se hubiera dicho estar hecho de oro. Según Ramos (5), La Calancha (6) y Cobo (7), se habría edificado cerca de una roca sagrada de donde el Sol había salido. Squier ha descrito con el nombre de «Templo del Sol» una construcción en ruinas de la isla de Titicaca, que mide 31 por nueve metros. Era de piedras sin escuadrar, unidas con barro,

(1) Wiener, *Pérou et Bolivie,* pág. 141-142.
(2) Cieza de León, *Segunda parte de la Crónica del Perú,* capítulo XXVII.
(3) Cieza de León, *Lug. cit.*
(4) Brehm, *Das Inka-Reich,* págs. 144-147.
(5) Ramos, *Historia de Copacabana.,* caps. III y IV.
(6) La Calancha, *Crónica moralizada.*
(7) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo,* vol. IV, págs. 61-62.

y parece haber estado cubierta de estuco (1). Pero BANDELIER no cree que esta ruina sea del templo que describen los autores antiguos (2).

Los otros templos quichúas más célebres eran los de *Huanacauri*, *Huillcanota* y *Cacha*.

Este último se conservaba todavía lo suficiente para que SQUIER haya podido hacer una descripción bastante completa. Fue construído por el Inca *Huiracocha*, en honor del dios cuyo nombre llevaba. Según GARCILASO DE LA VEGA, encerraba una imagen de esta divinidad, quo fue destruída por los españoles (3). Las ruinas se componen esencialmente de un muro de 70 metros de largo por 12 de altura. La base del mismo es de piedras rugosas. Sobre este basamento, que tiene 2,40 metros de altura y 1,80 de ancho, se alza el muro principal, de adobes. Consiste en una sucesión de remates triangulares, en número de doce, cada uno de 5,90 metros de ancho y separados unos de otros por espacios de dos metros y medio. Estos espacios estaban abiertos en el muro de adobes hasta una altura de 4,20 metros y formaban puertas de esta altura. Los dinteles de estas puertas estaban formados por vigas de madera, cuyas huellas se ven aún en el muro. Una de las paredes transversales está todavía en pie. La atraviesa ancha puerta, flanqueada de nichos que se abren al interior. La anchura total del edificio parece haber sido de 26 metros. El tejado era muy inclinado, a dos aguas (4). Los muros laterales han desaparecido, así como toda la disposición interior, pero GARCILASO DE LA VEGA nos dice que el exterior era de piedras cuidadosamente pulimentadas. El templo tenía cuatro puertas, orientadas a los cuatro puntos cardinales. Se componía de dos pisos, que se comunicaban por escaleras. En el segundo, en una capilla dispuesta en la pared, se encontraba la estatua del dios *Huiracocha* (5).

Las ruinas de los otros grandes santuarios del Perú están hoy informes. Fueron destruídos en los siglos XVI y XVII por los españoles, que acabaron sistemáticamente con todos aquellos monumentos de la idolatría peruana.

Arquitectura militar.—Los restos de fortificaciones abundan en el Perú. Los Incas fortificaban las ciudades que habían conquistado y que guarnecían las tropas quichúas.

Las más conocidas de estas obras de defensa son las de

---

(1) SQUIER, *Perú*, págs. 368-369.

(2) BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*. págs. 203-204.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. XVII.

(4) SQUIER, *Perú*, págs. 405-406.

(5) GARCILASO DE LA VEGA. *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. XVII

Ollantaytambo, ciudad situada a poca distancia de la antigua capital de los Incas.

La fortaleza está construída en lo alto de una meseta que avanza entre los dos valles de *Patacancha* y de *Huillcamayu*. Se sube a la meseta por escalones labrados en la roca. El muro de recinto de la fortaleza está trazado en zigzag en la ladera de la montaña, luego, volviendo en ángulo recto, termina al borde de un precipicio de más de 300 metros (véase fig. 212). Este muro mide próximamente 25 metros de altura. Está construído con piedras gruesas que por las caras interior y exterior han sido cubiertas de estuco. La parte alta tiene almenas y abrigos preparados para los defensores. Detrás del muro hay todavía una masa confusa de construcciones con grandes bloques de piedra porfídica en que se han labrado asientos (1).

Los restos de *Paramonga*, otra ciudad fortificada, se hallan igualmente en buen estado de conservación. *Paramonga* está situada no lejos del mar, sobre el que cae a pico un enorme acantilado aislado (Cerro de la Horca). Desde este acantilado hasta el último espolón de la Cordillera, ocho fortalezas se alzan en lo alto de eminencias cuya superficie superior ha sido allanada. Los siete fortines más alejados del mar están hoy caídos (2), pero el octavo, situado en el «Cerro de la Horca», se halla en un estado de conservación satisfactorio. El cerro es una roca que, por un lado, cae a pico desde una altura de 271 metros hasta el nivel del mar. Del lado de tierra, las ruinas se alzan sobre tres escalones sucesivos y están rodeadas, en la base, por ancha muralla de nueve metros de altura. El acceso a la fortaleza está provisto de obras avanzadas. Cada terraza está defendida por bastiones que no dejan más que un paso de ochenta centímetros, dominado por pequeñas murallas provistas de garitas que pueden contener cada una veinte hombres. Dos terraplenes completan las obras de guerra. En la plataforma superior había casitas, adornadas con pinturas, para la población, poco considerable, de la fortaleza (3).

Paramonga parece haber sido construída por los *yuncas*, pero los *quichúas* se apoderaron de ella más tarde. Las diversas partes del edificio están hechas de modo diferente. Los muros del lado norte son todos de adobes, los del lado sur de piedras talladas irregularmente, pero bien ajustadas (4).

A más de las otras ciudades fortificadas (*Marca Huamachuco*, *Cuzco*, etc.), el Perú poseía numerosos fuertes aislados, tales como el de *Huinchuz*, cerca de *Pomebamba*. Es un tronco de cono de seis escalones (5). Estos lugares son designados con

---

(1) SQUIER, *Perú*, págs. 499-500.
(2) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 75.
(3) ID., *ibid.*, págs. 75-77.
(4) ID., *ibid.*
(5) ID., *ibid.*, pág. 189.

el nombre de *pucaras*, palabra quichúa que significa «fortaleza».

Los Incas levantaban *pucaras* en todos los lugares donde se establecían, al mismo tiempo que templos y palacios. Bandelier ha descrito las ruinas de la *pucara* de la isla de Titicaca. Están situadas en una pradera pantanosa llamada «el Ahijadero». Se componen de muros muy gruesos (4 metros de anchura), que hoy tienen de medio a dos metros de elevación. Están hechos de barro y casquijo (1).

Arquitectura funeraria.—Los peruanos concedieron la mayor importancia a la construcción de los edificios funerarios. Las sepulturas de las diversas regiones del Perú presentan tipos bien definidos.

En la costa es donde se encuentran las necrópolis más vastas, y la de *Ancón*, situada a poca distancia de Lima, es célebre. Las sepulturas de *Ancón* son de épocas bastante diferentes. Unas han sido hechas por los *yuncas*, antiguos moradores del país, otras por los *quichúas*. Muchas tumbas son simples excavaciones hechas en la arena, en las cuales se han depositado las momias y el mobiliario fúnebre. Estos agujeros, bastante hondos, son a veces cónicos y tienen, además, cámaras laterales (2). El número de momias contenidas en estas fosas es variable, desde una a dieciséis (3). Tal forma de sepultura parece ser la más antigua. Es la que se usa exclusivamente en las necrópolis de *Ica* y de *Nazca* (4).



Fig. 209.—Tumba de pozo elíptico, en *Ancón* (según Wiener, *Pérou et Bolivie*).

---

(1) Bandelier, *The Islands of Titicaca and Koati*, pág. 199.

(2) Reiss y Stübel, *Das Todtenfeld von Ancon*, vol. I, cap. X, figura 1.

(3) Id., *ibid.*, Vol. I, Tafel X, fig. 3.

(4) P. Berthon, *Etude sur le Précolombien du Bas-Pérou* (*Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires*), París, 1911, fasc. 4, páginas 55-59.

La estación de *Ancón* contiene también verdaderas tumbas de pozo. Estas tumbas subterráneas están constituídas por cuatro paredes de adobes, en las cuales se han abierto nichos. Estos pozos son, las más de las veces, de forma rectangular, pero los hay elípticos (fig. 209). Están cubiertos por un tejadillo, plano o a dos aguas (1). Una modificación de este procedimiento de sepultura es la tumba de pisos. Los pisos no están dispuestos verticalmente unos encima de otros, sino en retirada, y forman una especie de escalera, cada uno de cuyos escalones tiene de metro y medio a dos metros de altura (2) (figura 210).

Por último, se han encontrado en *Ancón* momias colocadas debajo de grandes vasijas de barro o cubiertas con pedazos de cacharros (3). Esta forma de sepultura ha sido señalada

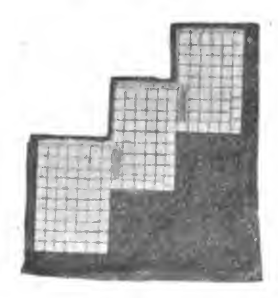


Fig. 210.—Tumba de pisos, en *Ancón* (según WIENER, *Pérou et Bolivie*).

en otro punto de la costa del Perú, en *Cañete*, cerca de Lima, por BASTIÁN (4), y en *Ica* por HUTCHINSON (5), pero sigue siendo muy poco frecuente en el Perú.

En *Miraflores*, en *Chorrillos*, en *Tambuinga* se encuentran, al lado de las tumbas en forma de foso o de pozo, túmulos de adobes, designados en el país con el nombre de *huacas* y que contienen sepulturas colectivas. Estos túmulos tenían la for-

---

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 528-529.
(2) ID., *ibid.*, pág. 529.
(3) REISS y STÜBEL, *Das Todtenfeld von Ancon*, volumen I, Tafel VIII; P. BERTHON, *Etude sur le Précolombien du Bas-Pérou*, página 58.
(4) BASTIÁN, *Die Culturländer des Alten Amerikas*, vol. II, página 916.
(5) HUTCHINSON, *Two Years in Peru*, Londres, 1873, vol. I, página 116.

ma de pirámide escalonada. Encima del basamento se colocaban hiladas sucesivas de adobes, dejando en el interior un espacio tanto más vasto cuanto más cercano se estaba al medio de la pirámide, como lo muestra la figura 211. En el piso inferior se encuentra casi siempre la momia de un jefe, que se conoce por la riqueza de su mobiliario fúnebre. Una vez depositados la momia y los objetos en la cámara, se rellenaba ésta con arena, luego se cubría con un techo de cañas que la separaba de la sepultura que se ponía encima, y así sucesivamente se hacía en los demás pisos (1). Las *huacas* eran de dimensiones muy distintas. Algunas sólo tenían 3 ó 4 metros de altura, otras alcanzaban 40 ó 60 (2). Las

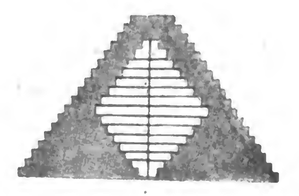


Fig. 211.—*Huaca* en forma de pirámide de la costa del Perú (según WIENER, *Pérou et Bolivie*).

pequeñas pirámides se distinguían muchas veces por un procedimiento de construcción especial: las bases no son de adobes, sino de piedra seca (3).

Ninguna de las sepulturas de la costa pertenece, propiamente hablando, al estilo arquitectónico de los *quichúas*. No obstante, los objetos en ellas encontrados proceden las más de las veces de la industria de los Incas.

En la región central del Perú, habitada por los *quichúas*, la forma de sepultura era muy distinta a las anteriores. Las tumbas del Perú central parecen haber sido en un principio cavernas naturales. Hay enterramientos de esta clase en *Paramonga* y en toda la región montañosa del Imperio de los incas, desde *Cajamarca* hasta *La Paz*, en Bolivia. Las cavernas se arreglaban casi siempre para el caso. En *Tarmatambo* y en *Concacha*, el techo natural está sostenido con pilares de obra

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 530-531.
(2) ID., *ibid.*, pág. 531.
(3) P. BERTHON, *Etude sur le Précolombien du Bas-Pérou*, página 103.

de fábrica. En *Pisac*, hay varios pisos de grutas funerarias (1). Muchas veces, las grutas están unidas unas a otras mediante galerías abiertas en la roca, como ocurre en el Rodadero, colina granítica próxima a *Cuzco*.

Por último, la región de *Cajamarca* contiene sepulturas de una clase particular. En *Incatambo* se ven tumbas triples, formadas por tres sepulturas, que cierran grandes losas. Están abiertas en el suelo y tienen un reborde de albañilería. En la misma localidad se encuentran galerías funerarias de dos o tres pisos. Cada una de estas galerías tenía una abertura en forma de horno, por la cual se entraban la momia y los bienes del difunto (2).

De esta suerte, a pesar de la conquista inca, las tradiciones locales se oponían a la unificación del estilo de los monumentos funerarios. Por otra parte, habría sido imposible a los *yuncas*, que habitaban una costa llana y arenosa, enterrar a sus muertos en cavernas, y los *quichúas* mismos adoptaron frecuentemente, en las orillas del Pacífico, la sepultura en simples fosas, como lo muestran las excavaciones de *Ancón*.

Construcciones agrícolas.—Los peruanos, que habitaban un país donde escaseaba el agua, hubieron de hacer prodigios para extender el cultivo a las regiones áridas. Sus mayores trabajos de arte agrícola son los *andenes* (3) y los canales de riego.

Los *andenes* eran terrazas escalonadas, dispuestas en las faldas de las colinas y con paredillas de piedra para retener las tierras e impedir su derrumbamiento. Se encuentran en toda la parte montañosa del Perú. Se conservan muy bien en ciertos puntos, como en *Ollantaytambo*, donde el espacio comprendido entre la fortaleza y la ciudad estaba reservado para el cultivo. Las terrazas estaban unidas unas a otras por escaleras (4). BANDELIER ha hecho una buena descripción de las que hay próximas al *Pilco Kayma*, en la isla de Titicaca. Hay todo un sistema de *andenes*, formado por once terrazas escalonadas. El total tiene 30 metros de altura sobre el *Pilco Kayma* y 60 sobre el lago Titicaca (5). Las paredes tienen, a intervalos, aberturas para dar paso al agua. La correspondiente a una terraza no cae directamente encima de la de la terraza inferior, de suerte que el agua que corría de la primera tenía que pasar una parte de la segunda antes de hallar salida (6). Los

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 533-535.
(2) ID., *ibid.*, págs. 535-537.
(3) La palabra *andén* ha sido compuesta por los españoles, con ayuda del vocablo quichúa *anti*, «montaña».
(4) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 330.
(5) BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*, pág. 291.
(6) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, pág. 603.

andenes, dada la altura de las terrazas superiores, no podían regarse por medio de canales. VON TSCHUDI ha supuesto que el agua era subida por obreros, en vasijas de barro (1).

En la región costera, donde las condiciones del cultivo eran muy distintas, no hay *andenes;* pero la irrigación, por el contrario, se practicaba ampliamente. Aun en las regiones del interior de la sierra, donde llueve por espacio de seis meses del año, los *incas* habían establecido un sistema de conducción de aguas. Los canales tenían frecuentemente longitudes considerables (centenares de kilómetros). SQUIER dice haberlos seguido días enteros y haber observado que se ajustaban a las sinuosidades del suelo, sostenidos aquí por grandes muros de fábrica, circulando más allá por concavidades abiertas en la roca viva y, a veces, por túneles abiertos en la misma. En los valles estrechos se alzaban verdaderos acueductos, de 15 a 20 metros de altura (2).

Pero en la costa del Pacífico, principalmente, era donde el sistema de riegos había adquirido gran desarrollo. Los *yuncas* no se contentaban con practicar sangrías en los ríos para conducir parte de las aguas a los campos de cultivo, sino que también construían, en lugares elevados, enormes pantanos donde se conservaba el agua procedente del derretimiento de las nieves. Uno de estos pantanos, situado en el valle de *Nepeña*, tiene 1.200 metros de largo por más de 800 de ancho. Lo forma un dique de piedra de 24 metros de ancho en la base, construído a través de una garganta entre dos colinas. Lo alimentan dos fuentes, situadas una a 22 kilómetros de distancia y a 8 la otra (3).

Los canales de riego se entrecruzaban a veces de una manera singular. En *Cabana,* al sur de *Huandoval,* dos canales se encuentran en una depresión montañosa y se cruzan. Uno lleva el agua a *Huandoval*, el otro a *Cabana*. Entre las dos montañas se ha construído un muro de dos metros de ancho por 37 de alto. Por la parte superior pasa el canal que surte a *Cabana.* El muro está atravesado perpendicularmente cerca de la base y da paso al otro canal que lleva las aguas a *Huandoval*, en la vertiente opuesta. Por bajo de estos dos canales subsiste otro, seco al presente (4).

Caminos y puentes.—Las diferentes ciudades del Imperio de los Incas estaban enlazadas por grandes caminos, cuidadosamente mantenidos. Tenían aquellos caminos de cinco a ocho metros de anchura. El firme era de *pirca* (mezcla de piedra partida y barro) y los bordes eran de piedras labradas. Iban

---

(1) VON TSCHUDI, *Organismus der Ketsua-Sprache*, pág. 47.
(2) SQUIER, *Perú*, págs. 218-219.
(3) ID., *ibid.*, pág. 289.
(4) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 544.

los caminos en línea recta, siempre que el terreno lo permitía. En las laderas de las montañas, en lugar de ir buscando la pendiente su zigzag, como hacen las modernas carreteras, iban todo lo derecho posible, y salvaban las diferencias de nivel mediante escaleras, cuyos escalones tenían por término medio 30 centímetros de altura (1).

Cuatro grandes caminos partían de *Cuzco* en dirección a las cuatro provincias del Imperio. El del sur, o del *Colla-Suyu*, llegaba hasta *Copiapo* en Chile, pasando por *Canchis, Arequipa, Arica, Tarapaca* y el desierto de *Atacama*. El de *Chincha-Suyu* o del norte, cruzaba por *Huanuco Viejo, Andaimayo, Incatambo, Cajamarca, Loja* y *Cuenca* y terminaba en *Quito*. El del este (*Anti-Suyu*), pasaba por *Ollantaytambo, Umaspampa* y terminaba en *Choquequirao*. El del oeste (*Cunti-Suyu*), pasaba por *Huillcashuaman, Huanta*, el territorio de los *jaujos*, el de los *huancas* e iba a reunirse con la gran vía de la costa que, partiendo de *Nazca*, terminaba en *Tumpis*, pasando por *Ica, Pachacamac, Chanchán* y *Piura* (2).

No hacemos más que un bosquejo muy sumario del sistema de caminos de los Incas. Aparte estas grandes vías, había otras muchas.

Cada medio kilómetro, había en los caminos construcciones pequeñas de piedra seca que servían de refugios a los correos del Inca *(chasquis)*. Estos refugios eran llamados *tambos* o *tampús*. De distancia en distancia había *tambos* más importantes que comprendían, a más de las casas donde comían los viajeros, corrales para los llamas (3).

Los puentes *(chacas)* eran de tres clases: en el Chavin de Huantar, cerca de *Huanuco viejo*, el camino cruza un afluente del *Tunguragua* sobre enormes dinteles de piedra, puestos de plano, y que se apoyan por ambos lados en hiladas de fábrica (4). No obstante, ese puente es casi único. Las más de las veces, los ríos eran atravesados por puentes colgantes, hechos con fibra de maguey.

La tradición atribuía los puentes al Inca *Mayta-Capac*. Se construían de esta suerte: a ambas orillas del río se hacían pilas de obra de fábrica, en lo alto de las cuales se sujetaban las cuerdas destinadas a sostener el puente. Eran éstas de multitud de fibras de agave y de un diámetro, por término medio, de 30 centímetros. Cadenas, hechas también con fibra de maguey, sostenían dos cables horizontales, encima de los cuales se colocaba la tabla (5).

En los ríos muy anchos, se tendían puentes de barcas, cuya invención se atribuía al Inca *Capac-Yupanqui*. Los flotadores

---

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 556-558.
(2) ID., *ibid.*, págs. 556-558, nota.
(3) ID., *ibid.*, pág. 159.
(4) ID., *ibid.*, págs. 560-561.
(5) ID., *ibid.*, pág. 562; BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 280.

eran haces de paja seca (balsas), unidos por fuertes cuerdas de *ichu (Stipa-Ichu)* y encima iba una tabla. Las cuerdas se renovaban cada seis meses (1).

Por último, en los lugares poco frecuentados y donde la elevación de las orillas no permitía tender con facilidad los puentes, los peruanos ponían *uruyas*. Esta especie de transportador estaba constituído por una cuerda sin fin de la que colgaba un cesto de mimbre en el que cabía una persona. La cuerda sin fin pasaba por encima de dos pilares, situados a ambas orillas del río. En cada mitad iba atada una cuerda que llegaba a tierra. Con ayuda de ésta se hacía resbalar la cuerda sin fin en las poleas de madera que había en los pilares, en un sentido u otro, y el cesto era trasladado a una u otra orilla(2). Esta manera de pasar los ríos se utilizaba, sobre todo, en el norte del Imperio, cerca de *Cajamarca* y en la provincia de *Jauja* (3).

Navegación.—Los peruanos, que eran tan buenos arquitectos, pueden figurar entre los pueblos más atrasados del mundo en materia de navegación. Para los transportes por agua se utilizaba, sobre todo, la *balsa*, todavía hoy en uso entre los indios de la costa. Se hace la balsa con uno o varios haces de cañas atados. Tiene la forma de huso, los dos extremos levantados como el cuello del cisne. El marinero se monta en esta barca primitiva, las piernas metidas en parte en el agua, y hace avanzar la balsa con un remo de dos palas (4).

A más de estas embarcaciones, los peruanos utilizaban, para la navegación y el transporte de las mercancías de poco peso, *balsas* hechas con maderos, debajo de los cuales ponían calabazas que hacían oficio de flotadores. Estas balsas tenían dos varales, entre los cuales iba sujeto el marinero, metido en el agua hasta los sobacos y que gobernaba la embarcación mediante movimientos de sus piernas (5). No obstante, los *quichúas* conocieron también las barcas (*huampa*), de que se servían, sobre todo, para la navegación fluvial, utilizando las *balsas* únicamente los indígenas de la costa para la navegación marítima (6).

Quizá el uso de las barcas no se introdujo entre los peruanos sino después que hubieron tenido contacto con los pueblos salvajes del Amazonas.

---

(1) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 281.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales*, libro III, cap. XVI. Véase BREHM, *Das Inka-Reich*, págs. 281-282.

(3) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 563.

(4) SQUIER, *Perú*, pág. 245. Véase BREHM, *Das Inka-Reich*, páginas 245-446.

(5) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 246.

(6) ID., *ibid*.

Ciudades.—Más todavía que en Méjico, las ciudades desempeñaban importante papel en el Imperio de los incas. El Perú poseía los centros de población más grandes de toda América: *Cuzco*, *Chanchán*, etc.

Los autores antiguos nos han dejado descripciones de *Cuzco* menos completas quizá que las de Méjico, pero cuya comprobación resulta más fácil, por razón de conservarse mejor las ruinas. La ciudad está situada en una llanura regada por los ríos *Huatanay* y *Tullumayu*, al pie de las colinas: el *Sacsayhuamán* y el *Rodadero*. Se componía de dos partes, una llamada la ciudad alta (*Hanan Cuzco*), la otra la ciudad baja (*Hurin Cuzco*). Estas dos partes estaban separadas por una gran vía, el camino del *Anti-Suyu*. Cada una estaba dividida a su vez en dos mitades por los caminos que llevaban a las otras provincias del Imperio. Estas cuatro secciones se dividían, asimismo, en trece barrios. El primero de ellos, el *Collcampata*, era considerado el más antiguo. Ocupaba, al pie del *Sacsayhuamán*, una terraza en la que, decía la leyenda, *Manco Capac* había construído su casa. Los otros barrios tenían nombres tomados ya del origen de las gentes que los habitaban, ya de sus ocupaciones, ya de particularidades locales (1). Casi en el centro de la ciudad se encontraba la plaza mayor (*Haucaypata*), donde tenían lugar las primeras ceremonias de la fiesta de *Raymi*. No lejos de allí, en un triángulo limitado por los dos ríos y el *Collcampata*, se alzaban el Palacio del Inca, el *Coricancha* y el claustro de las Vírgenes del Sol, así como las viviendas de los altos funcionarios del Imperio. En los otros barrios y en los arrabales que rodeaban la ciudad, vivían gentes de todas las provincias del *Tahuantin-Suyu*, que se agrupaban por nacionalidades y conservaban su traje primitivo (2).

La ciudad tenía más de dos kilómetros y medio de larga (3), y pueden todavía seguirse sus límites. En muchos puntos, las casas españolas se han construído sobre cimentaciones peruanas. La iglesia de Santo Domingo descansa en los cimientos del gran templo del Sol.

Las construcciones del *Sacsayhuamán* han conservado su carácter primitivo. Son recintos de aparejo ciclópeo, de una altura media de cinco metros, que se extienden en más de 300 de longitud. La colina del *Rodadero* está cubierta de bloques graníticos, en los que se han labrado asientos, nichos y esca-

(1) MIDDENDORF, *Perú*, vol. III, págs. 474-475, da la lista de los barrios de *Cuzco*. Véase SQUIER, *Perú*, págs. 428-429.

(2) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro III, cap. XX; libro VII, cap. XXIX. Véase MIDDENDORF, *Perú*, vol. III, págs. 474-475; SQUIER, *Perú*, págs, 428-429; WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 306-310.

(3) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 310.

leras (1). En el interior hay cavernas funerarias, a las que se llega por galerías artificiales abiertas en la roca.

Otras ciudades de la época de los Incas, que no han sido asiento de la ocupación española, se conservan mejor que *Cuzco*. Entre ellas hay que señalar *Ollantaytambo*. Las ruinas se dividen en cinco partes: la fortaleza, hoy llamada «el Castillo», los *andenes* o terrazas de cultivo, la ciudad antigua, las construcciones llamadas «Horca del hombre» y «Horca de la mujer», situadas en la ladera opuesta al Castillo, y, por último, el puente sobre el río *Huillcamayu*, cuyas pilas están todavía en pie (2). Hemos descrito ya la fortaleza, que está situada al oeste de la ciudad, de la que la separan los *andenes*. Se penetra en la ciudad por una puerta llamada *Cuichy-Puncu*, «Puerta del arco iris», que da a una gran plaza, el *Manay Racay* o «Patio de las peticiones» (3). La ciudad se encuentra en excelente estado de conservación, y algunos de los edificios continúan, en el momento actual, habitados por los indios. El examen de la figura 212 dará cuenta de la disposición de las construcciones. Representa a *Ollantaytambo*, los *andenes* y la fortaleza. Las manzanas de casas están limitadas por las calles, que se cortan en ángulo recto. Estas calles tienen próximamente 4,20 metros de anchura, y, por las que van paralelas al río Pallata corren canales, que se pasan por encima de losas de piedra.

La «Horca del hombre» y la «Horca de la mujer» (4) son pequeñas construcciones situadas más al este y no figuran en el plano. Se alzan encima de una roca que cae a pico desde una altura aproximada a 300 metros. La primera tiene un corredor sobre el borde mismo de la roca. Desde allí se precipitaba a los criminales del sexo masculino (5). Por bajo de la «Horca del hombre», a poca distancia, en una meseta resguardada, se encuentran las prisiones. Más lejos todavía, en el camino que va de *Ollantaytambo* a *Urubamba*, está el puente colgante. Como el río es muy ancho en este lugar, una pila de obra de fábrica, sirviendo de descanso, se ha construído en medio del cauce (6).

Las edificaciones hechas por *Tupac Yupanqui* en la isla de Titicaca muestran lo que era una gran ciudad de la época de los Incas. Las ruinas constituyen cuatro grupos. El del sudeste, situado a orillas del lago, comprende lo que se ha llamado desembarcadero del Inca, plataforma a la cual se llega por

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 311-312.
(2) ID., *ibid.*, págs. 335-336.
(3) SQUIER, *Perú*, pág. 503.
(4) Es decir, «lugar de ejecución de los hombres» y «lugar de ejecución de las mujeres».
(5) SQUIER, *Perú*, pág. 502-503.
(6) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 345, y figura de la pág. 344.

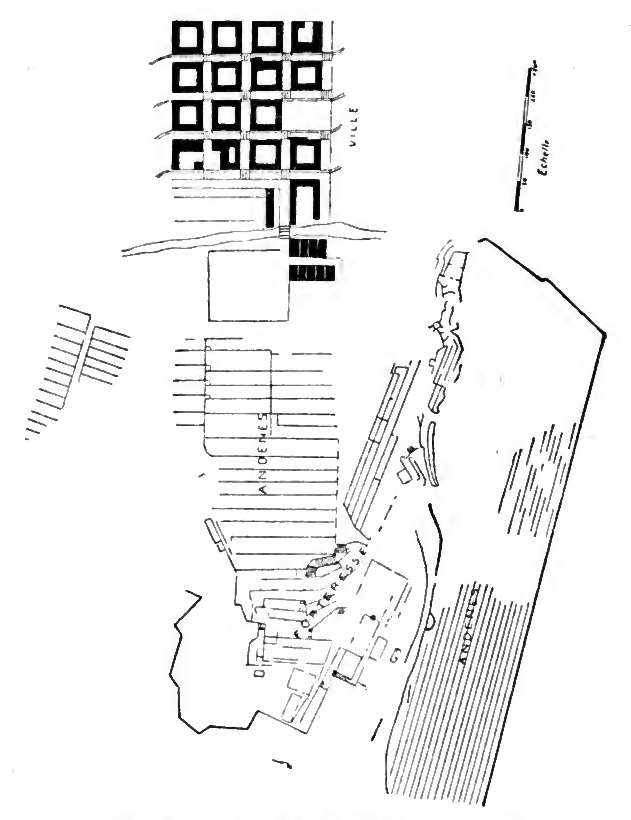


Fig. 212.—Plano de la ciudad de *Ollantaytambo* (hecho por el autor según las figuras de WIENER, *Pérou et Bolivie*).

escaleras y que coronan dos construcciones rectangulares (1), las del *Pilco-Kayma* que hemos descrito, y *andenes* de una ex-

(1) SQUIER, *Perú*, págs. 333-334.

tensión considerable, así como la «Fuente del Inca» o «Baño del Inca», estanque que tiene 12 metros de largo por tres de ancho, con pavimento en el fondo y paredes de piedra (1), al que llega el agua por cuatro conductos de piedra. El segundo grupo comprende los restos de la *Pucara* o fortaleza anteriormente descrita. El tercero, las ruinas llamadas de *Kasapata.* El cuarto, en fin, las ruinas del noroeste, compuestas de cierto número de construcciones y de la «roca sagrada», cerca de la

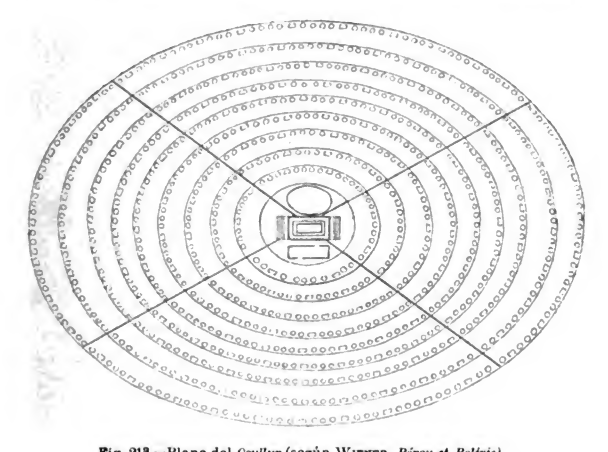


Fig. 213.—Plano del *Coyllur* (según WIENER, *Pérou et Bolivie).*

cual se alzaba en otro tiempo el templo del Sol (2), y de vastos *andenes.* Todos estos edificios estaban unidos por caminos (3).

En el norte del Perú existe una aglomeración de tipo enteramente especial. Está situada en las cercanías de *Incatambo* y es conocida con el nombre de *Coyllur,* «la estrella» (4). Los restos de esta ciudad se alzan en un valle plano, próximamente de cuatro kilómetros cuadrados. Del lado sur, hay una laguna. La ruina está construída encima de una roca granítica de

(1) SQUIER, *Perú*, pág. 341. Véase BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*, págs. 198-199.
(2) BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, publicada por M. Jiménez de la Espada, vol. IV, págs. 61-62.
(3) BANDELIER, *The Islands of Titicaca and Koati*, págs. 187-189.
(4) En la localidad se dice *Coyor.*

forma oval, casi elíptica. El eje mayor mide 400 metros próximamente y 300 el menor. Durante la estación de las lluvias, la laguna sube y todo el valle se encuentra inundado. Sólo el pedestal de granito queda por cima del nivel de las aguas. En cima de este pedestal, los peruanos han establecido sus viviendas. Luego han alzado sucesivamente nueve plataformas concéntricas. La última es una elipse de 30 metros de longitud. Las habitaciones estaban dispuestas en el contorno de las terrazas. La mayor parte eran circulares, pero cierto número tenían forma rectangular. Los pisos comprendían cavidades que servían para la inhumación de los moradores de la comunidad. Las entradas de las cámaras funerarias estaban dispuestas en la tercera y en la séptima terrazas. De esta suerte, el *Coyllur* parece haber sido copia de las *huacas* o tumbas piramidales de la costa, en cuyas gradas se habrían construído viviendas. Encima de la terraza superior hay varios edificios de

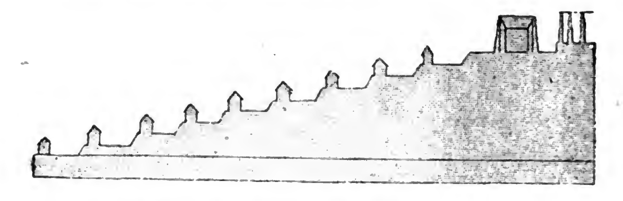


Fig. 214.—Corte del *Coyllur* (según Wiener, *Pérou et Bolivia*).

dimensiones más grandes, quizá templos. Por último, la aglomeración entera está dividida en cuatro partes por muros que bajan hasta la fila inferior (1).

Por desgracia, no conocemos de *Coyllur* más que el plano y las vistas que tomó Wiener y que ha acompañado de una descripción muy incompleta (figs. 213 y 214). Nos parece probable que este edificio no pertenezca al estilo quichúa y que su construcción deba atribuirse a alguna tribu de *yuncas*.

§ II. — La caza, la agricultura y la cría de ganados

Eran los peruanos, en la época de la conquista, pueblo esencialmente agrícola. No obstante, los productos de la caza

(1) Wiener, *Pérou et Bolivie*, págs. 131-133.

y de la pesca ocupaban importante lugar en la alimentación.

Caza. — No era libre la caza entre los *quichúas*. Todos los años, el *Inca* verificaba una gran cacería (*chacu*), en la que tomaban parte miles de ojeadores. Estos se esparcían por montes y valles, formaban inmenso círculo e iban acorralando a cuantos animales encontraban. No tenían derecho a matar sino a las fieras que constituían para ellos una amenaza. El círculo que formaban se estrechaba poco a poco, hasta que los animales estaban cerca del *Inca* y de su séquito, que mataban la caza a placer. Los animales que se comían eran distribuídos en dos clases: los de la primera, los más apreciados por la finura de su carne, tal como los *huanacos* nuevos, vicuñas, ciervos, eran reservados para la mesa del Inca y de los grandes dignatarios; los otros eran cedidos al pueblo. Los *quipucamayoques* y los *quipues* registraban y conservaban en los archivos reales el número de animales muertos (1).

En las provincias, constituía un deber para los *curacas* organizar cacerías oficiales (2). Las grandes cacerías del *Inca* tenían lugar en el distrito de *Huamachuco*, y algunos jefes tenían derecho de caza en los cotos de *Cumana* (3).

En cuanto al vulgo, no tenía derecho a cazar sino cada cuatro años (4), a menos que las incursiones de los animales silvestres en los campos hiciera necesaria su destrucción. El resto del tiempo tenían que contentarse con matar los patos silvestres (*huallatas*), las gallinas (*hualpas*) y las palomas (*culcas*) que encontraban en el término de sus aldeas, y habían de entregar el producto de su caza a las autoridades, que lo trasmitían a los funcionarios del Inca (5).

Pesca.—No ocupaba la pesca gran lugar en las ocupaciones de los *quichúas*, que diferían naturalmente en este punto de las de los pueblos de la costa.

Como la caza, la pesca estaba severamente reglamentada. Toda ella era recontada por funcionarios especiales, llamados *chalhuacamayoques*, que reservaban cierta cantidad para el *Inca* y se quedaban con alguna también, a título de retribución por su trabajo (6).

Los pescadores se servían de anzuelos, recortados en conchas, o de cobre fundido, o de nasas hechas con fibras de ma-

---

(1) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro VI, cap. VI. Véase Brehm, *Das Inka-Reich*, páginas 241-243.

(2) Brehm, *Das Inka-Reich*, pág. 243.

(3) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, I, pág. 578.

(4) Brehm, *Das Inka-Reich*, págs. 240-241.

(5) Id., *ibid.*, pág. 243.

(6) Id., *ibid.*, pág. 244.

guey, que a veces tenían 30 metros de largas. Pescaban también con harpón los peces grandes. El harpón, de cobre, iba atado a una cuerda de 30 a 35 metros de larga, que se sujetaba por el otro extremo a una balsa en que iba el pescador (1).

Agricultura.—Por la agricultura el país de los Incas se había hecho grande, y gracias a ella su sistema social particularísimo podía mantenerse.

Todas las ocupaciones agrícolas eran sancionadas solemnemente por el Inca en persona. Inauguraba las labores del año cultivando el campo de *Colcampata*, consagrado al Sol. Salía de su palacio, acompañado de todos los miembros masculinos y femeninos de su familia, magníficamente vestidos y llevando una especie de azada u otro instrumento aratorio de oro. Todos iban al campo y sembraban granos de maíz dorado. Ningún profano podía poner el pie en el campo sagrado o servir de auxiliar al *Inca* en esta ceremonia, pero toda la población de *Cuzco* se regocijaba y entonaba el canto de triunfo (*haylli*), en honor del Sol y de su hijo hecho hombre (2).

Una vez terminada la ceremonia, los *chasquis* o correos iban a notificarla a las provincias, y cada *llactacamayoc* o cabecilla de aldea anunciaba a sus subordinados que había llegado el tiempo de sembrar. Todos los labradores debían ir al día siguiente por la mañana a cultivar sus tierras (3).

El *Inca* inauguraba también los trabajos de la recolección. Iba de nuevo con los miembros de la familia real al campo de *Colcampata* y recogía el maíz. Parte de lo recolectado se conservaba en el templo del Sol para sembrar el campo sagrado al año siguiente, otra se distribuía entre los favoritos del emperador (4).

Hemos dicho anteriormente que las tierras eran divididas en tres clases: las del Sol, las del Inca y las del pueblo. Todos los campos situados alrededor de *Cuzco*, en una circunferencia de 300 kilómetros, dícese, se consideraban como tierras del Sol, y sus cosechas se guardaban para mantenimiento de los sacerdotes, de los servidores de los templos y de las gentes incapacitadas para el trabajo.

Los labradares debían empezar sus trabajos por las tierras del Sol, y luego labrar las destinadas a proveer a su sustento. Terminaban labrando las tierras del Inca (5).

Cada hombre debía cultivar su *tupu*, que le era designado

---

(1) BREHM, *Das Inka-Reich*, págs. 244-245.
(2) ID., *ibid.*, pág. 248.
(3) ID., *ibid.*
(4) ID., *ibid.*, pág. 250.
(5) BASTIAN, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, pág. 567. Véase BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 249.

por el *llactacamayoc* y cuyos límites marcaban mojones (1). Era ayudado en esta tarea por todos los miembros de su familia. El hombre cavaba la tierra y labraba, sembraba yh acía la recolección; las mujeres escardaban el terreno, desgranaban las mazorcas y las mondaban (2).

Los instrumentos de que disponían los peruanos eran de lo más primitivo. Para arar usaban principalmente el *taclla* o *yapuna*. Era un pedazo de madera, de un metro próximamente de largo, llano por un extremo y de cuatro dedos de ancho. A poca distancia del extremo había dos palos en forma de cruz, sujetos fuertemente, sobre los cuales el labrador colocaba el pie para meter la punta plana en el suelo (3). Era, en suma, una especie de pala. Los terrones eran desmenuzados con la mano por las mujeres que servían de auxiliares y que seguían al labrador. Quitaban también las raíces de cosechas anteriores, lo mismo que todas las piedras. Una vez sembrado el grano, se daba paso al agua de riego y los surcos se llenaban de agua.

Raras veces cultivaban los peruanos la misma tierra dos años seguidos, dejándola descansar durante períodos que variaban de uno a diez años (4). Había, pues, constantemente *andenes* desocupados.

Quizá este reposo prolongado de las tierras se debía a razones religiosas, porque la fertilidad natural del suelo en una gran parte del Perú hubiera permitido un cultivo más intenso y los *quichúas* conocían los medios de hacer producir, a terrenos agotados, buenas cosechas. Practicaban, en particular, el abono de los campos con estiércol. Utilizaban para ello el guano (en quichúa *huanu* o *puhu-huanu)* que los naturales de *Tarapaca*, iban a buscar en balsas a las islas costeras (5). Gracias al uso de este abono, así como al perfeccionamiento de los riegos, los campos daban varias cosechas al año (6).

Las plantas de cultivo eran muchas, sobre todo el maíz *(sara)*, la *quinua (chenopodium quinoa)*, el pimiento *(uchu, arnauchu)*, las judías *(purutu)*, los limones y la *coca*. En los terrenos malos y difíciles de regar se cultivaba la patata *(papa)*, diversas especies de *oxalis* o raíces tuberculosas *(oca, añu)*, la

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro V, cap. III. Véase BASTIAN, *Die Culturländer*, volumen I, página 565; BREHM. *Das Inka-Reich*, pág. 249.

(2) BASTIAN, *Die Culturländer*, vol. I, pág. 565.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro VI, cap. V.

(4) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, págs. 605-606.

(5) CIEZA DE LEÓN, *Primera parte de la Crónica del Perú*, capítulo LXII.

(6) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 254.

batata *(apichu)*. En las huertas próximas a las ciudades se cultivaban *ananas (achupalla), anonas (chirimoyas)*, plátanos y diversas frutas especiales del Perú: la *sahuinta* o goyave, la *palta (Persea grattissima)*, el *rucma, ussun*, etc. Por último, campos enteros estaban dedicados al cultivo del agave (*chuchau*), de múltiples aplicaciones (1).

Los cereales y las legumbres que pueden conservarse secas eran encerradas en graneros (*pirua* o *colca*), hechos de adobes y que podían contener hasta 150 hectólitros. Cada granero estaba dedicado a una clase de cereal o de legumbre (2).

Cocina.—La base de alimentación de los peruanos era el maíz. Se cocía con agua para preparar una especie de *polenta* (*hipi, mucu*). El maíz cocido, sazonado con pimienta encarnada y distintas hierbas, se moldeaba en budines (*api*). De esta suerte se consumía medio asado *(harui)* o asado del todo (*chechi*). Con él se confeccionaba una especie de pan (*tanta*) y las tortas que se consumían en las fiestas.

Fermentado con agua, servía para preparar la bebida nacional de los peruanos, el *aca*, más conocida con el nombre de *chicha* (3). Con la malta procedente de la fabricación del *aca* se hacía otra bebida espumosa bastante alcohólica, llamada *huiñapu*. El consumo de ella estaba totalmente prohibido a las gentes del pueblo, por temor de que la embriaguez les indujese a producir desórdenes (4).

Con el *aca* se preparaban otros brebajes, mezclando diversas sustancias: semillas de *quinua*, las del árbol *mulli* (*Schinus molle*) (5) o aún pimiento (*uchu*) (6).

Los *quichúas*, cuando emprendían viajes largos, llevaban en calidad de provisiones maíz asado, *charqui* (carne seca) y sobre todo *coca*. Las hojas de *coca* iban metidas en un saco (*chuspa)*, mezcladas con *llipta* (ceniza alcalina de las hojas de *quinua*). Se envolvía un poco de *llipta* en una hoja y se machacaba todo. La *coca* permite hacer grandes esfuerzos musculares sin sentir fatiga ni hambre. En la época de los Incas, el

(1) Brehm, *Das Inka-Reich*, págs. 255-256.

(2) Id., *ibid.*, pág. 256.

(3) La palabra *chicha* pertenece al idioma de los insulares de Haiti, que preparaban una bebida análoga, y fue introducida por los españoles. En dialecto del *Chincha-suyu* se llamaba *ashwa* y en aimara *cusa*.

(4) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro III, cap. LXI; Jesuíta anónimo, *Relación de las costumbres.....*, pág. 197.

(5) Cieza de León, *Primera parte de la Crónica del Perú*, capítulo CXII; Garcilaso de la Vega, caps. I y II; Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, pág. 264.

(6) Garcilaso, *lug. cit.*

cultivo de esta preciosa planta estaba reglamentado. Debíase cultivar solamente una cantidad determinada, y su uso era permitido por los altos funcionarios a algunos individuos, y como favor (1).

Cria de animales y animales domésticos.—Los peruanos eran los únicos, entre los pueblos americanos, que conocían la cría de animales. Por otra parte, poseían más animales domésticos que los mejicanos.

El perro (*alcu*) era de una clase especial. Los autores antiguos concuerdan en juzgarle muy distinto a los perros de Europa, a los que los peruanos daban un nombre especial. Es probable que el *alcu*, cuya especie parece hoy extinguida, fuera un descendiente de los canideos silvestres que todavía hay en el país (*canis magellanicus*, *jubatus*, etc.).

Otro animal doméstico, que el Perú ha dado, por otra parte, a Europa, era el conejo de Indias (*cuy*). Se criaba en grandes cantidades y su carne, muy afamada, era consumida por todas las clases de la población (2).

Los peruanos criaban también diversas especies de gansos y patos (*Ñunuma*, *Guayaiz*) (3).

Pero lo que principalmente distingue a los habitantes del Perú de los otros aborígenes de América, es el haber poseído rebaños de camelideos, los *llamas*.

Con el nombre de *llamas* se comprenden especies de animales diferentes: el *llama* (*auchenia lama*), la *vicuña*, el paco o alpaca (*paco*), el guanaco (*huanacu*). Estas cuatro especies difieren bastante poco unas de otras, pero solamente el *llama* y el *paco* formaban los rebaños de los pueblos del Perú.

Los *llamas* eran designados, por el tiempo y el color que tenían, con nombres diferentes: los pequeños eran llamado *china llama;* los de mediana edad, *malta llama;* los de color amarillento, *chumpi llama;* los de lana blanca, *cuylla llama.* etc. (4).

Cobo nos dice que los peruanos distribuían sus rebaños en dos especies principales: los *llamas* y los *pacos*.

Los *pacos* se utilizaban para carne y para lana (5). Los *llamas* propiamente dichos eran empleados como animales de carga. Cargaban por término medio 35 kilos, pudiendo el animal recorrer así al día una distancia de 50 a 80 kilómetros; pero había que cuidarlos y tratarlos muy suavemente, sin lo

(1) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, página 599.
(2) Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. II, pág. 306.
(3) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, página 577.
(4) Markham, *General language of the Incas*, pág. 98; Von Tschudi, *Organismus der Khetsua-Sprache*, pág. 377.
(5) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. II, pág. 321.

cual se volvían reacios y no era posible hacerles sufrir la carga (1).

Nunca han sido los llamas animales de tiro, ni tampoco han servido como montura. ZÁRATE refiere que los españoles que iban con Almagro, una vez que hubieron perdido sus caballos, quisieron montar los llamas del país, pero que los animales no pudieron aguantar el peso (2). Los más viejos de los animales de uno y otro sexo eran reservados para los sacrificios. La carne se consumía entonces y la piel se conservaba para distintos usos (3).

Los rebaños de *llamas* y de *pacos* estaban reunidos en terrenos especiales, alrededor de las aldeas y ciudades. En esto, como en otras cosas, intervenía la distinción entre las diversas clases de la sociedad. Los simples ciudadanos tenían derecho a poseer una pareja de llamas. Estaban autorizados para matar las crías de ella, o bien la pareja, a condición de sustituirla por un número igual de animales.

Los *curacas* poseían rebaños de *llamas*, pero no debían ser de muchas cabezas. El *Inca* y el Sol eran propietarios de rebaños innumerables. La carne de los *pacos* servía para el aprovisionamiento de la mesa imperial y de la de los sacerdotes, la de los *llamas* se distribuía de igual modo. Guardaban los rebaños pastores llamados *llamamichecos*, a las órdenes todos de un intendente (*llamacamayoc*). Debía éste llevar cuenta exacta del ganado confiado a su custodia. En sus cuentas había de anotar, no solamente el número de cabezas, sino también diferenciarlas según el color del pelo, por medio de *quipus* de tintes especiales (4).

§ III.—Vestido y adorno

Adorno del cuerpo y tocado. — No parece que los peruanos tuvieran, como los mejicanos, la costumbre de pintarse el cuerpo. Parece que el tatuaje les fue asimismo desconocido.

Dedicaban el mayor cuidado a su tocado. Variaba la disposición de los cabellos según las tribus. Para cortarlos se em-

---

(1) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 258.

(2) AGUSTÍN DE ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y de la conquista del Perú*, libro III, cap. II.

(3) Es probable que la carne de llama se reservara para el pueblo y que los grandes dignatarios del *Inca* comieran la carne, más delicada, del *paco*.

(4) BREHM, *Das Inka-Reich*, pág. 257.

pleaba el cuchillo de cobre de corte transversal (*tumi*) (1). La mayor parte de los peruanos se ceñían a la cabeza una cinta de tela (*uncha*) o banda metálica. Los habitantes de la provincia de *Chachapoyas* empleaban para este uso una honda (2). El *Inca* era el único que tenía derecho a llevar el *llautu*, cinta de lana de llama, de color encarnado. Los *curacas* y los miembros del clan inca se adornaban con el *paycha*, cinta de color castaño o amarillo, adornada con lazos (3). Se han encontrado en las sepulturas tocados de plumas que recuerdan los de los indios salvajes del Amazonas (4), y tiras para ceñir a la frente hechas de una lámina de plata, adornada con pajitas del mismo metal sujetas con un hilo muy fino. Estas bandas metálicas se



Fig. 215. — Estatuita de plata que servía de adorno para la frente (según P. Berthon, *Précolombien du Bas-Pérou*).



Fig. 216.—Indio con el tocado colla llamado *chucu* (según un vaso pintado de la colección Macedo).

encuentran hasta en el Ecuador, y sabemos que los indígenas de la región de *Piura* llevaban adornos de cabeza de plata y oro, con incrustaciones de nácar (5). En la costa se encuentran también estatuitas de plata que se colgaban en la frente con cuerdecitas (fig. 215) (6). Los *huamachucus*, según Garcilaso de la Vega, llevaban en el pelo una placa de plata en forma de media luna (7).

---

(1) Oliva, *Historia del Perú*, pág. 55.
(2) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, pág. 586.
(3) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. IV.
(4) Wiener, *Pérou et Bolivie*, pág. 661.
(5) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, pág. 587.
(6) P. Berthon, *Etude sur le précolombien du Bas Pérou*, pág. 119.
(7) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. XV.

Otros pueblos del Perú no se sujetaban el pelo con cinta. Los habitantes de la provincia de *Cajamarca* lo metían dentro de una redecilla, los *chancas* se hacían trenzas (1) y los *huacrachucus* llevaban cuernos del *Cervus casiacus*. Los *collas* o *aimaras* usaban el *chucu*, especie de capuchón de lana o de algodón (figura 216). Este tocado se representa muchas veces en los vasos peruanos. Del *chucu* derivaba el casco de los guerreros quichúas, relleno de algodón.

El adorno del cuerpo comprendía los collares, brazaletes, pendientes y sortijas. Los collares (*hualcas*) se han encontrado con gran abundancia en las sepulturas. Unos están simple-



Fig. 217.—Collar de lapislázuli y de oro (según Berthon, *Précolombien du Bas-Pérou*).

mente hechos con semillas, otros con dientes de puma o de pécari, otros, finalmente, como el que reproduce la figura 217, con piedras raras (lapislázuli, entre otras) o coral, alternando con figuritas de oro y unidas con cuentas de oro.

Los brazaletes y las sortijas están hechos con placas de cobre o de oro repujadas.

Los pendientes *(pacus)* son más curiosos. «La forma habitual de estos adornos es un pequeño cilindro de 3 a 5 centímetros de largo y 4 a 6 de diámetro. En uno de los extremos del cilindro va sujeta una rodajita, cuyo diámetro varía de 6 a 8 centímetros, y que lleva dibujos, incrustaciones de hueso, de nácar, etc. Este adorno estaba sujeto por un hilo de algodón que rodeaba la oreja, de suerte que el cilindro venía paralelo

(1) Bastian, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, pág. 587.

a las sienes, y la rodaja a la cara» (1). Los adornos para la oreja eran de madera o de barro cocido muy fino, raras veces de metal. Se encuentran muchas veces, en particular en las excavaciones de *Ancón*, cilindros de caña, en los cuales se ha introducido gran número de briznas de paja formando rosas.

Los *huancavilcas* del norte del Perú usaban adornos de nariz. Los hombres llevaban grandes placas que caían hasta taparles la boca, y las mujeres anillas tan pesadas que la nariz se alargaba hacia abajo (2).

Las excavaciones han dado un número considerable de objetos de tocador. Son sobre todo pinzas para depilar, de cobre o de plata; limpia-oídos, hechos con los mismos materiales; peines de madera recortada y tubos que han servido para contener afeite, las más de las veces encarnado.

Vestido.—El vestido de los hombres comprendía esencialmente tres partes: la túnica (*uncu*), el capote (*yacolla*) y la sandalia (*usuta*).

El *uncu* era una especie de camisa sin mangas, o con mangas muy cortas, más ancha por los hombros que por abajo (3). Se hacía de una pieza de tela de algodón o de lana de llama y tenía las costuras a los lados.

El *yacolla*, todavía usado en toda la América andina con el nombre de *poncho*, tiene como el capote llamado de monte, una abertura en medio para pasar la cabeza. Los ponchos estaban frecuentemente adornados con plumas de diversos colores o cubiertos de láminas pequeñas de plata (4). El *yacolla* se sujetaba a los hombros con grandes alfileres de cobre o de plata (*tapus*).

La *usuta*, en su forma más sencilla, es una suela de cuero o de fibra de pita trenzada, sostenida con dos cintas que pasan por entre el dedo gordo y los otros dedos del pie. Pero hay otros medios de sujetarla: la suela está provista de correas o de cintas que se atan, a la manera del coturno, alrededor del tobillo. A veces aun, la *usuta* viene a ser un verdadero calzado calado (5).

El vestido de las mujeres se componía de una túnica (*anacu*) y un chal (*lliclla*), a veces completados por el *chumpi*, faja ancha de tela que las mujeres se arrollaban varias veces al vientre (6). El *anacu* era una especie de saco largo, que cubría el cuerpo desde los sobacos a los pies, y cuyos bordes superio-

---

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 669-670.
(2) BASTIAN, *Die Culturländer des alten Amerika*, vol. I, pág. 585.
(3) BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. IV, pág. 160,
(4) P. BERTHON, *Etude sur le Précolombien du Bas-Pérou*, pág. 122.
(5) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 679.
(6) BERNABÉ COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. IV, pág. 162.

res se recogían sobre los hombros y se sujetaban por medio de *tupus*.

La *llicla* era una especie de chal, que se ponía sobre los hombros y se sujetaba por delante con ayuda de un *tupu* (1).

§ IV.—Artes industriales (tejido, trabajos en madera y en piedra, cerámica, metalurgia)

Tejido y fabricación de telas.—El clima seco del Perú ha hecho posible la conservación de telas antiguas, que nos permiten apreciar el valor de los tejedores quichúas de otros tiempos. Estas telas son notables, no solamente por lo delicado del tejido, sino por la belleza y la variedad del adorno. Las materias primas eran el hilo de agave, usado para la urdimbre de las telas fuertes, el algodón *(utcu)*, principalmente usado en territorio yunca, y la lana de los animales del género *auchenia* (llama, vicuña, paco). El pelo de murciélago y las plumas servían para el adorno.

Había cinco clases principales de tejidos de lana: el *anasca* (2), tejido burdo de lana de llama, con el que se hacían los ponchos de la gente del pueblo; el *cumpi*, tela fina y suave de lana de alpaca o de vicuña; otra, análoga a la anterior, pero adornada con plumas; otra en que a las plumas sustituían pequeñas láminas de plata o discos de nácar *(chaquira)*, y el *chusi* por último, especie de fieltro muy grueso que servía para hacer las alfombras (3). Las telas más lindas se hacían con pelo de murciélago. Tenían el brillo de la seda e incomparable suavidad (4).

En las sepulturas se encuentran en gran abundancia husos (*puchca*). Son agujas de madera de 20 a 30 centímetros de largas, perfectamentes redondeadas, y que tienen en el tercio inferior un collarín. Este, las más de las veces cilíndrico, es de madera esculpida y grabada con muy distintos dibujos. No obstante, algunos son de barro cocido y tienen forma troncocónica.

Para hilar, los peruanos metían el algodón o la lana en una calabaza. Una punta se arrollaba a la rueca (*calla*), que se soste-

(1) Cieza de León, *Primera parte de la Crónica del Perú*, capítulo CXLVI.
(2) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. V.
(3) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. IV, págs. 205-207.
(4) Brehm, *Das Inka-Reich*, pág. 261.

nía con la mano izquierda, teniendo el huso en que se arrollaba el hilo en la mano derecha. A veces no se utilizaba la rueca, y el hilo se arrollaba directamente en el huso (1).

Los peruanos no tejían, en el sentido que nosotros damos a la palabra. Su procedimiento para fabricar las telas era el mismo que emplean los tapiceros. El telar era de reducidas dimensiones y recordaba el de los mejicanos y los mayas. Se componía de dos bastones cilíndricos, sujetos horizontalmente a pies metidos en el suelo y entre los cuales se tendían los hilos que componían la urdimbre de la tela. Se pasaban los hilos de trama, arrollados en un huso, alzando con el dedo los de la urdimbre por debajo de los cuales se quería que pasase la trama. El telar no tenía plegador sobre el que girase la urdimbre, ni cilindro para enrollar la tela ya tejida. De aquí resulta que los pedazos de telas peruanas son cortos (75 a 80 centímetros a lo sumo). Cuando se quería tener una pieza larga, había que coser unos a otros los pedazos rectangulares que salían del telar (2).

Las telas que se encuentran en las sepulturas están hechas con hilos de colores diferentes. Los peruanos, sin haber alcanzado en este arte la habilidad de los indios de Méjico, eran excelentes tintoreros. Los hilos verdes, encarnados, azules, amarillos, que llevan enterrados tres siglos o más, conservan toda la brillantez del colorido. Los carbonatos de cobre naturales proporcionan los verdes; los ocres, el amarillo y el encarnado de ladrillo; el azul venía del índigo; el rojo vivo se obtenía de las semillas de *Bixa orellana* reducidas a pasta (*rucú*) o de la cochinilla (3).

Trabajos en piedra. — Se han encontrado muy pocos trabajos de piedra tallada en las excavaciones hechas en el Perú, y aun estos objetos no parecen remontarse a época anterior al Imperio de los Incas. Son principalmente puntas de flecha con o sin pedúnculo, y no ofrecen especial interés.

---

(1) COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. IV, pág. 203.

(2) BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, pág. 441. En el Museo del Trocadero (París) hay un pequeño telar de esta clase. Las noticias de COBO (*Historia del Nuevo Mundo*, volumen IV, pág. 203) parecen contradecir las anteriores. Dice, en efecto, que los dos bastones situados en los extremos del telar podían girar sobre su eje. Al uno se arrollaba la urdimbre, al otro la tela ya hecha. Pero dicho autor escribía en 1653, y los telares que nos describe debían haber sido hechos por europeos, o modificados con arreglo a sus indicaciones. En todo caso, los tejidos indios que tienen algún largo se componen siempre de trozos cosidos unos a otros.

(3) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales* ...., libro V, cap. II.

Los peruanos labraban muy bien las piedres duras, las pulían y sabían darlas mucho brillo. Entre los objetos más importantes, hay que señalar las hachas de piedra. Son, las más de las veces, de tamaño bastante grande y de corte semicircular. Se encuentran también, en casi todas partes, pero con menor abundancia, hachas de talón ancho. Las de garganta parecen ser enteramente desconocidas.

Por el contrario, se encuentran con gran abundancia, sobre todo en la costa, rompecabezas estrellados de piedra, cuyo modelo se repite hasta el Ecuador. La estrella tiene generalmente seis radios. Para completar las series de los objetos de piedra que servían de armas, señalaremos los proyectiles de honda y los rompecabezas esféricos.

Otros esferoides (*huipus*) servían para desmenuzar los terrones que no era posible deshacer con la mano (1).

Los morteros eran de formas diferentes. Unos eran piedras ahuecadas, otros circulares, poco hondos y con dos asas macizas. Debieron servir para machacar los colores. Por último, se encuentran en las sepulturas vasijas de piedra en forma de llama, cuya cavidad es estrecha y honda.

Se han descubierto frecuentemente figuritas de animales muy bien esculpidas. Los indios modernos de Bolivia hacen todavía estas figuras, que llaman *illas* (2). Las cuelgan a sus animales domésticos para ahuyentar de ellos las enfermedades.

Las grandes esculturas peruanas de piedra no son tan perfectas como las de Méjico ni, sobre todo, como las de América central. Las estatuas tienen, por lo general, formas angulosas, el cuerpo está torpemente representado, el rostro no tiene expresión, el conjunto es rígido y carece de vida. Los bajorrelieves no son mucho mejores, pero ofrecen un tipo especial muy interesante. «Todos los bajorrelieves, dice Soldi, están formados por una simple silueta de corte plano sobre fondo plano.

»El cuerpo del hombre o del animal, que así se alza sobre el fondo de la piedra, tiene una saliente que varía desde un centímetro hasta un decímetro. La forma se atiene siempre a la imagen geométrica del primer bosquejo, y la forzada sencillez a que esta silueta se ve obligada, haría difícil comprender lo que se representa si algunos trazos determinativos, obtenidos mediante rayas o grabados en las formas o planos en saliente, no permitieran comprender que dos asas representan a veces dos brazos, terminados por dos o tres líneas grabadas que indican los dedos.

---

(1) Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, vol. IV. pág. 202.

(2) E. Boman, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, págs. 132-133.

»La perfección mayor a que el artista ha llegado, consiste en haber sabido colocar varios planos cortados uno sobre otro, hasta seis o siete, correspondientes cada uno a la saliente de un miembro del cuerpo o de un órgano del rostro» (1).

Trabajos en madera y en hueso.—La mayor parte de las armas del Perú eran de madera. La más usada era la *macana*, especie de sable grande, de madera de hierro o de *chonta (Gulielma speciosa)*, de grandes dimensiones, que se manejaba con ambas manos como un espadón; la lanza, de punta en forma de rombo, abultada en la parte de en medio (2); el arco, también de madera de chonta, de la especie más sencilla; los rompecabezas, esféricos o prismáticos, de ocho puntas. De todas estas armas la más notable es el propulsor, la *estólica* de los autores españoles. Está hecho con una tabla en la que se ha metido un gancho de piedra, de hueso o de metal. Estos ganchos tienen gran variedad de formas. Representan muchas veces una cabeza de pájaro, más o menos estilizada, cuyo pico forma la punta destinada a sostener la flecha.

Otros innumerables objetos de madera se han encontrado en las sepulturas. Son, sobre todo, husos y collarines, vasos y tablillas, peines y algunas estatuitas de labor más esmerada que la que muestran, por lo general, las grandes estatuas de piedra.

Los objetos de hueso comprenden sobre todo tubos, *tupus* o alfileres para ropa, instrumentos de música y placas pequeñas con cabezas de aves o pequeñas figuras esculpidas, que se creen haber servido de cruces de balanza. En la costa, se encuentran muchas veces también representaciones de peces, de hueso, cuyos ojos son a veces incrustaciones de piedra azul. Se ignora cuál pudo ser su destino.

Cerámica.—Las sepulturas del Perú han proporcionado con abundancia grande cacharros de todas formas y de varios estilos diferentes.

Las formas de la cerámica de *Ica* son poco variadas, principalmente cubiletes troncocónicos o una especie de escudillas ovales. La parte más notable de estos vasos es el adorno. Los dibujos, generalmente geométricos (cuadrados, rombos, escaleras), están trazados en amarillo, en blanco o en negro sobre fondo rojo oscuro.

---

(1) E. SOLDI, en WIENER, *Pérou et Bolivie*, págs. 567-568.
(2) Véase una representación en REISS y STÜBEL, *Das Todtenfeld von Ancon*, vol. III, Taf. 84; BAESSLER, *Ancient Peruvian Art*, lámina 163.

En *Nazca*, las formas son más numerosas. A más de las anteriores, se encuentran cubiletes graciosos de fondo redondo; vasijas de panza rayada y ancho cuello saliente, otras de panza esférica y cuello recto. Pero no se encuentran cuellos encorvados, como tampoco las vasijas dobles, tan frecuentes en la cerámica peruana de época posterior.

El adorno es en particular interesante. El fondo del cacharro es generalmente encarnado oscuro y los dibujos están



Fig. 218.—Botijo con dos pitorros, cerámica de *Nazca* (según BERTHON, *Précolombien du Bas-Pérou*).

trazados en negro, encarnado vivo, blanco, amarillo y verde azulado. Representan hombres y animales estilizados de un modo curioso. M. BERTHON ha tratado de explicar algunas de estas representaciones, pero, a falta de noticias acerca de los pueblos de la costa meridional del Perú, todo intento de interpretación es forzosamente un poco arbitrario (figs. 218 y 219).

La cerámica de la región central de la costa del Perú (*Niveria, Pachacamac, Lurin*), recuerda un poco las anteriores. No obstante, el dibujo es bastante diferente. La estilización es cuadrada, en vez de ser curva, como en los vasos de *Nazca* (fig. 220). Las formas difieren también. Se encuentran vasi-

jas de panza globular y cuello delgado, y éste se une muchas veces al cuerpo del vaso mediante asas graciosas.

Más al norte, en el territorio *chimú* (Trujillo) encontra-



Fig. 219.—Cubilete y vaso rayado de *Nazca* (según BERTHON *Précolombien du Bas-Pérou)*.



Fig. 220.—Adorno de un vaso de *Pachacamac* (según BAESSLER, *Ancient Peruvian Art)*.

mos cacharros muy diferentes. Es preciso, no obstante, distinguir una de otra la cerámica de las diversas épocas de esta parte del Perú. Las más antiguas, quizá contemporáneas de las

de *Nazca*, *Ica* y *Niveria*, pueden ser llamadas cerámicas antropomorfas. Son de barro blanco, hechas con mucho esmero. Hay dos tipos principales: las vasijas blancas (fig. 221) y aquellas en que ciertas partes estaban pintadas de color rojo ladrillo. Como quiera que sea, estos vasos tienen formas variadas y representan, las más de las veces, hombres o cabezas humanas. Los personajes están figurados en actitudes muy distintas y todas sus características individuales están bien marcadas (figura 222). Ciertos vasos son caricaturas, otros verdaderos retratos, como los representados en la figura 223. Escasean bastante estos vasos-retratos. En esta cerámica aparecen los cuellos en forma de arco coronado por un tubo. Comprende



Fig. 221.—Cerámica blanca de la Costa (*Museo del Trocadero*).

también algunos cacharros representando animales, como el de la figura 224.

La segunda clase de cerámica *chimú* es de época posterior. El barro es negro, brillante, muy bien cocido. Las formas varían hasta el infinito, pudiendo, no obstante, clasificarse del modo siguiente: 1.°, vasos globulares, adornados con cuadraditos en los que se representan, en bajorrelieve, asuntos más o menos estilizados, en un campo sembrado de puntos en relieve; 2.°, vasos de forma geométrica (cubos, elipsoides, huevos), muchas veces dobles o triples, a veces aun sextuples u octuples (1); 3.°, vasos fitoformes (en forma de calabazas, de melo-

(1) Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, Viena, 1851, láminas XV y XVII.



Fig. 222.—Cerámica *chimú* blanca y roja *(Museo del Trocadero).*

nes, de frutas diversas); 4.°, vasos zoomorfos. La variedad de formas de estos últimos es casi infinita, todos los animales de la fauna peruana están representados, en todas las actitudes,



Fig. 223.—Vasos *chimús* de cerámica blanca y roja, llamados «vasos-retratos» (según Berthon, *Précolombien du Bas-Pérou).*

en todos los tamaños (fig. 225). Por último, los vasos antropomorfos, muy diversos también en los temas representados (fig. 226). La variedad de las formas de asas y de cuellos no es menor. Hay cuellos abiertos y anchos, otros muy estrechos que dan salida al agua gota a gota. En este caso, existe otra abertura por la que puede entrar el aire en la vasija. Esta



Fig. 224.—Vaso figurando un pulpo procedente de *Chimbote* (según **Baessler**, *Ancien Peruvian Art*).

abertura está a veces dispuesta de suerte que el aire, al escapar, produce un silbido. En ciertos vasos zoomorfos, el escape del aire imita más o menos el sonido que produciría el animal representado (1).

(1) Tal ocurre, al parecer, con la vasija que imita un loro y que se reproduce en la lámina XXII del libro de Rivero y Tschudi, titulado *Antigüedades peruanas*.

Hemos hablado ya de la cerámica *colla* o de Tiahuanaco. Las formas son poco numerosas y el adorno geométrico, trazado generalmente en negro sobre fondo amarillo-rojizo, es poco variado; pero bastante interesante. Hay también cacha-



Fig. 225.—Cerámica negra de los *chimús*. Vasos zoomorfos (según Berthon, *Le Précolombien du Bas-Pérou*).



Fig. 226.—Vasos *chimús* de barro negro, antropomorfos *(Museo del Trocadero)*.

rros de fondo negro uniforme adornado con dibujos grabados de forma muy especial (fig. 227).

La cerámica del territorio quichúa es marcadamente distinta a la de los estilos precedentes. Los ejemplares no tienen por lo general tan rico colorido como los de *Nazca*, ni la abundancia de formas de la comarca yunca. No obstante, figuran todavía entre lo más bello que ha producido la cerámica americana.

Los cacharros más antiguos del tipo quichúa son los que Uhle ha denominado tricolores. Serían, en su opinión, casi contemporáneos de la cerámica negra del *Chimú*. Los vasos de este tipo son de barro blanco. Las formas son bastante singulares, una especie de huevos o de calabazas, con un cuello muy corto encima, en forma de copela puesta del revés. A veces estos vasos son antropomorfos. La parte situada inmediatamente debajo del cuello figura un rostro humano toscamente bosquejado y a los lados del vaso están representados unos



Fig. 227.—Adorno de un vaso negro de fondo hendido. Cerámica llamada de *Tiahuanaco*, procedente de *Chimbote* (según Baessler, *Ancient Peruvian Art*).

brazos pequeños. Los adornos, geométricos, están formados por líneas negras y encarnadas figurando rombos y cuadraditos.

Más reciente es la cerámica inca.

El tipo más fino de ella es el de las estatuitas funerarias. El barro, encarnado, está muchas veces mal cocido y se deshace entre las manos. Las representaciones son torpes, y no superiores, en punto a fidelidad, a lo que nos ha dejado la estatuaria.

Otra cerámica, de uso doméstico, de barro color gris hierro,

está también muy mal hecha. Principalmente consiste en botijas y pequeñas marmitas de panza redonda y cuello cónico.



Fig. 228.—Adorno en relieve de un vaso de barro encarnado de estilo *Inca*, *Chimbote* (según Baessler, *Ancient Peruvian Art*).

El barro que servía para hacer estos cacharros se empleó también para la fabricación de vasijas muy adornadas, de lindo



Fig. 229.—Aríbalo peruano (*Museo del Trocadero*).

aspecto (1), algunas de las cuales recuerdan las del territorio yunca.

La cerámica de barro encarnado, bien cocida y de superfi-



Fig. 230.—Lecito blanco con pintura color de ladrillo (*Museo del Trocadero*).



Fig. 231.—Pintura de un lecito, guerreros danzando o combatiendo (según WIENER, *Pérou et Bolivie*).

cie cuidadosamente alisada, revela los mismos influjos. Su adorno, de relieve, es muchas veces de lo más interesante (2) (figura 228). En esta clase hay que colocar los aribalos (figu-

(1) REISS y STÜBEL, *Das Todtenfeld von Ancon*, vol. III. Taf. 95.
(2) ID., *ibid.*, Taf. 96.

ra 229). Son éstos vasos de cuello alto y ensanchado, panza poco pronunciada y con dos asas a los lados. En la parte alta se ve salir una cabecita de animal *(puma)*. El tamaño de estos vasos varía desde 10 centímetros hasta más de un metro de altura. Tienen muchas veces pinturas ejecutadas sobre fondo amarillo y consistentes en líneas negras o de color azul oscuro, que



Fig. 232.—Pintura de un lecito, escena mitológica, *Trujillo* (según Baessler, *Ancient Peruvian Art*).



Fig. 233.—Adorno de un vaso de *Chimbote*, de estilo inca. Las montañas están modeladas, así como la cabeza del personaje y las dos rayas, el escualo está pintado (según Baessler *Ancient Peruvian Art*).

se cruzan formando rombos. A veces se ha añadido a este adorno otros en relieve. El área de extensión de estos vasos es considerable, pues se encuentran desde el norte del Ecuador hasta Chile y la República Argentina (comarca calchaquí), pero son raros en la costa peruana del Pacífico (1).

(1) Boman, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, págs. 298-305.

El alto Perú nos ha trasmitido vasos pintados del mayor interés. Estos vasos tienen una cubierta blanca, sobre la cual se ha trazado el dibujo en color rojo ladrillo o negro azulado. Aparecen escenas de todas clases, desfiles de guerreros, combates, danzas rituales o también representaciones de la vida diaria (figuras 230, 231, 232). Algunos vasos tienen formas caprichosas, representan, por ejemplo, montañas, en forma muy estilizada (fig. 233), casas, etc.

En toda la cerámica encarnada o blanca se encuentra, como en la de los yuncas, una variedad muy grande de formas en asas y cuellos. Muchas veces este último se bifurca constituyendo un asa cuyos dos extremos vienen a soldarse en la panza del vaso (fig. 234). Otras veces se estrecha, de modo que



Fig. 234.—Vasos con asas en forma de estribo *(Museo del Trocadero)*.

no deja pasar el líquido sino gota a gota. Muchas veces también los vasos son dobles, unidos por un asa hueca que los pone en comunicación. Las asas figuran picos de aves, colas de animales, etc. A veces, en la cerámica encarnada, son muy largas y están graciosamente encorvadas.

La materia empleada para todos estos cacharros era arcilla mezclada con diversas materias, carbón, ocre, paja de maíz muy picada, (1), que producen una mezcla de tinte característico. La cocción era esmerada, más cuando parece haber tenido lugar al aire libre. Para obtener superficies blancas, se cubría el vaso, antes de cocerlo, con arcilla desleída.

Labor de los metales. -Los peruanos han sido los mejores metalúrgicos de América, si se exceptúan los habitantes de

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*, pág. 630.

la provincia de Esmeraldas (Poseían el oro *(curi)*, la plata, *(collqui)*, el plomo (*titi*), el estaño (*llampu collqui*, «plata dulce» *ymactitu, chayantanca*), el cobre (*anta*), el mercurio (*llimpi*). Hacían diversas aleaciones: bronces con pequeña cantidad de estaño (*chacrusca anta, hichaica anta*), latones (*pallca, rapra*), aleaciones de cobre y oro (*anta curi*).

El cobre y sus aleaciones servían sobre todo para hacer armas. Se han encontrado rompecabezas estrellados de cobre, análogos a los de piedra, hachas de corte semicircular con un agujero perpendicular, cuyo modelo de piedra se encuentra, no en el Perú, sino en el Ecuador, hachas con talón u orejas, una especie de hachas de mango hueco, etc.

Con este metal se hacían también los grandes *tupus* o alfileres y las pinzas para depilar, los espejos y objetos pequeños



Fig. 235.—*Tumi* o cuchillo de bronce de corte circular.

de tocador, tal como los limpia-oídos. Gran número de sortijas, de brazaletes, de placas para la frente son también de cobre o de bronce. Los *tumis* o cuchillos de hoja perpendicular al mango, que tan frecuentemente se hallan en las sepulturas de la época de los Incas, eran de cobre (figs. 235 y 236).

La plata y el oro servían principalmente para hacer alhajas: ceñidores para la frente, sortijas, brazaletes, cuentas y placas de collares, *tupus*, limpia-oídos, así como estatuitas que representaban, las más de las veces, animales, y grandes pectorales (fig. 237).

Pero los productos más notables de la orfebrería peruana son los vasos cónicos de plata y de oro. Los de oro son muchas veces simples tembladeras, de formatro ncocónica (fig. 238).

Los de plata son de gran tamaño, muchas veces tienen 30 centímetros de altura y 10 de boca. La forma general es troncocónica, complicada con resaltos escalonados, o adornada con rostros de nariz muy saliente y con frecuencia aguileña (fig. 239). Son dignas de notarse también las mariposas de oro. Estos



Fig. 286. Gran *tumí* de plata, adornado con figuras humanas y cascabeles, *Pachacamac* (según BAESSLER, *Ancient Peruvian Art*).

pequeños objetos tenían alas cuyo grueso no excedía de una décima de milímetro. El centro de gravedad estaba tan perfectamente buscado, que, cuando se lanzaban al aire, revoloteaban algún tiempo antes de caer (1).

(1) WIENER, *Pérou et Bolivie*. págs. 586-587.

Estamos bastante bien informados acerca de los procedimientos de extracción y de fusión de los metales en el antiguo Perú. Las galerías mineras se abrían de través, con ángulos de 40° a 45°. El oro se obtenía por lavado, y el conocimiento



Fig. 237.—Gran pectoral de oro repujado, procedente de *Pachacamac* (según BAESSLER, *Ancient Peruvian Art*).



Fig. 238.—Vasitos pequeños de oro que se usaban como colgantes (según BERTHON, *le Précolombien du Bas-Pérou*).

que tenían del mercurio debió ayudar mucho a los *quichúas* para refinar aquel metal (1). Los minerales extraídos eran machacados con piedras, luego llevados a hornos de reducción

(1) Véase, sin embargo, lo dicho anteriormente (pág. 588) respecto a la prohibición hecha por los *Incas* de extraer el mercurio.

que se llamaban, según su forma, *huairas* o *tocochimpus*. Los *huairas* (fig. 240, C), eran pequeños hornos en forma de florero, próximamente de 85 centímetros de altura, con agujeros todo alrededor y provistos, en la parte baja, de una abertura rectangular. En ellos se ponía carbón vegetal y el mineral encima. Debajo se ponía un recipiente de barro cocido, al que iba a parar el metal conforme se fundía. Los *huairas* estaban colocados en lo alto de las colinas donde el viento era fuerte, y se



Fig. 339.—Vasos peruanos de plata repujada.

encendía el carbón. El aire que penetraba por los agujeros era suficiente para fundir la plata y el oro (1).

Pero la plata obtenida de esta suerte no era pura. Contenía una proporción de plomo considerable y había que refinarla en hornos especiales *(tocochimpus)* (2). Estos últimos (figura 240, D L) eran una especie de bóvedas de barro cocido (D), con una gran puerta trapezoide (E). Se introducía la mufla, (F), que tenía agujeros, y se llenaba el espacio que quedaba libre entre ella y la pared de la bóveda de carbón vegetal. La abertura (E) de la bóveda se cerraba por medio de la puerta de barro cocido G, que tenía una abertura para dar paso al cuello de la mufla, pieza que podia quitarse y que se

(1) Cieza de León, *Primera parte de la Crónica del Perú*, capítulo CIX; B. de Ovando, *Descripción del Perú (Relaciones geográficas de Indias*, Perú, volumen II, apéndice, pág. cxx); Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*, volumen I, pág. 308.

(2) B. Ramírez, *Descripción del reino del Perú (Relaciones geográficas de Indias*, Perú, vol. II, apéndice pág. cxxi).

representa en L, y que podía también obturarse con ayuda del tapón H. Un agujero practicado en lo alto de la bóveda y que venía a cerrar el cilindro de barro cocido I servía para introducir más carbón (1). Poco después de la conquista, los *quichúas* se sirvieron de los hornos de reverbero hechos de ladrillo, que introdujeron los españoles (fig. 240, A y B).

Para el cobre, los indios no empleaban hornos. Introducían el mineral en crisoles hechos de barro cocido y polvo de carbón y lo ponían a un fuego que se atizaba soplando por unos tubos, hasta que el metal quedaba reducido y fundido (2). Se comprende que, en estas condiciones, los *quichúas* no podían utilizar más que minerales de fácil reducción y fusión. Para el

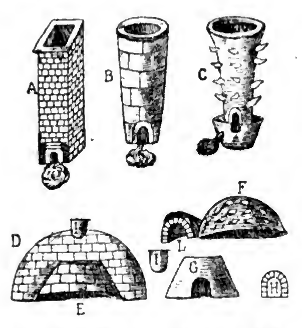


Fig. 240.—Hornos peruanos para reducción y fusión de los minerales *huairas* y *tocochimpas* (según BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*).

cobre, empleaban principalmente los silicatos (crisocola), los carbonatos (azurita) y el oxicloruro (atacamita). Los *collas* de Tiahuanaco reducían los sulfuros, y así los cobres de dicha región contienen siempre un poco de azufre, por lo que resultan agrios (3).

Los metales se trabajaban sobre todo a martillo, en yunques de piedra, y con martillos sin mango (*hihuanes*), hechos con pedernal negro (4). Pero los objetos de oro y de bronce eran muchas veces fundidos.

---

(1) BARBA, *Arte de los metales, en que se enseñaba el verdadero beneficio del oro y la plata por el azogue*, Madrid, 1640, en BOMAN, *Antiquités.....*, págs. 548-551.
(2) BENZONI, *La Historia del Mondo Nuovo*, pág. 215.
(3) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, pág. 859-861.
(4) BASTIAN, *Die Culturländer des alten Amerika*, pág. 588.

§ V.—Vida intelectual

Tenemos pocas noticias acerca de la vida intelectual de los *quichúas*, respecto a los rudimentos de ciencia que han podido poseer y a sus gustos estéticos. No obstante, hemos creído conveniente dar algunas indicaciones respecto al particular.

Las artes (pintura, escultura, música, literatura).

El arte pictórico de los peruanos no nos es conocido, como el de los mejicanos, por grandes pinturas o frescos o delicadas

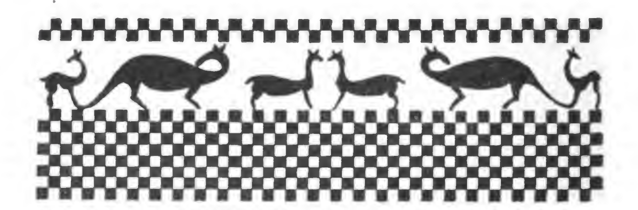


Fig. 241.—Friso pintado en los muros de ***Chanchan*** **(según Wiener,** ***Pérou et Bolivie*****).**

miniaturas. Sobre todo en la cerámica y en las telas podemos apreciar lo que fueron las ideas estéticas de los *quichúas* y de los otros pueblos del Perú, en lo que respecta al dibujo y a la armonía de los colores. El dibujo es, en general, bastante bueno (véase la figura 241). Hay cierta soltura, sobre todo en los motivos de decoración zoomórfica. Entre los pueblos antiguos de la costa, la estilización era mucho más pronunciada (véanse los vasos de *Nazca*, figuras 218 y 219). Los colores son poco variados en la cerámica y los decorados murales, generalmente, motivos de un solo tinte, aplicados sobre un fondo uniforme. Pero en esto también la civilización de *Nazca* fue superior a las otras. Los vasos tienen adornos de color castaño, rojo fuerte, verde, azulado y negro, bien armonizados y dispuestos de modo que producen agradable efecto a la vista.

Los *quichúas* y los *aimaras* fueron, lo hemos dicho ya, es-

cultores más que medianos, si no se juzga más que por lo que hicieron en piedra, tanto en figuras de bulto como en bajorrelieve. No obstante, no podemos contentarnos con esta sola indicación. El examen de su cerámica y de algunos de sus trabajos metálicos muestra que eran excelentes modeladores, que apreciaban perfectamente las proporciones del cuerpo, tanto del hombre como de los animales, y que sabían percibir muy justamente las características individuales.

Respecto a la música, no conocemos, naturalmente, más que los instrumentos que la producían. Eran flautas de hueso, de madera, de barro cocido (*pincullu, chaiña*), flautas pastoriles de caña, caracoles que servían de trompas, naturales o hechos de barro cocido, sistros, tambores (*huancas*). Hoy todavía los indios del Perú tocan aires que se dicen indígenas, y que se designan con el nombre español de *tonos*, *yaravies*, etc. Tienen todos un carácter bastante particular, pero no se han estudiado aún.

De la literatura del pueblo de los Incas nos ha llegado poco, algunas poesías religiosas, tales como los himnos a *Inti* y a *Huiracocha* que hemos citado anteriormente. Entre las producciones propiamente literarias, se conoce un gran drama, *Ollantay*, de autor anónimo, muy seguramente posterior a la conquista. Este drama, muy interesante y escrito en un quichúa elegantísimo, parece haberse compuesto bajo el influjo de ideas europeas. No obstante, ciertas partes son con seguridad de inspiración puramente peruana y transcritas según cantos populares. Tal el fragmento siguiente, canción de labranza, dedicada al pájaro *tuya* (*Cocoborus chrysogaster*).

¡Pájaro, no comas
el maíz de mi princesa,
no la robes
ese maíz que la alimenta,
¡oh *tuya*, oh *tuya*!

Su fruto es blanco,
sus hojas son tiernas,
pero son quebradizas
y temo te poses en ellas,
¡oh *tuya*, oh *tuya*!

Os cortaré las alas,
os arrancaré las uñas,
y quedaréis preso
y metido en una jaula,
¡oh *tuya*, oh *tuya*!

Habréis acabado
si tocáis a un grano [de maíz],
habréis acabado
si un grano se pierde,
¡oh *tuya*, oh *tuya*! (1).

El drama *Ollantay* ha sido traducido al inglés por MARKHAM, al español por NODAL (2) y al francés por PACHECO ZEGARRA (3). No conocemos ninguna obra en prosa quichúa.

Escritura.—Muchos autores han hablado de la escritura de los antiguos peruanos. Se nos ha dicho que poseían Anales, hechos con cuerdas (*quipus*) de nudos, de los que colgaban pequeños objetos: pedacitos de madera, piedras de colores, trozos de espejo, etc. He aquí la descripción que hace GARCILASO DE LA VEGA: «Para los negocios de guerra, de gobierno, para los tributos, las ceremonias, había diversos *quipus* y en cada paquete de éstos muchos nudos e hilos atados, rojos, verdes, azules, blancos, y tantos en número como diferencias hay en nuestras veinticuatro letras, colocándolos de modo diverso para obtener sonidos tan variados; de esta suerte los indios obtienen gran número de significaciones por la posición diversa de los nudos y de los colores» (4). No hay que inferir de lo que dice GARCILASO que la escritura en *quipus* haya sido, en ningún grado, fonética, lejos de ello. No parece siquiera que los *quipus* hayan servido para todos los usos que indica el antiguo cronista. Lo averiguado es que las cuerdecitas con nudos han servido para llevar cuentas y los que así las llevaban eran llamados *quipumayoques*. En realidad, los peruanos no parece que conocieran ningún género de escritura propiamente dicha.

La astronomía y el calendario.—Hemos enumerado, al hablar de la concepción mítica del mundo, los astros conocidos de los antiguos peruanos y hemos indicado también sus ideas acerca de la naturaleza de los fenómenos astronómicos. Réstanos decir cuáles eran los instrumentos de que se valían para estudiar el curso de los cuerpos celestes. En *Cuzco* había dos grupos de pilares, colocados en lugares altos, a oriente y a occidente de la ciudad, que marcaban los puntos extremos de la

---

(1) MARKHAM, *Ollanta, an ancient ynca Drama*, Londres, 1871, página 125.
(2) F. NODAL, *Los Vínculos de Ollantay*, Ayacucho, 1874.
(3) PACHECO ZEGARRA, París, 1878, traducción muy buena, precedida de una introducción crítica interesante.
(4) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, cap. III.

salida y la puesta del Sol. Servían para determinar los solsticios (1). En las otras ciudades del Imperio, pilares análogos (*intihuatanas*) servían para lo mismo.

El calendario de que se servían los quichúas no parece indicar que sus observaciones astronómicas fueran muy precisas. El año se componía de doce lunaciones, cuyos nombres son los siguientes:

huchuy pocoy	correspondiente a	enero
hatun-pocoy	—	febrero
paucar-huatay	—	marzo
ayrihuay	—	abril
aymuray-cusqui	—	mayo
inti-raymi	—	junio
anta-asitua o *cahuarhuaquis*	—	julio
capac-asitua	—	agosto
uma-raymi	—	septiembre
ayarmaca	—	octubre
capac-Raymi	—	noviembre
Raymi	—	diciembre (2).

Pero no son sino períodos puramente lunares. Por eso es ilusión querer, como han hecho los antiguos autores españoles, establecer una correspondencia entre ellos y los meses europeos. Al cabo de uno o dos años, la diferencia es tal que alcanza una o dos divisiones. No obstante, ACOSTA (3) pretende que los Incas conocían el año de trescientos sesenta y cinco días, dividido en doce meses desiguales, algo a la manera de los nuestros. Pero el mismo GARCILASO DL LA VEGA niega que así fuese (4) y BETANZOS dice que el año de los quichúas no comprendía sino trescientos sesenta días (5). La duración efectiva del año peruano sigue, por tanto, sin fijar, pero está averiguado al presente que el pueblo de los Incas desconocía el año solar, y que no podría colocársele, en este respecto, al mismo nivel que los mejicanos v los mayas.

---

(1) BETANZOS, *Suma y narración de los Incas*, pág. 105.
(2) Según la lista hecha por RIVERO Y TSCHUDI, que ha seguido VELASCO. Véanse las listas, enteramente distintas, que siguen a la *Suma y narración.....*, de BETANZOS, por MARCOS JIMENEZ DE LA ESPADA.
(3) *Historia natural y moral de las Indias*, libro IV, cap. III.
(4) *Primera parte de los Comentarios Reales.....*, libro II, cap. XXII.
(5) *Suma y narración.....*, pág. 300.

CAPÍTULO XI

Los diaguitos de la República Argentina y los pueblos circundantes

SUMARIO: I. Los Diaguitos o Calchaquis.—II. Historia de los Diaguitos.—III. Industria de los Diaguitos.—IV. Origen de los Diaguitos.—V. Los Comechingones.—VI. Pueblos de Bolivia y de Chile.

§ I.—LOS DIAGUITOS O CALCHAQUIS

Los diaguitos ocupaban, en la época de la conquista española, toda la región montañosa del territorio argentino actual, desde el Nevado del Acay y el valle de Lerma al norte, hasta la provincia de Mendoza al sur. Este territorio comprende las provincias de Salta, de Catamarca, de la Rioja y parte de las de Tucumán y Mendoza. Al norte de este territorio se extiende la alta meseta del sur de Bolivia, donde están situadas las Punas de Jujuy y de Atacama.

Los *diaguitos* son frecuentemente llamados *calchaquis*. Este nombre ha sido aplicado sobre todo por los etnógrafos y arqueólogos argentinos (1). En realidad, los *calchaquis* no eran sino una de las tribus del pueblo diaguito y ninguno de los antiguos escritores ha usado ese nombre, salvo cuando ha querido referirse a una tribu especial que habitaba el valle Calchaqui, a occidente del Estado de Salta. Conservaremos, pues, al pueblo que habitó esta comarca el nombre de *diaguitos* que le daban los antiguos cronistas y que ha adoptado

---

(1) A partir de 1890, ha habido en la República Argentina un movimiento de opinión, guiado por FRANCISCO P. MORENO, que ha llevado a emprender numerosas expediciones arqueológicas en toda la extensión del territorio. Los primeros exploradores de la región del Tucumán y de Salta atribuyeron a los «calchaquis» los vestigios que encontraron. El nombre se ha perpetuado en la bibliografía argentina y ha penetrado en Europa.

E. Boman (1), que ha de servirnos de guía en estos estudios.

Los diaguitos estaban divididos en tribus numerosas, cuyos nombres se encuentran todavía en los de algunas de las localidades de la región. Las principales de estas tribus eran los *calchaquis*, los *tolombones*, los *pulanos*, los *huachipas* que poblaban los valles de Yocavil y de Calchaqui; los *anfamas* y los *tafis*, al este de los anteriores; los *hualfines*, los *huasanos*, los *andalgalas*, los *pipanacos*, localizados al norte y al este de la Salina de Poman; los *catamarcas*, cerca de la población actual de este nombre; los *famatinos*, los *capayanos*, que habitaban las vertientes orientales de la sierra de Famatina; los *guandacolos* a occidente de dicha sierra.

§ II.—Historia de los diaguitos

Todas las noticias que tenemos acerca de la historia de los *diaguitos* se contienen en los relatos de los cronistas antiguos del Perú.

Montesinos habla con algún pormenor de la historia de esta parte de la Argentina, pero la mayor parte de las indicaciones que nos proporciona son legendarias y se refieren a fantásticas dinastías. Según este autor, *Manco Capac Yupanqui*, de la dinastía de los *Pyrhuas*, sexto «rey» del Perú, habría enviado guerreros a la provincia de Tucumán, en una época que se remontaría a mil quinientos años próximamente antes de nuestra era (2).

En tiempos del rey *Cayo Manco Amauta*, cuatrocientos años más tarde, el Perú fue invadido por bandas de guerreros feroces, venidos de Chile, del país de los chiriguanos y del Tucumán (3). Los quichúas consiguieron someter el país; pero en el reinado de *Huilcanota Amauta*, un siglo próximamente antes de nuestra era, los gobernadores peruanos del Tucumán fueron expulsados por una rebelión de los indígenas y se refugiaron en *Cuzco* (4).

Los hechos que cuenta Garcilaso de la Vega tienen carácter más histórico. Según este autor, el Inca *Huiracocha*, que reinaba a principios del siglo xiv, estando en la provincia de Charcas, recibió una embajada de las gentes del *Tacma* (Tucumán), que elogió sus altos hechos y los de sus antepasados y

(1) Eric Boman, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama* (*Mission scientifique* G. de Créqui Monfort et E. Sénéchal de la Grange, vol. I, París, 1908).

(2) Montesinos, *Memorias antiguas y políticas del Perú*, Madrid, año 1882, cap. VIII, pág. 48.

(3) Id., *ibid.*, cap. XI, pág. 64.

(4) Id., *ibid.*, cap. XIII, pág. 75.

le pidió que anexionase su país al reino de los Incas. Luego los embajadores ofrecieron a *Huiracocha* telas de algodón, miel, maíz y semillas y legumbres de su terreno en señal de vasallaje. El Inca aceptó la sumisión de las gentes de Tucumán e hizo, a su vez, regalos a los enviados. Mandó sacerdotes al país para que enseñasen la religión oficial y funcionarios quichúas instruyeron a los indios en el arte de sanear las tierras (1).

El autor indio YAMQUI SALCAMAYHUA habla también de una ocupación del *Tucumán* por los peruanos, pero no dice que los habitantes de este país se sometieran de buen grado a la dominación de los Incas. El Inca *Yupanqui* habría enviado al Tucumán un ejército porque los habitantes preparaban una campaña contra *Cuzco.* Los quichúas obtuvieron fácil victoria y se apoderaron de considerable botín de oro (2).

Estos datos permiten determinar la existencia de relaciones entre el Imperio de los Incas y el país de los *diaguitos.* Diversos autores nos confirman estas relaciones, DÍAZ DE GUZMÁN (3), MATIENZO (4), SOTELO NARVÁEZ (5), DEL TECHO (6), que señalan la dominación peruana sobre los *calchaquís* o *diaguitos.* Sólo LOZANO ha negado que hubiera habido dominación peruana sobre las provincias del Tucumán y de Catamarca (7), y esta tesis ha sido repetida más recientemente por AMBROSETTI, como se verá más adelante.

El territorio de los *diaguitos* fue conquistado por los españoles bastante tarde. Sólo en 1540 *Diego de Rojas*, viniendo del Perú, trató de someter el Tucumán, hallando la muerte en esta empresa. El año 1549, *Francisco de Mendoza* atravesó el

---

(1) GARCILASO DE LA VEGA, *Primera parte de los Comentarios Reales del Inca*, libro V, cap. XXV.

(2) JUAN DE SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI, *Relación de antigüedades deste Reyno del Perú*, Madrid, 1879, pág. 292.

(3) DÍAZ DE GUZMÁN, *Historia argentina de las provincias del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1835, libro III, cap. XII, pág. 135. Este autor, que escribió su libro en 1612, dice que los indios de Tucumán reconocieron en otro tiempo al Inca del Perú como su soberano.

(4) J. DE MATIENZO, *Carta a S. M. del Oidor de las Charcas*, Madrid, 1855, págs. 43-44. En esta carta, fechada en 1566, MATIENZO dice que en los caminos del territorio diaguita había *tambos* (*tampus*) puestos por los Incas.

(5) *Relación de las provincias de Tucumán que dió Pedro Sotelo Narváez.* Madrid, 1885, pág. 147. Sotelo escribió probablemente esta obra en 1583. Indica también la existencia de *tampus* en los caminos viejos de la provincia de Tucumán.

(6) N. DEL TECHO, *Historia Provinciae Paraguariae*, Leyden, 1673, libro I, cap. XIX, pág. 15, dice que los indios de Tucumán, vecinos al Perú, es decir, los *diaguitos*, estaban sometidos a los Incas y que siguieron reverenciándolos aun después de la conquista.

(7) LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, Buenos Aires, 1873-1875, vol. IV, págs. 5-12.

país y llegó hasta las orillas del Parana, donde fue asesinado por sus soldados. El mismo año, *Juan Núñez de Prado* partió del Perú, sometió a los indios del Tucumán y fundó Ciudad del Barco. *Francisco Aguirre*, *Pérez Zurita*, *Gregorio Castañeda* continuaron, desde 1553 a 1561, la obra de *Núñez de Prado*, pero la resistencia de los indios y las disensiones entre los españoles no permitieron la pacificación rápida del país, y sólo a partir del siglo XVII la dominación española se estableció realmente en el país de los diaguitos.

§ III.—Civilización de los diaguitos

Los autores antiguos nos han dado muy pocas noticias acerca de la civilización de los diaguitos de antaño. De su organización social, de su religión, de sus costumbres, no sabemos casi nada.

Se dice que el aspecto de los *calchaquis* era extraño y feroz. Llevaban el pelo largo y en trenzas que, formando moño, se sujetaban en lo alto de la cabeza (1).

Sus vestidos eran de lana de llama, y quizá de algodón (2). N. del Techo dice que estos tejidos estaban muy bien hechos y que algunos parecían de seda. Trozos de telas diaguitas han sido descubiertas por Quiroga en las excavaciones que hizo en Quilmes, en Belén, en Hualfin y en el Apacheta, Estaban muy estropeadas por la acción del tiempo. No obstante, podía verse todavía que el tejido era casi tan fino como los europeos. Los colores principales eran el amarillo, el rojo y el castaño. Raras veces se empleaban más de dos colores, y, en tal caso, el adorno formaba rayas, líneas interrumpidas con apéndices en forma de lengüetas y ribetes en forma de grecas (3).

La prenda principal del traje de los *diaguitos* era la túnica peruana (*uncu*), sin mangas o con mangas muy cortas. Esta túnica llegaba a los tobillos y, cuando iban a la guerra, se la subían sujetándola con un cinturón. Las mujeres llevaban una túnica análoga (4).

Los *diaguitos* se ceñían a la frente una cinta, generalmente

---

(1) Del Techo, *Historia Provinciae Paraguariae*, págs. 147-148. Véase Torres, *La nouvelle histoire du Pérou, d'après la relation du P. Diego de Torres*. París, 1604, pág. 16.

(2) Garcilaso de la Vega, *Primera parte de los Comentarios Reales*, lib. VIII, cap. XVIII, pág. 184, dice que los habitantes de Tucumán hicieron regalo de telas de algodón al Inca *Huiracocha*.

(3) A. Quiroga, *Cómo vestían los calchaquíes*, Buenos Aires, 1903, páginas 34 y siguientes.

(4) Del Techo, *Historia Provinciae Paraguariae*, pág. 147. Véase Torres, *Nouvelle histoire.....*, pág. 16.

de lana, a veces de oro o plata, y a ella sujetaban plumas multicolores. Llevaban sandalias *(usuta)* de cuero, según Torres (1). Se ha encontrado calzado de esta clase en las sepulturas de las altas mesetas.

Se puede formar idea bastante exacta del traje de los *diaguitos* con ayuda de la figura 242, que dibujó M. E. Boman según los petroglifos de la Pucará de Rinconada, en territorio atacama (2).

Lo que sabemos acerca de la arquitectura de los *diaguitos* procede casi exclusivamente de descubrimientos arqueológi-



Fig. 242.—Un *calchaquí*, según los frescos de la Pucará de Rinconada.

cos. Toda la región que habitaban es rica en ruinas. Estas ofrecen un tipo distinto a las construcciones de grandes piedras de los peruanos (quichúas, aimaras), pero recuerdan las edificaciones que dejan los pueblos preincásicos, llamadas en lengua quichúa *pircas* (3). Son las más de las veces muros de piedra seca, excepcionalmente cimentados con barro, pero nunca con mortero. Las piedras han sido generalmente escogidas de modo que ajusten bien unas con otras, pero nunca han sido labradas. A veces, pero muy pocas, los adobes han sustituído a la piedra.

Los muros, circulares o rectangulares, tienen de medio a un metro de espesor, de lo cual exceden muy pocas veces. Se-

(1) Del Techo, *Historia Provinciae Paraguariae*, pág. 147. Véase Torres, *Nouvelle histoire.....*, pág. 16.

(2) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, pág. 666.

(3) Con este nombre se designan todavía las ruinas en el nordeste de la República Argentina. La palabra *pirca* significa «muro».

gún BOMAN, gran número han conservado su altura primitiva. Es muy difícil comprender cuál fue el destino de las *pircas*. Un autor nos ha afirmado la existencia, en la sierra de Córdoba y a poca distancia al sudeste del territorio de los *diaguitos*, de casas de muy poca altura, medio metidas en el suelo. Esta manera de edificar se adoptaba, a lo que se cree, para resguardar a los moradores del frío (1). Por otra parte, el P. COBO habla de habitaciones del Perú cuyas paredes no habrían tenido más que un «estado» (2) de altura (3). En estas condiciones, puede ocurrir que las *pircas* actuales de la región diaguita hayan conservado su altura primitiva. Cabe preguntarse, no obstante, qué sistema de techumbre empleaban los indígenas para dar a estas casas una altura suficiente. BOMAN ha supuesto que sólo la parte inferior de los muros sería de piedra, en tanto la parte superior era de madera y cubierta de chamiza o de pieles (4). Esta suposición parece estar apoyada por el hecho de haber encontrado el autor mismo gran cantidad de trozos de postes en las ruinas de *Morohuasi*.

A más de las *pircas*, hay ruinas muy numerosas de otros edificios. Son filas de piedras de desiguales dimensiones, que sólo han podido servir de apoyo para muros. Estas filas forman recintos redondos o rectangulares de tamaño diverso. Es probable que estos muros circunscribieran el campo en medio del cual se alzaba una choza de madera.

Las casas de *pircas* han sido estudiadas por los arqueólogos argentinos y por los miembros de la Misión francesa de América del Sur. En *Tinti*, en el valle de Lerma, BOMAN ha rehecho el plano de una de dichas casas que debió servir para una familia. Se componía de dos grandes habitaciones, una de 8 × 7 metros y otra de 9 × 5, que daban a un patio rectangular de 25 × 16 metros. Estas habitaciones tenían puertas al patio, el cual no presentaba ninguna otra abertura que comunicase con el exterior. Los muros que formaban el recinto y las cámaras estaban construídos con piedra sin mortero. Tenían próximamente medio metro de altura. Dos cámaras funerarias, medio subterráneas, estaban unidas a la casa. Estas cámaras, de forma cilíndrica, estaban también construídas con piedra sin mortero. El suelo estaba pavimentado de pie-

---

(1) No obstante, M. G. LANGE ha encontrado, en la Pucará de Aconquija, paredes de 2,75 metros de altura y 1,50 de espesor en la base y 0,60 en lo alto *(Las ruinas de la fortaleza de Pucará*.—AMP, Arqueología III, La Plata, 1892) y M. TEN KATE, en Loma Jujuy, otros muros de 2,50 metros de altura por 2,30 de anchos (RMP, volumen V, págs. 329 y siguientes).

(2) Altura de un hombre incorporado.

(3) B. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*, Sevilla, 1890-1895, volumen IV, pág. 166.

(4) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, pág. 312.

dras llanas. Una de las cámaras contenía un esqueleto, la otra dos (1).

En *Morohuasi*, en la Quebrada del Toro, se encontraron gran número de recintos de piedra. Son rectangulares y sus dimensiones por lo general de 8 × 10 metros. Se han descubierto en ellos gran número de maderos podridos de *Cereus pasacana* (2).

En Lapaya, aldea importante del valle calchaqui, DELGADO descubrió construcciones estilo *pirca* de forma circular. Otras

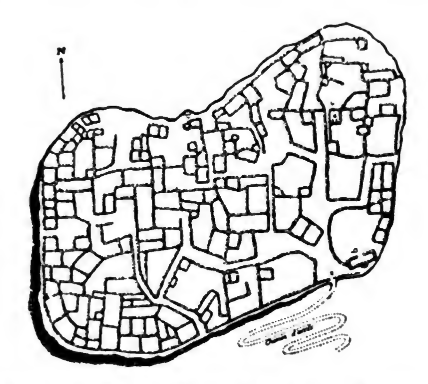


Fig. 243.—Ruinas de la aldea diaguita de la Pucará de Rinconada (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*).

son rectangulares, con dos salientes en forma de triángulo rectángulo y que quizá sirvieron como almacén. Excavaciones realizadas en una de estas casas han proporcionado a M. BOMAN objetos de oro y de cobre (3).

La mayor parte de las antiguas aldeas diaguitas estaban situadas en lo alto de colinas o de mesetas de difícil acceso. Algunas han conservado el nombre quichúa de *pucará*, «fortaleza», lo cual prueba que en la época de la conquista se consideraban como lugares defendidos artificialmente.

Algunas de estas aglomeraciones parecen haber sido muy

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 311-313.

(2) ID., *ibid.*, págs. 333-334 y figura 55. Estas ruinas han sido visitadas también por ERIC VON ROSEN, de la expedición E. Nordenskiöld.

(3) ID., *ibid.*, págs. 217 y siguientes.

importantes. Así *Quilmes*, compuesta de millares de construcciones en forma de *pircas*. *Quilmes* se levantaba en la falda de una montaña y opuso encarnizada resistencia a los españoles, que solamente en 1665 la tomaron por asalto, después de un primer intento infructuoso el año 1659 (1).

Otra «ciudad» diaguita es la Pucará de Aconquija. Está situada en una meseta, rodeada de una muralla en forma de *pirca*, provista de bastiones y saeteras. En el interior se han en-

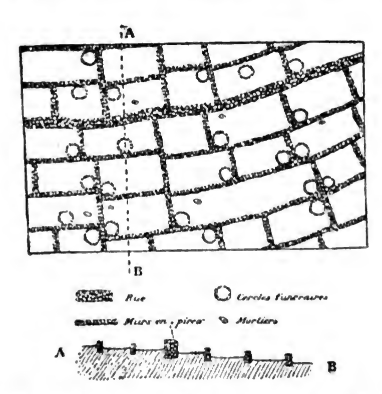


Fig. 244.—Parte del recinto de la aldea de Tastil (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

contrado numerosos emplazamientos de casas formadas por uno o dos recintos. El espacio comprendido por las circunvalaciones tiene 1.200 metros de largo por 660 de ancho (2).

Las ruinas de la Pucará de Rinconada, que se alzan sobre una meseta rocosa, recuerdan algo, por su plano, los pueblos en ruinas de Nuevo Méjico (fig. 243).

Las ruinas de *Morohuasi*, las de *Tinti*, consisten en un gran número de recintos, algunos de los cuales están juntos, otros separados. Las de *Tastil*, mejor conservadas, nos muestran cómo los *diaguitos* comprendían sus ciudades. Se componen de una enorme aglomeración (próximamente 800) de recintos rectangulares, de estilo *pirca*, situada en una meseta limi-

(1) J. Ambrosetti, *La antigua ciudad de los Quilmes (Boletín del Instituto Geográfico Argentino,* vol. XVIII, Buenos Aires, 1897, páginas 33 y siguientes).

(2) G. Lange, *Las ruinas de la fortaleza de Pucará.*

tada por siete colinas rocosas. Los recintos no están separados unos de otros, como en *Morohuasi* y en *Tinti*. Un muro común los limita.

Los muros alcanzan todavía un metro de altura y tienen de 50 ó 60 centímetros de espesor. La mayor parte cuentan 10 metros de largo y 4 ó 5 de ancho. Excepcionalmente, se encuentran de una longitud extraordinaria, 25 metros, con una anchura que no excede de 5 ó 6. La figura 244 representa una pequeña parte de la aglomeración. En cada recinto se observan círculos de piedra próximamente de dos metros de diámetro. Estos círculos no son muros, sino simples alineaciones de piedras sin labrar, que han servido para rodear las sepulturas.

La aldea de Tastil está atravesada por calles que se alzan un metro o metro y medio sobre el suelo, a modo de caminos de ronda. Se ve, en la parte baja de la fig. 244, un corte que representa una de estas calles que pasa entre dos filas de recintos (1). Tienen numerosas ramificaciones. Para entrar en la mayor parte de los recintos, hay que atravesar otros varios. Más calles han sido señaladas por Ambrosetti en las ruinas de *Antofagasta de la Sierra* (2).

En *Batungasta*, de la provincia de Catamarca, se han descubierto, al lado de ruinas bastantes vastas, especies de torrecillas redondas de tierra apisonada, que debían servir para los centinelas (3).

A más de las ruinas de viviendas, se han encontrado, en muchos puntos del territorio diaguita, filas de piedras colocadas en las laderas de las colinas. Boman ha observado alineaciones de esta clase en la aldea de Poman, en la provincia de Catamarca. Distaban diez metros aproximadamente unas de otras y su longitud era a veces de 300 metros (4).

Estos cordones de piedras servían para formar bancales de tierra de labor enteramente análogos a los *andenes* de los peruanos.

En las alturas de la Sierra de Ambato, en la misma región, ha visto, sembrado a lo largo de las vertientes de las montañas, enormes bloques de cuarzo blanco, que a veces alcanzan un metro de diámetro, colocados en las cimas de las rocas más salientes. Estos bloques han sido llevados desde lejos, con mucho trabajo y con intención que no se nos alcanza (5).

---

(1) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, págs. 367-371.

(2) *Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama* (RMP, volumen XII, La Plata, 1904, pág. 13).

(3) G. Lange, *Las ruinas del pueblo de Watungasta* (AMP, Arqueología, vol. II, La Plata, 1892). Véase Lafone Quevedo, *El pueblo de Batungasta* (AMP, vol. II, La Plata, 1892).

(4) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, pág. 100.

(5) Id., *ibid.*, pág. 101. Boman cree que estos bloques, visibles desde lejos, sirvieron para marcar el camino.

Los *diaguitos* antiguos eran agricultores, cultivando principalmente el maíz. NARVAEZ nos dice que había numerosas variedades de judías. El mismo autor habla del cultivo de las patatas y de las calabazas (1). Además, los *diaguitos* comían los frutos de varios cactus silvestres del género *opuntia*, del *mistol* (ramnea de fruto comestible), del *molle* (una anacardiácea) y del *algarrobo*. Con los frutos de este último preparaban una bebida fermentada muy alcohólica (2).

El país diaguito se presta poco para el cultivo. La lluvia es allí poco abundante y la tierra no es fecunda más que en los valles hondos y en los barrancos o *quebradas*. En todas las demás partes las tierras tenían que ser regadas para producir. No obstante, no se conoce vestigio alguno de un sistema de riegos análogo al que se encuentra en las altas mesetas del Perú. Los arqueólogos, visitadores del país, han quedado sorprendidos y han afirmado últimamente que llovía mucho más en las provincias de Salta, del Tucumán y de Catamarca en otros tiempos que hoy (3). No obstante, BOMAN ha observado, en ciertos puntos de la Puna de Jujuy, indicios de riego artificial de los bancales dispuestos en las laderas de las montañas. Estos campos están situados en el país de los *Atacamas*, pero puede ocurrir que el procedimiento de riego que allí se usaba se extendiera más al sur, hasta las provincias habitadas por los *diaguitos*.

Cria de ganados.—Lo mismo que los pueblos de las mesetas y de la llanura peruana, los *diaguitos* poseían animales domésticos.

El más importante era el llama. DEL TECHO nos dice que los indios del Tucumán se servían del llama como bestia de carga (4). CABRERA (5) y NARVAEZ (6) confirman la noticia, pero dicen que los llamas del Tucumán eran más pequeños que los del Perú (7).

Los *diaguitos* habían domesticado también el nandú (*Rhea Americana)*, el pavo de las montañas (*Penelope obscura*) y diversas especies de patos, principalmente el *Anas moschata*. Quizá también habían domesticado el pécari o tájasu (*Dicoty-*

---

(1) NARVAEZ, *Relación de las provincias del Tucumán*, págs. 144-151.

(2) *Carta del Padre Alonso de Barzana*, Madrid, 1885, pág. LVI.

(3) TEN KATE, *Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie* (AMP, *Anthropologia*, vol. I, La Plata, 1894, pág. 18).

(4) DEL TECHO, *Historia Provinciae Paraguariae*, Leyden, 1673, libro I, cap. XIX, pág. 15.

(5) G. L. DE CABRERA, *Relación sobre los descubrimientos.....*, página 140.

(6) *Relación de la provincia del Tucumán*, pág. 151.

(7) Los huesos de llama encontrados por BOMAN en las ruinas de la Quebrada del Toro y de la Puna de Jujuy pertenecían también a una especie más pequeña que la del Perú.

les torquatus), según supone BOMAN (1), el conejo de Indias y el agutí.

La fauna silvestre era la misma que la del Perú, con mayor abundancia del *guanaco*. Otro animal del género de los llamas, la vicuña, no parece haber sido domesticado.

Organización social.—No sabemos nada acerca de la organización social de los antiguos *diaguitos*. Es probable que, en la época en que fueron sometidos a la dominación de los Incas, estos últimos les impusieran *curacas* o gobernadores que administrasen en su nombre. Quizá hay que referir al influjo peruano la centralización del poder que menciona el P. BARZANA. Según este autor, los moradores del valle calchaqui habrían tenido un «gobernador general» (2).

No conocemos mejor la organización de la familia, el régimen del matrimonio y de los bienes, el sistema económico de los antiguos *diaguitos*. Todo lo que sabemos acerca de su vida social se lo debemos también a la arqueología.

Caminos.—Esta nos informa acerca de los esfuerzos realizados por los antiguos habitantes del noroeste de la Argentina para mejorar los medios de transporte. Se conocen dos grandes caminos que atravesaban el territorio diaguito. Ambos partían de *Morohuasi*, en la Quebrada del Toro. Uno, dirigiéndose al sudoeste, ha sido descubierto, en un recorrido de diez kilómetros, por E. BOMAN (3), y va hacia el valle de Lerma. El otro, en dirección sudoeste, atravesaba las montañas cerca de la aldea de *Tastil*, y, bordeando las laderas del Nevado del Acay, llegaba hasta el valle calchaqui (4).

El camino que se dirige al sudeste de Morohuasi está admirablemente hecho. Tiene aproximadamente tres metros de anchura, y está sólidamente construído con piedras sin labrar, sin mortero y casi sin intersticios entre unas y otras. No está empedrado, como lo estaba la gran calzada incásica que va desde Cuzco a Quito. En la parte recorrida por BOMAN, se escuentra todavía en un estado de conservación tal, que bastaría echarle arena para que pudieran circular carruajes por él. Sólo los puentes que cruzaban los barrancos están caídos (5).

Posadas o tampúes.—Se llama todavía a estos caminos «caminos del Inca», y varios autores piensan que debieron hacerlos los ingenieros peruanos. En apoyo de esta suposición citan el hecho de que, en el país de los *diaguitos*, lo mismo que en el Perú, había a lo largo de los caminos posadas análogas a las *tampúes* de la meseta de Cuzco y que todavía tenían este

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, pág. 90.
(2) *Carta del P. Alonso de Barzana*, pág. LV.
(3) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, pág. 346.
(4) ID., *ibid.*, pág. 347. El autor no ha visto este camino y el itinerario que señala le ha sido indicado por uno de sus guías indios.
(5) ID., *ibid.*, pág. 346.

nombre en la época de la conquista. MATIENZO dice que en todas las etapas de la gran carretera que pasaba por el valle calchaqui había *tampúes* que servían de posadas al mismo tiempo que de relevos para los corredores del Inca (1). El capitán OLAVERRÍA, que visitó la comarca a fines del siglo XVI, dice haber visto ruínas de *tampúes* (2).

En las provincias de Catamarca y de Tucumán, lo mismo que en el Perú, los transportes se hacían, ya mediante cargadores, ya valiéndose de llamas, pero no tenemos noticia alguna especial acerca de su organización.

Religión.—No mencionan los cronista casi ninguna particularidad acerca de la religión de los *diaguitos*.

DEL TECHO nos dice que los indígenas de Tucumán adoraban el sol, que era su dios principal, el trueno y el relámpago. Tributaban también honores divinos a árboles adornados con plumas. Los ritos eran celebrados por «sacerdotes», que habitaban lugares sagrados y conversaban con los espíritus.

Las fiestas, según dice DEL TECHO, iban acompañadas de orgías. Terminaban con embriaguez general, que daba lugar a disputas sangrientas. Los *diaguitos* honraban a los que habían recibido heridas durante estas orgías. En medio de la ceremonia el sacerdote ofrecía al sol una cabeza de cierva erizada de flechas, pidiéndola que fecundase los campos.

Los *diaguitos* tenían gran temor a los maleficios de los hechiceros y consideraban que todas las muertes se debían a su funesta acción (3).

Ritos funerarios.—El mismo autor da noticias acerca de los ritos funerarios.

Cuando un *calchaqui* estaba próximo a morir, todos los parientes y amigos se juntaban a su lado, y clavaban flechas alrededor de la cama del paciente «para que la muerte no se atreviera a acercarse». Cuando el enfermo había muerto, todos los asistentes lloraban a gritos. Colocaban cerca del cadáver manjares y bebidas, encendían fuego y quemaban hierbas, a guisa de incienso. Las ceremonias fúnebres duraban ocho días.

Los parientes mostraban a la multitud los vestidos del difunto «para inspirar compasión», dice DEL TECHO. Otros permanecían junto al cadáver para danzar, saltar y ofrecerle de comer y de beber. Trascurridos los ocho días, el muerto era amortajado con ropas que daban sus amigos y enterrado. La casa que había habitado era quemada y la familia «vestía

---

(1) J. DE MATIENZO, *Carta a S. M. del Oidor de los Charcas*, página XLIII.

(2) OLAVERRÍA, *Informe del Capitán Olaverría sobre el Reyno de Chile*, París, 1852, pág. 23.

(3) DEL TECHO, *Historia Provinciae Paraguariae*, libro V, capítulo XXIII.

luto», que guardaba durante un año entero. Los *diaguitos* creían que los muertos eran convertidos en estrellas, tanto más brillantes cuanto más elevada había sido su posición (1).

Sepulturas.—DEL TECHO añade que los *calchaquíes* ponían montones de piedras encima de las sepulturas, pero la exploración de la comarca ha mostrado que los modos de enterrar eran en realidad bastantes varios. Hemos hablado ya de los pozos circulares, colocados dentro o al lado de las viviendas, en *Tastil* y en *Tinti*. AMBROSETTI ha descubierto otros análogos en *Quilmes* (2).

MORENO (3) y TEN KATE (4) han hecho observar que también habían servido para sepulturas grutas y abrigos bajo las rocas.

Es frecuente que ningún signo exterior acuse la presencia de enterramientos. Otros se indican mediante un montón de piedras, como dice DEL TECHO, o con piedras puestas en línea. A veces esta línea es recta, otras aparecen cuadrados, rectángulos, círculos simples o concéntricos, medias lunas, elipses. En algunos casos, muy raros, un pequeño túmulo de tierra indica la existencia de una tumba.

Los esqueletos yacen a una profundidad de medio o dos metros por bajo de la superficie del suelo. Están generalmente depositados en una fosa sin revestimiento, pero a veces las paredes están defendidas contra el derrumbamiento de tierras con muros de *pirca*, formando pozos funerarios cilíndricos o rectangulares, o bien el cadáver está rodeado de alineaciones subterráneas, formadas con piedras dispuestas en círculo, o en elipse, rectángulo o cuadrado.

TEN KATE ha descubierto en Peñablanca una cámara subterránea abovedada de ochenta centímetros de altura por setenta de ancha (5). AMBROSETTI ha señalado cámaras semejantes en *Quilmes* y en *Antofagasta de la Sierra* (6).

BOMAN ha descubierto en *El Carmen*, en el valle de Lerma, tres grandes urnas, una de las cuales se representa en la figura 245, dentro de las que había esqueletos de adultos. Estas urnas tenían ochenta centímetros de diámetro y cincuenta y y cinco de profundidad, con agujero en el medio del fondo.

---

(1) DEL TECHO, *Historia Provinciae Paraguariae*, libro V, capítulo XXIII.

(2) AMBROSETTI, *La antigua ciudad de los Quilmes*, págs. 53-54.

(3) MORENO, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca* (RMP, vol. I, La Plata, 1891, pág. 17).

(4) TEN KATE, *Anthropologie des anciens habitants de la région calchaquie* (RMP, *Antropología*, vol. I, La Plata, 1894, pág. 13).

(5) TEN KATE, *Rapport sommaire sur une expédition archéologique dans les provinces de Tucuman et de Salta* (RMP, vol. V, La Plata, 1894, página 339).

(6) AMBROSETI, *La antigua ciudad de los Quilmes*, pág. 54.

Habían sido cubiertas con una especie de campana de barro cocido, que en los tres casos estaba rota (1). Esta forma de sepultura se habría empleado también en Carbajal y en la Cañada, otras dos localidades del valle de Lerma, pero no se encuentra aplicada *para los adultos* en el resto del país diaguito. Por el contrario, la sepultura de urna parece haberse utilizado muy generalmente para los niños.

M. DE LA VAULX la señaló al hacer excavaciones en el cementerio de El Bañado, cerca de Quilmes (2). Hoy se poseen, en gran número, urnas funerarias pertenecientes a este tipo. BOMAN ha visto que los niños enterrados en las urnas eran todos de muy tierna edad. Hasta se han encontrado fetos en las vasijas funerarias.

Tienen éstas, por lo general, de cincuenta a sesenta centí-



Fig. 245.—Urna funeraria de *El Carmen* (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*).

metros de altura. LAFONE QUEVEDO ha clasificado las urnas funerarias en varios tipos, según están más o menos desarrollados el cuello y la panza (3). Las representadas en la figura 246 pertenecen al tipo llamado de *Chañar-Yaco*. Han sido descubiertas por E. BOMAN en el cementerio de Arroyo del Medio, en los límites del Chaco (4). Las de la figura 247, descubiertas

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 256 y siguientes. BOMAN ha comparado estas urnas con otras que se encuentran en el valle de San Francisco, provincia de Jujuy. Atribuye esta forma de sepulturas a indios *guaraníes*, que vinieron del Brasil atravesando el Chaco y llegaron hasta la provincia de Salta.

(2) H. DE LA VAULX, *Excursion dans les vallées calchaquies* (JAP, primera serie, vol. III, págs. 168 y siguientes).

(3) LAFONE QUEVEDO, *Catálogo descriptivo e ilustrado de las huacas de Chañar-Yaco* (RMP, vol. III, La Plata, 1892).

(4) E. BOMAN, *Migrations précolombiennes dans le Nord-Ouest de l'Argentine* (JAP, nueva serie, vol. II, págs. 92 y siguientes).

por el mismo autor en el valle de Yocavil, pertenecen al tipo de Santa María, y son los más conocidos de los vasos calchaquíes. El adorno de estas urnas es bastante variado, pero casi todas se parecen por un pormenor: en la parte superior, cerca del borde, aparece una excrecencia que figura una nariz, la cual se prolonga hacia arriba por dos líneas arqueadas que



Fig. 246.—Urnas funerarias de niños, procedentes de Arroyo del Medio (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

continúan a lo largo del borde. Por bajo de estos arcos están representados ojos, y a veces una boca debajo de la nariz. Estos órganos están, a veces, modelados en relieve, como en los vasos de Arroyo del Medio, pero casi siempre están pintados y frecuentemente se confunden con las otras líneas del adorno. Este se halla trazado en negro o en colores, y se compone de líneas geométricas, que forman grecas, cuadradillos y escalones. A veces animales (renacuajos, nandús, serpientes), apa-

recen representados entre los adornos geométricos, y a veces también se ven personajes con penachos en la cabeza.

La costumbre de enterrar a los niños en urnas es especial del país calchaqui. No se encuentra en ninguno de los pueblos del Perú, y las explicaciones que del hecho se han dado hasta el presente no son muy satisfactorias.

Los cronistas antiguos no mencionan dicha costumbre, pero nos han trasmitido tan escasos pormenores acerca de la religión de los *diaguitos* que no puede sorprendernos. TEN KATE (1)



Fig. 247.—Urnas funerarias de niños, procedentes del valle de Yocavil (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*).

y E. BOMAN (2), piensan que los niños cuyos restos se han encontrado en las urnas habían sido sacrificados.

Cementerios.—A más de las sepulturas en las casas de que hemos hablado, había en el territorio diaguito cementerios importantes. El de Pampa Grande ha sido explorado por AMBROSETTI (3). Contenía sepulturas muy diversas: adultos enterrados directamente en el suelo y sin ningún objeto mobiliario; adultos junto a los cuales se han encontrado fragmentos de cerámica; urnas dentro de las cuales hay cadáveres infantiles; por último, una sola urna que contiene el esqueleto de un adulto.

---

(1) Carta a E. BOMAN, publicada por éste en *Antiquités de la région andine*, pág. 160.
(2) ID., *ibid.*, págs. 160-166.
(3) *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande (Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. VI, Buenos Aires, 1906, págs. 69 y siguientes).

Más interesantes son los cementerios de El Bañado, de Arroyo del Medio, de la Quebrada del Toro, que contienen únicamente urnas funerarias de niños.

Objetos sepulcrales. — Los cadáveres de adultos, ya hayan sido enterrados directamente en el suelo, o colocados en pozos, aparecen muchas veces acompañados de objetos cerámicos. Estos vasos siempre han sido rotos, o al menos agujereados.

§ IV.—Industria de los diaguitos

Trabajos en piedra.—Los *diaguitos* poseían una industria muy especial y muy interesante, que empieza a conocerse bastante bien, por razón del número considerable de ejemplares descubiertos en las excavaciones.

Los objetos de piedra partida a golpe son exclusivamente



Fig. 248.—Hacha de cuello circular (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

puntas de flecha. No se ha hecho todavía ningún estudio sistemático relativo al particular; pues la mayor parte de las puntas recogidas por los exploradores argentinos no llevan señal de procedencia. Giglioli ha mencionado seis puntas de pedernal, una con pedúnculo y las otras cinco sin él, que proceden de *Cochagasta*, cerca de la población actual de la *Rioja* (1). Boman ha recogido, en las ruinas de la Quebrada del Toro, en *Tastil* y en *Morohuasi*, quince de estos objetos, de obsidiana y de pedernal. Una sola de las puntas tiene pedúnculo, en las demás la base es cóncava (2).

Los objetos de piedra tallada son muy numerosos. Tal

(1) E. H. Giglioli, *Materiali per lo studio della Etá della pietra (Archivio per l'Antropologia e la Etnologia*, vol. XXXI, Florencia, año 1901, pág. 242).

(2) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, pág. 579 y fig. 110).

ocurre especialmente con las hachas de garganta, de gran tamaño, que se encuentran en toda la superficie del antiguo territorio diaguito y en la Puna de Atacama. Estas hachas son de piedra duras y pesadas, en general de cuarcitas, areniscas o rocas graníticas. Pesan, en ocasiones, más de un kilogramo. Varía el largo de ellas entre nueve y medio y 17 centímetros, la anchura entre seis y ocho y el grueso entre cuatro y medio y siete.

Pueden distinguirse dos tipos en las hachas diaguitas: 1.° aquéllas en que el cuello da la vuelta completa al hacha, como ocurre en el ejemplar representado en la figura 248, que



Fig. 249.—Hachas de cuello (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

no son frecuentes; 2.° aquéllas en que el cuello abraza tres lados (fig. 249), que abundan mucho en la parte noroeste de la República Argentina y son muy raras en el resto de América del Sur. La parte posterior de las hachas de uno y otro tipo es redondeada. Estos instrumentos, por lo general, están bien pulimentados y afilados (1).

Los *diaguitos* nos han dejado algunos ejemplares de piedras esculpidas. Son sobre todo morteros o fuentes, adornadas con lagartos y ranas. La ejecución de estas obras es muy esmerada y casi tan buena como la de los *quichúas* (2). Se en-

(1) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, págs. 123-127.

(2) Véase una de estas obras en Lafone Quevedo, *Viaje arqueológico por la región de Andalgala* (RMP, vol. XII, La Plata, 1905, láminas IX y XI); Ambrosetti, *Notas de Arqueología calchaqui (Boletín del Instituto Geográfico argentino*, vol. XVIII, págs. 95-98).

cuentran también frecuentemente figuritas humanas esculpidas en piedra, que los autores argentinos designan con el nombre de idolos. Otros ejemplares pequeños representan animales, principalmente el armadillo, o seres fantásticos. Por último, el Sr. Quiroga (1) ha descubierto en Fuerte Quemado una máscara de piedra, ejemplar único hasta el presente.

Se señalan en varios puntos del territorio calchaqui pipas de piedra (2). El hecho es de notar, porque las pipas faltan en absoluto en el Perú y son bastante escasas en América del Sur.

Los *diaguitos* hacían cuentas de piedra, casi todas con turquesas y minerales verdes de aspecto análogo al de la turquesa (sodalita, etc.).

Pequeños colgantes agujereados, triangulares o figurando



Fig. 250.—Cubilete de madera laqueada, procedente de Lapaya (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

animales, hechos de la misma materia, acompañan con mucha frecuencia a las cuentas que han debido formar collares (3).

Trabajos en madera y en hueso.—El clima lluvioso del país de los *diaguitos* no ha permitido la conservación de todos los tipos de objetos de madera. Ambrosetti ha descubierto, cerca de *Quilmes* y de *Calingasta*, dos tablillas de madera, con figuras esculpidas, muv semejantes a las que se encuentran con abundancia en el Perú y en el territorio de los *Atacamas*. El adorno de estas tablillas representa personajes humanos, con-

(1) *Cómo vestían los calchaquíes*, Buenos Aires, 1903, pág. 7.
(2) Ambrosetti, *Notas de Arqueología calchaqui*, págs. 225-227.
(3) Id., *ibid.*, pags. 201-223; Lafone Quevedo, *Viaje arqueológico por la región de Andalgala* (RMP, vol. XII, lám. XVII).

dores y animales monstruosos. AMBROSETTI supone que servían para depositar ofrendas destinadas a los dioses (1).

LAFONE QUEVEDO ha descubierto en *Santa María* una figurita humana de madera (2). Las ruinas calchaquíes encierran objetos de todas clases, en forma de grandes cuchillos, husos de madera dura, y cubiletes de madera barnizada con laca. Uno de estos últimos está representado en la figura 250. Tiene este vaso 16 centímetros de altura y 12 de diámetro. Está barnizado a tres colores. Primeramente ha sido pintado todo él de color castaño, cubriéndose luego en parte esta primera capa con dibujos geométricos negros y blancos. Procede el ejemplar de *Lapaya*, donde se han descubierto tres (3). Entre los objetos de menor tamaño hay que mencionar los cucharones de madera esculpida (fig. 251) y tubos (fig. 252) cuyo uso se desconoce.

En *Hualfin* y en *Amaicha* se han encontrado dos cucharas de madera (4).

Por último, se han descubierto, y con gran abundancia, en las ruinas diaguitas, calabazas adornadas al fuego con dibujos análogos a los que se encuentran en la cerámica.

Los objetos de hueso están mejor conservados y abundan mucho. Son, sobre todo, puntas de flecha de forma y de dimensiones diversas. Por lo general son puntiagudas por un extremo mientras que el otro tiene la forma de muesca (5). Entre los restantes objetos de hueso hay que citar grandes alfileres análogos a los *tupus* peruanos, cuya cabeza está frecuentemente esculpida y representa una figura humana o de animal (6), y una pequeña placa con dos figuras humanas grabadas, que ha descubierto el Sr. AMBROSETTI (7).

Industria de los metales.—Lo mismo que los peruanos, los *diaguitos* trabajaron el cobre, el oro y la plata, pero los objetos hechos con metales preciosos encontrados en el noroeste de la Argentina son mucho menos abundantes que los del Perú.

Todos los cobres de esta región contienen un poco de estaño, en proporción insuficiente para que pueda dárseles el

---

(1) *Notas de Arqueología calchaquí*, pág. 23.

(2) *Catálogo descriptivo de los huacas de Chañar-Yaco* (RMP, volumen III, pág. 20).

(3) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 233-234.

(4) AMBROSETTI, *ibid.*, pág. 230; C. BRUCH, *Descripción de algunos sepulcros calchaquís* (RMP, vol. XI, pág. 11).

(5) AMBROSETTI, *El sepulcro de la Paya (Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, vol. VIII, Buenos Aires, 1902, pág. 128); ID., *Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy (Anales de la Sociedad científica argentina*, vol. LIII, Buenos Aires, 1902, pág. 46-49); E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 235-236.

(6) AMBROSETTI, *Notas de Arqueología calchaquí*, págs. 127-134.

(7) ID., *ibid.*

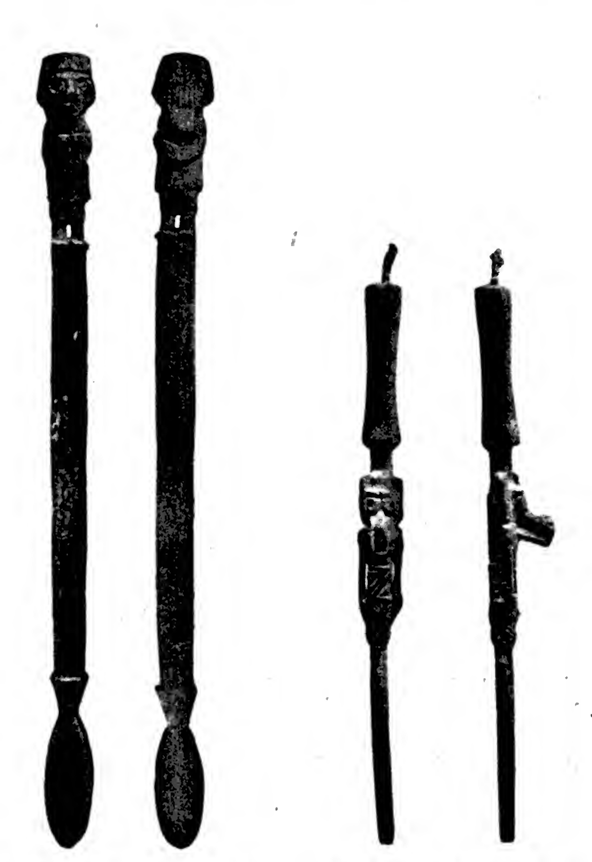


Fig. 251.—Cucharas de madera esculpida, encontradas en Calama (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

Fig. 252.—Tubos de madera esculpida, procedentes de Chiuchiu (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

nombre de bronce (2,43 a 7,68 por 100). Contienen también a veces un poco de plata, lo mismo que el cobre del Perú contiene cinc y sobre todo azufre (1).

Escasean mucho las noticias acerca de las minas prehistóricas de la región diaguita. Los únicos vestigios auténticos de la industria minera son los *morays*, o pilones de piedra utilizados para machacar el mineral, y los restos de *huairas* u hornos de fundición descubiertos por BOMAN cerca de Cobres, en la alta meseta de la Puna. El mineral explotado era un silicato doble de hierro y cobre *(crisocola)*. Se extraía de la tierra, en la que se abrieron dos galerías en el filón, en dirección de arriba a abajo y con un ángulo aproximado de 45°. La primera tenía 15 metros de profundidad, la segunda 30.

De la semejanza de los *huairas* encontrados en Cobres con los del Perú, puede inferirse que el procedimiento de extrac-



Fig. 258.—Campana oval de cobre, descubierta en Lapaya (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*).

ción era el mismo en los dos países (2). LAFONE QUEVEDO ha visto restos de hornos análogos en la Sierra de las Capillitas, en la provincia de *Catamarca* (3).

Casi todos los objetos de cobre tienen sus equivalentes entre los del Perú, lo cual, unido a la semejanza de los hornos de fundición, permite creer que la industria metalúrgica fue introducida en territorio diaguito por los *quichúas*, después de ser agregado dicho territorio al Imperio de los Incas. Los *diaguitos* hacían *tupus*, *tumis* y *chumpis* de cobre. Poseían también

---

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 357 y siguientes.

(2) ID., *ibid.*, págs. 536-555.

(3) LAFONE QUEVEDO, *Londres y Catamarca*, Buenos Aires, 1888, página 53.

objetos tan típicos del trabajo peruano como las cestas o *manoplas*, de las que AMBROSETTI ha publicado ocho ejemplares, encontrados en las provincias de Salta y de Catamarca (1).

Lo mismo que en el Perú, se encuentran campanas ovales de cobre. La mayor parte de ellas proceden del valle calcha-



Fig. 254.—Hachas de cobre de Lapaya (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*)

qui. La representada en la figura 253 fue descubierta en *Lapaya* por el Sr. BOMAN (2).

Se ha querido encontrar un carácter único en las hachas pesadas, de regatón muy ancho, descubiertas en varios puntos del territorio de Catamarca (3) y de las que se ve una muestra

(1) AMBROSETTI ha reunido todos los objetos de cobre encontrados en territorio diaguito en su memoria titulada *El bronce en la región calchaquí* (*Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, vol. XI, páginas 163 y siguientes).

(2) *Antiquités de la région andine*, págs. 230-232.

(3) AMBROSETTI, *El bronce en la región calchaquí*, págs. 206-215.

en la figura 254, procedente de *Lapaya*, pero se conocen ejemplares análogos, poco abundantes, es verdad, en Bolivia y aun en el Ecuador (1).

Las piezas más originales de bronce son discos fundidos, adornados con figuras humanas o serpientes. Discos de cobre se han encontrado también en Bolivia y en el Perú; pero el descubrimiento de los de la región calchaqui hace de ellos objetos muy interesantes.

Cerámica. — Los *diaguitos* fueron excelentes alfareros. Las investigaciones arqueológicas han proporcionado un número considerable de cacharros enteros o en pedazos. No obstante, nunca los *diaguitos* pudieron igualar, en su cerámica, la habilidad de los peruanos.

La cerámica diaguita está hecha a mano, como toda la cerámica americana. El procedimiento de fabricación parece haber sido muy primitivo, los trozos de barro se iban añadiendo unos a otros en forma de círculo (2). Los diaguitos hicieron también cacharros valiéndose de una especie de moldes de cestería. Una vasija fabricada de esta suerte, y que muestra muy claramente, en la parte exterior la impresión de los mimbres, ha sido donada al Museo de Etnografía del Trocadero (París) por M. DE LA VAULX. Es una escudilla que cerraba el orificio de una urna funeraria infantil (3).

El barro no es, ni mucho menos, tan fino y homogéneo como el del Perú. Contiene, las más de las veces, feldespato o micasquitos machacados. Probablemente, los cacharros se cocían al aire libre.

La cerámica diaguita es poco variada. Consiste sobre todo en urnas de cuello ancho, usadas en la cerámica funeraria, vasijas o marmitas que han servido para usos culinarios, escudillas y cierto número de vasijas grandes de cuello largo, copiadas de modelos peruanos.

Hemos hablado ya de las urnas funerarias y de las escudillas que sirven para taparlas. Se encuentran otras con bastante abundancia como las de la figura 255. Fue esta descubierta en *Lapaya* por M. E. BOMAN, y tiene 20 centímetros de diámetro, siendo su color encarnado claro y el barro fino. El adorno, pintado en negro, recuerda de manera bastante curiosa el de la región de los Pueblos (4). Otras vasijas, en lugar de tener la forma de segmento esférico, tienen una especie de boca ancha un poco reducida. Algunas tienen asa (fig. 256). Se ha encontrado también, en *Lapaya*, un cubilete cilíndrico con asa.

---

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, págs. 223-224.

(2) ID., *ibid.*, pág. 112.

(3) *Excursion dans les vallées calchaquies* (JAP, serie primera, tomo III, París, 1901, pág. 173). M. DE LA VAULX dió la representación de esta vasija, que E. BOMAN reprodujo en *Antiquités de la région andine*, figura 3.

(4) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, pág. 239 y figura 25.

Todas estas vasijas parecen haber servido para usos culinarios. Son, por lo general, de barro ordinario y están hechas



Fig. 255.—Escudilla de barro pintado de Lapaya (según E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*).



Fig. 256.—Vasos de barro cocido del país de los Atacamas (según E. BOMAN, *Antiquités de la région diaguite*).

descuidadamente. Para completar nuestra enumeración de la cerámica de uso doméstico, añadiremos grandes marmitas rayadas y vasijas de cuello largo, o botijas.

La figura 257 representa dos «aríbalos» comparables en todos conceptos a los del Perú. Se han encontrado también en *Lapaya*. Tienen respectivamente 30 centímetros de altura por



Fig. 257.—Aríbalos de Lapaya (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

20 de diámetro y 38 por 29, están hechos de un barro encarnado claro, con patina roja oscura, casi castaño. Los adornos están pintados en negro. La panza lleva dos asas pequeñas y un



Fig. 258.—Vaso en forma de mocasín, procedente de Pucará de Lerma (según E. Boman, *Antiquités de la région andine*).

adorno que en un caso es un simple abultamiento, en el otro una cabeza de animal estilizada, como se ven en los aríbalos del Perú (1).

A más de estos vasos, hay muchos otros que representan

(1) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, págs. 237 y 238.

objetos, animales u hombres. Las más de las veces, esta clase de cerámica representa seres humanos, de un modo que recuerda bastante remotamente el estilo peruano. Por último, se han encontrado en territorio diaguito estatuitas humanas, modeladas de un modo bastante rudimentario. AMBROSETTI las ha denominado «ídolos funerarios», pero la expresión es bastante inexacta, porque ninguna procede de sepultura (1). Se han encontrado figuritas de animales en toda la comarca diaguita. Algunas representan cabezas de jaguares, de murciélagos, de llamas, de patos.

Los collarines de huso de barro cocido abundan mucho, pero no ofrecen nada de notable. AMBROSETTI ha reproducido también tres pipas de barro cocido, procedentes de las provincias de Tucumán, Catamarca y la Rioja (2).

Petroglifos.—Los grabados y las pinturas ejecutadas en rocas son muy frecuentes en el noroeste de la República Argentina. El estilo, los signos no muestran ninguna unidad. Se encuentran muchas veces signos muy sencillos, como son círculos con un punto en medio, cruces, eses, etc.; pero las combinaciones que forman unos con otros no se repiten frecuentemente. Es muy raro encontrar en estos petroglifos las figuras de llamas y de guanacos, que tanto abundan en las regiones de los *Atacamas* y de los *Omaguacas* (3).

§ V.—ORIGEN DE LOS DIAGUITOS

Se han emitido diversas teorías acerca del origen de los *diaguitos*. Los autores antiguos, DEL TECHO, BARZANA, etc., nos dicen que los Incas reinaron en esta comarca, pero no nos hablan del origen de sus habitantes. No obstante, el P. BARZANA refiere que su lengua era el *cacan*, que no parece haber tenido afinidad con el *quichúa* (4). El P. LOZANO pretende que la civilización de los pueblos del Tucumán era original y no había copiado nada de los peruanos. Hasta niega que los Incas hubieran penetrado nunca en el territorio diaguito (5).

Por el contrario, la mayor parte de los autores antiguos han admitido la realidad de la dominación peruana y han atribuído a este influjo el arte y la industria de las provincias

(1) AMBROSETTI, *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande (Revista de la Universidad de Buenos Aires*, vol. VI).

(2) AMBROSETTI, *Notas de arqueología calchaquí*, págs. 225-227.

(3) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine*, pág. 176.

(4) La cuestión del idioma de los antiguos *diaguitos* ha sido discutida prolijamente por E. BOMAN, *Ob. cit.*, pág. 12-20.

(5) LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay*, libro V, páginas 5-12.

del noroeste de la Argentina, a pesar de las diferencias bastante marcadas que hay entre ellas y las de Cuzco.

Tal es también la opinión de E. Boman. Aun cuando admita, con Ehrenreich, que los *calchaquíes* o *diaguitos* hayan podido ser un pueblo formado por elementos diversos (1), afirma que su civilización está por completo inspirada en la del Perú. Cree que la conquista muy antigua de que habla Montesinos es un hecho histórico, o al menos que las relaciones entre *quichúas* y *diaguitos* se remontan a una época muy anterior al reinado de *Yupanqui* o de *Huiracocha*.

Las diferencias que se han observado entre las producciones del arte diaguito y el de Cuzco son, dice, mucho menores que las que existen entre este último y el de los *yuncas* (2).

Resta la cuestión de la lengua. Boman reconoce que los *diaguitos* hablaban el *cacan*, pero observa que todos los antiguos cronistas han señalado el uso del *quichúa* entre ellos en la época de la conquista. Por otra parte, toda la toponimia actual del país es quichúa, lo cual le parece una prueba más (3).

Haremos observar que todo lo que dice Boman a propósito del noroeste de la Argentina, puede decirse también respecto al Ecuador entero y el norte del Perú. No obstante, nadie ha pensado en considerar las civilizaciones de los *cañaris*, de los *quitües* o de los *yuncas* como descendiente de la de los quichúas.

Ambrosetti ha manifestado opinar que la civilización calchaqui era especial, pero ha querido adornar su tesis con argumentos que no es posible aceptar. Apoyándose en cierto número de semejanzas que ha observado entre el arte decorativo, las costumbres y los ritos funerales de los *diaguitos* y de los Pueblos de América del Norte, ha tratado de demostrar que estas dos civilizaciones tenían un origen común. Indios Pueblos y calchaquíes serían, según el sabio argentino, los restos de una raza muy antigua, que en época remota habría ocupado toda la región montañosa de ambas Américas (4). Hay en esto toda una serie de hipótesis cuya audacia ni siquiera apreciamos.

Pensamos que por el momento es necesario considerar la

---

(1) *Die Ethnographie Südamerikas im Beginn des XX Jahrhunderts (Archiv für Anthropologie*, nueva serie, vol. III, Brunswick, 1904, página 64).

(2) E. Boman, *Antiquités de la région andine*, pág. 187.

(3) Id., *ibid.*, págs. 192 y 197.

(4) Ambrosetti ha desarrollado sus ideas respecto al particular en su trabajo *Restos etnográficos comunes en Calchaqui y México (Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. LV, págs. 5 y siguientes); *La civilización calchaqui*, (CIA, XIII[a] sesión, París, 1900, págs. 293 y siguientes), y sobre todo *I Calchaqui (Bolletino della Società Geografica italiana*, Roma, 1903).

civilización de los *diaguitos* relativamente aislada. Es indudable que ciertos hechos (fundición de metales en los *huairas*, vasijas en forma de arîbalos, etc.), recuerdan el Perú, pero se debe a que los pueblos del Tucumán y de Catamarca estuvieron durante algún tiempo bajo la dominación de los Incas.

La civilización diaguita parece, por tanto, tener originalidad bastante para ser considerada aparte.

§ VI.—Los comechingones

En la Sierra de Córdoba, al sudeste de los *diaguitos*, vivían los *comechingones*, pueblo que los autores antiguos nos dicen haber sido civilizado. GIGLIOLI, según un estudio comparativo de los objetos de piedra encontrados en la provincia de Córdoba con los de Catamarca y del Tucumán, consideraba a los *comechingones* como *diaguitos* (1). No obstante, BOMAN hace de ellos un pueblo aparte, porque no hablaban el *cacan*, sino un idioma especial (2).

Los *comechingones* se vestían, como los otros pueblos de los Andes, con ropas hechas de lana de llama. SOTELO NARVÁEZ dice que usaban túnicas largas y capotes adornados con rodajitas hechas de concha, conocidos con el nombre quichúa de *chaquira*. Se adornaban con brazaletes y penachos frontales de cobre (3). Las aldeas tenían de diez a cuarenta casas y estaban rodeadas por un cercado de cactus y arbustos espinosos. Cada aldea estaba habitada solamente por familias aliadas, lo cual nos permite creer que había entre los *comechingones* clanes locales. Las casas eran muy grandes, bajas y enterradas en el suelo hasta la mitad de su altura. En cada una habitaban cuatro o cinco parejas con sus hijos (4). Los *comechingones* eran agricultores hábiles y regaban artificialmente sus tierras.

La arqueología de la Sierra de Córdoba está aún por hacer. Los únicos restos conocidos son las rocas de cúpulas de Capilla del Monte, y los frescos pintados de los refugios bajo las rocas de Río Seco. Estas pinturas figuran hombres con plumas a la cabeza, y algunos de ellos armados con flechas y hachas, así como representaciones de animales difíciles de iden-

---

(1) E. H. GIGLIOLI, *Materiali per lo studio della Età della Pietra*, página 244.

(2) *Antiquités de la région andine*, pág. 40.

(3) P. SOTELO NARVÁEZ, *Relación de las provincias de Tucumán*, página 151.

(4) G. L. DE CABRERA, *Relación sobre los descubrimientos de D. L. de Cabrera*, Madrid, 1885, pág. 140.

tificar (1). El estilo de estos frescos difiere mucho del de las pinturas de la región de los Atacamas, así como de los petroglifos del país diaguito, lo cual parece indicar que los *comechingones* poseyeron una civilización especial.

§ VII.—Pueblos de Chile y de Bolivia (Atacamas changos, chiriguanos, araucanos)

Atacamas.—Al sur de la meseta de Bolivia se extiende una región estéril, bastante alta, conocida con los nombres de

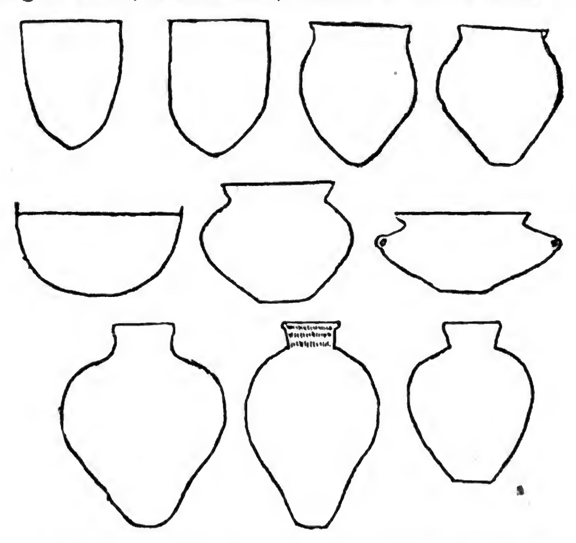


Fig. 659.—Principales formas de la cerámica de los *chiriguanos* (según Outes, *La cerámica chiriguana).*

Desierto de Atacama y Puna de Jujuy y situada en la República de Chile. El desierto de Atacama fue conquistado, a fines

(1) L. Lugones, *Las grutas pintadas del Cerro Colorado*, Buenos Aires, 1903. (Suplemento ilustrado al periódico «La Nación».)

del siglo XIII, por el Inca *Yahuar-Huacac* y formaba parte, en la época de la conquista española, del gran Imperio peruano.

Los indios de Atacama se daban el nombre de *Lican-Antais*, «los hombres». Poseían una civilización original, que recordaba tanto por lo menos la de sus vecinos del sur, los *diaguitos* o *calchaquíes*, como la de los Incas. Hablaban una lengua especial llamada por los autores españoles *atacameño* y que ellos denominaban *ckunza*. Conocemos algo este idioma, al presente casi extinguido. No obstante, los *atacamas* están lejos de haber desaparecido. ORBIGNY calculaba, en 1839, su número en 7.000. En 1884, A. BERTRAND contaba en el desierto de Atacama 4.000 indígenas (1).

Al este de los *atacamas* vivían los *lipes* y los *chichas*, que también se vieron sometidos a los Incas en el reinado de *Yahuar-Huacac*. Estas poblaciones sufrieron un influjo más pro-

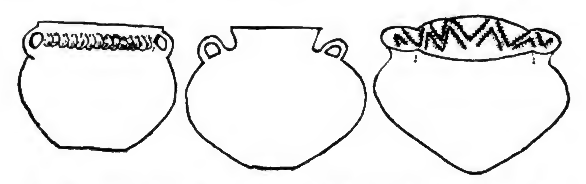


Fig. 260.—Asas y bordes festoneados de los vasos chiriguanos (según OUTES, *La cerámica chiriguana).*

fundo por su contacto con los *quichúas*. No parece que conservaran sus idiomas, y los restos arqueológicos aportados por las excavaciones hechas en su territorio no indican la existencia entre ellos de una civilización original.

Omaguacas. — La Quebrada de Humahuaca, situada al este de la Puna de Jujuy y las montañas que la rodean estaban, cuando llegaron los europeos, habitadas por pueblos que los antiguos cronistas designan con los nombres de *omaguacas*, *humahuacas* o *humaguacas*. Estos indios estaban divididos en cierto número de tribus: *purumamarcas*, *osas*, *paipayas*, *tilianos*, *ocloyas*, *fiscaras* (2), cuya situacion exacta es difícil indicar hoy.

No sabemos nada acerca de la lengua de los *omaguacas*. No obstante. los *ocloyas* pasan por haber poseído un idioma espe-

---

(1) A. BERTRAND, *Memorias sobre las Cordilleras del Desierto de Atacama*, Santiago de Chile, 1885.

(2) AMBROSETTI, *Datos arqueológicos sobre la provincia de Jujuy (Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomos LIII y LIV, Buenos Aires, 1902).

cial, que difería del quichúa y de los idiomas de los pueblos circundantes (1).

Los *omaguacas* no parecen haber estado sometidos a los



Fig. 261.—Adorno de los vasos chiriguanos (según OUTES, *La cerámica chiriguana*).

Incas, y las excavaciones efectuadas en su territorio han

(1) E. BOMAN, *Antiquités de la région andine de la République Argentine*, París, 1908, pág. 76. Hemos seguido a este autor que clasifica aparte a los *omaguacas* y los aproxima a los *atacamas*. AMBROSETTI, *Obra citada*, los considera como *calchaquíes* o *diaguitos*.

puesto al descubierto cierto número de objetos que se parecen a los encontrados en el desierto de *Atacama*. Son los últimos, a oriente, de los pueblos andinos. Al norte habitaban los *chichas*, y al este, tribus que hablaban lenguas guaraníes, tales como los *chiriguanos*. Estos últimos resistieron con éxito los ataques que contra ellos dirigieron los peruanos. Se hacen



Fig. 162.—Hacha de piedra de los aracaunos (según E. BOMAN, *Antiquités de la région diaguite*).

notar, entre las poblaciones de la región que habitan, por su habilidad como alfareros. La cerámica de los chiriguanos es no menos notable por la variedad de sus formas que por la riqueza de su adorno. Este último, como el de la región diaguita, recuerda mucho el de los indios Pueblos (1) (figs. 259, 260, 261).

Al sur de los *chiriguanos* vivían las tribus salvajes del

(1) OUTES, *La cerámica chiriguana* (RMP, vol. XVI, Buenos Aires, 1909).

Chaco: *chorotis*, *tobas*, *matacos*, que sólo accidentalmente se relacionaron con los pueblos de los Andes y que no tienen historia.

Changos.—A lo largo de la costa del Pacífico, al occidente del territorio de los *atacamas*, vivía un pueblo de pescadores, los *changos*, a veces designados también con el nombre de *uros*. Estos indios eran muy salvajes y las excavaciones efectuadas en las antiguas sepulturas de la región no han dado más que objetos de piedra tallada, de hueso y de madera labrada toscamente. En el siglo XIX había aún *changos* en la costa de Chile, entre Cobija al norte y Huasco al sur. Desgraciadamente, desconocemos en absoluto cuanto se refiere a su lengua.

Araucanos.—Al sur de los *changos* comenzaba el vasto territorio de los *araucanos* o *moluches*, cuya lengua era hablada, en el siglo XVII, desde Coquimbo hasta Chiloé y en gran parte de la Patagonia (1).

La civilización de los *araucanos* era muy inferior a la de los pueblos andinos del Perú, de Bolivia y del norte de la Argentina; pero de las investigaciones antropológicas modernas parece resultar que pertenecían al mismo tipo somático que dichos pueblos (2). La civilización de los *araucanos* era de lo más rudimentaria, como lo muestra el hacha de la figura 262, encontrada en la provincia de Antofagasta. Todos los objetos de cerámica y de metal encontrados en su territorio son de origen peruano.

---

(1) A. DE LEÓN, *Epítome de la Biblioteca oriental y occidental*, Madrid, 1629.

(2) VIRCHOW, *Schädel aus Nord-Argentinien und Bolivien (Zeitschrift für Ethnographie*, 1894, págs. 400 y siguientes); Dr. VERNEAU, *Les anciens Patagons*, 1903.

CONCLUSIÓN

Hemos descrito, rápidamente, las civilizaciones americanas más notables; pero no hemos podido tratar todas las cuestiones que interesan a la historia de América precolombina.

Así no hemos hablado, en parte alguna, de la población de las diversas partes del Nuevo Mundo. Por ello creemos necesario decir dos palabras sobre el particular.

No podría tratarse este tema detalladamente en un capítulo de conclusión, y sería preciso, para abordar su estudio, haber hablado antes largamente de los pueblos no civilizados de América, lo cual no hemos hecho, para no salir de los límites que nos habíamos trazado.

Hemos visto, en el capítulo de la Prehistoria, que los huesos humanos que pueden ser atribuídos a un período geológico anterior al nuestro son poco abundantes y que la existencia en América de una o de varias razas de hombres fósiles no puede ser afirmada, sobre todo en lo que concierne a América del Norte.

Los datos de la antropología somática nos permiten distinguir, en el Nuevo Continente, varios tipos humanos, pero ni los índices cefálicos, ni el color de la piel, ni la contextura del pelo, pueden proporcionar indicaciones acerca del origen de los americanos. En estas condiciones, es más prudente no aventurar una respuesta, pues ésta no puede apoyarse más que en hipótesis muy vagas.

Vamos, no obstante, a enumerar las diversas soluciones que han sido propuestas. Los primeros autores españoles creyeron percibir relaciones entre los mejicanos, los peruanos, o los mayas y los antiguos israelitas. Los americanos habrían sido la posteridad de las tribus perdidas de Israel. Esta teoría, sostenida por LÓPEZ DE GOMARA, WYTFLIET, GARCIA, etc., tuvo partidarios en el siglo XVIII en la persona de ADAIR y en el XIX en la de LORD KINGSBOROUGH.

Pero sólo casi a partir de mediados del siglo XVIII se es-

forzaron los eruditos en explicar científicamente el origen de los americanos. La cuestión era difícil de resolver, a causa de no existir mención alguna de estos pueblos en la clasificación genealógica del Génesis. ¿A cuál de los tres progenitores, Jafet, Cam o Sem, habría que referir los indígenas del Nuevo Continente? El conocimiento más profundo de la geografía y de la etnografía, tanto de América como de Asia, llevó a considerar las posibilidades físicas de la población de América.

Asia parecía enteramente indicada como patria primera de los indígenas del Nuevo Continente. La poca distancia que separa el cabo Oriental de la extremidad del Alaska hacía plausible la emigración de los asiáticos. No se consideraban las dificultades de orden físico que podían impedir la existencia de corrientes de población, como tampoco el tiempo considerable que las hordas asiáticas habrían debido emplear para alcanzar las regiones remotas de la América central o de la Tierra del Fuego. Se buscaba apoyo en semejanzas superficiales: color amarillo de la piel de los indígenas del Extremo Oriente y de los del norte de la América meridional, semejanza del sistema piloso (pelo liso y negro, falta casi completa de barba y de bigote), relaciones lejanas entre la arquitectura, las lenguas, etc., de ambos Continentes.

Sucesivamente se vieron progenitores de los americanos en los chinos o los mongoles (HUMBOLDT, RANKING, HAMY). Esta teoría, ilustrada por HUMBOLDT, se basaba en una semejanza que este sabio había creído existente entre el calendario chino y el de los mejicanos, así como en ciertos rasgos físicos comunes a los americanos y a los hijos de Han. Adquirió mayor fuerza cuando se popularizaron las ideas de GUIGNES acerca de la identidad del *Fusang* y de América. DE PARAVEY, comparando todo a la vez (caracteres físicos, calendarios, lenguas, etc.), creyó poder determinar la descendencia directa de los pueblos de Méjico, de Colombia y del Perú de peregrinos budistas venidos del Afghanistán con *Hoei-shin*. La tesis del origen búdico de las civilizaciones americanas fue afirmada más tarde por D'EICHTAL, luego por HAMY.

Para RANKING, la población de América, o al menos la emigración de las civilizaciones, era más reciente. Un hijo de *Kubilai-Khan* habría hecho rumbo, en el siglo XIV, hacia América. Sus juncos habrían llegado a las costas del Pacífico, y los mongoles habrían enseñado las artes a los indígenas americanos.

La teoría del origen extremo-oriental de los americanos tuvo, sobre todo, gran éxito en la época en que MAX MÜLLER constituyó la pretendida familia de las lenguas turanias. Las lenguas americanas ofrecen en su morfología cáracteres análogos a los de los idiomas uralo-altaicos del Asia central y oriental. Se creyó ser una nueva prueba del origen supuesto.

Otros autores, considerando semejanzas superficiales de las lenguas, de la arquitectura, de la escritura de América central

con las de la India, quisieron ver en esta península la cuna de los pueblos del Nuevo Continente.

Por último, se ha tratado de derivar ciertas particularidades ofrecidas por las civilizaciones americanas de rasgos análogos observados entre los polinesios.

Frente a estas teorías, que hacen atravesar el Océano Pacífico a los antecesores de los americanos, se alza la que les hace pasar el Atlántico.

La primera de las hipótesis es la que hace poblar o civilizar América por los cartagineses. Los rumores de la existencia de una tierra a Occidente, de que hemos hablado en nuestra Introducción, dieron origen a esta creencia.

Para otros, América sería la Atlántida. La descripción embellecida de este continente es la que encerraría el mito del *Timeo*. O bien el Nuevo Mundo sería una parte tan sólo del continente Atlántico sumergido. BRASSEUR DE BOURBOURG, que ha emitido esta última hipótesis, ve en América la cuna del mundo civilizado. Los hombres, partiendo de este continente, habrían poblado la Atlántida y Europa, y parte de las tierras en otro tiempo emergidas habrían sido tragadas por cataclismos.

Más recientemente, se ha tratado de encontrar a los civilizadores de los pueblos de América en los escandinavos, que fueron allá con *Bjarni Heriulfsson* y *Thorfinn Karlsefni*, en los gaélicos de *Madoc ap Owen Gwynedd*, etc. Pero ninguna de estas teorías ha podido sostenerse ante la crítica.

Los descubrimientos hechos en las cavernas de la Vézère de objetos de asta de reno, harpones dentados, esculturas, han inducido a BOYD-DAWKINS, y a ciertos sabios después de él, a considerar a los *esquimales* como descendientes de los hombres cuaternarios del sur de Francia; pero nada, fuera de una semejanza puramente superficial entre ciertos objetos, justifica semejante hipótesis.

Luego, en el actual momento, no podría tratarse de buscar fuera de América el origen de los pueblos de este continente. Como el estudio de los objetos encontrados en esta parte del mundo y en las otras prosigue, podemos pensar que llegará época en que puedan fijarse de un modo más seguro las relaciones existentes entre los pueblos de estas diversas regiones. Pero, por el momento, prudente es no determinarse en ningún sentido.

Para terminar, réstanos decir en conclusión cuál era el estado de los pueblos de América antes de su descubrimiento.

Las civilizaciones americanas no pueden figurar entre las más adelantadas. En la época de Colón, toda la América del Norte se hallaba todavía en el período neolítico, el cobre no había hecho nada más que aparecer, y su aplicación había sido posible para los indios por el hecho de existir, en la región de los Grandes Lagos, yacimientos de cobre nativo. La arquitectura estaba en su primera infancia, construyéndose

con madera y barro. A lo sumo, los indios Pueblos supieron hacer adobes y fueron los únicos que construyeron edificios algo duraderos.

No obstante, los americanos del norte conocían la cerámica, la labor del cuero y el tejido. Trabajaban muy bien la piedra, y los instrumentos que con ella hacían eran, lo mismo que su cerámica, de una gran variedad de formas. Por último, labraban la tierra con azadón y navegaban por los ríos.

Los mejicanos estaban mucho más adelantados. A más de todas las industrias mencionadas, practicaban la reducción de los minerales de cobre, de cinc, de plata y de plomo. Fundían estos metales, así como el oro nativo. Sabían hacer aleaciones, principalmente el bronce y el latón. Los objetos de metal se hacían con molde y a martillo. Los aztecas, lo hemos visto, eran buenos arquitectos, que conocían el aparejo, pero eran malos navegantes. Por el contrario, su agricultura estaba bastante adelantada, y criaban el pavo y el faisán. Sobre todo, poseían un calendario muy preciso, aun cuando complejo, lo cual indica en ellos un fino espíritu de observación. Por último, poseían una escritura que, aun cuando confinando apenas con el fonetismo, indicaba un progreso considerable con relación a los informes pictogramas de los indios de América del Norte.

Esta preciosa adquisición del genio humano se había desarrollado en mayor grado entre los mayas-quichés de América central. Su civilización, por otra parte, indica un progreso con relación a la de los mejicanos: mayor finura en el trabajo de los metales y de la piedra, casi perfección de la cerámica, desarrollo del arte de la pintura, de la escultura, etc.

Al lado de estas dos civilizaciones, la de los aborígenes de las Antillas apenas tiene brillo. El trabajo de la piedra, es cierto, estaba bastante adelantado, pero los *tainos* desconocían casi la cerámica. Sus construcciones eran sólo de madera, no trabajaban el cuero ni los metales. No obstante, puede suponerse que, cuando las carabelas de Colón llegaron a las Indias occidentales, la civilización estaba allí en estado regresivo, a consecuencia de la llegada a las islas de los salvajes *caribes* de América del Sur.

La parte sur de América central y el noroeste de América del Sur, pobladas por los *chibchas*, vieron desarrollarse una civilización original, cuyo rasgo más saliente era el trabajo del oro y de la plata puros o en aleación. Las otras artes estaban más atrasadas que las de Méjico, el Yucatán y Guatemala. La cerámica no era superior a la de América del Norte, la arquitectura no se había desarrollado y el trabajo de la piedra tan sólo podía rivalizar con el de los pueblos de la parte central del Nuevo Mundo.

La región andina de América del Sur, situada por bajo del Ecuador, encierra el segundo gran centro de civilización. Los peruanos, ya de la costa (*yuncas*), ya de las mesetas (*aimaras, quichúas*), llevaron a la extrema perfección ciertos procedi-

mientos fabriles. La cerámica; ya sea muy antigua (vasos de *Ica*, de *Nazca*, de los *yuncas*), o más reciente (cerámica de *Tiahuanaco*, de *Cuzco*), presenta una variedad de formas, una finura de ejecución, una riqueza de adorno, que no han sobrepujado ninguno de los pueblos americanos. El tejido, aun cuando de factura bastante primitiva, nos ha dejado ejemplares admirables. El trabajo del oro, del cobre, de la plata y de las aleaciones se desarrolló más entre los peruanos que entre los mejicanos. La arquitectura del Perú encierra los ejemplares más imponentes que se encuentran en América.

La agricultura, objeto de todos los cuidados de los *quichúas*, de los *yuncas*, de los *aimaras*, era muy superior a la de los restantes pueblos septentrionales, y la obstinación con que los naturales del Perú mejoraron las tierras con el riego y el estiércol encontró su recompensa en la producción de ricas cosechas en un suelo ingrato. Por último, únicos entre los americanos, los habitantes de la región andina conocieron la cría de ganados. No obstante, faltaba a la civilización peruana uno de los elementos más importantes del progreso: la escritura.

Si en una ojeada se examinan las diversas civilizaciones que se han desarrollado en el suelo del Nuevo Mundo, se ve en todas ellas la falta de tres cosas que han desempeñado considerable papel en la civilización del Antiguo Continente: los animales domésticos, la rueda y el hierro.

Los animales que en América había eran difíciles de domesticar. En la parte septentrional, el bisonte, el carnero de las montañas (*Ovis mazama*) entre los mamíferos; el pavo, el cisne, el pato silvestre entre las aves. Los mejicanos, de civilización más adelantada que sus congéneres del Norte, redujeron a cautividad al pavo, pero ni unos ni otros poseyeron mamíferos domésticos, excepto el perro. América del Sur conoció la cría del llama, del paco, del conejo de Indias y del perro, pero el pécari (*dicotyles tajassu*), el agutí, no fueron nunca domesticados.

Si el llama y el paco fueron criados en grandes rebaños por los del Perú, sería un error creer que estos animales prestaban los servicios que nos prestan nuestros animales domésticos. El llama no proporciona leche al hombre, no puede servir como animal de tiro o de silla, y, como bestia de carga, no puede llevar sin cansarse más de treinta kilos.

La falta de animales domésticos tuvo considerable importancia desde el punto de vista de la civilización: la de leche que sustituyera a la de las madres, obligaba a éstas a criar sus hijos hasta los tres o cuatro años, de donde un serio límite aportado al aumento de población. Los trasportes habían de hacerse todos a hombros, de donde resultó que se restringiera el radio de acción de las diversas poblaciones. Como corolario de esta forma de trasporte, los americanos desconocieron los carros, de donde la falta de ruedas.

Pero no sólo se desconoce la rueda en los vehículos. América no ha conocido la rueda de alfarero, toda la cerámica se ha hecho a mano y sin torno; pues ha ignorado los movimientos circulares, basándose toda la cerámica americana en los movimientos alternativos. Es más, no solamente los pueblos del Nuevo Mundo no conocían, en arquitectura, la bóveda circular, sino que el número de monumentos construídos conforme a un plano redondo o elíptico es muy reducido. América es, por excelencia, el país de las formas angulosas.

El hierro no se ha trabajado en parte alguna del Nuevo Continente. Verdad es que la extracción de este metal es de lo más difícil. No obstante, América no carece de minerales ricos en hierro y de reducción bastante fácil, y así puede sorprendernos que los mejicanos, y sobre todo los pueblos del *Manabí*, no hayan aprendido la metalurgia del hierro. Era una causa de inferioridad notoria.

Así, estorbadas en su desarrollo, las civilizaciones americanas no alcanzaron el alto grado de perfección de que habrían sido capaces en otras circunstancias. La civilización de Europa no se modificó sensiblemente al contacto con el Continente occidental. En todo caso, no puede establecerse un paralelo entre la importancia de lo copiado de la industria de los hombres con lo que se tomó de la Naturaleza. Á ésta debemos el tinte con la cochinilla, la preparación de la yuca, de la tapioca, del chocolate, la pipa y la costumbre de fumar, algunos nombres de animales y vegetales; a aquélla debemos el conejo de Indias, el pavo, la patata, la yuca, el cacao, las judías, el agave, etc.

En resumen, de una parte los europeos estaban con exceso civilizados cuando descubrieron América para verse obligados a aprender mucho de sus habitantes, y de otra la naturaleza del Nuevo Continente no se diferencia bastante de la del Antiguo para exigir la adopción de las costumbres indígenas. Por eso el influjo de América en Europa no empieza, en realidad, sino después de la formación en el Nuevo Mundo de centros europeos.

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

B

C

Ch

D

E

F

G

H

I

Ll

M

N

O

P

Q

R

S

T



ÍNDICE DE MATERIAS

INTRODUCCIÓN

Descubrimiento de América.

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

PRIMERA PARTE

América del Norte.



Páginas

LIBRO PRIMERO

América prehistórica.

SEGUNDA PARTE

América del Sur.

Páginas

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

Las grandes civilizaciones indígenas de América.

PRIMERA PARTE

Méjico.

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

SEGUNDA PARTE

Mayas-Quichés.

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

TERCERA PARTE

Habitantes de las Antillas.

LIBRO II

Pueblos civilizados de América.

CUARTA PARTE

Pueblos del istmo de Panamá, de Colombia y del Colorado.


Princeton University Library
32101 064004227


CIENCIA · ARTE · HISTORIA